

BERENICE

La chica de
guantes negros

Juan De Haro



Índice de capítulos

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Conclusiones](#)

[BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR](#)

BERENICE

JUAN DE HARO

Diseño de portada: Juan de Haro Jiménez

© 2016, Juan De Haro
1º Edición

Impreso en España

ISBN-13: 978-1533208866

ISBN-10: 1533208867

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial, la comunicación pública, la puesta a disposición interactiva, la edición informática, así como cualquier explotación, por cualquier medio de esta obra sin la

autorización expresa de los titulares del Copyright.

All rights reserved

Sígueme en Internet

<https://www.facebook.com/jockerdios>

<https://twitter.com/jockercyto>

A Berenice, porque
es quien hace posible este relato.

Amar a alguien es decirle:
tú no morirás jamás.

Gabriel Marcel

Estaremos juntos pase lo que pase. Te protegeré y me
protegerás. Tú eliminarás mi soledad y yo la tuya.

Berenice

Agradecimientos:

Mi especial agradecimiento a Laura Campos y a Mariela Saravia Valverde, ya que sin su inestimable ayuda en la revisión del texto, las erratas tipográficas —mis obstinadas enemigas—, saltarían de las páginas como molestos chinches impidiéndole una cómoda lectura a usted, mi querido lector, pieza fundamental de un libro. Sin olvidarme de Cristina Guerrero Jerez, cuya contribución a mis dudas gramaticales de última hora son de agradecer.

Introducción

Los pesados nubarrones negros pendían del cielo, ansiando descargar su furia. Sobre la ruta 33, recta y custodiada por filas de pinos que se extendían a ambos lados de la calzada, rodaba un discreto vehículo, cuyo constante ronroneo en el motor preocupaba al tipo sentado al volante. Con el rostro turbado dirigió la mirada al retrovisor. Aparecía el reflejo de una adolescente cubierta hasta los hombros por una raída manta. Los ojos febriles de la chica miraban abstraídos a través de la ventanilla como si la muerte fuera en pos de ellos.

El hombre hizo un gesto de reproche a la mujer que lo acompañaba. Pero ésta mantuvo fija la vista al frente sin prestarle atención alguna. El tipo, con americana y camisa azul, frunció el entrecejo como si todo aquel asunto comenzara a pesarle más de lo esperado. Con el inoportuno presentimiento de que el coche robado no aguantaría hasta llegar a su destino.

—Espero que tengas razón con todo este asunto —farfulló.

—¿Por qué no te callas? El viaje ya tiene sus propios problemas —repuso la mujer sin apartar la atención de la carretera—. Y ten cuidado, se acerca una tormenta. Conduce con prudencia. Ya sabes que nunca me siento segura cuando conduces tú.

El hombre pisó el acelerador y no reparó ya en el insólito ruido del motor. Ahora, las palabras de su mujer martilleaban con más insistencia en su cabeza. Si algo salía mal, sería culpa de ella, pensó. Pero aquello no lo reconfortaba.

Con sus labios apretados, viró a la derecha. No dejó de arrojar miradas fugaces al retrovisor. Los ojos de la chica se cruzaron con los suyos y experimentó una presión en el pecho, el corazón deseaba escapar de su caja torácica. El tipo volvió a fijar su atención en el parabrisas y sintió de inmediato el alivio.

La mujer por fin lo miró exasperada a través del cristal negro de las gafas.

—¿Me quieres decir qué te sucede? Pareces un animal jadeando, por Dios. No soporto más esta tensión.

—Te recuerdo que fue idea tuya y no mía.

Las primeras gotas de la inminente tormenta se acumularon en el

parabrisas anulando parte de la visibilidad. El hombre accionó los limpiaparabrisas y éstos comenzaron su hipnótica danza. En pocos minutos, la calzada se colmó de lluvia, dificultando la conducción.

—Ve más despacio. No me fío de este trasto —sugirió la mujer mientras se llevaba un cigarrillo a la comisura de sus labios sobrecargados de carmín.

La chica, con su antigua belleza marchitada, la piel pálida y sus ojos ocultos tras el cabello, se agitó y tosió.

—Date prisa, Henry. No quiero que muera en este coche —dijo, expulsando el humo—. Puedo ser muchas cosas, pero no soy una mala madre. Quizá le estemos salvando la vida. ¿Oyes eso, Henry? La vida, maldita sea.

Tras escuchar aquello, los ojos de la chica se abrieron pese a la notable fatiga que había en ellos. Sus manos crispadas asieron la manta y, llena de rabia, se la ciñó al cuerpo con fuerza, tratando de aliviar el frío que la apresaba. Un imperceptible gemido de dolor brotó de su boca.

El automóvil gris se deslizaba a través de la ruta estatal 33, adentrándose en el condado de Colquitt, bajo la tormenta, igual a un velero cuyo destino ya estuviese trazado de antemano, un destino turbio, inestable, con un final que sólo el tiempo podía conocer.

La carretera parecía cerrarse en la distancia, culminando en una fulgurante acumulación de destellos. Sin embargo, el tramo que atravesaba el vehículo permanecía sepultado por una infranqueable oscuridad. El haz luminoso de los faros moría a escasos metros, siendo devoradas por una marea negra. Pese a todo, Henry se amparaba en el horizonte, sospechando que eran las luces de la localidad de Silverston, que avisaban de su presencia al resto del mundo, como un faro en alta mar.

Con la agradable sensación de un viaje que finaliza, aflojó las manos del volante, aliviando parte de la tensión. Pero en lo hondo de su psique sabía que no era sino una mera ilusión a la que aferrarse hasta el próximo paso a seguir. El tiempo era un factor apremiante que dictaba si debían fracasar en su empeño por salvar la vida de quien tal vez ni siquiera lo merecía.

Aunque las ventanillas del vehículo estaban cerradas, se percibía un insólito helor que se manifestaba en los asientos posteriores. Los brazos del tipo se erizaron bajo la americana, y se preguntó cómo su mujer era capaz de soportar el nerviosismo de esa manera, como si estuviesen transportando un simple paquete.

Hacía varios días que circulaban con ese automóvil robado. Un viejo Citroën seleccionado por dos motivos: el primero, la poca distancia a la que

se encontraba del hospital y, el segundo, la facilidad con que se podía realizar un puente en el sistema de encendido. Se vieron obligados a abandonar el Firebird negro que habían estado utilizando hasta entonces, porque se precipitaban hacia una misión cuyo principal requisito era el anonimato. Sin embargo, Henry había percibido un extraño ruido en el motor que les había acompañado durante todo el viaje desde Atlanta. En aquellas circunstancias, bastaba con que aguantase hasta llegar a Silverston, que destacaba bajo el gran conjunto de nubes de tormenta.

A medida que las primeras casas se dibujaban en el horizonte, Henry no pudo evitar que un suspiro surgiera por su boca mientras su pecho se relajaba, como si aquel destino le transmitiera cierto desahogo.

Pero se equivocaba.

Libro 1

La vecina

Capítulo 1

1

El vecino, el señor Genderson, volvía a usar su ruidoso taladro cuando Teddy se disponía a cerrar con candado la puerta exterior del sótano. Una de aquellas puertas inclinadas de madera de doble hoja que se situaban en la parte trasera de la casa.

Había bajado al sótano como cada tarde para ordenar sus maquetas de monstruos de plástico. Su madre no le permitía realizar ese tipo de manualidad en su cuarto. Decía que los chicos de su edad debían tener la habitación perfectamente ordenada y todos aquellos monstruos de plástico no eran una decoración apropiada para el cuarto de un chico de dieciséis años. Podrían distraerle de las tareas de la escuela. Así que no tenía más remedio que resignarse a practicar su afición en el sótano. Pero tenía algunas ventajas. Ella nunca bajaba por allí, lo cual le permitía concentrarse sin temor a ser interrumpido. No obstante, en ocasiones se sentía claramente aislado del hogar, apartado de la vida diaria de la casa, como si su madre se avergonzara de sus aficiones y pretendiera ocultarlas a los demás.

Era aficionado a las maquetas y diseños de monstruos desde los nueve años. Poseía decenas de pequeñas figuras inertes sobre una pesada mesa de madera, donde todas las tardes después de la escuela decoraba sentado bajo la tenue luz del sótano. Había avisado a su madre en numerosas ocasiones para que cambiara la casi extinta bombilla. Pero ella no solía conceder importancia a las peticiones de Teddy. De modo que no solía insistir más de la cuenta. Había tomado la decisión de acudir mañana temprano a la tienda del señor Wilson a comprar la bombilla con sus propios ahorros; los que acumulaba gracias a su empleo de fin de semana cortando el césped del vecindario.

Tras sonar el característico chasquido del candado, Teddy se irguió y miró hacia una de las ventanas laterales de la casa contigua. Durante años había pasado por alto aquel ventanuco, cuyo polvoriento cristal impedía adivinar qué guardaba el desván al que pertenecía. Sin embargo, desde hacía unos días la casa volvía a ser habitada.

Vio llegar a los nuevos vecinos la noche de la tormenta. Casualmente se hallaba contemplando la lluvia, silencioso e inmiscuido en sus propios asuntos de adolescente. Pronto desvió su mirada a la muchacha de aspecto frágil que el hombre ayudaba a salir del coche. Ambos se dirigieron hacia el porche, protegidos bajo el paraguas que el hombre sostenía sobre la cabeza de ella. Inmóvil bajo la lluvia, como si la tormenta no fuese la mayor de sus inquietudes, una mujer de tez pálida arrojó un cigarrillo al suelo mientras los veía entrar en la casa. Permaneció largo rato en el abandonado jardín.

La propiedad en la que vivía Teddy era flanqueada por dos casas. La recién habitada y la de los Genderson. A la izquierda, la vivienda de ladrillo naranja, con ventanas siempre cerradas —por fortuna eso amortiguaba el ruido del taladro— se erguía austera y con aspecto de necesitar eternas reparaciones. Al otro lado destacaba la calma de la casita blanca rodeada de varias clases de árboles, que de manera increíble habían recuperado toda su vitalidad y resplandecían en un tono verde intenso. Las rebosantes copas de los fresnos restaban parte de la visibilidad de la que a Teddy le habría gustado disponer.

Aunque no era una persona que acudiera corriendo a saludar a la primera familia nueva que llegaba al vecindario, deseaba saludar a la chica, ser amable con ella. Seguramente aún no conocía a nadie en el pueblo y quién mejor que él para hacer de guía. Se ruborizó ante aquel pensamiento. Si tenía pensado hacer el esfuerzo de saludarla, debía ser antes de que empezara a conocer gente en la escuela secundaria. Sobre todo, antes de que conociera a Jason Cross. La idea le horrorizó. No sabía qué edad tenía ella. Tal vez aún cursara la escuela elemental, pensó. Negó con un movimiento enérgico de cabeza. No era posible. Teddy no deseaba aquello.

Detrás de la telaraña de finas ramas, vio entonces una silueta delgada deslizándose tras el ventanuco. El muchacho se puso de puntillas para tener mayor ángulo de visión. Se estiró todo lo que pudo, alzándose sobre la puntera de sus zapatillas de deporte en una compleja postura de bailarina de ballet. Perdió el equilibrio y cayó al césped. Se sintió estúpidamente enojado y atisbó en todas direcciones para cerciorarse de que nadie le había visto. Después de alzarse se sacudió los vaqueros con las manos. La imperiosa necesidad por conocer el aspecto de la chica, palió su disgusto.

La pasada tarde, antes de descender al sótano para dedicarse a pintar sus monstruos en miniatura, había advertido la presencia de alguien asomado a la pequeña ventana. Teddy, durante un incómodo segundo, supo que era a él a quien miraba. Le embriagó una sensación desconocida hasta entonces, como

si sintiera un peso sobre su cuerpo, algo ajeno a él. Sus piernas se convirtieron en un par de bastones quebradizos que no lograrían sostenerlo por mucho tiempo.

¿Qué interés podía tener por el chico?

Teddy Benson no era un chico al que alguien deseara examinar detenidamente. Con gafas gruesas y la piel cubriéndose de granos —motivo por el que evitaba permanecer mucho tiempo ante un espejo— no era un modelo afortunado. Su grasiento cabello negro sólo contribuía a compadecerse de sí mismo. Solía vestir tejanos desgastados y camisetas de un único color.

Sin embargo, alguien por lo visto le observaba. Se sintió frustrado al no poder asegurarse de si era ella. ¿Realmente lo era?

El ventanuco se hallaba a veinte metros de distancia, y las ramas repletas de hojas impedían visualizar con claridad. Se sintió frustrado, pues quería mirarla a los ojos y buscar interrogantes prohibidos. Teddy nunca había mirado a una chica directamente a los ojos por mucho tiempo. No poseía el coraje suficiente para hacerlo durante más de unos pocos segundos. Enseguida apartaba la mirada, sintiéndose luego culpable por su falta de valor.

El insistente taladro del señor Genderson le hizo salir del ensimismamiento. Dirigió la mirada a la casa del viejo; los árboles habían sido arrancados dos años antes, ahora el aspecto de la propiedad resultaba desolado y desprovisto de alegría, como si le hubiera arrebatado la vida.

Teddy no comprendía a qué venía el tormentoso sonido del taladro. Deseaba que fuera lo que fuese, terminase de una vez. Suponía que el viejo echaba de menos su época en la compañía constructora, donde había trabajado toda la vida. Jubilarse y no tener nada que hacer, pensó, debió ser terrible para él.

De pronto, un sonido le hizo mirar por encima del hombro hacia la casa de los nuevos vecinos. El ventanuco que había permanecido cerrado, se encontraba ahora abierto. Teddy sabía que alguien andaba en el desván. ¿Estaría la muchacha oculta, observándole? No era probable. Nada probable. Pensó que sólo estaban acondicionando la casa.

Finalmente caminó por el sendero de tierra hasta el porche de su casa. Al entrar a su habitación se sintió abatido. Las paredes blancas y exentas de personalidad propia le producían indiferencia, distancia con el decorado, sólo era el cuarto de un hotel donde se hospedaba. La esmerada pulcritud exponía

el cuidadoso carácter de su madre. Y eso era algo que odiaba. Toda la casa despedía aquel estilo frío y rígido. Deseaba que su habitación fuera más acogedora. Un póster del Conde Drácula o, tal vez, un enfurecido hombre lobo, eliminarían parte de la estéril esencia de su madre. La cama se encontraba en el centro, al lado una mesita. El ropero situado frente a la cama, pese a su tamaño, contenía escasa ropa para lucir en la escuela.

Se acercó al escritorio, donde dormitaban sus libros de texto junto al bote de lapiceros. La ventana se encontraba abierta y si asomaba el cuello podía ver la casa de los nuevos vecinos. Por supuesto también la de los Genderson, pero no era que le interesara demasiado.

Tuvo el incontrolable deseo de asomarse y mirar directamente hacia la ventana de la vecina. Pero se contuvo, era el momento de hacer algunas tareas de la escuela, porque se las debía mostrar a su madre cuando regresara de la reunión a la que acudía los viernes por la noche. «El Club de las Solteras», como lo llamaba Teddy. Reuniones en casa de la clienta más asidua a la peluquería que regentaba su madre, donde mujeres adultas y divorciadas hablaban de su nueva pero inexistente vida familiar. Solían comentar lo agradables que eran ahora sus días sin hombres a su alrededor. Una tarde a base de café y pastelillos. Teddy se preguntó si su madre había observado lo que estaba haciendo esa dieta con su figura. Aunque a decir verdad, nunca tuvo una línea que destacara. Reprimió el último pensamiento, como si su madre pudiese oírle desde la casa donde celebraban las reuniones.

Preparó sus libros sintiéndose culpable por el retraso que llevaban sus tareas y se sentó ante el escritorio. Las páginas de los libros le mostraban varios problemas de cálculo que aumentaron su ansiedad. No obstante comenzó con las primeras operaciones.

La brisa cálida que entraba por la ventana era presagio de la cercanía del verano. La copa de los fresnos se mecían en el jardín.

2

Tras veinte minutos concentrado en el cálculo, sin apartar la mirada de la libreta y los libros, sintió un hormigueo en el vientre. Miró el reloj que había sobre la mesita. Las 18:14 p.m. Su madre no tardaría en volver a casa y Teddy apenas tenía trabajo concluido para enseñarle. Se zambulló de nuevo

entre los números y teoremas.

Era buen estudiante, pero a su madre se le había antojado que debía esmerarse más en la escuela secundaria. Y desde entonces no dejaba de atosigarle con que le mostrara las tareas escolares, cosa que siempre había desconcertado al muchacho, pues dudaba de que ella comprendiese realmente algo con un simple certificado de peluquera. Sin embargo, la desagradable experiencia acaecida al inicio del curso, fue suficiente para comprender que era mejor presentarle los trabajos finalizados, al menos así se quedaba tranquila. En dicha ocasión se retrasó con la entrega de unos importantes ejercicios, y el profesor Simon Godden —un hombre resuelto que tenía la desafortunada costumbre de avisar a los padres del alumno por cualquier percance— se tomó la libertad de telefonar a casa. Era la primera vez que lo hacía, pero bastó para observar en la mirada de su madre la furia de un animal salvaje. Con las manos crispadas y los labios apretados le dijo que podría olvidarse de su colección de estúpidos muñecos si volvía a recibir la llamada del profesor. Aquello horrorizó a Teddy. Se sintió amenazado por su propia madre. Nunca la había visto así. En ese momento pensó que se debía a su reciente divorcio con su padre. Hubiese lamentado con creces el perder toda su colección de monstruos.

Después de dos horas ininterrumpidas terminó todos los problemas de cálculo. Dejaría para mañana la redacción de literatura. Tenía tiempo suficiente durante el fin de semana.

El crepúsculo teñía de rojo el horizonte y las primeras estrellas salpicaban el cielo.

Había estado tan absorto en las tareas que no advirtió el silencio procedente del jardín. El taladro del señor Genderson había cesado.

Únicamente conocía al viejo jubilado de verle extraer el correo del buzón. Luego desaparecía silencioso por la puerta de entrada. En un vecindario donde las casas permanecían tan cerca unas de otras, resultaba difícil no oír las conversaciones que bullían en derredor. Aunque si se lo proponía podía conocer muchos secretos, Teddy pasaba por alto la vida de los demás tal y como ellos pasaban por alto la suya. Pese a todo, en ciertas ocasiones, la voz ruda del viejo alcanzaba su ventana. Así fue como, sin pretenderlo, llegó a disponer de más detalles de la vida de los Genderson de las que en verdad le interesaban. En las raras ocasiones en que le veía deambulando por el porche, Teddy siempre evocaba el día que comenzó la jubilación del viejo.

El señor Genderson había llegado a su casa como cada noche, pasadas las

ocho. Teddy, inmiscuido en tareas escolares, escuchó un fuerte portazo. Recordaba bien aquella noche, en la que oyó vociferar al viejo. Estaba enojado por el modo en que las empresas se deshacían de los ancianos después de servir durante toda una vida. Por lo visto a él sólo le dieron las gracias y se limitaron a cerrarle la puerta a escasos centímetros de sus narices, como a un vulgar desconocido. Se quejaba sobre qué podría hacer un hombre con tanto tiempo libre, cuando había estado acostumbrado a trabajar bajo un estricto horario. Repitió varias veces que la casa se le caería encima, y añadió que ya sentía cómo las paredes se cernían sobre él de forma amenazante. En los días siguientes se abasteció de todo tipo de herramientas. Teddy le veía cruzar el jardín llevando una maza; en otras ocasiones empujaba una carretilla repleta de ladrillos. Se preguntó qué tramaba el viejo. Entonces dieron inicio los constantes ruidos un día tras otro.

A consecuencia de esto, la madre de Teddy comenzó a sufrir de dolores de cabeza cuando el viejo se hizo con su nuevo taladro.

Se disponía a guardar los libros cuando oyó la puerta abrirse, abajo en el vestíbulo. Su madre había vuelto de la reunión. Sabía que era ella, puesto que sólo se podía percibir el chasquido al abrirse la puerta. Su madre era extremadamente cuidadosa con todo, hasta el punto de sacar de quicio a cualquiera que estuviese con ella más de cinco minutos.

Dejó su mochila cargada de libros en el suelo junto al armario. En la mano sostenía la libreta en que había realizado las tareas de cálculo.

Salió de su cuarto y descendió con precaución las escaleras del vestíbulo. La única luz encendida procedía de la cocina, en el resto de la casa, las sombras empezaban a llenar los rincones; la noche se extendía. Esperaba hallar a su madre preparando una cena de última hora. Pero al entrar, la cocina estaba vacía.

—¿Mamá? —Teddy se mostró vacilante mientras aguardaba en el umbral. La cocina anunciaba con el característico cambio de temperatura que alguien había estado allí. Su madre no andaba lejos.

Se volvió. Entonces dio un paso atrás acompañado de un respingo.

—Joder —graznó.

La señora Benson apareció ante él, petrificada y con las sombras ocultando parte de su rostro, otorgándole un aspecto tétrico. Con traje negro y blusa blanca, tenía todo el aspecto de una feroz ejecutiva. Al chico no dejó de resultarle divertido que su madre en ese momento presentase el mismo aspecto de los monstruos que ella tanto odiaba.

—No es ésa la educación que te he dado, jovencito —dijo—. Seguramente eso lo aprendiste de tu padre.

—No. —Por un momento no sabía si aquella era la respuesta apropiada. Con el tiempo había aprendido que para que ella no se enojara debía ofrecerle la contestación adecuada en cada ocasión.

—Yo creo que sí —repuso ella. Le observó durante varios segundos en silencio—. ¿Has adelantado trabajo de la escuela? Recuerda, hijo, que si quieres ser alguien en este mundo, necesitas empezar a esforzarte cuanto antes. ¿Y bien?

El chico extendió la libreta donde figuraban los ejercicios resueltos. En cuanto Frida miró las hojas del cuaderno, él reparó en que los ojos de su madre se entornaron, esforzándose por comprender el galimatías numérico, no obstante, sin resultado.

—Hoy te daré otro consejo, hijo.

Sabía que su madre no le iba a servir unas palabras de encomio. En esas situaciones siempre añadía que era necesario esforzarse siempre al límite, como si nunca fuera suficiente el trabajo desempeñado.

—¿Cuál?

—Que no seas tan condescendiente —añadió—. Sé que haces estos ejercicios sólo para que no te castigue y no por tu propia iniciativa. Y ésa es la clave del éxito, hijo. Hay que ser disciplinado para avanzar en este mundo. Si crees que sólo dirijo una pequeña peluquería en un pueblo, te equivocas; dirijo mi vida. Tener tu propio negocio te da carácter y dinamismo. Tú, y sólo tú, diriges los asuntos. En definitiva tu vida. Piénsalo la próxima vez que te sientes delante de tu escritorio.

Si acaso su madre tenía parte de razón, era poco probable que un adolescente de la edad de Teddy pudiera percibir la verdad en esas palabras. Sobre todo cuando su estómago interrumpía insistentemente para volver a ser llenado.

—Está bien, mamá —se limitó a contestar—. Pero voy bien en clase.

—Así debe ser, hijo.

La señora Benson dio un paso al frente y Teddy se hizo a un lado como si ésta fuese una extraña amenaza que se le arrojaba encima.

—Deja paso. Voy a preparar la cena.

Las palabras aliviaron al chico, no sólo porque tuviese un voraz apetito, sino porque de ese modo cambiaba de tema, y era lo que más deseaba. Siempre que hablaba con ella acerca de las tareas escolares, era como si

estuviera siendo sometido a un severo juicio, considerándole culpable de antemano. Por lo menos no sacó a relucir el divorcio, pensó.

La cocina no era grande aunque sí confortable y, por supuesto, siempre se mantenía limpia. Era esto lo que realmente le concedía el aspecto de recién servida, lista para ser utilizada.

Frida abrió algunos de los armarios y comenzó a preparar la cena. No necesitaba quitarse la ropa de ejecutiva, puesto que era concienzuda y meticulosa en cada movimiento. Teddy sabía que cuando estuviera preparada la mesa, su traje continuaría impoluto; ni una gota de sudor delataría su esfuerzo. Como si no fuera humana, pensó Teddy mientras se alejaba.

Ahora que su madre estaba de espaldas, no ocultó el dibujo de una sonrisa en su rostro. Aunque siempre quedaba por saber si era capaz de ver por detrás de la cabeza. Aquel pensamiento hizo que su sonrisa se extendiera.

Abrió la puerta principal y salió al porche. El bien atendido césped se mecía con delicadeza por la brisa. Era el resultado de su obligación como cuidador de los jardines del vecindario. Así podía obtener algo de dinero. La idea había sido sugerida por su madre, la gran emprendedora, aunque era quien custodiaba parte de los ahorros. Teddy únicamente hacía uso del quince por cierto, que invertía en la colección de monstruos en miniatura. Aquello le hizo recordar que mañana sábado debía adquirir con urgencia una bombilla. Y con unos centavos más, dispondría de mayor iluminación con una bombilla más potente.

Descendió las escaleras y se acercó a la valla. La señora Taylor regresaba a su casa después de un buen acondicionamiento a su mascota particular. Un yorkshire cuyo cuidado era más costoso que el de la mayoría de los chicos del barrio. Caminaba con su habitual aspecto erguido, similar a una escoba, mirando al frente con ojos saltones y rodeados de un excesivo maquillaje que no lograba ocultar su verdadera edad: cincuenta y tres años. Entró en el jardín de una casa situada al final de la calle, no tan ostentosa como a la señora Taylor le habría gustado, pero donde vivía con su marido durante veinte años.

Frente a su casa, Teddy observó a Oliver Platt, una de las pocas personas en el barrio que no requería de sus cuidados; el señor Platt prefería hacer las cosas por sí mismo. Ahora se subía a la vieja escalera, sosteniendo en sus manos enguantadas las tijeras con que se disponía a podar las ramas de un fresno. Por el jardín había extendida varios metros de manguera para regar el bullicioso rosal que crecía junto a la casa. Era uno de esos hombres solitarios

que anteponía el cuidando de su jardín un viernes por la noche a tomar unas cervezas en el bar de John Morris, el local más concurrido en las largas noches de viernes y sábados.

Un Chevrolet rojo rodaba por la calle. Teddy conocía bien ese automóvil. Al volante iba Bárbara Jones, una de las mujeres más envidadas del barrio. Suponía que la señorita Jones, con su cuerpo escultural, tenía motivos para ser envidiada. Sobre todo cuando las ansiosas miradas de los maridos escudriñaban su trasero, preguntándose si usaba ropa interior bajo el vestido que lucía frecuentemente. Incluso Teddy la había observado con suma atención los días que acompañaba a su madre a la tienda de comestibles, donde Bárbara también se abastecía de los alimentos para su estricta dieta. Lejos de mantener la lasciva mirada de los tipos adultos, el chico se limitaba a lanzar rápidos vistazos al suéter de ella, que pese a tratar de ocultar sus pechos —al menos en ciertas ocasiones— estaba lejos de conseguirlo y las firmes elevaciones parecían empujar el tejido con la intención de escapar. Teddy estaba seguro de que lo había visto mirándola al menos en una ocasión. Pero ella se limitó a sonreírle y a restarle importancia al asunto. El chico se figuraba que estaba acostumbrada a que la mirasen.

En cualquier caso, no era algo a lo que Teddy estuviese acostumbrado. Ni siquiera podía imaginar qué se sentía al ser el centro de todas las miradas y si en verdad ello merecía la pena.

El Chevrolet desapareció en la esquina de la calle. Bárbara vivía al otro lado de Boulder Street. Pensó que era extraño que un viernes regresara tan pronto a casa.

Teddy volvió la mirada a la izquierda. Lanzó un respingo al ver a un hombre con sombrero y abrigo gris parado en la acera. Su respiración pareció detenerse. Era quien había ayudado a la muchacha a entrar a la casa la noche de la tormenta. Observaba la calle en silencio con una mano en el bolsillo y la otra asida a un maletín.

Aun en los veinte metros que lo distanciaban de aquel tipo, advirtió que su respiración era agitada. El rostro permanecía oculto bajo las sombras que arrojaba el ala del sombrero, todo ello ayudado por el crepúsculo que se cernía sobre Silverston.

El tenue resplandor del sol chocaba tras las colinas que se erguían en el horizonte, estallando en matices anaranjados que lentamente desaparecerían dando paso a la oscuridad.

La sombra del tipo se alargaba de manera funesta hacia atrás, golpeando

las estacas de madera que rodeaban el jardín que había recuperado casi milagrosamente todo su esplendor.

El chico tardó más tiempo del debido en advertir que estaba mirando indiscretamente a un vecino al que no conocía. Pensó que quizá a ese hombre le gustaba guardar su anonimato y, acostumbrado a ciudades más pobladas que Silverston, no le gustaba el trato con los demás. La mente de Teddy, siempre dotada de una extrema imaginación, comenzó a dar forma a absurdas ideas sobre los monstruos que Hollywood había recreado en la gran pantalla: seguramente el hombre ocultaba una horrenda malformación bajo el abrigo. O que únicamente surgía en la noche a causa de una enfermedad que le impedía mostrarse durante largos periodos de tiempo bajo el sol. Y, a consecuencia de ello, su cuerpo comenzaría a derretirse como en los efectos especiales de última generación.

La realidad, no obstante, solía ser menos grandilocuente. El hombre se limitó a contemplar el atardecer, como cualquiera de los habitantes de Silverston, después de una dura jornada de trabajo. De pronto, giró sobre sus pies y comenzó a caminar distraídamente. Pasó junto Teddy, quien se encontraba tras la valla del jardín, y asintió en gesto de saludo. Dejándose llevar por la situación, el muchacho sólo se aventuró a alzar la mano correspondiendo al saludo. Los pasos resonaron en la calle con un eco somnoliento. La figura se sumergió en la cada vez más densa noche.

Teddy alargó el cuello para seguir observando al tipo del abrigo, pero tan sólo oía los pasos, reducidos también por la distancia. Las farolas de la calle se encendieron a su hora programada; a las 20:00 p.m. derramaron su luz circular sobre la acera. Sin embargo, el hombre había desaparecido.

Intentó agudizar su vista para distinguir la posible silueta en la nueva luz artificial. Sin resultado.

Las sombras en el barrio retrocedieron ante la luminosidad que surgían de las viviendas y de los porches. La larga calle se convirtió en una prolongación de oscuridad y luz a intervalos irregulares.

Entonces el hombre del abrigo salió de una acumulación de sombras y giró en la siguiente esquina.

Teddy volvió la mirada hacia la casa recién ocupada. En una de las ventanas frontales, un contorno negro y silencioso parecía mirar al exterior. Un punto centelleaba tras el cristal. El conjunto de la casa destacaba de forma extraña del resto de las viviendas de la calle. Como una nota malsonante en una dulce melodía, o la mala hierba en un armonioso jardín. Luego pensó que

era su imaginación, que se zambullía una vez más en las habitaciones secretas que ocultan imágenes de pesadilla, donde los límites de la realidad eran rotos y las leyes anuladas para dar formas fantasmales a los miedos.

Un escalofrío recorrió su cuerpo mientras observaba la silueta negra en la ventana, quieta, paciente, con el vaivén acompasado del cigarrillo.

Teddy escuchó el quejido de la casa, como si ésta tratara de acomodarse a los nuevos inquilinos, a sus costumbres y trato con el inmobiliario. A sus nuevos olores y la atenuación de sus voces. Hasta ahora nunca había escuchado voces procedentes de la casa. Pensó que eran silenciosos y con la actividad justa. Quizá había muchas señoras Benson en la ciudad, siempre silenciosas y con comportamiento de autómatas: calculado y con ahorro de movimientos innecesarios. Por otro lado era de agradecer no tener nuevos vecinos con el ajetreo del señor Genderson. A su madre le estallaría la cabeza de ser así.

La esquina de Boulder Street, donde se alzaba la insólita vivienda, que durante tantos años había pasado desapercibida, permanecía rodeada por las sombras, en notable contraste con el resto de la calle.

Teddy desplazó la vista por la fachada en busca de algún síntoma de ser habitada de nuevo, pero se hallaba en completa oscuridad, como si dicha situación le fuera favorable. Volvió la mirada a su propia casa. Su madre había encendido las luces de la salita. Y el porche era alumbrado por una lámpara que pendía del techo. Sin duda, una escena mucho más reconfortante que la lúgubre atmósfera que presentaba la casa de al lado, pese al revitalizado jardín.

Dejó atrás los pensamientos cuando la silueta desapareció de la ventana. El único resplandor que revelaba presencia de vida se había apagado, quedando la casa como había estado durante años; sumergida en un halo de incómodo silencio y arrinconada en el extremo de la calle.

Invadido por un extraño pesar, decidió volver adentro. Pero antes echó un último vistazo desde el porche al ventanuco en que había visto a la muchacha.

las noches más tranquilas del sur de Georgia. Sin embargo, ahora, una figura escurridiza se deslizaba por sus calles en dirección al lugar donde palpitaba una nueva vida que debía ser destruida.

Su mirada furtiva se posó sobre la casita atestada de luz, erguida junto a la carretera. Dentro se encontraba la bestia a eliminar. La edificación era como una lámpara en el centro de la espesa oscuridad del inicio del bosque. A pocos metros de la casa había una cabina telefónica que brotaba del suelo como el diente de un depredador. Un hombre se paseaba dentro de la casa con la tranquilidad de alguien que no temía ser espiado.

La figura se acercó a la casa y unió su espalda con el muro exterior. Su respiración era calmada, con los años había aprendido a controlarla durante el trabajo. Palpó con una mano el tirador de la puerta del sótano. Golpeó el candado con un pesado martillo. Bajó las escaleras y, equipado con un cortaalambres, aplicó la fuerza necesaria para anular la electricidad en la casa.

La casa desapareció en la noche.

El hombre salió al porche arrojando maldiciones por la boca. La sigilosa sombra que lo acechaba disparó varias veces el arma en su mano, emitiendo leves fogonazos amortiguados por el silenciador.

La primera bala abrió una explosión de sangre en la vena yugular. El hombre herido se llevó su mano al cuello mientras se arrodillaba por el dolor. Una segunda bala penetró en el pecho haciéndole caer al suelo del porche. Antes de cerrar sus ojos para siempre, observó una figura ocultada por las tinieblas.

La figura nocturna guardó el arma y, con una nueva losa de culpabilidad, puso rumbo a la cabina telefónica.

Capítulo 2

1

Bajo la neblina del sueño, Teddy oyó que alguien abría la puerta de su cuarto y se deslizaba con firmeza hasta su cama. Luego fue zarandeado bruscamente por manos nerviosas. Al abrir un ojo, vio el rostro severo de Frida, su madre. El hecho de que llevara el pelo recogido en un moño, estiraba sus facciones, dándole un recortado aspecto patricio y masculino. La mirada ya parecía estar cargada con las tensiones del día.

—Ya es tarde, hijo —dijo al tiempo que le arrebatava la colcha—. Es hora de empezar a trabajar. ¿Nunca has oído que a quien madruga Dios le ayuda?

Miró el reloj sobre su mesita. Las 08:00 a.m. Demasiado pronto para un sábado. Ni siquiera la tienda de repuestos del señor Wilson estaba abierta, pensó.

—¡No, mamá! —replicó de mala gana.

—Pues siempre hay una primera vez para todo. Vamos, vamos. Arriba. —Frida Benson abrió las cortinas con el ímpetu de un jugador de rugby. Los primerizos rayos del sol colmaron la habitación.

—Dios mío —se quejó Teddy.

Sintió un golpe de alivio cuando vio salir a su madre del cuarto. Pero apareció de nuevo con paso firme, sosteniendo un pulverizador como si quisiera en verdad acabar con un insecto gigante y empezó a rociar todo en derredor con el ambientador.

—No es necesario, mamá.

—Lo es, hijo. Tu olor corporal está cambiando. Esas hormonas de adolescente pronto harán que apestes a gato muerto. Pero esto ayudará. Ya lo creo que sí.

Pronto, la habitación se atestó de un olor que habría podido ser agradable en su justa medida. Pero aquella densa saturación parecía ocuparlo todo. Teddy, resignado, abandonó la habitación arrastrando los pies rumbo al cuarto de baño.

Frente al espejo se compadeció de sí mismo.

Cada mañana era lo mismo con Frida Benson; irrumpía en el dormitorio, como un soldado en un barracón militar, y lo sacaba de la cama con puntualidad. Sin embargo, todo aquel aparente interés desaparecía a medida que avanzaba el día y él se inmiscuía en sus asuntos, como si únicamente quisiera tener la casa libre de su presencia. Se sentía más como el inquilino de un motel que como un hijo querido. Aunque con los años había acabado por acostumbrarse.

—No tiene importancia —se dijo, reprimiendo sus ocultas emociones. Se las tragó como se hace con una píldora.

Cuando hubo tomado el frígido y poco animoso desayuno que su madre puso en la mesa —zumo de naranja, panecillos untados con una insustancial crema que sabía a trapo viejo—, se enfundó unos pantalones de pana color gris junto a su camiseta favorita, la que lucía el hombre lobo de la Hammer garabateado en el pecho. Con esa camiseta se sentía más cerca de sí mismo y más lejos de las órdenes del comandante de su madre. Esbozó una sonrisa de satisfacción y ello le hizo recordar un asunto.

Poseído por una repentina urgencia, se asomó a la ventana, en busca del ventanuco de la casa, ansiando ver a la nueva vecina. Pero éste se encontraba cerrado y sin novedad. Y si eso no fuese suficiente, el taladro del señor Genderson comenzaba su jornada laboral. El viejo jubilado no parecía descansar ni en fin de semana. El sonido se extendió por todo el vecindario, como el clamor de un solitario viejo sin nada mejor que hacer que arreglar su vivienda. Pensó que si alguien en el barrio no estaba ya despierto no tardaría en estarlo.

Decepcionado con las expectativas del día, abrió el armario e hizo a un lado la ropa. Oculta bajo el peso de camisetas y pantalones, tenía su pequeña caja metálica en la que guardaba sus beneficios. Cogió dos billetes de un dólar y volvió a colocar encima la ropa.

Seguidamente descendió las escaleras. La primera planta estaba en silencio, y el sonido del taladro quedaba amortiguado tras los muros de la casa.

—¿Mamá?

No obtuvo respuesta, y supuso que se había marchado. Era la parte del día en que él quedaba solo durante horas y podía desarrollar sus aficiones sin ser molestado.

Salió al porche. Sintió de lleno el cálido día que avanzaba. Los rayos del sol golpeaban la parte posterior de la casa, pero las sombras ya se alargaban

sobre el terreno en la parte frontal.

La actividad había comenzado en Silverston, sobre todo en la parte que Teddy mejor conocía; Boulder Street. No solía intimar con casi nadie, de modo que no conocía a todos los vecinos.

Un Buick emergió del garaje en una casa de enfrente, atravesó el acceso pavimentado y, con su rugido característico, atravesó la calle en un abrir y cerrar de ojos. Teddy se dijo que algún día dispondría de su propio vehículo. Uno con aspecto afilado y agresivo. Uno con el que dejar atrás a gran velocidad el paisaje de los costados. Huir a gran velocidad de todo.

«Cálmate», pensó.

Rodeó la casa por el camino de baldosas que su padre dispuso antes de que las cosas fueran mal con su madre. Se acercó a la puerta inclinada de doble hoja del sótano. Con la llave abrió el candado y, con la mano en el tirador, miró por encima del hombro, impulsado por una atracción extrañamente salvaje, felina. Sus ojos se abrieron como dos esferas hinchadas que casi parecían saltar de sus órbitas.

No pudo creerlo.

En lo alto del ventanuco, una vez más, después de varios días, estaba la chica desconocida. Y lo miraba a él.

Teddy se giró, embriagado de pronto por un nerviosismo incontrolable. Se tropezó y cayó encima de la puerta por fortuna aún cerrada. Sus mejillas se encendieron, pero no sólo por ser una situación embarazosa; una sutil rabia también invadía sus emociones. Lo último que deseaban era que la vecina lo viese cometer tantas torpezas. Se alzó con rapidez y volvió a mirar hacia la ventana.

La chica continuaba allí, quieta ante la ventana abierta.

Teddy sintió que sus pies cederían y caería de nuevo en el césped, siendo objeto de sus risas. No tuvo mayor ocurrencia que levantar la mano con timidez a modo de saludo.

—Hola.

La muchacha retrocedió varios pasos con la intención de ocultarse en las sombras que la cobijaban detrás, en el cuarto donde se hallaba.

Temiendo perder la ocasión de averiguar quién era, se adelantó con la mano extendida.

—¡Espera! —exclamó.

Ella se detuvo. Su rostro quedaba cubierto por jirones de oscuridad. Aun así, Teddy percibió los agradables rasgos de su cara. Corrió hacia la valla que

separaba ambas casas para poder contemplarla mejor, admirar la belleza que él estaba seguro que poseía.

Sin embargo, nada de aquello se manifestó. Aun en la distancia, adivinó que sus ojos, hundidos y vacíos, soportaban un insoportable dolor. Eran somnolientos, febriles, siendo presa de un malestar. Parte del negro cabello le caía lacio sobre los hombros. Entonces vio que se cubría con una manta.

Desorientado por un segundo, miró el cielo, donde el sol quedaba amablemente oculto por nubes blancas. Fue consciente del clima cálido de aquella mañana.

—¿Estás enferma? —preguntó.

En lo alto de la ventana, la vio asentir en silencio.

No supo identificar lo que sentía en ese momento. Había esperado conocer a una chica vigorosa con la que poder compartir experiencias, ideas y todo tipo de cosas. Pero jamás pensó que tendría una vecina acosada por una enfermedad.

«Espera. Tal vez no sea nada. Será una vulgar gripe», pensó.

—Soy Teddy —dijo al fin.

La muchacha miró hacia atrás con inquietud, al cuarto oscuro. Teddy se preguntó si había alguien con ella. Luego volvió a mirarlo y sonrió con una sonrisa claramente forzada. Pese a esto, el chico se sintió agradecido ante dicho gesto.

Percibió que era poco comunicativa. ¿Sería debido a su enfermedad? Aunque tenía la mirada sobre la suya, la distancia disminuía lo que él siempre sentía cuando le miraban. Trató de tranquilizarse. Era quien debía encaminar la conversación. Nunca se había visto en una situación como ésa. Lo normal era salir corriendo o que se rieran de su vestuario, algo infantil para su edad. Pero si quería saber quién era la vecina, debía de armarse de valor y tomar las riendas.

Aquello le hizo experimentar una extraña adrenalina que...

—Hola.

Su mente enmudeció. Pese a que estaba intentando tomar el control de la situación, la voz lo sorprendió de forma tan desmedida que quedó paralizado. Su voz no dejaba de tener la influencia de la gripe o lo que fuese que la atenazaba, pero, tras el leve ronquido enfermizo, emanaba una calidez que podría detener a un feroz ejército.

—Hola —saludó él dubitativo.

La chica mantuvo el silencio en que parecía resguardarse. La ansiedad

comenzó a empujar a Teddy a no saber qué hacer; sus pies golpeaban impacientes la valla de estacas de madera. Entonces ocurrió lo que menos deseaba.

—No te acerques a mí —declaró, y desapareció entre las sombras que colmaban el cuarto.

Aquellas palabras se insertaron en el pecho del chico como dos punzones ardiendo. Quedó petrificado con una nueva frase en sus labios que no llegó a brotar.

«¿Quién eres?», pensó.

La ventana se cerró con un golpe seco que aplastó cualquier esperanza de poder iniciar una amistad, la que había necesitado desde el casual momento en que la vio descender del vehículo bajo la lluvia.

Una insólita brisa se alzó a espaldas del chico, agitando las ramas de los fresnos que poblaban el jardín. Tras el rumor advirtió una leve caricia en su cuello. Su cuerpo se estremeció con una fuerte sacudida que lo sacó del estado en que estaba: mirando embobado la ventana.

Desde donde Teddy estaba sólo se veía el perfil del porche. Deseó que la vecina apareciese por la puerta, dándole la explicación que sin duda creía merecer. Pero la casa permaneció en silencio, como siempre había permanecido a lo largo de tantos años, sin que él ni nadie sintiera el más mínimo interés.

Sin embargo, ahora deseaba saber. Conocer la nueva vida que albergaba.

Llevó la vista al suelo y notó el temblor de sus piernas.

«Será mejor que me calme. Las cosas no han salido como yo esperaba», pensó.

Se ceñiría a sus propios asuntos igual que siempre había hecho. Se volvió y guió sus pasos hacia la escalinata que bajaba al sótano. Allí emprendería la tarea de ordenar sus nuevas adquisiciones antes de ir a la tienda del señor Wilson.

2

Tiró del cordón que accionaba la bombilla. La negrura se abrió en círculo, revelando la pequeña estancia que usaba para las aficiones que su madre no le permitía desarrollar en casa. Sobre un estante situado en la pared del fondo

había botes de pintura de diferentes colores, y pinceles de distinto grosor. Una pesada mesa de madera anulaba parte del espacio de la estancia, aunque a la vez otorgaba al lugar un aspecto más acogedor, donde todo parecía quedar a su alcance.

Las paredes del sótano estaban empapeladas con docenas de posters y fotografías de personajes de la Hammer. El Drácula de Christopher Lee se erguía dentro de su tumba un instante antes de que una estaca entrase en su pecho maldito. Al otro lado de la pared, Peter Cushing exhibía su porte más temible ante una seductora vampiresa con intención de abalanzarse contra él. En otro retrato, el hombre lobo mostraba sus garras ante un policía tras una luna llena inmensa.

Encima de la mesa dormitaban pequeñas figuras esparcidas al azar. Casi en el borde había un siniestro cementerio que se mostraba como toda una obra de manualidades; una lámina de madera fina soportaba el peso de árboles diseñados con pequeñas ramas y grupos de diminutas piedras; las tumbas eran unas rocas a las que había dado forma con un cincel durante horas.

En la mesa también había varios folios con bocetos para una casa encantada. Tenía la firme resolución de embarcarse en un nuevo diseño para su terrorífico escenario. Dos días antes había conseguido algunas varillas de madera fina para construir con ella los muros exteriores de la casa y las paredes de las diferentes habitaciones.

El hermano de su padre, su buen tío Rusty, era quien había despertado su fascinación por los monstruos. Acudieron juntos al cine al aire libre en la localidad de Moultrie, cuando contaba con nueve años. Vio su primera película de terror: *A Nightmare on Elm Street*. Rusty le explicó que los monstruos a veces eran reales y, lejos de estar cubiertos de pelo o escamas, parecían personas normales; sonreían y tenían un comportamiento aparentemente correcto. Sin embargo, en su mente anidaban sentimientos oscuros. Se deleitaban en el dolor de los demás, siempre dispuestos a añadir una piedra más sobre el vientre del torturado. «Están a nuestro alrededor, vistiendo trajes caros y diciéndonos lo que tenemos que hacer y pensar, Teddy, estate al loro». En aquella época, el chico dedujo que su tío estaba arrepentido de las fechorías de años anteriores. De hecho había pagado su precio en la prisión de Athens, y ahora estaba reformado, muy al contrario de lo que opinaba Frida Benson. Vivía en un pequeño pueblo a dos millas al sur de Silverston, en Funston. En contadas ocasiones, podía escaparse de las garras de su madre y hacerle una visita. Sin embargo, su tío le sugería que no

mintiera a su madre; lo que volvía a demostrar que estaba rehabilitado. Durante la última visita habían hablado de mujeres y coches. El chico siempre percibía un creciente calor en sus mejillas al iniciarse ese tipo de temas. Se limitaba a asentir a todo lo que le decía, preguntándose de dónde había sacado sus conclusiones; el que Rusty le afirmara que muchas mujeres eran víboras, despertaba en Teddy un sentimiento de censura, aunque nunca se atrevió a replicarle.

Sus cavilaciones se detuvieron en seco. De ninguna manera, pensó. La imagen envuelta en sombras de su nueva vecina se introdujo en su cabeza.

«Aún no sé ni su nombre», pensó.

El doble parpadeo de luz sugería la urgencia del cambio de bombilla. Volvió la mirada al estante en que se encontraba el ataúd negro con un reloj en el centro que marcaba las once en punto. El tiempo se había esfumado. El local del señor Wilson había abierto sus puertas al público.

Se dijo que sería buena idea acudir a ver a su tío Rusty y explicarle que había una chica. En ningún caso una víbora. Pero sí una chica. Aunque una chica extraña que le había expresado que no se acercase a ella.

La bombilla lanzó una ráfaga de sucesivos parpadeos..., y a continuación se fundió.

—Y sucedió al fin —murmuró.

Golpeó con los dedos el casquillo de la bombilla. Pero definitivamente había sucumbido. Era el momento de cambiarla por una de más potencia como tenía pensado. Se resignó a dejar el trabajo de la mansión para la tarde. Y mañana acudiría a esa visita pendiente con su tío Rusty.

3

Pese a que Silverston era una ciudad pequeña, la mañana de sábado estaba colmada del bullicio de personas que paseaban distraídas bajo el resplandeciente sol matutino. El señor Cohen se hallaba bajo un viejo coche, intentando buscar la causa de la avería. El cartel que coronaba la entrada del local de mecánica rezaba: «Reparaciones al instante... si podemos». Al pie del afanado mecánico, Norman, un tipo increíblemente delgado y con una pronunciada curvatura en la parte superior de la espalda, miraba de continuo su reloj de pulsera.

El chico caminaba por la acera de Coat Street, flanqueada por un césped rasurado. A cada pocos metros se erguía un árbol que arrojaba su sombra sobre el pavimento. Teddy, camino al centro de la ciudad, donde se encontraba la tienda del señor Wilson, quedaba momentáneamente cobijado bajo la sombra y al instante emergía de nuevo ante la cegadora luz de la mañana, obligándole a posar su mano a modo de visera en la frente.

Se detuvo en el cruce a la espera de que cambiase el disco rojo. Vio pasar el coche patrulla conducido por Ken Parker. Agitó la mano con animosidad, pero el policía no reparó en el saludo. Sostenía el micrófono de la emisora de radio, y Teddy tuvo la impresión de que vociferaba, como si ocurriese algo grave.

Durante un momento, todo pareció detenerse. Una multitud de personas giró sus cuellos alertada por el veloz coche de policía que aquella mañana del 18 de mayo de 1996 se dirigía a las afueras de la ciudad. La mancha resaltaba negativamente en el pintoresco escenario de Silverston, como una mota de polvo sobre una pulcra mesa.

El disco del semáforo cambió de color y la breve tensión desapareció. Teddy sabía que Silverston no era una localidad donde proliferaran los problemas. El altercado que más había conmocionado a la población sucedió dos años atrás, cuando el viejo Bob, el borracho más popular, lanzó una botella de vino contra el escaparate de Harold Collins, el barbero. Los vecinos se congregaron junto al borracho y, desde la cabina telefónica de Bell, realizaron la llamada a la comisaría. Enviaron a Ken Parker, el encargado de solventar las pequeñas reyertas que solían producirse. Sin embargo, esa vez la situación escaparía a su control. Collins debía algunos centavos al viejo, que requería para completar la suma de dinero y poder adquirir otra botella de vino. El señor Collins cerró la puerta de la barbería en las narices del borracho, con desprecio y pasando por alto sus advertencia mientras blandía una botella vacía. De pronto el silencio de la noche quedó roto por miles de cristales que se esparcían por el local de Harold Collins. Éste se abalanzó sobre el viejo con una navaja de barbero y abrió diversos cortes en el antebrazo del borracho, quien comenzó a propinar gritos de socorro. La calle se inundó de miradas en las ventanas de los edificios del centro de Silverston. Agitaron su cabeza de un lado a otro con la esperanza de ver el final del altercado. Pero Parker ya esposaba al barbero; el viejo, entre maldiciones, permanecía contenido por otros dos agentes. Todo el ruido quedó silenciado en pocas horas. La deuda de Bob el borracho quedó saldada.

Al cabo de unas horas, varios vecinos lo vieron con una sonrisa de satisfacción en su rostro enmarañado de profundas arrugas. Estaba depositando sus monedas en el mostrador de la tienda en que acostumbrada a abastecerse de su dosis de alcohol. En pocos días todo quedó olvidado.

Las calles salpicadas de casas individuales con jardín, quedaron sustituidas por altos edificios que se apelotonaban unos contra otros. Las aceras, ahora sin césped, estaban ocupadas por peatones que iban de un lado a otro con la vista perdida, inmiscuidos en sus asuntos personales. Teddy se adentraba en el bullicioso centro de la ciudad, con toda su actividad latente. El escaparate de la popular tienda de ropa «Donna's Style», donde trabajaba Bárbara Jones, exhibía unos maniqués femeninos enfundados en faldas azules con chaqueta y bolso a juego. El chico sonrió al advertir que la tienda equipaba a sus modelos sin vida cada vez con menos ropa, por lo visto la nueva moda era enseñar más.

Reconoció a tres de las chicas —Cindy Mancini, Patty y Tina— que atravesaban la puerta cargadas de bolsas. Eran tres alumnas de la escuela secundaria de Silverston; sin embargo, Teddy quedaba lejos de ellas, en el llamado «Estatus Social del Estudiante», el cual regía quién iba con quién y de qué grupos se podía formar parte. Patty y Tina depositaron las bolsas en el maletero del coche de Cindy Mancini y, siempre con sus risas picaronas, se sentaron en los asientos. El vehículo desapareció por la siguiente esquina.

Se plantó frente a la puerta de la tienda, contemplando el interior y, de pronto, aparecieron un par de ojos que contenían una absurda e infantil insolencia. Luego tomó forma la blanca cara del hijo gordo de los Burton, rolliza y cubierta por una fina película de grasa. Su enorme cuerpo se precipitó por las elegantes escaleras de madera como una locomotora seguido de su fiel camarada de travesuras, Branlin Junior. Teddy observó cómo aquellos ojos le ordenaban que se hiciera a un lado.

—¡Aparta, imbécil! —bufó.

—¡Corre, tío! Esta vez se las has tocado bien. —Ambos muchachos corrieron entre risas calle arriba.

Cuando volvió la vista a la entrada de la tienda, Bárbara emergía torpemente, con los senos meciéndose arriba y abajo como deliciosa gelatina.

—¡Malnacidos! —chilló de un modo nada convincente.

Teddy comprendió entonces lo que había pasado.

—No les hagas caso. Son tontos.

Sin embargo, parecía difícil resistirse a posar la mirada sobre la mujer.

—Unos sinvergüenzas, esos críos. Ya han entrado varias veces a la tienda a manosearme los pechos —anunció ella, observando con satisfacción sus dos turgencias empujando sensualmente la chillona camiseta amarilla que lucía.

Continuó su camino, dejado atrás el intenso perfume que usaba Bárbara Jones. Todo cambió al contemplar la tienda del señor Wilson, cuyo escaparate parecía competir en tamaño con el resto de escaparates de la calle; enormes letras de acero situadas en lo alto daban la bienvenida al local. Como siempre, Wilson se encontraba tras el mostrador, esbozando su sonrisa más comercial y con sus manos a la espalda en gesto de refinada educación. Vestía sus pantalones grises habituales con la camisa arremangada hasta los codos. Su cuidado bigote le otorgaba un aspecto más severo de lo que en realidad era. Pero Teddy sabía que era muy servicial en el trato.

Aquella mañana, una inquietante tensión se mascaba en el ambiente de la tienda. Y no eran por las estanterías casi vacías, normalmente cargadas de productos nuevos, ni que la puerta de la oficina, a espaldas de Wilson, estuviese abierta y liberase el desagradable tufillo de los puros que solía fumar. La sonrisa del dueño se abría y cerraba a causa de la conversación que mantenían dos clientes. Una mujer plantada a escasos metros, llevaba su mano a la boca, impresionada por lo que decían.

Teddy se aproximó hasta el mostrador con la intención de pedir la bombilla. Desde allí vio cómo las manos que Wilson mantenía a la espalda se movían nerviosas y los dedos chocaban entre sí.

—Cielo santo —murmuró un hombre—. Parece increíble

—Acabo de saberlo —declaró el otro, con su camisa blanca adornada por manchas de sudor en las axilas—. Han visto el coche patrulla enfilado hacia allí hace tan sólo unos minutos. Por la expresión de Parker, la cosa parecía seria esta vez.

Teddy recordaba haber visto a Parker en el coche policía, pero restó importancia al asunto hasta que finalmente el hombre que relataba el suceso apoyó una de sus manos en el mostrador.

—Será mejor que os preparéis para algo grande. Es mi opinión, y vaya si suelo equivocarme —dijo cada vez con mayor excitación—. Y si os preguntáis quién ha sido, os aseguro que esta vez no será nada relacionado con el viejo Bob.

—No es el estilo del viejo borracho. Estoy seguro de ello —intervino de nuevo el otro hombre.

—Yo en vuestro lugar compraría el periódico estos días. Veréis cómo esto

se extiende como la pólvora —explicó el tipo nervioso al tiempo que se miraba sus axilas.

El señor Wilson reparó en la presencia del chico y asintió.

—Si me disculpan, caballeros.

Era el tipo de hombre que parecía haber quedado a mitad de su formación académica; sus excesivos modales destacaban sobre el deslucido atuendo que usaba a diario. Teddy tenía la impresión de que se olvidaron de esa parte de su educación.

La sonrisa del dependiente se extendió de forma absurda, mostrando una perfecta hilera de dientes, aunque machados por el abuso de los puros que fumaba.

—¿Qué te trae por aquí esta vez, Teddy?

—Necesito una bombilla para el sótano. Se ha fundido.

—Es bueno que eso ocurra, ¿sabes? Así tú acudes a mí y yo te vendo una nueva, recibiendo con ello dinero. Así es como funciona este país, hijo. ¿Aún os enseñan eso en la escuela?

Sonrió a las explicaciones de Wilson, quien, no obstante, permanecía más atento a la extraña conversación. Los hombres parecían acalorarse a medida que discutían nuevos datos de la noticia.

—Hay que estar majareta para cometer un crimen de ese modo —dijo el tipo—. Y en esta tranquila ciudad.

Entonces, la mujer que todavía escuchaba, abrió los ojos con expresión de irrefrenable temor. Miró a ambos lados con la tez pálida como una lámina en blanco y abandonó la tienda apresurada. Aquella nota malsonante parecía estar cambiando la plácida mañana en Silverston.

El hombre, perdiendo el control de sí mismo, asestó un golpe en el mostrador.

—¡La policía debe encontrar a ese bastardo! —rugió, ante la mirada de desaprobación del señor Wilson, que había girado el cuello con la rapidez de un resorte. La sonrisa se había esfumado.

El hombre sudoroso asintió a modo de disculpa y Wilson volvió su atención hacia el chico, con una bombilla de cien vatios en la mano.

—Aquí tienes. Disculpa a mis clientes —añadió, dibujando una sonrisa forzada—. Están más nerviosos de lo normal.

—No pasa nada —se apresuró a responder. Entregó el dinero y se introdujo el cambio en el bolsillo del pantalón.

Abandonó la tienda y dejó atrás la acalorada conversación. Aquello, sin

embargo, infundió al día un nuevo sabor amargo, semejante a un alimento en mal estado que intentase emerger por su garganta.

Por el este, el cielo adquiriría un tono ceniciento.

4

Teddy Benson finalizó de sustituir la bombilla. Cuando tiró del cordón que accionaba el encendido, una deslumbrante luz bañó la estancia, revelando zonas inexistentes hasta ahora. La claridad dotaba a su terrorífico escenario sobre la mesa de nuevos matices; los monstruos en miniatura relucían a causa del brillo final aplicado en el proceso de fabricación. Sonrió satisfecho.

Había llegado a casa hacía varias horas. Su madre no estaba, pero sí su rastro de mujer perfeccionista. Olía a variados perfumes que de una manera casi milagrosa lograban ocultar la antigüedad de la casa. Fue adquirida por su padre dieciséis años atrás; mucho antes de que las cosas se deterioraran entre sus padres. Teddy casi no recordaba cuando su madre dejó de ser la cándida mujer que había sido para convertirse en una especie de maniquí con ropa de ejecutiva, obsesionada por la limpieza y ofreciendo de sí nada más que una imagen severa.

Al entrar en el salón, el chico experimentó el desconcierto de verse en medio de una exposición de novedosos salones y no en la parte acogedora de una casa familiar. Aunque ahora que lo pensaba, no había tal familia. Entonces una espina se hundió en sus sentimientos. Con ese malestar miró los muebles. Buscaba alguna evidencia de que la casa era también suya, pero no advirtió más que la huella de su madre, que acaparaba hasta su habitación. El lugar de Teddy quedaba limitado al sótano. Un escalofrío lo llevó a pensar qué sucedería si a ella la invadía la necesidad de extender sus estériles tentáculos hasta el sótano. Agitó la cabeza para alejar aquella idea.

La enorme mesa situada en el centro parecía requerir todo el espacio, el florero negro carente de la vida que conceden las flores, dormitaba encima como un mero objeto decorativo. Un mueble cubría parte de la pared, donde una vez hubo una mancha de humedad. La mullida moqueta color crema ocultaba las imperfecciones del suelo de madera. Sobre las estanterías no había fotos familiares, sólo un portafotos en el que aparecía una mujer delgada de proporciones estrictamente correctas; una vez más su madre

manifestaba su empeño por la perfección. Pero el salón no reflejaba más que la apremiante necesidad de alguien por eliminar cualquier rastro de calor, sustituyendo éste por frío, el frío decorado de Frida Benson.

Mientras pensaba en todo esto, la puerta doble del sótano permanecía abierta y, enmarcada en ella, el atardecer avanzaba inexorablemente. Las primeras gotas comenzaron a precipitarse sobre los escalones de cemento con sordo repiqueteo.

Tras el estallido del primer relámpago, Teddy creyó oír un lamento procedente de la casa de la vecina. Agudizó el oído durante unos segundos, pero al no volverlo a escuchar, continuó con los muñecos. Arrojó la bombilla gastada al cubo de basura que había junto a una de las estanterías.

De pronto, un nuevo lamento más áspero, arrancó otra vez al chico de su ensimismamiento. Miró por encima del hombro hacia las escaleras moteadas por la naciente lluvia.

—¿Qué pasa ahí afuera? —murmuró.

Con una figura zombie sin pintar entre las manos, subió varios escalones y asomó la cabeza por la puerta. Su rostro se vio golpeado por gotas de lluvia. Cuando dirigió su mirada al ventanuco, un hormigueo reptó por su piel. La presencia de la muchacha se recortaba contra el cristal mojado. Permanecía cubierta por la misma manta de la otra ocasión, y contemplaba la lluvia de forma hipnótica.

Teddy se preguntó si aún estaba enferma. Salió al exterior. La lluvia golpeó su cabeza con una monótona insistencia. Se acercó al límite del jardín.

Ella fijó su mirada en Teddy, quien se vio asaltado por aquellos ojos penetrantes. La palidez de la otra tarde quedaba ahora atenuada por un leve color morado en las mejillas. El negro cabello se derramaba sobre los hombros. Pese a todo, sus ojos hundidos parecían observarlo desde un mundo funesto, rodeado de melancolía. La manta se ceñía a su delgada figura, como un caparazón protector, pero sin aliviar su frío.

Pensó que, aunque había mejorado, aún estaba bajo los efectos de la enfermedad. Teddy le sonrió.

La muchacha permanecía con la cara tensa. Teddy lo atribuyó a fuertes dolores. Entonces ella estiró sus finos labios en una cálida y conmovedora sonrisa.

Teddy no pudo evitar ensanchar más su sonrisa.

—Ayer no me dijiste tu nombre ¿Cómo te llamas?

La cabeza de ella se volvió a un lado, a un rincón oculto a los ojos del chico. Borró la sonrisa de su cara y asintió a alguien. Después, desapareció del ventanuco.

Teddy tuvo la impresión de que una vez más le arrebataban su momento de gloria. Fue invadido por un sentimiento de confusión y desasosiego. Un vacío parecía agrandarse, igual que en la otra ocasión. Agachó la cabeza y miró su muñeco de plástico. De pronto, comprendió cuán solo estaba, únicamente con sus muñecos y el sótano. Por un segundo percibió que no era suficiente.

Miró alrededor, bajo la lluvia, cuyo repiqueteo llenaba ahora el silencio. El jardín de su madre —porque la sensación de que no había nada suyo se intensificó de forma insoportable— se agrandó, y experimentó el vacío de estar solo en un campo de fútbol, lejos de poder asir alguna cosa.

Caminó cabizbajo hacia el sótano, la parte de la casa que todavía conservaba algo de su particular carácter.

Sin embargo, sin comprender por qué, deseaba algo más. Algo que no sabía cómo alcanzar.

Bajó los escalones. Las gotas caían al suelo desde su pelo mojado.

Envuelto en su miserable soledad, de pronto, la nueva luz no iluminaba lo suficiente. Aquellos muñecos inertes habían perdido todo interés. Visitar a su tío Rusty se volvía cada más urgente.

5

Hacía varios minutos que había sentido la presencia silenciosa de su madre. Sobre todo percibió el frío del exterior en el vestíbulo, cuando alguien abrió la puerta. Teddy avanzó por el pasillo bajo el foco de luces del techo, como si caminara por un largo pasillo de un hotel desconocido, en cuyo final había una figura negra que lo escrutaba pesadamente.

—Oh, Teddy. Espero que te hayas limpiado los pies en la moqueta del vestíbulo —bufó Frida.

—Sí —repuso.

Pensó en preguntar a su madre si había visto a los nuevos vecinos. Quizá había hablado con ellos. Sí. Intentaría sonsacarle alguna información, si acaso ello era posible.

Miró a su madre con los ojos bien abiertos.

—Mamá...

—¿Quieres calmarte? ¿Qué es esa agitación que traes? —Estaba bajo el marco de la puerta del salón con las manos en la cintura como jarras—. Ya sabes que no me gusta la gente que pierde el control de sus emociones. Así que será mejor que te calmes.

Quedó boquiabierto a escasos metros de su madre, que más que eso parecía alguien encargado de un pelotón de soldados. Llevaba un vestido color gris ceñido a sus abundantes caderas.

—Y será mejor que cambies tu vestuario. Te haces mayor. ¿No crees que ya es hora de vestir como tal, hijo?

Teddy Benson recordó las anteriores veces en que intentaba hablar con ella en busca de respuestas; en vez ello, la conversación siempre tomaba el camino de convertirse en un monólogo conducido por Frida.

Aun así, el chico insistió.

—Quería preguntarte si habías visto a los nuevos vecinos.

—Como no advertirlo, con el mal aspecto con el que anda el hombre. Si quieres evitar convertirte en algo parecido, Dios no lo quiera, será mejor que empieces a mejorar tu comportamiento, y tu vestuario.

Teddy se sorprendió.

—¿Qué comportamiento? Si no hago nada malo, mamá. Y ya tengo mi propio empleo.

—Exacto. Pero todo eso porque yo te empujo a ello. Quiero ver esas iniciativas en ti sin que yo tenga que decirte nada y...

—Oh, mamá.

—No me interrumpas, jovencito. No es ésa la calidad de tu educación —reprimió, blandiendo el dedo índice—. Y en lo referente al porcentaje que administras tú mismo, espero que vaya destinado para cosas importantes. Por fortuna yo custodio la mayor parte.

—Creo que eres un poco exigente conmigo.

La mujer pareció hincharse como un gato salvaje.

—Debo exigir si no veo resultados, hijo. Cuando tengas unos años más, podrás comprenderlo. Y ahora lávate las manos para la cena.

«¿La cena?», pensó. No había notado ningún aroma en el aire. Y cuando olfateó no halló más que el escaso perfume de su madre.

—Panecillo integral y verduras hervidas —indicó—. Y, por Dios santo, deja de olfatear como un animal.

Verduras hervidas. Ahora entendía por qué ningún olor había llegado a su

nariz. Siempre había creído que el agua no era un buen método para hervir los alimentos, pero su madre insistía en hacer esas comidas insípidas igual que toda ella. El pensamiento esta vez no logró arrancarle una sonrisa. Todavía estaba presa del anterior acontecimiento. Aquella extraña chica despertaba su interés de manera irrefrenable.

Capítulo 3

1

Silverston fue levantado con el empuje y vigor de los primeros colonos británicos que fueron enviados a Georgia el 17 de noviembre de 1732, partiendo del Reino Unido, a bordo del HMS Anne.

Un grupo minoritario de dichos colonos se disgregó del grupo central en 1733, aventurándose más al oeste del estado, dirigido por el general Kent Gordon Silverston. En el interior de esas tierras inexploradas, se asentaron una de las extensiones llanas al sur del estado. Sin embargo, a medida que las primeras casas se erguían con el esfuerzo de los hombres, fueron sorprendidos por una tribu Creek —principales moradores de dichas tierras junto con la tribu Cheroqui—, que veía decrecer sus bosques durante la tala que exigía la corona Británica como pago de impuestos. Tras varios acuerdos e intercambios de bienes, los colonos tuvieron la colaboración de Tomochichi, jefe indígena de una tribu Creek, que les ayudó a construir cobijos adecuados y a cultivar maíz y arroz, incluso persuadió a otras tribus a no atacar a los nuevos colonos. De ese modo, los cultivos empezaron a abarcar grandes extensiones alrededor del conjunto de las primeras casas de la colonia.

No obstante, pronto comenzaron los primeros problemas, con los que el viejo general Silverston debió mostrar su templanza a la vez que su firmeza de carácter. La noche del 8 febrero de 1748 un indígena de la tribu de los Cheroqui se adentró con temeridad en los cultivos de arroz de la familia Elliott, quemando su fuente de ingresos. El fuego alertó a los vecinos e hicieron sonar la campana que habían dispuesto en la única plaza. En pocos días se celebró el primer juicio importante entre los colonos y alegaron que debían expulsar de sus tierras a los indígenas. Las voces se alzaron en aprobación de la propuesta. Pero el general Silverston intervino con una idea que salvó a los colonos de una muerte segura. Ofreció el perdón del culpable a cambio de más tierras para la expansión de la colonia. En honor a aquel momento irguieron la estatua de hierro en el centro de la plaza y se

estipularon los acuerdos necesarios para añadir el nombre de Silverston a la colonia.

A partir de ese día, cada año durante el 11 de febrero, se celebraba el día del nacimiento de Silverston, donde un portavoz nombrado por el pueblo recitaba un apasionado discurso.

El general fue enterrado la mañana de 16 de noviembre de 1769 en el cementerio de Dreary Hill, donde a día de hoy aún se puede ver el emblema decorativo tallado sobre la lápida, como si aquel hombre poseyera un halo capaz de vencer el tiempo.

Durante la década de 1790, el cultivo de algodón se convirtió en la principal fuente de ingresos de Silverston, añadiendo algo más de dinero a los bolsillos de los prósperos habitantes.

En 1829, durante la fiebre del oro en Georgia, presionaron al gobierno a expulsar a los Cheroqui, que poseían los derechos de propiedad de las tierras de grandes áreas de Georgia. En 1830, con el Acto de Remoción Indígena, los Cheroqui y todas las tribus de nativos americanos que vivían en la región, fueron forzados a retirarse al Territorio de Oklahoma y así, la última tribu Cheroqui en migrar para Oklahoma, lo hizo en 1838.

Con el paso del tiempo y la llegada del nuevo siglo, Silverston creció en la medida que podía hacerlo un próspero pueblo que basaba su economía en la agricultura. Las viejas casas que rodeaban la plaza, donde aún sobrevivía la estatua del general Kent Gordon Silverston, dieron paso a los pintorescos edificios de varias plantas; los bares sustituyeron a las malolientes tabernas, y decenas de comercios sembraron la avenida con sus coloridos y atrayentes carteles.

El Morris's Dry se erguía en Mother Road como el primer bar que abrió sus puertas después de que finalizase la ley seca de los años veinte. Cada viernes, las nuevas generaciones de los habitantes de la localidad, se adentraban en el licor de John Morris, único gerente del bar, que con brazos de oso se bastaba para echar a cualquier cretino que se propasara más de la cuenta. Las palabras del mismo señor Morris, revelaban cómo deseaba llevar su negocio: «Esto es un bar, no un ring de boxeo».

El Morris's Dry se encontraba al final del viejo camino que había sobrevivido desde los inicios de la colonia. Una madre fue allí atropellada por un conductor borracho que al parecer tenía demasiada prisa por abandonar el irregular camino, perdiendo con ello el control del automóvil en una noche nevada. El conductor no había colocado las cadenas a las ruedas de su

vehículo, contribuyendo con el terrible resultado. Aquel accidente se sumó a los trágicos sucesos que raramente acaecían a la tranquila localidad.

El linaje de los Benson, del que procedía Teddy, se remontaba a principios del siglo XIX. Una de las colonas más jóvenes, llamada Emma Smith, se casó con un severo cazador que irrumpió en Silverston una noche lluviosa, buscando alojamiento. Los padres de la muchacha decidieron ofrecerle, durante varias noches, el granero como hospedaje. A cambio, el cazador, Addams Benson, les ofreció sus manos para el trabajo del campo. En dos generaciones, los Benson cambiaron las armas por las manos encallecidas. No obstante, el espíritu autoritario y severo del cazador pasó de padres a hijos hasta el presente.

Silverston resaltaba desde el cielo como una mancha de aceite, que se extendía hacia los lados en tramos irregulares, pero alargándose más al este, donde se encontraban los barrios más nuevos. Allí comenzaba Boulder Street, similar a un brazo central que trataba de destacarse del resto de barrios, con su bulliciosa actividad.

Bárbara Jones, dos calles atrás de donde vivían los Benson, en el número treinta y tres de Poison Street, abrió las ventanas de la cocina para que el humo que desprendían las tostadas quemadas saliera. Aireó con un trapo para acelerar el proceso mientras tosía repetidas veces.

El señor Pitt, uno de los vecinos que no sabía que Teddy Benson cortaba los césped por un módico precio, detuvo la cortadora para atisbar con mayor detenimiento la oscilación de los pechos de su deliciosa vecina, que no terminaba de despachar el humo. De pronto, con un gesto de falsa indiferencia, Pitt puso de nuevo en marcha la cortadora de césped ante la presencia de su esposa; ojos saltones y una figura reblandecida por su abuso de emparedados, enfundada en una blusa que dejaba entrever su poco apetitoso vientre. Nada que ver con la vecina, pensó Pitt, desganado.

Ninguno de los dos observó la ancha sonrisa que lucía el hijo gordo de los Burton, al tiempo que regaba los rosales de su madre. Vestía únicamente unos pantalones cortos color blanco. Sus pesados pechos se desprendían sobre su abultado vientre como los pliegues de un globo deshinchado. Sabía que el señor Pitt miraba más de la cuenta a la vecina de los bustos enormes. Mientras esperaba que la señora abriera la boca para acusar a su marido de pensamientos impropios, alzó la mirada y miró al cielo, que comenzaba a nublarse por el este. Trabajo perdido, pensó, mirando el gorgoteo que manaba del extremo de la manguera.

Las nubes grises se acumulaban a lo lejos como jirones negros entrechocando entre sí; del interior del tumulto, brotaban centelleantes relámpagos impacientes por azotar a la localidad con una furia contenida.

Otro de los que alzó la vista al cielo, sin poder ocultar un leve temor a volver a su casa, fue Henry Hughes. Se encontraba junto a la valla de estacas de la casa que había adquirido días antes. Se cerró la americana que acostumbraba a llevar, empujado por una brisa fría que se deslizó por la calle. Lanzó una ráfaga de miradas a la casa, con absoluta paciencia, como si no tuviera prisa alguna por entrar. Ya sabía lo que le esperaba en el interior.

No obstante, los acontecimientos se precipitaron en su contra. La señora Hughes, con un cigarrillo alojado en sus labios, lo penetró con su mirada desde una de las ventanas del piso superior.

Henry sintió que su cuerpo pesaba de pronto varios kilos más. Elevó sus hombros para proteger el cuello del viento que se aproximaba por el este.

«Una lluvia más, como cuando llegamos», pensó.

Aspiró el mortecino aire y se dirigió hacia el porche. Era el momento de hablar. Lo sabía por la expresión que asomaba en la ventana. A medida que se acercaba al porche, vio consumirse el cigarrillo de su mujer. Cuando estaba nerviosa aspiraba con mayor ansiedad. Ahora comprendía cómo soportaba la tensión; a base de cigarrillos. Pensó que tal vez era el momento de hallar su propio calmante.

Abrió la puerta y entró.

El gran vestíbulo se extendía ante él como un túnel sumido en tinieblas. Su mujer descendió las escaleras que conducían a la planta de arriba. El sonido quejumbroso de los escalones de madera despertó en Henry su viejo malestar en el estómago.

—Creo que acaba de volver mi úlcera —graznó.

La mujer descendía lentamente, como si ni siquiera hubiese reparado en la presencia de su marido.

El hombre advirtió que no llevaba nada entre las manos; el cigarrillo había sucumbido ante sus inhalaciones.

—¿Quieres calmarte? —le dijo ella.

—No soy como tú, no tengo con qué aliviar mi conciencia.

Elena Hughes casi pareció empujarle con su mirada de ojos abiertos. Henry no pudo evitar que un escalofrío trepase por su espina dorsal, hundiéndose a continuación en su cabeza, con la semejanza de un interruptor que avisaba de que algo iba mal..., muy mal.

La mujer de rasgos finos y notablemente consumidos, dijo:

—Todo está en orden.

Henry sacó las manos de los bolsillos

—¿Dónde está ella?

—Arriba, en su habitación.

—¿A eso lo llamas habitación? —inquirió.

—Es... sólo por una temporada —repuso, midiendo bien sus palabras.

Henry se dirigió a la cocina. Al menos de ese modo no se veía obligado a mirar a su mujer.

—La úlcera despierta por momentos. Mi estómago parece que quiera reventar.

—¡Ah, maldita sea! —rugió Elena—. Ya empiezas con tus quejas. Mantente firme.

Los intestinos de Henry se estremecieron al abrir la nevera.

—Está vacía —murmuró.

—He comprado algo improvisado para cenar —vociferó Elena desde el pasillo—. Está sobre la mesa.

Dirigió una mirada taciturna a la mesa que había a un lado de la cocina, junto a la pared. Unas bolsas blancas destacaban al lado de un cenicero repleto de colillas. Entonces percibió el olor a nicotina en el ambiente, parecía ocultarse entre el viejo hedor que emergía de la casa.

—¿Cómo fue la otra noche? —preguntó ella con voz grave.

Henry no oyó la voz que llegó hasta su espalda. Se hallaba sumergido en sus cavilaciones. Dos décadas antes, cuando la tempestad aún estaba por llegar, un Henry de alma más joven se deslizaba inquieto hasta su casa en su ciclomotor, después de una dura jornada de trabajo, que por esa época soportaba como una carga menos pesada. Contaba con veintisiete años y su melena ondeaba al viento, símbolo de una generación libre. Sus pantalones raídos y salpicados de serrín delataban su oficio. Había cerrado el local que usaba como carpintería hacía escasos minutos, poco antes de que el arco mortecino del sol se ocultara tras el horizonte de cordilleras. Cuando aquello ocurría, el joven Henry disfrutaba contemplando cómo se alargaban las

sombras que arrojaban los olmos frente a la casa donde vivía. Una casita pequeña de soltero; por entonces aún no conocía a su actual esposa. Ella llegaría tiempo después, cuando el sendero de su vida se encontrara más cerca de las tinieblas.

Henry rememoraba aquella noche estrellada y su silencio, con la única preocupación de velar por sí mismo. En aquella noche se recostaría en su mecedora en el porche con una cerveza Bull Goods como compañía. Aún recordaba el sabor introduciéndose por la garganta. En el presente, una lengua seca emergió de la boca, ansiosa, por volver a degustarlo.

Sin embargo, se resignó por mandato del doctor Timothy Jarrel. Le había señalado, enfatizando cada palabra con el dedo índice rígido como un palo, que olvidara sus Bull Goods para siempre. Fue un duro golpe que todavía sentía en sus entrañas a modo de úlcera incipiente.

Se llevó su mano a la posición donde palpitaba el diminuto engendro, en las paredes de su estómago.

Tras varios meses de terrible abstinencia, por fin llegó su nueva compañía, una mujer que andaba siempre con un maldito cigarrillo en los labios. De facciones recortadas y piel tan fina que parecía amoldarse notablemente sobre el contorno de los huesos faciales. En la primera cita lucía un austero vestido color vino. Henry advirtió su carácter frío, donde los momentos en que revelaba los sentimientos, eran siempre valorados a causa de su escasez. Con todo, se vio fuertemente vinculado a ella como el polo opuesto en un imán. Sabía mantenerse firme en las situaciones que lo requerían y adaptarse a los problemas casi como un marine entrenado.

Pero el escabroso sendero de su vida se vio asaltado por hechos inesperados, que a día de hoy todavía se preguntaba por qué tomó aquella decisión. Un secreto que comenzaba a pesar más de lo debido en su espíritu. Sin embargo, era demasiado tarde para volverse atrás.

—¿Te he preguntado que cómo fue la otra noche? —insistió.

—¿Eh? —Henry se volvió sobresaltado—. Como siempre. Doloroso.

—Todos tenemos que soportar nuestra cruz.

Los ojos de Henry se encendieron como dos linternas.

—Me pregunto cuál será la tuya, Elena.

La mujer se volvió de pronto y desapareció por el pasillo rodeado de oscuridad.

Henry salió, pero la silueta de Elena había desaparecido. Avanzó por el pasillo, palpando con una mano extendida entre las sombras mientras pensaba

acerca de que tenía que reparar los fusibles. Al llegar al pie de las escaleras, miró arriba.

Un leve gemido de sufrimiento emergió del cuarto de la muchacha y recorrió el pasillo de la planta superior. Sonó como si su garganta fuera estrangulada.

El rostro de Henry se contrajo en una mueca de compasión. Y una lágrima vaciló en el borde del ojo derecho por el deseo de un amor de padre no correspondido.

3

19/05/1996.

Post Journal de Silverston.

Hallan el cuerpo de un hombre muerto.

Una llamada anónima durante la madrugada del sábado, ha informado sobre la aparición de un cadáver. La policía ha encontrado el cuerpo de David Carson en los escalones del porche de su casa, pero ni rastro de quien había realizado la llamada. No hemos podido lograr más información al respecto. Desde aquí queremos censurar que no se nos haya permitido acceder al lugar de los hechos. Y nos preguntamos si se debe al hecho de que el cuerpo de la víctima estuviera salpicado de manchas rosas.

La comunidad se encuentra conmocionada ante un suceso de gran magnitud. Después de años sin percances, todos se preguntan qué ha podido pasar. ¿Quién es el culpable? Quedamos a la espera de que el forense arroje más luz a este insólito suceso. Silverston tiene derecho a conocer los detalles de lo acaecido.

Teddy Benson depositó el periódico en la mesa de la cocina mientras engullía zumo de piña. Luego dejó el envase en la nevera y evocó la conversación que tuvo lugar en el local del señor Wilson. Sobre todo, la frase

que dijo el hombre alterado: *prepararos para algo grande*. Teddy se estremeció de pronto.

Había sido despertado, como cada mañana, por su madre asaltando el cuarto con la fuerza de una estampida de búfalos. Ahora estaba solo. Ella había vuelto a desaparecer y no volvería hasta la tarde; había quedado con sus clientas para almorzar como cada domingo. Según Teddy, su madre era una mujer de costumbres bien arraigadas, inmutables. Aunque eso le dejaba libre muchas horas para visitar a su tío Rusty. El no tener que darle explicaciones de adónde iba facilitaba mucho la situación.

Antes de abandonar la cocina echó una última ojeada al titular.

Prepararos para algo grande.

Dejó pasar un nuevo escalofrío que le alcanzó la coronilla de la cabeza. Luego salió de casa más animado que el día anterior; aún tenía recientes las novedosas sensaciones de haber hablado con la vecina. Se palpó los bolsillos para cerciorarse de que los tres dólares seguían allí. Gastaría algunos centavos en el autobús interurbano para ir hasta Funston.

No pudo evitar lanzar una mirada de curiosidad a la casa de al lado.

Silenciosa.

Caminó hacia la acera sin apartar la mirada. Lo único que anunciaba que alguien vivía ahora en ella, era el notable cambio en el jardín; mucho más abundante y cuidado. La casa quedaba en medio de su propio paraíso. No obstante, el siniestro silencio que la rodeaba atenuaba la fingida armonía. Escudriñó con atención en busca de cualquier detalle que sugiriese que la chica estaba mejor de salud y rondaba por el jardín. De ser así podrían entablar conversaciones más largas, porque hasta ahora se mostraba poco habladora. Pensó que probablemente era una chica solitaria y no quería ser molestada. Sobre todo molestada por alguien como él. El pensamiento deslizó por su mente como el agua se filtra por las paredes porosas.

Aquello le hizo agachar la cabeza con desánimo y cruzar la calle sin percatarse de si había vehículos. Aunque la costumbre de tomar siempre la misma ruta, le había enseñado que los coches no circulaban tan temprano en domingo; la gente normal prefería alargar las horas de sueño. Era su madre la que se empeñaba en que madrugara tanto, y una vez en pie, Teddy no quería volver a acostarse.

Caminó por la calle como un zombie de las películas que tanto le gustaban; con los ojos somnolientos y los pies dando un paso tras otro de aquel modo tan característico de los muertos vivientes, siempre con la sensación de caer

al siguiente paso, como si las piernas no les pertenecieran.

Llegó a una de las pocas paradas que efectuaba el autobús que iba hacia Funston. Como había presagiado, ésta permanecía desierta. Sólo esperaba que el autobús no se demorase. Se sentó en el banco.

Las nubes que horas antes habían dejado el chaparrón sobre Silverston, daban paso ahora a un sol intenso.

Su mente deambuló de un lado a otro como en cualquier persona creativa e inquieta. Vio posarse varios gorriones sobre el tendido telefónico al tiempo que su cabeza evocaba a su tío Rusty sentado en la silla de madera del porche. Aunque había dejado atrás su vida delictiva, su vestuario no había sufrido cambios notables. Continuaba siendo un tipo de costumbres bien arraigadas. Teddy pensó que a los adultos les sería difícil desapegarse de sus viejos hábitos, principalmente cuando éstos parecían haberse adherido a ellos como un insecto en la tela de araña.

El claxon sonó dos veces antes de que el chico despertara de su ensimismamiento. El autobús se había detenido, y la mirada del conductor mostraba su clara ansiedad por seguir su curso. Burton no era un hombre que recibiese como una buena noticia el tener que realizar el turno de domingo.

Teddy entregó un dólar. Burton, luciendo su acostumbrada barba incipiente, le devolvió los centavos que le correspondían. Antes de pisar el acelerador le dirigió una mirada.

—Parece que eres la única persona que usa este servicio en domingo —replicó—. ¿Otra vez a ver a tu tío?

Teddy asintió con la vista puesta en el tendido telefónico. Los pájaros habían levantado el vuelo.

—Bien. Siéntate donde quieras. El autobús es todo tuyo.

Efectivamente, los asientos estaban todos libres. Optó por sentarse en el que quedaba junto a la puerta de salida.

El autobús abandonó la parada. Viró en la siguiente esquina, dejando atrás la zona más tranquila de Silverston. Teddy miró por el cristal cómo los escasos peatones de la mañana de domingo iban sin rumbo aparente. Como zombies, pensó. En pocos minutos pasaron por el parque en cuyo centro descansaba la inmortal estatua del general Kent Gordon Silverston. Parejas de ancianos caminaban tan cerca de ella que el chico tuvo la impresión de que necesitaran percibir las viejas emanaciones de una época olvidada.

Al cabo de unos minutos aparecieron campos de cultivos a ambos lados de la carretera. Un viejo sureño alzó el brazo en cortesía de saludo mientras que

con el otro sostenía una azada. A su lado agitaba la cola un viejo perro sabueso. Teddy brindó una sonrisa al hombre.

Se divisaron las primeras casas de Funston, tan escasas y diminutas que parecían todas ellas sólo una absurda aldea que había quedado encallada en el pasado.

El trayecto del autobús finalizaba antes adentrarse por las calles y continuaba en línea recta hacia el sur.

—No me gusta inmiscuirme en la vida de los demás, chico, ya lo sabes —dijo el conductor con una agria sonrisa, sin apartar la mirada de su reloj de pulsera—. Pero me pregunto qué hace tu tío viviendo en un lugar como éste.

Teddy se encogió de hombros, con una expresión de desconocimiento en su rostro.

Las puertas se cerraron y el autobús se empequeñeció en la distancia. Teddy rodeó las escasas calles que formaban Funston. La brisa del campo acariciaba su cara. Caminó por entre la alta hierba que bordeaba el lado sur de la aldea. El silencio hizo que sus oídos se colmaran con el rumor del roce de los altos pastos. La casa envejecida de Rusty apareció detrás de un grupo de árboles que bañaban con su sombra el tejado. Oyó el murmullo ininteligible de una música que brotaba de la vieja radio que su tío solía usar como compañía.

Un hombre con la piel tostada por el sol y con un sombrero de vaquero que ocultaba su acelerada pérdida de cabello, se afanaba en reparar un viejo Buick amarillo. Una camioneta blanca asomaba al otro lado de la casa. La cabeza del tipo se encontraba dentro del capó y sus manos parecían moverse con la destreza de quien conoce bien lo que tiene entre manos. A continuación sacó la cabeza y se secó el sudor de la frente con un paño que pendía de su cinturón.

Su sonrisa se abrió dejando ver varias piezas dentales postizas. Teddy nunca le había preguntado por ellas, pero sabía de su existencia porque eran notablemente más amarillas que el resto.

—¡Hola! —saludó con acento sureño—. ¿Te has aburrido ya de tus monstruos, Teddy? —Se alejó del vehículo en dirección a la botella de agua que dormitaba sobre el primer escalón del porche. La cogió y la roció por su cuerpo—. Maldito clima. Hace una hora he visto unas nubes de mil demonios y ahora brilla el sol como el ojo de un buitres. ¿Cómo estás?

—Bien, supongo.

—¿Supones? Será mejor que tengas claras las respuestas en esta vida de

mierda. Y sobre todo será mejor que no uses mi vocabulario delante de tu madre. —Subió los viejos escalones que siempre se quejaban al pisar en ellos. Y dejó la botella de agua en la repisa de la ventana—. ¿Qué te trae por aquí después de tantas semanas?

—Despejarme, imagino.

Rusty se acercó a su camisa y del bolsillo sacó un paquete de tabaco en mal estado. Forzó el último cigarrillo humedecido por la lluvia a que prendiera con un fósforo.

—Maldita sea. Me he quedado sin pitillos. Aquí es difícil matar el tiempo sin tener ocupados los labios. ¿Sabes lo que quiero decir? No, claro que no. Imagino que no es tu hora.

Rusty desapareció por un lado de la casa al tiempo que expulsaba bocanadas de humo y, en un abrir y cerrar de ojos, vino cargado con una silla para Teddy.

—Me tomaré un descanso. Agradezco la visita —manifestó, sentándose en su raída silla de madera.

—Ya sabes que me gusta venir de vez en cuando, tío.

—Bien. Eso está realmente bien. —Miró el cigarrillo con una mueca de ansiedad, advirtiéndolo lo rápido que se esfumaban las buenas cosas—. Bueno, ¿cómo marchan las cosas por casa?

Teddy vio que su tío apoyaba el respaldo de la silla contra el muro de la casa, sosteniéndose sólo sobre las patas traseras.

—Como siempre —contestó—. Mamá anda..., pues eso. Ella anda en sus asuntos.

—Bueno, tu madre es una mujer ocupada, ya lo sabes, ¿verdad?

—Supongo que sí —concedió, descendiendo el tono de voz.

—Incluso yo he estado liado con este trasto de mala madre —dijo Rusty, y señaló el Buick.

—Parece que quedará genial.

—No lo dudes. Cuando termine con esta preciosidad, las mujeres volverán a querer acercarse a mí.

Teddy sonrió por fin.

—Oye, esto es bueno. Desde que has venido, andas con esa cara de haber cometido algún atraco. ¿Estás seguro de que todo marcha bien?

—Sí. Hay algunos cambios en el vecindario, pero nada que en realidad sea importante.

—¿Qué clase de cambios? —preguntó, arrojando la colilla al viento con

visible resignación—. Chico, cuando tengas un buen momento, debes saborearlo bien. Es importante esto que te digo, ¿sabes?

Teddy pasó por alto lo dicho por su tío y se limitó a contestar.

—Tenemos nuevos vecinos. Han vendido la casa de al lado.

—¿Ah, sí? —dijo Rusty mientras convertía el paquete de cigarrillos en una apretada bola de papel plastificado. Luego la arrojó también al suelo y rodó hasta chocar con la rueda del coche—. Vecinos nuevos, ¿eh? Pareces interesado de alguna manera en ello. ¿Me equivoco?

—No sé. Supongo que son sólo un matrimonio.

—¿Sólo?

—Hay una chica que...

—Aaahh, viejo lobo, te he visto venir enseguida —graznó—. Y cuéntame, ¿cómo es ella?

Teddy apartó la mirada. Sus ojos buscaron un punto donde poder reflexionar sobre cómo era ella. ¿Cómo podía saberlo? Únicamente la había visto a lo lejos y envuelta en una manta. Advirtió que los árboles que arrojaban su sombra sobre ellos, se mecían con cierta violencia.

—En realidad no la he visto.

—¿Qué no la has visto? —inquirió perplejo Rusty.

—No, no —contestó a la vez que comenzaba a frotarse sus muslos, inquieto.

—¿Pero es que no te gusta?

—No sé, tío Rusty. Es algo rara. Sólo he intercambiado con ella varias palabras y han sido que no quiere que me acerque a ella.

Su tío lo miraba cada vez con mayor interés; esa nueva historia añadiría cierta diversión al asunto.

—¿En serio que te ha dicho eso? —quiso saber.

—Sí.

—Y supongo que has venido por eso.

—Sí.

Rusty rio abiertamente, pero se detuvo en cuanto notó que Teddy lo miraba molesto.

—No te preocupes. Si algo sé, es de mujeres. Sobre ellas te puedo enseñar un rato largo, ¿sabes? —Volvió a soltar una carcajada que parecía haberse atascado en su garganta—. Pero esto será una conversación larga, chico. Será mejor que saque unas cervezas. Sí, ya sé que no bebes, pero creo que empiezas a convertirte en un hombre y los hombres beben cerveza cuando hablan de cosas serias. Y las mujeres son un tema serio, créeme.

La voz de su tío quedó agradablemente enmudecida en el interior de la casa. Teddy empezaba a sentirse incómodo. Sus manos comenzaron a sudar.

Rusty apareció por la puerta con dos latas que expulsaban su frío interior en forma de vapor.

—¡Atrápala, chico!

Teddy vio agrandarse la lata en el aire con la rapidez de una piedra lanzada a traición. Con todo, alzó ambas manos y la detuvo entre ellas. Pero lo repentino del gesto hizo que se le cayera al suelo.

—No te preocupes. Ya veo que es tu primera vez —dijo Rusty, tirando de la anilla y bebiendo un largo trago.

El muchacho se apresuró a recoger la lata, sintiéndose extrañamente estúpido frente a su tío.

—Creo que no debería...

—Ah, bobadas. Una cerveza no te sentará mal. Y te ayudará a ver las cosas desde otra perspectiva. —Dejó su lata encima de la repisa de la ventana que había junto a la puerta—. Muchacho, lo primero que debes averiguar es si esa mujer te conviene. Porque si no te conviene no vale la pena que pierdas ni un solo segundo de tu valiosa vida. Los hombres que cometen el error de acercarse a una mala mujer, lo pagan con creces —dijo, dando un nuevo trago de cerveza—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre los monstruos? Pues sí. Existen como bien te expliqué.

—No hace falta llevar las cosas tan lejos, tío. Ella ya me ha dicho que no me acerque. Me ha quedado claro.

—Bobadas.

Teddy pensó que pese a la extrovertida personalidad de su tío, siempre podía contar con él para cualquier conversación, incluso cuando lo que decía quedaba lejos de su propia forma de ver las cosas. Teddy no poseía el carácter rudo de su tío. Y no lo conseguiría forzándolo a ello.

—Es mejor no molestar. Además, está enferma. Quizá sea contagioso. Qué sé yo.

Rusty reflexionó un momento y frunció el entrecejo.

—Quizá hayas interpretado mal el asunto. Quizá no quiere que te acerques temporalmente porque, como tú dices, está enferma y es muy posible que sea contagioso. No veo nada de malo en ello. Es más, creo que, de alguna forma, incluso ha sentido respeto por ti. —Miró al frente, a la amplia extensión de terrenos de cultivos, aunque sus ojos parecían mirar más allá, a algún lugar de sus recuerdos—. Sí. Conocí a una mujer así. Hace años ya de esto, y se

interesó de veras por mí. Pero por aquellos años sólo tenía vista para los asuntos sucios. —Se detuvo un instante, como si las imágenes que estaba viendo en su mente le produjeran ciertos remordimientos—. Fueron años locos. Ya lo creo que sí. Pero me detuve a tiempo. Aquella mujer se interesó por mí. Era camarera en un bar de carretera donde nos deteníamos los muchachos y yo para aliviar las tensiones de la semana. Fue como si ella hubiese visto algo que nadie más había sabido ver. Aquello que nos hace en verdad buenos o malos; lo que nos avisa a tiempo del camino en que andamos y nos dice que no es el camino, y que gires a la izquierda. Ella lo vio. Supongo que nadie más lo supo ver. —Bajó la mirada al suelo—. No es nada que ya importe. Y quizá tú seas demasiado joven para ver esa clase de cosas en una mujer. Te aconsejo que le prestes atención, que mires quién es en realidad.

Teddy asintió.

—Tampoco quiero aburrirte con mis viejas historias —dijo.

—No lo haces, tío Rusty.

—Era buena mujer —añadió sin prestar atención a Teddy—. Incluso recuerdo que solía avisarme cuando llevaba más copas con las que podía aguantar en pie. Una noche, después de un exitoso golpe a una joyería y guardar todo en un sitio seguro, fuimos a beber al bar. Y allí estaba ella con su cabello oscuro. Tenía una bonita figura. Aquella noche fue la conversación más larga que habíamos tenido hasta entonces. Divorciada. Su hombre le pegaba por las noches. Un bastardo. Pero de ella recuerdo sus ojos. Me miraba como si lo supiera, maldita sea. Cada día me pregunto si en verdad sabía la clase de persona en que me estaba convirtiendo. —Guardó silencio durante varios segundos—. Nunca desprecies el refranero popular, Teddy. Sobre todo aquel que dice, el que anda con un cojo, si al año no cojea, renquea. Por aquellos tiempos yo tenía una cojera de cojones. —Rio con ganas en la última frase—. Ya lo creo que sí.

Teddy esbozó una sonrisa. Siempre dejaba a su tío que hablara de cuanto gustase. Sabía que no solía recibir muchas visitas, ni siquiera la de sus muchachos, como él los llamaba.

—Si tienes intención de acercarte a esa chica, será mejor que lo hagas como un caballero. No quiero verte tratando mal a las mujeres, ¿me oyes? El mundo ya está lleno de tipos así y no necesita más.

—Yo no trato mal a las chicas, tío —dijo de inmediato. Luego añadió—: En realidad no las trato de ninguna manera.

Rusty lo miró lleno de sorpresa.

—Pues tienes edad para hacerlo. Yo puedo darte cientos de consejos, y ése es el primero. Olvídate de los tipos que se acercan a las mujeres con aires de pistolero. Esa clase de tipos acaban todos igual, con una botella como compañía. —Rusty dio un último trago a la cerveza. Luego dejó la lata vacía de nuevo en el alféizar de la ventana—. Deja que pasen unos días. Que se recupere de su enfermedad. Oye, ¿va a tu clase por casualidad?

—No —contestó el chico—. Aún no la he visto en la escuela. La familia lleva poco tiempo en Silverston. Pero está en edad escolar. Debería empezar las clases de un momento a otro.

—No sé cómo está el asunto ahora por esos terrenos. Pero recuerdo que nosotros aprovechábamos ese terreno abonado. Sí, era la época del *rock and roll* y los automóviles veloces. Engatusábamos a las mujeres con nuestras ruedas. Aunque veo que los tiempos han cambiado mucho.

Teddy, sin pretenderlo, evocó a Jason Cross. Se deslizó por su pensamiento con un golpe, como los que acostumbraba a propinar él a los más débiles de la escuela. ¿Acudiría Jason a la escuela en el coche de su padre una vez más?

—¿Estás bien?

—Sí, claro —repuso, volviendo en sí.

—Me ha parecido verte perdido por un momento.

—No, estoy perfectamente.

Rusty ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—De acuerdo. Imagino que todos tenemos secretos. Pienso respetar eso.

Teddy se limitó a mirar a otro lado en silencio.

—En cuanto a lo de tu nueva vecina —dijo, sonriendo—, no la atosigues. —Luego reparó en el vestuario que traía el chico—. Mmmm... Recuerda que eso que llevas puesto no es el mejor modo de sorprender a una joven. Al menos no lo era en mis tiempos, maldita sea. Había que vestir duro, joder. Los muchachos y yo nunca nos separábamos de nuestras chupas negras. Había días que olían a zoológico. Ah, qué estúpida es la juventud, pero qué agradable es no saber nada y seguir siendo inocentes durante esa etapa. Aunque algunos crecimos más de prisa que otros.

Teddy agachó la mirada a su camiseta. El hombre lobo le devolvió la mirada alzando sus garras con ferocidad.

—Me gusta esta ropa. No le veo nada de malo.

Rusty le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Las mujeres tienen el poder de cambiar algunas cosas de nosotros... Y otras de arrojar nuestra vida a la basura. —Rusty vio que el chico abría los ojos—. Exacto. Acertaste. Las mujeres malas, algunos de los monstruos que caminan por la tierra para nutrirse de nuestros sentimientos. Pero hay muchas clases de monstruos. Aunque esa lección ya la aprenderás. Quizá antes de lo que crees.

4

Teddy había disfrutado de un buen día con su tío Rusty. Comieron en el restaurante de carretera situado a unas millas antes de llegar a Silverston. Como siempre, había regresado a casa con la mente colmada de historias del bullicioso pasado de su tío. Las ocultaría junto con el resto de relatos y mundos imaginarios. Si su madre averiguaba alguna vez que Rusty le contaba las vivencias de su nebuloso pasado, no lo aprobaría y ambos pasarían a sentarse en el comedor, donde tenían lugar las largas charlas de madre e hijo que tanto irritaban a Teddy. La conversación sin duda sería acerca de las malas compañías y sus dañinas influencias.

Poco después, vio a su madre entrar en casa y cerrar la puerta con cuidado. Teddy permanecía plantado en el pasillo, escrutando el rostro de Frida, pues traía una sonrisa de gratitud poco habitual en ella.

—Parece que hoy el viejo Genderson no ha estado haciendo ruido —dijo—. Por fin un poco de tranquilidad. Ya temía que mis dolores de cabeza volviesen antes de acostarme. —Luego dirigió una mirada meticulosa a Teddy—. Veo que ya te has puesto el pijama. Excelente.

Ahora, frente a su ventana, meditaba sobre el comentario de su madre. El silencio se extendía por el jardín de un modo turbador. Lo habitual era escuchar el ensordecedor taladro. Los dígitos del reloj de mesita indicaban las 08:00 p.m.

Capítulo 4

1

Ken Parker arrojó el retrato de su exmujer al rincón más lejano; deseaba tener lejos de sí su mirada acusadora. Aun en una simple foto inerte, Julie tenía la cualidad de mirarte a los ojos y sonsacarte todo lo que quería. Aquella cualidad era sin duda extraordinaria ejerciendo como detective. Pero la cosa cambiaba cuando se convivía con ella y querías ocultarle alguna copa de más. Aunque Parker nunca había sido un bebedor empedernido —salvo alguna que otra cerveza—, sí disfrutaba teniendo bien definida su zona de secretos. Con todo, ella le arrancó el peor de todos, y ahí empezaron los problemas para ambos. Pero todo eso finalizó seis meses atrás. El divorcio terminó por colocar las cosas en su lugar. Al menos eso creyó Parker, principal ayudante del jefe de policía de la localidad de Silverston desde hacía cinco años.

Había vuelto a recordar el día en que estuvieron frente al abogado para la separación de bienes. Al no tener Parker nada a su cargo y quedarse ella con la custodia de las niñas, el abogado lo dispuso todo para que la mayor parte de los bienes pasaran a su exmujer. Maldito chupatintas, pensó, y aplastó el consumido cigarrillo en el peculiar cenicero con forma de laurel. Incluso aquel objeto atraía a su memoria a Julie Feiner.

El asunto es bien fácil, Parker. Cualquier cenicero es válido para su uso. Deshazte de ése cuanto antes.

Fue un regalo durante el segundo año de matrimonio, cuando las aguas estaban sosegadas y la visión de toda una vida bajo las sábanas de la misma mujer, era prometedora y no se presentaba todavía como un desagradable reto.

—Me desharé de todas estas cosas —murmuró. A lo que denominaba cosas, eran los regalos realizados por Julie a lo largo del matrimonio. Creía que pasando por alto ese pequeño detalle, le resultaría más fácil desembarazarse de todo.

La comisaría se encontraba vacía. El jefe había salido a atender los asuntos

del caso que se encontraba en boca de todos por culpa de un vecino que había irrumpido en el lugar de los hechos. Hacía veinte minutos que lo había llamado por teléfono para que se presentase a las ocho de la mañana en la sala de autopsias.

Desvió la vista hacia el reloj que colgaba de la pared, el cual indicaba las 07:45 a.m.

Normalmente los días se sucedían uno tras otro frente a un montón de papeles para rellenar, el resguardo de alguna multa impagada, y un pésimo café frío sobre la mesa. Pero aquella mañana de lunes estaría sin duda cargada de tensión, la que ya comenzaba a notar en forma de leve molestia en las cervicales. Sólo esperaba que el caso no se convirtiese en el inicio de algo peor. Por fortuna en Silverston nunca sucedía nada.

De hecho fue lo que le impulsó a mudarse desde Chicago con Julie y las niñas. Aunque tres meses después del divorcio, ella se llevó a las niñas de vuelta a Chicago con sus abuelos. Había sido lista. Una cualidad muy notable en Julie. Los padres no querían ni oír hablar de Parker; finalmente verían el deseo cumplido. Se preguntó si las niñas lo mencionaban en alguna ocasión. Había ido a visitarlas en contadas ocasiones durante los meses que permanecieron en Silverston; llevaba sin verlas desde entonces. Por lo menos Julie tuvo la consideración de añadir a la carta que solía enviar, una fotografía de las niñas. En la última carta indicaba que deseaba ejercer de nuevo como detective privado. Parker se dijo que, aunque era un sector con escaso número de mujeres, ella lo solventaría de modo eficaz con su mirada absorbente. Sabría sonsacarle a más de un culpable lo que ella pretendiese.

Su pequeño despacho estaba constituido sobre todo por retratos de su vida como adolescente, cuando jugaba en la liga juvenil de béisbol de los *Teens Powers*. Esbozó una sonrisa tranquilizadora al contemplar el retrato que pendía junto a la puerta. Aparecía un Ken Parker con tan sólo dieciséis años, que sostenía una copa y lucía un rostro orgulloso después de ganar la final.

Observando el lugar vacío dejado por el marco de su exmujer, que ahora dormitaba en el rincón, pensó en ocuparlo con la foto de la final. Quería sentirse cerca de aquellos momentos, puesto que ésa era la característica de las fotos: transportarnos a lugares y situaciones vividas, sentir las eternamente... Y prefería con creces estar más cerca de su época dorada que de la mirada penetrante de Julie.

Miró por encima del hombro a la ventana que enmarcaba el temprano sol del lunes 20 de mayo. Los días sureños volvían a ser de nuevo cálidos con la

proximidad del verano; odiaba las tormentas, principalmente las que habían arreciado con fuerza los días anteriores.

Tras pensar en dejar la chaqueta donde estaba —colgada de la percha que tenía detrás de su escritorio—, salió hacia el coche patrulla, estacionado en la acera de enfrente.

En apariencia era una mañana más: tranquila, menos fresca que las anteriores, y con los mismos rostros afanándose por acudir a sus trabajos. Al menos lo era para las personas que no habían visto el lamentable aspecto del cadáver encontrado la madrugada del sábado. Quería pensar que la calma volvería a reinar de nuevo en la localidad cuando todo quedase aclarado. En todo caso no quería inundar su mente con pensamientos negativos tan temprano. Si algo odiaba más que cualquier otra cosa, era levantarse de mal humor. Algo que el retrato de su exesposa había logrado.

Cerró la puerta con fuerza, giró la llave del contacto y rodó por Greedy Street hacia la peor noticia de su vida.

2

Ken Parker comenzó a sentirse inquieto durante el trayecto hacia la sala de autopsias por culpa de las vueltas que daba su cabeza al estado del cadáver. Aunque lo que estuvo a punto de provocar el accidente de tráfico, fue la noticia que recibió por la radio, envuelta en estallidos de estática. Paralizado por la creciente inquietud, no vio al furgón aparecer en el cruce. No obstante, los reflejos del buen conductor evitaron la colisión. Parker pidió disculpas sin advertir que su mirada se hallaba completamente perdida.

—Cambio de planes —masculló.

Tomó la siguiente intersección hacia Boulder Street, acatando la orden del jefe de policía. Las ruedas patinaron ante los perplejos peatones detenidos en la acera. Parker fijó la vista al frente con los ojos desorbitados.

Otro cadáver. Imposible. Repasó mentalmente las veces que, desde que él ejercía como agente, en Silverston se habían producido dos muertes extrañas en el intervalo de dos días. Imposible.

La sirena del coche ululaba en todas direcciones. Advirtió el verdadero desconcierto de algunas personas. Sabía que todos se hacían la misma pregunta. ¿Qué diablos estaba sucediendo?

En Boulder Street había decenas de vecinos aglomerados frente a la casa de los Genderson. El día comenzaba a tomar las desagradables connotaciones que tanto se esforzaba Parker por evitar. Había sido testigo de cómo las calles de Chicago se colmaban de violencia, y no quería pasar de nuevo por aquello. Allí estaba, no obstante, emergiendo del coche patrulla mientras los destellos azules se proyectaban en derredor.

El ayudante Andy, un tipo negro cuyos dedos eran similares a salchichas, ya se encontraba limitando el acceso a los vecinos. Pero, como siempre, había curiosos que pretendían quedarse sin haber sido invitados, concediendo al asunto mayor dramatismo del que tenía. Aunque por una vez, Parker dedujo que la situación mostraba tintes siniestros. Se alejó del vehículo y saludó a Nick, un hombre recio pero con la estatura de una seta, que sostenía un bloc mientras escribía con rapidez; éste le devolvió el saludo con gesto cansado.

—Dile a Andy que saque a toda esta gente de aquí. No somos un grupo de teatro.

—De acuerdo —afirmó Nick, sin dejar de prestar atención a la mujer que realizaba su declaración atropellando las palabras. Detrás de ella se oían algunos sollozos.

Parker se dirigió al interior de la casa, donde por lo visto ya había empezado la operación. El comedor era un espectáculo de flashes en todas direcciones. Las brochas se deslizaban sobre los muebles en busca de posibles huellas. Los leves murmullos llegaban de todas direcciones hasta la mente de Parker, quien rememoraba muy a su pesar las vivencias ocurridas cinco años antes en Chicago. Por un momento, sintió que no pertenecía a aquel lugar con esas caras desconocidas dando instrucciones. Advirtió que todos parecían saber lo que hacían. Deambuló hasta ser sorprendido de pronto por una voz dotada de un molesto desdén.

Con el sombrero sobre la calva, supo de inmediato que era Paul Parrish, el sheriff del condado. Un tipo duro capaz de comerse un conejo sin despellejar. Por fortuna todo lo que sabía de él era de oídas por los chicos de la comisaría. Parker nunca creyó que fuese a tratar con él en persona, pero allí estaba, con un afeitado tan pulcro que uno esperaba ver el hueso tras la pálida piel.

—Doble asesinato —disparó con su acento sureño.

Aquello hizo que Parker maldijera el lunes.

—¿Cómo es posible? Aquí en Silverston. Parece increíble.

El sheriff no dejó de mirar en todas direcciones mientras hablaba, como si fuera un maldito general.

—Sea cual sea tu opinión de poli blando, así es. Dos fiambres. —Miró a los ojos a Parker—. Aunque ya he llamado al jefe de policía. Él te dará los detalles si lo considera necesario. Yo no pierdo el tiempo con polis de segunda. Y ahora apártate. —Alargó el brazo y, antes de que las manos del sheriff siquiera lo rozaran, Parker se hizo a un lado.

¿Poli blando? Idiota engreído. Me hubiese gustado verte en las calles de Chicago.

Volvió la mirada hacia el otro extremo del pasillo. Emergió una camilla de una de las habitaciones, con el cuerpo tendido de una mujer. No pudo evitar experimentar un leve sentimiento de proximidad con la pobre anciana.

Ver tendida, inmóvil y transportada con esa pasividad en el rostro del personal sanitario, le evocó viejas heridas. De un modo parecido contempló tumbada a su madre en el hospital de Chicago, con tan sólo quince años. Permaneció con los ojos fijos en los de su madre, sosteniendo en las manos un ejemplar deslucido de los diez negritos de Agatha Christie sacado de la biblioteca. Cerró con fuerza la mano sobre el libro, impotente por no comprender por qué Dios había permitido aquello. Había llegado ocho minutos tarde. Recordaba al tipo del chándal gris corriendo calle abajo mientras Parker se preguntaba qué hacía la puerta de su casa abierta. Entonces oyó el gemido de su madre, que se encontraba tendida en el suelo de la cocina, con las manos manchadas de rojo, taponando la herida del vientre. Quizá esos ocho minutos hubiesen bastado para llamar al hospital y salvar su vida. Pero, por lo visto, Dios infundió a Ken Parker el capricho de acudir a la biblioteca aquella mañana, hacía ahora diecisiete años. Al menos los policías detuvieron al culpable con la acertada descripción que les hizo y lo pusieron detrás de las rejas.

Ahora, desde el pasillo de la casa de los Genderson, vio cómo la camilla era engullida por la ambulancia. Entre aquellos muros, escuchó las sirenas alejarse.

Minutos después, vio a Forest Selburg, el jefe de policía de Silverston, con su prominente barriga empujando la camisa del uniforme, pese a que siempre afirmaba que su nueva dieta era efectiva. Hablaba con el sheriff del condado. Apreció que su jefe escuchaba con la misma agria paciencia a la que se había visto forzado él mismo momentos antes. Se hubiera quedado con gusto donde

estaba, permitiendo pasar aquella mañana impetuosa; pero Forest le hizo un gesto para que se acercase.

—Buenos días —saludó Parker.

Forest le saludó y continuó la conversación con el sheriff, quien no sólo no le había devuelto el saludo, sino que eludió por completo su mirada.

Cuando vio alejarse al sheriff, Forest dijo:

—Menudo tipo. ¿Has tenido problemas con él?

—No. ¿Por qué iba a tenerlos —repuso Parker, de forma cuidadosa.

—Allí anda uno de los supervivientes de la opinión de que el sur debía haber ganado la guerra —añadió—. He oído rumores que indican que anda con una bandera confederada en su coche particular. Un tipo de mucho cuidado.

Parker comprendió de pronto una multitud de cosas.

—Bueno, un país en democracia permite a tipos como ése caminar por la calle a sus anchas.

—Sí. Y eso nos hace más grandes que a ellos —finalizó Forest, mirando en derredor—. Tenemos algo raro entre manos, Parker. Parece que la buena calma de este pueblo está llegando a su fin.

—Esperemos que no.

El jefe de policía le sonrió con amargura.

—De acuerdo. Las cosas están así por ahora. —Hizo una pausa temiendo que alguien escuchara lo que iba a decir; luego comenzaron a caminar a la parte posterior de la vivienda, con la tranquilidad de que los vecinos eran invitados a marcharse—. Hemos hallado a Genderson en su jardín. —Forest señaló en dirección a unas flores aplastadas.

Parker sacó el bloc del bolsillo trasero y empezó a hacer anotaciones.

—Menos mal que se han llevado el cuerpo —continuó—, si no tendríamos a esos vecinos con demasiadas cosas que contar —dijo mirando hacia la calle—. De todas maneras, será difícil ocultar algo como esto. Las noticias en los pueblos como éste corren como la pólvora. —Suspiró y a continuación añadió—: Deberías haber visto el penoso estado del cuerpo.

Parker se preguntó de inmediato cuál era ese mal estado en que se encontraba el viejo Genderson. Sin embargo, la respuesta no se hizo esperar.

Con aire ausente, Forest dijo:

—No parece el típico asesinato con arma de fuego. El viejo parecía enfermo cuando le dispararon.

Parker interrumpió sus anotaciones y alzó la cabeza.

—Podemos hablar con el doctor Anderson y ver si tenía alguna afección

reciente. Comprobar su historial médico.

El jefe de policía asintió con las manos sobre su vientre.

—Bien. Ha sido él mismo quien ha sugerido que llamara a la ambulancia de Moultrie. Confirmó que el viejo, antes de ser acribillado, estaba enfermo. ¿Quién mataría a un anciano enfermo, Parker? Dime.

—Lo averiguaremos. A estos tipos siempre se les coge. No se preocupe. —Observó que comenzaba a comportarse como en Chicago cuando un problema sobrepasaba los límites de una comisaría.

—¡El aspecto! Dios bendito —exclamó—. Toda su espalda estaba cubierta por manchas rosadas. Tenía el cuello hinchado y de un color plomizo. —Realizó una pausa para encontrar las fuerzas necesarias para continuar—. No puedo quitarme de la cabeza cómo sus ojos miraban al vacío, llenos de miedo. Era como si lo último que hubiera visto en vida fuera una imagen horrible. El cadáver presenta las mismas manchas que el tipo encontrado el sábado. Las malditas manchas por todo el cuerpo, igual que si fuera varicela.

—Otro cadáver igual —dijo Parker, tratando de mantener el control de sus emociones—. ¿Y la mujer?

—Un sólo disparo en el pecho. El aspecto normal de una anciana. No parecía tener ninguna mancha rosa, si te refieres a eso. Tal vez le haya visto la cara al culpable y no le pareció buena idea dejarla con vida. Y, por otro lado, una vez empezada la masacre, por qué detenerse, ¿verdad?

—¿Y cuál es el móvil? ¿El robo? ¿El simple asesinato?.

—No se descarta nada, pero me han confirmado que no han encontrado huellas del culpable, de momento. Hay marcas de forcejeo en el anciano. Aunque son menos visibles en la mujer —aclaró Forest—. La autopsia revelará el resto. Y echaremos un vistazo a las notas de las entrevistas que estaban haciendo Nick y Andy.

Parker guardó el bloc en el bolsillo, preocupado.

mantener los ojos abiertos, que caían empujados por el sueño. Su descanso se había visto alterado por un repentino grito en plena noche.

Se había subido la sábana hasta el cuello, al experimentar un gélido escalofrío. Dirigió su mirada a la ventana. Supo enseguida que el grito provenía del exterior, porque ninguna pesadilla había perturbado su sueño. Fue asaltado por la idea de que el grito era de mujer, una mujer joven. ¡La vecina! En aquel momento, entre la somnolencia, en medio de la oscuridad de su cuarto, había tratado de discernir si era un grito de hombre o de mujer, pero ya no volvió a oírlo. La noche extendía su silencio sobre Silverston. Amortiguado por el cristal de la ventana, había advertido el silbido del viento. Pero el silencio quedó apagado durante minutos, lo que tardó él en adentrarse de nuevo en las aguas del sueño.

Horas después había aparecido su madre, con la urgencia de cada mañana.

Ahora, con el calzado listo, se puso en pie para comenzar una nueva semana.

Tras un desayuno veloz, salió a la calle cargado con su mochila. Cada mañana era lo mismo: coches que discurrían por la calle en dirección a sus trabajos. Y los mismos rostros cada mañana que miraban cabizbajos al suelo sin preocuparse ya por el rumbo que tomaban; largos años de transitar por el mismo tramo habían solidificado el hábito, y sus piernas habían memorizado el camino. El silencio era roto por el monótono ronroneo de los vehículos.

Sin embargo, esa mañana llegaban también a sus oídos los sollozos de varias personas desde la casa de los Genderson. Un coro de personas se abrazaba con la máscara del miedo en sus caras. Tres coches de policía atestaban la calle. Uno era el del sheriff del condado de Colquitt.

Teddy caminó hacia ellos. A medida que se acercaba, se vio impregnado del trágico sentimiento que envolvía a las personas. Todas miraban fijamente la casa del viejo Genderson. Oliver Platt escudriñaba con atención, sosteniendo sus tijeras de podar. La señora Taylor, la dueña del yorkshire, se encontraba junto a la valla de madera del señor Platt, inmóvil y parecía realmente afectada.

—Dios mío. ¿Cómo ha podido pasar? —dijo la señora Gordon a dos ancianas. Una de ellas le entregaba un pañuelo.

Teddy conocía a esas mujeres de unas casas más adelante, en la misma acera.

—No ha podido disfrutar de su jubilación.

—El cielo ha decidido que era su hora.

Las voces se deslizaban en torno a Teddy, quien se había detenido, y contemplaba cómo una camilla era introducida en la ambulancia del hospital de Moultrie. El cuerpo yacía cubierto por una sábana blanca. Las puertas traseras se cerraron de golpe y, bajo el aullido de sirenas, partió rumbo a Moultrie. Todos siguieron el resplandor púrpura como hipnotizados.

Mientras tanto, el jefe de policía hablaba con el sheriff del condado ante la mirada de indignación de Ken Parker, que se limitaba a guardar silencio.

Por fin, surgiendo de un letargo, Teddy dijo para sí:

—Han muerto. Los Genderson han muerto.

—Nada de eso, chico jardinero. Algún bastardo ha acabado con ellos —dijo Oliver Platt, acercándose más a la escena, agitando las tijeras de forma amenazante. Desde que Teddy se había ofrecido para cortar el jardín, lo llamaba por ese apodo—. He escuchado un grito en la noche, pero no he creído que era importante. Al fin y al cabo nunca pasa nada extraordinario.

—¿Asesinados? —preguntó lleno de asombro.

—Exacto.

Teddy desvió su atención hacia la casa de los Genderson. Constantemente colmada de ruidos, ahora nunca más volverían a escuchar la taladradora en manos del viejo. Se preguntó si los allí congregados lo echarían de menos. Casi sin pretenderlo su vista se posó sobre la casa de los recién llegados. La vivienda parecía quedar aislada de los problemas de la comunidad, como si una cúpula de vidrio la cubriese, atenuando el dolor que crecía en torno a todos.

De repente, advirtió el leve balanceo en la cortina de la ventana de la planta superior. Pero no pudo asegurar a quién vio escrutando tras el cristal.

Entonces recordó las últimas palabras de su tío.

Pero hay muchas clases de monstruos. Aunque esa lección ya la aprenderás. Quizá antes de lo que crees.

Teddy giró sobresaltado cuando una mano se colocó en su hombro.

—Ten cuidado, chico del jardín. Nadie sabe quién es el siguiente. —Era el señor Platt, blandiendo sus tijeras de podar, igual que un profesor dando una lección. Los ojos del hombre parecían querer hablar en sustitución de su boca. No obstante, continuaron fijos en Teddy, silenciosos—. Si hubiese decidido prestar más atención al grito, tal vez ahora aún estarían vivos.

El muchacho se alejó conmocionado. Tropezó con una de las ancianas. La miró a los ojos y vio el dolor en las lágrimas de ella. Recordaba haber visto al señor Genderson detenerse en el jardín de la vieja y hablar durante horas. Por

lo visto tenían buena relación.

Caminó apresurado en dirección a la escuela secundaria.

4

Son bien conocidas las clases sociales que pululan en las escuelas de Estados Unidos, cuyas paredes encierran decenas de formas de hablar, de vestir y en definitiva de comportarse. La escuela secundaria de Silverston, pese hallarse en un pueblo sureño, no era una excepción.

El edificio que albergaba a centenares de estudiantes, se erguía ostentoso con paredes de ladrillo naranja, rodeado por los fresnos y pinos típicos de la región. Enfrente había sido habilitada la zona de estacionamiento y una parada de autobús. La edificación quedaba rodeada por un tupido césped donde los estudiantes se tumbaban normalmente en compañía de otros alumnos. Un camino embaldosado atravesaba el césped hasta la misma puerta, la cual contenía a esa hora de la mañana un bullicio de risas y griterío.

Por el pasillo, diversidad de individuos arrastraban los pies, envueltos por el monótono sonido de percusión procedente del estéreo que traían al hombro, con vestimentas excesivamente holgadas y con sus cabezas coronadas por una gorra de béisbol; los llamados «raperos». Se abrían paso por el pasillo como los amos absolutos. Sin embargo, una especie, por fortuna menos numerosa, se deslizaba con sigilo junto a las taquillas, atentos a una víctima débil; «los matones». Los verdaderos amos de la escuela.

Los estudiantes de voluminosos bíceps pertenecían sin duda a alguno de los equipos que proliferaban en la escuela. Aunque el deporte con mayor número de seguidores era el equipo de béisbol, los «Red Rangers». Y únicamente el mejor bateador tenía acceso a salir con la jefa de animadoras, Cindy Mancini. Ella pertenecía a la parte social más alta; «la cumbre». Con una casi completa inmunidad diplomática frente a los profesores, era envidiada por el resto de chicas y codiciada por los chicos. Aparecía siempre por los pasillos con sus últimos modelitos de aprendiz de prostituta, atrayendo las miradas de la plebe.

Por otro lado y en oposición a todo lo anterior, estaban los estudiantes más aventajados, caminando embutidos en camisas y suéters de tela fina, de

miradas inseguras y luciendo en ocasiones aparato dental. Formaban parte del Club de Ajedrez o del Club de Matemáticas; llamados con acierto «los cerebritos».

Pero los sujetos que más abundaban eran los muchachos sencillos que preferían pasar desapercibidos en la selva que dominaba la vida de la escuela.

Teddy Benson se abría paso entre ellos, intentando pasar inadvertido de la mirada furtiva de Jason Cross, que siempre buscaba a quien andar molestando con su pandilla.

Tres chicos mayores, apoyados en taquillas, comenzaron a mirar distraídamente en todas direcciones cuando el director Harvey Fuller pasó frente a ellos con su habitual abultado maletín. El de en medio era Jason Cross, y ocultaba uno de sus primeros cigarrillos. Sus ojos divagaron por el techo hasta que el director se alejó lo suficiente. A continuación volvieron a rodear a un cuarto chico de aspecto más endeble, que los miraba unos centímetros por debajo, con la impresión de ser cercado por enormes torres. Fue empujado contra una taquilla abierta.

Teddy se deslizó con rapidez antes de que esos engreídos decidieran cambiar de objetivo. La puerta de la clase a la que se dirigía se hallaba a varios pasos.

La sirena que vaciaba los pasillos sonó estruendosa como cada mañana. El pelotón de muchachos se dividió para entrar en las clases. En pocos minutos, los pasillos quedaron silenciosos, siendo transportado todo el furor a las clases. Un profesor con nervios de acero custodiaba a la siguiente generación de ingenieros, de artistas o de científicos, como si de valiosos diamantes en bruto se tratasen.

Teddy ocupó su pupitre, situado en las últimas filas. Le gustaba mantenerse alejado de la zona frontal, puesto que era donde se reunía toda la actividad. Allí, la categoría de los denominados «los listillos», los que siempre se apresuraban a alzar la mano y ofrecer al profesor una respuesta acertada, se agrupaban ávidos por reunir conocimientos en su mayor parte innecesarios.

Con el cuello casi colgando, Teddy miraba el cuaderno. Estaba satisfecho por tener todas las tareas terminadas y listas sobre la mesa, para cuando el profesor pasara a recogerlas. Todo se desarrollaba del mismo modo de siempre, no pensaba que nada nuevo pudiera acontecer.

Lejos de aquellas ideas, cuando giró la cabeza, su mirada quedó petrificada

sin poder apartarla de la chica sentada una más fila atrás. ¡La vecina!

Su expresión se transformó en una dramática parodia de asombro e incertidumbre. Pero al recordar sus palabras, apartó la vista ofendido.

No te acerques a mí.

Aun así, se dejó llevar por la curiosidad y volvió la vista atrás. Ella continuaba observándolo, con la pasividad de alguien forjado con la determinación de miles de años. Sus ojos negros, enmarcados por un impoluto cabello negro, no parpadearon durante el tiempo que Teddy tuvo el valor de mirarla. La piel parecía sedosa como el melocotón. Tenía las manos sobre su regazo, toda ella estaba en calma y firmemente adaptada a la situación, pese a ser una nueva alumna.

Teddy se ruborizó. Advirtió que era hermosa.

Pasaron los segundos, quedando aislado de los gritos de la clase, zambulléndose en un sepulcral silencio donde sólo tenían cabida la vecina y él. Inundado por aquellos ojos negros, se vio de pronto más cerca de ella, más cerca de lo que había estado de alguien en toda su vida. Sin saber cómo ni por qué, deseó tenerla entre los brazos. Pese a que su mente se hallaba bajo una confortable neblina, fue asaltada por decenas de preguntas; pero una destacó por encima de las demás como un letrero de neón. ¿Quién era?

Teddy dio un respingo al percibir que las manos de ella se movían. Apartó las manos del regazo y las depositó sobre el pupitre. ¡Llevaba guantes negros! Abrió la boca desconcertado. Pensó que todavía no estaba del todo recuperada.

La muchacha alargó sus comisuras en una sonrisa sensual. Teddy, viéndose sobrepasado por la situación, volvió la vista al frente.

El profesor Simon Godden cruzaba entonces la puerta con aire impetuoso, ajeno a lo que experimentaba Teddy. Vestía la misma camisa gris de cada mañana, bajo la chaqueta de aspecto envejecido. Su densa barba casi ocultaba su cara por completo, no obstante resaltando todavía más su reluciente calva. Se sentó en la silla tras el escritorio, miró la clase con irritación, que aún no había reparado en su presencia. Pasados unos minutos, con el rostro contraído en una mueca de histerismo, se alzó, asió el borrador de tiza y golpeó la pizarra con el mango de madera. El ruido hizo paralizar a todos. La clase había empezado.

—Por fin —dijo mientras se sentaba—. Tened sobre la mesa vuestros trabajos. —Luego chasqueó los dedos como si hubiera tenido una revelación—. He recibido la noticia de que tenemos una nueva alumna.

—Desplazó su mirada como un atento mago que buscaba una cara nueva entre el público—. ¡Ajá! ¡Tú!

Teddy miró a la chica al tiempo que el dedo acusador la señalaba. Ella parecía hacer caso omiso al mundo real; sus ojos se encontraban fijos en Teddy.

—¿Quieres venir aquí, eh...? —miró la hoja actualizada de los nombres de los alumnos a su cargo—. Berenice Hughes.

Los ojos de la joven se despegaron de Teddy con cierto aire de enojo. Miró al profesor y éste dio un paso atrás, extrañado.

El resto de compañeros la contempló con curiosidad, evaluándola como siempre solía ocurrir cuando un nuevo alumno aparecía en sus vidas. La vida de los estudiantes de Silverston se encontraba normalmente dispuesta a experimentar nuevas emociones. Y, sin duda, el tener delante a una nueva muchacha de rasgos agradables despertó el interés. Se escucharon algunas risitas y comentarios a los que ella no sucumbió de ningún modo.

—Algunos alumnos tienen la costumbre de presentarse ante sus compañeros —indicó el profesor con voz dubitativa—. Me han informado de que has estado indispuesta, de modo que no te obligaré si no es tu deseo.

Ella asintió con cortesía con un movimiento de cabeza.

—Quizá en otra ocasión, señor. Aún no estoy recuperada del todo..., pero pronto.

Las últimas palabras brotaron de su boca con mayor énfasis.

—Bien, como quieras. Dando por terminado esto, sabed que tenéis una nueva compañera que se llama Berenice. —A continuación, la voz del profesor recuperó su confianza—. Ahora sí. Quiero ver los trabajos sobre la mesa en un segundo. ¡Vamos! ¡Vamos!

Los ruidos rasgados de las libretas emergiendo de las mochilas llenaron la clase. El profesor pasó por todas las mesas para recoger los trabajos. Algunos alumnos siguieron sus pasos hasta que paró junto al pupitre de Berenice, querían aprovechar para echarle un último vistazo antes de que Godden prohibiera tajantemente el apartar la mirada de la pizarra.

—Espero que puedas ponerte al día pronto con el temario —le dijo.

—No lo dude —respondió con firmeza mientras apartaba sus manos enguantadas de la vista del profesor.

Por lo demás, la clase se desarrolló sin mayor interés. No se escuchó ningún comentario referente a lo sucedido en la casa del viejo Genderson. El único que seguía atenazado por una fuerte tensión era Teddy, que ansiaba

volver el cuello atrás para mirarla de nuevo. Pero ya sabía adónde le llevaría un gesto como ése: directamente a la sala de castigo habilitada para los «pequeños alborotadores». Aquello era lo último que necesitaba con su madre custodiando tan de cerca todos sus movimientos.

Sintió una punzada de rabia contenida durante mucho tiempo. Cerró su puño alrededor del lapicero que sostenía en ese momento. Muy lejos, quedaban los discursos del profesor sobre la importancia de los números fibonacci en la naturaleza. La mente de Teddy se hallaba tras un muro que amortiguaba la voz y la imagen de Godden mientras atestaba la pizarra con la introducción a tales enseñanzas. El cuello del chico le obligaba a volverse; tenía la insólita certeza de que Berenice no miraba al profesor.

Berenice.

El pronunciar aquel nombre dejaba en su interior el mismo adormecedor efecto que un mantra hindú.

5

Teddy había terminado el sándwich de crema de cacahuete. Era su favorito, adquirido siempre en la cafetería de la escuela con sus ahorros.

Se encontraba sentado en uno de los asientos que rodeaban el campo de béisbol. Había grupos de muchachos diseminados por el campo y en el resto de asientos. Los murmullos se desplazaban por el aire como el zumbido de insectos. Y por suerte no andaban cerca Jason y su panda. Teddy normalmente comía solo en el recreo. Siempre escrutando con recelo las cercanías para no ser visto por ellos.

Con todo, hoy en su cabeza Jason Cross había quedado relegado a una simple viñeta de tebeo. Novedades más palpitantes se mostraban frente a él. La vecina estaba a escasos cuarenta metros, de pie junto a la tercera base en el campo de béisbol. Mirándolo directamente. La mano del chico se movía con nerviosismo sobre sus pantalones. Gesto que aparecía cuando no hallaba la voluntad para hacer algo que deseaba con creces. Quería hablar con ella. Pero aún latía la frase maldita en su mente.

No te acerques a mí.

Se limitaba a respetar su petición. No obstante, ¿por qué ella lo miraba continuamente?

Pronto todo aquello quedó sepultado por aquél al que todos temían en la escuela.

—¡Eh, Benson! —graznó alguien a su espalda.

Reconoció de inmediato la voz de uno de los compinches de Jason Cross. La hora fatal había llegado.

Teddy se volvió despacio, como si aún pudiese escapar de la situación, con la impresión de que el tiempo podría hacer desaparecer a esa pesadilla. Pero allí estaban. Darren y Mark permanecían delante del rocoso muro que parecía ser Jason Cross. Vestía con su atuendo habitual de matón duro, la gorra de béisbol blanca y su cazadora de los Atlanta Braves luciendo el ficticio número uno en el hombro derecho, y unos vaqueros ajustados. Un chico que, rechazado por el equipo de béisbol de la escuela por su falta de talento, no había tomado la decisión de sumarse a las filas del equipo de rugby. Sus camaradas parecían menos amenazadores con sudaderas y pantalones de pana. Pero junto a Jason, sus rostros adquirirían la expresión de falsa seguridad de quienes se apoyan en alguien más fuerte.

Los grupos de alumnos diseminados por el campo y en las gradas, se disolvieron igual que siempre pasaba cuando ellos aparecían.

—No tenemos dinero para el almuerzo, Benson —bramó Jason—. Y tenemos hambre.

—Exacto —afirmó Darren con una risa de reptil, y chocó su puño contra la palma izquierda como un *pitcher*.

La tez de Teddy se perló de sudor.

—¿No dices nada, Benson? —inquirió, abriéndose paso por entre sus cómplices, apartándolos como dos pequeños arbustos.

Teddy decidió ponerse en pie por si podía usar el viejo truco de escapar de los problemas corriendo. Y hacerlo a toda velocidad a juzgar por el enojo de Jason Cross. Seguramente esa mañana no había conseguido robar las monedas a sus habituales víctimas.

Jason bajó los escalones de cemento flanqueados por los asientos insertados en las gradas, seguido de cerca por Darren y Mark. El chico se agrandaba a cada escalón que descendía. Cuando estuvo a la distancia justa aferró la pechera de Teddy y lo acercó como si no pesara más que una vieja almohada.

—Será mejor que contestes, Benson. No eres más que un renacuajo —dijo, zarandeándolo—. Mirad si lleva dinero.

—Sí —se apresuró Darren—. Andando, Mark.

Seguidamente introdujeron las manos en los bolsillos de los pantalones de pana de Teddy, topándose con el billete de un dólar restante del almuerzo.

Las expresiones de Darren y Mark se encendieron de pura satisfacción y miraron a Jason.

—No es vuestro ese dinero. Me lo he ganado yo cortando el césped. No tenéis ningún derecho.

—¿Nunca has oído que hay más felicidad en dar que en recibir, Benson? —masculló Jason—. Tú compartes con nosotros tus bienes y yo te lo agradezco de esta manera—. Un puño del tamaño de una maza golpeó el vientre del chico, que se contrajo por el dolor, cayendo en el asiento.

Tras la nuca de Teddy se acumuló de pronto un frío glacial, que lo forzó a abrir sus ojos llenos de incomprensible sorpresa.

—No se debe atacar a alguien si no se tiene necesidad de ello. —La voz femenina nació a espaldas de los chicos.

Jason se dio la vuelta para comprobar quién había tenido la osadía de interrumpirle. Teddy alzó la mirada hacia el coloso que era Jason y reparó en el desconcierto que nacía en su cara, como si no comprendiera lo que tenía ante sí.

—¿Y se puede saber quién eres tú? —inquirió.

Mark, quien iba un curso por debajo de Darren y Jason, añadió:

—Es la chica nueva, Jason.

—Entiendo —dijo—. Está bien. Por ser nueva y no entender aún las reglas que circulan por aquí lo dejaremos pasar. Pero ahora márchate, y será mejor que no digas nada de lo que has visto. —Volvió su mirada a Teddy, que miraba con incredulidad cómo Berenice comenzaba a ascender lentamente los escalones de cemento.

El pelo sedoso enmarcaba una cara de desafiante viveza. Sus pómulos blancos como la nieve pero a la vez delicados, no ocultaban la severidad que habían adoptado sus facciones. El vestido negro caía sobre sus hombros realzando su delgadez. Se podía escuchar el repiquetear de sus zapatos de tacón a cada paso.

—No tengo por costumbre obedecer órdenes —dijo con voz pasiva.

—Está pidiendo a gritos una lección, Jason —bufó Darren, y se interpuso ante ella en los escalones—. Mirad, la muy idiota lleva guantes. ¿Para qué son, eh, eh? Dinos monada. ¿Y ese vestido, es de tu abuela?

Darren alargó el brazo con intención de acariciarle el pelo, pero Berenice lo detuvo con una velocidad que dejó perplejo al muchacho.

—No necesitas saberlo —añadió ella con firmeza—. Ahora aparta de mi camino.

Darren quedó enmudecido mientras se presionaba perplejo el lugar donde ella había posado su mano enguantada. Sintió un calor palpitante.

—No pegamos a las chicas. Tenemos nuestro código de honor, ¿sabes? —Jason se giró para tenerla frente a frente—. Pero lárgate, niña y no te entrometas en nuestros asuntos. Es el último aviso.

Berenice esbozó una fría sonrisa que logró impresionar a Jason. Abrió los ojos ante la increíble mezcla de belleza y malicia.

—No estás en condiciones de dar órdenes. Ya he tenido la oportunidad de vérmelas con muchos otros cabecillas como tú. No sois más que recolectores de debilidad.

Darren y Mark la miraron con cierta singularidad.

—¿De qué mierda hablas? Eres una boba —espetó—. No perdamos más tiempo con esto, chicos. Ya tenemos nuestro dinero. Larguémonos de aquí, que es hora de llenar el buche. —Jason, restando importancia al asunto, se volvió propinando un puntapié a Teddy en la espinilla, y éste arrojó un grito de dolor.

—Ya que has mencionado que hay más felicidad en dar que en recibir, yo me sentiré dichosa entregándote este regalo —dijo la chica a la vez que se quitaba el guante de la mano derecha.

Mark retrocedió, alejándose de la pálida mano con aspecto enfermizo.

Teddy observó toda la escena con asombrosa expectación, preguntándose cómo era posible que una chica de apariencia tan frágil fuera capaz de emitir tanto valor.

Jason ahora de espaldas dijo:

—Oye, me estoy cansando de ti. —A continuación se volvió con todo su tamaño, dejando a Berenice por debajo de sus hombros. La miró con desprecio con su tamaño menguado de gato desprotegido. No obstante, ella alzó su mirada con una seguridad en sí misma como pocas veces él había visto en una chica—. ¿Por qué lo defiendes? Este tío no vale la pena.

—Yo decidiré quién vale y quién no —dijo, y proyectó su mano hacia la mejilla de Jason.

—¡Ah! ¿Pero qué haces, zorra? —Jason se precipitó a cubrir el corte sangrante de su mejilla—. ¡Córtate las uñas, maldita bruja!

—No es necesario todo esto..., Berenice —intervino Teddy.

—Veo que te has aprendido mi nombre —le dijo ella con delicadeza. Luego

agravó su tono de voz y añadió—: Devuelve el dinero al chico.

Intentando enmascarar los sollozos, Jason, avergonzado, lanzó una embestida con su demoledor puño. Pero el golpe sólo fue recibido por el aire; el puño quedó inerte en el vacío. Ella ya no estaba frente a él.

—¿Dónde estás, zorra? —Giró en todas direcciones. La halló junto a Teddy—. ¡Me las pagarás!

Berenice rio.

—Oh, por favor, vete a lamentarte a cualquier otro lugar. Nunca se han enfrentado a ti, por eso te has crecido en tu falso envoltorio de seguridad. Ahora degusta el sabor de la derrota. No puedes hacer nada; necesitas algo más que puños para vencerme.

—¿Qué está diciendo, Mark? —preguntó Darren.

—No lo sé.

Ambos cogieron a Jason por el hombro, experimentado el peso de su cuerpo.

—Larguémonos, tío —sugirió Darren—. Esta tía es muy rara.

Una lágrima corrió por la mejilla dañada de Jason.

—No deja de sangrar, mierda. El corte es muy profundo. ¡Sí, quédate con ese imbécil, sois tal para cual! Eres una psicópata de mierda. ¿Me has oído? Te acordarás de esto.

Los gritos de Jason se oían cada vez a mayor distancia, a medida que se alejaban.

6

Parker y Forest Selburg se hallaban en el coche patrulla, ambos con aire ausente. Cada uno barajaba mentalmente sus propias conclusiones. Forest había estacionado cinco minutos antes frente al pequeño hospital donde realizaban las autopsias. Era un edificio de tres plantas, con la fachada revestida de pulido ladrillo blanco, aunque para Parker no dejaba de ser irónico que albergara en su interior a la muerte en sus diferentes formas. Era uno de los edificios más recientes de Silverston. Ubicado en un extremo de Latter Street.

El doctor Thomas Anderson había terminado el trabajo con el cadáver encontrado la madrugada del sábado. El repentino acontecimiento en la casa

de los Genderson había retrasado el asunto pendiente. Pero allí estaban finalmente para sumar los nuevos datos que les revelara el doctor a los que ya poseían.

Parker asió el tirador de la puerta para abrir.

—¿Qué opinas de todo esto? —preguntó Forest antes de que su ayudante se apareara—. Tienes la experiencia de la gran ciudad.

Parker exhaló un largo suspiró, como si necesitara aquel tiempo para preparar la respuesta.

—Espero equivocarme, pero... dos cadáveres con el mismo *modus operandi* y con espacio de dos días, sólo puede significar una cosa: algo se nos cae encima.

Forest cerró los ojos y trató de relajar su espalda en el respaldo del asiento.

—Y todo esto sin contar a la anciana, que parece no seguir el mismo patrón —dijo—. Ojalá estés equivocado.

—Yo lo deseo más que tú, te lo aseguro —aseguró Parker mientras cerraba la puerta.

Forest lo imitó. Cubrieron el espacio que los separaba de la puerta de vidrio, con una incómoda expectación que se volvía más agria a media que se acercaban a las respuestas. Una mujer les esperaba tras el mostrador de recepción, luciendo su cortés sonrisa, en apariencia salvada de los problemas diarios.

—Buenos días, agentes —saludó la mujer de bata blanca y el pelo recogido en un apretado moño con la impresión de saltar en cualquier momento. Pulsó un interruptor y avisó al doctor de la esperada visita.

Tiempo después, ambos policías avanzaban por un pasillo verde bañado por una luz mortecina procedente del techo. Al final del angosto pasillo se encontraba la puerta metálica. Antes siquiera de que lo advirtieran se abrió, apareciendo bajo el umbral un hombre recio envuelto en una bata blanca salpicada de sangre reciente. Sus ojos delataban el cansancio de las horas acumuladas de trabajo. Parker dedujo algo más; la ansiosa y apremiante necesidad de compartir lo que sabía. Incluso bajo su aspecto protocolario, algo parecía estar a punto de estallar. Sus labios no lograron impedir un espasmo de nerviosismo.

—Parece que haya visto un fantasma, Thomas, —Forest tuvo la intención de calmar la tensión que poseía al doctor. Pero no tuvo resultado.

—Estoy conmocionado con todo este asunto —dijo con voz suave—. Pasen,

rápido.

Parker y Forest se miraron sorprendidos.

Cuando se cerró la puerta de la sala de autopsias, un frío mortal se cernió alrededor. El cuerpo de la primera víctima yacía sobre la cama, cubierto hasta el cuello por una sábana. Al lado quedaba la mesa colmada de los utensilios manchados de sangre que el doctor había usado.

Anderson rodeó la camilla y, antes de mostrarles la caja torácica del cuerpo, dijo:

—¿Preparados?

Los dos policías asintieron. Y Parker no pudo eludir un estremecimiento al recordar la ciudad de Chicago.

Con una fuerte sacudida quitó la sábana y el cuerpo quedó visible. La inicial palidez de la piel estaba dando paso a un enfermizo tono amarillo. Unas manchas rosadas resaltaban como pequeñas erupciones. El doctor había hecho incisiones en el centro del esternón. La cavidad revelaba unos pulmones ennegrecidos por el hábito del tabaco. Los intestinos se encontraban en un recipiente de cristal encima de otra mesa a espaldas del doctor. Otro recipiente contenía el hígado lesionado por el desmesurado consumo de alcohol. La bala asesina dormitaba en la mesa cubierta de sangre.

Parker agradeció que los párpados estuvieran cerrados. No quería volver a sentir la mirada de un muerto. Los policías se aproximaron, porque Anderson anunció con un gesto que la explicación iba a comenzar.

—La bala del 38 atravesó la vena yugular, aquí. —Señaló una perforación con sangre coagulada—. Y el segundo disparo, el que yo he extraído, entró en el pecho. Hasta aquí nada nuevo. Pero...

—Parecía un tipo de mal vivir —interrumpió Forest.

—Sin duda. Aunque no es lo que me preocupa. En cuanto vi el cuerpo del viejo Genderson esta mañana, decidí hacer algunas pruebas de última hora a este otro cuerpo. —El doctor alzó la vista y advirtió las expresiones de interrogación de los agentes—. ¿Que por qué no las había hecho antes? Buena pregunta. Al principio me limité a pensar que muchas personas sufren de enfermedades y que esto no debía de estar relacionado directamente con el caso. —Guardó silencio un segundo—. Pero desde que he vuelto, después de observar el estado en que se encontraba el pobre Genderson, advertí enseguida el gran parecido de las manchas rosadas que ambos tienen por todo el cuerpo. Si observan con atención, verán que este hombre estaba afectado

por una enfermedad infecciosa. Los análisis de sangre han revelado un alto índice de glóbulos blancos. Su organismo luchaba contra algo grave cuando nuestro asesino disparó a este hombre. Algo se me escapaba. Por esa razón decidí seguir mi instinto y mandar las pruebas al laboratorio.

—¿Cuánto tardarán? —preguntó Forest.

—A lo sumo una semana.

—Recemos para que no tengamos más muertos —añadió Parker.

—El impedir que eso ocurra es su trabajo —dijo el doctor—. El mío será llamar al hospital de Moultrie, para que aceleren las autopsias del señor y la señora Genderson. Estoy seguro de que los resultados serán muy esclarecedores. Tendremos a dos personas con la misma infección. Estoy convencido de ello. Sin embargo, esperaremos los resultados del laboratorio.

El silencio se hizo espeso en la sala de autopsias.

—También está la anciana, que no presenta estas manchas —indicó Forest.

—Exacto —dijo el doctor, observando las expresiones de los dos policías—. En mi opinión ella no era más que un estorbo para el asesino. Las pruebas revelarán si tengo razón.

Parker apartó su mirada del cadáver. Sabía que habría un tercero. El problema era saber dónde y cuándo. Y saberlo sólo encerraba su ansiedad en un puño. Llevó su mano a la nuca; el dolor de las cervicales se acrecentaba por momentos.

—Sugiero averiguar el patrón que sigue para seleccionar a sus víctimas, sabríamos por dónde empezar —dijo, mirando la puerta de salida. Comenzaba a sentirse inquieto bajo el frío de la sala. La visión de aquellas manchas era demasiado horrible, no sólo por su aspecto.

—Intentaré redactar un informe que señale estos puntos —añadió el doctor introduciendo sus manos en los bolsillos de la bata—. Lo tendrán lo antes posible.

—De acuerdo —dijo Forest. Luego miró a Parker—. ¿Algún problema?

—No, no.

—De acuerdo. Nosotros nos vamos. Cualquier novedad háznosla saber.

—Cuenten con ello —dijo el doctor Thomas.

Minutos después, Parker, con la vista en el parabrisas, se sintió mejor al alejarse de la sala con la fría muerte bañando sus paredes. Su afianzado instinto de policía latía en su mente en forma de pensamientos horrendos. Muerte de inocentes.

Desvió su mirada hacia una madre que acompañaba de la mano a una niña

de cabello dorado, mientras ellos esperaban que el disco recuperase el color verde. La niña caminaba con suma lentitud a causa de sus cortas piernas. De todos modos, ¿qué prisa podía tener la niña rodeada de su mundo de inocencia?

Parker reparó en que su trabajo consistía en que la niña no tuviera que correr, que no experimentase la necesidad de huir. Y se preguntó si sería capaz de impedirlo sin que volviera a suceder aquello. ¿Volvería a fallar?

El disco centelleó en rojo y Forest, silencioso, aceleró. Parker siguió a la madre y a la niña por el retrovisor hasta que se perdieron en una perfumería. La niña en ningún momento borró la sonrisa de su cara redonda.

7

El recreo terminó y el tumulto de estudiantes regresó con caras desmoralizadas de nuevo a las clases. El rumor del pasillo desapareció tras el estampido de las puertas al cerrarse. Teddy, al contrario que el resto de alumnos, que continuaban con sus animadas conversaciones, ocupó su pupitre asimilando todo lo sucedido cuando se hubo quedado a solas con Berenice. Había advertido que volvía a colocarse el guante. Ella no dijo nada al respecto y él no se atrevió a preguntar. Luego le dedicó una sonrisa, se levantó y se alejó. La estruendosa sirena había concluido con la posible conversación que hubiera podido tener lugar entre ambos.

Teddy le había perdido el rastro entre la multitud, en los pasillos, cuando acudió a clase.

Ahora, miró atrás. El pupitre de ella se encontraba vacío. ¿Habría tenido una recaída de su enfermedad? Lo que más sentía era no haberle agradecido su intervención. Esperaba que esa pandilla de engreídos no la tomaran con ella, aunque por lo visto sabía defenderse sola. Había sido increíble ver humillado a Jason Cross por una vez. Quizá estuviera mal que pensara de ese modo, pero era lo que sentía. ¿Por qué cambiar de opinión por creer que no es la más conservadora o la que nos libraré de ser señalados con el dedo? Teddy ni siquiera sabía dichas respuestas, pero se dijo que parecía acertado.

Alzó la mirada y vio a todos los alumnos sentarse cuando el profesor irrumpió en clase. Y de repente se preguntó por qué ninguno de aquellos alumnos había intervenido nunca en una rencilla con Jason. Había tenido que

ser una nueva vecina. La vecina. Su vecina.

Y pese a haberse acercado a ella e intercambiado algunas palabras, seguía sin conocerla, sin saber quién era. Entonces advirtió que tampoco conocía a todos aquellos compañeros que se sentaban a diario entre las mismas paredes. Y a decir verdad no le importaban.

8

Horas después, Teddy había reunido el escaso valor con que la vida le había dotado, para plantarse frente a la puerta de la casa de los vecinos. Claro que únicamente sentía interés por Berenice. Percibía que un extraño vínculo estaba naciendo entre ellos.

Hacía ya diez minutos que permanecía dubitativo mientras contemplaba el pulsador del timbre. Su valor finalizó en cuanto alcanzó la puerta. Miró en derredor, percibiendo el silencio en los huesos. Era la primera vez que se adentraba por el jardín hasta la puerta; y era la primera vez que advertía la soledad que embriagaba la casa, aun situada en una calle bulliciosa.

Atisbando por encima del hombro vio una vez más al señor Platt, ultimando el podado de sus árboles. La cara quedaba iluminada por los rayos del sol, mostrando la viveza de sus ojos que se deleitaban en contemplar un trabajo bien hecho. El resto del vecindario se mostraba menos animado que de costumbre por el terrible acontecimiento que lo había sacudido.

Minutos antes, había pasado junto a la portezuela del jardín de los Genderson, sintiendo un leve escalofrío que trepaba por su espina dorsal, como una corriente eléctrica. Ahora, la casa de Teddy estaba en medio de dos casas extrañamente silenciosas, incluso cuando una contaba con vida en su interior. En su mente escuchó el taladro de Genderson acuchillando con el molesto ruido. Sin prestar mayor atención, había continuado hacia la casa de Berenice, antes de que el arrojado que había acumulado en clase se diluyera.

Mientras rememoraba todo esto, volvió la mirada de nuevo hacia la puerta. Suspiró y acercó un dedo a escasos centímetros del pulsador. Se detuvo ahí, como si obedeciese a una orden externa, de forma involuntaria. Era semejante a dos polos iguales que se repelían.

—Buenas tardes.

La voz tronó a espaldas del muchacho como el aullido de un animal

salvaje.

—¿Puedo ayudarte en algo, chico? —insistió la voz.

Giró sobre sus talones y divisó al hombre del abrigo oscuro y sombrero. En esa ocasión, sin embargo, vestía de una manera menos siniestra para la turbulenta imaginación de Teddy. Esa vez no había seres extraños de Hollywood reptando por las paredes de edificios abandonados. Aun así, los pantalones marrones y la gruesa camisa desabrochada no le gustó. Tal vez fuese por la mirada penetrante de aquel hombre, o por las ojeras ensombrecidas que se acumulaban bajo los ojos.

—Eres el vecino de la casa de al lado, ¿verdad?

—Sí —se apresuró a reconocer Teddy.

—¿Y bien? ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, no. —Basculó de un pie a otro delatando su claro nerviosismo. —En realidad sí. He venido a ver a su hija. Somos amigos.

Teddy notó que la expresión del hombre cambió a una de sorpresa.

—Amigos —murmuró, mirando a los escalones del porche.

Teddy asintió cuando el vecino volvió a mirarle.

—Me llamo Teddy Benson.

—Encantado. Yo soy Henry.

—¿Está enferma? —preguntó.

—¿Eh? ¿Enferma? Oh, sí —dijo el hombre de inmediato—. Aunque ya está mucho mejor.

—Eso he pensado al verla en la escuela.

—Claro. Sólo está un poco débil.

—Ah.

—Pero como te he dicho, ya está mucho mejor.

—¿Y puede recibir visitas? —preguntó.

El hombre guardó silencio. Teddy tuvo la impresión de que el tipo buscaba la respuesta adecuada.

—Te diré lo que haremos, Teddy. Voy a entrar en casa y le diré que estás aquí.

—Vale.

Teddy se hizo a un lado. El hombre ascendió los escalones, abrió la puerta y entró con suma rapidez.

Cuando tuvo la intención de echar un vistazo al interior de la casa, la puerta se cerró a pocos centímetros de su rostro, con la consecuente sorpresa que ello arrancó en él. Oyó los pasos que se alejaban por una escalera. Luego

el silencio.

Los minutos se hicieron eternos en la espera. Por un momento tuvo la certeza de que la puerta no volvería a abrirse nunca más.

Se giró y miró el jardín. Pese a que la casa había pasado siempre desapercibida para todos, nadie podía pasar por alto el gran cambio de ésta. Donde semanas antes se extendía la maleza más reseca, ahora, un verde que resplandecía bajo el sol, se propagaba flanqueando el camino de acceso y bordeando un angosto sendero de arena que discurría hacia la parte posterior de la propiedad. Grupos de petunias diseminadas por el césped se erguían con notable fortaleza.

—Es bonito, ¿verdad?

Se volvió sobresaltado. En el umbral de la puerta estaba Berenice, con el raído vestido negro con que había acudido a la escuela, que le alcanzaba hasta los tobillos, donde comenzaban un par de zapatos que en opinión de Teddy eran horribles. Sin embargo, la mirada de la chica irradiaba una belleza natural. Sus pómulos blancos se curvaban hasta una barbilla delicada. El denso cabello negro se derramaba sobre sus hombros como un manto de seda.

—Sí. Sí —contestó, y sintió que sus ojos preferían apartarse de los de ella. Una vez más volvían sus inseguridades.

—Me gusta la naturaleza. Es una lástima que no la valoréis.

—¿Qué quieres decir?

—Un planeta que era azul y verde ahora es gris.

—Ah. ¿Qué quieres decir? —Teddy estaba desorientado. Había expresado dos veces la misma pregunta, comenzaba a sentirse como un completo estúpido.

—¿Nunca has visto una foto del planeta tierra tomada desde el espacio?

—Claro. En los libros de la escuela. El profesor nos mostró unas diapositivas del espacio.

De pronto Berenice pareció volverse indiferente.

—Muy bien —añadió, y contempló el jardín.

Teddy se sintió desatendido. Una de aquellas sensaciones que uno experimenta cuando cree que ya ha permanecido demasiado tiempo frente a una situación concluida.

—Bueno, yo..., he venido a darte las gracias. —Las palabras brotaron de su boca atropelladas, aun así se sintió mejor cuando las dijo.

—Aceptadas. —Lo miró con una sonrisa radiante.

Teddy permaneció en silencio un incómodo segundo.

—Bueno, pues...

—¿Algo más? —interrumpió Berenice.

—Supongo que no.

—¿Estás seguro?

—¿Qué quieres decir? —Diablos había vuelto a pasar. Parecía que no tenía más palabras para ella. O quizá sí las tenía, pero no sabía cómo expresarlas; los nervios siempre le jugaban una mala pasada.

—Siempre debe haber algo más, ¿si no, qué nos queda? ¿El adiós?

—Vaya. Está bien eso que dices.

—Me alegra que te guste —dijo ella extendiendo aún más la sonrisa.

Teddy empezó una vez más a bascular de un pie a otro, con una inquietud que crecía en su interior.

—Estoy un poco nervioso.

—No deberías de estarlo.

—Me pasa siempre que hablo con una chica.

—Pues entonces imagínate que soy un chico —rio Berenice.

—¿Eh? ¿Un chico? Bueno creo que es difícil imaginar algo así.

—Podría vestirme como uno. Quizá como ese chico que tenía la intención de quitarte tu dinero.

Teddy quedó boquiabierto.

—¿Como Jason Cross? ¡No!

—Tranquilo. Es una broma. —Se acercó a Teddy ahora sin sonreír. Él dio un paso atrás, y notó que los pies alcanzaban el borde del primer escalón, hallando el precipicio—. ¿De qué tienes miedo? No permitas que nadie te infunda miedo.

—Eres muy fuerte. La verdad que ha sido increíble lo de esta mañana, en el recreo. Nunca nadie se había enfrentado a ellos. Y menos una chica sola.

Berenice dio un paso más hacia Teddy, quien se hizo a un lado mientras ella bajaba los escalones hasta el camino de acceso. Miró en derredor, siempre con esa seguridad de la que hacía gala.

—¿Qué importancia tiene que sea una chica? Las chicas podemos ser muy fuertes.

—Sí, claro. Estoy seguro de eso.

—Esos chicos no tenían la necesidad de quitarte tu dinero. Disponen de otros medios para conseguirlo. No me gustó lo que vi. Espero que no vuelvan a intentar quitarte tu dinero. —A continuación su voz se ensombreció—.

Aunque no creo que lo hagan.

Teddy quedó estupefacto cuando creyó oír una leve risa lúgubre. ¿Había oído esa extraña risa en realidad?

—¿Por qué te has ido de la escuela? —dijo de pronto.

Berenice se giró. El chico sintió que su mirada se volvía eterna ante los ojos negros de ella.

—Perdona. No he debido meterme en tus asuntos personales —dijo Teddy.

—No me sentía bien del todo. Me dieron un pase para abandonar la escuela en caso de sentirme mal —explicó.

—Supongo que por eso llevas esos guantes siempre.

Por primera vez desde que la conocía, advirtió una sombra de temor en la mirada de Berenice.

—Exacto —se limitó a decir ella, y continuó mirando el firmamento.

En lo alto de la casa sonó el quejido de una ventana vieja que se abría. Ambos dirigieron su mirada hacia la ventana. En ésta se encontraba plantada Elena Hughes con un cigarrillo entre sus finos dedos.

—Berenice, te necesito en casa. ¿Puedes venir? —dijo con una amabilidad forzada. Tras embestir con una dura mirada a Teddy cerró la ventana otra vez.

—Debo entrar.

—Vale.

Berenice subió las escaleras del porche. Teddy vio que el temor de unos minutos antes había desaparecido. Antes de que se cerrara también la puerta de casa, él añadió:

—Estaremos en contacto. Si a ti te parece bien, claro.

Berenice se volvió con la mano en el tirador. Permaneció en silencio escudriñando a Teddy, quien se sintió invadido por una inseguridad extrema. ¿Por qué lo miraba de ese modo? Era como si buscara fallos en él. Observó que sus ojos se detenían en la camiseta. En esa ocasión la camiseta amarilla mostraba una horrenda cosa emergiendo de aguas pantanosas.

El sonido que produjo la puerta al cerrarse, le transmitió un dolor familiar. Era el aguijón que siempre sentía clavarse en el pecho cuando una chica le rechazaba. Porque significaba eso, en opinión de Teddy, si una chica te cierra la puerta sin despedirse por segunda vez.

Cabizbajo se giró y comenzó a descender los escalones.

La puerta se abrió de nuevo. Y Teddy se vio envuelto por una renovada esperanza. Pero en cuanto vio que era el hombre, se desvaneció, siendo

sustituida por una insólita incertidumbre.

—Chico..., Teddy —dijo—. ¿De qué habéis hablado?

—Pues... —por un momento no supo qué responder—. De todo un poco, supongo. De nada importante, en realidad. Le he dado las gracias por ayudarme en la escuela.

—Está bien. —Henry sonrió. Pese a ello, Teddy supo que no era por cortesía—. Espero no haberte incomodado con la pregunta, sé que a los chicos de ahora os gusta tener vuestro espacio. Es sólo que... verás, acabamos de mudarnos a esta ciudad y Berenice ha estado muy enferma. Lo ha pasado mal.

—No se preocupe, no tiene por qué darme explicaciones. Lo entiendo.

—No, claro que no. Bien, que pases buen día, Teddy.

—Lo mismo le digo.

Avanzó por el sendero. Se apresuró a cerrar la portezuela del jardín y vio que el hombre todavía se hallaba en el porche observando con aire reflexivo.

Se dijo que era normal que unos padres se preocupasen de las nuevas compañías de su hija. Aunque él no se consideraba mala compañía para nadie. No fue él quien había arañado el rostro de Jason. Con todo, se sintió reconfortado por haber hablado un poco con la vecina. Pero no le gustaba la actitud de ella en lo referente a la desmedida independencia que mostraba.

Puso rumbo a su casa, pensando en que debía encontrar el modo de acercarse más a ella.

Capítulo 5

1

Plantado delante de su vivienda, Ken Parker vio doblar al coche patrulla por la siguiente calle. En cuanto lo perdió de vista, se acercó a la casa, no antes de reparar en un sobre blanco que asomaba por la abertura del buzón exterior. Reconoció de inmediato el tipo de sobres que había estado usando hasta ahora su exmujer. Una punzada de nerviosismo removi6 su est6mago al extraer la carta. De pie, en el camino de acceso, la ley6 al tiempo que miraba la foto.

Aparecían dos niñas sonrientes con una colina sembrada de amapolas. A un lado, una casa se recortaba sobre un cielo azul. Era la casita de los padres de Julie. La foto tenía todo el aspecto de una excelente postal promocional. Julie siempre había sabido infundir a los asuntos el aire comercial que impregnaba todo en Chicago. Durante la Navidad siempre se había hecho cargo del árbol, añadiendo meticulosamente los últimos detalles hasta quedar no como un árbol acogedor, sino como uno a exhibir en un escaparate. Parker tampoco dijo nunca nada sobre la forma de vestir a las niñas, siempre con aspecto de maniquí.

Sin embargo, la sonrisa que lucían las niñas era auténtica. Deslizó el dedo sobre la sonrisa de Anne y Angie con un repentino anhelo de sentir las cerca. Se extrañó del sentimiento justo ahora, cuando Silverston estaba siendo sometido a prueba por un asesino. Se dijo que sería su acostumbrada forma de evadir la responsabilidad como policía. Rechazó el pensamiento estirando la comisura de los labios y negando con la cabeza.

La carta confirmaba definitivamente que Julie formaba parte de una agencia de detectives. Claro, ¿cómo no? Con la singular cualidad de asaltar la intimidad de las personas, no era posible dedicarse a otra cosa. No recriminaba que pusiera su don al servicio de los demás, aunque eso pudiera parecer una paradoja en ciertas ocasiones. Por lo visto, cuando llegaron a Chicago, el abuelo, el padre de Julie, había regalado unos días en el campo a las niñas. Para que no se sintieran mal por el cambio.

Parece que este hombre sabe cómo hacer que las niñas se olviden de ti.

Apretó los dientes y arrugó la carta mientras se dirigía a la puerta. No era el momento oportuno para aquello. El pasado debía esperar. Al menos hasta tener controlado el asunto que sacudía a Silverston.

¿Y cómo pretendes hacerlo?

Pensaría en algo. Cuando entró en casa recordó la llamada pendiente con Julie. Y de paso podría escuchar la voz de las niñas al teléfono. El pensamiento evitó que se adentrara en una rabieta infantil. Se aproximó a la mesa del salón y planchó con ambas manos la arrugada carta. Suspiró varias veces, resignado. Luego se dejó caer en el sillón situado frente al televisor, con un botellín de cerveza sostenida por el cuello.

La casa de Ken Parker se encontraba ubicada delante de un parque, donde las risas de los niños no hacían más que evocarle las risas de Anne y Angie. De pronto el silencio de la casa se posó encima casi dañándole. No era que se arrepintiera de la opción del divorcio; podría encontrar a muchas mujeres en Silverston dispuestas a estar con él. Su aspecto continuaba siendo muy decente. Pero sentía a sus niñas demasiado lejos.

Maldita sea.

Bebió de la cerveza un largo trago tranquilizador.

Su padre le había dicho en más de una ocasión, siendo Parker un muchacho, que un hijo lo cambiaba todo; la vida y la forma de percibir sus pequeños detalles cambiaban al abrazarlo por primera vez, cobrando todo mucha más intensidad. Nunca concedió importancia a aquello. Ahora, después de tantos años, lograba comprenderlo. Claro que su padre ya no estaba allí para concederle la razón que tanto le gustaba recibir. Falleció de cáncer de colon.

Si el nuevo caso lo permitía, planificaría un fin de semana para visitar Chicago y verlas de nuevo. Nadie tenía derecho a negarle un día con sus hijas.

El peso de la botella de cerveza fue reduciéndose en su mano a medida que Parker se introducía en una agradable somnolencia. De fondo escuchaba el sonido de la televisión, era el griterío en las gradas de los Atlanta Braves. Pero todo ello quedó amortiguado por el velo del sueño.

Tras el grito, al fondo del callejón cerrado por una valla metálica, Parker descendió el cañón de su arma. Una leve neblina impedía ver con detenimiento si el tiro había sido acertado. Tal vez el grito del muchacho

sólo se debía a que el cuerpo del agresor había caído al suelo. No obstante, no escuchó ningún sonido de un cuerpo desplomarse. El humo que brotaba del cañón se diseminaba entre la neblina. Parker, con un rostro ligeramente más tenso, percibía las gotas de miedo que corrían por sus mejillas, pese a las bajas temperaturas. Unos pasos resonaron cada vez más lejos. Luego escuchó el ruido metálico, como si alguien sacudiera la valla al final del callejón. Parker supo en aquel momento que era el agresor y no el muchacho quien escapaba. Una pregunta le salvaría de no perder el juicio. ¿Huía herido? De no ser así...

Las sirenas de dos coches patrulla ululaban al viento, cada vez más cerca del lugar donde empezó su derrota.

Por un momento deseó que la neblina no se disipara nunca, que permaneciera allí, cubriendo el mortal silencio que había al otro lado.

—¡NOOO!

El grito cuando despertó, tras la sacudida de su pierna derecha, inundó el comedor. Se había desparramado en el sillón. Advirtió que sus ojos estaban cargados de lágrimas. Olfateó la cerveza que se había extendido sobre la moqueta. La botella yacía inmóvil junto al pie del mueble sobre el que dormitaba el televisor. Una mujer anunciaba con una sonrisa de un millón de dólares un nuevo producto para el lavado de la ropa.

Al incorporarse y volver en sí, reparó en que hacía tiempo que no había sufrido aquella pesadilla. La que contenía la información que Julie le sacó con su despiadada cualidad, apta para el trabajo de la calle, pero no para quien quería el derecho a ocultar su pasado. Tan hondo como sea posible.

2

Teddy miraba en silencio la mesa sobre la que crecía mes a mes su escenario fantasmagórico. Todo el conjunto comenzaba a destacar por un trabajo bien hecho. Debería sentirse orgulloso por sus aptitudes en las manualidades, pero no lo estaba.

Cada objeto en miniatura era algo inerte y carente de vida, no emitía calor. Incluso pensaba que había estado perdiendo el tiempo con semejantes estupideces. Se preguntó cuántos chicos de su edad en la escuela se

dedicaban a construir maquetas de monstruos. Sobre todo presentar siempre un aspecto deslucido. Pasó una mano por su piel saturada de granos. Experimentó un súbito sentimiento de reproche. ¿Cómo podía alguien fijarse en él con un aspecto tan lastimoso?

El día que cumplió los dieciséis años únicamente acudió a la fiesta su tío Rusty y uno de los pocos amigos que tenía, Ed Powell. Incluso él se estaba alejando, cada día un poco más. Celebraron el cumpleaños en el salón, con algunos invitados seleccionados cuidadosamente por su madre. Tal vez lo pasara bien en aquel momento, pero ahora lo recordaba como algo insuficiente, insípido.

Trató de imaginarse cómo sería el cumpleaños de un chico de su edad. Escuchó risas en los locales de ocio: boleras, o en el concurrido local de Billy Manilly, donde acudían los chicos en sus coches a tomar refrescos. Él ni siquiera tenía ya un padre al que pedir prestado el coche. Negó con la cabeza, esbozando una amarga sonrisa al imaginarse pidiendo el coche a su madre. ¡No! Qué absurdo. Ni siquiera había sentido la necesidad de conseguir el permiso de conducir.

«¿Qué he estado haciendo todo este tiempo?», pensó.

Se preguntó qué pasaba. Siempre había disfrutado pintando y creando maquetas. ¿A qué era debido la nueva actitud?

Ella.

Estaba cansado de permanecer solo durante las largas horas del día, recluido en el sótano por su madre para que nadie viera sus absurdas aficiones. No le gustaba. Él tampoco se gustaba en ese instante.

Alargó un brazo sobre la mesa de maquetas y, con un enérgico barrido, arrojó todo contra la pared. El sonido de la colisión arrancó varias lágrimas de sus ojos.

«Estoy cansado de todo esto. Necesito más. Quiero más», pensó.

Desde el porche de la casa, se oyó la voz de Frida Benson que lo llamaba.

Teddy alzó la mirada hacia la abertura de la entrada de sótano.

Minutos después estaba sentado a la mesa frente a su madre. Ambos comían en silencio. Teddy intentaba encontrar el sabor a lo que depositaba en su boca. Al masticar las patatas hervidas, éstas parecían transformarse en una pasta incómoda de tragar. Recurrió al agua con una expresión apresurada.

—Mastica despacio. Es muy importante. De ese modo tu digestión será menos pesada —dijo Frida.

—Es mejor masticar rápido este potingue —dijo él con tono seco—. Así no

se nota el mal sabor. Bueno, en realidad no tiene sabor a nada, pero es mejor no notar la pasta en la boca.

—Nuestra dieta es correcta. Estás creciendo. Y ahora que, gracias a mi pequeño empujón, estás estudiando más, requieres un mayor número de vitaminas. ¿Descansas bien por las noches? También es importante el descanso. El cuerpo es como una máquina, cuanto mejor lo trates mejor te rendirá. Incluso puede mejorar tu acné juvenil.

Miró boquiabierto a su madre. Debería estar acostumbrado a todo ello, pero hoy estaba especialmente sensible. Sentía una impotencia creciendo en su interior como una bola de fuego que pronto lo prendería todo.

—Algunos chicos toman las vitaminas en cápsulas —dijo.

La madre detuvo su mandíbula un escabroso segundo mientras sus ojos se encendían de manera extraña.

—¿Estás bien? Te noto extraño hoy. La comida es buena. Nunca te había escuchado replicar dos veces seguidas.

Teddy se irguió en la silla posando sus manos a cada lado del plato de hervido.

—He conocido a alguien.

La mirada de Frida escrutó detenidamente al chico, quien pensó que con toda seguridad analizaba el mal estado de sus granos, preguntándose cómo alguien podía fijarse en alguien así.

—¿A quién?

—A la vecina.

—¿Qué vecina? ¿Una chica?

—Sí.

—Espero que no te distraiga de las tareas escolares. Es importante para tu futuro. Y ella no lo es. Los amigos vienen y van, hijo. No lo olvides. Pero lo que te ganes con tu esfuerzo permanecerá para siempre.

—No me distraerá —dijo con firmeza, controlando la bola de fuego.

—Eso espero. —Frida a continuación se llevó un trozo de patata insertada en el tenedor. La colocó con delicadeza entre sus dientes y masticó sin apartar la mirada de su hijo. Luego añadió—: ¿Dónde la has conocido?

—Va a mi clase. Es una nueva alumna que casualmente sus padres son nuestros vecinos.

—¿Estás seguro de que es buena familia?

Teddy notó que su madre parecía interesarse por su nueva amiga. Cedería un poco. Quizá era la conversación que había estado esperando durante tanto

tiempo: una madre y un hijo intercambiando opiniones.

—Es valiente. Me ha defendido de Jason y su pandilla.

Frida contemplaba a su hijo cada vez más interesada.

—¿Una chica sola ha plantado cara a esos tres bravucones? Vaya.

—Ha sido increíble, mamá —añadió Teddy dejándose llevar por el entusiasmo.

—Va siendo hora de que soluciones tus diferencias con esos chicos. ¿No crees?

—Supongo que sí —dijo Teddy, bajando la voz de nuevo.

—Espero que ahora que tienes una amiga cuides un poco tu imagen, y dejes de vestir como... Pues así, como vistes siempre. —Miró la ropa de su hijo y el monstruo que asomaba en la camiseta la exasperó.

—¿Eh? —Desvió la mirada hacia el plato—. Sí, supongo.

—Por otro lado, no permitiré que nada cambie, me gustan las cosas tal y como están.

Teddy se limitó a guardar silencio y se dijo si no estaba ya cambiado todo aunque su madre no lo advirtiese. Y se preguntó si su madre sabía lo ocurrido a los Genderson.

—He visto a la policía esta mañana, cuando salía para la escuela.

—Santo cielo, sí —declaró ella con cierto dramatismo—. Es horrible. En esta ciudad. No entiendo qué le pasa a la gente. Yo que siempre maldecía a ese ruidoso taladro. Que el cielo nos acoja.

Teddy deslizó el tenedor en círculos. Había perdido el apetito, pero sabía que no podía levantarse de la mesa hasta que el plato no estuviera vacío. La comida continuó en silencio.

3

Ken Parker pensó en aplacar su agitación con una nueva cerveza recién sacada de la nevera. De pie en el centro de la cocina, cuyo tubo fluorescente arrojaba ráfagas intermitentes de luz, no pudo evitar que los recuerdos del pasado lo golpeasen. Los objetos que llenaban la repisa de mármol desaparecían de pronto en la oscuridad y reaparecía de nuevo como fantasmas inertes. Apartó la vista y dio el primer trago. Cerró los ojos mientras el líquido se deslizaba por su garganta.

Rememoró los expedientes del caso. Hacía años, cuando todavía era policía en Chicago, guardó las copias que le entregaron. Sabía dónde estaban. En el cajón del armario, en el dormitorio. Claro que no siempre estuvieron allí, pero en cuanto Julie adivinó todo el asunto, carecía de importancia el tener que ocultarlos. Luego llegó el divorcio.

Le embriagó la apremiante necesidad de releerlo.

No vale la pena recordar. ¿Qué esperas ya de aquello? Ya ocurrió y no puedes hacer nada.

Aun así se dirigió al dormitorio acompañado por el botellín de cerveza. El frescor de la mañana había aireado la habitación. Sin embargo, la colcha todavía estaba sobre la cama de modo desastroso; caía por el lado que él usaba para dormir. Pese al buen tamaño de la cama, mantenía la costumbre de acostarse en el lado izquierdo. El derecho siempre había sido de Julia. Ahora se mantenía frío, alejado del calor corporal.

El pesado armario quedaba frente a la cama. Cuando él se acercó, la madera de roble se estremeció a modo de insólito presagio. Abrió uno de los cajones superiores, y bajo el antiguo uniforme que había utilizado en el equipo de los *Teens Powers*, dormitaba un sobre desgastado por el constante manoseo. Con el sobre en la mano, Parker lanzó una fugaz mirada al atuendo deportivo.

Se dijo que resultaba difícil desprenderse del pasado, sobre todo cuando éste era lo mejor de lo vivido. Casi podía sentir la arena de la pista bajo sus zapatillas de deporte corriendo de una base a la siguiente. No fue un jugador de primera, pero se marcó sus exitosas carreras. Cómo había disfrutado del final de cada partido ganado, acudiendo después en pelotón al local de moda. Irrumpían cantando el himno del equipo.

¡Pisarlos, aplastarlos! ¡No, no, no! Ya no hace falta... ya están pisados... ¡OH, OH, OH, OH! ¡Pues otra vez... otra vez hasta dejarlos del revés! ¡Más y más, dame más, señor tabernero, que he venido a celebrarlo! ¡OH, OH, OH, OH!

El semblante de Parker se ensombreció al mirar el sobre. No todo fue tan bueno; luego vino la academia de policía y tras eso...

Notó que el paso del tiempo parecía haberle añadido más de peso al sobre. Luego se dijo que era una estupidez. Sopló el polvo mientras se sentaba en el borde de la cama. Vacío el contenido encima de las sábanas para tener todo a la vista. Aparecieron dos fotos de las víctimas y varias fotos del tipo al que encerraron tras el juicio, declarado culpable de homicidio en primer grado. A

un lado estaba el informe completo del caso. Leído una y otra vez, encajando las piezas que nunca encajaron del todo. Con los cuerpos enterrados de forma precipitada y el criminal entre rejas, el caso parecía completamente cerrado. Aunque para sorpresa de todos, fue abierto en cuanto hallaron a Spencer, el criminal que había violado y asesinado a seis niñas y a un niño, muerto en la celda. El cuerpo pendía del cuello por una soga amarrada a la tubería del techo. Algunos psicólogos declararon que fue debido a la conciencia torturadora, común en algunos criminales.

En cualquier caso, Parker no terminó de aceptar aquella explicación. En su opinión, cerraron los ojos a la extraña verdad que rodeaba los hechos de la última víctima de violación, un niño de doce años llamado Brandon. Escuchó el nombre de la boca de la madre, tiempo después, cuando decidió, bajo la presión de la conciencia, acudir a verla. La madre se encontraba bajo tratamiento psicológico. Por aquella época, Parker no comprendía del todo lo que podía suponer perder al único hijo; aun así, nunca se atrevió a mirar a los ojos a la pobre mujer al repetirle una y otra vez que por lo menos el culpable lo había pagado con su vida.

Nunca se apagó su duda del porqué el cambio del *modus operandi* de Spencer. Por otro lado, las preguntas que inundaron las pesadillas de Parker cobraron cada vez mayor fuerza. ¿De dónde sacó la cuerda? ¿Cómo alcanzó una tubería que se alzaba a varios metros del suelo? ¿Cómo pudo atarse sin una silla a su alcance? La palabra *asesinato* relampagueaba por aquella época en su cabeza como el rayo en una tormenta.

Ahora, con el informe en sus manos trémulas y una mirada sombría, recordó las manchas rosadas que cubrían el cuello de Spencer. La primera hipótesis fue que se debió a la presión de la cuerda; pronto las pruebas revelaron que sufría una insólita enfermedad. Nunca se logró probar que hubiera envuelta una venganza; en el mundo penitenciario era frecuente solventar las viejas rencillas con el asesinato silencioso.

Asesinato silencioso.

Las palabras le removieron el estómago. Cerró los ojos con fuerza.

Las clases del miércoles habían terminado. Los pasillos se colmaron por

enérgicas carcajadas de alumnos que finalmente podían abandonar las paredes que los retenían durante horas. Todos se apresuraron a alcanzar la puerta de salida como la única meta a alcanzar.

Cindy Mancini, la jefa de las animadoras, emergió de la escuela acunada por el velo de su engreída actitud. Varios chicos la rodeaban, compitiendo entre ellos por ver quién atraía más su atención. Ella reía rechazando a todos y a ninguno, mientras buscaba a sus dos fieles compañeras del equipo de animadoras. Patty y Tina. La esperaban al pie de las escaleras, exhibiendo los modelitos más apretados que pudieron encontrar el pasado sábado en «Donna's Style».

—¿Alguien sabe dónde se ha metido Jason? —dijo Patty.

—Oh, ese chico no te conviene, Patty. Estará zurrando a algún crío.

—Déjame que yo sea quien decida eso —replicó.

—Vale, vale —repuso Cindy—, pero luego no me vengas con tus lágrimas.

—Tranquilizaros de una vez —añadió Tina—, y vayamos de tiendas, quiero recoger el vestido que me apartaron para ir a tu fiesta.

—¿Y quién te ha dicho que *tú* estés invitada? —bromeó.

—¿Cómo dices? —inquirió Tina.

—Es broma, es broma. Cálmate —dijo Cindy, mostrándole la lengua en modo burlón—. Pero recuerda no destacar más que yo, querida; soy la anfitriona.

—Sí, sí —dijo Tina.

—Ahora vamos, tengo que darle de comer a mi gato antes de ir de tiendas.

Seguidamente pusieron rumbo a los vehículos.

Teddy, plantado en la parada del autobús escolar con su mochila blanca al hombro, miraba a la zona de estacionamiento de coches. Ed Powell subía al nuevo todoterreno de Philip, uno de los descendientes de la familia Sheffield, cuyo linaje se remontaba a después de la guerra de la secesión. Una de las familias más prósperas de Silverston. Su padre, el señor Sheffield, regentaba el único banco que había en la localidad.

Había pensado en acercarse y hablar con Ed, pero tras meses sin que éste le dirigiera el saludo, quedó roto el antiguo vínculo de amistad y se estaba alejando definitivamente. Aunque, ¿qué podía ofrecerle Teddy para competir con ese coche? Varias chicas, entre ellas una de las animadoras recién incorporadas al equipo, ascendió a la parte trasera, riendo y pasando por alto el viento que alzaba su corta falda. Teddy se dijo que no podía competir con todo aquello: el despertar a la vida.

Entonces pensó que, quizá, él estuviese experimentando el mismo sentimiento. Siempre había pasado desapercibido del resto de chicos de la escuela secundaria. Era como si ellos hubiesen crecido antes, dejándolo a un lado como un objeto poco deseoso.

Reparó, melancólico, en que no era observado por nadie salvo por Berenice. Estaba junto al gran arce que crecía en la hierba, cuya sombra la cubría por completo, infundiéndole un aspecto misterioso. No sabía por qué lo miraba. Permanecía inmóvil con una paciencia que exasperaba a Teddy. Había acudido a clase con un vestido largo y negro. En esta ocasión nadie podría reprocharle que su vestuario tenía cierto parecido con el de su abuela. Con todo, no dejaba de tener un aspecto siniestro, siempre envuelta por un halo de oscuridad. Su pálido rostro tenía una extraña luminiscencia resaltada por el vestido negro. Y, aunque en clase tuvo que leer una poesía ante el resto de compañeros, lo hizo con los guantes puestos.

Se preguntó a qué era debido. ¿Estaría relacionada su enfermedad con un problema de piel? ¿Por eso usaba guantes?

Cuando la chica optó por alejarse del árbol, la siguió con la mirada. Se acercó a la acera y cruzó la calle. Teddy comenzó a sentir una punzante ansiedad que brotaba del pecho.

Se dirigía directamente hacia él. A medida que se acercaba, advirtió la mochila que llevaba a la espalda.

—Hoy me ha tocado esperar el autobús escolar.

—Hola —saludó Teddy dubitativo.

—Henry no ha podido venir a recogerme —indicó.

—Yo espero el autobús cada día para volver a casa.

—Yo prefiero no hacerlo. Es incómodo estar rodeada de tanta gente, y tan cerca. Ya se me hace difícil estar tantas horas en clase con todos los chicos mirándome como un nuevo tesoro.

Teddy guardó silencio.

—¿Por eso vas siempre sola?

—Sí. Pero es mi elección. Es mejor así.

—Ah.

—¿A ti no te recoge... mmm, tu padre en coche?

Teddy desvió su mirada hacia otro punto. El todoterreno negro partía cargado de risas animadas. Algunas miradas se volvieron para mirarle.

—¡Eh, Benson! ¡Dale un buen repaso a la nueva, te vendrá bien! —Las risas estallaron dentro del vehículo.

Teddy notó el calor de sus mejillas al tiempo que veía que Ed Powell apartaba la mirada, dentro del todoterreno. Berenice pareció no prestar atención al asunto.

—No. No vive con mi madre y conmigo —dijo él, saliendo de la incómoda situación.

—¿Y tu madre?

—Ella trabaja en una peluquería cada mañana. En *su* peluquería.

Berenice le dirigió una mirada conmovedora.

—Y tampoco veo que tengas muchos amigos. Estás solo, pero no es tu elección. Por eso mirabas a esos chicos en el todoterreno, los que acaban de reírse. Yo en tu lugar no desearía ir con gente que no me respeta.

Teddy descendió su mirada a la punta de sus zapatillas. Las palabras lo sorprendieron; su agudeza y espontaneidad eran como una espada afilada.

—Supongo que tienes razón —dijo al fin.

—La próxima vez, acércate y que te pidan disculpas.

Teddy lanzó una risita nerviosa.

—No es tan fácil, ¿sabes?

—Sí lo es. Todo es tener decisión.

—Hablas como mi madre —dijo Teddy.

Ella sonrió.

—¿También te anima a ser decidido?

—Bueno..., sí, pero en otras cosas.

—Acércate la próxima vez. No eres menos que ellos. —Su voz cobró de pronto una leve firmeza—. Llevo observando mucho tiempo a las personas. Todas tienen miedos y dudas. Todos temen. En sus rostros no hay más que miedo. *Miedo*.

Teddy la miró a los ojos. Trató de mantenerlos fijos en los de ella, de no apartarlos. Por lo visto ella debió de pensar lo mismo, porque permaneció sonriente. Tras mirar con atención, advirtió que su mirada era realmente dulce. Aun así, estaba provista de un matiz de extraña seguridad.

—¿Cuántos años tienes?

—Soy de tu edad.

—¿Cómo sabes la edad que tengo yo?

—Es una forma de hablar. Aquí tienen todos la misma edad.

—No pasa nada si no quieres decirme los años que tienes.

—Dieciséis —se apresuró a decir Berenice.

—Ah —dijo él vacilante.

Ante el silencio que se formó en torno a ellos, se oyó el silbido del viento. Los alumnos habían desaparecido en su mayoría y el edificio de la escuela secundaria se erguía con aspecto solitario.

—Me gusta hablar contigo —se aventuró a decir Teddy—. Aunque nunca parece que digas nada.

La sonrisa de ella desapareció.

—Es mejor así. Quizá yo no sea interesante. Quizá tú no puedas entender muchas cosas sobre mí.

El silencio se intensificó hasta volverse dañino. El chico sintió que tenía una gran cantidad de preguntas, aunque no encontrase las palabras adecuadas. Cuando estaba cerca de ella, su mente parecía encogerse dentro de la cabeza. Sólo percibía un nudo en el estómago que ascendía hasta palpar en el pecho.

Un vehículo se acercaba alejando el silencio con el ronroneo del motor. Los ojos de Berenice se hicieron grandes y brillaron como dos lunas.

—Mira, es Henry.

El Citroën se detuvo junto al bordillo de la acera. La puerta se abrió y Teddy vio aparecer el rostro del vecino.

—Hola, Berenice. He podido venir.

—Mejor así.

—Lo sé —dijo Henry—. Hola... eh, Teddy, ¿verdad?

El chico asintió silencioso.

—Él puede venir con nosotros —dijo Berenice.

El hombre permaneció sin realizar ningún movimiento, mirándola expectante.

—Todo está bien, Henry.

—Si tú lo dices. —Desvió la mirada hacia el chico y dijo—: Vamos, Teddy, te llevaremos a casa.

—Puedo esperar el autobús. No pasa nada. —Pronto se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras. Quería estar con ella. Saber más de ella.

—No es molestia si Berenice lo dice. Vamos.

Subió en uno de los asientos traseros junto a Berenice. Seguidamente el automóvil dejó atrás el edificio de la escuela secundaria, con el mismo ronroneo agotado en el motor con que había llegado.

—Y bien, ¿cómo ha ido el día en clase hoy? —preguntó.

—Como cabría esperar —repuso ella—. Nada nuevo que aprender. Aunque es interesante relacionarse con los demás.

Teddy la miró perplejo. Su perfil era redondeado y con la delicadeza de una flor, pero ello no eliminaba su expresión seria. Era insólito tanta seguridad en una chica de su edad. Sin embargo, eso le gustaba. Rememoró el consejo de su tío Rusty.

Las mujeres tienen el poder de cambiar algunas cosas de nosotros... Y otras de arrojar nuestra vida a la basura.

Con cierta inquietud se preguntó qué estaba cambiando en él. O por otro lado, ¿su vida sería arrojada a la basura? Se miró la camiseta que lucía. Una simple camiseta amarilla. Esa vez no había ningún monstruo de la Hammer. En verdad era porque el resto de camisetas nadaban en la cesta de la colada. Luego se dijo que su vida ya era una basura.

Había pasado la mañana evaluándose en el espejo. Apartó resignado la mirada del reflejo. No quería ser duro consigo mismo, pero comprendía que los granos que proliferaban sobre su rostro eran capaces de ahuyentar a cualquiera. Sobre todo a las chicas. La tristeza que comenzaba a manifestarse en su interior pronto fue sacudida por una feroz rabia. Golpeó el espejo con la palma de la mano y la dejó pegada, pétrea, mientras el leve dolor del impacto recorría sus dedos.

Berenice giró la cabeza y le dirigió una mirada cálida. Sus ojos parecían destellar con un sentimiento de confraternidad. Hundiéndose en aquellos ojos negros, Teddy sintió un agradable desahogo. Era como estar deslizándose a gran velocidad por un túnel en un coche sin faros. Experimentó una leve inseguridad, que por otro lado hizo florecer nuevas emociones desconocidas hasta ahora. Y se sentía bien.

Ella le gustaba.

El coche se detuvo con brusquedad frente a la casa de Teddy.

—Fin del viaje, chicos —dijo Henry en tono animoso en el espejo retrovisor; pero no eludió una sombra en su mirada cuando la apartó.

Teddy se apeó del coche con desgana; si por él fuese alargaría el trayecto hasta el infinito. ¿Desearía lo mismo Berenice?

Ella miraba al frente con el ceño fruncido. Teddy percibió que la mirada cándida de antes, adoptaba un siniestro matiz felino. Parecía observar algo que la enojaba.

Su madre avanzaba por la acera cargada con bolsas de comida. Incluso portando un notable peso en las manos, las facciones de Frida Benson eran confiadas y firmes. Se deslizaba por la acera como una locomotora a toda marcha, pero con un destino bien definido. Se detuvo al reparar que su hijo

estaba junto al coche. Miró con determinación a Henry que emergía del interior.

—Buenas tardes —saludó Frida.

—Hola, mamá.

Frida asintió a su hijo en gesto de saludo.

—Hola. Soy Henry Hughes. Por lo que veo somos vecinos.

—Sí. Es un placer, señor Hughes —dijo Frida, permitiendo que asomara en su rostro una tenue sonrisa, pero que eliminó un segundo después.

—Lo mismo digo. —El hombre ofreció una sonrisa amable pese a que advirtió la tirantez de la mujer. Luego señaló al interior del automóvil y añadió—: Ella es Berenice.

Frida desvió su atención hacia los asientos traseros y, sorprendida, vio que la chica apartaba la mirada a otro lado, con clara insolencia. Henry miró a Frida con los ojos abiertos, sintiéndose perplejo ante la situación.

Teddy advirtió el repentino nerviosismo que comenzaba a emitir el hombre, quien evitó la penetrante mirada de Frida, contemplando la nueva casa recién adquirida. Teddy, que sabía cómo reaccionaba su madre en tales momentos, contuvo el aliento sumándose al nerviosismo de Henry.

—Podemos irnos, Henry —exigió Berenice—. No le caigo bien a esta mujer.

—Santo cielo, qué descarado de niña. Debería enseñarle mejores modales a su hija, señor Hughes —replicó Frida, con incredulidad.

Boquiabierto el hombre dijo:

—Siento este mal entendido. Ha estado enferma. Le pido disculpas en su nombre.

—Debería pedirles ella, señor Hughes. La cortesía es muy importante. Entremos en casa, hijo. —dijo Frida, y añadió—: Inmediatamente.

—Eh... Sí, voy.

—Comprendo, señora, su sorpresa por...

—No comprende nada, señor Hughes. La educación es primordial. Es lo que nos diferencia de los no civilizados.

—Ha estado enferma —repitió con voz quebrada mientras Frida avanzaba por el camino de acceso hacia la casa.

Teddy, por un momento, permaneció sin decisión delante de la puerta del Citroën. Berenice, todavía sentada dentro, clavó sus ojos en Teddy.

—Toma tu propia decisión, Teddy. Se llama madurar.

—¿Eh? Pero...

—Ya basta... Berenice. —Henry alzó la voz infundiéndole solidez, pero cuando pronunció el nombre de ella, descendió hasta apenas un hilillo imperceptible.

—¡Teddy, ven aquí ahora mismo! —ordenó la madre a pleno pulmón desde el porche de la casa.

Miró a su madre, aun en la distancia observaba las arrugas de su rostro abrirse paso en su cara por el enojo. A continuación miró en el interior del coche, apresado por una inesperada tensión. Berenice estaba sentada con la espalda bien apoyada en el respaldo, y con las manos enguantadas sobre el regazo, mirándole de nuevo con su expresión inocente.

—Creo que debería despedirme de ellos, mamá —dijo con tono vacilante.

—Sí. Hazlo, pero pasa siempre.

—No sé qué decir —añadió el chico.

Ella agrandó su sonrisa como la de un tiburón.

—Sólo di adiós, Teddy.

—Antes dijiste que aquellos chicos del todoterreno debían disculparse conmigo.

—Sí. Ellos se rieron de ti. Pero yo no me he reído de nadie.

Teddy caviló un instante y luego dijo:

—Bueno, supongo que nos veremos en clase.

—Claro, Teddy. —La voz de ella sonó melódica como una cancioncilla de cuna.

Henry se puso al volante y el coche recorrió unos pocos metros hasta la entrada del garaje que había adyacente a la vieja casa.

5

El motor del Citroën se silenció en el interior del garaje, cuya penumbra ocultó las viejas abolladuras que presentaba el automóvil en el costado derecho. Henry aún permanecía con las manos crispadas asiendo el volante desgastado. El silencio de Berenice le encendía los nervios. Trató de no poner atención en el dolor de la úlcera, que parecía hacer acto de presencia de nuevo.

Dirigió la mirada al retrovisor y vio reflejada la amigable sonrisa de Berenice. En ocasiones podía parecer realmente angelical con sus pómulos

redondeados con la delicadeza del mejor escultor. A veces había llegado a creer que dicha máscara de dulzura no era más que un engaño con el cual mostrarse al mundo. No obstante, siempre acababa por rechazar la idea cuando veía las maravillas que realizaba, el cómo admiraba la belleza de la vida y criticaba con dureza el mal de la sociedad. Reparó en cómo ella manoseaba la deslucida postal que rezaba *I Love Alabama*. La había visto en ocasiones con la postal y aunque le había preguntado qué tenía de especial, Berenice siempre contestaba con un profundo silencio.

—Sé que te gusta mantener cierta independencia y reserva, pero creo que merezco una explicación.

La dulce sonrisa de la chica se tensó en una incómoda mueca de alerta. Luego dijo:

—¿Qué necesitas saber, mi buen Henry?

—¿Eres amiga de ese muchacho?

—Él es amigo mío. Y necesita mi ayuda.

—¿Qué ayuda puedes ofrecerle tú? Quizá debas dejar esa tarea a sus padres

—Vive solo con su madre. Y no parece una buena maestra. Yo puedo enseñarle a convertirse en un chico de provecho. A ser valiente. Es débil.

—La debilidad es un añadido humano —indicó Henry, mostrando interés.

—Pero puede ser corregida con voluntad. Puedo apreciar a las personas. Sé que buscas a una hija en mí. Puedo decir que te respeto y aprecio. ¿Te parece bien?

—Sé que sabes ser buena cuando quieres. Pero el cariño es algo incondicional, nunca forzado.

—¿Desde cuándo necesito aprender algo? Sé todas las teorías del amor que haya que saber.

—El amor no es una teoría. Es la vida. Y eso no lo sabes.

—Pero puedo comprenderlo. Quiero comprenderlo. —La voz de Berenice se agravó.

—Recuerda cómo terminó la última vez.

—Aquello fue un desliz. No pasará de nuevo.

—Tu excesiva seguridad personal no es buena —le dijo Henry con mirada soñadora—. Para amar hay que ser inocente, imperfecto. El amor fluye sin estar calculado.

—¿Así es como os amáis tú y Elena? —inquirió.

—Eso es diferente. Este mundo a veces desgasta el amor, Berenice. Pero hubo un tiempo de amor entre nosotros.

—¿Es porque pierdes esa inocencia que dices?

—Es posible —murmuró, y añadió—: Entremos en casa.

El aparentemente frágil cuerpo de Berenice se deslizó desde los asientos traseros hasta la puerta y descendió mientras Henry la observaba de un modo conmovedor. Cualquiera persona que buscase el amor merecía una oportunidad, pensó.

Tal vez podría ser un comienzo a algo mejor; sin embargo, nunca podría evitar su naturaleza.

Capítulo 6

1

En un extremo de Silverston existía una zona residencial, donde los Cadillac y los vehículos de colección casi reflejaban sobre la pintura el escenario en que estaban estacionados. Lujosas casas se alzaban immaculadas al cielo con el característico desafío que únicamente podían permitirse los más adinerados. Los postes metálicos, cuya señal indicaba que los automóviles debían moderar la velocidad, se ubicaban en esquinas, donde los muchachos jugaban a la pelota, y algunas niñas paseaban en sus clásicas bicicletas color rosa.

En una de las casas, la familia Hudson ultimaba los preparativos para la esperada barbacoa que se celebraría en el jardín. Todos los miembros trataban de mostrarse animosos para que el momento no quedara atenuado por las malas noticias que circulaban por Silverston. Sin duda, dos cadáveres con manchas rosas por el cuerpo, así como el asesinato de una pobre anciana, podían aplacar los ánimos de cualquiera.

Graham, un hombre que se acercaba a los cuarenta, tenía plasmada en la cara su mejor sonrisa; los amigos invitados estaban a punto de hacer acto de presencia y él debía dar un empujón al asunto. Había aprovechado el buen día para lucir sus holgados pantalones blancos. La camisa sin abotonar dejaba al descubierto el torso atestado de vello corporal como una selva. Era de la opinión que un hombre debía mostrarse tal y como era a los demás. Había escuchado que algunos famosos optaban por la depilación corporal, y que ello estaba imponiéndose como una nueva moda. Pero él era de la opinión que lo único limpio que debía tener uno era su coche.

Entre esos pensamientos, todavía con la brillante sonrisa en el rostro, miró por encima del hombro hacia el garaje. Fuera, relucía al sol su flamante Mercedes recién lavado. Cuando los Finch, una familia que residía en otro barrio y no tenían una economía tan ostentosa, acudían a sus barbacoas, él y Joseph Finch terminaban la velada en el bar del salón, añadiendo unas copas al menú, sentados en los sillones de piel.

Mientras analizaba cada centímetro de la carrocería, pensó que el chico había hecho un buen trabajo. Era la primera vez que permitía a su hijo Joe acercarse al coche sin estar él presente con todos los sentidos puestos en los movimientos que realizaba. Cualquier error en el encerado y acabaría enojándose. Y si eso sucedía, la mañana perdería su actual apogeo.

Situó la barbacoa portátil en el centro del jardín, cuyo césped alcanzaba finalmente la altura correcta. Contratar al jovencito Teddy había sido otra de sus buenas decisiones en los últimos meses. Escupió una risotada cuando caviló sobre enviar a su esposa Rita —cuyos pechos caídos eran poco apetecibles, pero él lo aceptaba como algo dado por Dios— de nuevo con sus padres. Sin embargo, el día iba a ser bueno y decidió no tomar más decisiones por el momento.

Dispuso las sillas plegables en torno a la larga mesa. Al terminar se enjuagó el sudor de su amplia frente con el dorso de la mano. Su calvicie era algo que sólo le había preocupado en la juventud, cuando contaba veinticinco años y no era el momento oportuno de sufrir de pérdida de cabello. Negó con la cabeza al evocar el día que, plantado frente a la puerta de Vanessa, con su mejor traje y un ramo de flores en mano, ella abrió y lo vio colocándose su primera peluca para avergonzados. Fue el inicio de una velada desastrosa; estuvo más atento a su cabeza que al radiante vestido que llevaba puesto ella. Así aprendió la lección: uno es como es y nada puede cambiar esto. Al menos casi nada, pensó. Su mano se deslizó sobre la calva, se aplicó un masaje instantáneo en la parte superior sin el menor pudor a ser visto. Se aceptaba tal y como era.

El coche familiar de los Finch irrumpió en el pavimento asfaltado, atestando todo con el ruidoso claxon. El maldito sonido estalló en todas direcciones. Pero era un día para ello. Domingo. Del interior descendieron los dos hijos seguidos de la señora Finch, delgada y estirada con el parecido de un palo. Al menos siempre sabía qué ponerse para evitar que alguien tratase de buscar sus inexistentes pechos. La mujer sonrió a Graham y agitó la mano, enérgica.

Graham le devolvió el saludo mirando en derredor. Todo estaba en su sitio. Reparó en que su esposa aún no había aparecido. Sin embargo, ella advertiría la presencia de los Finch en cuanto los dos niños, llenitos, pensó Graham mostrándose cortés, abrieran la nevera con la mirada ávida por los deliciosos pasteles de Rita. En esta ocasión había racionado las porciones, porque la última vez, los únicos que degustaron el pastel fueron los chicos. Llenitos,

pensó con sarcasmo una vez más. No era de extrañar.

Era inevitable advertir que los muchachos habían heredado el parentesco del padre. Joseph Finch emergió del coche de un modo tosco, pesado. Aunque hacía tiempo que era dueño del Ford, su cuerpo parecía no haberse habituado a unos asientos tan hundidos, y siempre quedaba encallado.

Esbozó una sonrisa amigable que no iba dirigida a Graham. Tenía puesta su atención sobre los reflejos que arrancaba el sol en los cristales que revestían los costados de la enorme casa. A continuación se deleitó contemplando el balcón cercado por bajas columnas de mármol.

—Siempre te quedas mirando los mismos lugares de la casa —observó Graham.

—Lo sé —dijo Finch—. Pero me parece increíble que hayas amasado tanto dinero.

—Oh, yo procuro no darle tanta importancia. Disfrutemos del día.

—Mucha gente estaría dispuesta a mudarse a este barrio sin pensárselo —añadió.

Graham sacudió el aire con la mano en un gesto de restar notoriedad al asunto.

—Acércate y ayúdame a colocar estos buenos filetes en la parrilla.

Pronto aparecieron por la puerta los chicos seguidos de Joe. Se dirigieron a la parte posterior de la casa. Allí Graham había dispuesto una pequeña zona de recreo.

Mientras aquello sucedía, la señora Finch y Rita sacaron los platos y cubiertos. La mesa quedó preparada en pocos minutos.

Graham observó a su esposa mientras llenaba los vasos con un vino de la bodega. Lucía un corto vestido que dejaba al descubierto sus piernas varicosas. De alguna manera él se sentía orgulloso de esas piernas, eran las que Dios le había dado para caminar por la tierra y debía aceptarlas.

Cuando todos se hubieron sentado a la mesa agradecieron, como era costumbre en ellos, los alimentos. Guardaron silencio unos segundos. El hijo mayor de los Finch trataba de mantener a raya sus deseos por hacerse con unos de los filetes más gruesos del plato. La grasa de los bordes relucía de forma que resultaba un sabroso pecado. Desvió la mirada y se topó con la de su madre, cuyo rostro reflejaba indignación. El chico tragó saliva y bajó la vista a sus manos, que continuaban inquietas.

La comida transcurrió sin el menor inconveniente. El postre, una tarta de chocolate que emitía un aroma que hacía que cualquiera volviese a tener

apetito, fue depositado en el centro de la mesa como un trofeo anhelado. Las manos de los hijos de los Finch chocaron al apresurarse a tomar su porción antes de tiempo.

Las horas pasaron en buena compañía y risas. Comieron, bebieron y, cuando no parecía que nada pudiera entorpecer el día, se escuchó un grito. Todos desviaron su mirada al lugar del que provenía. Rita, que había reconocido la voz de Joe, abandonó la silla con una agilidad que dejó boquiabierto a Graham.

Los chicos habían estado jugando en la zona de recreo. Y justo de allí procedía el grito que Joe había lanzado al ver, con horror, un brazo que asomaba de la tierra removida bajo los columpios. Cuando los adultos llegaron, el mayor de los hijos de los Finch rodeaba en un abrazo a su hermano pequeño, que miraba con los ojos abiertos como platos los columpios rojos. Uno de los bancos de madera se mecía, somnoliento, empujado por la brisa. Joe permaneció petrificado por el miedo delante del columpio hasta que Rita lo encerró en sus brazos y lo alejó.

Graham y Joseph se miraron contrariados, pensando que las copas con que siempre culminaban aquellas veladas debían esperar.

El atardecer se abalanzó sobre Silverston con sus tonos anaranjados, saturando el rocoso horizonte.

2

Aunque las palabras «asesinato silencioso» continuaban bullendo en la mente de Ken Parker, el disparo golpeó con su estrépito en las paredes del callejón, donde todo se precipitaría en los años siguientes.

En la pesadilla, Parker permaneció quieto, sosteniendo el arma entre sus manos mientras del cañón emanaba el humo culpable. Dio varios pasos y atravesó el muro de niebla que impedía contemplar el otro lado. Con lentitud, y con intención de retrasar lo máximo posible la visión de lo que yacía en el suelo, avanzaba un paso tras otro. La silueta cobró forma a medida que se acercaba al extremo de la pared de niebla.

Entonces, para horror de Parker, reparó en que era muy pequeña para pertenecer al cuerpo de un adulto.

El chico, estalló su mente.

—¡NO! —exclamó envuelto por sudores.

Tardó varios segundos en fusionarse con la realidad y escuchar el sonido del teléfono, en el comedor.

—¿Quién será ahora? —masculló, incorporándose sobre el sillón.

Se desplazó sobre sus gastados mocasines hasta el mueble en que sonaba el teléfono.

—Al habla Parker.

—¿Quién si no? —dijo Forest al otro lado de la línea. Y aunque su voz trataba de enfatizar el asunto con buen humor, perdió el tono alegre de inmediato—. Tenemos otra víctima. Esta vez en el barrio residencial.

—Maldita sea, ¿es que ese tipo no descansa ni en domingo? Me visto y acudo enseguida.

—No es necesario —dijo Forest—. Te llamo desde la cabina que hay a escasos metros de tu casa.

—¿Eh?

La línea enmudeció. Parker colgó y avanzó hacia el baño. Tras asearse y ocultar el miedo que aún aprisionaba su cara, oyó el timbre de la puerta. En el umbral apareció Forest con su atuendo de jefe de policía y con una mueca de resignación.

—Es nuestro trabajo.

—Sí, pero la gente descansa en domingo.

—Nosotros no.

—Eso parece.

—Vamos. Tengo un excelente café esperando en el coche patrulla. Nos hará creer que no hay nada peor —indicó Forest con ironía.

Parker asintió.

—Me vendrá bien para despejarme. Me he vuelto a quedar dormido en mi sillón.

—Está cargado —le dijo Forest, abriendo la puerta—. Una bomba.

Parker frunció el entrecejo y subió al vehículo.

El crepúsculo avanzaba paulatinamente, devorando los tonos color fuego del atardecer. En la zona residencial, la luz de las farolas se derramaba en forma de círculos sobre la acera, mientras el coche patrulla avanzaba despacio hacia la casa número catorce.

Parker sintió las miradas de desaprobación de los vecinos, plantados junto a la verja de hierro que cercaba la propiedad. Lucían elegantes pantalones cortos y polos de golf. Sus ojos parecían preguntarse en qué demonios andaba

metida la policía de Silverston, que no había evitado que el azote de muerte llegase a ellos, como si fueran una especie privilegiada por tener más dinero que el resto.

Parker volvió la vista la frente. Graham y su familia permanecían con rostro expectante. Advirtió cómo las manos crispadas de Graham se abrían y cerraban, tratando de capturar el aire.

—¿Cree que es bueno que mi hijo haya encontrado ese maldito brazo, agente? —preguntó Graham a Parker mientras éste se apeaba del coche.

—Trate de mantener la calma.

—Por Dios, sólo tiene diez años. No es justo que ya haya visto la muerte tan de cerca. Y para colmo querrán pedirle declaración, ¿verdad?

Las luces de emergencia de la ambulancia atestaron la calle de connotaciones nocivas, y el resplandor rojizo e intermitente trepó sobre la fachada de las casas. A continuación dos tipos de blanco descendieron con rostros fugaces y se acercaron a los policías.

—Buenas noches —saludó Forest.

Parker ya caminaba por el extenso jardín, conducido por Rita, hacia la zona de recreo. Un columpio de hierro, con capas de pintura roja, se volvió de pronto amenazante.

—Quédese aquí, señora.

Se aproximó como lo hizo varios años antes, en Chicago, adentrándose en la niebla. Pese a que la noche estaba despejada, algo en la mente del policía saturó de neblina su visión. Se encontró dando un paso tras otro hacia algo que ya sabía lo que representaba. Las cervicales del cuello avisaron de su presencia con un dañino palpito.

Mierda.

Una mano hinchada se aferraba a la arena como si hubiese tratado de salir de bajo tierra. El brazo, sembrado de manchas rosadas, yacía enterrado hasta el codo junto con el resto del cuerpo.

Parker se detuvo. Tenía los brazos separados del cuerpo treinta centímetros y las piernas ligeramente flexionadas. En su cabeza tomaba forma el absurdo pensamiento de que el cuerpo emergería para atraparlo como una pesadilla lo hace durante la noche.

Se sobresaltó al sentir una mano en el hombro. Se volvió. Era Forest, que escrutaba el brazo en completo silencio. Parker pudo oír su respiración agitada.

—Reconozco esas manchas rosadas.

Forest lo miró con una expresión de interrogante.

—¿Qué quieres decir?

—Sí. Jamás lo olvidaré. Sabía que las había visto en algún lugar cuando estuvimos en la sala de autopsias, pero no recordaba dónde.

—¿Dónde las viste?

—Fue en Chicago. Yo era todavía muy joven y acababa de salir de la academia de policía.

3

El Morris's Dry se convirtió para James Biddle en el único lugar donde apagar sus penas. Se erguía en el claro, cobijado por centenares de pinos, al final de un sendero de tierra que se bifurcaba de Mother road. En invierno, durante la época de lluvia, el camino acceso solía quedar embarrado volviendo difícil la circulación.

James estacionó su coche y exhaló un profundo soplo mientras aún aferraba el volante. Había perdido a su único hijo y, tras escuchar todas las frases de condolencia habidas y por haber, decidió hacer una visita a John Morris, el gerente del bar; con uno de sus whiskys lograría llenar el vacío que anidaba ahora en su pecho. Su mujer había optado por los somníferos que guardaba en el armario del baño. En cambio, James se dijo que lo que necesitaba era un buen trago.

Se apeó del coche con las piernas temblorosas y los ojos enrojecidos por las lágrimas. Caminó rumbo a la puerta del bar. Siempre le resultaba grato zambullirse en la atmósfera que reinaba en el Morris's Dry. Sin embargo, ahora los murmullos y el humo danzante no regocijaron su espíritu. Únicamente un hueco en la barra lo animó de cierta forma. Se dejó caer sobre el taburete y apoyó los brazos en la barra, como si por fin hubiese llegado a su meta final.

El bar estaba atestado hasta los topes con los habituales clientes con que John Morris llegaba a fin de mes. Algunas miradas se volvieron para saludar a James, asintiendo con un solemne gesto. Otros alzaron sus jarras en un brindis.

Morris apareció tras la barra. Era un tipo fornido capaz de hacer callar a cualquiera con su dura mirada.

—¿Qué hay de nuevo?

—La muerte —dijo James. Alzó su vista hasta posarla en Morris, cuyos ojos estaban rodeados de complejas líneas faciales y enormes bolsas. James vestía pantalones negros y camisa a cuadros rojos y negros.

Morris abrió los ojos como si hubiese recibido un perdigón de saliva.

—¿Malas noticias, amigo?

—La peor de todas, Morris.

—Quizá una cerveza pueda hacerla más llevadera —anunció como de costumbre.

—No. Esta vez será whisky, y del bueno.

—Vaya, veo que es una noticia realmente mala. —Morris se volvió hacia las estanterías en que descansaban las botellas de licor. Todo un surtido de sabores para los exigentes paladares de Silverston. Con sus recios brazos saturados de vello, asió una botella de Johnnie Walker. Depositó un vaso sobre la barra y vertió el licor.

—Un viejo sabor a Escocia puede calmarte. Te lo aseguro.

James cogió el vaso y lo bebió de un trago.

—No lo creo. La pérdida de un hijo no es una noticia que se apague tan fácilmente.

—Por Dios, espero que sea una maldita broma.

—Llévalo —exigió James con el vaso en la mano.

Morris obedeció.

James Biddle meció el vaso. En la superficie del licor vio aparecer la imagen de un muchacho enterrado debajo de unos columpios.

—He perdido a mi hijo. Asesinato. —Bebió todo.

—Por Dios, James. —John Morris se apresuró a llenarlo de nuevo—. A esta invita la casa, amigo. —A continuación acercó un taburete alto y se sentó frente a James—. Y dime, ¿saben quién ha sido? ¿Hay algún culpable?

James miró a los ojos al barman y estiró una sonrisa desquiciada.

—Lo hay. Está ahora mismo suelto por Silverston —dijo con la vista fija en el hipnótico licor—. Mi esposa está acostada. Estoy seguro de que dormirá muchas horas. Es su forma de olvidar. ¿Sabes? Siempre pensé que cuando alguien pierde a un ser querido debía mostrarse firme, asumirlo de la mejor manera. Ahora me pregunto cómo se consigue eso. —Depositó el vaso vacío en la barra y miró a los ojos del barman—. No se puede, Morris. Siento como si me hubiesen arrancado una parte de mí.

—Lo siento de veras.

—Lo peor de todo es el modo en que lo encontraron. Enterrado bajo la arena de los columpios de una casa grande en la zona residencial. Ya sabes, donde viven los afortunados. No entiendo qué hacía mi hijo allí. No tenía amigos por aquella zona.

Morris desvió la mirada hacia el periódico que dormitaba a un lado de la estantería. En él había leído días antes que habían hallado el cuerpo del viejo Genderson en el jardín trasero de su casa. Y había escuchado en el bar, rumores sobre una anterior víctima. Se acercó hasta la estantería y alcanzó el periódico.

—Creo que algo está pasando en Silverston. Mira esto —le dijo a James, que había rehusado un cuarto vaso. Depositó el periódico en la barra con impotencia—. Al principio no creí que fuera posible, pero ahora estoy convencido de que está pasando algo. Tu hijo no es la única víctima—. Luego cogió un nuevo vaso y se echó su propio trago.

Los ojos inexpresivos de James Biddle se pasearon por la noticia con lentitud. A medida que avanzaba en la lectura, experimentaba una ardiente rabia.

—El viejo Genderson. Lo recuerdo. Lo he visto en algunas ocasiones en el bar.

—Sí. —Morris asintió, al tiempo que depositaba el vaso junto al resto de cubertería para lavar—. Sobre todo los primeros días, después de jubilarse. Recuerdo que siempre decía que no tenía prisa por hacerlo. Tenía la extraña idea de que no sabría lo que hacer con tanto tiempo libre. Una verdadera lástima.

—Ya veo.

La cara de James estaba encogida y con los pequeños ojos perdidos en su dolor.

—No creo que haya nada que pueda decir que no te hayan dicho ya, pero por si sirve de algo, mi más sentido pésame —se expresó Morris—. Y espero que cojan a ese bastardo mal nacido.

James, cabizbajo, alzó la vista y encogió los hombros.

—Gracias. Se aguantará lo mejor que se pueda. —Mientras adoptaba una posición más recta, pidió un nuevo trago y se volvió para mirar al resto del bar.

Una de las dos camareras que trabajaban para Morris, se arrimó a la barra para llenar la bandeja. Con un equilibrio adquirido en años de experiencia, depositó cuatro jarras sobre una mesa rodeada de hombres cuyo vientre

impedía que apenas pudieran acercarse a la mesa. Uno de ellos lanzó un comentario a la joven, y el resto escupió una carcajada.

James pensó que su hijo no crecería para poder decirles nada a las mujeres, ni siquiera podría conocer qué era amar a una. Después del pensamiento bebió el Johnnie Walker. Las camareras estuvieron a punto de chocar, pero evitaron el golpe con un ágil movimiento hacia un lado, entre risas.

En el rincón más alejado del bar, el humo de los cigarrillos envolvía las mesas ocupadas por clientes habituales. Tras el difuso velo ceniciento se oían carcajadas de los más afectados por el alcohol. James reparó en que pronto él estaría también bajo los efectos de éste, sin embargo, lo último que brotaría de su boca serían risas. Su rostro se mostraba con los labios apretados por una resignación impuesta. Cerró los ojos y las lágrimas florecieron. Por lo visto se había equivocado; aquel bar lleno de risas y alegrías no era lugar para quien había perdido a un hijo.

Se volvió hacia la barra. Morris estaba en el otro extremo, atendiendo a un nuevo cliente vestido con ropa de granjero, que traía en su rostro el cansancio acumulado durante un día de trabajo en el campo. James advirtió, no obstante, que las risas del hombre dirigidas al barman, delataban que todo iba bien en su vida.

James Biddle depositó el dinero en la barra y, con un gesto de asentimiento, se alejó hacia la puerta del bar. Pronto fue embestido por el frío de la noche. El firmamento se encontraba salpicado de relucientes estrellas que titilaban en la oscuridad, incansables.

Con paso torpe puso rumbo al coche. Había encontrado el modo en que podría soportar mejor el tormento de la pérdida: llamaría a la comisaría para presionar a que encontraran a ese asesino. Quizá la venganza fuese una buena manera de mitigar el dolor, se dijo. Viendo a ese tipo entre rejas, su hijo recibiría la justicia que merecía.

Al llegar a casa, vio a su esposa Margaret tendida sobre la cama, con la colcha hasta la cintura y los senos aplastados en una postura imposible. Su respiración era pesada y entrecortada. James sabía que sólo estaba durmiendo y que despertaría en cuanto los efectos del somnífero desapareciesen. No obstante, verla luego arrastrar los pies con su acostumbrado letargo, no sería una buena forma de pasar la borrachera.

Caminó despacio por el salón. Luego se echó en el sofá sin reparar en el olor que danzaba por el pasillo, procedente de la cocina. Tras su repentina ensoñación, los contornos de los muebles se recortaban con la luz que la luna

llena proyectaba sobre ellos. El salón se asemejaba a un festín fantasmal, con el variado de tonos azul pálido y el blanco brillante.

Antes de cerrar los ojos, escuchó los ronquidos de su mujer al final del pasillo, donde se encontraba el dormitorio. Entonces creyó que ella había optado por una solución mucho más eficaz.

En su mente vio las manos de un niño jugando con la arena de la playa de Arcadia, en New Hampshire. Aquello sucedió cuatro años antes, cuando el muchacho contaba seis años. Había decidido enseñarle la costa del Atlántico, tan deseoso siempre de verla. Sin embargo, las manos se tornaron de un color plomizo mientras la arena se deslizaba por entre los dedos. A lo lejos se escuchó un disparo, y fue aquello lo que produjo un sobresalto en James, quien estuvo a punto de desparramarse del sillón. El estampido ensordecedor aún continuaba en sus oídos cuando el sueño se disipó.

Luego, la imagen de la polvorienta escopeta que dormitaba en el armario del garaje, se deslizó en la cabeza de James. Únicamente había salido en un par de ocasiones para cazar con los muchachos, en los bosques de Maine. Pese a que era sureño y acabó cazando una buena pieza de ciervo, se mostraba contrario al uso de las armas; fue el padre de su mujer quien le obligó a tener un guardián en casa para los problemas. De hecho fue una condición no negociable si quería casarse con su hija.

Se puso en pie con el vigor de un resorte mecánico y emergió a la noche de Silverston. Desde el porche echó una ojeada a la casa de la familia Mancini, en cuyo jardín se oían risas de muchachas. Aspiró el melancólico aire y se encaminó al garaje.

Delante del armario, contuvo la respiración.

—Sólo por si las moscas —aseguró James, con el pulso acelerado. Las sienes le palpitaban como dos pistones a toda velocidad.

Abrió el armario. La escopeta del calibre cuarenta se encontraba alojada por la culata en la mueca de madera, y el cañón atrapado por dos salientes de metal. Silenciosa, inmóvil, no obstante, parecía estar susurrándole algo al oído. Algo que no era el momento de llevar a cabo. Al menos por ahora; dejaría a la policía desempeñar su trabajo.

La impotencia que le producía que su hijo ya no pudiera volver a disfrutar con la arena de la playa en sus manos, le impulsaba a aferrar escopeta y...

Abrió el cajón del armario donde estaban los cartuchos. Cogió un par y los enterró en el puño con tanta fuerza que los nudillos palidieron.

—Hijo mío, me hubiera gustado tanto ver cómo te haces mayor —dijo,

acosado por un repentino gimoteo.

Golpeó la pared a un lado del armario. Los dos cartuchos cayeron al suelo y rodaron hasta chocar con la rueda del automóvil. Cuando el silencio de los cartuchos se diluyó en el aire, James sintió que dicho silencio le arañaba el alma. Tuvo la sensación de oír voces susurrantes en el lejano aire que confabulaban en su contra. Reconoció una de las voces como la del padre de Margaret, su mujer.

Has dejado morir a mi nieto. No eres un hombre.

Aunque cogieras esa arma y te volaras la cabeza, no serías merecedor de volver a ver a mi nieto en el otro lado.

Irás al infierno de los cobardes.

Una de las voces agravó su dolor.

¿Acaso ya no te acuerdas qué le prometiste a nuestro hijo?

Se vio a sí mismo en el hospital de Silverston junto a su mujer, que yacía sobre la cama con una sonrisa de inmensa satisfacción, pese al esfuerzo realizado en el parto. James sostenía a su hijo mirándolo a los ojillos entornados mientras lo mecía con la amorosa inseguridad del padre novicio.

—El pequeño Ronal Biddle —murmuró sin poder eludir la sonrisa que asomaba en su cara—. Creo que hemos escogido bien el nombre, cariño.

Su mujer asintió.

—Te prometo que te protegeré con mi vida. —James arrimó al bebé más a su pecho, hasta sentir su delicada fragilidad.

Ahora, James, rodeado de la oscuridad del garaje, apretó los párpados y se derrumbó.

—Te he fallado, hijo mío.

Minutos después, tomando un vaso de agua en la cocina, pensó en llamar a Norman.

4

El salón empezaba a verse como un lugar en el que poder disfrutar de una buena comida familiar. En los días anteriores, habían estado acondicionando la casa para ocultar algo de su vieja esencia. Sin embargo, el pesado silencio que se fortificaba entre Henry y Elena Hughes, era capaz de volver doloroso el mejor de los manjares. Al *tic tac* del antiguo reloj, que su mujer insistía en

llevar cada vez que se mudaban a una casa diferente, se unía a los leves golpes que producía el filo del cuchillo al cortar el bistec de carne.

Henry observaba comer a Elena con los labios apretados, deseando encontrar el momento oportuno para contarle la conversación que había mantenido con Berenice. Él ya había terminado de cenar, pero Elena tenía la costumbre de prolongar siempre la comida. Después de tantos años de matrimonio, Henry sabía que era una forma de mantener a raya su tensión; el otro modo era fumar un cigarrillo tras otro. Horas antes había pensado que el momento sería durante la cena, aunque viendo el silencio en que se hallaba su mujer, esperaría.

Lanzó un suspiro de desesperación.

—Cálmate, ¿quieres? —le dijo Elena, sin apartar la atención del plato.

—No puedo —repuso—. No quiero. Estamos ante un cambio importante.

Por fin Elena apartó la vista del bistec y le dirigió una larga mirada.

—¿Qué cambio importante? ¿Puedo saber de qué hablas?

Henry trató de hallar la firmeza de voz necesaria para explicarle el asunto concienzudamente.

—He hablado con Berenice.

—¿Y qué?

—Tiene un amigo.

Los ojos de la mujer se abrieron igual que dos ventanas alumbradas.

—¿Otra vez? No estoy dispuesta a pasar por aquello de nuevo. Dile que lo deje. Estoy cansada.

—Está buscando el amor.

—¿Buscando el amor? ¿Qué mierda es ésa? —inquirió con ironía.

—Es cierto. Ha ayudado al chico por tener problemas con unos muchachos algo mayores.

—Esa cosa sólo se ayuda a sí misma. Parece mentira que todavía no te haya entrado eso en tu cabezota, maldita sea.

—¡No es una cosa! —exclamó, poniéndose en pie y con las manos en la mesa—. Es nuestra hija.

—Oh. ¿Eso es lo que te dice ahora? Qué enternecedor.

Henry la miró enojado.

—Es importante.

—Claro. Y dime, Henry, ¿ese amigo suyo es el vecino?

—Sí —respondió, cada vez más tenso—. No te entiendo. Esto puede significar algo. Podemos volver a ser una familia.

Elena guardó silencio y bajó la mirada, meditativa.

—¿Cuántos años van ya desde que estamos con esto?

—Calculo unos veinte años.

—¿Has visto alguna vez algún cambio en ella, Henry?

—No son muy notables los cambios, pero...

—Oh. No son muy notables —repuso—. No cambiará nunca. Es como es y la he aceptado. Pero, por Dios, no me vengas con que está buscando el amor. Yo en tu lugar perdería la esperanza. Me preguntaste una vez que cómo aguanto la tensión. —Elena le miró a los ojos—. Pues es muy sencillo, Henry.... Me dejo llevar. Ya he aceptado las cosas como son.

—Sabe ser cariñosa. No arrojé la toalla porque tú lo hayas hecho.

Mientras Henry se alejaba de la mesa escuchó murmurar a Elena.

—Sí, cuando algo le interesa.

El hombre cerró los ojos con fuerza y apretó los puños. Dejó pasar el hiriente comentario de su mujer y contempló las escaleras. Buscó un punto de luz en que posar su mirada, una suave ráfaga de luz que no sólo iluminase la escalera, sino toda su vida. Volver a ser una familia, pensó. Aquellas palabras sonaban reconfortantes, sin duda aliviarían su carga.

Su pie pisó el primer escalón, dubitativo, luego comenzó a ascender la escalera al tiempo que su mente le zambullía en el pasado.

Los primeros años de matrimonio fueron como cualquier pareja de recién casados podía desear. Noches cargadas de caricias bajo las sábanas y desayunos copiosos. Por un tiempo, la diferencia de caracteres era lo que más los unía. Elena sabía aportar la firmeza en las decisiones que así lo requerían, mientras que Henry era tolerante y permisivo con algunos de los caprichos de ella.

Algo que les resultaba realmente grato era conocer nuevas regiones del país. Disfrutaron de largas noches en los hoteles más pintorescos de Colorado, rodeados de montañas. Cuando el frío era insoportable, ponían rumbo al sur, Nevada o Texas. El lugar que habían visitado con mayor frecuencia era las costas de California. En los meses de invierno acudían a los bosques de Maine y alquilaban una pequeña cabaña donde resguardarse del frío, junto al fuego de la chimenea. Algunas noches disfrutaban de la cercana compañía de arces.

Henry Hughes mantuvo en funcionamiento su carpintería. Con ella

obtuvieron los ingresos para sus frecuentes viajes. En ellos Elena parecía estar más tranquila. Principalmente en las zonas cálidas, donde permanecían más tiempo. En las ocasiones en que el dinero procedente de la carpintería escaseaba, Elena estaba dispuesta a hacer uso de su cuenta bancaria, repleta gracias a dos herencias familiares. Sus tíos, le habían dejado toda su fortuna, puesto que no tenían herederos cercanos.

Henry siempre puso especial atención a ese punto; una familia parecía incompleta sin un hijo. Elena fue reacia a quedarse embarazada, y por casualidad o por pura fatalidad, no podía tenerlos. Un problema en su útero haría que cualquier feto naciera con malformaciones. La noticia —entregada por el mismo doctor Timothy Jarrel, quien había localizado la úlcera de Henry y prohibido su afición por la cerveza Bull Goods— fue recibida como el peso de una losa de granito. Henry pensó que la familia quedaría incompleta para siempre. Eso lo sumió en una depresión que entumeció el matrimonio.

Al contrario de lo esperado (Henry nunca la menospreció por no poder tener hijos), fue Elena quien reprochó su débil actitud frente al problema. Ella le sugirió en repetidas ocasiones adoptar una niña si ése era su deseo. Apresado por la depresión, él rechazó la oferta de ser padre a medias, opinión que tenía por aquel entonces acerca de la adopción.

En cualquier caso, la vida suele empujarnos a aprender las lecciones necesarias. Aquello fue lo que le sucedió a Henry cuando tiempo después llegó Berenice, como surgida de la nada y siempre rodeada por el misterio de su verdadero pasado.

La depresión de Henry se adentró en una fase que a Elena le resultó «empalagosa» —dicho en sus propias palabras—. Así pues, le sugirió un viaje como los que habían realizado años antes. Henry se vio obligado a aceptar, aun a regañadientes; en la mirada de Elena advirtió que si no aceptaba la oferta se lo tomaría como un rechazo personal, siendo ella entonces quien lo abandonaba a su suerte.

Así fue como pusieron rumbo a la frontera de México, hasta un pequeño pueblo que ostentaba orgulloso el nombre de San Antonio. Una avería les obligó a estacionar el Firebird negro frente al motel que les habían aconsejado como el más fiable. El viejo que encontraron sentado en una silla de mimbre y cuyas manos sostenían un pipa mientras lanzaba bocanadas de humo, les indicó que el resto de moteles eran continuamente asaltados por forajidos.

Henry y Elena entraron en el motel, y repararon enseguida en por qué los asaltantes preferían omitirlo. Un hombre con una camiseta sudada, se afeitaba tras el desvencijado mostrador, sosteniendo un espejo en la mano izquierda; a su alrededor zumbaban varias moscas sin saber dónde posarse.

El hombre distanció la hoja del cuchillo de su piel afeitada y dijo, con un acento mexicano:

—El viejo Juan Cortés os manda, ¿me equivoco? Qué bueno veros. Siento que mi negocio no sea todo lo que merecen unas personas distinguidas como ustedes.

La lámpara que pendía del techo por un fino cable, dando sensación de inestabilidad, arrojaba una mortecina luz que apenas iluminaba la estancia. Un gastado sofá marrón quedaba junto a la pared, detrás de los recién llegados. Cuadros de escaso valor adornaban la pared, aunque Henry tuvo la impresión de que eran usados para ocultar imperfecciones en la pintura. Pero difícilmente podrían disimular el resto de visibles imperfecciones. A un lado, una escalera de madera ascendía al piso superior, donde les aguardaba el descanso. La madera se quejó en el piso de arriba a causa de pisadas.

—Sí, eso mismo —dijo Elena.

—Qué bueno, mis nuevos amigos. Todas las habitaciones están libres para ustedes. Son cincuenta pesos por noche. El desayuno se sirve a las siete y media de la mañana. Para los que trabajan, ya saben a lo que me refiero. Pero parece que en este pueblo ya nadie trabaja. Pero mi mujer sigue poniendo el desayuno a esa hora, ya saben.

—De acuerdo. Queremos una habitación con cama de matrimonio —indicó Elena.

—Perfecto. —El tipo cogió la llave con el número cuatro pintado en el metal.

—Ésa no está libre —dijo una mujer enorme que apareció de pronto sepultada por el denso aroma que emergía de la puerta.

—Carajo, ¿todavía está esa mocosa por aquí? —farfulló el hombre.

—¿Quién crees que aleja a los indeseables forajidos? —inquirió la mujer, desapareciendo tras la marea de vapor—. Dales otra habitación. Lo más lejos posible de ella.

El hombre se volvió con una mueca de resignación. En la mano sostenía una llave casi oxidada con el número once.

—Perdónenme, mis nuevos amigos. Pero esta habitación es mucho mejor para ustedes, ya saben.

—No se preocupe —dijo Elena.

—Quizá se topen con... mi sobrina, nos echa una mano con el negocio. Es buena trabajadora. Duerme en una de las habitaciones.

El silencio apestó de pronto la estancia.

Henry alargó la mano para coger la llave, pero Elena se le adelantó arrebatándosela al hombre de un tirón.

—Vamos. Quiero descansar.

Al darse la vuelta, el hombre los detuvo.

—Se paga por adelantado. Cincuenta pesos la noche.

—Sí, lo recuerdo —dijo Elena. Con un gesto señaló a Henry que pagara sólo una noche.

El motel se encontraba a las afueras del pueblo, rodeado de desperdicios que emitían un hedor insoportable. Un cartel que pendía únicamente de un grueso clavo, se mecía produciendo un chirriante sonido durante la noche, cuando el viento cobraba fuerza. Aun así, se vieron forzados a detenerse, ya que una rueda explotó por culpa del desgastado neumático. A día de hoy, Henry aún se preguntaba por qué optaron por ir a México de vacaciones. Aunque en sus más hondas pesadillas creía saber la respuesta.

A medida que pasaban las horas en el motel y Henry y Elena comenzaban a oler como el resto de habitantes, la partida se hacía cada vez más apremiante. El insomnio de la primera noche contribuyó a que Henry estuviera de pie ante la ventana, contemplando la luna. Una pequeña figura se deslizó con sigilo junto a los muros de las viviendas de alrededor. Pensó que sería algún mendigo buscando algo con que aliviar el hambre. Pero después de escuchar murmullos en recepción, sonaron unos pasos furtivos por el pasillo. Entonces, su ágil mente le ofreció una nueva y confortable explicación; el motel cobijaba ahora a otros viajeros como ellos. Un grito le impulsó a rechazar el último razonamiento.

Desconcertado, abrió la puerta y se asomó al pasillo.

Una niña de aspecto enfermizo se detuvo bajo uno de los focos del techo. Un mísero vestido blanco moteado de manchas color púrpura, hizo esbozar a Henry una mueca dolorosa; era evidente que la niña no recibía la atención debida. La niña miró por encima del hombro. Henry advirtió que su cara era pálida tras los restos de mugre acumulada. El cabello enredado parecía no haber sido aseado en mucho tiempo. Pese a todo, los labios de la niña se estiraron en una sonrisa curiosa, ávida. En la mano sostenía con determinación lo que parecía ser una simple postal.

Aquella noche ella no dijo nada. Henry no pudo saber quién era. Con todo, recibió una hija. Una hija desconocida para todos y olvidada por todos.

El viaje de Henry y Elena prosiguió hasta México D.F. Allí se alojaron en un hotel con mejores comodidades. Frente a la ostentosa puerta había un botones que esperaba con sus maletas. Elena profirió un alarido que a día de hoy todavía suena en la mente de Henry, cuando vio lo que había en el maletero del automóvil, observándola.

La niña del motel se había introducido dentro del maletero, silenciosa, esperando ser encontrada por la buena voluntad de Henry. Explicó quién era sentada a la mesa del restaurante que disponía el hotel. Lucía un nuevo vestido rojo que Elena accedió a comprarle. Pero pronto descubrieron que el color favorito de la niña era el negro.

Reveló que el tipo del motel de San Antonio no era su tío, ni tenía lazos familiares con nadie cercano. Era huérfana. Una huérfana con una sonrisa celestial que endulzó el corazón de Henry de tal modo que en el presente aún lograba aliviar el peso de su conciencia.

El resto de la contradictoria personalidad de la niña la comprendieron a medida que transcurrieron los días, pero sería más acertado decir durante las noches.

Pero la parte inconfesable de la historia permanecía escrita con tormentosas letras en el diario que Henry ocultaba con afanado esmero de los ojos del mundo.

Ahora, Henry permanecía en el vestíbulo de la segunda planta. El pasillo se prolongaba a ambos lados hasta las puertas de las habitaciones; enfrente estaba el baño. El tramo de la izquierda conducía a la puerta cerrada del cuarto que usaba Berenice. No obstante, Henry no permitiría que durmiera allí por mucho tiempo.

Avanzó despacio, con sumo cuidado de no producir ruido. Lo que menos deseaba era molestarla en caso de que estuviera ya durmiendo. Berenice había tomado por costumbre tumbarse sobre la cama antes de que anocheciera.

Aferró el tirador metálico de la puerta. El frío atravesó su piel como la nieve en la mano. La llamó, pero al no recibir respuesta, abrió.

El cuarto llenó la vista de Henry con las viejas paredes poseídas por la humedad y con la pintura hinchándose como burbujas de agua. Se sintió

culpable al mirar aquel cuarto con una estéril cama de hierro en el rincón. La poca ropa que usaba Berenice estaba sobre una tabla de madera asentada sobre dos bloques de cemento. Henry recibió el helor que atravesaba la ventana.

Berenice no estaba.

Capítulo 7

1

Los periódicos de la mañana de lunes resaltaban en primera plana las cinco víctimas que se había cobrado el asesino de Silverston. Pero los abrumadores hechos atravesaron el umbral de la edad y también estaban en boca de los más jóvenes. La escuela secundaria disponía de su propio boletín gratuito que aparecía semanalmente con puntualidad. La encargada de dicho acontecimiento era Sophie Evans, una estudiante con nervios de acero, capaz de dirigir el grupo de alumnos encargado de que el boletín estuviera listo cada lunes a las nueve de la mañana. Era distribuido a la hora del almuerzo. Sin embargo, en aquella ocasión sufría una hora de retraso, lo que la obligaba a sumarse al trabajo.

Esto no es un problema, se repetía en dichas ocasiones. El cuidar de su madre, postrada en una silla de ruedas, desde los once años de edad, le había concedido determinación y paciencia suficientes como para solventar cualquier situación.

Eso era lo que bullía dentro de su cabeza aquella mañana. Avanzaba con paso firme por el pasillo de la escuela, rumbo a la oficina que el comité de profesores les había cedido para la creación y publicación del boletín. Le gustaba vestir con falda y chaqueta azul cielo. Su rostro estaba adornado con gafas de montura de plástico, el cabello rubio recogido en una cola de caballo que se agitaba al compás de su ímpetu.

Pasó por alto las peculiaridades del comienzo de una nueva semana: los tantos femeninos que los chicos habían logrado el sábado noche; o los nuevos y apretados modelitos que lucieron el fin de semana las chicas más populares; los matones de turno que se apropiaban del dinero de los demás. De hecho, el que Jason Cross no hubiese aparecido desde el pasado miércoles, no fue motivo de tregua en las pandillas.

La cabeza de Sophie era asaltada por asuntos de mayor urgencia. Hasta ahora el boletín siempre había tratado temas de la escuela: cotilleo entre los profesores o qué apodo se ajustaba mejor a cada uno de ellos. Torneos de

ajedrez, los horarios de los partidos del equipo de béisbol. Incluso abrieron una sección para los alumnos más populares. Por supuesto ese puesto siempre era para Cindy Mancini; la noticia que enmarcaba la primera plana de esa semana, era la fiesta que tenía pensado dar en su casa, una vez que sus padres se marcharan a la casa del lago. Sin embargo, todo iba a ser sustituido por la terrible noticia que había irrumpido en Silverston, los cinco cadáveres. De ahí el retraso.

Dentro de Sophie, una vocecilla avisaba insistentemente de que el asunto debía haber sido atendido días antes, pero nunca había tratado una noticia exterior y no estaba segura de tener el permiso de los profesores. Eran muy cuidadosos con lo que se publicaba, sobre todo la profesora Abie, fiel asistente a la iglesia baptista. En cualquier caso, el quinto cuerpo añadió un matiz alarmante a lo relacionado con el caso. ¡Además, iba a ser periodista profesional! Era un buen momento para demostrarles a todos que sabía usar su fuerte personalidad para la tarea.

Se detuvo frente a la puerta de la oficina del periódico. Detrás pudo escuchar la acalorada discusión que mantenía el resto del equipo. Eso era bueno. Era el momento de ponerse las pilas y para eso estaba ella. La fiesta de Cindy Mancini podría ocupar un lugar menos importante, principalmente porque no la había invitado. Y si requerían de las seis páginas del boletín esa semana, que esperase a la próxima. El mundo no giraba alrededor de ella, pensó, esbozando una sonrisa. Aunque sabía que eso no era del todo cierto.

—¡Silencio!

El equipo —formado por Josh, Doug y Laura— se volvió de pronto hacia la puerta.

—Hola, Sophie —saludó Laura.

—Veo que sigues dejando que te elija la ropa tu madre. Bien, pero eso no es la noticia del día. Chicos, hoy os quiero a tope. Tenemos algo gordo en la ciudad.

—Nos han revocado el permiso para publicar la noticia de los asesinatos —interrumpió Josh, soplando sobre su largo flequillo rubio. Sus ojos azules miraron a Sophie con resignación.

—Bienvenidos al verdadero periodismo, chicos —rugió—. Y no vuelvas a interrumpirme, tenemos un retraso de una hora y no es por mi culpa.

Doug no pudo evitar sonreír, malicioso.

—Y tú... será mejor que sigas el ritmo del equipo. No quiero niños. Tenemos algo grande entre manos. Quiero estar rodeada de personal

competente. Aunque por lo que veo tendré que redactar yo misma el artículo. Mirad y aprended.

Se sentó frente al ordenador y sus dedos, casi de manera instintiva, comenzaron a desplazarse por el teclado. Todos se miraron sorprendidos.

Boletín Especial de la Escuela Secundaria de Silverston.

¡Estudiantes de Silverston!

Este no es un boletín más, que cuente la realidad diaria de este centro de estudios, en el que se supone que se está forjando nuestro futuro. Así que puedes estar tranquila Thamara, no nos meteremos con tus trenzas, ni tampoco lo haremos con la ortodoncia de Cathy, ni con ninguno de los que han venido al mundo con alguna desventaja. Esta vez es una verdadera noticia, una noticia de la calle. Como ya sucedió con los gatos del señor Peterson.

En primer lugar quiero que todos sepáis que estamos publicando esto sin el permiso de los profesores. Ellos han decidido que no es necesario entrometernos en el trabajo de la policía. Pero creo que es nuestro derecho como jóvenes que algún día ocuparemos el lugar de los actuales adultos, hacer uso de nuestra libertad de expresión. Y con la fuerza de la libertad que siempre ha infundido este país, os digo que hay un asesino que ya ha acabado con la vida de cinco personas. Es el momento de preguntarnos por qué la policía aún no ha detenido al culpable. Y cuatro de ellos estaban afectados por extrañas manchas rosas en la piel.

¿Sorprendidos? Pues os sugiero que echéis un vistazo a vuestro alrededor. De hecho, no dudo de que los alumnos de primero y los del Club de Ajedrez estén de enhorabuena. ¿No habéis echado en falta al pandillero número uno? ¡Exacto! Jason Cross no asiste a clases desde la pasada semana. Y sospecho de que tiene esa enfermedad.

Y para concluir también os hago saber que ahora necesitamos vuestro apoyo. Necesitamos las firmas de estudiantes valientes. Así los profesores se verán coaccionados a no desalojarnos de las oficinas, donde trabajamos para que el boletín os llegue cada semana. Porque sabemos que esto es lo que intentarán cuando vean publicado este boletín especial. Sabemos que estaréis con nosotros llegado ese momento. Sobre todo, yo, Sophie Evans, jefa de redacción de este

especial, sé que podré contar con vuestro apoyo. Sé que siempre estáis dispuestos a desobedecer a los padres y a cualquier adulto cuando os imponen sus horarios los sábados, habiendo olvidado ya lo que es ser un adolescente.

¡Pues es el momento de desobedecer, es el momento de revelarse!

No somos idiotas, sabemos que esto tendrá consecuencias. Pero esto es el verdadero periodismo. Donde está la noticia, la verdad. Nuestra verdad.

Los dedos de Sophie Evans se detuvieron, pero su corazón trotaba en su pecho. Ahora su padre, podría estar orgulloso allí donde estuviese. Antes de morir en un accidente de tráfico, siempre le había dicho que no tenía cualidades para el periodismo, que era poco enérgica. Bien, ahí tenéis algo de mi furia. A ver qué os parece, pensó, con una sonrisa de satisfacción.

2

Una semana antes de haber sido redactado el boletín informativo de la escuela secundaria, Sophie Evans escrutaba la calle desde la ventana de su cuarto. La tarde se vestía con los peculiares tonos anaranjados y las calles languidecían ante el paso del tiempo.

Había terminado una hora antes de atender las peticiones de su madre. La única superviviente del accidente de tráfico cuando regresaban de Atlanta. Allí tenía unos parientes lejanos. Su padre murió en el hospital a causa de un golpe en la cabeza; su madre recibió el impacto en la parte baja de la espalda. Aunque salió del centro de rehabilitación varios meses después, lo hizo postrada en una silla de ruedas para el resto de su vida.

Fue una dura experiencia para Sophie. Con once años aprendió a sobreponerse de la mejor manera que pudo a la muerte de su padre y a la parálisis de cintura para abajo de su madre. Por fortuna ella no estaba en el automóvil con sus padres. Su tía se había hecho cargo de Sophie mientras ellos realizaban el viaje. Sophie aceptó de buena gana las nuevas responsabilidades que se le venían encima. Con todo, su madre era fuerte y nunca permitió que se compadecieran de ella. Siempre fue una mujer a la que

le gustaba realizar sus tareas. Sophie empezó a ayudarla en las tareas domésticas como limpiar y ordenar las habitaciones. Con el tiempo se acostumbró a dichos cambios y nunca se quejó por nada. De hecho fortaleció su carácter y le aportó disciplina.

Ahora, frente a la ventana, cavilaba sobre las luces encendidas en el cuarto de Jason Cross, a quien había visto crecer como vecino desde que eran pequeños. Hubo un tiempo en que Jason fue amigo de ella y paseaban juntos en bicicleta. Sin embargo, aquello duró poco. A temprana edad, él comenzó a mostrar su particular forma de actuar. Una tarde calurosa de primavera, Sophie y otras chicas iban en sus bicicletas a la edad de trece años. Permitieron que Jason les acompañara, pero por aquel entonces ya intentaban distanciarse de él. Pedalearon a toda velocidad, rumbo a la casa abandonada que se erguía junto al camino asfaltado, flanqueado por un campo de margaritas. Tras llegar y recuperar el aliento, a Jason le dio por pisotear un grupo de margaritas que sobresalía del resto. Las chicas trataron de restar importancia al asunto, sólo era un niño pisoteando flores. Lo atribuyeron al mal genio que por esa época ya manifestaba. Pero Sophie sabía que el hecho de que un niño aplastara unas flores no era el inicio de algo bueno. ¿Qué tipo de niño desearía pisar unas flores?

El tiempo le dio la razón. Poco después comenzó a ir con chicos como él, y se dedicaron a robar el dinero y el almuerzo de los demás chicos de la escuela. Sophie se preguntaba muy a menudo cuándo daría el siguiente paso. Tal vez la caja registradora de alguna tienda, o una pelea con navajas. En una ocasión él y su pandilla tuvieron un encontronazo con Forest, el jefe de policía.

Por todo aquello, ella sabía que algo sucedía con Jason. Llevaba sin acudir a clase varios días. Y como una buena aspirante a periodista y encargada por el momento del boletín informativo, se dijo que era un cotilleo digno de ser añadido a sus páginas. Su cabeza pronto comenzó a producir titulares: «El jefe de los pandilleros es abatido en una pelea». «Una de las pandillas más peligrosas de la escuela de Silverston se queda sin su jefe».

Sophie aún no sabía que lo que estaba a punto de averiguar formaba parte de algo mucho más retorcido.

A la mañana siguiente, escuchó los malhumorados gritos de Jason en la puerta de su casa. Luego un portazo. Pese a todo, en la severidad de su voz

percibió agotamiento.

El instinto de Sophie le avisó entonces de que su noticia empezaba en ese momento. ¡Ahora o nunca! Pero era miércoles y no podía faltar a clase. Se tranquilizó al recordar que el boletín de aquella semana se estaba distribuyendo de forma correcta y Laura podía encargarse del resto. Aunque no aprobaba el modo en que vestía, sabía reconocer que era una chica con la que se podía contar.

Por otro lado, su madre no tendría por qué enterarse. Luego realizaría sus tareas, le pondría alguna excusa recurriendo al viejo truco de la mentira.

El señor Cross se encontraba al volante del Subaru rojo. Jason iba a su lado.

Sophie les seguía desde una distancia prudente, enfundada en una negra chaqueta de piel, un pañuelo sobre la cabeza y unas gafas de sol que casi ocultaban su rostro. Detuvo el Lexus ante el semáforo, segundo coche familiar que aún conservaban tras el accidente. Maldijo que el Subaru continuara su trayecto girando en la siguiente esquina. Nerviosa, comenzó a golpear la funda del volante con los dedos.

—Vamos, vamos, joder.

Casi contando los segundos que faltaban para que el disco rojo cambiase, aceleró un segundo antes de ello. Era lo que tenía vivir toda una vida en la misma ciudad; terminó por saber cuánto tardaban los semáforos en pasar a verde.

Pisó el acelerador y viró en la esquina que lo había hecho el padre de Jason. Su mirada se nubló en cuanto reparó que el coche no estaba. Una punzada en el pecho le indicó que por una vez había fallado, que el coche se había esfumado. Pero cuando miró con mayor atención y vio el Subaru estacionado frente al pequeño hospital médico, se relajó. Pero su desánimo no la abandonó al saber que sólo era eso. Jason estaba enfermo y por eso no había asistido a clase. Nada más. Sería un cotilleo más... Y peligroso, puesto que Jason Cross podría reaccionar de mala manera.

Pero el no tener nuevas noticias para el boletín de noticias de la semana siguiente, la empujó a aparcar en la acera de enfrente y permanecer allí.

No era la primera vez que seguía a alguien sin que reparase en su presencia. Sabía que en ocasiones se tornaba aburrido. Sólo deseaba que ésa no lo fuera. Evocó cuando tuvo que vigilar a uno de los profesores. Fue una buena noticia; sin embargo, se daban con escasa frecuencia.

Se trataba de unos de los antiguos profesores —retirado hacía un año— de

la escuela secundaria, que vivía casualmente frente a una de las casitas, al otro lado de la parada de autobús. Los chicos de primero oyeron los maullidos de decenas de gatos. Provenían de la casa del profesor de biología, el señor Peterson. Un mediodía, mientras algunos chicos esperaban el autobús, vieron al profesor arrojar un gato desde la ventana del segundo piso. Siempre hubo gente de la opinión que aquel hombre no estaba cuerdo. Aun así, por aquella época, Sophie se aventuró en su primera noticia de valor social. El boletín expresó con un texto poco apasionado (como decía el señor Evans, ella aún no poseía el ímpetu necesario), cómo uno de los profesores de biología mantenía el hábito de arrojar objetos por la ventana. Pero el colmo era que en ocasiones eran sus gatos lo que tiraba. El artículo fue acompañado por las fotos que tomó Josh en la incursión nocturna a la casa. Laura, quien había vigilado con la oreja puesta en la puerta del dormitorio del señor Peterson, por si éste se despertaba, fue elogiada en privado por Sophie por su buena cooperación. Por lo visto el viejo sufría de problemas de próstata y acudía al baño con frecuencia. En una de esas visitas, estuvo a punto de pillarlos desprevenidos. Pero Laura avisó a tiempo. Sobre Sophie Evans recayó el trabajo más peligroso: averiguar a qué hora tomaba el profesor la medicación, para así añadir un suave somnífero a sus botellines de agua. El profesor Peterson era bien conocido por su impresionante oído.

Una protectora de animales se hizo cargo del asunto. Sophie y su grupo recibió el premio a la Conciencia Ciudadana. La oficina de periodismo gozó de ampliaciones gracias al premio; se añadió una nueva computadora para facilitar la edición de textos y una impresora más rápida. Con todo, el profesor únicamente tuvo que pagar una multa.

En el presente, con una sonrisa de satisfacción en el rostro, vio reaparecer por la salida al padre de Jason, subir al coche y desaparecer por la esquina siguiente.

¿Y dónde diablos estaba Jason?

Descendió del coche y cruzó Latter Street, encaminándose con paso firme hacia las escaleras del centro médico. No tenía idea de cómo traspasar recepción, pero estaba acostumbrada a improvisar y confiaba en que alguna idea acudiera a su cabeza, mientras miraba a los ojos a la mujer de bata blanca sentada tras el mostrador. Otra aptitud que desarrollaba con el tiempo un digno aspirante a periodista, era la psicología para tratar con las personas.

Las puertas automáticas de cristal se abrieron dando paso al interior. Entró con una actitud enérgica y segura. Su comedia había comenzado.

La recepcionista estaba frente al ordenador tecleando sin cesar. Cada golpe de tecla se extendía en largos ecos por la sala.

—Buenos días —saludó Sophie con su mejor sonrisa de actriz.

La mujer apartó su mirada del monitor y esbozó una cuidadosa sonrisa.

—Buenos días. Dígame.

Pensó que se quedaría en blanco y que todo se derrumbaría, pero lejos de eso, pronto su comedia tomó un rumbo acertado.

—Jason Cross. Me han dicho que está aquí. Soy una buena amiga. —La sonrisa de Sophie se ensanchó en su rostro.

—Sí. Acaba de ser ingresado —dijo la mujer, mirando de nuevo la pantalla cuyo parpadeo se proyectaba sobre su cara, infundiéndole un aspecto fantasmagórico—. Pero el doctor Thomas Anderson ha indicado que sólo puede recibir visitas de familiares.

Sophie trató de impedir que su expresión amable pero confiada se desmoronase. La sonrisa desapareció, siendo sustituida por una verdadera expresión de preocupación.

—¿Cómo dice? ¿Qué le pasa?

La comedia había terminado, sabía que no lograría avanzar mucho más.

—El archivo no lo indica. Lo siento —La mujer miró fijamente a Sophie.

Los hombros de Sophie se hicieron hacia delante en gesto abatido. Sabía cuando debía finalizar una falsa representación.

—Me ha preocupado usted —dijo a modo de conclusión.

—No te preocupes, jovencita. No será nada. Sólo son normas del centro. Que tengas un buen día.

—Gracias. Usted también —dedicó a la mujer un intento de sonrisa forzada poco convincente.

Giró sobre sus talones y contempló la puerta. Tuvo el irrefrenable deseo de abandonar el centro médico corriendo, pero se obligó a mantenerse firme durante unos segundos más. Al menos hasta entrar en el coche, pensó.

Cuando se encontraba frente a la puerta deslizante miró por encima del hombro. La mujer tecleaba de nuevo abstraída en su trabajo. Su actitud pasiva mostró a Sophie que si era algo grave, ella no tenía constancia. ¿Cómo averiguar si era algo grave?

Las puertas de cerraron a su espalda.

Tal vez podría hablar con el padre. Por otro lado, era extraño que Jason no hubiese acudido al centro médico él solo, teniendo en cuenta lo cabezota que era y la mala relación que tenía con su padre.

Su cabeza parecía una olla a presión cuando trataba un asunto minuciosamente, desmembrando cada parte de la idea en cuestión. Pensó que había altas posibilidades de que Jason Cross estuviera enfermo y hubiese pedido a su padre que lo acompañara. Conocía bastante bien a Jason. Si pidió a su padre algo así, era porque estaba realmente enfermo. Y, por lo visto, la inmediatez con que lo habían ingresado era a tener en cuenta.

La olla bullía y bullía.

De su bolso sacó las llaves, abrió el coche y se sentó al volante. Dirigió su mirada al retrovisor y se apartó unos mechones de la frente perlada por el sudor. Introdujo la llave en el contacto y partió, observando continuamente por el retrovisor cómo el centro de salud se empequeñecía. La incertidumbre sobre qué le ocurría la persiguió durante los días siguientes.

Minutos después, frenó en seco delante de la casa de Jason, ahora silenciosa. Sin duda su padre estaría trabajando en el bufete de abogados.

A continuación pisó el acelerador y dejó atrás tanto la casa de donde vivía Jason y la suya propia. Su madre se había levantado y si la veía aún por casa se enojaría.

Enfiló la calle a toda velocidad, rumbo a la escuela secundaria.

3

El mismo día de publicación del boletín, varios alumnos se hallaban frente al tablón de anuncios, donde pendía de una chincheta amarilla un ejemplar. Mientras leían la noticia de Sophie, miraban furtivamente por encima del hombro, para que no se aproximara ningún profesor; sabían que el boletín duraría poco tiempo ahí clavado. Las expresiones de los chicos iban adquiriendo rasgos de preocupación, y se comenzaron a acumular los murmullos en torno a ellos.

Teddy Benson se encontraba en medio del tumulto con la misma expresión. Con inquietud cogió la correa de plástico que soportaba el peso de su mochila al hombro. Él conoció a los Genderson y eso lo colocaba cerca de un dolor casi familiar. Gracias a su empleo temporal como cortador de césped había entablado relaciones con los dueños de los jardines. Se preguntó quién sería la siguiente víctima. Cuando hubo terminado de leer, escrutó al resto de alumnos y advirtió que Jason no estaba por allí, tal y como indicaba la

noticia. Entonces cayó en la cuenta de que hacía varios días que no lo había visto por la escuela. En cambio, Mark se encontraba enfrente del tablón de anuncios leyendo; a continuación se volvió y dirigió una mirada penetrante a Teddy, quien la recibió como un duro golpe en el mentón. Sin apartar los ojos de los de Teddy, se acercó, lo aferró por la muñera y lo obligó a salir del grupo de chicos.

—¿Qué haces, Mark?

—Ven conmigo. Quiero hablar contigo en privado. Aquí, donde nadie nos escuche —dijo al tiempo que empujaba la puerta de los vestuarios masculinos.

—¿Qué pasa?

Mark lo empujó contra la pared de azulejos blancos. Y acercó su mirada casi hasta chocar nariz con nariz.

—¿Sabes dónde está Jason?

—No.

—Pues te lo voy a decir. Está ingresado en el hospital.

Teddy lo miró dubitativo.

—¿Está enfermo?

—Claro, idiota. ¿No te enteras o qué? —Mark golpeó la pared con la palma de la mano—. Lo dice Sophie en su boletín. Por eso no viene a clase.

—Siento mucho que esté enfermo, pero yo no tengo nada que ver con eso.

—Ya lo sé, idiota. Pero no dejo de pensar que es extraño que tu amiga esa nueva, le arañara y... oh, qué casualidad que haya enfermado, ¿no crees?

—No. No creo que tenga nada que ver.

Mark lo miró con los ojos encendidos.

—Mira, tío. No tengo nada contra ti, yo sólo voy con Jason y Darren para evitarme de que se metan conmigo también. Así me ahorro de problema. Ya sabes, supervivencia estudiantil —esbozó una sonrisa maliciosa—. Pero eres más tonto de lo que parece si no sabes sumar dos y dos. Esa puta ha contagiado algo a Jason. Aléjate de ella si no quieres acabar igual. —Asestó un nuevo golpe a la pared, lanzó un bufido de animal y se dirigió a la puerta de los servicios, pero antes de salir se giró y dijo—: No le he contado a nadie mis sospechas, pero dos y dos son cuatro, tío.

La puerta se cerró y Teddy quedó solo con sus ojos bien abiertos. Su figura reflejada en los azulejos blancos de enfrente revelaba su temor.

«Es imposible», pensó.

Berenice era sólo una adolescente excéntrica, y no la asesina de esas personas. Tenía que haber una explicación.

Capítulo 8

1

La semana transcurrió en silencio en casa de los Benson. Teddy procuraba evitar a su madre, mientras que ella ni siquiera pareció advertirlo. La mañana del viernes, antes de ir a clase, estuvo ordenando el desastre del otro día cuando arrojó todo lo que había sobre la mesa. Continuaba enojado. La diferencia se encontraba en que ahora lo estaba con su madre por impedirle ver a Berenice. Claro que aquella orden sólo se impuso de palabra, pues ella nunca estaba en casa para asegurarse de que la obedeciera.

¡Y eso era algo que no sucedería!

Deseaba acercarse más a aquella chica, conocerla mejor. Sobre todo, asegurarse de que ella no era la causante de la enfermedad de Jason, ya que estaba seguro de que no era una asesina.

Colocó las figuras en los lugares que consideró apropiados mientras pensaba en cómo quedar de nuevo con ella. Tomaría la decisión; sin embargo, no tuvo la sensación de estar madurando, como le dijo Berenice, sino desobedeciendo. Pero si quería volver a verla debía ser así: a escondidas, o dicho de otro modo, desobedeciendo.

No tuvo que hurgar dentro su cabeza durante mucho tiempo en busca de la idea, pues desde el jardín escuchó la voz de Berenice que lo llamaba.

Nació una amplia sonrisa de satisfacción. Abandonó su macabro escenario sin ordenar y dejó caer de su mano la figura de un vampiro, al tiempo que se giraba y subía las escaleras.

Berenice exhibió una dulce expresión en el rostro. La ropa caía sobre sus frágiles hombros como si sólo hubiese huesos bajo ésta. Aun así sus ojos estaban dotados de un brillo animal que atraía a Teddy. ¿Quién era? La pregunta arañaba su mente al tiempo que ella mantenía la amigable sonrisa.

—Mi madre no quiere que nos veamos. Dice que eres mala influencia para mí. Y... —No tuvo el valor de preguntarle sobre las sospechas de Mark.

—Y quizá esté en lo cierto, pero lo importante es que tú has tomado tu propia decisión. ¿Cómo te sientes? ¿Culpable?

Teddy la miró sorprendido.

—No, claro que no. Pero se enfadará si nos ve juntos.

—Entonces no le diremos nada. Yo no lo haré, ¿y tú?

—Yo tampoco —aseguró, sin poder evitar una sonrisa de confabulación—. Pero ahora debemos ir a clase, se nos hace tarde.

—¿Nunca has hecho novillos? —preguntó ella, sacándole la lengua.

Teddy negó con la cabeza.

El cabello negro de Berenice ondeaba con suavidad al compás de la brisa que se deslizaba sigilosa por el jardín. Ambos guardaron silencio mientras se contemplaban. Berenice no borró su expresión de contento. Teddy vaciló un segundo mirando su nuevo vestuario. Era la primera vez que la veía con vaqueros negros y camiseta del mismo color bajo una estrecha chaqueta de cuero, atravesada por una cremallera en el pecho. Sus manos permanecían en los bolsillos. Sin duda no tenía un aspecto amenazante.

—Vaya. Pensaba que sólo usabas vestidos...

—¿De abuela? —Berenice se deleitó en una risa tiznada de malicia, llevándose una mano enguantada a los labios, pero nunca apartó sus ojos de los del chico—. He llegado a vestir de muchas maneras. Algunas que ni te imaginas.

—¿Qué ropa es ésa? Y todavía vas con esos guantes.

—Ya habrá tiempo de hablar de la moda del mundo —dijo Berenice acercándose a él y asiéndole de la muñeca—. Vamos.

—¿Adónde?

—A vivir.

Teddy experimentó su fuerza interior y cómo era capaz de arrastrarlo hacia lo que ella deseaba. La atracción felina no hacía más que acentuarse.

Caminaron por Silverston bajo la mirada curiosa de varios vecinos que veían a Teddy Benson finalmente de la mano de una chica... Y ninguno dio importancia a que fuera en horario de clases. Se adentraron en las calles más bulliciosas. Teddy no dejaba de sentirse cada vez más aliviado porque su madre estaba en la casa de una clienta, tomando un café. Y sabía que la mujer vivía en la dirección contraria a la que tomaban ellos. De cuando en cuando, ella le dedicaba una sonrisa tranquilizadora. Comprendía que era Berenice quien conducía las riendas de la situación. Aunque no le importaba. Estaba convencido de que podría conocerla un poco más, y eliminar de una vez sus tontas dudas acerca de lo que le había confesado Mark.

Berenice lo admiraba todo como si fuera la primera vez. Teddy pensó que

era debido tan sólo a la alegría que a veces mostraba.

—¡Mira! —Señaló a un hombre y una mujer que unieron sus bocas en un largo beso.

Teddy se ruborizó cuando Berenice le dedicó un guiño.

El cartel que tenía impreso Billy Manilly en enormes letras de Neón, apareció ante ellos, insertado en lo alto de la fachada del local. La imitación de ladrillo color amarillo resaltaba sobre el resto de edificaciones que había en derredor. La entrada de puertas batientes, normalmente atestada de muchachos, se encontraba inmóvil; y la zona de estacionamiento casi vacía. Sin embargo, Teddy reconoció el vehículo de Cindy Mancini y sintió un nudo en la garganta.

«Me verán con ella», pensó.

—Mira, parece un lugar para chicos de nuestra edad —dijo Berenice.

Los ojos de Teddy se abrieron en señal de alarma.

—No, espera. Vayamos a otro sitio.

—¿Por qué? —preguntó a la vez que se detenía y lo miraba con firmeza—. Sé que ese coche es de la jefa de las animadoras. Nosotros nos sentaremos lejos, cálmate. Recuerda lo que te enseñé del miedo. Sólo es una chica.

—Ah. Bueno, pero...

—Cálmate.

—No es una chica, es Cindy Mancini.

—Confía en mí, Teddy.

La música que emanaba de los altavoces situados en las esquinas, impregnaba el lugar con una animosidad que relajó a Teddy. Varias camareras vestidas con el acostumbrado atuendo azul hablaban entre ellas sin prestar atención a los recién llegados, cosa a la que Teddy ya estaba acostumbrado. En un extremo estaban las altas mesas redondas y sillas con aspecto famélico. En el lado opuesto, había sillones forrados de un llamativo color rosa, y un espacio abierto donde las noches de los fines de semana se bailaba. Teddy observó la larga barra cubierta de láminas de plástico amarillo a juego con la fachada. Una de las camareras les dirigió un saludo con la mano.

Berenice cogió a Teddy del brazo y ambos se deslizaron por entre los huecos libres de las mesas. El corazón de Teddy se detuvo. En la mesa de la esquina se encontraban Cindy Mancini y sus dos amigas, Patty y Tina. Afortunadamente no repararon en su presencia. Permanecían sentadas a una mesa, e inclinadas hacia delante, escudriñando lo que les enseñaba Cindy.

Teddy estaba seguro de que era la lista de los preparativos de la fiesta.

—Nos sentaremos aquí —dijo Berenice.

—Estamos demasiado cerca —replicó él, mirando en todas direcciones.

Una camarera se acercó a la mesa mientras pasaba una hoja de la libreta de notas.

—Hola —saludó, agitando el bolígrafo con impaciencia.

—Hola. —Berenice le mostró una sonrisa amistosa cuando la camarera advirtió que llevaba puestos los guantes—. Dos refrescos de cola.

—De acuerdo.

La voz de Cyndi Lauper comenzó a cantar su popular *Girls just wanna have fun* por los altavoces.

—Oh, esta canción era de mis favoritas —dijo Berenice con una sonrisa inocente.

—Es algo antigua. ¿Ya te gustaba la música de niña?

—Ooh, eesta canción era de mis favoritaaas.

La voz con tono burlón, acompañadas de risas, procedía a espaldas de Teddy, que, con el corazón galopando en el pecho, se quedó inmóvil. Apretó los labios deseando que todo quedara así. Pero cuando escuchó el sonido de sillas que se arrastraban tragó saliva.

—Continúas con tus miedos, Teddy. Tranquilo —susurró Berenice—. Sólo es una chica.

—¿Pero de dónde has salido tú, tía? —farfulló Patty—. Vaya, esto lo explica todo —añadió, mirando al chico—. Eh, hola, Teddy. Todo aclarado. Tú debes de ser de los beneficiados ahora que Jason no está asistiendo a la escuela.

—Siento lo de Jason —dijo Teddy.

—Ya volverá —le dijo Patty con un guiño.

—Ya no —interrumpió Berenice con sequedad.

Teddy notó el repentino cambio que estaba experimentado Berenice. Sus ojos se endurecieron. Patty era la más problemática de las amigas de Cindy, aun así, su mirada chispeante se contuvo en cuanto se posó en la de Berenice. Pronto parpadeó, dando un paso atrás. Teddy, en medio del conflicto, se sintió pequeño frente a las dos serpientes, una a cada lado de la mesa.

—Es la chica nueva, Patty. No es nadie importante. Vuelve, tenemos mucho trabajo por delante con mi fiesta —dijo Cindy desde la mesa.

—Jason ya no molestará a este chico. Y te aseguro que nadie lo hará nunca más. Ahora regresa con tu ama —espetó.

—¿Eh? ¿De qué vas, zorra? —graznó Patty, manteniendo la distancia con

Berenice— ¿Qué sabes tú de Jason?

Berenice se irguió en la mesa como una cobra, posando sus manos enguantadas sobre la mesa.

—Nada. Sólo quiero pasar un día divertido con mi nuevo amigo. Y tú me estás molestando. —La voz que emergió de su garganta carecía del tono amigable que Teddy había escuchado hasta ahora. Parecía levemente más ronco, enfermizo.

—¿Qué te metes, tía? —dijo Patty alejándose.

Teddy percibió el miedo en Patty. Luego miró a Berenice mientras se encogía de nuevo en la silla.

—Oye, ¿estás bien?

—Por supuesto —asintió ella con brusquedad—. No les tengo miedo. Aprendí a hacer frente a los que se ríen de mí hace mucho tiempo. Tú debes hacer lo mismo. No podré intervenir siempre que tengas un problema. Tal vez... tal vez un día no pueda contenerme. —Apartó su mirada a otro lado.

—¿Eh? —Teddy sintió un repentino resurgimiento de las dudas que llevaba en su cabeza.

—Lo siento, me he explicado mal.

La camarera dejó los refrescos y se marchó otra vez a la barra.

—¿Qué has querido decir?

—Nada. Tomemos esto y pasemos un buen día, ¿quieres?

—Claro. Pero no te he entendido antes. Imagino que te referías a pegarte con Patty. Suele ir con Jason. Tampoco quiero que vayas peleándote con la gente por mí, puedes meterte en algún problema.

—¿Estás preocupando por mí? —preguntó de pronto Berenice, con una renovada expresión amistosa. Sus ojos se abrieron expectantes.

—Claro, somos amigos.

—Por supuesto que sí.

—¿Y por qué me dijiste que no me acercara a ti? —preguntó Teddy bebiendo su refresco.

Observó la misma vacilación en su mirada que cuando estuvieron hablando días atrás en el jardín.

—Porque estaba enferma —declaró con rapidez.

—Pero aún lo estás, ¿no? Llevas los guantes.

Berenice cerró ambas manos en puños delante de sus ojos y en silencio.

—Sí. Es una enfermedad crónica. Pero ahora estoy mucho mejor.

—Me alegro de que estés mejor.

Ella esbozó una cándida sonrisa.

—Y yo de que te alegres.

—¿Sabes que Jason está enfermo? —añadió sin pensarlo.

Berenice lo miró de un modo particular, era como cuando alguien recibe una noticia de la que ya conoce parte de la información.

—Sí. Lo siento por él —dijo sin cambiar su expresión neutral.

—Yo..., bueno, yo te vi arañarlo en la mejilla aquel día cuando...

—Lo sé —le interrumpió, y guardó silencio con los ojos vacíos—. Aunque se metió contigo y me supo mal. Quería defenderte. He visto miles de veces cómo el fuerte pisa al débil. Eran tres contra ti.

—Y te doy las gracias otra vez. Pero no me gustaría que te pelearas por mi culpa.

—¿Crees que voy peleándome con la gente? —Berenice le sonrió—. Lo siento por ese chico, pero a la gente mala a veces le ocurren cosas malas. Eso es todo. Yo no le he contagiado mi enfermedad, si es eso lo que crees. No es contagiosa —dijo de forma tajante—. No comprendo cómo puedes creer algo así. Y tampoco soy un bicho raro.

—Perdóname. He tenido poco tacto.

—No pasa nada. Es que no me gusta hablar de mi enfermedad, no quiero que nadie se compadezca de mí. —Estiró las comisuras de sus labios en una delicada sonrisa.

Se miraron. Por un segundo los ojos de ella cambiaron. Las estrías del iris refulgieron semejante a millones de estrellas en un universo negro. Teddy parpadeó confundido pero no apartó la mirada. Era confortable. El resto del mundo parecía dejar de tener importancia mientras contemplaba esperanza tras el universo ocular.

—Tus ojos son preciosos. Especiales.

—Nunca lo había pensado de ese modo.

A medida que Teddy permanecía más tiempo con ella, encontraba lentamente el valor para decirle las cosas que deseaba.

—¿No bebes? —le preguntó.

—La verdad es que no tengo sed. Si quieres podemos ir a ver la ciudad. Me gustaría verla.

Teddy dio otro sorbo del vaso.

—Vale.

Pronto se encontraron paseando de la mano por Jointer Avenue. Teddy decidió tomar algunas iniciativas por cuenta propia y apretó con delicadeza las manos de Berenice, gesto al que ella correspondió infundiéndole calor. No entendía qué estaba ocurriendo, ni si aquello era bueno. Sólo sabía que nunca se había sentido de esa forma. No lo consideraba amor. Tal vez ni siquiera sabría identificarlo, pero fuera lo que fuese, era lo que necesitaba. La necesitaba. Era de las pocas veces que se sentía vivo de verdad.

Teddy tenía hambre. Se detuvieron en un puesto de perritos calientes y compraron únicamente uno. Ella rehusó la invitación con una eterna sonrisa que le produjo un escalofrío a Teddy.

El sol continuó su trayectoria por el cielo, hasta posarse a espaldas de Teddy y Berenice como un guardián que custodiaba sus pasos.

Iban en silencio, observando la ciudad. Teddy advirtió que con Berenice a su lado podía percibir rasgos de la ciudad que antes pasaban desapercibidos. Con las paredes bañadas por el dorado resplandor del atardecer, todo parecía cobrar una magia desconocida. Las farolas, situadas sobre la acera a intervalos regulares, se encendieron y derramaron su luz. Caminaron como almas unidas en un lazo que Teddy no comprendía, como dos aves que nada necesitasen del resto del mundo. La avenida se extendía flanqueada por charcos luminosos hasta el horizonte, donde se reunían en intenso estallido de fuego.

Con la sensación de deslizarse por un mundo irreal, se adentraron en el parque de Silverston, y se plantaron frente a la estatua del general Kent Gordon, cuyos bordes de piedra conservaban el calor de los últimos rayos de sol. Permanecieron admirando la estatua sin añadir nada.

El silencio que los acompañaba no le resultaba incómodo, a diferencia de las ocasiones en que había estado frente a otras personas y, de pronto, crecía entre ellos un silencio siempre a evitar con palabras vacías, como si éste fuera dañino.

Tras varios minutos de reserva, Berenice preguntó:

—¿Es el fundador de la ciudad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Siempre hay un fundador. Un principio. Una raíz de donde venimos.

—A veces te pones misteriosa.

Berenice apartó su mirada de la estatua.

—¿Te parezco misteriosa? No es mi intención. Siempre me ha gustado la historia, y sé que muchos pueblos de Estados Unidos tienen su fundador.

—Tuvimos una semana temática en la escuela —explicó Teddy—. Yo hice un trabajo bastante bueno del general Kent Gordon. No es que me guste presumir ni parecer engreído, pero es la verdad.

—Debemos ser nuestros primeros jueces.

—Vuelves a hablar así —observó Teddy.

—¿Así, cómo?

—Como alguien mayor que sabe muchas cosas.

—¿Prefieres que no sepa nada?

—No digo eso. Solo que... a veces parece hablar como alguien sabio.

—También me gusta leer mucho.

—El profesor de literatura estará contento. Casi nadie de la clase lee. Siempre nos aconseja que lo hagamos, que se descubren muchos mundos.

—He leído libros de historia.

—¿Historia? Suena aburrido. Yo prefiero relatos de miedo.

—Para nada. Es importante conocer el mundo en que vives. Conocer sus reglas, adaptarte a él para sobrevivir.

—Las otras chicas que conozco no les interesan esas cosas. Sólo la moda y vestirse sexy.

—Me mientes —sonrió Berenice con malicia.

—¿Eh?

—No conoces a ninguna chica —aclaró ella, burlona.

—Sí. Las compañeras de clase.

Ella le propinó un leve codazo en el costado.

—Eso no es conocer a alguien. Y puedo asegurarte que tampoco me conoces a mí.

—Bueno..., te conozco un poco, al menos. —Teddy basculó de un pie a otro con la vista fija en el suelo. Una vez más deseaba añadir algo para que ella viera sus sentimientos. Por fin se apresuró a decir—: Y me gustaría conocerte mejor, Berenice.

—Oh, observo que has tenido que reunir gran cantidad de coraje para revelarme eso —rió Berenice—. O como decís ahora: has sido un poco más lanzando, tío. —Volvió a darle otro cuidadoso codazo en el abdomen, acompañado esta vez por un guiño, mientras reía.

—Es la verdad. Quiero saber quién eres.

—Me parece bien.

—Te propongo un juego interesante —le anunció Teddy.

Berenice lo miró con curiosidad ladeando la cabeza.

—Está bien, acepto. ¿Qué juego es ése?

El pecho de Teddy se llenaba de júbilo.

—Pregunta Respuesta. Por ejemplo... ¿dónde vivías antes de llegar a Silverston?

Berenice lo miró extrañada.

—Crees que así conseguirás conocerme mejor, ¿eh? —dijo con una inofensiva voz burlona—. Estuve en Chicago.

Teddy asintió, satisfecho.

—Ahora me toca a mí —dijo Berenice, divertida—. ¿Dónde está tu padre?

Teddy abrió los ojos sorprendido.

—Vaya, no esperaba una pregunta así tan pronto.

—Es tu juego, Teddy. Te toca responder.

—Se divorciaron hace unos seis años. Ahora vive en Atlanta —aclaró—. Me toca. Esta vez será más directa, como la tuya. ¿Has salido con algún chico?

Berenice entrecerró los ojos meditando la respuesta.

—Hubo un intento con un chico en Chicago, pero salió mal —respondió—. No te preguntaré si has estado con una chica porque ya sé que la respuesta es no. Así que... ¿Echas de menos a tu padre?

—A veces. Mi madre es buena, pero es exigente. Supongo que se preocupa por mi futuro. Bien, allá va, ¿Qué pasó con el chico?

—Pues... —Berenice guardó silencio— ¿Por qué te interesa saberlo?

—Simple curiosidad.

—Te adelanto que saber cosas de alguien y conocer a alguien son cuestiones muy diferentes —repuso ella—. Sólo me conocerás de verdad cuando yo crea que estás preparado, Teddy.

Él la miró confundido.

—Espero que no te hayas enfadado. Es sólo un juego.

—Y sigo con el juego. Sufrió un grave accidente.

—Lo siento, no sabía que fuera tan personal.

—No pasa nada, el asunto quedó solucionado —replicó—. Pasó hace algún tiempo. Pero creo que el juego te da ventaja, porque yo ya sé muchas cosas sobre ti. Sé que tienes pocos amigos y estás solo. También sé que tienes miedo a enfrentarte a las personas. Y sé que te gusto, pero es sólo por el

misterio que crees que me envuelve. No te puede gustar alguien si no le conoces.

—Por eso quiero conocerte mejor —añadió Teddy.

—Tal vez cuando me conozcas deje de gustarte.

—¿Dejaste de gustarle al chico de Chicago?

Berenice sacó sus manos enguantadas de los bolsillos de la chaqueta y se las quedó mirando.

—Estás haciendo trampa. Es mi turno. —Los ojos de Berenice se ensombrecieron—. ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar por la persona a la que amas?

Teddy no supo qué contestar.

—Debes responder a mi pregunta, Teddy —dijo Berenice.

—No sé qué decir. Nunca he estado en una situación tan seria como para tener que hacer algo por amor. Sólo he querido de verdad a mi padre y a mi madre. Bueno, quiero mucho también a mi tío Rusty. Pero a ninguna chica como para saber qué responder.

Berenice se acercó hacia Teddy, que casi podía sentir los latidos entrecortados del pecho de ella y su extraño aliento.

—Entonces el juego queda pendiente para otro día. —Luego le dirigió una sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó el chico, nervioso.

—Porque si no respondes, no podrás pasar a hacerme otra pregunta.

3

Detenidos ante la casa de Berenice, frente a frente, ella rompió el silencio que comenzaba a invadir las calles.

—Nunca he tenido oportunidad de tener un día así. Quería darte las gracias. Ha sido divertido.

—Lo mismo digo —concedió Teddy.

—El repetirlo otro día es ahora asunto tuyo. Debes elegir qué quieres, Teddy. Recuérdalo.

—¿Por qué dices eso?

—No tardarás en saberlo.

—¿Eh?

La voz llegó de lejos, pero para Teddy resonó dentro de su corazón, estrangulándolo.

—¡Teddy Benson, será mejor que entres en casa! ¡Inmediatamente!

Muy a su pesar, reconoció la voz de su madre. Se volvió y la vio en el porche, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su rostro mostraba una expresión agria y las pupilas de sus ojos parecían brillar igual que dos luces.

Teddy volvió la mirada para despedirse de Berenice, pero ella había desaparecido.

4

La mesa del despacho de Parker se encontraba tapizada por las hojas de los informes del caso. El resto de objetos habían sido arrojados al suelo en un arrebato de rabia. ¿Cómo eran posibles las semejanzas con el antiguo caso en Chicago?

Miró el retrato en el que aparecía con el equipo de béisbol, en su adolescencia. Pero el añorado recuerdo no logró sofocar el insólito miedo que brotaba de su interior, como si hubiese estado allí siempre esperando regresar.

Atisbó por encima del hombro la puerta del despacho. Al otro lado, escuchó el murmullo del resto de policías, que sin excepciones debían mantener el orden en la localidad. Esbozó una sonrisa cargada de ironía al tiempo que volvía a poner su atención en las hojas.

Cogió el informe del primer cadáver.

Informe N° 1.

Nombre: David Carson

Estado civil: Divorciado.

Edad: 47 años.

Observaciones:

Cuerpo hallado en la mañana del sábado. Una llamada anónima declaró haberlo encontrado tendido sobre las escaleras del porche de su casa. No se ha podido averiguar quién efectuó la llamada. Algunos vecinos declararon

que David Carson comenzó a andar con prostitutas y a beber demasiado tras el divorcio. Zona acordonada por la policía.

Confidencial:

El cuerpo presenta extrañas manchas rosas que cubren la piel. Las pruebas efectuadas revelan que no hubo coito aquella noche. Muerte por un arma del 38. Esperar respuesta del doctor Thomas Anderson.

Informe N° 2.

Nombre: Richard Genderson

Estado civil: Casado

Cónyuge: Linda Genderson, muerta también.

Edad: 65 años.

Observaciones:

Cuerpo hallado el lunes por la mañana. La señora Gordon señaló en su declaración que el silencio procedente de la vivienda de los Genderson era algo anómalo. Según la mujer, el viejo Genderson era un hombre trabajador, y después de su jubilación continuó con esa costumbre. Por dicho motivo la casa acostumbraba a estar llena del ruido de las reformas. Añadió que al no oír el ruido del familiar taladro, se asomó por la ventana de su cocina. Confirmó varias veces que desde su ventana veía el cuarto que reformaba el señor Genderson. Zona acordonada por la policía.

Confidencial:

El cuerpo de Richard Genderson también presenta las extrañas manchas rosas que cubren la piel. Su esposa, Linda Genderson, no presenta las manchas, sólo un disparo en el pecho. Esperar respuesta del doctor Thomas Anderson.

Informe N° 3.

Nombre: Ronal Biddle

Estado civil: Soltero.

Edad: 10 años.

Padres: James Biddle y Margaret Biddle.

Observaciones:

Cuerpo hallado en la casa de la familia Hudson, enterrado al pie del columpio situado en el jardín posterior de la casa. La señora Biddle está en tratamiento psicológico y el señor Biddle ha recibido la baja laboral por ansiedad. Ambos reconocieron no tener tratos con nadie de la zona residencial. No supieron decir por qué su hijo había aparecido allí. El hijo de la familia Hudson aseguró no conocer de nada al chico de los Biddle.

Confidencial:

La víctima muestra un profundo corte en la garganta hecho con un cuchillo. Vuelven a estar presentes las manchas en todo el cuerpo. Thomas Anderson.

Informe N° 4.

Nombre: Trevor Askew

Estado civil: Viudo.

Edad: 70 años.

Observaciones:

Cuerpo hallado en la mañana del lunes por un cartero. Éste aseguraba que podía oler a la muerte en la casa, y decidió comprobar si la puerta estaba abierta. Al entrar llamó a voces al anciano, pero no obtuvo respuesta. Aseguró conocer al señor Askew y le extrañó que no estuviese levantado a las diez de la mañana. Subió hasta el dormitorio, donde lo halló tendido sobre la cama, con la mano en el vientre. Siempre pasaba horas limpiando sus reliquias de la guerra civil, heredadas por su padre. El cartero aseguró que el arma nunca estaba cargada, así que no tuvo la oportunidad de defenderse con ella. Y los vecinos de la zona afirmaron no oír ningún disparo. Zona acordonada por la policía.

Confidencial:

Manchas rosadas en la piel. Los restos de óxido hallados en la herida del vientre, revelan haber sido realizada con un filo en mal estado.

Esbozó una mueca de disgusto. Con los informes delante de sus ojos, comprendía que aquello que ocurrió en Chicago, estaba pasando ahora en Silverston. Por lo visto, las viejas deudas parecen querer volver para ser zanjadas, pensó. Apretó los labios. El asunto sería resuelto de una vez por todas, y no del modo estrictamente formal usado en Chicago, con un simple carpetazo.

Se preguntó quién había asesinado a todas esas personas si Spencer había muerto en su celda. Las víctimas de Spencer siempre fueron niñas, y en último momento un niño —que Parker siempre tuvo la sensación de ser elegido por un modo muy diferente. Recordó que Spencer también tenía las manchas rosas alrededor del cuello. Él siempre creyó que el violador de Chicago no se suicidó, sino que alguien lo asesinó. Sin embargo, nunca llegó a pensar que no fuese algún preso o guardia de la prisión.

¿Estaba el asesino de Spencer en Silverston?

La puerta del despacho se abrió de pronto, apareciendo Forest con la camisa arremangada hasta los codos, sosteniendo dos cafés y con una expresión de impotencia.

—¿Nervioso?

—Todo esto es un follón de cojones —dijo Parker.

Forest dejó los cafés en una esquina libre de la mesa. Volvió una silla y se sentó a horcajadas apoyando los brazos en el borde del respaldo. Luego forzó una sonrisa, pero no eludió el inquietante brillo en sus ojos.

—Pues espera a escuchar lo nuevo.

—¿Cómo? —preguntó Parker resignado. Se echó hacia atrás en su silla y añadió—: Soy todos oídos, amigo.

—Será mejor tomar un café.

—No creo que merezca ese nombre —dijo Parker.

—Ha llamado el doctor Anderson —anunció Forest tomando un sorbo del café—. Qué amargo, por Dios. Recuérdame que compremos una nueva máquina de café para la comisaría.

Parker asintió, ansioso por saber la opinión del doctor Thomas Anderson.

—Iré al grano. Según el doctor... si esas cuatro personas no hubiesen muerto estarían propagando una epidemia en la ciudad.

Los ojos de Parker se detuvieron.

—¿Qué?

—¿Impresionado? Tranquilo, a mí me pasó lo mismo —reconoció.

—Esta nueva pieza me ha descuadrado todo el puzzle —dijo Parker meditativo.

Forest lo miró fijamente.

—¿Las piezas del caso en Chicago?

—Sí.

—Me parece buena idea que me cedieras los expedientes del caso, ya que, posiblemente, estemos ante el mismo tipo.

—Es imposible —murmuró Parker—. Spencer está muerto. Lo vi con mis propios ojos.

—Quiero decir quien mató a ese tal Spencer.

—Parece que el pasado siempre nos persigue, ¿verdad?

—Muy cierto, Ken.

—De acuerdo. El lunes traeré los expedientes.

Forest asintió satisfecho.

—En cuanto al tema de Silverston, Thomas dice que no hay ninguna duda al respecto. Los análisis son claros. Las víctimas estaban incubando un virus mortal.

—¿Dices que ahí fuera —Parker señaló la ventana— hay un tipo que está asesinando a personas con una extraña enfermedad contagiosa? Tenemos un héroe —finalizó recostando la espalda en su silla y mirando al techo.

—No lo veo de ese modo. Sólo veo a un lunático que está realizando un trabajo terminal. Y ése, amigo mío, no es su trabajo. Si es cierto que hay alguna enfermedad contagiosa, es deber del hospital el solucionarlo, colaborando con la policía, o sea, nosotros. Y no de un falso héroe loco.

Parker se encogió de hombros mirando el café encima de la mesa.

—¿Qué más te ha dicho Thomas?

Forest dio un sorbo a su café.

—Que estaríamos hasta el culo si no llegan a estar muertos.

—Parece un poco radical, ¿no crees? Aunque supongo que sabe lo que dice.

—Sólo te digo lo que me ha contado por teléfono.

—Aunque observo que a ese héroe no le gusta que le cojan haciendo su limpieza, porque no dudó en quitarse de en medio a la señora Genderson.

—Tienes razón.

—Bueno, ¿hay algo más que deba saber? —insistió Parker.

—De la enfermedad en cuestión todavía poco. Sólo que produce horribles erupciones ulcerosas en la piel.

—Un caso claro para un buen dermatólogo —rió Parker con desgana. Forest asintió.

—Por otro lado, tenemos a Jason ingresado con síntomas sospechosos. Thomas ya ha hablado con el personal del centro médico de Silverston para indicarles ciertas medidas básicas.

—¿A Jason? ¿A Jason Cross, el pandillero?

—Correcto —afirmó Forest—. El mismo.

Los ojos de Parker se iluminaron.

—Pues sería bueno colocar a un par de agentes con ese chico. Como yo lo veo, si Jason tiene la enfermedad y nuestro hombre decide ir a por él... lo atraparemos —declaró Parker.

—No creo que se le ocurra entrar en un centro público, no lo veo tan idiota. Pero es una buena idea —concedió—. En todo caso, tendremos que esperar al resto de análisis que Thomas está realizando con el apoyo del hospital de Moultrie. Aún no están seguros de cómo salta de un huésped a otro, pero no afecta cuando el cuerpo está muerto. El virus o lo que quiera que sea, muere cuando lo hace el huésped.

—Una noticia buena, bien. Y espero que el sheriff del condado nos deje trabajar tranquilos y se ciña al reglamento —dijo Parker.

—Estoy seguro de ello —repuso, depositando la taza vacía.

Parker le digirió una sonrisa.

—Veo que te has terminado tu café.

—Sí. Se debe a mi actitud masoquista —bromeó Forest.

—Tal vez.

5

—¿Cómo has podido ser tan ingenuo? —inquirió Frida—. ¿Creíste que no me iba a enterar?

Teddy se hallaba sentado en una de las sillas que rodeaban la mesa. Volvía a ocurrir; estaban en el comedor, listos para una intensa charla de madre e hijo. Ella estaba de pie al otro lado, no había podido evitar ser asaltada por un ataque de nervios y caminaba de un extremo a otro como un general enojado. Teddy desvió su mirada hacia el portafotos donde aparecía la mujer sonriente. Le hubiera gustado ver ese rostro de su madre. Sin embargo, igual que dos

polos opuestos, la expresión de ésta se encontraba bajo un velo de máxima crispación. El muchacho se dijo que debía de ser agradable hablar con alguien con una expresión de semejante calma.

—¿Ahora tampoco contestas? Te pasas años educando a un hijo, crees que lo estás haciendo bien, pero aparece una muchacha desvergonzada y lo echa todo a perder. —Mientras Frida expulsaba esas palabras por la boca, las manos formaban exasperados ademanes como en un monólogo enfurecido.

—Me dejé llevar. Lo siento, mamá.

—Gracias a Dios. No está todo perdido. Te has disculpado y eso me gusta. —La mujer se detuvo frente a la mesa y lo miró—. Espero que ahora comprendas por qué las madres a veces tomamos medidas para impedir que un hijo deje de verse con alguien que creemos no es buena compañía.

Teddy abrió los ojos llenos de temor.

—Ha sido culpa mía —dijo, pensando que por suerte ningún profesor había llamado a casa, así que su madre no sabía que había faltado a la escuela.

—Sé que tienes buenos sentimientos, hijo. Tus palabras me lo demuestran. Pero para que esos sentimientos continúen desarrollándose se debe aplicar la disciplina. —Guardó silencio varios segundos. El chico advirtió que ella cavilaba dentro de su mente, intentando encontrar un castigo efectivo—. Por el momento queda terminantemente prohibido que veas a esa chica. Incluso hablaré con sus padres.

—Es mi amiga, mamá. Es una buena chica. Sólo es algo diferente, pero es dulce conmigo —explicó Teddy, reprimiendo cualquier síntoma visible de enfado. Apretó los labios mientras sus ojos se abrían con fuerza—. No parece un castigo justo. Es la única amiga que tengo.

—Lo sé. Aunque si no te fastidiara no sería un castigo.

El fuego interior del muchacho comenzó a arder. Debía encontrar la frase adecuada, igual que había hecho en otras tantas ocasiones para que evitar el castigo. Cualquier fórmula mágica. Pero el inicio de la desesperación no le permitió hallar nada.

—No lo veo justo. Es mi amiga y... —se detuvo con la mirada suplicante—. Ella me gusta.

Frida le miró perpleja.

—¿Cómo puede ser eso? No es posible. No es una jovencita para ti, es una insolente. ¿Acaso no viste lo que pasó el otro día en el coche? No tiene ninguna educación. Quizá cuando seas mayor entiendas todo esto. Por el momento te ordeno que dejes de verla.

El chico bajó la cabeza a la mesa y encogió los hombros.

—No —murmuró.

Frida lo miró desconcertada.

—¿He creído oír bien, jovencito?

—He dicho que no. No dejaré de verla. Siento desobedecerte, mamá.

—Oh. —Frida permaneció con la boca abierta. Luego agregó—: Nunca me habías replicado de esta manera. Parece incomprensible, esa chica te tiene completamente absorbido.

Teddy la miró fijamente.

—No, mamá. He tomado mi propia decisión.

—¡Oh, Santo cielo! —rugió la madre—. Será mejor que me obedezcas, jovencito. Sé lo que te conviene. ¡Me oyes!

—Si lo supieras no me impedirías verla. He estado tiempo solo y no me gusta. Ed ya tiene otros amigos y no me necesita —dijo, cerrando los ojos.

—Eres muy joven y puedes encontrar muchos amigos y amigas, eso no debe preocuparte. Pero esa chica es una mala compañía, cualquier madre lo advertiría enseguida.

—Ella me gusta.

—Si no me obedeces, tendré que tomar medidas más drásticas y no quisiera hacer eso.

—¿Sí, y qué harás? —replicó—. ¿Tirar mi colección de monstruos? No significan nada ya. Esa amenaza no te servirá.

—¡Sube inmediatamente a tu cuarto! Estás castigado. Ya buscaré un castigo adecuado a este comportamiento descarado. Quizá llame a tu padre.

—¡Adelante! ¡Él seguro que me dejaría verla!

Teddy se levantó de la silla y salió corriendo hacia la puerta principal. La cerró con un fuerte portazo y se volvió sosteniendo el peso de las lágrimas.

De pronto se quedó con los ojos en blanco y los músculos entumecidos.

Berenice estaba frente a él con una oscura sonrisa.

—Ahora ya sé qué eres capaz de hacer por amor. Puedes hacer tu próxima pregunta.

—¿Eh? —preguntó, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pregunta Respuesta, ¿recuerdas?

El viernes por la noche Ken Parker se encontraba sentado en el sillón frente al televisor. Una mujer explicaba con fingida satisfacción cómo había perdido diez kilos en una semana. La pantalla mostraba dos fotos. En la primera, la mujer gruesa vestía un horrible vestido marrón; en la siguiente mostraba una figura envidiable, luciendo un bikini rosa que realzaba de forma envidiable glúteos y pechos. Con todo, la mente de Parker pasaba por alto los milagros divinos de la televisión. Se hallaba zambullido en su tercera lata de cerveza, mientras repasaba por enésima vez el antiguo caso de Chicago. Si iba a enseñar el informe a Forest, no quería que éste viera nada que pudiera relacionarle con el inoportuno disparo en la niebla.

Alzó la mirada al techo. En la pantalla, la mujer explicaba incansable cómo el revolucionario producto que sostenía entre las manos podía convertirte en una semana en algo parecido a ella. Parker cerró los ojos con fuerza al tanto que recordaba.

El arma comenzaba a pesar más de lo acostumbrado. Pero sabía que era su propia conciencia, anulando la fortaleza de sus brazos. En el suelo yacía el cuerpo del niño cuya denuncia por desaparición había sido puesta semanas atrás. Su mente pareció bloquearse al comprender que quien había escapado saltando la verja del callejón era Spencer. Y esta vez no era él quien había asesinado a una nueva víctima, sino Parker. La sirena de los coches patrulla se aproximaba. Se inclinó junto al chico y lo zarandeó desesperadamente con manos trémulas. ¡Despierta, despierta!, gritaba una y otra vez. Dos policías de uniforme negro le preguntaron qué había pasado.

—Spencer. ¡Ese cabrón ha disparado al chico antes de saltar la verja!

—¿Llevaba un arma el sospechoso? —pregunto uno de los policías.

Parker lo miró por encima del hombro.

—Sí, sí. Por supuesto. Ha escapado por allí. —Con el dedo de la mano izquierda indicó hacia delante; la otra aún sostenía el arma oculta bajo el abrigo—. Vayan detrás de él. ¿A qué están esperando?

A continuación abrazó al chico, cuya vida se esfumaba por el orificio del calibre 22.

—Joder —rugió en el presente, y dio otro trago de cerveza.

Su obsesión le obligó a escudriñar una vez más cada línea, en busca de alguna pista que delatara que Spencer no usaba armas del calibre 22. Ya sabía con certeza que no encontraría nada, sin embargo, el pesar humano nos impulsa a veces a indagar más allá de lo razonable, como si hubiese un ojo

acusador a nuestra espalda.

No hay nada. Te lo repito, jamás encontrarán nada. Habrías sido un conciencizado delincuente, mucho mejor de lo que eres como policía.

Suspiró aliviado. Podría mostrar el expediente a Forest sin ningún problema. Y Spencer ya no hablaría nunca más.

Pese a todo, el asesino de Spencer se paseaba por las calles, mientras él se encontraba a punto de alcanzar la línea divisoria de la embriaguez.

Tiene razón.

Usaría los métodos aprendidos de Julia, su exmujer. Acudiría ahora mismo a una de las escenas del crimen. Su casa se encontraba más cerca de donde habían vivido los Genderson. Parecía excusa más que suficiente para ir a ésa en primer lugar. No le resultaría difícil traspasar la cinta policial sin ser visto.

Abrió la nevera para sacar una cuarta cerveza. Sobre la mesa de la cocina había un plato con restos de arroz hervido. Antes de salir cogió sus guantes negros de piel y su arma reglamentaria. En el bolsillo de su chaqueta introdujo una linterna.

Lo repito, serías un mejor delincuente.

En un lapso de tiempo que no pudo calcular, se hallaba delante de la portezuela de su coche, insertando la llave en la ranura. Luego dejó la lata de cerveza en el asiento contiguo.

Recuerde no conducir bajo los efectos del alcohol, se dijo para sus adentros a la vez que escupía una sonora carcajada. El ronroneo del motor se extendió en forma de ecos por todo el vecindario. Sin saber por qué, aquello dejó de tener importancia para Parker, que ya conducía calle abajo con una expresión de dramática atención en la calzada. Un inoportuno vecino podría advertir algo desde una ventana, pero ¿no era eso lo que sucedía en casi todos los pueblos? De todos modos, sólo era un buen policía dando un paseo un viernes por la noche. Nadie podía reprocharle nada.

Antes siquiera de reparar en ello, frenó a pocos metros de la vivienda de los Genderson.

—Joder —graznó al ver a dos chicos en la puerta de acceso de la casa de al lado. Cuando miró mejor observó que era Teddy Benson. ¡Con una chica! Cielos. Conocía a ese chico casi desde que llegó a Silverston con Julia y nunca lo había visto hablar con una chica—. Ya te tocaba, chico. A por ella.

Aunque aquellos dos impedirían entrar en casa de los Genderson sin ser visto. Era lo primordial en el estilo que había aprendido de Julia; nunca ser visto en un lugar donde uno no debía estar. Claro que él carecía del talento

para sonsacar los secretos a las personas.

Tras ese pensamiento requirió urgentemente un largo trago. Miró con avidez el bote de cerveza recostado sobre el asiento. Casi parecía estar esperando que alguien lo cogiera y le diera...

Un buen trago, joder.

Pero antes circuló despacio hasta el otro extremo de la calle. Aparcaría el coche lejos e iría dando un paseo. Al pasar frente a la casa de Teddy, por la ventanilla vio casualmente a la chica junto a Teddy. No la conocía. Luego su vista se desvió a la gran casa. La conocía de los muchachos en la comisaría. Entonces rememoró que Andy había tomado declaración a los nuevos residentes el día que encontraron el cuerpo del viejo Genderson y su esposa. Por lo visto tenían una hija, pensó Parker. Una de las ventanas en la planta superior tenía las luces encendidas.

Estacionó el coche junto a la acera de Point Street, una de las calles que cruzaba Boulder Street.

—Buen barrio —susurró al tiempo que cogía la lata de cerveza.

La bebió de un trago y la encestó en un cubo de basura de metal ubicado en la esquina.

Comenzó a andar por la acera, con las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta vaquera y el cuello alzado, los hombros encogidos de forma furtiva y haciendo uso de la oscuridad. Dejó atrás el cruce de Boulder Street con Point Street. Tenía la intención de adentrarse en la calle posterior para no ser visto por los chicos, que podían seguir con lo que tenían entre manos, pensó con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes.

La calle estaba vacía y tranquila, los tipos más animosos estarían ante la barra del Morris's Dry con una copa entre las manos y una estúpida sonrisa en la cara. La calma junto a la imagen de Teddy y su nueva amiga, evocó en Parker recuerdos de su propio pasado, cuando los días con Julia no consistían sólo en sonsacar los trapos sucios del matrimonio.

Por entonces preparaba su examen de acceso al cuerpo de policía. Estaba sentado ante una de las mesas de la biblioteca cuando vio entrar a Julia. Con unas sofisticadas gafas de pasta negra y el suave trote de una yegua, que excitó a Ken Parker, se dirigió hacia uno de los pasillos centrales. La vista observadora de Parker se posó en sus zapatos de tacón y en cómo ella evitaba que éstos realizasen el más mínimo ruido, casi parecía una visión angelical que se desplazaba hacia su destino. Sin pensarlo la siguió, con un volumen de Leyes y Estado como excusa para entablar una posible conversación. Él no

sabía que Julia había ya advertido su atenta mirada. Se encontraba delante de la sección de literatura inglesa con su dedo deslizándose sobre los lomos. Parker pensó que ella sabía ya lo que buscaba y que probablemente ese ímpetu se reflejaría en su vida diaria; una mujer que sabía lo que quería. Tras una presentación creativa por parte de Parker, y logrando arrancar una educada sonrisa a Julia, quedaron para conversar en la cafetería situada frente al edificio de la biblioteca. Lejos de los libros y la seriedad de la biblioteca pública de Chicago, la sonrisa de ella surgió con mayor confianza, confiriéndole una hermosa viveza que encantó a Parker. Sin embargo, los exámenes estaban fijados para el día siguiente y dejaron la cita para otra ocasión. Eso fue lo que le dijo cuando le extendió un papel con su número de teléfono. Ella lo cogió con vacilación, pero después de la sonrisa cordial de Parker, lo guardó en el bolso y prometió que le llamaría. La cita siguiente fue de celebración, pues había aprobado el examen de la academia de policía. Como suele ocurrir cuando uno conoce a alguien, Julia mostraba su lado más agradable y jovial; su talento para exprimir hasta el último secreto de alguien se revelaría más tarde.

Una callejuela accedía al jardín posterior de la casa de los Genderson. Echó un vistazo a ambos lados de la calle y, tras asegurarse de que la pareja de amantes enroscados junto a una farola únicamente saborearan el beso, se internó en la oscuridad de la calleja. Un pesado silencio creció en torno a él. Minutos después se hallaba pasando por encima de la valla de estacas con sigilo. Advirtió el cambio del asfalto al mullido césped cuando posó su pie. Miró por última vez al inicio de la calleja.

Solo.

Se volvió ante la propiedad. Unos listones de madera se encontraban apoyados contra el muro de la casa. Y varias pequeñas bolsas de clavos yacían al lado. Un martillo asomaba bajo sacos de cemento. El cobertizo estaba abierto y del interior emergía una carretilla. Por lo visto el señor Genderson estuvo ocupado antes de tropezarse con la muerte, pensó.

Sacó la linterna a pilas, cuyo tamaño siempre le producía la sensación de resbalársele de entre los dedos igual que una sanguijuela. Apuntó hacia el jardín donde estuvo el cuerpo del viejo. La luz iluminó las petunias aplastadas con sus pétalos esparcidos. Esa zona había sido revisada concienzudamente, no le cabía la menor duda. Dirigió el haz a la pared de madera del cobertizo. No descubrió nada salvo varias zonas florecidas de moho. Caminó por un lado de la casa con la luz abriéndose paso por las

tinieblas frente a los pies de Parker. No quería tropezar y revelar su presencia. Al menos por ahora, ya que si hallaba algo debería avisar a Forest.

El porche de ladrillos cuyo techo estaba sostenido por dos columnas, sugirió a Parker que estaba frente a una casa colonial pequeña. Pasó por debajo de la cinta policial. Asió el tirador de la puerta y lo descendió; luego asestó un fuerte empujón. Con una mueca de disgusto, imaginó al sheriff del condado al otro lado de la puerta, con los brazos en jarras y mascando tabaco.

—Apuesto a que te gustaría echarme el guante en una situación como ésta.

El foco alumbró las escaleras situadas a la derecha, que conducían a la planta superior. Avanzó despacio por el salón, donde habían sido halladas parte de las pruebas: sangre perteneciente a la señora Genderson, tres cuadros rotos debido a la caída sobre la mesa. Principalmente pruebas que ayudaban a recrear lo ocurrido, pero nada que condujese hasta el culpable. Un dibujo de tiza señalaba dónde había estado el cuerpo de la anciana. Todo continuaba como en las fotos tomadas el día que encontraron los cadáveres.

Las sombras se dividieron en dos cuando Parker subió las escaleras. Alcanzó el rellano aferrando con fuerza la linterna. De repente sintió que la pestilencia procedente del dormitorio lo envolvía. Con el ceño fruncido tomó aquella dirección. El hedor se intensificó anulando el resto de olores a serrín y a madera nueva. El foco circular chocó contra la puerta del dormitorio. Parker posó la mano libre en el pomo y se preparó para recibir un estallido de hediondez enfermiza. Empujó la puerta suavemente y ésta chocó con el limitador de goma insertado en el suelo. Su primer impulso fue palpar su cintura en busca del arma, pero reparó en que el dormitorio se encontraba vacío. La luz se derramó sobre la cama, revelando manchas oscuras de orina. El intenso olor hizo que sus intestinos se estremecieran.

—Qué asco, mierda.

Cualquiera que fuese la enfermedad que afectó al viejo Genderson debía ser terrible a juzgar por el olor a enfermedad.

Barrió el dormitorio de un extremo a otro en busca de algo que captara su atención, pero por lo visto los de homicidios habían hecho un buen trabajo.

Suspiró resignado. Se acercó a la ventana para despojarse del mal olor. La abrió y respiró sintiéndose agradecido cuando sus pulmones renovaron el aire. Dejó la linterna en la repisa y apoyó las manos. Luego, con expresión estúpida pensó que acababa de añadir sus propias huellas al escenario de un crimen. Entonces lo vio.

Atrapado en la hendidura del mármol de la repisa, aleteaba un filamento de hilo.

La casualidad a veces obraba sus milagros y, sin duda, Silverston no poseía los elaborados métodos en búsqueda de pruebas de una ciudad como Chicago. Ahora Forest sabría que Parker había entrado en la casa de los Genderson.

7

La sonrisa de Berenice se ensanchó resaltando sus pómulos. Sus ojos parecían absorber el reflejo de luna que brillaba en lo alto del cielo

—¿Has estado espiando? —preguntó Teddy.

—¿Ésa es tu pregunta?

—¿Eh? Bueno, no forma parte del juego. —Teddy se sentó en uno de los escalones del porche y se llevó las manos al rostro.

—Sí. Estaba aquí fuera. No has hecho nada malo. No debes estar triste.

—Mi madre está muy enfadada conmigo.

Berenice se acercó a él y le estrechó las manos.

—Tus manos están calientes con estos guantes —observó el chico.

Ella asintió.

—¿Qué harás ahora?

—Nada —dijo la voz contundente de la señora Benson en el umbral de la puerta—. Subiré a su cuarto. Está castigado.

Teddy abrió los ojos con fuerza y miró por encima del hombro. Su madre aferraba el tirador de la puerta con tanta fuerza que el chico tuvo la impresión de que se quedaría con él en la mano.

—Por favor, mamá. Trata de comprender.

La otra mano de Frida Benson sacudió el aire con sus enérgicos ademanes, como si el aire le fuera molesto y se viera obligada a apartarlo de su alrededor.

—Jovencita, esta conversación es privada.

Berenice se irguió.

—Teddy es un buen chico.

—Por supuesto, y quiero que siga siendo así.

—Usted no está enojada con él, sino conmigo. Por mi actitud de la semana

pasada.

—Oh, qué interesante —gruñó Frida.

—Usted forma parte de las personas que no soportan que les lleven la contraria. Y cuando siente esto, es como si una aguja royese en su pecho.

Frida esbozó una sonrisa sarcástica.

—Vaya, qué te parece. ¿Me vas a analizar a estas alturas de mi vida, jovencita?

—Su hijo y yo somos amigos. Y no hay nada de malo en ello. Yo no le influyo de ninguna manera, ni tampoco soy mala compañía. La adolescencia es una etapa de cambios, a veces muy complejos, los sentimientos se mezclan y muchos padres no saben cómo afrontarla. Su hijo está creciendo y es bueno que tome algunas decisiones por su cuenta. Para errar y luego rectificar. Es hacerse adulto. No puede ni debe detener esa etapa con castigos ni enojos.

Frida permaneció boquiabierta con sus labios formando una O.

Teddy se levantó del escalón.

—Berenice —murmuró.

El rostro de Frida se desplomó. Sus facciones parecían diez años más viejas.

—Jovencinta... Es cierto todo lo que dices. Pero al no ser madre te olvidas de un detalle importante. El deber de unos padres es estar ahí cuando ese hijo toma decisiones erróneas, para aconsejar y guiar. Ése es mi trabajo ahora. Un poco de disciplina puede enseñar muchas cosas.

—Se equivoca en eso. En muchos casos la disciplina provoca rechazo y miedo, sólo consiguiendo obediencia por la fuerza. Los errores enseñan mucho más que la disciplina. Sólo debe leer la historia de las antiguas civilizaciones. La humilde comprensión de un error produce efectos muy beneficiosos.

—No trates de llevarme a tu terreno con absurdas teorías, jovencita. Sé lo que es bueno para mi hijo. Teddy, por favor, entra en casa.

—¡Mamá! Somos amigos.

—Es verdad —dijo Berenice asiendo la mano de Teddy. Éste notó el calor de sus manos de nuevo—. Y esa verdad es más fuerte que usted —añadió con aspereza.

—Empiezas a olvidar tus modales. No tengo por qué perder más tiempo. Llamaré a tu padre.

—Qué bajeza por su parte, señora Benson, acudir a alguien que usted misma apartó de su lado. Qué tácticas poco dignas cuando persiste en

conseguir lo que no puede. A lo largo de la historia ha sido así. Las personas débiles enmascaradas en su falsa seguridad, recurren a estrategias de autoridad al no comprender la sabiduría del libre albedrío.

—Santo cielo. Pero ¿quién te crees que eres? —Frida dio un paso con la intención de agarrar a Teddy, pero un sutil brillo que sólo advirtió la mujer, la hizo detenerse en seco al pie de las escaleras del porche.

Berenice soltó a Teddy y le miró a los ojos.

—Yo no engaño ni influyo a nadie. Dejo que cada cual tome sus decisiones. Puedes ir con tu madre si quieres. Pero ella no eliminará el vacío que hay en ti. —Después de las palabras dio un paso atrás, alejándose del chico—. Eres especial, Teddy. Como yo. Mi amistad es sincera... y será eterna.

Berenice se volvió y comenzó a andar hacia la portezuela del jardín.

—¡No! Espera. Mi amistad también lo es.

Sin volverse, ella dijo:

—Lo sé. —Luego dibujó una fría sonrisa que únicamente la noche vio.

—Déjala ir, Teddy. Sólo es una mocosa astuta —dijo Frida—. Y si de verdad quieres comprobarlo por ti mismo, anda ve. Si quieres hacerte mayor a base de errores lo respetaré.

—Mamá, es mi primera amiga de verdad.

—Tal vez —añadió Frida.

—Voy a hablar con ella.

—Ve. Mi puerta estará abierta cuando vuelvas.

Mientras el chico corría hacia Berenice la puerta a su espalda se cerró.

—¡Espera!

Berenice se volvió.

—Oye, ¿quién eres? —le imploró Teddy.

Berenice digirió su vista a la acera y entrecerró los ojos.

—Dime —insistió el chico.

—Soy Berenice.

—Oh, vamos, eso no es una respuesta.

Los ojos de la chica brillaron con intensidad cuando le miró.

—Teddy, yo... no creo que debas saberlo.

—Ocultas algo. Lo sé. ¿Es por tu enfermedad?

—Supongo que sí —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Supones? Ahora eres tú la que dudas. ¿Crees que voy a juzgarte por una enfermedad?

—Siempre lo han hecho. Por eso decidí estar sola. Pero a veces necesito

saber.

Teddy se acercó a Berenice al tiempo que ella retrocedía.

—Yo no lo haré.

—No te acerques —vociferó con voz lúgubre.

—¿Eh?

—Nadie puede acercarse a mí. —Berenice alzó su mirada y añadió con una voz suplicante—: Oye, seguro que podemos ser amigos sin hablar más de mi enfermedad.

—Claro. —Asintió con firmes movimientos de cabeza—. Pero no te juzgaré.

Ella sonrió y alargó una de sus manos enguantadas, pero se detuvo antes de acariciar su mejilla.

—Eres bueno conmigo, Teddy Benson.

Éste le cogió del antebrazo y empujó el trayecto detenido de la mano. Sintió el calor en sus mejillas. Ella parpadeó dubitativa.

—Tú también eres buena. Aunque a veces te comportas como una chica oscura. Me gustan las pelis de terror y los monstruos, será por eso por lo que me atraes.

—Es posible —sonrió—. Aunque no me veas como un monstruo.

—¿Cómo podría? Eres preciosa. —Teddy, en un novedoso y apasionado arrebato, trató de acercar sus labios a los de Berenice, pero ella lo apartó de inmediato con un fuerte empujón.

—¡No! ¡Nunca!

Teddy, tendido en el suelo, se palpó el trasero dolorido.

—¿Eh? Lo siento. Pensé que era éste el momento en que los chicos y chicas de besan.

La muchacha se inclinó junto a él. Y Teddy contempló por primera vez el miedo en sus ojos.

—Perdóname. Es por la enfermedad. No quería ser tan brusca. Más adelante cuando esté mejor, tal vez, ¿vale?

—Vale.

Le ayudó a incorporarse, y el chico percibió una notable fuerza en los brazos de ella. Esa chica parecía ser una extraña caja de sorpresas, pero él averiguaría su secreto.

A cualquier precio.

Capítulo 9

1

A la semana siguiente, Ken Parker estaba tras el volante de su coche, detenido frente a la comisaría. Sostenía, pensativo, los viejos expedientes del caso de Chicago. Después de tanto tiempo con el caso apartado de su cabeza, no sabía si era bueno volver a saber de aquellos hechos o, por el contrario, era mejor arrojar esos papeles al fuego. No obstante, ¿cómo hacerlo cuando todas las pistas conducían al antiguo caso?

Era lo que siempre habías querido, Ken.

Era cierto. La última pieza del caso de Chicago se encontraba ahora en las calles de Silverston, asesinando a personas presas de un virus contagioso. ¿Adónde diablos le conduciría todo esto? Y ahora tenía una prueba que les revelaría nuevos datos. Había informado a Forest de ésta la mañana del sábado. Forest le dijo que no era el procedimiento ordinario entrar en las casas de las víctimas en la noche. Aunque se sintió satisfecho con la prueba.

Con una expresión de impotencia, apretó con fuerza el expediente y se apeó del coche. Aproximándose a la puerta, advirtió que las risas que normalmente inundaban el interior de la comisaría habían desaparecido. Al entrar vio a Forest sentado sobre la mesa de su despacho. Lo estaba esperando mientras tomaba otra taza del horrible café.

—Buenos días —saludó, alejando de sí la taza—. Horrible.

—¿Y por qué sigues tomándolo?

—No tengo una respuesta —sonrió—. Veo que traes el expediente.

Parker le tendió la mano temblorosa y Forest se lo arrebató

—Veamos esto. Quizá arroje algo de luz al asunto.

—¿Hay novedades por parte del doctor Thomas Anderson?

—Por supuesto. Ha vuelto a llamar —contestó—. Imagino que por eso tomaba el café, siempre hay cosas peores.

Parker se sentó pesadamente en la silla frente a la mesa de Forest.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó éste.

—Sí. He estado dándole muchas vueltas al caso.

Forest asintió a la vez que abría el sobre y depositaba todos los folios con sus notas y fotos encima de su mesa.

—Veamos. Por cierto, el hilo que encontraste en tu pequeña excursión nocturna pertenece a tejido; guantes de punto, gorros de invierno o cualquier prenda similar. Es demasiado genérico, no podremos interrogar a todas las personas que usan guantes, gorros, bufandas o cualquier otra prenda de punto en Silverston.

—Olvidemos las prendas de invierno —dijo pensativo Parker mientras se masajeara las sienes—. No hace tanto frío en Silverston. Por lo tanto, no imagino a un asesino con bufanda. Y normalmente los guantes suelen ser de piel. ¿Y por qué en la repisa de la ventana?

—Cierto. —Forest no apartaba la vista de los informes—. Impresionante, el tal Spencer tenía la enfermedad. ¿Cómo es posible? —Después se sentó en su sillón y se acercó a la mesa.

—Ya te lo dije.

Forest carraspeó y observó a Parker tamborileando con los dedos las rodillas.

—¿Nervioso?

—No. Será por el olor del café —dijo Parker, deteniendo sus dedos.

—Es muy interesante donde explica la forma en que murió Spencer.

—Yo no lo diría de esa forma. En realidad parece algo... sobrenatural —declaró.

—Bueno, debe haber una explicación razonable.

—Eso me decía yo por aquel entonces.

Los ojos de Forest se iluminaron de pronto.

—Veamos qué te parece esto. Ese tal Spencer fue asesinado por uno de los presos, y al terminar su condena viene a Silverston a....

—Barajamos esa posibilidad, pero quedarían las dudas de cómo entró en la celda, le entregó la silla, la cuerda... Por Dios la tubería estaba a una distancia *imposible* del suelo. El tipo debería medir cuatro metros. Por otro lado, siempre nos quedará el asunto de esa enfermedad... Y ahora en Silverston.

Forest volvió su mirada a los papeles.

—¿Qué novedades nos da Thomas? —quiso saber Parker.

Forest dejó los informes sobre la mesa, se recostó en el respaldo y entrelazó sus dedos bajo el mentón.

—El chico Jason Cross no muestra mejorías. Está en una habitación aislada del resto de pacientes. Tal vez lo trasladen a un hospital del condado, con

mejores instalaciones. En palabras del propio Thomas Anderson, de momento no parece que el agente patógeno tenga intención de destruir al huésped. Aunque eso es especialmente lo que no le gusta. Nos enviará un fax en las próximas horas. Quiere hablar con el Centro de Control de Enfermedades de Atlanta.

—El CDC. ¿Tan serio es?

—Dice que en toda su carrera, nunca ha visto algo igual y cree oportuno informarles.

—¿Podemos tener una epidemia?

—Por el momento descarta esa posibilidad —aclaró Forest.

—Al menos una noticia buena, gracias a Dios. —El rostro de Parker se ensombreció—. ¿Entonces estamos hablando de bioterrorismo?

—No lo creo. Además nuestro hombre ha estado acabando con los contagiados.

—Tienes razón. Pero eso me dice que ese tipo sabe algo de la enfermedad.

2

Henry Hughes se encontraba sentado en una silla de la cocina con los ojos desorbitados mientras leía la noticia en el periódico local. Un error estaba gestándose en Silverston.

—Tenemos un grave problema.

Elena propinó una sonora carcajada al silencio de la cocina.

—¿No me digas? Sería bueno si solamente fuese uno. —Se volvió con el cucharón de madera en la mano. Una olla bullía sobre uno de los fogones. El aroma emergía del interior del cazo y se propagaba por la cocina—. A veces he pensado en que podríamos...

—Ni lo intentes. Jamás te lo permitiré —replicó Henry.

Elena volvió a reír con ganas.

—Ese monstruo ha penetrado en tu cabeza con sus estúpidas filosofías —declaró, y le dio la espalda a Henry—. Sí. Quizá el problema sea ése. Que es un monstruo que habla. Quizá si le impidiéramos hablar... —dijo con voz

mortecina. De pronto se giró con un cuchillo de carnicero en la mano.

—¡Basta! —Henry se alzó impetuoso y arrojó el periódico sobre la mesa—. No le harás daño, ¿me oyes? No tocarás ni un pelo de nuestra hija. —La cogió por los hombros y la zarandéó.

Elena le miró con los ojos enfurecidos y luego esbozó una sonrisa mortalmente irónica.

—No seas estúpido. —Con una brusca sacudida, se zafó de Henry y volvió a prestar atención a la olla—. ¿Acaso crees que podría? Es un monstruo fuerte.

—¡Basta, te digo! Es nuestra hija. Y no me refería a eso. Tal vez tengamos que marcharnos de aquí.

Elena se volvió con rapidez.

—¿Marcharnos de Silverston? ¿Tan pronto? ¿Cómo es posible?

Henry con el dedo le indicó el periódico.

—Hay un chico enfermo en el hospital.

Los ojos de la mujer se abrieron de impotencia.

—Otra vez. Te dije que ocurriría si la dejábamos ir a la escuela. Seguro que ha sido ella.

—Ha sido culpa mía —dijo cabizbajo—. Yo debí haberla vigilado mejor.

—Tal vez se haya peleado con alguien.

Henry negó con la cabeza.

—Estoy seguro de que fue cuando defendió al muchacho, al vecino. Algo pasó. Hablaré con ella. Ahora tenemos una buena relación.

Elena se encontraba con las manos apoyadas en la mesa y la mirada perdida en la lectura de la noticia. Al escuchar a Henry su cuello se giró para mirarlo.

—No puedes creer eso. Te mentirá.

—No lo hará, Elena. Está buscando el amor. Algo ha cambiado.

—Tu estupidez ha cambiado. Te has vuelto despistado. Has bajado la guardia, Henry.

—Lo solucionaré. Es mi cruz. Ya que tú abandonaste la tuya, ahora hago doble trabajo.

—¿Qué nos ha pasado?

—No sé qué quieres decir, Elena.

—Antes no discutíamos tanto. Es culpa de ella, te das cuenta, ¿verdad?

Ambos se miraron. Junto a ellos la olla comenzó a emitir el horrible silbido.

Henry apartó la mirada y abandonó la cocina.

—¡Estás obsesionado con ella! No es buena, Henry —exclamó en tono suplicante.

Se detuvo ante la puerta del cuarto donde descansaba Berenice. Su esposa no abandonaba su nueva insistencia por llamarla monstruo. Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Henry golpeó la puerta con su mano nudosa. Entristecido, se las acercó a la vista hasta que reparó en la vieja cicatriz.

Esperó varios segundos, y se giró resignado a que Berenice había vuelto a salir. O quizá estaba con ese nuevo chico. Tal vez sea la clave de todo, pensó. El chico, afortunadamente, no era perseguido por un violador de niños.

Cuando entró en el dormitorio, se detuvo junto al armario. Posó la mano en el estómago, donde palpitaba la úlcera. Entrecerró los ojos por el dolor cuando miró el cajón que contenía su diario personal. El que revelaba al mundo los terribles secretos de Berenice, su hija. Al menos ahora lo era y debía responsabilizarse.

Era el momento de realizar algunas anotaciones en él.

Abrió el cajón e hizo a un lado la ropa. Experimentó un súbito escalofrío en la mano que acercó a la cubierta deslucida del libro. La alejó, eludiendo el frío que lo envolvía. Cerró los ojos y contuvo la respiración. Finalmente lo cogió. Lo sostuvo entre sus manos trémulas como una bola de nieve, frío y, en cualquier caso, siempre bajo el velo de una gélida oscuridad. Sin embargo, contenía en palabras de sufrimiento parte de la verdad que conocía de Berenice, a la que añadió con gusto el apellido de su padre: Hughes.

Deslizó sus gruesos dedos sobre la piel marrón en que había sido fabricado el diario, en cuyo frontal resaltaban las palabras *El Diario de mi Propia Verdad*, cosidas en hilo grueso. Comenzó a escribirlo en folios individuales, pero con el tiempo lo reunió todo en un pequeño volumen confeccionado por las manos de un artista.

1 de agosto de 1986.

No soy de las personas que se sientan frente a un escritorio a relatar los sucesos del día. Pero la vida me ha obligado a ponerme a ello por circunstancias que escapan a mi control. Al menos quiero pensar que ello es así. En caso contrario me volvería loco.

Desde hace unos años vive con Elena y conmigo una enigmática niña que dice llamarse Berenice. Fue Elena quien la encontró dentro del maletero al llegar a la ciudad de México, tras dejar aquel cuchitril motel donde se paseaba por las noches. Yo mismo tuve la ocasión de verla varias veces andando vestida como una pobre mendiga por el pasillo. No comprendí nunca cómo pude haberme encariñado de esa niña tan pronto. Siempre pensé que era debido a mi compasión por los niños, o

debido a que uno siempre desea lo que no puede tener. Por aquella época ya sabía que no podía ser padre. Aquello me supuso una grave depresión que aún a día de hoy me pregunto si la he superado del todo.

Cuando Berenice me miró con sus dulces ojos, añoré más que nada en el mundo tener una hija. Tal vez, la vida, a veces, nos conceda nuestros deseos más profundos. Y, sin comprender por qué, allí estaba, dentro del maletero de mi coche. Me vi obligado de inmediato a ayudarla a salir de él en cuanto aprecié sus frágiles brazos, pero enseguida observé que tenía más fuerza de la que aparentaba.

Lo primero que se nos pasó por la cabeza en ese momento a Elena y a mí, fue que debíamos informar al tipo del motel, porque pensábamos que se había escapado. Pero, por lo visto, aquel tipo nos mintió descaradamente respecto a ella. La niña nos aseguró que no tenía parientes a quien acudir. Era una pobre huérfana que vivía con el matrimonio del motel y les ayudaba a las tareas del mismo. Mientras decidíamos qué hacer con ella, le compramos unos vestidos. Un dato curioso es que no quiso desembarazarse de una vieja postal que tenía dentro del único bolsillo servible de su harapiento vestido. Era una foto de una población del estado de Alabama. Permitimos que se quedara con la postal.

No sé cómo expresar con palabras lo que sentí al verla dentro del nuevo vestido blanco. Quizá la palabra ángel parezca exagerada, pero era lo que parecía. Un ángel. Cuando sonreía, su carita blanca parecía sacada de los viejos cuentos de hadas. Y sus ojos brillaban llenos de vida. Pero aquello duró pocos días. Aunque prefiero no añadir horror a este primer día del diario. Quiero continuar relatando lo agradable que era y, a día de hoy, sigue siendo, al menos en ocasiones.

Después de nuestra estancia en el hotel de México y sin tener claro qué íbamos a hacer con la niña, Elena y yo notamos los primeros cambios en su aspecto. Su piel parecía ir perdiendo en el transcurso de los días algo de... quizás deba llamarlo elasticidad. El brillo desapareció de sus ojos. Incluso parecía andar algo más encorvada. Era como si envejeciera. Supimos enseguida que estaba enferma. Eso parecía explicarlo todo en aquel entonces. Y ya que la niña nos insistió repetidas veces en que no tenía a ningún familiar ni a nadie, Elena y yo consideramos oportuno regresar a Chicago y acudir a la consulta de nuestro médico de confianza, Timothy Jarrel; ella estaba cada vez peor y nuestra obligación era la de ayudarla. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Sin embargo, algo pasó durante el viaje de vuelta a Chicago. Ahora estoy seguro de ello. Por aquel entonces yo era demasiado ingenuo, pero la experiencia es un grado, como suelen decir.

Pasaré a contar mis sospechas.

Me siento en la obligación de añadir por escrito que los dedos con que sostengo el lápiz empiezan a temblar por el miedo que siento. Todo lo que aquí expongo es la verdad.

Antes de llegar a Chicago, nos detuvimos a dormir una sola noche en un hotel a las afueras de Claremore, Oklahoma. Recuerdo que Elena creyó mejor descansar en casa, pero Berenice parecía extenuada y estacioné delante del hotel; aún quedaban muchas millas para llegar a nuestra casa. No discutimos porque estaba delante la niña. Aunque por mis actuales sospechas, pasó algo mucho peor en una de las habitaciones del hotel. Hace semanas que Elena no quiere hablar del asunto, pero yo no puedo quitarme de la cabeza el grito que se extendió por todo el hotel. Estaba sobre una cama individual cuando lo oí. Me incorporé aturdido. Miré al frente de la habitación casi sin acordarme de que esa noche habíamos dormido en un hotel. Enseguida accioné la luz de la lamparilla de noche. Elena estaba en la puerta de la habitación. Solía ser más rápida que yo en ciertas cosas. Le pregunté qué pasaba, pero como no me respondía, yo mismo me acerqué. El pasillo era el escenario de un crimen. O eso es lo que nos dijeron algunos de los huéspedes del hotel aquella noche.

Creo que ahora sé lo que era. Tal vez no deba ser llamado crimen. O tal vez esté influenciado por Berenice y no piense con claridad. Esto es lo que Elena me ha reprochado y sinfín de veces. ¿Acaso ella es inmune?

Parecía un asesinato más. Sólo una pobre anciana tendida en la camilla de la ambulancia. Ni siquiera la conocía. Ahora sé que debí echar una ojeada a la cama donde dormía la niña, pero aquella noche y con el grito aún en mi cabeza, ni siquiera tuve conciencia de que teníamos a una niña acogida por unos días. Lo único que sé es que a la mañana siguiente sus ojos volvían a brillar y su piel era

nuevamente la de un ángel. Ahora sé que ella hizo algo con la anciana. No sé cómo definirlo ni juzgarlo.

Nuestro trayecto hacia Chicago continuó sin más contratiempos. Detuve el Firebird negro delante de un local de prensa y compré el periódico. Desde entonces adopté esa costumbre. Casualmente había una noticia que hacía referencia a lo sucedido en el hotel de Claremore. Lo llamaban el caso de la anciana con manchas rosas en la piel.

Me he prometido no relatar nada del misterio que rodea a Berenice, pero parece que mis dedos hayan seguido su propio curso. En cualquier caso, creo que es suficiente por hoy.

12 de agosto de 1986.

Llevo varios días sin escribir nada nuevo en el diario, quizá sea por mi falta de costumbre. Pero he considerado interesante añadir impresiones que no añadí la vez anterior.

En el transcurso de las semanas y, aún sin entender qué misterio envuelve a la niña, Elena y yo hemos decidido de mutuo acuerdo adoptarla. Pensaba que ser padre a medias, por cuidar de una niña que no es descendiente de uno, es una mala idea. Berenice hace que vea esto como algo absurdo e inmaduro. Su cálida sonrisa puede hacer que te sientas cerca de su corazón. Son momentos como padre que jamás olvidaré. Ahora comprendo la grandeza y la enorme responsabilidad de ser padre. De tener cerca a alguien que te necesita y de poder enseñarle con humildad a caminar por la vida. En cambio, he notado que la niña es reacia a dar abrazos y besos.

El comportamiento de Berenice siempre es impecable. Sus modales parecen los de una jovencita educada para ser princesa. Su trato fácil y amable ha hecho que Elena y yo estemos algo más compenetrados. Ni siquiera sé si ésa es la mejor manera de expresarlo, pero por lo menos su mirada agria ha desaparecido. De todos modos, sigue fumando sin parar.

También he observado que, aunque Berenice dice tener ocho años, su forma de actuar está lejos de una niña de esa edad. En ocasiones resulta caprichosa y posesiva, alejándose de sus modales de princesa. Tiene cierta tendencia a dramatizar las situaciones. Pero siempre se las arregla de un modo que pudiera parecer maduro para conseguir lo que quiere. No parece la forma de actuar de una niña inexperta. Sobre todo me llama poderosamente la atención los guantes que usa siempre.

Iré haciendo un estudio detallado de la niña y anotándolo todo en estos folios en que escribo el diario.

11 de noviembre de 1986.

Durante meses estuve observado la particular forma de comportarse de Berenice. Mantuvimos algunas conversaciones de lo más instructivas. A veces tenía la extraña sensación de que ella me enseñaba a mí y no al revés como cabría esperar. Tiene una imaginación capaz de anular a los autores más brillantes. Noto que es una niña muy inteligente.

Algo que me conmocionó y me llevó a pensar en la falta de amor que siente, es la conversación que tuvimos mientras Elena se encontraba fuera, de compras. Fue una conversación de lo más extraña, siempre insistiendo sobre el mismo tema

Me preguntaba qué sentía yo por Elena. Primeramente quedé impactado por la pregunta. Luego le expliqué de una forma sencilla lo que sentía; quizás sería más acertado decir lo que sentí tiempo atrás. Sin embargo, evité temas negativos a la niña. Estaba muy interesada en el amor, como si ese sentimiento le fuera extraño o lejano.

Nuestra conversación se desvió hacia la historia antigua, conflictos bélicos y crisis políticas

internacionales... No comprendo de dónde ha podido sacar la información. Según ella, entraba sin permiso a la biblioteca de una ciudad en la que vivió años antes de acabar en el motel en que la vi por primera vez. Bendito aquel día.

Durante las semanas siguientes, Berenice y yo visitamos la biblioteca pública de Chicago. Al decirme que amaba la lectura creí que era un buen modo de pasar un día juntos. En la biblioteca tenía pensado guiarla a las estanterías de libros para niños. Sin embargo, ella rectificó el camino y nos detuvimos delante de los grandes clásicos de la literatura universal. ¿Cómo era posible? Una niña leyendo esa clase de libros. La insté a que esos libros podrían ser algo tediosos para su edad. Ella me mostró una amigable sonrisa, abrió un grueso volumen y deslizó su dedo enguantado por el índice.

Nuevamente me percataba de que tenía por costumbre usar guantes. No le di importancia porque los inviernos de Chicago podían ser duros.

La bibliotecaria me dijo que la niña no podía sacar el volumen de la biblioteca. Sólo lo dijo una vez. Berenice posó las manos sobre el mostrador, arrimó su redonda cara a la mujer y le murmuró que nadie debía verse privado del conocimiento. Recuerdo perfectamente las palabras. La mujer permitió que fotocopiara partes del volumen. La niña le devolvió una sonrisa que en mi opinión revelaba su astuta victoria. La mujer me miró sorprendida y yo me encogí de hombros con expresión cordial.

Tras lo ocurrido en la biblioteca, miré varias veces su certificado de adopción.

Nombre: Berenice Hughes Tomson. La niña adoptó mis apellidos.

Fecha de nacimiento 01/05/1978.

Ahora sé que la fecha es inventada. La niña se ha sincerado conmigo, lo que como padre considero de gran valor. Sé que la niña me aprecia. Me resulta muy difícil saber qué edad tiene exactamente, pero con un escalofrío en mi columna diré que ronda los nueve años. Tal vez su coeficiente intelectual sea elevado, porque mentalmente, en ocasiones, parece tener veinte años, si no más.

Incluso con la experiencia en la biblioteca pública de Chicago, creí que un libro de enseñanzas destinada para niños sería un buen regalo. Mi error fue entregarle el libro. Como si lo que explicase en su interior no lo supiera ya Berenice. Parecía saberlo todo. En nuestras conversaciones, a veces, elevaba su forma de expresarse a la de un profesor.

Ésa es al menos mi sensación, la que recuerdo. Aunque añadiría que al haber leído literatura antigua ha asimilado ese vocabulario haciéndolo suyo. Cuando habla de esa manera y me mira con sus ojos eternos siento que no estoy hablando con una niña. Eso me produce algo de inseguridad. Es inquietante que una niña sepa más que un adulto, pese a tener algunas rabietas infantiles.

Cuando vio el libro rio. Oh, Henry ¿por qué me regalas este libro? A lo que contesté que era bueno que viera las cosas que saben los niños. Entonces la expresión de Berenice cambió. Se endureció. Ya no parecía la niña dulce y cándida que era. Me devolvió el libro dándome las gracias por el regalo, pero que no era de su agrado. ¿Por qué lo has hecho?, preguntó. Le expliqué que como no sabíamos su fecha de nacimiento adoptaríamos ese día como el de su cumpleaños. Observé con asombro cómo su cara se relajaba y sonreía de nuevo. Luego me dijo que para su próximo cumpleaños esperaba algo más acertado.

Al verla recuperar el dominio de sí misma de esa manera tan madura me sorprendí. En cualquier caso también estaba feliz. A ella parecía haberle gustado mi idea.

Pero no dejo de preguntarme cómo puede alguien cambiar tanto su expresión facial.

22 de febrero de 1987.

Creo que es el momento de añadir algo del horror de Berenice. He intentado no hacerlo, pero algo me empuja a tenerlo todo aquí anotado. Parece una buena costumbre porque a veces releo las fechas

anteriores y sonrió con resignación. ¿Cómo hemos caído en sus mentiras? Aunque..., ¿qué culpa puede tener ella?

Siempre llamó poderosamente mi atención la delgadez de la niña, pensando que sólo era debido a su escaso apetito. No solía probar bocado. Ahora creo saber el porqué.

El fuerte carácter de Elena chocaba continuamente con el de Berenice, pero era ésta última quien conseguía siempre relajar la tensión. ¡Como si fuese más madura que mi propia mujer! Las riñas eran siempre sobre la comida. No tomaba casi bocado. Elena insistía en que tenía que comer, y que por eso estaba tan delgada. A pesar de esa delgadez ella parecía encontrarse sana y fuerte. Las bonitas facciones de su cara no eran las de una niña hambrienta.

Los días pasaban y sucedió lo inevitable. Ella comenzó a enfermar otra vez, como cuando estuvimos a punto de acudir al doctor Timothy Jarrel. Elena, que también había empezado a querer a Berenice, al menos a su manera, la obligaba en cada comida a tomar algo. Tostadas, zumos..., incluso probamos con dulces y chocolates; los niños siempre están abiertos a todo esto. Sin embargo, Berenice vomitaba todo lo que ingería y su extraña enfermedad se manifestaba con más dureza. Su piel empalidecía como el yeso y la alegría de su mirada se apagaba. Lo que más dolor me producía era verla andar encorvada como una anciana, era inaudito.

¿Qué clase de enfermedad amenaza a mi hija? Mi hija. Dios mío, casi ni me he dado cuenta de cómo lo he expresado. Una emoción recorre ahora mismo mi cuerpo. Sí, es mi hija y mi deber como padre es cuidarla.

La tarde del cuatro de diciembre, Elena y yo acordamos hablar con el doctor Timothy Jarrel. Él nos diría qué hacer. Ésa era nuestra intención al menos, pero volvimos a dejarlo estar.

A la mañana siguiente, Berenice apareció en el salón de la casa con sus energías completamente renovadas. Parecían haber desaparecido los síntomas del día anterior. Las recaídas y cómo se recuperaba a gran velocidad era contradictorio. Sobre todo quedé impresionado cuando por su propia voluntad se acercó y me dio un abrazo. No solía expresar sus sentimientos de forma física. Supongo que prefería recurrir a las sonrisas y la voz endulzada. Sostuve delante de mí a la niña y la miré a los ojos; parecían rebosantes de vida. Aprecié que seguía usando los viejos guantes y que sus manos irradiaban un calor agradable.

Al día siguiente le regalé unos nuevos guantes a Berenice. Estaba convencido de que esta vez le gustaría mi regalo. Y así fue. Se mostró agradecida y feliz. Los que sean padres sabrán comprender lo que experimenté cuando la vi tan alegre. Elena estaba de pie junto a la puerta del salón, dirigiéndome un gesto que indicaba que por una vez había acertado; con el tiempo uno aprende a leer las expresiones faciales de las personas con las que convive.

Los días que continuaron fueron agradables. Pasé unos días en compañía de Berenice y le pregunté si le gustaría asistir a la escuela. Con su capacidad seguro que se ponía al nivel del resto de alumnos en muy poco tiempo. Ella asintió, con dudas. Era la primera vez que la veía dudar de algo. Siempre se mostraba segura y calmada.

Así fue como mi hija tuvo su primer día de escuela. Una escuela elemental privada en Chicago fue la solución adoptada por Elena, quien decidió recurrir a la herencia de su familia, gracias a la cual realizábamos nuestros habituales viajes; ahora menos frecuentes por el tiempo que nos resta Berenice, pese a que ella parece saber cuidarse sola.

Su asistencia a la escuela elemental duró sólo un par de meses. El horror de Berenice volvió a hacer de las suyas. Sin embargo, ¿cómo culparla?

Mi corazón palpitaba lleno de emociones. Veía entrar por primera vez a mi hija en la escuela elemental, con su pequeña mochila a la espalda. Fue entonces cuando observé que su vestuario era escaso y yo quería que mi hija se sintiera como una niña querida. Elena volvió a usar el dinero de su herencia para vestir a la niña como una muchachita de nueve años. Aunque los vestidos seleccionados por Elena no duraron mucho. Berenice pronto seleccionó su propia ropa. Advertí que siempre usaba el negro. Mi mujer y yo intentábamos por todos los medios impedir que usara el horrible vestido negro que eligió en una tienda de vestuario gótico. ¡Dios santo! Berenice parecía una especie de bruja de cine

de terror con ese vestido y los zapatos negros, todo resaltado por mi regalo: los guantes. Le indiqué que algunos niños eran malos y que podrían burlarse por su vestido. Ella, una vez más, me miró con clama y me dijo: Lo sé. Pero sólo se reirán una vez.

En aquel momento no comprendí sus palabras.

Una semana después, Berenice desaparecía de nuevo tras la gran puerta de la escuela con la mochila. Esta vez con el largo vestido negro. Con resignación, observé que los demás niños vestían jeans y camisetas, las niñas vestidos de colores alegres. Traté de aceptar el color favorito de mi hija como algo pasajero, porque creí que al verse diferente del resto, tomaría la decisión de desechar el vestido.

Cuando volvía de la escuela me contaba lo entretenido que le resultaba asistir a las clases. Y que algunos profesores eran simpáticos. No dijo nada sobre si había tenido problemas por el vestido. Ella parecía contenta.

Un día, un profesor llamó a casa para comunicarnos que nuestra hija se hallaba en la enfermería de la escuela. Nos dijo que había estado delante de la pizarra realizando unos ejercicios de cálculo, y que de pronto comenzó a mostrar debilidad y que su cara adquirió un color blanco. Berenice les contó que estaba enferma y a veces le pasaba.

En cuanto colgué, Elena y yo llegamos en nuestro Firebird a la escuela. La niña se encontraba sentada en la camilla de la enfermería. Sobre una mesa vi un vaso de zumo intacto. Por lo visto la enfermera había tratado de que tomara zumo de piña. Berenice, por supuesto, rehusó. Cosa que ya no me sorprendía. En casa solía tomar pequeños sorbos de los caldos enriquecidos que preparaba Elena. La enfermera nos dijo que era bueno que a la niña la observase un médico especializado. Nosotros dijimos que así sería y nos apresuramos a sacar a Berenice de allí.

Pusimos rumbo a la consulta privada de Timothy Jarrel sin comentarle nada a la niña. Pero comenzó a sentirse inquieta a medida que nos acercábamos. No le ocultamos la visita al doctor por ningún motivo especial, imagino que fueron las prisas del momento, porque sabíamos que era su extraña enfermedad que volvía a dar la cara. Frente a la puerta de la consulta Berenice nos aseguró que se le pasaría, que siempre sucedía. Pero nosotros necesitábamos saber qué tenía. Sobre todo, yo necesitaba saberlo. Ella se excusó con varias frases de su repertorio de sabiduría particular, pero aquella vez no le funcionó. Estábamos decididos averiguar la causa del problema.

Timothy Jarrel nos recibió con su habitual cortesía y nos invitó a sentarnos en los respectivos sillones que había en el despacho. Recuerdo su expresión al ver a la niña con el vestido negro. No conocía nada aún de la existencia de Berenice. Yo mismo le expliqué que por fin habíamos decidido adoptar una niña y añadí que ambos estábamos encantados. Él asintió satisfecho y dirigió una mirada amable a Berenice, que ella rechazó. Me apresuré a explicar que por lo visto no le gustaban los médicos. Sonrió cortésmente al comprobar mi expresión embarazosa.

En la primera cita, aquella misma mañana, nos indicó que Berenice podría tener intolerancia a algunos alimentos. Y que era común que una niña de su edad mostrase alergia a la lactosa o al gluten. Luego, en privado, sin que la niña nos escuchara, nos contó que al ser adoptada y no conocer su historial médico, podría sufrir de un trastorno alimenticio severo. Lo dejamos todo en manos del doctor, porque nos aseguró que todo sería a causa de una fuerte malnutrición, y que ésta era frecuente en niños cuando no disfrutaban de una vida normal y de la estabilidad de una familia. Recordé el viejo motel en la frontera con México y decidí que el doctor estaba en lo cierto.

No sé qué pudo averiguar el doctor Timothy Jarrel, porque falleció al tercer día que trató a Berenice. Según se nos reveló después, estaba gravemente enfermo.

Lo más interesante del asunto, y que el buen doctor me perdona, era que Berenice se recuperó del todo una vez más. Su sonrisa estaba siempre presente y su piel resaltaba como de costumbre: blanca pero saludable. Era curiosa su mejoría cuando alguien moría a nuestro alrededor. Elena me lo hizo notar. Yo le dije que no pensara estupideces, que Berenice no dejaba de ser una niña de nueve años. ¿Qué podría hacer una niña de esa edad?

Después de la milagrosa recuperación volvió a asistir a la escuela. Realizaba puntualmente sus

trabajos escolares. Los profesores nos llamaron esta vez para felicitarnos y decirnos que era una muchacha muy inteligente. Como padre me sentí orgulloso, ignoraba cuáles eran los sentimientos de Elena. Sin embargo, creo que las palabras a veces no pueden expresar del todo bien las emociones humanas. Por lo tanto repito de nuevo que sólo unos padres pueden entender lo que sentí ante los elogios del profesor.

Todo transcurría perfectamente. Berenice se encontraba bien, aunque continuaba sin comer alimento sólido; abundante agua, algunos caldos y zumos que le preparaba Elena. Su dieta no pasaba de eso. Parecía imposible que una niña tuviera ese aspecto radiante con una dieta tan limitada. Pero así era. Nadie podía dudar de ello al observarla.

Pero la alegría volvió a abandonarnos una vez más. Berenice sufrió otra recaída. Esta vez menos severa, y se recuperó de inmediato tras otra muerte cercana a nosotros.

Acudí, como era costumbre, a recogerla a la escuela en el Firebird. Cuando llegué había dos coches de policía detenidos delante de la puerta. Me impidieron acercarme, y les dije que era padre de una de las alumnas. Entonces me dieron paso. Encontré a Berenice sentada con el resto de sus compañeros, mientras algunos padres se limpiaban las lágrimas. Me informaron de que uno de los profesores había sido encontrado muerto en los servicios.

¡Otra muerte más! Estadísticamente creo que es imposible muertes en intervalos tan cortos y siempre cercanas a Berenice.

De todos modos, no quise darle mayor importancia a los comentarios de Elena. Sabía que desde hacía una semana no sentía especial simpatía por la niña. Pero yo no estaba dispuesto a creer sus teorías absurdas.

Observé que bastantes niños lloraban. En cambio, Berenice no parecía afectada, cosa que achaqué a su tardía incorporación a la escuela. Recuerdo que yo de niño tampoco tenía excesivo afecto a mis profesores.

La policía tomó declaración a los profesores y a los padres. Luego pasaron los niños a la sala, aunque ellos salían enseguida. Parece ser que el profesor era un hombre corpulento y el sospechoso era sin duda alguien fuerte. Yo les expliqué que habíamos adoptado a nuestra hija y que hacía sólo unas semanas que asistía a clase. Tras unos apretones de manos todo quedó solucionado; ellos, como yo pensaba, buscaban a alguien fuerte.

Regresé a mi casa con la insólita idea de que Berenice no era especialmente una niña débil. Pero niña era la palabra clave.

El próximo día amaneció nublado. Estábamos sufriendo uno de los inviernos más duros en años. Aun así, me decidí a comprar el periódico y ver qué nuevos datos revelaban de la muerte del profesor. Mi sorpresa fue enorme al leer acerca de las manchas rosadas que el profesor tenía por todo el cuerpo. Enseguida recordé a la pobre anciana del hotel. ¿Se estaba extendiendo alguna enfermedad? No lo vi probable.

De nuevo tomé conciencia de que Berenice usaba regularmente los guantes. De hecho no recordaba haberla visto sin ellos. Le pregunté por qué siempre usaba los guantes. Y se quedó en silencio. Le insistí mostrando todo mi tacto y se encogió de hombros. ¿De qué dudaba? ¿No era una niña segura y fuerte? Le dije que podía contarme cualquier cosa. Ella sonrió y asintió contenta. Preferí dejar así el asunto y esperar a que la niña se abriera más a mí. En su pasado debió haber sufrido mucho. Quizá los pocos meses que había convivido con nosotros no eran suficientes para contar todo. En cualquier caso le sugerí que para comer en casa no los usara. Me obedeció.

Durante la comida estuvo a la mesa sin guantes, pero no mostró las manos en ningún momento. Las mantuvo ocultas bajo una manta. Yo le pregunté si acaso tenía frío. Sin embargo, pronto advertí que seguramente se debía a algún complejo. Por eso, tal vez, le daba vergüenza contármelo. Lo hablé con Elena y, aunque no estaba muy convencida que fuera eso, decidimos dejar a la niña a sus anchas por el momento.

Pasaron dos semanas sin muertes. Pero si hubiese sido de otra manera, en una ciudad como Chicago, en que se producían gran cantidad de asesinatos, nadie lo notaría.

Las clases se reanudaron. Esta vez, Berenice regresaba a casa cada tarde algo más preocupada que de costumbre. Le pregunté a qué era debido, y bromeé diciéndole que no sería a causa de la dificultad de los exámenes. Se sentó a mi lado y habló.

Los niños de su clase le daban de lado.

Me desplomé al escuchar las palabras salir de su boca con tanta tristeza. Su mirada decaída no era entonces debido a ninguna enfermedad. Mi ingenuidad por aquella época me obligó a hablar con los profesores. Uno de ellos me confesó que escuchaba rumores en los pasillos de la escuela sobre que Berenice había matado al profesor. Me llevé las manos a la cabeza. Le repliqué qué clase de tontería era ésa. El profesor estaba de acuerdo conmigo, pero me dijo que era lo que algunos niños empezaban a creer. Añadió que los niños iban más allá y pensaban que Berenice era rara por llevar ese vestido negro y hablar como una señora mayor.

Estaba ante un problema de burla y rechazo. Por desgracia muy común entre niños. En casa expliqué a mi hija qué había dicho el profesor y le expliqué también, de un modo cuidadoso, que algunos niños solían ser así. No le recordé de ningún modo que ya se lo había advertido. No parecía la mejor forma de tratar el asunto. Toda la seguridad de Berenice no era suficiente para enfrentarse al mundo ella sola. Al fin y al cabo, era una niña de nueve años.

El día en que tuvimos que sacar a Berenice de la escuela elemental, el servicio de limpieza encontró a uno de los niños cabecillas de las burlas, sentado en el retrete completamente cubierto por las manchas rosadas. Los testigos dijeron que el cuello del chico estaba lleno de violentos arañazos.

Durante tres días seguidos, Berenice continuó regresando a casa con aspecto de profunda preocupación. Los niños ahora se reían aún más de ella. La culpaban también de la muerte del alumno. Tras hablar con los profesores, decidimos ingresar a nuestra hija en otra escuela.

Pero antes de esto, pasamos semanas con nuestra hija, al fin y al cabo, parecía saber más incluso que los profesores. De hecho, en una redacción de historia aportó datos muy concretos sobre una de las batallas en la gran guerra Europea, difícilmente localizable en libros de historia comunes. Por lo tanto, de algún modo, pensé que estábamos ante una especie de genio, lo cual me enorgullecía de sobremanera. Pues yo nunca tuve la oportunidad iniciar mi carrera universitaria. Soy de los que piensan que el mundo necesita buenos cerebros y no más males. Sin embargo, Elena no quería buscar un profesor particular que impartiera clases avanzadas. Prefería prolongar la herencia el máximo tiempo posible. Según mi esposa, Berenice podía ir a un colegio como todos los demás niños y hacer amigos.

En cuanto a ese tema, observé que no tenía ningún amigo. Pero sé que los niños más aventajados suelen tener problemas con las relaciones sociales. Decidí pasar más tiempo con mi hija; siempre podía ingresar en la escuela en el siguiente curso. Sin duda, no tardaría en situarse al mismo nivel de los otros alumnos, si acaso no lo estaba ya.

Nuestras visitas a la biblioteca pública se hicieron más frecuentes. Filosofía griega, alemana, oriental. No obstante, la niña llegaba a sus propios razonamientos de una manera casi luminosa. ¡Qué impresionante don! Una tarde me comentó sobre su lectura de las partes iniciales del Génesis bíblico. Quedé impresionado ante sus reveladores puntos de vista femeninos. Señaló con gran naturalidad que Eva comió del árbol del bien y del mal porque deseaba saber, tener conocimientos, mientras que Adán sólo lo hizo porque la mujer se lo dijo, culpándola luego ante Dios. Semejante análisis de los simbolismos hebreos me hicieron preguntarme cada vez más cosas. Sin embargo, no hallaría las respuestas en aquellos momentos. Pero era imposible que una niña pudiera llegar a conclusiones tan elevadas.

En las siguientes semanas un artículo publicado apareció en el periódico. Trataba sobre muertes de similares características sucedidas en Chicago, todas con las manchas rosas en el cuerpo. Las manchas rosas, una vez más, me dije.

La mañana del 5 de enero, Elena y yo tuvimos una acalorada discusión sobre mi creciente obsesión por Berenice, y me instó a que buscara un empleo. Así fue como empecé de nuevo a ejercer como carpintero. Acondicioné para ello el sótano de nuestra casa y, al cabo de unos días, se acercaron los primeros clientes, principalmente vecinos y amigos, aunque pronto dejarían de hacerlo. Añadí nuevos

ingresos familiares, pero no porque lo necesitáramos, sino por no escuchar las quejas de Elena de mi obsesión y desinterés con el mundo en general.

La señora Beevers, una de nuestras vecinas del barrio, apareció un día en que Berenice manifestaba los extraños síntomas de la enfermedad. Necesitaba un mueble para su comedor, y la ya conocida exigencia que siempre mostraba la mujer, le impedía encontrar en las tiendas algo de su agrado. De modo que yo mismo me ofrecí para confeccionarle un mueble que cumpliera sus expectativas. Cuando la llamé para que echara el primer vistazo, sin saber yo en qué estado se encontraba mi hija, la señora Beevers se presentó ante mi puerta. A causa de los martillazos en mi reciente taller no pude oír el timbre.

Pero Berenice sí lo hizo.

Sé lo que ocurrió porque subí al primer grito de la mujer. Por lo visto, Berenice abrió la puerta con su vestido negro puesto, sus botas negras y una cara espantosa. Sus marcadas ojeras y las rojeces alrededor de sus ojos, le daban un aspecto enfermizo que asustó a la señora. Le sugerí que se calmara. Mientras, Berenice se rio con descaro, alejándose varios pasos de ella. Miré a mi hija enfadado. Su piel volvía a tener la textura de una nuez y las arrugas se acumulaban en torno a sus ojos, nuevamente envejecidos. Cuando me volví para dar explicaciones a la mujer, ésta había desaparecido. No me importaba en absoluto que no volviera a por su mueble, por ese entonces estábamos bien económicamente, lo que más me preocupaba era que fuese contando cosas a los vecinos.

Recuerdo que en ese instante tuve la impresión de sentirme cómplice de algo muy complejo. En cualquier caso, la mujer no dijo nada a nadie. Su cuerpo apareció muerto a la mañana siguiente y Berenice, por supuesto, estaba mucho mejor. Aún me pregunto de qué se rio mi hija. El caso es que había vuelto a pasar; una nueva muerte cercana a Berenice. No quería parecer paranoico respecto a mi hija, pero todo aquello empezaba a ser extraño. Y Elena se paseaba por casa con su mirada acusadora e irritante.

Por mi parte, sospechaba que sólo tenía que esperar a que volvieran los síntomas de Berenice. Mientras tanto, procuré estar más cerca de ella de lo que había estado hasta ahora. Pronto el sótano quedó de nuevo en silencio. Pero yo pasaba más tiempo con mi añorada hija y eso me hacía sentir bien. Paseábamos en bicicleta cuando el clima lo permitía.

En una ocasión nos detuvimos a contemplar el atardecer por petición de ella. Allí, en silencio, viví una triste experiencia como padre. Mi hija, mi única hija, la que la vida por algún motivo me había entregado, me confesó que se sentía sola. Yo estaba sorprendido más allá de las palabras, porque la frase nació de la boca de Berenice no como el sentimiento de una niña, sino como el acumulado dolor de alguien que arrastra el peso de una larga existencia. Aquello agitó mi corazón. Cuando intenté abrazarla, dejándome llevar por mis sentimientos de padre, ella retrocedió sin ocultar un visible recelo. Rectificó y me abrazó por primera vez como hija. Lo sentí en sus ojos. Noté el calor de sus manos enguantadas, lo que añadió más fuego y ternura al momento, si acaso era posible. No dije nada y ella tampoco. El abrazo duró escasos segundos, pero aún a día de hoy percibo su calor en mi cuerpo.

También apunté a mi hija a clases de violín, adquiriendo cierto nivel en pocas semanas. Una vez más, se manifestó su capacidad y sensibilidad, algo que empecé a pensar la hacía superior al resto de personas, pero ¿qué padre no cree eso de su propio hijo? Las notas del violín llenaron el silencio que comenzaba a reinar en la casa por culpa de mi inestable matrimonio.

Pronto vi que Berenice se refugiaba en el instrumento como un nuevo amigo, claros síntomas de que ella deseaba uno.

Ahora sé que un padre desea convertirse en el mayor amigo de un hijo o una hija; también sé que ellos deben encontrar la amistad fuera de casa, en sus nuevas relaciones y experiencias.

Pero el terrible momento llegó.

Henry cerró el diario, abatido por los recuerdos.

Tras formular la pregunta al equipo de Sophie Evans, un silencio acusador llenó el despacho del director Harvey Fuller. Sophie era la única que estaba sentada en la silla frente a la mesa rodeada de profesores, todos con la mirada puesta en ellos. Josh, Doug y Laura permanecían de pie junto a la puerta, deseando que el asunto terminara lo antes posible. Laura iba enfundada en un chándal rosa que había cogido de su armario al tiempo que en su mente se instalaba la noticia de la reunión con el director. La chica se rodeó con sus brazos, nerviosa por estar ante Fuller. Por suerte estaba Sophie allí, y sostenía en su mano el listado de firmas de los alumnos.

—Le repetiré la pregunta, señorita Evans —dijo el director con severidad—. ¿Por qué publicó sin permiso este boletín?

El boletín semanal descansaba sobre la mesa, abierto por la página en que el contundente titular resaltaba en negrita. Sophie desvió la mirada hacia su escrito. A continuación miró de nuevo al director con firmeza. El resto de profesores estaban de más. Ese hombre con un traje dos tallas más grande y una mancha en sus zapatos negros, era fácil de manipular, pensó, y advirtió que el nudo de la corbata había sido hecho apresuradamente, como si ya supiese que iban a tener la estúpida reunión.

—Su padre no estaría orgulloso —declaró con dureza la profesora de gimnasia. Una mujer delgada y con ojos vivos, que lucía jeans ajustados y una camiseta blanca con manchas de sudor.

—Seré periodista —repuso Sophie, luego rectificó—: Soy periodista, con mi equipo, ahí detrás mío. Y como tal, debo empezar cuanto antes a publicar noticias sobre la verdad.

—Cierto. Cierto. Pero como estoy seguro que recordará, se le prohibió publicar algo tan grave y que con... su falta de experiencia, estábamos seguros de que podía herir los sentimientos de algunos padres. Principalmente el del padre de Jason Cross, conocido abogado de Silverston.

—No he herido los sentimientos de nadie. He sido firme pero realista, y no he entrado en lo personal; me he mantenido al margen de ciertos puntos —aseguró Sophie, haciendo notar su calma—. Me he ceñido a la verdad. Es una buena práctica de periodismo, ¿no cree, director?

—Señorita Evans... —El hombre se recostó en su sillón de cuero negro y lanzó un profundo suspiro—. Me parece muy bien que quiera ejercer su derecho a publicar un pequeño boletín en la escuela, pero debe limitarse a asuntos relacionados de la misma.

—Y alrededores —interrumpió la profesora de literatura con un marcado guiño dirigido a Sophie—. Creo que el caso del profesor de biología fue muy oportuno, señor director. Incluso les concedieron un premio. Creo que es bueno recordar ese punto para que la conversación sea más justa.

Genial, pensó Sophie. La profesora de literatura era la menos rígida y la que se mostraba más próxima a los alumnos; el resto parecía tener a alguien apuntándoles con un arma en la nuca. Tal vez por eso andaban siempre tan estirados, como si sufrieran de alguna amenaza. Sophie logró evitar que una risita escapara de sus labios. En cambio, la profesora de literatura, parecía más natural y segura; su sonrisa asomó en el rostro. Un punto para la profesora, pensó y le devolvió un leve guiño que estaba segura que había visto.

—Sí, sí. Lo recuerdo. Pero el profesor de biología no deja de ser un interno de la escuela y aquello, aunque en mi opinión invadió usted su intimidad, señorita Evans, fue una suerte para los gatos. Lo reconozco. Pero ... —Asestó un golpe sobre la mesa— Esto es muy diferente. Y es más delicado, por no decir peligroso. Ese asesino podría tomarla con usted. ¿No lo ha pensado?

—Estoy preparada.

El director rio con una sonora carcajada.

—¿Preparada? Pero ¿quién se ha creído que es? Sólo es una joven de diecisiete años.

—Ahora sabemos más. La juventud evoluciona.

—Oh. ¿Han escuchado eso? Evolucionan.

—Sé que hice bien en escribir el artículo, señor director. —Sophie se enderezó orgullosa en su silla, mientras sacudía con decisión el grupo de folios donde figuraban las firmas de centenares de alumnos—. Ahora los alumnos de este centro están avisados de que hay un peligroso asesino suelto en Silverston. La información es poder. —Le dedicó un sensual guiño al director Fuller—. Piense que como director actuará con responsabilidad ante los padres de todos los alumnos si no retira el boletín. Los padres desean que sus hijos sepan la verdad. Sé que recibiré grandes elogios por su acertada decisión.

Doug se golpeó el codo con el armario junto a la pared cuando trató de

cubrirse la boca. Sabía, por la forma de actuar de Sophie, que estaba otra vez interpretando su papel de comediante, y siempre que sucedía él reía nerviosamente.

—No dudo en absoluto de su inteligencia, señorita Evans, pero...

—Hace bien en no dudar, porque estos folios están llenos de firmas para que no tome medidas extremas, sé que le gustaría hacer eso —interrumpió Sophie, depositando el montón de folios sobre la pesada mesa del despacho—. Y son copias. Guardamos los originales fuera del alcance de ciertas personas —añadió, con una sonrisa triunfal; luego lanzó otro guiño a la profesora de literatura, que no reprimió una carcajada.

—Bien hecho —manifestó ésta.

—Gracias. Soy periodista y demócrata. —Luego se alzó de la silla—. Y será mejor que se anude bien la corbata cuando esté delante de los padres, recibiendo los elogios que usted se ha ganado como buen director responsable y que mira los intereses de los alumnos del centro.

Laura sonreía abiertamente al tiempo que daba un empujón a Josh. Sophie se volvió y con un semblante contraído les instó a que mantuvieran la compostura.

—Veo que será una periodista excelente, señorita Evans —dijo el director con resignación, y colocándose la corbata de la mejor manera posible—. Diremos que por esta vez sus comedias han dado resultado. Permitiremos el boletín especial. Quizá me equivoqué al no permitir su publicación.

Las caras de los muchachos se encendieron, eufóricas.

—Pero ha cometido una falta de clara desobediencia a mi persona. Quiero que sepa esto.

Sophie asintió sin perder de vista su interpretación.

—Asumo mi parte de culpa, pero era por una buena causa.

—Está bien —dijo todavía con su mano sobre el nudo de la corbata.

—No se preocupe, director. Lo de la corbata tiene solución.

—¿Eh? Oh, sí, por supuesto, señorita Evans.

—Cuando quiere puede ser muy enrollado —concedió.

Sophie se volvió ante su equipo. Josh abrió la puerta y el resto dejó pasar a la jefa que, en una de sus más brillantes comedias, había persuadido al director a que no les dejaran sin su oficina donde realizaban el boletín.

—Pueden salir —dijo el director al reparar que los chicos ya abandonaban el despacho.

—Ha hecho bien —añadió la profesora de literatura con una sonrisa

comprensiva.

—Es muy impulsiva.

4

—¡Bien! ¡Conseguido! —exclamó Josh.

Sophie le puso la mano en el hombro y cerró sus dedos con fuerza.

—Cálmate. Esto no es una broma de críos. Jason Cross tiene algo grave. En el hospital no me dejaron entrar a verle. Sólo familiares de primer grado —finalizó, con una parodia de la mujer de recepción que la había atendido en el centro médico.

Todos se callaron al instante y se miraron unos a otros.

—Y quieres entrar, claro —auguró Laura.

—Fantástico, Laura, veo que esa ropa que llevas te deja pensar con claridad, porque ese rosa chillón hace que me estallen los ojos —bufó—. Sí. Necesitamos un documento de identidad falso para hacerme pasar por la prima llorona de Jason. —Se detuvo un momento con el semblante petrificado—. Rectifico. Para que Laura se haga pasar por la prima llorona de Jason. A mí ya me conoce, no conseguiré entrar. ¿Crees que estás preparada, Laura?

Todas las miradas se volvieron de pronto hacia Laura, quien retrocedió como si aquellos tres pares de ojos quemaran.

—Pero nos meteremos en un lío si nos cogen.

Sophie suspiró.

—Oye, me gustaría hacerlo yo, pero ya estuve cara a cara con esa mujer. Te toca a ti.

—Puedo hacerlo yo —sugirió Josh.

—Ja, no lo creo, tío —intervino Doug.

—No, gracias. Necesito las lágrimas de una mujer —le contestó con una mirada astuta—. Sé que Laura sabe hacerlo. Incluso puedes usar la ropa que suele elegirte tu madre, eso hará que parezcas más... más tú. ¿Qué me dices?

—Yo...

—Vamos, siempre estás ahí cuando te necesito. —Se acercó a ella y la cogió de los hombros—. Ahora te necesito. Todos te necesitamos —dijo, mirando a los chicos—. ¿Qué me dices?

Laura miró para otro lado y cerró los ojos.

—Está bien.

—Fantástico. Eres genial, chica.

—No hace falta que uses tus tácticas de actriz conmigo.

Sophie le sonrió.

—Lo decía en serio. Creo que formamos un gran equipo —dijo, arimándolos hacia ella como un equipo de rugby—. Ahora buscaremos a los dos tíos que van con Jason. Ellos deben conocer gente que haga falsificaciones de calidad.

—Sigo pensando que nos meteremos en un lío.

—Aguafiestas —murmuró Doug mostrándole la lengua—. Si nos cogen, Sophie podrá hacer otra vez su gran interpretación a los Oscars.

Todos rieron.

—Hablabamos con Mark..., y con Darren.

—Darren debe saber qué hacer. Aunque no me gusta la idea de codearme con esos tíos —declaró Josh.

—Sólo será por esta vez —aseguró Sophie, esbozando una fina sonrisa.

—Sí, claro. Siempre dices eso —rio Josh.

—Es cierto, recuerdo cuando querías sustituir la barra de labios de Cindy Mancini por una con aquel añadido químico que ideó el amigo de Darren, ese de las drogas de diseño.

—Oh, basta ya. Sólo fue una idea. Y al final no lo hicimos, ¿no? Pues ya está —replicó Sophie.

—Sí, será mejor que olvides tu rivalidad con Cindy. Esa tía es de otro mundo.

Todos le miraron. Sobre todo, Sophie, que tenía los ojos en llamas.

—¿Qué insinúas, mocoso? ¿Acaso no me ves? Mírame. Cuatro días a la semana de gimnasia han fabricado esto. Bueno y la inigualable genética de mi madre. —Alargó el brazo con una palmoteada sobre la cabeza de Doug—. Vamos. Es la hora de trabajar.

Se dirigieron a la oficina habilitada para la realización del boletín, sin cerrar, gracias a las cualidades de Sophie. Aún tenían muchos preparativos por delante. Sophie Evans iba al frente, con paso firme pero sin parecer estática, más bien era como una modelo que caminaba con su acostumbrada seguridad personal. Sus brazos se movían adelante y atrás, y algunos alumnos se hicieron a un lado. Todos comprendían que con ese paso y rumbo a la oficina de edición, algo se estaba tramando una vez más.

Henry continuaba de pie junto al armario de la habitación de matrimonio. Tenía sus ojos fijos en el diario.

Pasó la página y continuó leyendo.

Berenice estaba sobre su cama, inmóvil, y eso me produjo un dolor aún mayor, porque me sentía cerca de ella, de su confesada soledad. Sus ojos me miraron. Vi en ellos dudas, preguntas sin respuestas. Nunca la había visto en ese estado. Me acerqué a ella e intenté poner mis manos encima de su desnudo cuerpo. Berenice se encogió en posición fetal en un rincón de la cama mientras todo su cuerpo temblaba. El terror más puro apareció en sus ojos, brillando con su oscura intensidad. Le supliqué que me explicara qué le pasaba. Luego le dije que la llevaría a un médico. ¿Cómo le habían ayudado sus anteriores padres? Su respuesta me dejó helado. Yo era el primero que se había acercado tanto. Aquello me conmovió hasta un grado que nunca hubiese entendido sin experimentarlo. Siempre había ocultado su enfermedad a los demás para no causarles miedo o rechazo.

Ahora sé que ése es su único punto débil, lo que le ocasiona sus dudas. Su enfermedad. La desconocida enfermedad. No pasaría de aquella noche si no la llevaba a un médico. Eso me hallaba pensando en el jardín lateral de mi casa cuando observé a Berenice abandonar su habitación por la ventana. Ella no reparó en mi presencia. Pero lo que vi despertó todos mis miedos, todos los terrores de cuando uno es niño y oye increíbles relatos de viejas, pero que con la edad adulta desaparecen, quedando cubiertos por el velo del raciocinio y la madurez. Aquella noche mis temores de niño despertaron. Mi hija hizo que fuese así.

La noche ocultó el movimiento de sus brazos, cómo se torcían para adaptarse a la pared exterior de la casa. Aquella hija que Dios, o el Diablo, me había dado se deslizó como un reptil, sigiloso, hambriento. En cuclillas elevó su mirada a la noche, como si formara parte de ella. Se irguió con sus endebles hombros caídos y caminó hasta el muro que limitaba nuestra propiedad, se aferró a uno de los barrotes insertados en la piedra del muro y gimió. En la distancia, oculto en una esquina de la casa, sentí que era un gemido de dolor. Era el gemido de una criatura hambrienta.

Me dispuse a seguirla.

Todavía guardo aquella noche en mi mente, en un rincón olvidado, donde el sentimiento no me haga vacilar. Aquella noche descubrí que Berenice no tenía ninguna enfermedad; ella era la enfermedad, la peste que había assolado al mundo en sus diferentes épocas.

Pero, ahora, Berenice también es mi hija. ¿Qué padre abandona a sus hijos en los momentos que más lo necesitan?

Berenice se dirigió lenta y pesadamente por las calles de Chicago, como uno más de los peligros que convertían a la ciudad en lo que era, un hervidero de crímenes y maleantes. Al final de uno de los callejones, el humo de un cigarrillo se acumulaba en torno a una figura desgarbada y sonriente. Su vestuario era el de una prostituta cualquiera que pululaba por esos barrios.

Yo me encontraba escondido en la boca del callejón. Vi que la mujer trataba de alejar a Berenice. Por primera vez la vi quitarse uno de los guantes; sin embargo, la distancia impidió que viese extrañeza en sus manos, que volaron con rapidez hacia el rostro de la prostituta mientras con la otra le cubría la

boca; ningún grito creció en la oscuridad de aquel callejón.

Me evité el contemplar lo que siguió cuando la mujer cayó al suelo. Tuve bastante. En cualquier caso, permanecí apoyado en la pared del edificio esperando a que mi hija apareciera y me diese una explicación.

La niña emergió del callejón jadeando como un animal, y al verme, se inmovilizó completamente con su vista fija en mí. Aunque la luz era escasa, noté que apartó su mirada. Por sus formas, sabía que iba desnuda.

Mis ojos temblaron bajo el foco de una farola que había a mi lado. No sabía cómo reaccionar. Lo primero que pasó por mi cabeza fue que mi hija estaba loca. En los alrededores no había nadie que pudiera vernos. Al menos tuve eso a mi favor. Y no se me ocurrió nada más que preguntarle dónde estaba su ropa. A lo que respondió:

“Me has seguido”, dijo ella.

Su voz no sonaba como de costumbre. No era la dulce melodía a la que me tenía acostumbrado. Parecía más grave, como la de una anciana. ¿Mis oídos me engañaban?

“Por Dios bendito, ¿qué ha pasado en ese callejón?”

Pensé que estaba volviéndome loco. Mi hija, mi desconocida hija, habló de nuevo con esa voz grave de vieja enferma.

“Henry...”

La escuché reír. Estoy seguro de ello.

“Padre, tal vez, podría ser.”

Aquellas palabras me impulsaron a dar un paso adelante y detenerme en el centro de la calzada. Mi hija estaba apoyada contra la pared, desgarrada, enferma. Sin embargo, vi cómo lentamente recobraba parte de su fortaleza.

“Ayúdame... papá.”

¿Había escuchado bien?

“Esta es mi enfermedad, como tú la has estado llamado todo este tiempo.”

“¿Qué tienes...?”, no supe terminar la frase, pero recuerdo que iba a decir hija mía. Esa niña continuaba siendo mi hija, de eso no me cabía la menor duda.

Según la niña recobraba sus fuerzas, se incorporó erguida, desafiante.

“Estoy mejor ahora.”

Su voz volvía a ser la de una niña tierna y grácil.

“Creo que merezco una explicación por todo esto”, le dije.

“Muy cierto, mi querido Henry. Y, ahora, también mi padre.”

Aquella dulce voz volvía a golpearme en mis oídos como la primera vez en los pasillos del viejo motel.

“Puedes empezar, Berenice.”

“Recogeré mi ropa antes.”

La perdí de vista detrás de la penumbra del callejón, pero pronto reapareció con su vestido negro sobre el cuerpo. Observé que sus manos estaban cubiertas por los guantes. Mi regalo. Berenice era de nuevo la niña vigorosa que aparecía después de una extraña muerte.

“¿Quién eres?”

“Oh, mi querido Henry, soy una existencia que camina por el tiempo sin ver su fin.”

¿Qué significaba aquello? Recurría de nuevo a sus expresiones más cultas y refinadas.

“Eso suena bien. Pero no responde a mi pregunta”, le repuse.

Ella sonrió. Sé que lo hizo pese a la oscuridad de la noche.

“Oh, no creo que haya una respuesta apropiada para ti.”

“Inténtalo. Sé que puedes hacerlo.”

“A decir verdad, ni siquiera recuerdo mi pasado más lejano.”

“¿Qué clase de mentira es ésa, Berenice? Normalmente nunca me has mentado, que yo sepa. Tu estilo ha sido el mantener tus secretos a salvo, por lo que veo.”

“Sí. La vida me ha enseñado el temor de los hombres a lo que no es semejante a ellos. Revisa la historia y lo verás en cada nuevo siglo. Siempre el mismo temor a lo que no comprenden.”

“¿Qué quieres decir, y qué tiene que ver la historia con quien tú eres?”, pregunté cada vez con mayor incertidumbre.

Ella se acercó y estrechó mi mano.

“Podemos irnos. Mi historia, al menos lo poco que recuerdo de ella, no es para ser contada en medio de la noche. Me será difícil convencer a alguien bueno como tú de lo que soy.”

Yo miré en dirección al final del callejón con inquietud.

“¿Qué pasa con el cuerpo? ¿La has asesinado?”

“Ésa es la parte delicada de mi historia. Aunque pronto comprenderás que no dista de la vuestra para sobrevivir.”

“La policía encontrará el cuerpo, Berenice. Dios mío, la has matado, ¿es eso posible? ¿Qué ha pasado en ese callejón?”

“No soy una asesina. Pero he tenido que hacerlo por el bien de muchos.”

Berenice y yo, o tal vez todavía puedo decir, mi hija y yo, caminamos en silencio rumbo a casa. La suerte estaba de nuestro lado. Mi mujer dormía y yo estaba cansado. Aunque mi curiosidad respecto a lo que había sucedido era poderosa, aconsejé a Berenice descansar y por la mañana hablaríamos largo y tendido.

Sin embargo, yo no pegué ojo aquella noche. ¿Qué había ocurrido al final del callejón? ¿Era mi hija adoptiva una asesina? ¿Cómo era posible? Con el halo de misterio por el que estaba envuelta la niña, cabría esperar cualquier cosa. Pero no dejaba de ser una niña. Por Dios bendito, las niñas de nueve años no matan a las personas.

A la mañana siguiente, cuando Elena abandonó la casa en uno de sus arrebatos de compras compulsivas, Berenice y yo nos sentamos en el sofá del salón. Frente a frente permanecimos en silencio. Y yo esperaba a que la niña comenzara a relatar su historia, pero ella parecía sentirse cómoda bajo el silencio. Tenía sus delicadas manos sobre el regazo, enguantadas.

“¿Y bien?”, dije al fin.

Su expresión se volvió dura, sus ojos se abrieron con fuerza.

“¿Te consideras una persona tolerante, de mente abierta?”

Asentí sin añadir palabra. No quería interrumpirle porque estaba ansioso por saber su historia.

“Es lo que necesitarás para entender lo que pasó anoche en el callejón. Los hombres a lo largo de los siglos han cazado animales inferiores en su evolución, recolectado grano y verduras para su propia supervivencia sin que ello sea un motivo de juicio; ni siquiera parece un acto inmoral y de barbarie el cazar animales como conejos, aves de todo tipo, e incluso bisontes. En algunas culturas, tienen por costumbre comer gusanos e insectos. En cambio, nadie parece objetar nada. Todo es correcto. Es para la supervivencia de la especie humana.”

Aquellas palabras hicieron que me sobrecogiera de miedo. ¿Qué trataba de decirme?

Ella continuó su relato.

“Eso es lo que yo hago a grandes rasgos, sobrevivir.”

“¿Qué relación tiene eso con la mujer de anoche?”, pregunté.

Por un momento pensé que la mujer del callejón, la prostituta, hubiese amenazado de algún modo a la niña.

“Sonará increíble e irrisorio, pero al igual que el ser humano yo también me alimento.”

Berenice dijo aquello de golpe, como si tratase de eliminar un gran peso de su espalda. De hecho advertí alivio después de sus palabras.

“No has comido demasiado en casa y sigo sin comprender qué tiene que...”

Entonces me detuve. ¿Mi hija trataba de decir que se comió a la mujer? ¿Qué clase de broma estaba urdiendo la niña?

“La especie humana tiene en sus células algo que mi cuerpo necesita.”

“¿De qué estás hablando? Estás mintiendo, Berenice. Recuerda que ahora soy tu padre y no tengo

por qué pasar por tus tonterías”, dije con severidad.

No quería que la niña pensara que podía tomarme el pelo.

“Al principio no sabía qué, tampoco lo sabía la ciencia humana. Los científicos más agitadores lo llaman el secreto de la juventud. Yo lo llamo por su nombre: Telomerasa. Es una enzima descubierta en 1985 por unas mujeres. Está relacionada con...”

“¡Ya basta, Berenice! ¿Has aprendido eso en los libros que lees?”

“Sí. Pero es la verdad. Necesito abastecer mi organismo con esa enzima para mantenerme sana. Y si no lo hago, ya sabes lo que sucede: mi cuerpo comienza a sufrir un acelerado envejecimiento.”

¿Qué clase de horror estaba contando la niña que tenía frente a mis ojos?

“De acuerdo. Pondré a prueba tu fantástica historia”, le dije.

“Es la verdad, para bien o para mal.”

“Recuerdo la noticia del descubrimiento, allá por el final de los años ochenta. ¿Pretendes hacerme creer que tu cuerpo sólo necesita esa enzima para vivir? Es absurdo.”

“Exacto. Por eso no necesito comer y siempre me mantengo fuerte. La enzima prolonga mi existencia.”

“¿Prolonga? ¿Cuántos años tienes?”

“Hasta donde recuerdo, son aproximadamente noventa.”

“¡Imposible!”

Me levanté del sofá moviendo los brazos con frenéticos ademanes.

“¿Y qué tiene que ver que asesinaras ayer a una mujer? No puedo creer nada de lo que dices. Nunca te he castigado. Pero me temo que debe haber una primera vez. Estás castigada por mentir, Berenice.”

“Es la verdad. Nunca se la he contado a nadie. El matrimonio del motel, en la frontera con México, sólo sabían que alejaba a los forajidos y eso les interesaba para su negocio. Ellos me daban una habitación a cambio y no hacían preguntas, ni aun siendo una niña.”

Una niña. Esas palabras se introdujeron en mi cabeza sin poder evitarlo. ¿Estaba ante una niña realmente? Empecé a dudar. Recordaba las palabras del tipo del motel. Nos echa una mano. ¿Cómo podría una niña ayudar a alejar a unos peligrosos forajidos?

“Está bien. Supongamos que te creo, ¿por qué me cuentas todo esto? Podría denunciarte a la policía.”

“Tú no quieres entregarme, lo veo en tus ojos, Henry.”

“¿Cómo lo sabes?”

Ella sonrió.

“Porque tú quieres una hija.”

Sus facciones se suavizaron regalándome una visión casi angelical. Recordé el día en que apareció con su vestido blanco. En cambio ahora lucía el horrendo vestido negro.

“Sí. Eso es verdad, pero según me cuentas, no eres una niña.”

“Claro que lo soy. Mi posible edad no debe confundirte, porque sigo siendo una niña.”

“¿Y qué pasa con la prostituta asesinada? Mi conciencia no me permitirá ocultar cada asesinato que cometes por tu extraña necesidad.”

Nuestra conversación se alargó durante horas. Finalmente me vi obligado a reconocer que decía la verdad, al menos en parte. Una niña de nueve años no hablaba como ella lo hacía en ocasiones, cuando salía a la luz su personalidad más madura, antigua. Luego estaban los datos que aportaba a su historia, parecían encajar todos entre sí como un puzzle perfecto; pero la imagen no dejaba de parecerme incompleta, había algo que no contaba. ¿Por qué? ¿Qué horror puede superar a lo ya revelado?

Le pregunté el porqué de sus guantes. Me enseñó sus manos. ¡Dios mío! Sentí paralizarse todo mi ser al contemplar las manos artríticas, resaltando del resto de sus jóvenes facciones. Sin duda eran las manos de una anciana. Al menos parecía estar siendo sincera de nuevo y eso era algo bueno. Creo que una relación del tipo que sea debe ser sincera. Aunque sigo sin comprender qué relación es la que tengo yo con Berenice, ahora que sé que no es una niña normal.

Al día siguiente, la noticia de la muerte apareció en la extensa sección de muertes y desapariciones

ocurridas en la ciudad de Chicago. Se llamaba Monique Sullivan. Ahora al menos sé su nombre. El pensar que esa vida sirvió para alargar un poco más la de mi hija adoptiva me produjo un escalofrío.

Elena no conocía aún mi conversación con la niña. Y así debía ser, al menos por ahora. Ella no sería tan insólitamente permisiva como yo. Todavía me pregunto qué me lleva a seguir con esta farsa de padre e hija.

Las semanas siguientes, Berenice volvió a comportarse de forma impecable. Educada con los demás y atenta incluso con Elena, que había advertido su notable cambio. No contesté a las preguntas de mi mujer sobre su repentino cambio. Sólo señalé que nuestra hija era una buena muchacha y que había sufrido mucho en el pasado, siendo ahora agradecida.

Un sábado entré en la habitación de Berenice, porque escuchaba algunos gemidos de dolor y me temía lo peor. Pero no comprendía aún lo que eso significaba. La niña, prefiero seguir llamándola así, principalmente cuando me mira con sus cándidos ojos negros, yacía en la cama con las mantas fuertemente apesadas por sus manos, como si intentara aliviar el frío del infierno. Pese a conocer la parte negativa de la adopción de Berenice, la parte de mí que ejercía de padre, se derrumbó al contemplar su cuerpo retorcerse de dolor.

“Ayuda, papá.”

¿Cómo puede un corazón de padre no sufrir por su hija al escuchar esto? Las palabras salieron de su boca blanca en un murmullo doloroso.

Me acerqué a la cama y me incliné hacia la niña para abrazarla, impulsado por mis emociones.

“¡NO!”, gritó con un bufido animal.

Retrocedí espantado y tropecé con el armario en que Berenice guardaba su recién adquirido vestuario.

“No me abras. No toques mi piel. Ahora que sabes la verdad, puedo parecerte un monstruo, pero tengo sentimientos y aprecio el esfuerzo que has hecho para adoptarme. No quiero que te contamines.”

“¿Cómo podría hacerlo?”

Con las siguientes palabras de Berenice, el puzzle de su pasado mostró nuevas imágenes.

“Mi piel segrega una sustancia abrasiva muy contagiosa. Soy una enfermedad viviente.”

Enseguida advertí el tono triste de sus palabras. No se mostraba fuerte y segura; tal vez la enfermedad o lo que fuese aquello, manifestaba en Berenice una parte más melancólica.

“¿Cómo se puede ser padre sin abrazar a la hija?”, dije.

Los párpados se le cerraron pesadamente, como si mis palabras alcanzaran su parte más humana. Luego se retorció bajo las mantas. Los ojos se hundieron en sus cuencas, infundiendo a su rostro una forma cadavérica. El cabello se tornó lacio, y encogió como el alambre oxidado.

“Santo cielo, ¿qué necesitas?”, me apuré a decirle.

“Ya lo sabes.”

Mi intención de volver a acercarme a mi hija, se interrumpió a mitad de camino, al brotar las palabras de sus labios.

“He tratado de retrasar más mi necesidad y no salir a la calle en busca de... mi sustento. Lo he hecho para que no te sintieras culpable por mí, temo que aún no comprendas mi situación. Es mi forma de morir. Me muero, Henry. Tengo Hambre. Ayúdame como mi padre que eres.”

“Dios santo”, logré decir.

“Por favor.”

Se hundió en la cama envuelta en la manta, y en el silencio percibí su respiración entrecortada. La gravedad de la situación no me permitió pensar con claridad lo que a continuación hice.

Corrí escaleras abajo, salí a la calle con la mirada desquiciada. En ese momento ni siquiera me preguntaba qué estaba haciendo.

Por la acera se acercaba una anciana que traía consigo una bolsa con alimentos. Después supe que venía de la panadería a varias manzanas de la casa. Con la mente fría y sumido en un extraño trance, le dije si me podía ayudar, que era de extrema gravedad. La mujer vaciló. Vi el temor en sus ojos. Le insté a que no se preocupara. Que mi hija estaba en la cama enferma y necesitaba ayuda. Tras escuchar eso,

la anciana accedió a acompañarme a la casa. No volvió a salir. La encerré en la habitación con Berenice. Me alejé de la puerta para no oír los gritos de la pobre mujer, aunque ésta no lo hizo. Por lo visto la niña había aprendido a silenciar a sus víctimas.

Días después me pregunté por qué lo hice, por qué había arrancado la vida de la vieja. No la conocía. Únicamente era la persona que pasaba frente a mi casa en aquel instante de necesidad. Ni que decir tiene que Berenice se paseaba por el jardín de la casa completamente recuperada.

Todo era verdad. Mi hija era una especie de enfermedad y nosotros la cura. No obstante, al verla correr por el jardín tras el perro de unos vecinos, como si nada hubiese sucedido, aplacó mi conciencia, si ello era posible; al menos su rostro de alegría aliviaba mi pena. Era la primera vez que participaba en un asesinato, porque para mí, como ser humano, eso era lo que había sido, un terrible asesinato.

La noticia de la anciana desaparecida tardó mucho más tiempo del que yo jamás habría imaginado. Tras dos semanas de caminar por casa como un sonámbulo, tratando de empujar el malestar de mi conciencia al lugar más recóndito de mi mente, Elena trajo consigo bajo el brazo un periódico doblado. Me dijo que pasó casualmente y vio la oportunidad de comprarlo. Elena me conoce bien y sabe que soy hombre de costumbres.

Cuando sostuve el periódico experimenté una ola de frío. Me preguntaba si aquella vez encontraría la noticia sobre la anciana. Así fue. Una pobre anciana que vivía sola y, según averigüé después, sus hijos murieron en Vietnam. Por ese lado tuvimos suerte, me dije con agria ironía.

El cuerpo de la anciana fue enterrado en el jardín por mí, mientras Berenice me miraba sentada sobre el alféizar de una ventana trasera. Me fijé que sus piernas asomaban por el vuelo del vestido negro, moviéndose de forma natural. Su mirada pasiva me hizo pensar que tenía bien arraigada su opinión sobre la supervivencia del más apto. Mi cabeza no dejaba de formularse centenares de preguntas.

Cuando terminé de enterrar el cuerpo, Berenice bajó con un delicado salto y estrechó mi mano; tenía puestos guantes de trabajo, lo que impedía el contacto con su piel. En todo caso, ahora sé por qué ella usaba guantes. No dejaba de tener cierta ironía el asunto: la niña, con sus pequeños guantes, mostraba una extraña consideración por las personas. Ello me llevó a pensar en las granjas de cerdos donde trataban al animal con cierta consideración aun sabiendo que era destinado a alimento.

13 de junio de 1987

No se hicieron esperar las sospechas de Elena sobre Berenice. Era imposible ocultar por mucho tiempo que una niña se mantuviera sana, fuerte y hermosa; cuando digo hermosa, es exactamente eso lo que quiero expresar. Su piel, sus ojos, su esponjoso cabello, todo unido era la suma de la perfección. El mantener las manos siempre ocultas bajo la tela de punto de los guantes, no dejaba de concederle cierta inocencia. Pero fue aquello lo que hizo que Elena prestara más atención a la niña.

Por expresarlo de un modo sutil, Berenice empezó a ingerir la enzima con más frecuencia. Eso significó más muertes a nuestro alrededor. Y Elena miraba a nuestra hija cada día con mayor recelo. Nunca está ya enferma, decía en ocasiones, no come y no se pone enferma. Yo le decía que comía a escondidas, que era algo vergonzosa para comer con gente, que la niña me lo había confesado. Las primeras veces se conformó con mis excusas, pero pronto insistió con más desconfianza porque la cantidad de alimentos no disminuía. Nunca fui bueno manteniendo mis mentiras por mucho tiempo, tal vez se debía a la falta de creatividad. Sin embargo, la nueva situación con Berenice hizo que mejorara con creces.

Empecé a llenar bolsas de basura con alimentos, lo que supuestamente comía Berenice, y las arrojaba a un contenedor situado calle abajo. La nueva mentira, con Elena observando a la niña con tanta atención, tampoco duró mucho tiempo.

En una de mis incursiones nocturnas, no reparé en las luces de una vivienda. A la mañana siguiente,

me alarmé cuando Elena apareció con cara de interrogante. Me preguntó qué diablos hacía a la una de la madrugada abriendo un contenedor. Que una de las vecinas me había visto. Quedé en blanco todo un minuto. Ella insistió: ¿Qué está pasando? ¿Qué me ocultas?

Entonces me vi salvado por un ruido en la escalera de la casa. Berenice había caído por las escaleras porque su fase de envejecimiento reaparecía junto a la debilidad. La enfermedad, aunque dudo ya que pueda llamarse así, hacía acto de presencia. La niña debía ingerir su alimento. ¡Dios mío!

Me dirigí a toda velocidad al pie de las escaleras. La niña trataba de ponerse en pie, haciendo un notable uso de todas sus fuerzas. Los ojos llenos de súplica me miraron. Sabía lo que quería. Sin embargo, después largo tiempo, no había conseguido habituarme a ese momento. Yo sólo gritaba al cielo que fuera pronto, porque mi conciencia no soportaría más aquella situación.

Elena insistió en llevarla a un médico. Yo guardé silencio mientras la niña me aferraba los tobillos y apretaba. Entonces recordé su consejo: no me toques. Alejé mi tobillo de sus manos y le dije a Elena que trajera una manta con que envolverla. Luego advertí que llevaba puestos los guantes que le regalé.

Mi esposa apareció con la manta y tras encargarme de cubrirla con ella, me senté en una silla del salón. Elena se sentó a mi lado sin dejar de mirarme. Me preguntó por cuánto tiempo tenía pensado mentirle.

En aquel preciso momento, me derrumbé y no soporté mirarla directamente a los ojos. Le resumí lo necesario que necesitaba saber por ahora. El tiempo corría en nuestra contra, pues la niña gimoteaba de desesperación.

A veces me preguntaba qué clase de dolores sentía para que su rostro angelical se desencajase del modo en que lo hacía. No quisiera pasar por esa experiencia. El pensar que llevaba tantos años así, me producía una presión en el pecho.

Tras explicarle repetidas veces la realidad de Berenice, Elena guardó silencio con su mirada fija en la niña. No dijo nada en todo un minuto. Pero yo sabía que no creía ni una sola palabra. ¿Cómo hacerlo cuando yo mismo todavía dudo en ciertas ocasiones? El primer gesto que reveló fue una sonrisa apretada con sus finos labios. ¿Se estaba riendo? Enseguida vi que no.

“Si todo lo que has contado es cierto, Henry, no es una niña, es un monstruo. Sería mejor deshacernos de ella o entregarla a la policía.”

Según las palabras de mi mujer salían por su boca, yo experimenté una ola de ansiedad naciendo dentro de mí. ¿Cómo podía alguien abandonar una vida? Pensé que todo se debía a que no había entendido la parte primordial: Berenice no era culpable de su propia naturaleza.

Recapacité después de escuchar mis pensamientos. ¿Cómo podía creer aquello? ¿Acaso estaba perdiendo la cabeza? Me sinceré conmigo mismo en el silencio de mis ideas, y llegué a esta conclusión: Si la niña no ingería la enzima de la telomerasa moriría. Otra voz asomó en mi cabeza, con la intención de ganar terreno; una voz fría y calculadora. Una vida por muchas vidas. Berenice mataría personas durante años para su propia existencia. ¿Cuántas? ¿Cien? ¿Doscientas? ¿Valía la pena salvar una vida a cambio de cientos? Y por último, ¿qué tenía esa niña para merecer ser salvada?

Berenice desapareció esa misma noche. Yo me la imaginé sola y debilitada deambulando por las calles de Chicago.

En las próximas semanas, Elena se mostró poco comunicativa. En cambio, Berenice hacía enormes esfuerzos por ser amable con ella. Si mi mujer fuera más cordial, podríamos al fin ser una familia completa con todas sus virtudes.

Una tarde ella explotó y escupió todo su veneno.

“Estás ayudando a un monstruo, Henry.”

“¿Cómo dices eso?”

“¿Cuántas vidas ha robado esa cosa para vivir? Es egoísta.”

“Es la naturaleza. Al igual que tú, si no come se muere. Y esa enfermedad es su forma de morir.”

“No es posible. Parece una de esas películas de terror. No es científico ni posible. No, no es posible. No quiero verte envuelto en sus crímenes, Henry. ¿Me oyes?”

“¿Y nosotros, Elena, cometemos crímenes cuando sacrificamos a nuestros animales para

alimento?”

“Por Dios, ¿de qué hablas? ¿Te estás escuchando? Has perdido la cabeza. Has terminado por volverte loco. Sugiero que nos deshagamos de ella. Si quieres ser padre, podemos adoptar a otra niña.”

“No, Elena. Berenice no es un objeto que pueda ser sustituido sin más. Ahora eres tú la que debes haber perdido la cabeza. Es nuestra hija. Lo ha sido todo este tiempo que ha vivido con nosotros.”

Los días continuaron en silencio. Elena y yo dormíamos en camas separadas. La tensión en nuestro matrimonio alcanzaba cotas insoportables. Pero la niña sonreía, se mostraba cercana a mí y no abandonó sus buenas intenciones por acercarse a mi mujer; sin embargo, por el momento, ella no entraba en razón. Berenice incluso ayudaba en casa limpiando. Yo observaba sus enormes esfuerzos por ser una niña común. En mi extraña demencia me dije que quizá ese esfuerzo era lo que la hacía merecedora de continuar con vida.

Una noche me senté en el borde de la cama en la cual dormía mi hija. La arrojé con la sábana hasta el cuello. Aunque mostraba un aspecto increíblemente sano, en mi cabeza siempre estaba presente que en cualquier momento podía manifestarse la otra Berenice, la fea y horrenda.

Confesó más datos acerca de su problema, yo me obligaba a llamarlo de ese modo, pues era necesario para mi conciencia anular parte de la cruel verdad que la envolvía.

Me contó el porqué quitaba la vida a las personas que elegía para abastecerse de la enzima. Yo recordaba haber leído varios textos científicos en revistas en la biblioteca de Chicago, sobre lo orgullosa que se sentía la comunidad de médicos al haber descubierto la enzima directamente relacionada con lo que llamaban la juventud. No obstante, algo que les preocupaba era la proliferación de tumores en las células cuando intentaban manipular la enzima. Por lo visto, la relación era la misma con Berenice; ella absorbía la enzima del organismo de la persona y ésta quedaba expuesta a un extraño virus contagioso. Para evitar la epidemia, la niña prefería anular al virus con la muerte de la víctima, porque éste no podía sobrevivir de otro modo.

Preferí no revelar todo eso a Elena; pensaría que la niña era un monstruo capaz de traer al mundo una plaga. En cambio yo preferí buscar una solución. Siempre había soluciones.

Miré a los ojos a mi hija. Eran seguros y decididos, pero yo no dejaba de ver a alguien con problemas y que me necesitaba. Advertí que tenía puestos los guantes. Le pregunté qué haría ahora que el verano se acercaba. Ella se encogió de hombros y dijo que tal vez por eso nadie se había acercado tanto como yo, porque la consideraban una niña rara, aunque ya estaba acostumbrada.

Las semanas pasaban y las personas a nuestro alrededor caían víctimas de la necesidad de Berenice. Yo sentía que la policía estaba cada vez más cerca. Cuando caminaba por la calle adopté la costumbre de mirar constantemente por encima del hombro.

La gravedad alcanzó el punto de no poder soportarlo más. Me estaba convirtiendo en un asesino. Elena había tenido razón todo el tiempo. Berenice era una mutación de la naturaleza y no debía —no podía en ningún caso— vivir de ese modo.

Yo tenía que hacer algo.

Henry ojeaba el diario ahora frente a la ventana. Cavilaba acerca de lo rápido que transcurría el tiempo. La vida apenas es un suspiro, pensó.

-
-
El agente se comporta de una manera altamente evolucionada, lo que abre inmensas posibilidades de estudio para la ciencia moderna. Su código genético, basado en ARN, como los retrovirus, no destruye las células más jóvenes y fuertes cuando se introduce en ellas, sino que efectúa pequeñas alteraciones en el núcleo, creando una asimilación completa. Con ello aparece una reconfiguración celular con las características añadidas del agente, cuya cualidad a destacar es el perfeccionamiento de la división celular para que los telómeros no se reduzcan a tanta velocidad, con el resultado de alargar la vida celular. El efecto es el contrario en células menos resistentes; las destruye como haría un virus común, cuya consecuencia son las erupciones cancerosas en la piel en forma de manchas rosas.

¿Qué consecuencias puede tener esto?

A priori me atrevo a especular con la eliminación de células dañadas o dispuestas a serlo por cualquier enfermedad común a lo largo de la vida de la persona, con sus revolucionarias consecuencias.

Mis estudios primarios presentan las siguientes incógnitas: Diferencias entre un huésped joven y fuerte, y un anciano. Las pruebas indican que el agente no encontraría células valiosas en el organismo de una persona adulta de más de treinta años. Sin embargo, ¿qué repercusión tendrá en nuestros hijos?

Mis conclusiones pueden parecer precipitadas si se tiene en cuenta el caso del chico encontrado en el columpio. Pero esto sólo me lleva a preguntarme si el chico no había heredado algún tumor oculto listo para desarrollarse en etapa adulta; de ser así, esto lo dejaría inservible para que la asimilación pudiera efectuarse correctamente.

La forma de contagio es por contacto de cualquier tipo con una persona huésped: piel, saliva, sangre... El problema se presenta en las personas infectadas que no hayan podido asimilar el código ARN, convirtiéndose en focos de expansión vírica.

—Ha perdido la cabeza —dijo Parker con el fax en su mano derecha.

—¿Lo crees así? —preguntó Forest.

—Sin duda. Esto parece ciencia ficción. Ahora más que nunca debemos encontrar a ese tipo. Estoy completamente seguro, como ya he dicho, de que él sabe algo de este virus o lo que sea.

—Yo también lo creo. He mandado a Nick al centro médico para informar de si ve algo sospechoso.

—Excelente. —Parker se volvió y contempló el exterior, meditando. El semáforo cambio a verde y el tráfico continuó su trayecto mientras grupos de personas se acumulaban en la acera, esperando su turno. Luego reparó en que su respiración había creado un círculo de vaho en el cristal—. Nuestro hombre sabe de la existencia de la enfermedad porque sus víctimas son precisamente las que tienen esas manchas rosas al no asimilar el virus, como dice el doctor. Y como me dijiste antes, Jason Cross, parece estar asimilando el virus. Mi pregunta es: ¿qué diablos hará nuestro hombre? ¿Lo dejará pasar porque no será un foco de contagio?

—Interesante —concedió—. Recuérdame que te ascienda a jefe —bromeó mirando la máquina de café—. Esta vez no tomaré ninguno.

—Si me asciendes perderás tu puesto.

—Ja. —Forest lanzó una carcajada.

Parker se giró y se sentó en su silla de escritorio.

—Si nos anticipamos a las víctimas tendremos localizados los puntos donde podría actuar nuestro héroe.

—Te olvidas de una cosa, y tendré que pensarme lo de ascenderte —dijo, con una sonrisa, Forest.

—¿Cuál?

—Hay alguien que extiende el virus.

—Sí, muy cierto —dijo, cavilando.

—Me atrevo a añadir que, tal vez, él sea el enfermo y cubra sus huellas acabando con sus víctimas.

—Si es así, ¿por qué las contagia? ¿Qué motivos puede tener si luego tiene que eliminarlas? El informe del doctor dice que el contagio se produce por contacto físico. Si él tiene la enfermedad, ¿dónde la contrajo? Son muchas incógnitas.

Forest expresó su impotencia con un largo suspiro.

—No lo sé.

—Nos falta algo —dijo Parker—. Algo que explique lo que le sucedió a Spencer en la celda. Nada encaja.

Forest se sentó en la silla frente a la mesa de despacho.

—Hay algo más. Ha venido el padre del chico. El señor Biddle. Estaba muy afectado y me ha dicho que pongamos todo nuestro empeño en encontrar al culpable.

—Comprendo.

—Luego ha dicho que si no, se vería en la obligación de hacerlo él mismo. Me ha partido el corazón.

—Lo comprendo.

—¿De veras? —preguntó Forest—. No encuentro nada peor que perder a un hijo de esa edad y de ese modo.

—Te recuerdo que tengo dos hijas —le dijo Parker con semblante serio.

—Lo recuerdo.

—Ve a echar una ojeada mañana por el centro médico para comprobar cómo le va a Nick —dijo Forest.

—Bien.

7

Henry contemplaba el atardecer desde la ventana. Luego descendió la vista y continuó leyendo.

5 de julio de 1987

La solución se presentó ante mí el día que tomé la decisión de acudir de nuevo a la biblioteca. Uno de los libros de medicina indicaba que la telomerasa se encontraba también en los animales. ¡Esa era la solución! ¿Cómo era posible que Berenice no lo hubiera descubierto si tan inteligente era? La respuesta no tardaría en aparecer.

En cuanto comuniqué la noticia a Berenice y a Elena, ambas me miraron en silencio, pero cada una lo hizo de un modo diferente. La cara de mi mujer parecía algo más animosa. En cambio la de Berenice se ensombreció, desapareciendo el brillo y su natural alegría. ¿Por qué no había recibido la noticia con esperanza?

Nos explicó que lo había intentado muchos años atrás, tantos que me sobrecogió el simple hecho de pensarlo. ¿Cómo era posible que mi hija adoptiva fuera mayor que yo mismo? En aquel intento de asimilar la enzima por medios menos brutales, no dio resultado.

Paso a relatar lo que nos explicó de su propia boca y a veces con sus propias palabras.

Los locos años veinte se presentaban como la restauración de la gran guerra y los ánimos comenzaron a aplacarse. Los más afortunados exhibían lujosos coches y gigantescas casas; la vida

volvía a ofrecer todo el esplendor que en ocasiones manifestaba. Las señoritas Flapper atestaban los clubs de jazz, con peinados bob cut y con un comportamiento contrario a las leyes socialmente correctas. Bailaban de forma provocativa, fumaban cigarrillos de largas boquillas, aspiraban cocaína y tenían citas. También bebían alcohol en un acto de desafío en el período de prohibición por la ley seca.

Berenice era una niña de aquella época, y respiraba el aire de novedosas posibilidades con el aspecto de una niña de cinco años. Hasta donde recordaba de sí misma, había estado sola varios años y, gracias a la caridad de un constructor llegado de Europa para hacer fortuna, el señor Peeters, la niña pasó a formar parte de la acomodada familia Peeters. En las afueras de Boston se alzaba una de las grandes casas en el centro mismo de una extensión boscosa de pinos, abetos y una multitud de árboles de denso follaje.

Fue recibida por la servidumbre de la casa con el mismo afecto y entusiasmo que mostraban a la hija única de la familia. La niña se sentía realmente contenta y supo mostrarse agradecida por el esfuerzo que suponía entregar el amor a alguien ajeno a la línea de sangre. La novedad y el buen comienzo de los negocios del señor, hicieron que Berenice se adaptara a gran velocidad a las costumbres de la familia. Como una hija más, pasó a dar clases de piano, a vestir con zapatos de tacón y vestidos de vuelo. Todo se desarrolló de forma impecable las primeras semanas.

Pero pronto afloraron las necesidades de Berenice, que por aquel entonces aún no comprendía del todo. Una noche comenzó a sentirse cansada. Mientras todos dormían se levantó de su cama en silencio. Su corazón parecía pesar una tonelada. Sus manos comenzaron a agarrotarse de un modo doloroso, no obstante, tuvo el valor de reprimir el gemido que pugnaba por emerger de su garganta.

Frente al tocador, su desesperación alcanzó el punto álgido. Bajo los ojos se hincharon bolsas grises, y centenares de surcos en torno a la comisura se prolongaron infundiéndole un aspecto envejecido. Su boca formó un horrible rictus. Aquello le volvía a suceder. Las suaves curvas que formaban su rostro se endurecieron, los ojos se hundieron en sus cuencas hasta el fondo.

Frente al espejo, rememoró que la última vez que pasó por la misma experiencia, se vio obligada a robar la vida de una desconocida.

Abandonó el cuarto de baño con sigilo y partió sola durante la noche para capturar a su víctima (Mi hija ha creído conveniente evitarnos a Elena y a mí los detalles de lo que sucedió). Regresó a casa pocas horas después, con las manos trémulas y el corazón palpitando con fuerza. La noche aún dominaba sobre el día cuando ella cubrió su recuperado cuerpo con la colcha de la cama.

A la mañana siguiente encontraron el cadáver de un anciano en el desván de un edificio abandonado, en Boston. No sucedió nada más allá de lo puramente común en un caso de homicidio. Tras varias semanas sin más pruebas cerraron el caso como insólito. Algunos dijeron que fue un asunto de las mafias del alcohol que por entonces dominaban las calles.

Así fue como Berenice evitó ser vista con su aspecto de vieja por la familia Peeters. Sobre todo por la hija, que comenzaba a dar muestras de envidia. Johana Peeters no había heredado la belleza de sus antepasados, sino la de su madre, una mujer cuya figura compuesta principalmente por líneas rectas no era todo lo agraciada que una dama deseaba. La delgada silueta de Berenice junto al inmaculado rostro, empujó a Johana a mentir acerca de Berenice y sus malos hábitos por hurgarse la nariz en presencia de mayores.

El llanto caprichoso de Johana despertó a Berenice en cuanto los rayos primerizos traspasaban el cristal de la ventana del cuarto. Se incorporó de inmediato en busca del pequeño espejo que puso dentro del cajón de la mesita de noche; el tamaño del espejo reducía la visibilidad únicamente a las zonas que la niña quería. Jamás volvió a estar frente a un espejo grande en los momentos en que aparecían los síntomas de su hambre. Percibió las fuerzas renovadas recorriendo su cuerpo; se sentía capaz de cualquier cosa. Sonrió de satisfacción mientras depositaba el pequeño espejo en el cajón. Entonces comprendió que la sorprenderían en cualquier momento saliendo de casa en busca de las víctimas si no era precavida. Y pensó que debía encontrar otra cosa que la ayudase a recuperarse.

No permitió que la siguiente manifestación tuviera lugar, antes de eso, tomó toda clase de alimentos: verduras, frutas, carnes. Pero no recuperaba sus fuerzas, como lo hacía al abastecerse de las personas

que atacaba.

La envidia de Johana crecía a medida que lo hacía la destreza de Berenice delante del piano de cola. Aquel día la familia Peeters tenía prevista una cena con acompañamiento de piano. Eran las niñas quienes deleitarían a los invitados con lo aprendido. Johana se presentó en el cuarto de Berenice vestida con un vestido rosa y unos zapatos a juego sobre calcetines blancos. Berenice iba con un hermoso vestido largo de cuento de princesas.

—¿Por qué tu vestido es mejor que el mío? Verás cuando toque mi pieza.

Berenice le dirigió una sonrisa jactanciosa.

En la velada, Johana Peeters tocó una pieza aprendida en sus clases de piano, logrando arrancar una expresión de sorpresa a los asistentes. Las sonrisas amables de algunas mujeres delataban la cantidad de fallos que cometía. Cuando se levantó del taburete, lanzó una mirada orgullosa a Berenice. Ésta se sentó delante del piano familiar y sus manos enguantadas en fina tela blanca se desplazaron haciendo sonar a Chopin con su Funeral March.

En un primer momento, sin esperar ninguna sorpresa por parte de las aptitudes de Berenice, todos felicitaban a Johana, que sonreía satisfecha. Pero pronto, las notas del famoso compositor llenaron la estancia con sus matices melancólicos. Johana quedó en segundo lugar en pocos minutos. Los elogios de los invitados llegaron hasta los oídos de Berenice. Sin embargo, ella no dio importancia al hecho de saber tocar el instrumento. Sus dedos presionaban cada tecla de un modo elegante, como si hubiera siglos de experiencia a su espalda. El gran salón de la familia Peeters fue poseído por el trance de las notas; todos permanecían en completo silencio mientras la pieza llegaba a su final. Berenice mantuvo los ojos cerrados cuando sus dedos se detuvieron. Únicamente se escuchaba el rechinar de los dientes de Johana, aunque nadie percibió ese detalle.

El silencio fue roto de inmediato por los primeros aplausos. ¡Magnífico! ¡Qué talento natural! ¡Exquisito! Fueron las palabras que acompañaron a los aplausos.

Se levantó e hizo una reverencia de gratitud, pero al mirar a los ojos de aquellas personas no vio más que la cortesía de unas vidas educadas para ello; pronto olvidarían lo escuchado y por quién había sido tocado. De pronto se sintió lejos de esas personas desconocidas. Ella no formaba parte de todo aquello. La mirada de Johana era de recelo, en sus ojos bullía una creciente ira y Berenice advirtió los puños cerrados de la niña.

La noche en que todo estalló, se encontraba en los alrededores de la gran casa mientras Johana la espía sin que Berenice lo advirtiera. Observó las numerosas hormigas que discurrían en largas filas por el terreno hasta un hormiguero a varios metros de distancia. Creyendo no ser vista por nadie, posó su mano en el terreno hasta que algunas hormigas treparon por su dorso. Luego lo llevó hasta la boca y tragó los insectos. Su boca se retorció y, viendo que eso tampoco daba resultado, escupió las hormigas que pudieran quedar en su boca. Carraspeó para eliminar el vivo cosquilleo en la garganta. A continuación cerró los ojos con fuerza, reprimiendo una lágrima.

“¡Estás loca!”

Johana apareció de pronto tras uno de los árboles que había en torno a ellas.

Berenice se volvió sorprendida. Su falta de experiencia la había llevado a tener poca precaución.

“¿Qué haces ahí?”

“¿No lo ves? Te he seguido, boba. Te has metido bichos en la boca. Se lo diré a mamá.”

“No he hecho tal cosa. Estás equivocada.”

“No soy ciega. Eres una niña del campo. Una bruta.”

Johana le dio la espalda y corrió hacia el camino de acceso, agitando la mano al Cadillac negro que avanzaba con lentitud. En el interior, el señor y la señora Peeters se sorprendieron al ver a su hija acercándose al automóvil como si hubiese visto un fantasma. El señor ordenó al cochero que se detuviera.

Johana tropezó con una piedra saliente en el terreno y cayó al suelo.

La señora Peeters descendió del coche como alma que lleva el diablo y se inclinó junto a su hija. Después de cogerla, la sostuvo en sus brazos cuya piel empezaba a cubrirse por las lágrimas de la niña.

Berenice permaneció quieta como uno más de los árboles que había en derredor, con su mirada puesta en los ojos sufridos de la señora Peeters, y comprendió que estaba sola y que ella no recibiría nunca un abrazo bajo una mirada compasiva como aquélla.

La mujer mecía a su hija consolándola mientras el padre se acercaba; el resto del servicio apareció por la puerta de la casa; algunos se maldecían por no haber estado más atentos.

Nadie dijo nada de Berenice.

Ella estaba sola con su extraño problema y debía aprender a controlarlo, porque nadie querría estar con una niña que abandonaba la cama durante la noche para satisfacer su hambre.

Los días siguientes fueron dedicados a buscar un alimento que evitara manifestarse a la enfermedad. Decidió esperar al momento antes de que apareciesen los primeros síntomas. El atardecer que eso ocurrió, Berenice se encontraba mirando la delgada línea teñida de sangre en el horizonte. Se preguntaba quién era. Desvió su vista hasta sus manos ocultas por los guantes blancos. A medida que el arco del sol desaparecía, percibió el creciente peso de sus párpados y pensó que sólo se debía al sueño. Pero en cuanto notó el irregular latido del corazón, comprendió que era su extraño problema. Miró en derredor para asegurarse de que nadie la estaba mirando. El señor Peeters acababa de llegar de atender sus prósperos negocios, y su esposa estaba con su hija Johana en casa con la profesora de matemáticas. Berenice había realizado los ejercicios correctamente y se le concedieron unos minutos de descanso. Cosa que agradeció en ese momento en que su problema aparecía de nuevo.

Colocó el sombrero de cloché sobre su cabeza para ocultar al menos un poco su aspecto. No se miró en el espejo, se dirigió a toda velocidad a la cocina, aun arriesgándose ser vista por los sirvientes. Entre jadeos que intentaba controlar, abrió la nevera en busca de comida. Bebió leche del propio recipiente, añadió dulces y pastelillos que había preparado la cocinera. Luego pasó a beber zumos de diferentes frutas. Sin embargo, percibía que sus ojos eran cada vez más pesados, su piel perdía tesitura y una debilidad general se extendía por todo su cuerpo. No funcionaba.

Escuchó pasos que se acercaban a la cocina. Berenice salió por la puerta de servicio un segundo antes de que alguien entrara. Cayó de bruces sobre el tupido césped del jardín y alzó el cuello hacia el cielo negro, cuyo centro era iluminado por la luna llena.

“¡¿Qué es esto? ¿Por qué muero?!”

La voz brotó helada y con un matiz final agrietado como si sus cuerdas vocales despertaran un nuevo registro más grave. Su pregunta se perdió en el silencio de la noche mientras continuaba tumbada, sintiendo que su corazón palpitaba cada vez con menor intensidad. Hizo terribles esfuerzos por respirar porque sus pulmones parecían menguados como dos pasas. Sus viejos ojos parpadeaban a intervalos irregulares perdiendo de vista el jardín donde estaba. En uno de los parpadeos vio la figura de una niña que se acercaba. Era Johana. La descubriría.

“¿Qué tonterías haces?”

La figura de la niña se difuminaba, y Berenice comprendió que su vida cedía paso a la muerte, con su aguijonazo venenoso abriéndose paso por su cuerpo.

Johana llamó a su madre.

“Mamá, Berenice no deja de hacer tonterías para asustarme.”

La niña se acercó y Berenice vio, en uno de los irregulares parpadeos, que se inclinaba a su lado.

Entonces la mano derecha, inmóvil sobre la hierba, se alzó estrellándose contra el cuello de Johana. Las largas uñas curvadas atravesaron el tejido del guante y emergieron cortantes hacia la yugular, de cuya herida brotó la sangre.

“¡Lo siento!! ¡Pero no quiero morir!”

(Una vez más, nuestra hija ha preferido ahorrarnos los detalles de cómo se abastece de la telomerasa)

Los dolorosos gritos de Johana alertaron a los sirvientes de la casa. Aparecieron escasos segundos después de que Berenice se alzara firme, renovada. Contempló con viveza el cuerpo de la niña, siendo sacudido por espasmos de enfermedad.

“Me has salvado la vida”, le dijo Berenice.

Los sirvientes corrieron hacia donde yacía Johana, mientras Berenice se alejaba hacia el círculo de árboles que rodeaban la casa. Se detuvo al escuchar que preguntaban por ella. Alguien parecía interesarse por Berenice. Sin embargo, era demasiado tarde. El guante blanco estaba al lado de Johana y uno de los sirvientes lo mostraba a los padres. Desde donde estaba oyó el llanto de la madre rodeada por los brazos del esposo.

No huyó. Permaneció escondida detrás del tronco del pino toda la noche. Johana fue atendida por un doctor llegado de Boston y recibió los mejores cuidados en la casa. Más tarde supo que los Peeters denunciaron su desaparición a las autoridades.

Se ocultó durante un tiempo. Caminó por las concurridas y frenéticas calles del Boston de los años veinte. Pasó de una zona a otra, de un barrio a otro, cuya frontera era el dinero que acumulaban las personas. Pese a lo atestadas que estaban las calles prósperas, Berenice siempre sintió el peso de la soledad en su cuerpo. A medida que pasaban los días y su ropa se ensuciaba y su cara se tiznaba, notó las miradas de rechazo de las personas de una posición social más alta. Así fue como decidió abandonar las calles más bulliciosas. Semanas después llegó a las afueras de la ciudad, donde pensó no sería encontrada jamás. Allí se adentró entre vagabundos, siendo una desconocida más, donde nadie le preguntaba de dónde venía y adónde se dirigía. Todos vestían sus ropas con la suciedad del mundo que acababa de dejar atrás. Allí, entre ellos, aprendió el valor de la caridad. Robaba la comida de sus víctimas para entregarla a aquellos mendigos, que la acogieron como una hija caída del cielo.

En una de sus partidas nocturnas, se detuvo junto a un cubo de basura en que habían arrojado un periódico. Berenice lo cogió con sus manos libres; no le era necesario esconderlas de los mendigos porque en el nuevo mundo que había descubierto, la fealdad era la nota diaria de todos, y su propio rostro delicado andaba ahora cubierto por capas de mugre. Pero era mejor de ese modo, no quería ser reconocida por la policía.

Sin embargo, cuando leyó la noticia en una de las páginas del periódico, comprendió que no sería reconocida por nadie ya. La familia Peeters había caído presa de una repentina enfermedad, incluso los sirvientes murieron en manos de la enfermedad. Toda la fortuna pasaba a manos de la única heredera. Johana Peeters.

Quedó petrificada. ¿Cómo era posible que Johana estuviera viva? La vio tendida en el césped perdiendo la vida. En cualquier caso, se alegró por ello, pese a que un recelo se alojó en su mente y quedó allí como una alarma programada en un reloj. No deseaba verla nunca más. No sabía cómo reaccionaría ante alguien que había decidido quitarle la vida para añadirla a la suya. Luego se preguntó qué era la enfermedad que había matado al resto de la familia y a los sirvientes.

Dejó el periódico donde estaba y continuó su silencioso camino hasta encontrar a alguien válido. Adoptó la costumbre de ingerir la enzima, que aún le era desconocida, regularmente, antes de que los síntomas aparecieran. No era por rechazar su imagen demacrada en un espejo, pues en la comunidad de mendigos no eran utilizados. Pero no quería pasar por el doloroso proceso; sentía en su interior que algo se desgarraba mientras se estiraban las fibras de su vida.

En las diversas ocasiones en que había tenido que hacer uso de sus fuerzas, tomaba a víctimas ancianas, y eso le parecía una buena costumbre; al menos no arrancaba una vida joven. Nunca más, se dijo. Desde lo de Johana, nunca más. Pero esa noche tendría ante sí una nueva oportunidad para comprobar si había alguna solución mejor a su rara hambre.

Pasó delante de una casa unifamiliar. Se le antojó aproximarse y comprobar si había ancianos que ya hubiesen gastado su vida. Sin embargo, desechó pronto la idea al escuchar niños dentro. En medio de la calle puso rumbo a zonas atestadas de personas. Entonces escuchó el maullido de un gato. Un sentimiento la asaltó de pronto y le hizo preguntarse cómo no había pensado en eso.

Corrió hasta posarse justo delante del gato que estaba sobre la repisa de una ventana de la casa, con sus ojos brillantes, lo que produjo en Berenice un escalofrío. Cuando se confirmó que estaba sola aquella noche, se deslizó a tanta velocidad que su cuerpo dejó estelas brillantes tras ella. Sin que el animal advirtiera su furtiva presencia, posó su mano artrítica sobre el lomo. El gato lanzó un maullido aterrador al ver los ojos de Berenice. Apresado entre sus dedos arrimó el animal a escasos centímetros

de su mirada expectante debido a la gran pregunta: ¿Podría ese animal detener su hambre? (Berenice ha eludido explicar los detalles más escabrosos nuevamente)

El cuerpo del gato quedó inerte sobre el suelo de cemento que rodeaba la casa. Berenice eliminó el sufrimiento del animal pisando el cuello. No dio resultado. El único animal que anulaba su envejecimiento era el ser humano.

Permaneció inmóvil ante el gato muerto mientras en el interior de la casa aún se oían las risas de la niña de unos cinco años. Una niña como ella en esa época, con la salvedad que ella hacía tiempo que no reía.

Con su fracaso en mente, se alejó de aquella casa, dejando como prueba de su visita el cuerpo sin vida del gato. Ahora tenía ante sí una expectativa: alimentarse de lo que quiera que necesitase su cuerpo para vivir.

Berenice finalizó su relato en silencio, como había caminado todos estos años hasta llegar a nuestras manos. Tuve la necesidad de abrazarla, de besarla. Me dije que su soledad había terminado. Qué equivocado estaba. Miré a Elena. Hacía rato que su mirada estaba puesta en el suelo, como si de esa forma le fuera más fácil escuchar las palabras de Berenice.

“Dios santo”, murmuró.

Dijo que no era posible mantener con vida una criatura como ella. Era una plaga que debía ser eliminada. Luego se levantó y nos dio la espalda.

Yo no podía creerlo. ¿Por qué su cuerpo sólo asimilaba correctamente la enzima procedente de personas? Aquello suponía para mí una carga. Una carga inmensa que debía salvar si quería ayudar a la que era ahora mi hija.

Elena se opuso en rotundo, pero yo empecé a seguir a Berenice en sus incursiones nocturnas. Cuando ella se alimentaba, aparecía yo con mi conciencia adormecida, o eso al menos quería pensar, y quitaba la escasa vida de la víctima. El germen o el virus que crecía no podía saltar de un humano a otro. Eso es lo que sabía ahora y tuve que hacer mías aquellas palabras para infundirme la fuerza de voluntad necesaria para cumplir con mi tarea.

En cambio, como ser humano que soy, mi cabeza no tardó en estallar en voces que me culpaban por estar alimentando a un monstruo, una bestia del infierno. Tras la locura de esas voces me preguntaba cada noche qué era Berenice. ¿Cómo podía caminar sobre la tierra una criatura como ella con su dulzura exterior y enfermedad interior?

En poco tiempo la policía nos visitó debido a un cuerpo encontrado en el río. Como era lógico presentaba los mismos rasgos. Estaban interrogando a todos los vecinos.

Yo sabía que tantas muertes alrededor de mi hija, tarde o temprano iban a despertar sospechas. Tras atender a los agentes lo mejor que pude, hablé con Berenice. Había que terminar con las muertes de algún modo. Intenté hacerle que viera la realidad. El mundo acabaría con ella ante la más mínima sospecha de sus extrañas necesidades. Y los policías ya estaban rondando cerca nuestra. No sólo era peligroso para ella, sino también para mí y Elena. ¿Qué podríamos decirles cuando nos interrogaran? ¿Qué forma hay de que el hombre moderno crea en tales cosas?

Berenice aceptó no muy convencida. Pero al menos tenía parte de su colaboración. En cualquier caso, pensé en tener preparado un plan de urgencia por si todo salía mal y ella prefería usar su libre albedrío, como a veces lo llamaba.

Guardé unas pesadas cadenas en el sótano sin que Berenice supiera nada de ello. Si era preciso estaba dispuesto a atarla. Lo primero era que no la vieran salir por la noche. De su alimento yo mismo me encargaría.

Llegó el temido día.

Elena también desconocía mi atrevido plan de urgencia. Supe que era el momento cuando una noche escuché a Berenice gimotear en su cama mientras dormía. Éste era el momento, me dije. Aprovecharía su descanso para atarla a la cama. Los síntomas de vejez no tardarían en pedir la enzima.

Entré a la habitación cargado con las cadenas, tratando de hacer el menor ruido posible. Cosa difícil

teniendo en cuenta el volumen y el peso de las mismas. Deslicé con cuidado las cadenas bajo la cama. Dejé los enormes candados en el suelo. Volví a oír sus jadeos de hambre. Luego pasé los extremos de la cadena sobre la cama y por encima del cuerpo de la niña: tobillos, piernas, cintura, pecho. Deseé con todas mis fuerzas que cuando despertara, yo no estuviera allí; no quería que me mirara a los ojos mientras la ataba a la cama sin su permiso. Sin embargo, según realizaba mi plan, fue mi propia conciencia quien martilleó mi cabeza. Uní todos los extremos con los candados. Cuando cerré el último, el chasquido despertó por fin a Berenice. Era de extrañar que no lo hubiese hecho antes.

Me alejé varios pasos de forma inconsciente. ¿Acaso temía de que mi hija me agrediera?

Por fortuna ella no me miró a mí en primer lugar; su mirada se dirigió a las cadenas que la apresaban. Cuando vi lo inmovilizada que estaba no me sentí mejor, sino que el martilleo en mi cabeza de intensificó. Pero fue su mirada lo que me hundió en el dolor. Aquellos ojos no estaban cargados de enfado, era la decepción lo que vi en ellos. Había decepcionado a mi única hija. ¿Qué clase de padre era yo?

“¿Por qué?”

No supe qué contestar. Aparté mi mirada y le dije:

“Tu hambre puede ser terrible. No puedo dejar que salgas a la calle y te cojan. No me lo perdonaría.”

“¿Prefieres verme morir? ¿Es eso lo que quieres, que me muera?”

“Claro que no.”

Sus facciones se agravaron.

“Suéltame por tu propia voluntad ahora, o yo romperé todas las cadenas que nos atan como padre e hija.”

“¿Qué dices?”

“Te he contado todos mis secretos. Te he revelado todo lo soy, poniendo en ti mi confianza como padre que deseas ser, como alguien que puede entender más allá del miedo que corroe a la humanidad por lo que no comprende.”

“Es por tu bien, Berenice. Ellos te detendrán y cuando sepan lo que haces te condenarán a la muerte. Como padre, que bien dices que soy, no quiero verlo. Tiene que haber una solución a todo esto. Algo que yo pueda hacer.”

“Puedes soltarme como acto de confianza en mí. No he conocido cadenas que puedan detenerme... Padre, suéltame ahora o apártate de mi lado.”

Me quedé petrificado. Y si aquello no era suficientemente doloroso, Elena apareció por la puerta. Lo primero que preguntó fue qué le hacía a la niña. ¿Desde cuándo se interesaba por ella? ¿Tan horrendo había sido mi acto hacia mi hija como para que Elena decidiese ponerse de su lado?

“La policía ronda por nuestra casa, Elena. No podemos dejar que salga, la cogerán. Dios santo, no soportaría algo así.”

“Nos iremos. Viajaremos una temporada hacia el oeste, hasta que todo se calme.”

La miré desconcertado.

“¿A qué viene este repentino cambio de actitud?”

“He meditado mucho en el pasado de la niña... o quienquiera que sea. Encontraremos una solución a todo esto. Hay buenos hospitales en este país.”

“¿Crees que la ciencia puede ayudarla?”, le pregunté aún bajo mi incredulidad.

“Claro que sí.”

Volví mi vista a Berenice, que miraba a Elena con solemne satisfacción pese a encontrarse atada. Volvía a encontrarme frente a la Berenice de siempre, segura de todo. Por un momento sentí que esas cadenas no la incomodaban, que podría romperlas como yo lo haría con el algodón.

Así fue cómo Elena comenzó a ayudar también a Berenice. Ahora éramos una familia unida que se dirigía a California.

8 de enero de 1988

En California alquilamos una casita acogedora en una pequeña ciudad llamada Yountville. El tiempo y la experiencia nos volvió a todos más cuidadosos. Pero eso no evitó que Elena consumiera más cigarrillos de los que había fumado nunca. En ocasiones las cajetillas vacías se amontonaban en la basura y decidí disponer de un cubo destinado para tal fin. Se lo advertí en varias ocasiones. Ella siempre me respondía que era su modo de aliviar la tensión. Ahora que los dos sabíamos toda la verdad de la niña que teníamos a nuestro cuidado, ella encontró su forma de escapar a la tortura de la conciencia. Yo, por mi parte, aún no disponía de vicios, hacía tiempo que no había probado ni gota de alcohol y deseaba mantener esa costumbre. Por ahora me bastaba con acompañar mis comidas con agua y zumo de frutas.

Nuestra hija siempre nos acompañaba en la mesa. La costumbre de añadir un tercer plato para ella no había desaparecido con el tiempo; así todos nos sentíamos más cerca. Sin embargo, las comidas eran normalmente silenciosas. Cada uno prefería anidar en sus propios asuntos, que cada vez eran más complejos.

Berenice empezó a asistir a clases en una escuela pública. Perfeccionó su modo de pasar desapercibida entre los alumnos. Cometía errores adrede en los exámenes del curso, aprobaba por los pelos, como se suele decir. Era su nuevo estilo, ser uno más. Continuaba con sus vestidos negros, pero eso no parecía importar a nadie en la escuela pública.

Las noches eran más silenciosas que en Chicago y pensé que eso perjudicaría las incursiones de Berenice. Sin embargo, pronto comprobé que nada más lejos de la realidad.

Desde el jardín, a escondidas detrás del alto muro que separaba la casa de la calle, observaba salir a Berenice por la ventana de su habitación. A veces bajaba de un gran salto y otras se deslizaba acurrucada como un animal furtivo. Mi duda sobre qué era Berenice golpeaba cada vez más adentro de mi cabeza. Cada ocasión en que se repetía el proceso, yo estaba listo esperando verla salir. Con el tiempo había aprendido a deducir cuándo comenzaban a asomar los extraños síntomas en la niña. El día que tomaba la decisión de partir en busca de su alimento, estaba siempre más irritable. Sus pupilas se agitaban. Pero su mirada... era su mirada donde más advertía los cambios. Ésta dejaba de tener el inocente brillo de cualquier niña de su edad y aparecía una viveza felina, ansiosa. Sus manos dentro de los guantes, se contraían con fuerza, como si experimentara el deseo de romper el cuello de su víctima. ¿Cómo era posible semejantes cambios en alguien por el hecho de tener que alimentarse de la enzima?

Partía entre movimientos algo lentos y cansados, y regresaba con la impresión de poseer la fortaleza de diez hombres. En sus ojos, una espectral luz parecía apagarse por momentos.

Con la frecuencia que Berenice ansiaba la enzima, comprendí que pronto deberíamos partir de nuevo hacia otra región del país. Dos cadáveres encontrados en la orilla del río con las extrañas manchas rosas me confirmaron mis teorías. Avisé a Elena de la situación y asintió desganada, con un consumido cigarrillo entre los dedos. Observé que su forma de eliminar la ansiedad daba buenos resultados; aunque desganada, su semblante era severo, listo para soportar cualquier nueva embestida.

Reunido el equipaje dentro del automóvil, tomamos la interestatal 99 hacia el estado de Nevada. Las llanuras pronto empezaron a sustituir los cultivos del centro de California. Rodábamos por carreteras secundarias para evitar las ciudades grandes; ahora preferíamos no ser vistos. Elena hacía uso de sus cigarrillos aunque estuvieran arrugados, siempre se los apañaba para enderezarlos y depositarlos en los labios, que parecía ser la única parte de su cuerpo que mostrara la ansiedad al consumirlos a su acostumbrada velocidad.

Discutimos a qué lugar debíamos dirigirnos esa vez. Estábamos de acuerdo en una cosa: en ir al sur, porque lo último que queríamos era tener el invierno del norte del país encima.

La agrupación de luces de Las Vegas nos irrumpió de pronto a lo lejos. Con ironía mi mente me hizo ver que la ciudad del pecado ya no era todo lo mala que podría ser. Mis ojos se posaron en el retrovisor y Berenice apareció en él. Andaba distraída mirando las luces de la ciudad.

Aquella misma noche dormimos en un motel de carretera. A la mañana siguiente nos detuvimos a comer algo en un bar frecuentado por motoristas y camioneros. Nos adentramos en el aroma a grasienta carne de buey y tomamos asiento en una de las mesas más alejada de la algarabía, cuyo principal causante eran dos tipos, uno frente al otro, compitiendo en un pulso de brazos. Comenté con mi mujer los pormenores del viaje cuando advertimos que Berenice se había apartado de nuestro lado. Se encontraba delante de la mesa, observando con pocas expectativas cómo los dos tipos duros ejercían su muestra de fuerza. El semblante de la niña era serio, calculado.

Me levanté enseguida para alejar de aquel ambiente a mi hija, pero ella insistió en observarlo. Tranquilo, amigo, deje que la niña vea la competición, dijo un tipo barbudo y con gruesa camisa a cuadros. Intuí que Berenice no deseaba ver nada de todo aquello. ¡Sus ojos mostraban un creciente interés por participar! No debía permitir eso de ninguna de las maneras.

El hombre con sombrero de vaquero fue quien ganó el asalto. Berenice se escabulló de entre mis manos, se sentó frente al ganador y colocó su endeble brazo sobre la mesa ante la mirada de humorística sorpresa de todos. Eh, un cambio de concursante, puede ser interesante, ¿verdad, chicos?, sonrió el hombre. Berenice no lo hizo. Su rostro parecía estar reuniendo la fuerza necesaria para vencer al coloso de músculos, que aferraba con delicadeza la mano de la niña. Todos sonrieron con interés. Y rieron cuando el tipo del sombrero no fue capaz de mover un centímetro el brazo de la niña. Siempre fuiste un gran tipo, Frank. Pero deja que la niña te gane, no seas tacaño, dijo uno. Sí, y luego invita a la ronda de cerveza como prometiste, añadió otro. Pero el rostro del hombre se llenó de sudor y sus ojos miraban a la niña con asombro. No puede ser, dijo éste. Es fácil vencer a los débiles, dijo Berenice al hombre, pero no podrás vencerme a mí. Pensaba que eras más fuerte, esfuérzate un poco. La mirada pasmada del coloso se endureció mientras una gota de sudor corría por su mentón. Algunas sonrisas del público se apagaron.

Me vi en el aprieto de tener que detener aquello de inmediato. Pero yo mismo contemplé con horror la asombrosa fuerza de la niña, era ella quien tenía el control de la situación; era ella quien no deseaba ganar y únicamente aguantaba la potente embestida del brazo del hombre. ¡No puede ser!, dijo el hombre con voz cansada. La niña soltó el brazo y se levantó de la mesa. El griterío del bar había desaparecido. Todos la contemplaban con temor mientras el coloso se masajeaba su antebrazo.

Traté de coger a Berenice y alejarla finalmente de aquello, pero ella abandonó la mesa en cuanto todos se hicieron a un lado, sorprendidos y boquiabiertos.

Uno de los cigarrillos pendía de la comisura del labio de Elena, que en completo silencio, miraba a la niña.

Nos marchamos del bar donde el silencio fue roto por un vaso que se hacía añicos en el suelo.

El viaje transcurrió silencioso. Ninguno halló la fuerza para comentar lo sucedido.

21 de enero 1988

Escribo estas palabras sentado de nuevo delante de un escritorio en una nueva casa alquilada. Ahora estamos en Leasburg en el estado de Missouri, con una población de tan sólo doscientos habitantes aproximadamente. Siento que los constantes viajes y el no llegar a establecernos en un lugar concreto, nos está pasando factura. Elena padece de insomnio y esto hace que su carácter se tense aún más. Estoy cansado de verla deambular por la casa de un lado a otro, sobre todo en esta casa, que con su reducido tamaño escucho los pasos constantemente alrededor mío.

Nada ha cambiado demasiado en este tiempo. Vivimos en una casa alejada de la ciudad. La seleccionamos por su lejanía. Berenice parece disfrutar de sus paseos por el pequeño bosque. La veo admirar profundamente la naturaleza y todo lo relacionado con la misma. Sus largos paseos duran hasta bien entrada la noche. En esta ocasión no la hemos internado en ninguna escuela. Ya no necesita fingir

nada de su vestuario o de su particular comportamiento. Elena y yo la hemos dejado a su aire para ver cómo se desarrolla la situación.

La mañana que fui a la ciudad me topé con un hombre experto en restauración de libros y manuscritos. Casi sin saber cómo, nuestra conversación se desvió a mi afición por escribir en un diario. Muy entusiasmado me mostró varios diarios polvorientos y le dije que yo escribía en vulgares hojas. Rio de forma amistosa y me aconsejó pasarlo todo a un diario. Me enseñó algunos que me gustaron, pero no terminé en decidirme. Luego me sugirió la confección de un volumen único que él mismo realizaría. La idea hurgó en mi mente con fuerza; el tener las experiencias de Berenice anotadas en una fuente más duradera me gustó. Según me había contado, el papel común era poco duradero. Accedí a ello.

Días después, mientras Elena me lanzaba sus lánguidas miradas, siembre envuelta por el humo de sus cigarrillos, volví a la librería del experto en manuscritos. Tenía listo un diario en papel algo más grueso; la cubierta era de piel marrón y tenía bordadas las palabras El Diario de mi Propia Verdad. Le agradecí que hubiese seguido mi indicación del título al pie de la letra. Pagué al hombre y durante los próximos días pasé todas mis viejas notas al diario. Su tamaño compacto facilitaba su ocultación a los ojos de los demás, y era mucho mejor que ir a todas partes con el manojito de hojas llenas de garabatos.

23 enero 1988

Pese a escribir ahora en un diario más propicio para ello, mis añadidos se vuelven cada vez más escasos. Se debe a que Berenice pasa la mayor parte del tiempo sin hacer nada especial. Ahora más que nunca parece una niña solitaria y silenciosa. Este punto me tiene especialmente preocupado; sería bueno que una muchacha (aunque no sé cómo definir a nuestra hija) tuviese un amigo.

En cualquier caso, cuando observo en qué hemos quedado Elena y yo, no dejo de ver ciertos parecidos. No es de extrañar que haya acudido repetidas veces a la librería a liberar un poco mi ansiedad por hablar con alguien. Últimamente las conversaciones con mi mujer se pueden resumir en miradas cargadas de tensión.

12 marzo 1991

Muertes y más muertes han robado la escasa alegría de vivir mientras Berenice sigue fuerte, nutriéndose con la enzima. Aunque no dejo de ver nuevas facciones de madurez en su cara, la niña de ocho o nueve años escasos parece no envejecer. Sin duda lo hace, pero a un ritmo envidiable. ¿Qué clase de don es éste? ¿Quién infundió esta cualidad a Berenice? Estas preguntas continúan sin contestación. Elena sigue llamándola monstruo, pero yo en cambio la veo como una fuerza de la naturaleza capaz de vencer a la vejez. ¿Quién no daría un brazo por comprender cómo lo hace? ¿Quién es exactamente Berenice? Si desde los años veinte todavía conserva su aspecto infantil, yo deduzco que crece un año por cada diez. Sin contar con su periodo oculto en su memoria. ¿Hasta dónde se remonta? Estas preguntas no hacen más que volverme loco, porque entonces mis cálculos están equivocados y podría envejecer a una media de un año por cada veinte, o treinta. El solo hecho de pensarlo hace que se me erice el vello del cuerpo.

Durante los años pasados han ocurrido varios hechos merecedores de ser anotados en mi diario.

Berenice parecía complacida en el día de cada cumpleaños. No es necesario añadir que sus regalos no eran muñecas ni lapiceros de colores. Elena y yo, aprovechábamos para comprarle ropa más acorde

a su apariencia de niña. Ella la aceptaba gustosa, aunque en contadas ocasiones la vestía.

Tras asolar casi un poblado entero debido a la constante búsqueda de la enzima, regresamos a Chicago. Teníamos los ánimos devastados de ver cómo las personas caían a nuestro alrededor. En una ocasión, Elena me ayudó a deshacernos del cadáver de un anciano. Lo sepultamos en el pequeño bosque que había junto a nuestra casa en Leasburg. Fue el lugar donde logramos pasar más tiempo sin tener que huir de nuevo. Supuse que se debía al habernos mantenido lejos del centro del pueblo.

En Chicago volvimos a nuestra casa y enseguida vimos que todo había vuelto a la calma. Me reí ante la amarga ironía: aquello que hizo alterar a una gran ciudad como Chicago, si acaso ello era posible con toda su violencia, regresaba a casa de nuevo. Las caras de los vecinos no serían tan alegres si supieran esto. A veces me repetía que las muertes de Berenice no eran nada comparable a las sucedidas en las guerras y por la desnutrición de millones de niños. Aun así siempre nacen niños en un lugar tras otro. Por lo visto la naturaleza sabe mantener su equilibrio, o quizá las filosofías de Berenice empezaban a calar en mí.

Una de tantas noches, tras volver a casa con las manos manchadas de sangre, Elena me dijo por qué no matarla a ella. No tenía importancia una muerte más, y en este caso la última. Traté de explicarle sin resultado que la niña (porque de ese modo me gusta verla) no era culpable de su problema, no podíamos imponer una solución fácil a un problema complejo. Y, en cualquier caso, yo estaba encariñado con Berenice. No dejaba de haber humanidad en ella; su constante soledad y madura aceptación de su destino me impresionaban. Muchos podrán llamarme loco, pero también tengo respuesta para ellos: el calor humano que desprende en ocasiones mi hija no es merecedor de la muerte. Estaré con ella a su lado, en busca de la solución, porque nunca perdí la esperanza.

Aquella misma tarde pude afianzar mis razonamientos cuando Berenice apareció por la puerta de casa, con un ramillete de flores del jardín al que dedicaba su tiempo libre. Observé con atención cómo lo introducía en un florero con su mejor sonrisa.

Sin duda no merecía la muerte. Aunque a veces me preguntaba si sería posible matarla, si moriría o, por el contrario, nos reservaba alguna sorpresa.

Entonces, para mi asombro, Berenice consiguió un amigo. Era un niño de unos once años llamado Brandon que conoció en el Marquette Park de Chicago. A veces abandonaba la casa, después de llevar días encerrada, y paseaba por la ciudad. Fue en uno de esos paseos que acabó en el parque. Ella me contó que el muchacho estaba esperando a su madre. Había una cafetería enfrente, donde supongo que la madre estaba tomando un café. Berenice no mencionó nada al respecto. Para mí lo más importante era que por fin mi hija tenía un amigo.

La veía marcharse cada tarde de casa con una sonrisa radiante. Aquello me llenaba de alegría a la vez que de esperanza. Por otro lado, sabía que no le haría nada al chico, porque escogía siempre a personas mayores para abastecerse de la enzima de la telomerasa.

Sin embargo, una vez más, la ciudad de Chicago estaba gestando un verdadero monstruo. Según las noticias aparecidas en todos los periódicos, habían encontrado a una niña muerta con señales de violación. Cuando la noticia llegó hasta mí, me desmoroné.

La noticia de una segunda muerte con violación llenó las emisoras de televisión. Aquello hizo que las familias se pusieran en alerta. Berenice estaba plantada frente al televisor con cara triste, lo cual me enorgullecía una vez más; aunque pudiera parecer una paradoja, era algo bueno que ella desaprobara aquellos actos. Y pese a que habría sido testigo en sus años anteriores de los males de la humanidad, no parecía haberse acostumbrado a éstos, o a verlos con indiferencia como nos ocurre a muchos de nosotros. Semanas después, encontraron una tercera niña violada y muerta, esta vez en el parque donde Berenice acudía a ver a su amigo Brandon. Un agente llamado Ken Parker declaró en las noticias de las seis que estaban tras la pista de un sospechoso. Pero aquello no hizo que una semana después apareciera otra niña en un callejón. Todas las familias, más que nunca, se mantenían en alerta y desconfiaban de cualquier desconocido. En el transcurso de tres meses, el violador de Chicago, al que todos ahora conocían por el nombre de Spencer, se había cobrado seis víctimas; seis niñas fueron despojadas de su inocencia y asesinadas después.

Pero lo peor estaba por llegar.

Sin que nadie comprendiese por qué, el maldito violador se encaprichó también de Brandon. De un niño. ¿Hasta dónde alcanzaba la depravación del monstruo? Berenice me contó que en una de sus últimas tardes mientras jugaba con su amigo, vio rondar a un hombre de mirada penetrante por las cercanías del parque. No le dio importancia y continuó jugando con su amigo. Aquel mismo día lo dieron por desaparecido. En el periódico que traje al día siguiente a casa había un retrato robot que, según mi hija, coincidía con el de Brandon.

La reacción de Berenice no se hizo esperar.

Desapareció durante cinco días seguidos sin mi consentimiento. Nunca averigüé qué pasó con exactitud aquellos días. Desapareció ante mi vista a una velocidad que no fui capaz de asimilar. Por fortuna no apareció ningún cadáver con manchas rosas en el cuerpo. Desapareció sin más, corriendo por la puerta. Su expresión era de rabia, impotencia y decepción más allá de donde pudiese estar alguien decepcionado con las personas o con sus actos.

Elena no dijo nada, pero advertí en ella un sutil brillo en su mirada; seguramente estaba contenta de que se hubiese marchado.

El quinto día, horas antes de que Berenice entrara por la puerta del comedor, una reportera en las noticias de las seis declaró que el violador y asesino llamado Spencer, se había ahorcado en su celda. La niña se acercó en silencio y se sentó en uno de los sillones y miró la pantalla. Ni Elena ni yo dijimos nada. Pero ahora sé que mi mujer también vio las rojeces en los ojos de Berenice, como si hubiese estado llorando. Su cara estaba tiznada por la suciedad de los callejones de Chicago, sus guantes estaban rotos por varios sitios al igual que su ropa. Su pelo se encontraba grasiento y lacio.

Lo que sucedió en las calles de Chicago y en la celda quedó en secreto en el corazón de Berenice, sólo ella conocía la verdad. Yo, en cambio, creí saber algo de lo ocurrido, siempre tuve mis sospechas. Alguien había robado la amistad encontrada por mi hija y lo había pagado.

Por respeto a mi hija y a la familia de Brandon asistimos al funeral. Berenice permaneció en la lejanía, bajo la sombra de un inmenso roble, únicamente se acercó a la tumba cuando todos se marcharon.

A día de hoy aún acude en ocasiones al cementerio a visitar a su amigo.

Henry cerró de golpe el diario y entornó los ojos. Todos los recuerdos revoloteaban en torno a su cabeza, avivando las viejas sensaciones de malestar.

8

Horas antes, Sophie Evans y el resto de compañeros se encontraban plantados frente a la casa de Mark. Ella portaba una bolsa con fotos de Laura, realizadas en un improvisado estudio en casa de Sophie, mientras su madre descansaba sobre el sofá. Con un tablón blanco detrás de Laura, dispararon la cámara varias veces hasta que lograron que mostrara un aspecto sereno; todos

percibían su claro estado de nerviosismo.

Sophie pensaba que era mejor hablar con él antes de aventurarse a entablar contacto con Darren. Éste siempre había tenido mal genio y nunca se sabía cómo iba a reaccionar, en eso era parecido a Jason.

Avanzaron por el camino de grava. Doug tuvo la sensación de estar pisando los cuerpecillos crujientes de millares de cucarachas. No evitó mostrar su desagrado.

—Qué porquería de suelo.

Sophie le miró con una expresión donde sus pupilas giraron de forma frenética, que claramente exigían silencio. El padre de Mark era conocido por su escasa paciencia con los chicos, y Sophie creía recordar que andaba de un lado a otro sin empleo. Pensó que era mejor que no estuviera en casa.

El césped que flanqueaba el camino se encontraba invadido por las malas hierbas. Claro síntoma de que la madre de Mark era ahora la que trabajaba fuera de casa. Y Mark, que andaba más de lo debido con Jason y Darren, sólo parecía dedicarse a sus asuntos.

Desde la parte posterior de la casa les llegó el ladrido de un perro. Reconocieron a Bobbi, el perro sin raza y en los huesos de Mark. Apareció trotando por entre un grupo de hierbajos con la lengua fuera y los ojos desorbitados. Era el único que les daba la bienvenida.

Josh presionó el timbre, que emitió un sonido metálico sin eco. Otro ejemplo más de lo descuidado que estaba todo. Josh presionó repetidas veces malhumorado.

—Ya basta. No lo arreglarás pulsando así —aclaró Sophie—. Llevará roto bastante tiempo.

Doug se acercó a la puerta y la golpeó dos veces con la mano abierta.

—No está en casa —dijo Laura, con chándal amarillo y el cabello recogido en una cola de caballo.

—Sí que está en casa —corrigió Sophie, mirando por la ventana situada junto a la puerta. Al otro lado del cristal, tras la abertura de las cortinas, Mark atravesó el comedor con cara somnolienta.

Sophie giró su cuello hasta la puerta que se abrió de pronto, dejando vía libre al mal olor que emergía. El chico vestía vaqueros negros deslucidos a causa de los centenares de lavados.

—¿Qué pasa? —inquirió.

—Pues verás...

—Muchas cosas, Mark —interrumpió Sophie imponiendo su carácter; Josh

se quedó con la palabra en la boca—. Pero no hay tiempo para explicarlas todas. Necesitamos tu ayuda.

—¿Qué quieres de mí esta vez?

—Que Darren nos prepare un carné falso.

El rostro de Mark pareció cobrar vida.

—¿Un carné falso, para qué...?

—Tenemos que entrar en el hospital para ver a Jason. Está grave.

—¿Desde cuándo te preocupas tú por Jason? —dijo Mark al tiempo que se apoyaba en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—Desde que algo grave pasa en Silverston —declaró—. He ido al hospital, pero no me han dejado entrar, sólo permiten familiares. Sé que Darren hace cosas de ésas.

—Es probable.

—Es seguro —añadió Sophie con un guiño.

Mark miró hacia la calle de un modo furtivo y les invitó a pasar.

—Mi padre no está y no sé cuándo volverá. Vayamos a mi cuarto.

Los grupos de rock de los noventa cubrían hasta el último espacio de pared de la habitación de Mark. Encima de una leja descansaba el estéreo; al lado yacían docenas de compactos colocados de forma descuidada. Nirvana, Guns & Roses, Metallica y todo un variado surtido de grupos de música, listos para colmar el corazón con las dolencias de los compositores. Del techo pendía por cuatro chinchetas un pañuelo con dos pistolas apuntando en direcciones opuestas sobre dos rosas rojas. Todo dentro de un círculo coronado por las palabras GUNG'S ROSES; con el añadido de manchas de grasa en un extremo del pañuelo.

—¡Guau, tío! —exclamó Doug. Sus ojos no dejaron de escudriñar cada rincón—. Mi madre no me dejaría tener esta decoración, odia el rock.

—Son las ventajas de tener un padre que pasa de su hijo —explicó con resignación—. Pero vayamos al grano, tíos. No tengo todo el día.

—Habla con Darren para que diseñe el falso carné. Eso es todo —dijo de forma tajante Sophie.

—Lo avisaré, pero no prometo nada.

Sophie hurgó en su bolso y reunió en su mano varios billetes de un dólar.

—Le pagaremos.

—Mejor. Así se dará más prisa. Más dinero, menos tiempo —rio Mark—. Teorías de lo inversamente proporcional.

—Veo que escuchas en clase —intervino Josh.

Mark le dirigió una mirada de desprecio.

—Dejadlo, chicos.

Mark miró a Sophie durante largos segundos.

—¿En serio vas a investigar el asunto de Jason Cross?

—Sí.

—No está bien visto por los profesores que publiques noticias del exterior, ya sabes...

—Sí, ya sé. Pero esta vez es importante.

—Creo que te meterás en un follón de tres pares de narices.

—Eso es lo que le dije yo —intervino Laura.

—Callad —repuso Sophie.

—Yo en tu lugar empezaría hablando con la amiga de Teddy, la chica nueva.

—¿Qué amiga de Teddy? Benson va siempre solo.

—Pues ya tienes más datos para tus investigaciones. Ahora va con la chica nueva. —Mark se acercó a la ventana—. Y te aseguro que esa tía da miedo. Se enfrentó a Jason, a Darren y a mí como si fuéramos simples marionetas. Jason recibió un arañazo. Vi cómo se quitó los putos guantes y le arañaba en la cara. Desde entonces Jason está enfermo. Yo creo ha sido ella, esa zorra le ha contagiado algo. —Se volvió. Todos vieron con asombro sus ojos abiertos y su piel perlada por el sudor.

—Pues no sabía nada, no lo comprendo —dijo meditativa Sophie—. No se me debería haber escapado una noticia como ésa.

—No lo sabe nadie. Quizá ni Jason se diera cuenta de ese detalle. —Su voz enmudeció de pronto, y en un murmullo asustadizo añadió—: Pero yo le vi las manos, joder. Eran feas y de vieja. Una zorra que contagia enfermedades, estoy seguro. Será mejor que tengáis cuidado. Avisé a Teddy, pero no me hizo caso.

El silencio les apesó a todos el corazón hasta detenerlo. Luego Laura lanzó un respingo.

—Mi padre puede volver en cualquier momento. Le daré a Darren tu recado y se pondrá en contacto contigo. Largaos ahora —espetó el chico con un velo de temor en sus palabras.

Sin pronunciar palabra y todavía bajo la advertencia de Mark, abandonaron la casa. Sophie se volvió y miró por encima del hombro. La figura de Mark permanecía inmóvil tras la ventana de su cuarto. Ya no parecía el tipo duro que trataba de mostrar a los demás. Sus hombros estaban caídos hacia

delante, con aspecto desgarbado. Su mirada vacía contemplaba el horizonte, cuyo tono azul perdía vigor siendo devorado por el fuego. Sophie observó con mal presagio cómo el círculo de la luna aparecía en el cielo en oposición al arco mortecino del sol.

Caminaron en silencio por la acera. Ninguno miró de nuevo a Mark cuando deslizó la cortina de la ventana para ocultar lo que andaba suelto por Silverston.

9

Los tonos púrpura del horizonte bosquejaban el perfecto rostro de Berenice. Las sombras acentuaban sus facciones a medida que el sol desaparecía lentamente tras las cordilleras. El natural proceso confabulaba por ocultar su preocupación. Aquello era lo que Teddy advirtió a su lado y sin apartar la vista de ella.

Berenice, en cambio, observaba con suma atención cómo los resplandores del sol chocaban detrás de la dentada línea de cordilleras. Pese a la belleza del momento, apretó sus labios en claro gesto de inquietud.

—¿No te gusta? —quiso saber Teddy.

Ambos estaban sentados sobre una roca saliente en un llano a las afueras de Silverston. A su espalda quedaban los altos pinos que se erguían en ese límite de la ciudad. Al otro lado del pequeño bosque serpenteaba Mother Road y se erguía el Morris's Dry atestado hasta los topes.

—Es hermoso —contestó ella sin apartar su mirada del horizonte.

—Hay cosas más hermosas —murmuró Teddy ruborizado.

—Es difícil superar a la naturaleza.

—Entonces, ¿por qué estás preocupada? —se atrevió a preguntar, con un leve brillo en los ojos.

Berenice le dirigió una mirada cándida. No obstante, el chico reparó en un matiz de ansiedad sobre el rostro de ella.

—Algo te pasa —insistió.

—¿Intentas seguir el juego de Pregunta Respuesta?

—No. Pero llevas minutos sin decir nada.

—Me gusta el silencio de estos momentos. En las grandes ciudades no he podido disfrutar nunca de ello. —Volvió su vista al frente y añadió—: Y

aprecio también tu compañía en un momento como éste.

Teddy sintió oleadas de calor dentro de su pecho al tiempo que las manos le empezaban a temblar. Resurgió en él de nuevo el deseo de abalanzarse y besarla pero, cuando evocó el instante en que fue empujado por Berenice, desistió. ¿Por qué lo habría hecho?, se preguntó.

«Ella siempre habla de amistad y no de amor», pensó.

—Me gusta cómo vistes hoy —dijo al posar sus dedos en la manga de la sencilla camiseta negra, acompañados por los jeans negros y botas. Sus muñecas estaban rodeadas por un sinfín de pulseras brillantes y de diversos colores. Su cabello negro descansaba sobre los delgados hombros.

—Oh, ¿Te gusta? Voy cambiando según el día.

—Hay quien diría que eso es falta de personalidad, y creo que de eso tú andas sobrada.

—Cuando lo has visto todo, esa frase deja de tener sentido —aclaró Berenice. Luego inclinó la cabeza mirando su regazo—. Tengo que irme, Teddy.

—¿Tan pronto? —preguntó sorprendido.

—Lo siento de veras.

—No será porque te imponen horarios como a mí —bromeó.

Berenice negó con la cabeza.

—Es... por mi enfermedad. —Después de un denso silencio, se alzó sobre la roca y mantuvo su vista sobre la decreciente línea roja. Las manos ocultas por guantes de punto estaban fuertemente cerradas en puños. Teddy fantaseó con la idea de que Berenice parecía una poderosa guerrera de pie en la piedra. Pese a su delgado cuerpo, su pose era firme y autoritaria.

«Hay algo más», pensó.

Luego se puso de pie a su lado y ambos contemplaron el adiós del sol. Era la hora de la oscuridad, cuyo manto envolvía la parte desconocida por el género humano; allí donde las bestias se encuentran confortables para realizar sus misterios. Berenice cerró los ojos y sus largas pestañas destacaron sobre la palidez de su piel.

—Ahora. Me voy, Teddy. He alargado todo lo que he podido esta cita.

Descendió de la roca y se encaminó hacia el bosque, haciendo sonar la suela de sus botas sobre la arenilla.

—No me sigas —exigió sin detenerse.

—Cuando descubra tu secreto, no te juzgaré. Recuérdalo —dijo el chico, apasionado.

Ella se volvió y Teddy dio buena cuenta de su repentino aspecto. Su rostro impoluto se había agrietado como si hubiese sido recubierto por una fina gasa de piel usada, desgastada.

—Entonces estarás preparado para caminar junto a mí. Mi amigo. —Su voz sonó verdadera, cargada de orgullo. Tras esto y sin sonreír, se volvió frente a la pared de pinos y se internó por ellos. Su figura fue devorada por la espesa negrura que habitaba en el bosque.

El chico permaneció encima de la roca, soportando el gélido viento que cobraba fuerza tras Berenice. Experimentó un escalofrío en el cuello que recorrió la espalda, avivando sus más oscuras dudas.

«Eres quien ha enfermado a Jason. Lo sé. Pero no me importa. No me importa nada», pensó.

—No me importa —susurró con la mirada chispeante al viento que estremecía la copa de los árboles. Por encima del hombro miró las montañas que cortaban el cielo a centenares de millas. Sintió que aquella distancia era la que lo separaba de todos, y se sintió solo una vez más.

10

Los árboles que flanqueaban Mother Road se oscurecieron ante la mirada ebria de Norman, un tipo delgado con una leve curvatura en la espalda que le hacía caminar con un hombro algo caído. Los huecos entre los pinos se llenaron de la noche, y el denso follaje se entrelazaba formando un muro de vegetación negra.

Divisó su automóvil a lo lejos, invadiendo parte del arcén, pero la zona de estacionamiento del bar estaba hasta los topes. Había sido la única alternativa para acudir a tiempo a la cita con James Biddle y tomar un trago de última hora para que éste se desahogara por la pérdida de su hijo. Accedió a ello aunque fuera después de una ardua jornada de trabajo. Para eso estaban los amigos, pensó con la mente adormecida por el alcohol. Sin embargo, James no había aparecido y se vio obligado a tomar el trago solo.

Asió el tirador de la portezuela, olvidando que ésta estaba cerrada. Escupió una bola de saliva al suelo y, a continuación, propinó al aire frío una ebria carcajada. Tanteó los bolsillos traseros de sus tejanos en busca de las llaves. Deslizó el dedo índice por el aro que las alojaba, las sacó y las acercó a su

rostro, con una estúpida sonrisa pintada. Su cuello sufrió de una repentina sacudida y las llaves fueron a parar al asfalto.

Si algo odiaba Norman, era no tener cerca una linterna cuando la oscuridad le alcanzaba en medio de la calle y, sobre todo, bajo los efectos del alcohol. En cuclillas palpó el asfalto con torpeza. Topó con un envoltorio de goma de mascar y lo apartó resignado. Vio que las llaves habían ido a parar debajo del coche.

—Por los mil demonios.

Lanzó una nueva bola de saliva y se inclinó lo suficiente como para introducir el brazo bajo el coche. Al tercer intento la mano tropezó con el aro de las llaves, para entonces sus viejas rodillas ya palpitaban de dolor. Con un movimiento rápido apresó las llaves y se sentó con la espalda apoyada en la portezuela, aplicando un masaje en la rodilla.

Su respiración era agitada cuando divisó dos puntos blancos entre las ramas de uno de los pinos que tenía delante.

—Qué desgraciado soy. Ahora ya veo visiones. Por los mil demonios.

Su boca se abrió con la intención de arrojar al aire fresco una sonora carcajada, pero en cuanto vio que los puntos blancos cobraban vida y saltaban del árbol, enmudeció sintiendo únicamente los latidos en su pecho.

Las dos pequeñas luminiscencias desaparecieron y reaparecieron como el parpadeo de lo desconocido; y el proceso se repitió con cierta frecuencia ante la mirada de inquietud de Norman. Una silueta negra emergió de entre los troncos a la calzada. Se agazapó como un animal furtivo, miró en todas direcciones y posó de nuevo su atención en Norman, quien trataba de alzarse haciendo uso de pies y manos, y con una mirada desencajada por la visión que tenía ante sí.

La figura se irguió al percibir el miedo en el hombre, y se acercó lentamente; no era una presa que fuese a escapar. Las gotas transparentes que segregaba su piel corrían por su cuerpo hasta acumularse en las extremidades y caer al suelo, formando un reguero que acompañaba su caminar.

Las llaves saltaban en las manos trémulas de Norman; no encontraba el momento para volverse e introducir la adecuada en la cerradura.

—¡Por los mil demonios, vamos, vamos!

Finalmente se giró y, un segundo después, sintió la presión de unos dedos artríticos cerrarse en torno a su hombro. Propinó un imperceptible gemido ante el sobresalto. Entonces atinó con la llave. Se volvió para tener frente a frente a la figura y, tratando de zafarse de la mano de muerte que le

aprisionaba el hombro, advirtió que era como mover un pesado muro de acero.

—¿Qué es esto? —Sus ojos se abrieron en cuanto tuvo más cerca a la figura—. Demonios, eres una niña. No, no puede ser, no eres una niña.

El pálido rostro que tenía delante se contrajo en una mueca de dolor. Los ojos se hicieron más profundos, como dos pozos que albergaban la vida y la muerte unidas en un mismo lazo. Norman contempló la profundidad de aquellos ojos, y se dejó atrapar por su cálido envoltorio. Estrellas, luces, el infinito detrás de los pozos de infranqueable negrura. Conjuntos de diminutos puntos centelleantes que formaban galaxias.

Y Norman se dejó llevar...

—Eres la muerte —dijo con voz endulzada.

—Soy la vida —le susurró la figura desnuda con una voz quebrada, atrapada por matices de enfermedad.

—Dios mío, no quiero morir —suplicó el hombre ahora con sollozos de temor acompañado por un sabor ebrio.

—Yo tampoco —dijo la boca retorcida cerca de la oreja izquierda de Norman.

Oyó la voz cándida de una niña detrás de un gemido más grave, como los armónicos en una nota. Luego sintió un extraño calor en el hombro prisionero de los dedos raquíuticos. Sus ojos se encendieron de terror cuando dirigió su mirada hasta la mano de la figura. La nudosidad de las falanges destacaba de forma enfermiza bajo la piel pálida, casi cristalina. Asimismo advirtió las gotas perladas que se deslizaban con pasividad por la mano.

El cabello que caía largo por la espalda de la figura comenzó a mecerse como impulsado por un viento inexistente. Se agitaba y parecía cobrar vida propia mientras se alzaba sobre la cabeza y se extendía. El cegador brillo de los ojos se intensificó al punto que Norman apartó la mirada.

—Sé como yo, hombre mortal, hasta que tu cuerpo lo soporte.

Impulsado por el extraño significado de las palabras, Norman miró de nuevo a la figura.

Las miles de gotas que corrían sobre la piel emitían un intenso fulgor que parecía arrancar diminutos destellos a la oscuridad.

Los ojos atontados del hombre se abrieron con la fuerza que infunde lo irreal, y echó hacia atrás la cabeza cuando los labios de la figura se encogieron acercándose a la mejilla y le aplicaron un suave beso.

—No puedo besar a los que me aprecian. Esto es solo un beso de muerte.

La figura alejó sus labios, y gotas centelleantes quedaron adheridas a la mejilla de Norman. A continuación, él llevó una mano a donde bullía el calor del beso y gritó. Las gotas penetraron en la piel, extendiéndose con su brillo bajo la dermis; finas venas se encendieron y decenas de raíces venosas cubrieron la piel hasta alcanzar mentón y cuello.

—¿Qué me está pasando? ¿Qué es todo esto?

La figura retrocedió tres pasos mientras contemplaba cómo los dedos del hombre presionaban la mejilla. Sintió un repentino escozor que se extendía por el resto de la cara. El sudor del miedo comenzó a perlar su piel.

—Por los mil demonios, ¿qué es esto?

Sacudió la cabeza a ambos lados con fuerza ante la creciente desesperación que emergía de su interior. Oprimió la espalda contra la portezuela. Quería huir. La llave se encontraba insertada en la cerradura. Después de girarla y abrir la puerta, miró por encima del hombro.

La figura permanecía inmóvil en medio de la calzada sin apartar la mirada. Era delgada, desnuda y sus hombros caídos le otorgaban un aspecto endeble a simple vista. Sin embargo, el resplandor que expulsaban sus ojos era una constante amenaza para Norman. Digirió su atención de nuevo al coche.

Aunque su piel palpitaba por un extraño cambio, la idea de huir se alojó en su mente como la única solución posible. Más tarde se ocuparía de sus mejillas, pensó. Se sentó al volante. Las llaves tintinearón mientras sus ojos bien abiertos se fijaban en la ranura de contacto. Insertó la llave un segundo antes de echar una ojeada a la figura femenina. Giró, el motor despertó de su letargo como un animal que hubiese estado adormecido.

Con la cara desencajada por el miedo, aceleró y, en cuanto vio que la silueta se empequeñecía, dio rienda suelta a su euforia; había logrado escapar de la niña.

Pero esa cosa no era una niña, se dijo a sí mismo con una lunática sonrisa en el retrovisor. Posó su mirada al frente. El silencio de la noche se abría ante sí en un largo y solitario tramo.

De pronto escuchó algo pesado posarse sobre el techo del vehículo. Lanzó un respingo y aferró el volante con fuerza. El alcohol había desaparecido de su cuerpo, ahora el completo frenesí lo invadía hasta la última célula. Apretó los dientes al punto de experimentar dolor en la mandíbula, sin dejar de oír pasos en el techo.

No es posible, pensó. Nadie puede caminar sobre un coche en marcha. Miró la aguja y ésta marcaba noventa kilómetros. La carretera y las pocas

casas que la flanqueaban, se convirtieron en una imagen alargada y difusa que se cernía sobre Norman a gran velocidad.

Pero lo que había encima del techo continuaba ahí. Podía sentirlo.

—No es posible. No hay nadie en el techo. Debo de haber perdido la cabeza. Son alucinaciones. Sí, eso es. Alucinaciones.

Se llevó una mano a la mejilla. Sus dedos advirtieron el nudoso relieve. Era como centenares de finos cables bajo su piel, duros, como si sus venas estuvieran transportando un torrente de sangre más denso.

Estoy enfermando, pensó. Esa mierda de cría me ha contagiado algo.

Entonces regresaron los movimientos encima del techo. Desvió su atención hacia la ventanilla del acompañante. Las piernas de la niña se mecían de forma simpática, como si jugase con la superficie del agua.

—Mierda, está sentada en el techo —masculló—. ¡Lárgate!

Hundió el pie en el freno y vio cómo la aguja retrocedía en el marcador. Pensó que con una frenada brusca el cuerpo saldría despedido.

Pero no sucedió así.

Las piernas desaparecieron y una mano tanteó el cristal.

—¡No podrás romperlo!

La mano se cerró en un puño que atravesó la ventanilla, salpicando el asiento con miles de fragmentos. Después, el rostro sonriente apareció enmarcado en la ventanilla. Su cuerpo, con una agilidad notable, se deslizó hacia adentro y tomó asiento. Con una pasividad que arrancó a Norman un escalofrío, reunió sus manos sobre su pequeño regazo.

—No hemos terminado.

—¿Eh? ¿Qué esperas? —inquirió el hombre.

—A que estés listo —declaró con una voz calmada.

—¿Eh?

Norman comenzó a experimentar oleadas de calor por todo el cuerpo. Su pecho parecía a punto de estallar a causa de los desbocados saltos que daba el corazón. Un dolor agudo, similar a una marca de fuego, vibraba en la mejilla. Sus extremidades temblaban.

—Ahora lo estás —bufó la figura, cuya enorme sonrisa manifestaba una horrenda avidez. Se abalanzó con los brazos extendidos. El grito que brotó de la garganta del hombre fue amortiguado por una firme mano que le taponó la boca.

Los ojos, se preguntó la mente de Norman. Algo les pasa.

Éstos relampagueaban con furor. La solidez de la mano que le apresaba se

tornó blanda. Y fueron los ojos de Norman los que aullaron de pánico cuando de la piel de la desconocida emanó lenguas de vapor amarillo. Todo el cuerpo de la figura comenzó a emitir dicho vapor, como si su forma física estuviera adquiriendo otra densidad más espumosa, con la semejanza de una aparición espectral.

Un hedor enfermizo saturó el interior del coche. Norman no quiso saber más acerca de lo que ocurría. Cerró los ojos y se abandonó; la lucha era imposible.

Aun así, percibió que algo lo envolvía y se acomodaba sobre su silueta, una segunda piel dotada de extremo calor. Luego sintió cómo parte de su vitalidad lo abandonaba.

Sin poder soportarlo más, el hombre se desmayó.

Horas después, el cuerpo yacía en el asiento con un brazo colgando fuera. La brisa le acariciaba el vello del recio antebrazo. La camisa había perdido varios botones y revelaba discretas manchas rosas en su estado inicial. La otra mano quedaba inerte sobre su abultado vientre, cuyo interior se retorció por sacudidas de enfermedad. Los ojos permanecían en blanco fijos en el techo.

Entonces, una poderosa convulsión intestinal le hizo abrir los ojos de golpe, como si fueran accionados por el resorte de un muelle. Estaba solo.

—Por los mil demonios, ¿qué hago aquí? Buena la he pillado esta vez.

Al intentar incorporarse sobre el respaldo, experimentó una punzada en el abdomen.

—Mierda —rugió—. Estoy en las últimas.

Continuó tendido en el asiento y miró al exterior. El mundo estaba del revés, y le produjo una risotada que estremeció todo su cuerpo. Gimió de dolor y formó una mueca de resignación. Encima de Norman, la luna menguante bañaba el asfalto con su pálida luz, asimismo las copas de los árboles reflectaban parte del brillo.

—Estoy delirando.

Llevó la mano que aún estaba en el hinchando vientre hasta la frente.

—Es la fiebre. Debo haberme quedado aquí dormido.

Hizo un nuevo intento por incorporarse. Esta vez, pese al punzante dolor, logró erguirse frente al volante.

Las llaves estaban en el contacto.

Se palpó la cabeza y experimentó una súbita llamarada de dolor en las sienes.

—Ahhg.

Dejó caer sus hombros y se relajó en el respaldo.

Era noche cerrada, pero no podía hacerse una idea de la hora.

Su mente le mostró a su mujer, con la que disfrutaba de un tolerante matrimonio treinta largos años, y pensó que estaría enfurecida por no haberle encontrado en casa una madrugada de lunes. Habían acordado que sólo acudiría al Morris's Dry los fines de semana. La excusa era su amigo, James Biddle. El perder a su hijo lo estaba volviendo loco y había pensado en acompañarle a tomar una copa para que se desahogara, pero al final terminó él solo y se convirtieron en muchas más.

Salió del automóvil. Fue embestido un gélido frío que se concentró en la garganta y carraspeó.

—Debo de tener una infección de caballo.

Se masajeó el cuello, y entonces fue consciente de todos los malestares acumulados. Reparó en el vientre insólitamente hinchado. Siempre había sido propenso a guardar sus depósitos de grasa en el mismo lugar: el punto donde le obligaba a crear un nuevo orificio en el cinturón. Ahora, en cambio, estaba más abultado en una parte y sentía un cosquilleo desagradable.

—Algo no va bien, nada bien.

También notó que su corazón estaba más pesado y trotaba con desgana dentro del pecho. Se dijo que había salido aquella noche con poco abrigo. Echó una ojeada por encima del hombro y vio la chaqueta en uno de los asientos posteriores. Miró con mayor atención.

La chaqueta se derramaba en el asiento dando la impresión de que alguna vez hubo un cuerpo llenando su interior. Aquello le hizo evocar algo que no pudo definir. Era como la sensación de tener en la punta de lengua la palabra a decir pero ésta se negaba a mostrarse; Norman había trasladado esa sensación a lo mental. Una imagen deseaba revelarse, tomar forma. Pero continuaba tras el manto en cual se ocultaba. Únicamente podía observar dos círculos blancos muy brillantes.

—¿Qué demonios...?

Abrió la portezuela trasera y asió la chaqueta. La noche hacía levantarse una molesta brisa. Pronto se vio envuelto por un confortable calor venido del forro de lana. Con todo, no impidió que su visión se nublara. Todo en derredor empezó a dar vueltas. Los árboles parecían haberse vuelto de pronto

como gomas que se mecían a uno y otro lado. Se obligó a apoyarse con la mano en el coche. Y con la cabeza gacha vomitó un charco compuesto sobre todo de la cena, que había consistido en dos filetes poco hechos y una ensalada. Sobre el suelo se apreciaban los pedazos casi vivos nadando en un líquido pastoso; restos de lechuga asomaban en el fango.

—Mierda, esto es mi límite.

Al prestar atención vio algo anómalo. Aunque no era dado a los vómitos, supo apreciar que algo no estaba bien. La textura asemejaba un revoltijo de sopa podrida y entre sus grumos aparecían salpicaduras de sangre.

De pronto sintió cómo un temor atroz recorrió su cuerpo en forma de una fría sacudida. Su piel se erizó aun protegida por la chaqueta.

Miró a ambos lados de la carretera. Los dos extremos finalizaban en un muro de oscuridad, salvo el tramo que se internaba en Silverston, que estaba moteado por las luces de las primeras farolas. Las primeras casas no eran más que oscuras edificaciones en cuyo alrededor únicamente los gatos se movían entre los cubos de la basura.

Era hora de regresar. Con un gran esfuerzo se puso al volante. Giró la llave y el motor escupió un ronroneo metálico.

Segundos después, enfiló Mother Road con la desagradable sensación de que su cabeza fuera a estallar.

Capítulo 10

1

La mañana del martes, el Lexus de Sophie se encontraba estacionado en la esquina inferior de Latter Street. En el interior tres pares de ojos se posaron sobre Laura, quien sostenía entre las manos el falso carné confeccionado por Darren, cuyo valor había ascendido a cien dolares. El chico insistió varias veces con una expresión jactanciosa en que su precio era mucho mayor, pero añadió que por ayudar a Jason quedaba reducido.

La mirada de Laura reflejaba su temor a llevar a cabo la petición de Sophie.

—¿Preparada? —inquirió ésta, con la cabeza cubierta una vez más por un pañuelo y el rostro casi oculto tras las gafas de sol.

—No —repuso—. Pero de todas maneras lo haré.

—Bien dicho —dijo Josh, luciendo aspecto de caco, con gorro negro de punto, jersey marrón de cuello alto y, sobre todo, por una mirada penetrante hacia Laura.

En el asiento de atrás, junto a Laura, Doug se daba golpecitos en la rodilla, sin evitar que una nerviosa sonrisa asomase en su cara.

Laura abrió la portezuela y emergió en el preciso instante en que un coche patrulla se detenía frente al centro médico y descendía el primer ayudante de policía.

—Oh, es el agente Parker —replicó Josh.

—Si un policía ronda cerca de aquí, es porque algo grave le pasa a Jason —observó Laura, con la mano cerrada en el tirador de la puerta.

—Calma. Ahora eres Laura Cross —dijo Sophie, infundiéndole confianza—. No sospecharán nada. Si no te dejan, vuelves y ya está. ¿Llevas la cámara de fotos escondida dentro de tu chaqueta?

—Sí, pero...

—Es un poli, Sophie. Si la cogen, estamos acabados —objetó Josh con el ceño fruncido.

Todos miraron a Parker cruzar la calle con autoridad y ascender las

empinadas escaleras cuando apareció otro policía del interior del centro. Ambos mantuvieron una conversación que, aun en la distancia, los chicos percibieron la tensión que se mascaba en torno a los dos policías.

—Algo muy grave ocurre, chicos —murmuró Sophie. Nadie reparó en su mirada recelosa detrás de los cristales negros—. Recuerdo lo asustado que estaba Mark al contarnos todo lo de la nueva alumna, la amiga de Teddy.

—Voy a acercarme yo. He tenido una brillante idea.

—¿Tú? —preguntó sorprendida Sophie—. ¿Con esa pinta?

—Sólo soy un chico que va a ver a su abuela ingresada —explicó Josh con una sonrisa.

—Está bien. Cuando pases cerca de los dos policías presta atención de lo que hablan y nos cuentas luego —le dijo Sophie.

—Exacto. —Josh se apeó del coche y cruzó la calle a paso lento, quitándose el gorro de punto.

Laura, impotente, miró el falso carné de identidad. Lo apretó entre sus manos con enojo.

—Espera Josh. Voy a ver a mi primo. Está ingresado en el centro.

Josh se volvió sorprendido en medio de la calle. Luego le extendió una mano a Laura, cuya forma de andar aún revelaba inseguridad, aunque ésta desapareció cuando asió su mano.

—Vamos.

Sophie permaneció boquiabierta, mirando por encima de las gafas cuando ambos empezaron a subir las escaleras.

—¿Has visto eso? Casi no lo creo.

—Increíble —musitó Doug.

—Suerte, chicos. Valientes —dijo Sophie para sus adentros.

2

Parker vio a Nick salir del centro y saludarle. Luego descendió del coche y cruzó la calle con paso apremiante. Pondría a Nick al corriente de todo lo que debía saber, inclusive la sospecha de que el tipo que estaba cometiendo los asesinatos podría asomarse por el lugar.

—Buenos días, Parker.

—Hola, Nick. ¿Todo tranquilo por aquí?

—De momento sí. Todo en calma.

—Mejor. Mantén tu atención a cualquier tipo extraño que aparezca por aquí. Forest y yo hemos llegado a la conclusión de que nuestro hombre está asesinando a personas infectadas por el virus. Y ese chico está enfermo por culpa del virus —anunció Parker, lanzando un vistazo por encima del hombro de Nick—. ¿Oye, has visto al chico, a Jason?

—Lo cierto es que no. Forest me dijo que me limitara a vigilar la entrada.

—Bien. Voy a entrar y ver si puedo hablar con el doctor.

—De acuerdo.

3

Laura y Josh saludaron a los agentes al pasar por su lado con una amplia sonrisa.

—Hola, chicos —saludó Parker.

Nick asintió con la cabeza.

Josh sostenía a Laura por la cintura cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

—Tranquila —le susurró al oído.

—Esestoy muy tranquila.

—No lo parece.

El rechinar del pulido suelo de recepción se incrustaba en el pecho de Laura, haciéndola sentirse más insegura. Si no fuese por el sostén de Josh, no habría alcanzado siquiera la puerta; se habría desmayado irremediamente ante los policías. Y la mirada que estaba fija en ellos, de la mujer en el mostrador, no era de gran ayuda. Sus labios apretados denotaban clara advertencia de lo inoportuno de la visita.

—Buenos días, ¿qué se os ofrece? —preguntó la mujer con una pétrea sonrisa.

—Pues...

Laura se adelantó de repente dejando mudo a Josh.

—Hemos venido a ver a mi primo. Me ha dicho mi tío que está ingresado aquí. Hemos venido inmediatamente —dijo mostrando el carné.

—Tengo órdenes de no dejar entrar a menores de edad si no van acompañados por adultos. Tienes que venir con tu tío.

—¿No puedo verlo cinco minutos? —preguntó.

—Me temo que no. —La mujer negó con la cabeza.

—¿Ni un minuto? —insistió ella con los ojos como lupas.

—Lo siento.

—Pero, yo quiero ver a mi primo.

—Lo comprendo, pero no puedes pasar sin ir acompañada de un familiar adulto —dijo, y esbozó una sonrisa de cortesía a Parker que se acercaba al mostrador.

—Hola. ¿Se encuentra el doctor? —preguntó.

—Sí. ¿Le digo que desea verle?

—Sí, por favor. —Luego miró a los chicos, quienes evitaron su mirada y aguardaron a que la mujer volviera a atenderles.

—Sí, enseguida, doctor Anderson —dijo la enfermera antes de colgar. Y, dirigiéndose a Parker, añadió—: El doctor viene ahora mismo. Si quiere puede esperarle. —Señaló los asientos tapizados de verde junto a una mesa repleta de revistas.

—Bien.

La sonrisa de la mujer desapareció como si en verdad nunca hubiera existido.

—Y vosotros ya sabéis que no se puede pasar sin un adulto.

—¡Pero queremos ver a Jason! —espetó Josh, perdiendo la calma.

Parker, acomodado y con los ojos sobre una revista que mostraban una modelo femenina, luciendo la atrevida moda de la próxima primavera, volvió de pronto su mirada hacia los chicos.

Entonces un alarido se extendió por los pasillos de la planta superior. Segundos después, dos enfermeras aparecidas de la nada, subieron las escaleras hasta la planta donde se produjo el grito. Parker y los chicos miraban fijamente el techo atestado por apresurados pasos del personal sanitario.

4

Sophie se quitó las gafas y dejó ver dos bolsas bajo los ojos a causa del insomnio de la pasada noche. Escuchó el grito venido de una de las habitaciones. Escudriñó una a una todas las ventanas frontales del centro. Su

intuición le aseguraba que era Jason, víctima de su enfermedad.

Se apeó del Lexus. Detrás recibió el tironeo de Doug en su ceñida chaqueta de piel negra.

—¿Qué ha sido eso?

—¿No lo sabes? Es Jason. Reconocería ese grito a mucha distancia. Tenemos que entrar.

—No podemos entrar, Sophie.

—Quiero ver por mí misma lo que está pasando.

Dio largas zancadas hasta la otra acera poseída por un súbito impulso de sacudir a la mujer de recepción hasta que le diera por su propia voluntad las llaves del centro.

Embutida en sus pensamientos no reparó en el coche que se acercaba a toda velocidad. Sólo sintió el primer golpe tras el frenazo; el segundo golpe fue sobre el asfalto y, antes de que su mente quedara inconsciente, lanzó un amargo pensamiento:

Ahora podrás entrar en el centro médico más fácilmente.

—¡Sophie! —exclamó Doug mientras se inclinaba delante de ella.

5

La carretera parecía internarse en el cielo en un ángulo agudo. Y la velocidad a la que lo hacía era la máxima preocupación del señor Evans tras el volante. Su esposa iba junto a él, señalando el camión que se había cruzado en el mismo carril.

La parte onírica de Sophie estaba en el asiento de atrás. A través de sus ojos todo resultaba difuso y entremezclado con sonidos lejanos. Supo enseguida lo que continuaba en el sueño. Su grito estalló en la garganta, era un simple soplo inaudible de aire que se deslizaba en el sueño como un vaho mortecino. La impotencia empezaba a apresarla, en forma de decenas de brazos de hierro que posaban en Sophie su frío metal. Expulsó otro grito atrapado por el aire. Alargó las manos para avisarles, pero éstas atravesaron el asiento con la sensación de que sólo fuera un velo de niebla. Su boca formó una O de terror porque no lograba comunicarse con ellos.

El camión crecía en el parabrisas peligrosamente.

Su rostro desencajado se cubrió de lágrimas a medida que arrancaba con

las manos capas de humo blanco de cada parte física de su sueño: los asientos, el hombro de su padre, de su madre. La brumosa distancia que había impuesto el sueño, le impedía tener cualquier contacto con ellos, aun así, se precipitó hacia delante cuando el camión pasó por encima del vehículo, con la inconsciente intención de avisarles.

El padre soltó el volante un segundo antes y se abrazó a su mujer sin mirar el frontal del camión.

Sophie abrió los ojos a un mundo no mejor que el anterior. Una habitación, repleta de luces semejantes a pequeños ojos amenazadores y pitidos procedentes de equipo técnico, le evocó su propio accidente. Estuvo a punto de acabar como sus padres, pero sin nadie rodeándola con los brazos. Cuando trató de mover el cuello, se lo impidió un collarín ortopédico. Los párpados parecían pegados entre sí. La pierna izquierda colgaba de una polea. Del brazo derecho brotaba un fino tubo que continuaba hasta una botella llena de líquido transparente.

—Buena la he armado —se dijo en un susurro que quedó suspendido en el aire.

Fue consciente del sueño del que había regresado, de su pesadilla particular. Volvió a cerrar los párpados. Se encontraba mejor así, sin ver la habitación del centro médico. En una habitación igual murió su padre, y aquello le oprimía el pecho, dificultándole la respiración.

Puso atención a las diferentes partes de su cuerpo y, pese al adormecimiento por el efecto de los sedantes, podía percibir ambas piernas y brazos, incluso logró mover los dedos de las manos. Nada roto, se dijo. Gracias, Dios mío. Advirtió que el golpe había sido en la cadera izquierda. Sentía un leve pero constante dolor en el costado.

Al terminar sus comprobaciones, suspiró aliviada, aunque dicho sentimiento duró poco; el recuerdo del grito de Jason aún se hallaba dentro de su cabeza. Los párpados se abrieron pese a su entumecimiento general, al ser consciente de que él estaba en el mismo centro, a sólo unas habitaciones de distancia. El silencio envolvía el lugar y todo se encontraba en aparente calma. Se preguntó cómo estaría Jason y qué le había empujado a gritar de esa manera. Pronto advirtió pasos en el pasillo. Unas zapatillas se desplazaban con pasividad. Los pasos continuaron más allá de su habitación, se detuvieron a varios metros, abrió una puerta y se oyó el rumor de voces apagadas por la distancia. A continuación se preguntó qué hora era. Dirigió ambos ojos, sin mover el cuello, a la ventana. Los resplandores del sol

chocaban con fuerza contra el cristal, sugiriendo que habían pasado varias horas.

El ruido producido por la puerta la sobresaltó. Apareció una mujer joven ataviada con un traje blanco y el pelo recogido en una cola alta. Le sonrió con afecto.

—¿Ya te has despertado? ¿Cómo estás? Menudo susto nos has dado a todos.

Sophie no dijo nada. Se limitó a observar cómo la auxiliar realizaba una comprobación rutinaria de los aparatos médicos. Luego hizo anotaciones en un informe, que pendía de la pared por una cadenita cubierta por un plástico transparente.

—Muy bien, señorita. Parece que has tenido una suerte increíble. Recibirás visitas pronto.

Sophie pensó dedicarle una sonrisa, pero recapacitó al ver su lamentable estado: cadera entumecida, una pierna atrapada por la cinta de una polea por encima de la cama, y rodeada de innumerables aparatos técnicos que no conocía y que le habría gustado tener muy lejos. Agradeció, no obstante, que no hubiese un espejo; su aspecto podría espantarla. De hecho, advertía su cabello lacio apoyado sobre la almohada de cualquier manera. Cerró los ojos resignada.

La mujer se despidió sin eliminar su sonrisa. Cuando cerró la puerta, Sophie quedó de nuevo sepultada por el silencio del cuarto, donde lo más perceptible era el frío pitido procedente de un monitor. Volvió la vista a un lado y vio las gotas deslizarse por el interior del fino tubo hasta su brazo.

—En fin —suspiró.

Al menos estaba más cerca de Jason. Misión cumplida, se dijo, con una deprimida sonrisa.

El pasillo se inundó de pasos y murmullos impaciente. La puerta se abrió y apareció el doctor Anderson con una máscara de incertidumbre sobre su rostro, cuyos ojos revelaban clara preocupación.

Sophie se mantuvo alerta, aunque no pudo reprimir un brillo alegre en su mirada cuando empezó a entrar gente en la habitación. Josh y Laura dejaron pasar a un Doug asustado. Se acercó a la cama y le preguntó:

—Tía, ¿estás bien?

—Sí. Estoy viva. —Luego miró fijamente a Josh y a Laura; su chándal rosa desgastado no era la mejor forma de vestir del mundo, sin embargo, había realizado un papel valiente que la complació—. Sabía que lo conseguirías,

Laura. Cuando se te necesita, siempre estás ahí.

Ella asintió con una sonrisa de clara satisfacción.

—Os dejo solos cinco minutos. Pero *sólo* cinco minutos —anunció el doctor al tiempo que se giraba bajo una sombra de descontento—. Tu madre ha sido avisada, está de camino —añadió.

—Sí, doctor —dijeron los chicos al unísono, con los labios apretados en una fina línea.

Tras escuchar el sonido de la puerta al cerrarse, todos se relajaron y se acercaron a Sophie mirando compasivos.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Laura.

—Sí, tranquilos —dijo, moviendo sus brazos con el dibujo de una sonrisa en el rostro—. Al menos ahora ya estamos dentro.

Todos se miraron.

—¿En qué estás pensando ahora si se puede saber? —inquirió desconfiado Josh.

Sophie les dedicó un guiño.

—Estaré aquí una semana como mínimo, ¿verdad? —Observó a sus compañeros uno a uno. Cada uno mostraba expectación a su modo: Josh parecía sin duda el más capacitado después de ella, con los brazos cruzados en una pose paciente, no obstante, la ansiedad de sus pupilas lo delataban. Doug era el de menos estatura. Su largo flequillo le ocultaba parcialmente la cara, y el lado visible también reflejaba una enorme ansiedad. Laura hoy la había sorprendido, con el tiempo sería una gran periodista. Les sonrió y dijo—: Aprovecharé para abandonar esta habitación en cuanto esté mejor, e investigaré en qué parte se encuentra Jason.

—No podrás, te verán —aseguró Josh—. Tu forma de trabajo ya te ha costado un accidente. ¿Dónde está tu límite, Sophie?

—No lo tengo. Aprended eso. No existen los límites. Para conseguir una buena noticia una verdadera periodista debe estar dispuesta a cualquier cosa. ¿Estáis conmigo?

Contuvieron la respiración ante las enérgicas palabras de su jefa.

—¿Estáis conmigo? —El cuerpo de Sophie se agitó sobre la cama.

—De acuerdo —indicó Josh.

—Sí —afirmó Laura.

—Vale —dijo Doug, y asestó un golpe de puño al borde de la cama—. Lo siento.

—Excelente. Somos la nueva generación de periodistas y debemos estar

preparados. Mientras yo estoy aquí, buscando la forma de ver a Jason, vuestra misión será contactar con Teddy y averiguar qué sabe de su nueva amiga. Lo quiero todo anotado en una libreta. Y no quiero más descuidos, y espero que todo salga bien esta vez, y quiero eficacia, y olvidaos de los límites. —Su voz se detuvo como la de un general después de señalar a sus hombres las órdenes a seguir. Cuando su respiración se relajó, dijo con ímpetu bromista—: Esta vez nos darán el premio *pulitzer*.

Laura y Josh la miraron callados. El único que se aventuró a romper el estado de tensión en que estaba Sophie fue Doug.

—Hemos olvidado decirte una cosa.

Sophie clavó sus ojos en el chico.

—Parker nos ha hecho algunas preguntas.

Sophie apretó los dientes hasta experimentar dolor en la mandíbula.

6

¿Cómo he sido tan despistado?

Aquel pensamiento evocó sus inicios como policía cuando su escasa experiencia se interponía en sus ganas de realizar bien el trabajo.

Después de hablar con los chicos y averiguar que habían intentado usar un falso carné —que ahora estaba a buen recaudo dentro del bolsillo de su camisa— para ver a Jason, dedujo que el próximo paso era mantener una conversación con Mark. Lo más inquietante era que las sospechas del muchacho encajaban con lo insólito del caso. Tenía la dirección anotada en papel arrancado del bloc. Lo sostenía entre los dedos índice y corazón al tiempo que conducía rumbo a su casa.

La deslucida placa de madera, cuyo poste se encontraba insertado en la acera de forma lamentable, rezaba Proud Street. Era uno de los barrios pobres de la ciudad. Las ruedas del coche patrulla rebotaban sobre las imperfecciones de la calzada, transmitiendo las sacudidas a los tembloroso brazos de Parker. Con una sola mano en el volante, tomó la siguiente calle. Evitó un profundo agujero y frenó en seco delante del catorce de Pang Street. Una casa silenciosa y rodeada por un césped sin el menor cuidado, se erguía con la fachada deslucida. Un perro dormitaba junto a la caseta construida a desgana; una plancha de aluminio sobre tres laterales de madera. Lo que lo

llevó a entender que el animal no tomara su siesta dentro de la caseta, si acaso aquello merecía dicho nombre.

Al apearse del vehículo, arrugó el papel con la dirección y lo arrojó al suelo pasando a formar parte del resto de basura que sembraba la calle; a nadie parecía importarle el deterioro del barrio. El famélico perro no advirtió la presencia del agente al caminar hacia la casa por el sendero de gravilla.

Ocultas por la maleza que asomaba debajo de la casa, junto a la puerta, había dos botellas vacías de whisky barato, cuyo rancio olor se insertaba en todos los rincones. Parker presionó repetidas veces el timbre hasta que el soniquete metálico delató que estaba roto.

Un gran barrio.

Se giró con la mano a modo de visera. El sol arrancaba destellos en la placa de aluminio que coronaba la caseta del perro y en el coche patrulla. No vio en las cercanías ningún posible automóvil perteneciente a la familia, y la casa carecía de garaje. Con gesto cansado se alejó y observó las ventanas de la segunda planta. Las desteñidas cortinas permanecieron quietas tras el cristal.

—¿Hola?

Según le habían explicado los chicos, Mark parecía muy asustado y había faltado a clase los dos últimos días. Aquello fue lo que le llevó a pensar que el chico se hallaba en casa. Pero parecía que no hubiese nadie. Dirigió una mirada apenada al perro. Su hocico estaba rodeado de moscas que revoloteaban en derredor, con un constante zumbido que realzaba la soledad de la casa. Se dijo que sería difícil encontrar a Mark en la ciudad sin conocer qué lugares frecuentaba.

Resignado, estiró la comisura derecha del labio. Antes de irse probó suerte una vez más, asestando un golpe en la puerta.

—Menuda suerte.

Al otro lado de la puerta todo se hallaba en silencio hasta que de pronto oyó unos pasos cautelosos aproximarse.

—¿Hola? Ken Parker, agente de policía. Abra, por favor, sé que está en casa.

—¿Qué quiere? —inquirió la adormecida voz de un hombre adulto.

—Quiero hacerle unas preguntas a Mark.

—¿A Mark? ¿Qué ha hecho esta vez ese idiota?

—Él nada, pero tiene información que me sería de utilidad.

—No sé dónde está. No puedo ayudarle en nada más, lo siento.

—Está bien —dijo Parker. Tenía una mano abierta sobre la puerta, por encima de su cabeza mientras mantenía la vista en el suelo.

El perro a su espalda alzó el morro, y el zumbido de las moscas se intensificó. El agente se volvió. Había un chico en la acera con la mirada llena de desagradable sorpresa. El animal salió a su encuentro con rápidos movimientos de cola.

—¿Mark?

—Sí —repuso con un tono vacilante.

—Tranquilo, chico. Sólo quiero hacerte unas preguntas de rutina —le aclaró, y extendió la mano como indicando calma. Se acercó con una sonrisa amigable—. Vengo del centro médico, de hablar con unos chicos que tenían intención de colarse a ver a Jason Cross. Me han contado una historia muy interesante. En ella aparecías tú.

El creciente nerviosismo de Mark no se dejó esperar.

—Yo no he hecho nada, sólo les puse en contacto con el tío que...

—No vengo por lo de la falsificación. Me interesa otro punto muy diferente. Los chicos me han contado que viste algo curioso. A una chica que arañaba la mejilla de Jason.

Mark se agachó para manosear a su perro.

—¿Es sobre eso? Vaya.

—Sí. ¿Qué puedes decirme del asunto? Es muy importante.

Mark se incorporó con una expresión de alarma.

—Verá..., no quiero meterme en líos con todo esto. Yo sólo vi a la tía ésa rara arañar a Jason, luego se puso enfermo. No vi nada más.

—¿Quién lo hizo?

—La tía ésa nueva, la amiga de Teddy —contestó con clara inquietud.

Parker percibió de inmediato que el muchacho estaba invadido por el miedo, y no era por su presencia como policía. Sin embargo, a su mente acudió la imagen del viernes noche cuando vio a Teddy con una chica.

—Tranquilízate, muchacho —sugirió—. ¿Te refieres a Teddy Benson? Necesito más datos, y también que me digas de qué diablos tienes miedo.

Parker sintió la mirada penetrante de Mark y reparó en las gotas que corrían por su frente detrás del pelo enmarañado.

—De ella —anunció casi avergonzado y desvió la mirada.

—¿De una chica? ¿A qué se debe tu miedo por esa chica? No creo que sólo por arañar a Jason le debas temer. Tampoco parece de la clase de chica que se acercaría a alguien como Teddy Benson.

—Fue su forma de hablar y comportarse —añadió—. Si hubiera estado allí lo entendería. Esa tía se enfrentó a Jason como si él no fuera nada y esquivó el golpe que le envió a una velocidad sorprendente. Y va con esos guantes siempre. La he visto. Y ahora Teddy va con ella, aunque no entiendo por qué, la verdad.

Escuchó en silencio. No parecía la pieza que le faltaba en el caso de Silverston, y mucho menos con lo que ocurrió en Chicago. Una chica es una chica, se dijo. El miedo de Mark estaría relacionado con el propio mundo de los adolescentes, ya que era imposible que una muchacha de la edad de Mark o Teddy estuviera relacionada con los asesinatos. Pero...

—Veamos si te he entendido bien. Dices que una alumna nueva de la escuela secundaria defendió a Teddy de Jason y le arañó la mejilla.

Mark asintió.

—Y que en tu opinión —continuó—, el arañazo infectó a Jason la enfermedad que tiene.

—Exacto.

—Parece descabellado, ¿no crees?

—Lo es. Y cuando la vea le parecerá de locos.

—Está bien. Te agradezco tu colaboración —le dijo, con una expresión amable.

Mientras Mark entraba en la casa seguido por su perro, Parker enfiló calle arriba sin prestar atención al deficiente estado del asfalto. En su mente sólo anidaba una idea: después de mucho tiempo, era el momento de saludar de nuevo a su amigo Teddy Benson.

Capítulo 11

1

En la mañana de martes, Norman extendió su brazo sobre el lado de la cama en que dormía su mujer. Lo halló vacío y reparó en ello inmediatamente. Lo primero que notó cuando abrió los ojos, fue lo extenuado que se encontraba pese haber dormido de un tirón. Los párpados parecían piedras de granito cuyo peso le obligaba a cerrarlos de nuevo y dejar pasar el día. Sin embargo, la noche anterior llamó por teléfono a James Biddle después de llegar a casa, y acordaron almorzar en el Morning Coffee. En esos casos era cuando la amistad entre dos personas debía manifestarse. Y no conocía mayor motivo por el que acompañar a su amigo que el dolor por la pérdida de un hijo.

Norman se encontraba envuelto por las sábanas; la colcha se había derramado sobre el otro lado de la cama. A su mujer siempre le había gustado tirar en exceso de ella. Aunque la mañana estaba avanzada, las sombras anidaban en forma de charcos negros en los rincones del dormitorio. Trató de incorporarse sobre la almohada, pero el movimiento le hizo experimentar un dolor agudo en el vientre. En un acto reflejo se llevó ambas manos al punto donde bullía el malestar. En ese momento sufrió un escalofrío que le hizo esbozar una horrible mueca de resignación.

—Por los mil demonios —masculló.

Permaneció hundido bajo las sábanas. Entonces recordó. No sabía bien qué. Luego una imagen esclarecedora se mostró en su mente: una silueta oscura. Pero los recuerdos se hallaban bajo una gruesa capa de dudas y no pudo dar una forma definida a la figura.

Lanzó un respingo al contemplar cómo la cortina era sacudida por el aire que penetraba por la ventana. Aleteaba envuelta en la penumbra del dormitorio como un fantasma.

—¿Por qué demonios no ha cerrado la ventana? —se dijo para sus adentros.

Se abrazó a sí mismo. A continuación, se armó de coraje para saltar de la cama y cerrar la ventana. Pero todo esto quedó en pensamientos, puesto que

sus músculos no le obedecían, quedaron petrificados como si tan sólo fueran los de una estatua.

—Estoy enfermo. Ayer pillé alguna cosa.

Estuvo en silencio con la vista fija en el techo mientras sentía los latidos de su corazón. La respiración se hizo presente en forma de enfermizos jadeos. Con la mirada febril intentó traspasar la oscuridad de uno de los rincones junto a la puerta cerrada.

Sin saber por qué, de pronto, se sintió observado.

Con un esfuerzo casi inhumado, transportó la mano hasta el interruptor de la lámpara de la mesita. Tras el clic la luz se extendió en círculo, con el único logro de molestar en los ojos de Norman. El rincón quedaba fuera del alcance de la luz, y cualquier cosa que estuviese oculta podía continuar allí sin ser vista.

—¿Hay alguien ahí?

Seguidamente una mueca avergonzada tomó lugar en su cara.

—Menudas tonterías que digo. En fin...

Gimió al incorporarse en la cama. Todo el dolor estaba acumulado en el vientre, más hinchado de lo normal bajo el pijama. Sentado y cabizbajo, posó las manos sobre la curvatura del vientre.

—Por los mil demonios, ¿qué es esto?

Entonces fue cuando advirtió una mancha rosa que asomaba por la manga del pijama y se extendía hasta el dorso de la mano como una quemazón. Acercó la mano a los ojos para así estudiarla mejor.

—Mmmmm.... no recuerdo haberme quemado ni que anoche estuviera aquí esta mancha.

Miró por encima del hombro el rincón en sombras. Volvió a sentirse observado. No obstante, el rincón no parecía capaz de albergar a un hombre; inevitablemente quedaría al descubierto alguna de las extremidades. No había nadie oculto, se dijo.

Desvió su mirada hacia la ventana. Tampoco recordaba que estuviera abierta la noche pasada.

—Ah, estoy delirando. Una ducha caliente me ayudará.

Apoyó las manos en el borde de la cama y se concentró en el esfuerzo que iba a realizar para ponerse en pie. Segundos después se encontraba delante de la ventana, escrutando cualquier anomalía en ésta. El aire frío desplazaba la cortina a un lado, dejando entrever el exterior. Las hojas del olmo danzaban al compás de la brisa con un leve rumor.

Norman se giró impulsado por un extraño sonido dentro de la casa.

—Hay alguien. —Luego recapacitó—. Claro, mi mujer. Aunque pensándolo bien, no son horas para que todavía esté en casa.

El reloj que dormitaba encima de la mesita indicaba las 11:08 a.m.

Con un gesto de mano restó importancia al asunto y se dirigió a la puerta. Sus piernas apenas soportaban los setenta kilos de peso. Temblaron como dos palos de goma y, antes de precipitarse al suelo, se apoyó en el pesado armario.

—Demonios —gimió, apretando los dientes.

Haciendo uso del mueble y de un increíble esfuerzo, caminó hasta la puerta. Lanzó un suspiro de alivio cuando reparó en que no había nada en el rincón.

Salió al vestíbulo superior notando el molesto hinchazón en el vientre a cada paso. En cuanto alcanzó la barandilla de madera la aferró con fuerza, depositando el peso de su cuerpo en los brazos. Aquello no alivió su cansancio, no obstante.

Se asomó a las escaleras.

—¡Linda!

Se estremeció al escuchar su propia voz impregnada de un matiz grave y desconocido, deslizándose escaleras abajo como el lamento de un fantasma.

—Linda, ¿estás ahí? Te he escuchado antes y...

Enmudeció, sintiendo el afilado silencio que envolvía la casa. Normalmente Linda preparaba una olla de comida a fuego lento, cuyo aroma se apreciaba a distancia. En cambio ahora no percibía ni los olores ni el sonido del agua hirviendo. El pesado silencio atrapó a Norman y le arrancó un escalofrío.

Sintió un repentino vértigo cuando se fijó en las escaleras. Recordó que el tercer escalón estaba suelto y se movía cada vez que era pisado. Linda siempre le reprochaba que debía repararlo antes de que alguien sufriera un accidente.

—Maldita sea.

Comenzó a descender la escalera. Por primera vez fue consciente de lo empinada y lo poco espaciosos que eran los escalones, casi sin lugar donde colocar el pie. Hizo uso de la gruesa barandilla y bajó uno a uno cada escalón. Al segundo paso, la rodilla crujió y a punto estuvo de perder el equilibrio. Evitó el tercer escalón con una larga zancada al tanto que todo su cuerpo se llenaba de sudor.

Al alcanzar el rellano, miró por encima del hombro, inclinado con las manos sobre las rodillas. Sentía que las escaleras eran una clara amenaza; siempre las había bajado y subido con prisas, sin reparar en el peligro que suponía dar un mal paso. No pasaría de hoy el arreglo del tercer escalón, pensó. Llenó los pulmones de aire y se preparó para el siguiente descenso. El vestíbulo le esperaba silencioso. No advertía la presencia de Linda por ninguna parte, y se preguntó quién era el causante del ruido que había escuchado desde el dormitorio. Agudizó el oído en busca de cualquier ruido por pequeño que fuese, pero continuó sin percibir nada.

Llegó finalmente al pie de la escalera, lanzó un gemido cargado de dolor. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. Entonces vio otra vez la mancha rosa. Apoyado en la pared, entre jadeos, se levantó la manga del pijama. Contuvo el aliento al observar que la mancha rosada se extendía más allá del codo.

—Por los mil demonios —graznó—. ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa?

La mirada crispada de Norman nadó en terror. Las gotas de sudor corrían ahora por su cara como agua por una pendiente. Casi olvidó el temblor de sus piernas y el vientre abultado, sólo corrió al baño mientras se desprendía de la parte superior del pijama. Tropezó con la mesa baja en el centro del comedor, lanzó un grito doloroso y alcanzó el baño sintiendo la picadura palpitante de la mesa en la tibia.

Cuando su rostro se reflejó en espejo, los ojos del hombre se desencajaron con el brillo de la desesperación. La mancha rosa corría bajo el sobaco y lamía parte del pecho. Era como un herpes rojizo y vivo. Otro escozor rosa nacía de la mejilla derecha hasta el mentón, pero éste parecía más desarrollado: de la piel rosada emergían diminutas y bulliciosas pústulas verdes. Algunas habían explotado durante el sueño, y un grasiento líquido pastoso se derramaba pacientemente sobre la piel.

—¡NO!

La negativa brotó de sus labios con un sonido explosivo, suplicante. El cristalino de sus ojos parecía reflejar un brillo de muerte. La primera gota de sudor se precipitó al lavabo.

—Es imposible. Parece una infección. Debo ir enseguida a ver al doctor.

Con la mirada fija en el dorso de la mano, evocó a James Biddle, exponiendo sus conclusiones durante la conversación telefónica; su hijo Ronal mostraba peculiares manchas rosas por el cuerpo. Recordaba con claridad aquella frase, repetida varias en la conversación.

—Parece imposible —murmuró.

Norman relacionó las manchas halladas por la policía en el cuerpo del chico, con las que tenía delante de sus ojos cuando creyó oír la puerta principal cerrarse.

Rodeado por el frío del miedo, atisbó por encima del hombro.

—¿Linda? ¿Eres tú, Linda?

2

Algo dentro de la cabeza de Norman se iluminó. Uno de esos letreros de neón que siempre nos obliga a prestar inmediata atención. Y rezaba: ¿Quién es el asesino que está poniendo fin a la vida de tantas personas en Silverston? Aquella frase refulgía con la intensidad del fuego en su mente.

Volvió a mirar la imagen del espejo. Un hombre con un hombro ligeramente más caído que el otro; con una frente libre de pelo hasta más allá de la cabeza, y con un pálido semblante que distaba mucho de ser saludable. En la comisura de los ojos se acumulaban surcos que daban a Norman el aspecto de más edad de la que en realidad tenía.

No es Linda, se dijo. Y fue lo que le puso en alerta. Todo su cuerpo se tensó de pronto. Se asomó por la puerta del baño. El pasillo se encontraba en completo silencio, pero algo había cambiado en el ambiente; alguien había traído consigo su propio olor y éste se mezclaba lentamente con el de la casa. Norman, aferrado al marco de la puerta y con la frente perlada por el sudor, vio el teléfono sobre el pequeño mueble en el vestíbulo. Si era capaz de llegar hasta él podría llamar a la policía.

Es mi casa, ¿por qué no iba a poder alcanzarlo?, pensó.

Quiquiera que hubiese entrado se mantenía en silencio, ni siquiera se percibía su respiración. Dirigió la vista hacia el otro lado del pasillo, donde se hallaba la puerta de la cocina. Pensó en hacerse con un cuchillo.

—¿Hola? —se aventuró—. Sé que está ahí, amigo. Voy a llamar a la policía.

Reunió todo su valor y comenzó a deslizarse junto a la pared del pasillo; sus manos notaban los relieves decorativos que tanto había insistido su mujer en colocar, como si no hubieran otras muchas cosas que reparar antes. El frío de la pared atravesó las manos y llegó hasta los huesos. Sin embargo, no era un frío procedente de la casa, sino el que arrastraba quien había irrumpido en

ella. Era como un espeso velo que se estaba posando sobre cada mueble, emitiendo un helor que acuchillaba la piel de Norman.

El teléfono se encontraba a escasos metros. Extendió la mano izquierda para alcanzarlo cuanto antes. Experimentó una repulsión en el mismo instante en que su mano se cerró en torno al auricular; las manchas rosas se extendían a una velocidad inaudita. Observó aterrado cómo unas diminutas protuberancias destacaban ahora por encima de la mancha.

Un súbito ruido en el salón le obligó a girar su cuello, casi arriesgándose a que éste se partiera. Desde el ángulo en que se encontraba Norman no pudo ver más allá de la pared frontal, donde descansaba el pesado sofá.

Debe estar escondido en el otro lado del salón, pensó.

Marcó el número de la comisaría; luego enmudeció al reparar que la línea no emitía ninguna señal.

—Por los mil demonios, ha cortado la línea.

Frente al hombre quedaba la puerta principal. Cerrada. Aun así, ofrecía la salida más próxima.

Dejó caer el auricular, que fue a estrellarse contra el suelo y, en cuanto abrió la puerta, se topó con un desconocido enfundado en un grueso abrigo gris, con el cuello alzado y su rostro parcialmente oculto por un sombrero.

Norman posó su mirada en la forma tubular que empujaban el abrigo en el lado derecho.

—¿Quién demonios es usted? —inquirió. Luego miró hacia atrás, al interior de la casa, preguntándose *quién* estaba dentro. Al mirar de nuevo a los ojos del desconocido, oyó el estruendo absorbido por un silenciador. Un segundo después, como si sus nervios estuvieran adormecidos por la extraña enfermedad que lo consumía, notó el dolor en el vientre, allí donde la bala penetró abriéndose paso a través de la carne infectada.

Cayó de espaldas en medio del vestíbulo con ambas manos presionando la herida. Tendido en el suelo, rememoró todo de pronto, como si las esclusas que contienen durante un tiempo el caudal se abrieran liberando el torrente de agua.

La niña en la noche.

Mientras la vida se le derramaba entre las manos, miró los zapatos del desconocido. A continuación miró hacia el pasillo, al frío que emanaba de la casa y tuvo la sensación de que ya no era suya.

Teddy arrojó la segunda piedrecita a la ventana del cuarto de Berenice. Eran las ocho de la mañana y acordaron acudir juntos a la escuela. Pensó que era extraño que no contestara a las piedras, pero sería mejor que advirtiera pronto su presencia si no querían perder el autobús escolar y abarcar el trayecto a pie.

—Berenice —susurró—. Vamos, se hace tarde.

Ella había sugerido que el chico la llamara de aquel modo en vez de usar el timbre de la puerta principal.

Desde el jardín trasero vio pasar un grupo de muchachos en dirección a la parada más cercana, la misma que había usado Teddy el día que acudió a ver a su tío Rusty. Todos andaban ataviados con pesadas mochilas y lánguidas miradas que expresaban el desánimo por ir a la escuela.

La ventana seguía sin señales de presencia.

«¿Por qué no contestas?», pensó.

Cabizbajo, puso rumbo al jardín delantero de la casa y desde allí tomó la acera que conducía directamente a la parada del autobús. Tras cruzar apresuradamente varias calles, divisó a lo lejos el grupo de estudiantes que cada mañana se reunían con el mismo propósito.

El autobús amarillo frenó con su rechinar habitual y sus puertas se abrieron de pronto como una bestia, invitando a los desafortunados a penetrar en su vientre. El pelotón de chicos entró y Teddy se vio en la obligación de correr, haciendo señas al conductor con la mano. La desaprobación se reflejó en el semblante del hombre, porque no era la primera vez que debía esperar a Teddy.

Subió jadeando, con las mejillas coloradas y los pantalones por debajo de la cintura.

—Vamos, vamos, muchacho. No tengo todo el día. Tengo que cumplir mi maldito horario. —El conductor miró por el retrovisor a dos chicos que se peleaban por sentarse junto a la ventana—. ¡Eh, vosotros dos! Dejad de una vez vuestras mierdas y comportaos como adultos.

Teddy atravesó el pasillo atestado de gritos, risas e indiferencia hacia su persona. Se sentó al lado de una chica algo menor que él y, cuando le sonrió, dejó entrever sus dientes atrapados por un enorme aparato dental, como el bozal de un perro de presa.

—Hola —saludó ella.

—Hola.

El transcurso del viaje estuvo rodeado por el interrogante de dónde estaba Berenice. Sobre todo, por qué había decidido finalizar la cita de ayer en el preciso momento en que había reunido el valor suficiente para intentar besarla de nuevo.

El autobús se detuvo en la parada de la escuela secundaria. La zona de estacionamiento se hallaba atestada por los coches de los profesores y los afortunados alumnos que iban en sus propios coches. Al descender divisó un automóvil que llamó su atención y de cuyo interior se apeó Parker. El chico contuvo la respiración y cruzó la calle.

«¿Qué hace el agente Parker en la escuela?», pensó.

El corazón de Teddy tomó algo de impulso cuando vio al policía dirigirse hacia las escaleras. El chico se mezcló con el resto de alumnos. Perseguido por su halo de inseguridad, llegó hasta la clase y tomó asiento en su pupitre. Echó un vistazo al lugar que debería haber ocupado Berenice. Su corazón, al escuchar su nombre por los altavoces públicos de la escuela, se detuvo.

—Teddy Benson, acuda al despacho del director.

Pensó que era un error, que no había escuchado su nombre. Pero cuando los altavoces tronaron por segunda vez y las miradas expectantes de los alumnos se posaron sobre él, no le quedó ninguna duda.

Sólo son chicos como tú, debes ser valiente.

Eran los consejos de Berenice que afluían en su cabeza con voz dulzona. Se levantó de la silla sin prestar atención a los ojos escrutadores de los alumnos, ni a los murmullos que se formaron al abandonar la clase.

Con el consejo de su amiga, el pasillo ya no parecía tan largo ni amenazador. Un único muchacho cerraba de golpe su taquilla roja sin quitar la vista de encima. No obstante, todo cambió cuando se encontró ante la puerta del director, grande, inmensa como el portón de una fortaleza en cuyo interior habitaba un mundo de tinieblas inexpugnables. El letrero que decía Director Harvey Fuller destacaba en el centro de la puerta como un ornamento sagrado.

Teddy tragó saliva y entró al abismo.

El director Fuller se encontraba sentado a la mesa como si de un rey se tratase, esa vez con una corbata impoluta a juego con el traje gris. La sonrisa austera y notablemente protocolaria no lograba eliminar las rígidas facciones en su semblante. Pese a todo, la vista del chico fue directa hacia Parker, de pie junto a la pesada mesa de madera.

No había monstruos ni tinieblas, pero nada era peor que ver al agente

Parker y el director Fuller confabulando juntos en el mismo despacho. ¿Qué se traían entre manos?

—Acomódate, Teddy —indicó el director—. El agente desea hacerte algunas preguntas.

La expresión del chico delató su alarma, algo que el agente supo calmar de inmediato.

—Hola, Teddy. Sólo son algunas cuestiones sin importancia —declaró con su radiante sonrisa tranquilizadora—. En cualquier caso, me gustaría hablar con el chico en privado, si a usted no le molesta.

—No, claro que no, ande.

Siguió a Parker por el silencioso pasillo hasta la puerta; descendieron las escaleras. Pisaron el césped y se detuvieron bajo la copa del gran árbol que parecía custodiar el edificio de la escuela.

—¿Cómo va todo, Teddy? Hace tiempo que no hablamos.

—Sí. Estoy bien.

—Cálmate, no tiene nada que ver contigo —anunció—. Un chico llamado Mark me ha dicho que andas mucho con una nueva alumna.

—¿Mark? Bueno, sí.

—Bien. ¿Es cierto que ella te defendió de Jason Cross?

—Sí. —Teddy comenzó a bascular de un pie a otro.

Parker leyó las anotaciones en su bloc mientras se apoyaba en el tronco del árbol.

Teddy evocó la imagen de cuando Berenice estuvo bajo el mismo árbol y él se hallaba justo enfrente. Ahora desvió la mirada hacia la parada de autobús, vacía. Escudriñó los alrededores. Vio a unos chicos haciendo novillos entre risas y encendiendo sus primeros cigarrillos con la mirada furtiva.

—Debe ser una chica fuerte —dijo Parker.

El muchacho lo miró con atención. Ahora entendía que las preguntas eran referente a su vecina. Berenice.

—¿Puedes decirme algo acerca de ella? —Guardó el bloc en el bolsillo del uniforme—. Lo que me digas será algo informal. Sólo tengo ciertas dudas.

—Llegó a Silverston hace unas semanas. No la conozco mucho.

El cuerpo de Parker se agarrotó en cuanto escuchó la palabra semanas. Le dirigió al chico una mirada de creciente interés y le dijo:

—¿Dices que hace poco que llegaron a Silverston?

—Sí. Es mi vecina. Una buena chica.

Se acercó al chico y le puso una mano en el hombro.

—Debe serlo para defenderte de uno de los pandilleros de por aquí.

Teddy asintió enérgico.

—¿Sabes si le hizo algo a Jason? —preguntó, matizando cada palabra.

La mirada de Teddy adoptó un aspecto ceñudo.

«¿Qué pretendía saber exactamente el agente sobre Berenice?», pensó.

—¿Algo como qué? —inquirió, receloso.

—Según me ha dicho Mark, tu amiga arañó a ese chico.

—¿Arañarle? —Su mente enmudeció. Fue invadida por oleadas de ideas inconexas. Su respiración se aceleró. Trató de disimular lo mejor posible su estado de excitación—. Oh, no lo creo. Sólo discutieron y ella... le dijo que me devolviera el dinero. Jason va por ahí robando el dinero a los alumnos cuando le viene en gana.

—¿Estás seguro de que no le arañó, Teddy?

—Claro que sí. Estoy seguro —declaró, recobrando el control—. Yo estaba allí. Lo vi todo. Mark miente. Él va con Jason.

—Lo sé —dijo Parker con paciencia. Guardó silencio y dijo—: ¿Sabes que Jason está en el hospital?

—Sí. Todos los alumnos lo saben. Se publicó en el boletín de la escuela.

—Entiendo —dijo, y asintió con lentitud—. Tu declaración no concuerda con la de Mark. Él estaba seguro de ver cómo tu amiga le arañaba. Y está muy asustado. Teddy, es importante que me digas la verdad.

—Le he dicho la verdad —dijo el chico con la mirada fija en el policía—. Esa gente va metiéndose con los nuevos. No son buena gente y no debería creer a la gente como ellos.

Parker apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea roja.

—De acuerdo. Tal vez en otro momento. Comprendo que estés nervioso. Pero sabes que puedes confiar en mí. Estoy de tu parte, Teddy, ya lo sabes.

Tras caminar varios pasos firmes en dirección a la zona de aparcamientos, Parker se volvió y dijo:

—Eres un buen chico, Teddy. Sé que te cuesta relacionarte con la gente, y a veces, quizá, encubramos a los nuevos amigos. Yo también fui adolescente una vez y entiendo esto. Estaremos en contacto, por si quieres cambiar o añadir algo más.

—Ella se puede defender sola. No me necesita para nada —murmuró para sí.

Parker desapareció en el interior del coche patrulla para desahogo de

Teddy. Cerró los ojos con impotencia y apretó los puños. Luego sus hombros se hundieron, en desánimo.

Al abrirlos de nuevo, el vehículo había desaparecido. En su lugar, una figura pequeña al otro lado de la zona de estacionamiento caminaba despacio hacia la escuela. La brisa trajo a Teddy un olor ya familiar; un olor viejo, el aroma de Berenice, quien vestía una vez más el color de la oscuridad; de los bolsillos de sus tejanos brotaban finas cadenas que rodeaban su cadera como una cinta. La camiseta marcaba escasamente sus redondeces bajo la ceñida chaqueta de cuero negro. Su cabello, con la textura de la seda, quedaba reunido en una coleta casual que infundía a Berenice ese aire de poderosa y desafiante indiferencia.

«He mentado por ti», pensó Teddy.

Los labios de Berenice, como si tal pensamiento hubiera irrumpido en su cabeza, se estiraron en una sonrisa fraternal, descarada y de sublime belleza maligna.

Teddy experimentó un gélido escalofrío a medida que ella se acercaba y sus labios se revelaban como el anhelo de la adolescencia, salvaje y efervescente. Bullía en torno a Teddy igual a brazos invisibles que lo atraían hacia sí, alejándolo de la absurda represión adulta.

Las manos enguantas de Berenice no incomodaron al chico, sino que las aceptó como parte de su misteriosa belleza.

—Ha venido el policía a preguntarme sobre...

—Lo he visto todo —dijo ella al tiempo que le silenciaba con un dedo sobre sus labios.

Sus miradas se unieron durante minutos en el silencio que vino a continuación. Teddy percibió cómo el iris de la chica refulgía en centenares de colores, cada cual más intenso y brillante que el anterior, configurando un arco iris imposible. Aspiró su felino y embriagador aroma.

—Tenemos que volver a clase. Al menos yo debo entrar en clase —susurró bajo un fuerte desconcierto—. Me dijiste que no me acercara a ti y ahora eres tú quien lo hace.

Berenice amplió su sonrisa.

—No necesitas la escuela. Yo te enseñaré lo que debes saber para caminar a mi lado. Mi amigo. —Su voz brotó diestra, orgullosa, como si tras esa chica se ocultaran reinos de mundos olvidados.

Ambos se distanciaron de la escuela y sus banales enseñanzas y caminaron juntos de la mano hacia el pequeño bosque de Silverston.

El muchacho mentía. La experiencia de Parker en el trato con chicos como Teddy, contribuyó a que lo dedujera. Era un claro ejemplo de encubrimiento. Típico en adolescentes cuando encontraban a alguien con quien compartir algo más que el saludo.

Parker asía el volante con una mano al tanto que giraba por Boulder Street; la otra aplicaba masaje a su incipiente barba. El siguiente paso era hablar con los vecinos de Teddy. Se detuvo en seco frente a la casa nuevamente habitada.

Encubrir a alguien es de lo más común.

Mientras se apeaba del coche, su mente se aventuró entre los recovecos del pasado hasta alcanzar una imagen concreta. En un principio era como si el recuerdo no deseara mostrarse con claridad, ocultándose detrás de velos difusos. Pero con la insistencia de Parker la imagen quedó revelada.

Un grupo de jóvenes con el atuendo de finales de los setenta se hallaba de pie en torno a una bicicleta. Cada uno de los chicos miraba al siguiente de forma inquisidora, haciéndole responsable de lo sucedido. La nueva bici de Regina —regalo de su padre recién llegado de Europa tras varios meses de ausencia por negocios— había sido encontrada con las ruedas reventadas, y algo que observó el joven Parker, ya por aquel tiempo con notables dotes analíticas, era que la cubierta de ambas ruedas estaban intactas, sin el menor indicio de haber pisado el suelo. Quienquiera que lo hubiese hecho, no montó la bicicleta, como declaró Tod, el chico de la familia Blaine. O estaba equivocado o había mentado con descaro a la policía. Parker rechinó sus dientes al pensar que la pobre Regina ni siquiera había podido estrenar su regalo de cumpleaños.

Conocía sobradamente a Tod, un niño del barrio con doce años que vivía con su padre, un borracho que acostumbraba a pegarle por cualquier motivo.

Todo comenzó con una simple idea: ir a «las Llanuras», lugar frecuentado por decenas de chicos que hacían uso de los terrenos escalonados para volar con sus bicicletas. Días antes Tod le confesó a Ken que había pedido una bicicleta nueva a su padre, recibiendo unos azotes como contestación. La suya estaba en el garaje con el manillar torcido y el cable del freno trasero

suelto.

Parker también había oído de boca de otros chicos que Tod intentó besar a Regina, y que ésta asestó una sonora bofetada. Sabía que eso era cierto porque todavía andaba con un moratón en la mejilla. Tod podría ser todo un vándalo de la calle, pero desde luego no era nada cuidadoso; la bicicleta de Regina yacía sobre el jardín de la casa, y algo que sólo observó Parker fue la sangre seca alrededor del corte en la cubierta de la rueda. Tod ya había amenazado a los chicos de otro barrio con su navaja.

Parker supuso que sólo era una rabieta infantil de un chico envidioso, puesto que Regina siempre comentaba a todos que de mayor sería modelo y se casaría con Jeremy, uno de los muchachos del grupo: más alto que el resto, rubio y con ojos azules. Parker no dijo nada a la policía. Regina simplemente recibió otra bicicleta nueva, la familia no se molestó en cambiar las cubiertas; eran los privilegios de ciertas clases sociales. Parker guardó el secreto, porque Tod ya tenía bastante con su padre borracho y los escasos amigos que le quedaban. Por aquella época, Parker era de la opinión de que la vida a veces juzga mejor que las personas..., pero sólo a veces.

Por eso dejó pasar el atrevimiento de Teddy. Sobre todo porque no era un policía que se aferrase a las normas. En su opinión, el sistema distaba mucho de ser perfecto.

Aunque ello suponga a veces algunas ventajas personales.

Cruzó la calle con la absurda sensación de ser observado, lo cual le llevó a lanzar recelosas miradas a un lado y a otro mientras se internaba en el sendero que conducía al porche de la casa.

Los comentarios de los chicos en la comisaría respecto a la casa no concordaban con lo que Parker veía. Nada de aspecto amenazador ni de jardines abandonados. Por el contrario Parker caminaba por un cuidado sendero de losas incrustadas en el suelo. El jardín parecía recién cortado y casi reflejaba los resplandores del sol. El follaje de los árboles, al contrario que relataba Nick, cuyo comentario más agradable era que parecían esqueletos, revelaba un exquisito cuidado sólo posible en alguien que amara la naturaleza.

En cualquier caso, no pudo eludir la sensación de ser vigilado. Echó una ojeada a las ventanas. Todas cerradas a cal y canto. Sin entender por qué, empezó a experimentar un súbito agarrotamiento de algunos músculos del cuerpo, a causa de ello aplicó un leve masaje a los lumbares.

El timbre sonó en el interior de la vivienda, ahuyentando estrepitosamente

el silencio. Pulsó repetidas veces hasta que la puerta se abrió. La bocanada de humo que emergió sorprendió a Parker y retrocedió un paso cubriéndose la cara.

—Hola —saludó el policía apartando el humo de la puerta—. ¿Nunca le han dicho que fumar es perjudicial para la salud? —bromeó.

La mujer de facciones consumidas y ojos rodeados por profundas arrugas, no esbozó ninguna sonrisa. En sus dedos manchados de alquitrán sostenía un arrugado cigarrillo que escupía volutas de humo. Lucía pantalones negros de traje y una blusa color crema. El cabello naciente de las sienes estaba pincelado por las canas.

—¿Qué desea, agente?

—Perdone mi humor —se disculpó—. Imagino que es usted la madre de la niña.

Los finos labios de la mujer se estiraron en una sarcástica sonrisa.

—Digamos que sí.

—Me gustaría hablar unos minutos con ella, a ser posible.

La mujer introdujo el cigarrillo en sus labios y aspiró con tanta fuerza que produjo en Parker una sensación de sequedad en su garganta.

—No está en casa, agente.

—Verá, el director de la escuela me ha confirmado que no ha ido a clase hoy —anunció, y observó que la mujer parecía tomarse el asunto con un humor muy particular. Salió a la claridad del día, y fue cuando su piel fina sobre los recortados huesos se hizo notable. Dio varias caladas seguidas con la misma destreza obsesiva y arrojó la colilla al escalón; luego descendió y la aplastó con la punta de su zapato.

—No sé dónde está, agente —declaró al tiempo que miraba el cielo y cerraba los ojos. Sus facciones parecieron relajarse ante el comfortable clima de Silverston—. Por su bien le aconsejo que no mantenga con ella ninguna conversación.

—Perdone, pero no la entiendo. Debo hacer mi trabajo, como comprenderá.

—Lo comprendo. El problema radica principalmente en que ella querrá hacer el suyo. Y se verá enfrentado a algo que no comprende. Y yo, después de tantos años, tampoco comprendo. Déjelo estar. La vida tiene más cosas a la vista. No las deje usted pasar.

Parker, estupefacto, enarcó las cejas.

—Le agradezco su curioso consejo, pero...

—Estoy cansada, ¿sabe? Voy a echarme un rato. Si me permite. Ya le he dicho todo lo que tenía que decirle. Ahora váyase y, si para su desgracia, la encuentra... huya.

—¿Eh? —La puerta se cerró a escasos centímetros de Parker, cuya expresión estaba más cerca de lo absurdo, que del enojo por la falta de respeto mostrado por la mujer. No supo valorar la situación, porque nunca se había enfrentado a una pasiva indiferencia. Pese a todo, tenía ante sus narices una clara pista. Pero le faltaba por resolver una importante cuestión: ¿Qué diablos tenía que ver la niña con la extraña muerte de Spencer? No era probable que una chica pudiera entrar en una celda y pasar la cuerda por la tubería a tantos metros del suelo, pensó, debía haber algo más.

Con un mal sabor de boca, abandonó la casa y, a medida que se alejaba de ella, sintió cómo sus músculos se relajaban. Subió al coche sin apartar la imagen de la mujer, rodeada por el humo del infierno. Frente al volante, suspiró de resignación y se preguntó por dónde debía iniciar la búsqueda de la chica. Una chica temida por ciertas personas y encubierta por un muchacho tímido.

5

Ni siquiera las malas noticias que sacudían Silverston fueron capaces de impedir que el boletín de aquella semana se distribuyera entre los alumnos de la escuela secundaria. Uno de los motivos principales era que anunciaba la fiesta de Cindy Mancini. Dicha fiesta se celebraría el viernes noche, cuando sus padres se marcharan el fin de semana a la casita que tenían en las inmediaciones del lago Sinclair, donde acudían en ocasiones para solventar sus crisis matrimoniales. Claro que este último dato sólo era conocido por las chicas cercanas a Cindy: Tina y Patty.

Ambas avanzaban juntas por el pasillo de la escuela, luciendo el mismo conjunto amarillo de minifalda y chaqueta. Patty solía llevar esa chaqueta arremangada hasta los codos dándole cierto aire desafiante. Muchos alumnos tenían la vista sobre su ejemplar del boletín, buscando su nombre en la lista de invitados. Pese a que sólo un grupo selecto asistiría a la fiesta, los nervios y la expectación eran palpables en la escuela. Uno de los muchachos pertenecientes al club de ajedrez, se deshizo del boletín arrojándolo a la

papelera situada a un lado de la gran puerta de entrada. Patty y Tina salían en ese momento.

—¿No estás invitado, Charlie? —rio Tina.

Charlie se ajustó las gafas de montura gruesa.

—No suelo acudir a este tipo de eventos.

Tina le miró con un irónico desconcierto.

—¿Eventos? Has oído eso, Patty.

—Sí. Todo un vocabulario refinado para impresionar a las calculadoras —dijo, mirando al chico de arriba abajo—. ¿Por qué no pruebas con unas gafas que no te tapen toda la cara?

—Debido a mi grave miopía me veo obligado a usar cristales más gruesos.

—Vaya, pensaba que ese tema estaba más avanzado. —Patty agitó la mano en gesto de despedida—. Pobre idiota.

Descendieron las escaleras con aire divino, atravesaron el césped hasta donde estaba Cindy, quien se despedía de un profesor. A continuación se giró y saludó a las chicas.

—Ya está todo listo para el viernes —anunció.

—Bien, Cindy —dijo Tina.

—Genial —musitó Patty, mirando en todas direcciones.

—¿Irás con Dylan? —preguntó Tina.

—Obviamente —dijo Cindy, y se meció su dorado cabello.

Las dos miraron a Patty.

—¿Y tú? —preguntaron al unísono.

—¿Yo qué?

—¿Con quién irás? —insistió Cindy—. Tienes permiso para llevar a quien quieras, aunque no esté en la lista de invitados.

—¡Sí, dinos! —exclamó Tina.

—No me dejan ver a Jason. Iré sola.

Ambas miraron incrédulas.

—¿Sola? —dijo Tina.

—Sí, ¿algún problema?

—No, no. Pero puedes elegir a cualquiera y aceptaría ir contigo, Patty. Eres... —Tina enmudeció sin saber cómo definir el aspecto de su amiga, cuya imagen estaba esculpida por todos los regalos que la naturaleza podía conceder a una mortal: labios rebosantes y pómulos alzados junto a unos ojos verdes capaces de competir con la mejor esmeralda. Sin embargo, su carácter cortante impedía a alguien acercarse demasiado si no era ella misma quien

daba vía libre.

—Esperaré a Jason, estoy preocupada.

—Oh, Patty ese chico no...

—¡Calla, Cindy!

—Está bien, está bien —dijo ella, al tiempo que colocaba las manos abiertas por delante—. No dirás que no te lo he advertido.

Patty la sacudió con una mirada de recriminación.

—¿Qué tiene para estar tanto tiempo ingresado? —quiso saber Tina.

—No lo sé, su padre no me dice nada.

—Ayer Mark me dijo que había hablado con la policía y le había contado sus sospechas.

—¿Qué sospechas? —Tina estaba cada vez más intrigada.

—Cree que ha sido la chica nueva. La que vimos con Teddy en el Billy Manilly.

—La recuerdo, y también cómo se enfrentó a ti —intervino Cindy, y miró en derredor con los ojos entrecerrados—. Llevo días sin verla, aunque no es que yo me dedique a observar a las de su especie.

—Mark estaba asustado —añadió Patty.

—Intentemos pasarlo bien, chicas. Mark no es precisamente alguien a quien se pueda tomar muy en serio. —Cindy se dirigió a paso apresurado a su coche. Sentada al volante las miró—. Vamos, no tengo todo el día.

6

De la mano de Berenice, Teddy se sentía más cerca de la vida misma que de cualquier otra manera. Incluso los pinos del bosque parecían, en torno a ellos, admirar su paso hacia la roca en que habían estado sentados la pasada tarde. El trayecto era en silencio, un confortable y relajante silencio donde no era necesario añadir nada; con la presencia de ella bastaba. Sobre todo ahora que sabía que iba a revelarle algo importante. Lo adivinaba en sus ojos. Así que el interior del chico bullía de expectación.

Cuando llegaron a la roca que brotaba del suelo, estaban solos, asidos de la mano y mirando el horizonte.

—¿Por qué has mentido por mí si sabes que yo infecté a Jason y no te lo confesé?

Los viejos árboles de alrededor parecían susurrar palabras incomprensibles al viento, que alborotaba el cabello del chico, quien vaciló un segundo.

—No lo sé. Yo...

—¿Es para saber mi secreto?

—Sí.

—¿Sólo te intereso por eso? —Miró a Teddy, quien unió su mirada a la de ella. La honda mirada de Berenice lo interrogó—. ¿Qué harás si no te gusta mi secreto o mi enfermedad? ¿Cómo puede alguien que teme enfrentarse a un simple chico como Jason no temerme a mí?

Teddy sintió un cosquilleo en el estómago. Luego apartó su mirada.

—Me gustas —confesó sonrojado—. Te dije que no te juzgaría por una enfermedad. Y mantengo mi palabra.

—Sube a la roca conmigo.

Estaban uno frente al otro. Berenice le sonrió y le estrechó ambas manos. Él experimentó de nuevo el insólito calor que recorría sus manos, aunque esta vez el calor se extendió hacia las muñecas y continuó hasta el codo.

—¿Qué es esto?

—No estoy enferma, Teddy. Estoy fuerte, sana.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, arqueando las cejas.

—Yo soy así, tal y como ves. Al menos hasta el punto más lejano de mi vida que puedo recordar, siempre he sido así. Decidí llamarlo enfermedad porque era la explicación mejor aceptada por las personas.

—Creo que no te entiendo.

—Lo sé. —Esbozó una cálida sonrisa y apretó levemente las manos del chico—. Al principio creía que todos morían. Hasta que supe de una niña pequeña que no había muerto con la infección.

Teddy abrió los ojos.

—¿Infectas a la gente? ¿Es eso lo que quieres decir?

—No, yo no lo hago.

—Acabas de decirme eso. ¿Por qué lo haces?

Berenice apartó su mirada, entrecerró sus ojos y murmuró:

—Oh, es tan difícil que entiendas esto.

—Explícalo mejor, entonces.

—Soy diferente a ti.

—Eso no hace falta que lo asegures —dijo con ironía.

—Diferente de todos vosotros.

Teddy experimentó un repentino salto en el corazón.

—Necesito algo que tienen los humanos para vivir —añadió, de pronto, con su mirada llena de agitación puesta en Teddy.

—¿Eh? —dijo él, y dio un paso atrás. Por un segundo se sintió amenazado.

—Por eso lo explico como si fuera una enfermedad, así es más fácil comprenderlo. Mi enfermedad necesita tomar frecuentemente una enzima que hay en los cuerpos humanos.

—Entiendo —dijo—. Bueno, no entiendo nada de enzimas. Pero creo que te refieres a un donante. Quizá el doctor pueda ayudarte.

—No lo creo, Teddy. Es un asunto mucho más complejo que tomar simples medicamentos. Necesito sacar esa enzima del cuerpo humano directamente. Y si no lo hago... en pocas semanas enfermo y muero.

—¿Estás bromeando? Me tomas el pelo, ¿verdad?

—Me temo que no, Teddy.

—Pero, entonces, esas víctimas...

—No sé por qué hay cuerpos que no lo soportan. Al principio pensaba que ninguno lo hacía, pero hubo una niña...

—Dios mío, tú has matado al señor Genderson. —Teddy soltó las manos de Berenice y saltó al terreno. Ella quedó sola encima de la roca, sin embargo, para Teddy ya no tenía el aspecto de una poderosa guerrera; más bien parecía una criatura amenazante. Entonces recordó las palabras de su tío Rusty: Hay muchas clases de monstruos. Aunque esa lección ya la aprenderás. Quizá antes de lo que crees.

—¡No!

—¿Por qué? —inquirió el chico.

—No, Teddy.

—¡Eres un monstruo! —replicó, dando otro paso atrás.

Berenice agachó la cabeza, sus ojos se hundieron y su rostro se ensombreció.

—Eso mismo dice Elena, mi madre. Pero no lo soy. Yo soy buena. No asesino a nadie. ¿Acaso podrías tú dejar de comer pescado y carne de animales que una vez estuvieron vivos? ¿Acaso podrías no comer y dejarte morir? ¿Qué puedo hacer? Dímelo. Hubo un tiempo en que probé con animales y plantas, pero no dio resultado.

—Yo... no sé... Berenice —dijo cabizbajo.

La chica descendió de la roca y se acercó.

—¿Me juzgarás ahora que sabes la verdad?

Teddy la miró. Su mirada palpitaba expectante. Era uno de esos momentos en que ella no parecía tan segura, como si el revelar su secreto la dejara expuesta.

—Supongo que no —dijo él finalmente.

Berenice cerró los ojos en agradecimiento y desvió su mirada a un lado.

—Si no quieres ser mi amigo lo respetaré.

—¿Quién eres? Quiero decir... ¿por qué eres así?

—No lo recuerdo. Recuerdo que era una niña pequeña que estaba sola.

—Vaya, suena terrible.

—Lo fue. Y lo sigo siendo. Pero me he acostumbrado a sobrevivir de esta manera.

—Nunca pensé que el secreto fuera algo así. Suena a peli de miedo.

—No es una película —aseguró ella.

—¿Que les pasa a las personas?

—No sé por qué enferman. Es como si algunos cuerpos fueran débiles y no lo soportasen.

—¿Algunos? Pero, ¿qué tienen que soportar?

—No lo sé tampoco. Nunca lo he visto. Hace muchos años tuve una hermana de mi edad y... creo que ella sobrevivió a la enfermedad de algún modo que desconozco. Nunca ha vuelto a pasar. Sospecho que se debe a la edad; los cuerpos jóvenes son más fuertes. Por eso selecciono a ancianos y a personas de más edad siempre que pueda evitarlo.

—¿Dónde está la niña que dices?

Berenice se acercó a la roca y se sentó.

—No lo sé. Escapé. Es una larga historia.

—Entonces, esos guantes, ¿qué pasa con ellos?

La chica contempló sus manos enguantadas en silencio.

—Mis manos son feas y las oculto para que nadie se asuste.

—Lo siento mucho —dijo, basculando de un lado a otro mientras atisbaba a su alrededor.

—Sólo quien es ahora mi padre sabe la verdad. Siempre la he ocultado a todos; he creído que era mejor así, porque las personas no aceptan las cosas que son diferentes, las temen y las odian. Elena me odia y dice que soy un monstruo sólo por ser diferente.

Teddy se aproximó hacia ella y se inclinó a su lado.

—Yo no te odio.

—Pensé que lo harías cuando te has alejado. Yo soy la que no te juzgaré. Si deseas volver a tu vida normal, puedes hacerlo, Teddy, si es lo que realmente quieres.

Se sentó junto a ella.

—Dime una cosa, ¿por qué mueren las personas con esas manchas rosas?

—Yo no las mato, si es eso lo que te preocupa. Tampoco voy a contagiarte nada, ni a hacerte ningún daño. Pero si no son eliminadas, pueden traer una epidemia, porque la enfermedad es muy contagiosa. Soy todo un fenómeno como ves. Por eso llevo los guantes. —Le mostró los guantes con las palmas abiertas.

—Vaya. No sé cómo debo tomarme todo esto —declaró y se puso en pie—. Es demasiado increíble.

—Me tienes miedo —advirtió ella—. Lo veo en tus ojos. Son muchos años viéndolo en todos los ojos, en todas las miradas. Estáis llenos de temor, de desconfianza, de desconsuelo. Habéis aprendido a encerraros en una coraza de acero. Reconozco que es un buen logro para un mundo como éste.

—¿Miedo? Un poco, imagino —reconoció—. Pero no soy yo el problema.

—Lo sé.

—Parker te encontrará, la policía de Silverston te encontrará, y te declararán culpable en el mejor de los casos. En el peor, te encerrarán en algún sitio para estudiarte. Lo veo en las películas, y mucha de la ficción de las películas está basada en el comportamiento humano.

—También lo sé.

—Había olvidado que lo sabes todo —dijo Teddy con una sonrisa de resignación.

—No sé quién soy —dijo, para sus adentros—. A veces me siento rara por no saberlo. Creo que casi todas las personas saben quiénes son, en un sentido básico al menos. Saben de dónde vienen y quiénes son sus padres. Yo no sé todo eso, he ido de una familia a otra sin sentirme próxima a ninguna. Henry es el primero que se comporta como un padre y me protege, hasta el punto donde él puede hacerlo. El resto debo hacerlo yo.

El chico escuchaba con atención. Cada palabra añadía una nueva incertidumbre al complejo carácter de Berenice, quien relataba abiertamente todo. Era como si siempre hubiera estado esperando a un amigo, o un hermano, para compartirlo.

—Es inquietante todo lo que me dices, pero gracias por contármelo. Veo que confías en mí.

—Debo decir lo mismo de ti. —Las miradas se cruzaron. Esta vez Teddy no vio galaxias en un fondo negro e infinito, pero advirtió la firme mirada de alguien que estaba dispuesta a ofrecer algo más que una amistad.

—¿Tu padre sabe todo? Bueno, Henry...

—Sabe lo que debe saber para hacer su papel como padre.

—Ah.

—Lo que quiero decir es que no hablo siempre con él. A veces me guardo mis sentimientos para mí. Es la costumbre aprendida en tantos años de solitaria supervivencia.

—¿Cuántos años? —preguntó.

—Tal vez demasiados. Ya caminaba por la tierra en los años veinte. En los locos años veinte. Extraños, singulares y llenos de sus propias alegrías. No recuerdo nada anterior a 1918.

—Joder, eres mayor. Qué digo, eres muy muy mayor.

—¿Es extraño verdad? —reconoció sonriente—. Aunque soy una chica joven. La enzima hace que mi cuerpo no envejezca tan de prisa. —Luego sonrió más ampliamente y añadió—: No creo que a tu madre le gustara demasiado esa palabra, ¿me equivoco?

—A ella no le gusta nada, sólo estar firme como un militar. —Teddy se puso en pie y parodió a un soldado con los hombros rectos, pecho fuera y mirada al frente—. Fiiiiirmes —añadió, haciendo el saludo militar al tiempo que chocaba el talón de sus zapatillas de deporte.

Eso hizo arrancar una sonora carcajada a Berenice. Teddy la acompañó en su risa. Era de las pocas veces que una chica de su edad reía con él, con esa expresión de libre sinceridad. Sobre todo era la primera vez que una chica lo valoraba tal y como era. Con sus gafas negras casi ocultando su cara atestada de granos.

La miró. La risa de ella era auténtica, no era un cumplido como la sonrisa de las mujeres que acompañaban a su madre. Su rostro reflejaba la alegría sincera e inocente de alguien que había aprendido a dejar de lado el dolor que la vida infunde a las cosas en ciertos momentos.

—Ahora que lo pienso, eres como los vampiros en las películas. Ellos beben sangre para alimentarse.

La cara de Berenice se contrajo de asco.

—Son cosas de las leyendas y el cine —repuso—. Yo no creo que pueda beber sangre, aj. Tiene que ser horrible.

Se sentó una vez más a su lado y la miró con expectación.

—¿Cómo puede ser que no te hagas vieja, dónde está el truco?

—No sé. Soy así de rara.

—No eres rara. Eres... ¿Diferente? ¿Misteriosa?

Los ojos de Berenice se entornaron al esbozar una radiante sonrisa.

—Peligrosa.

Teddy enmudeció.

—Oh, Berenice, has roto la buena armonía del momento.

Ella se puso en pie tirando de las manos de Teddy y lo desplazó con la suave danza de una bailarina por el terreno del claro.

—No he roto nada —le dijo, mientras bailaban transportados por el melódico rumor del viento. Cerraron los ojos y rieron en un nuevo comienzo para ambos, cada uno a su modo dejaba atrás viejas tristezas. Teddy se olvidó de su madre, de su soledad y del resto de pesares que le golpeaban en su etapa adolescente; el viejo mundo de los adultos no tenía cabida en aquellos momentos de sonrisas.

—¡Ninguno de los dos volverá a estar solo! —gritó Teddy entusiasmado—. Ya lo verás.

Berenice no contestó. Se limitó a llevarlo en el baile, con sus manos asidas a las del chico, como dos eslabones en una cadena.

7

Sophie Evans miró la cara sembrada de preocupación que tenía su madre sentada en la silla de ruedas. Hacía tiempo que la mujer dejó a un lado su imagen personal. Pese a que no le gustaba que se compadecieran de ella, parecía que la mayor compadecida era ella misma. Un raído pantalón gris junto a un fino suéter infundían a su madre el aspecto de alguien mucho mayor de lo que era en realidad. El pañuelo sobre la cabeza ocultaba un cabello una vez reluciente y dorado. Tenía las manos en el regazo mientras sus dedos retorcían un pañuelo húmedo.

—Otro accidente en la familia —gimió.

—Estoy bien, mamá.

—¿Cómo vas a estar bien en la cama de un hospital?

—Soy una chica que ha aprendido a ser dura, ¿recuerdas?

—Supongo que sí, hija. Pero eso no quita el susto terrible que me he

llevado cuando me han llamado por teléfono.

—Saldré en una semana

—Lo sé, lo sé. Y si no, serías capaz de salir tú misma por tus medios. Lo sé. Te conozco muy bien. Siempre fuiste muy tenaz.

—Pues ya está, mamá. —Miró a su madre, ensombrecida por los golpes de la vida, ahora recibía un nuevo palo, pensó Sophie. Aun así, con sus prioridades claras, le dijo—: Quiero descansar un poco. Tengo muchas cosas en la cabeza y debo ordenarlas.

—Lo sé, lo sé. Volveré mañana.

Cuando la puerta se cerró, Sophie lanzó un suspiro y entornó los ojos. Sabía que su madre odiaba los hospitales por muy acogedores que fuesen; eran el recuerdo de una dolencia, de una pérdida. Por eso pensó que sería bueno que no estuviera mucho tiempo por allí. Sophie podía apañárselas sin su ayuda.

En todo caso, deseaba que su equipo hablara con Teddy y le informase de todo inmediatamente.

Tras la ventana atisbó las tinieblas que se cernían sobre la ciudad. Antes de recibir la visita de su madre, había estado oyendo pasos por los pasillos, seguidos de murmullos, y puertas que se abrían para cerrarse minutos después. Sin embargo, no había vuelto a escuchar el aullido de Jason. Aún se preguntaba qué tipo de enfermedad acosaba al chico como para propinar semejante grito.

Entre suspiros de impaciencia se aseguró a sí misma que lo averiguaría, se infundió ánimos diciéndose que el precio pagado era bien poco; un accidente de tráfico sin aparentes secuelas era un bajo costo por saber qué estaba sucediendo en Silverston.

8

Momentos después, se encontraban sentados sobre la roca con la vista puesta en el horizonte dentado. La línea gris de cordilleras se unía al cielo en el atardecer.

—Observa qué hermoso —dijo de pronto Berenice.

—A tu lado todo tiene más intensidad.

—Qué dramático, Teddy Benson.

—Es la verdad.

—Lo sé.

A su compañía se les unió nuevamente el silencio, los envolvió mientras tenía lugar el punto álgido, donde el día chocaba con la noche en una confrontación de miles de colores que llenaban el firmamento salpicado de nubes de humo.

—¿Qué ves, Teddy?

—El atardecer.

—Mal.

—¿Por qué? —replicó.

—Lo que vemos es el tiempo en forma de días desaparecer de nuestra vida.

—¿Eh? —Teddy permaneció pasmado intentando asimilar lo que había dicho—. Vuelves a ser como una sabia.

—Apréndelo. Introduce esta verdad en tu mente y corazón, porque todo perece en este mundo. Aunque yo tarde más en envejecer, también lo haré. Nada dura para siempre. Aprovecha el momento, no dejes pasar las oportunidades y saborea todos los instantes que la vida se ofrezca.

—Lo haré —dijo el chico. Luego, con el corazón trotando en su pecho y sus mejillas tan coloradas como el cielo de fuego, agregó—: Junto a ti.

Berenice se volvió y lo miró.

—Tu vida será muy corta.

Teddy enmudeció. Quiso añadir algo para estar a la altura. Pero al recordar todo lo que sabía su tío Rusty de las mujeres y todas sus vivencias, enmudeció sin saber qué aportar. Berenice aún había vivido más que su tío, y cuando éste muriera, ella continuaría acumulando experiencias.

—Haremos que nuestra amistad sea duradera.

—Es un buen propósito para tu vida; un propósito digno de un buen chico —manifestó ella.

—¿Qué les pasa a los que no mueren con la enfermedad? —preguntó de pronto.

Berenice sin apartar su mirada del chico, entrecerró los ojos.

—No lo sé. Como te he contado antes, hubo una niña pequeña de mi edad que parece ser que no murió. Pero no sé dónde está ni qué fue de ella. Quizá sí que esté muerta. No puedo asegurarte nada sobre ese tema.

—Sería genial durar tanto como tú —murmuró Teddy.

—Lo que estás pensando es una locura.

—Lo era antes de conocerte, pero ahora ya nada lo es. Has cambiado las

reglas del juego.

El sol se ocultó tras las lejanas montañas y la oscuridad alcanzó a ambos cuerpos sentados sobre la roca. Sus miradas seguían unidas, como por el imán más fuerte. El chico creyó volver a vislumbrar los millones de fognazos que emitían los ojos de Berenice.

—¿Qué eres?

—Soy eso que viene detrás de ti ahora mismo.

Sorprendido, Teddy se volvió y miró la noche. Los árboles cercaban un bosque sepultado por sombras.

—No veo nada. Sólo la oscuridad. —Luego posó sus ojos de nuevo frente a los de Berenice, comprendiendo—. No tengo miedo.

Ella esbozó una sonrisa de expectante curiosidad.

—Mira por donde, tenemos un nuevo Teddy Benson, ¿eh?

—No. Lo que pasa es que tienes razón —dijo—. Me he perdido cosas por haberme echado atrás. Ahora siento que me he perdido algo, algo que los demás están disfrutando. Siento que sólo soy un chico solitario que no sabe cómo empezar a vivir. Y si me miro en el espejo no veo a alguien capaz de cambiar esto, creo que pocas chicas querrán estar conmigo. Luego apareces tú, con tu fuerte personalidad y... —Teddy calló dubitativo y, a continuación, asestó un golpe a la roca—. Y toda una belleza misteriosa que puede tener a quien quiera y vas conmigo, con alguien sencillo que no sabe ni cómo impresionar a una chica.

Berenice se irguió sobre la roca esta vez con la recobrada imagen de poderosa guerrera.

—A mí me impresiona el valor, la sinceridad, la amistad más allá de las palabras, aquella que es capaz de desobedecer a una madre, a un padre..., a todos. La belleza reside en eso y no en chicos como los que hablas. Esos chicos guapos que envidias son gente normal tras su banal sonrisa. En cambio, en ti veo que quieres arriesgar tu vida con mi enfermedad antes que ser uno más como ellos: se casarán con una chica a la que nunca conocerán del todo, trabajarán en trabajos que no les ayudarán en nada y morirán preguntándose qué es en verdad la vida. Y tú, un chico normal, según crees, has desafiado a la misma vida por alargar la tuya junto a mí. Todo esto es la belleza y el misterio de la vida. —Berenice guardó silencio. Un viento desconocido se abrió paso en torno a ella. Cogió a Teddy por su mano y lo alzó a su altura sin esfuerzo.

—Ha sido increíble. Pareces una guerrera —bromeó—. Eres increíble.

Berenice le silenció con un dedo en los labios, cuyo calor se extendió por la boca del chico. Los ojos de ella se abrieron inundados por un repentino fuego blanco. Su chaqueta negra aleteaba impulsada por el insólito viento que se deslizaba por entre las prendas. Su cabello, para sorpresa de Teddy, se alzó como un velo fantasmal, cada fino pelo centelleaba en un azul infinito.

—Recuerdo que querías besarme. Espero que tu cuerpo lo resista. Por segunda vez en mi vida deseo esto de una persona. —Dio un paso al frente ante la mirada vacilante de Teddy—. Ten aquí y ahora mi beso de vida. Mi amigo.

Los labios de Berenice empujaron los de Teddy, que experimentó la suave y húmeda presión. De forma instintiva cerró los ojos y se dejó llevar por el sabor insólitamente salado de sus labios. En un principio fue ella quien dirigió el juego; luego Teddy, empujado por una irrefrenable sensualidad, hizo suya a la chica que tenía frente a sí con sus brazos temblorosos. La rodeó con fuerza, deseo y todas las emociones que había reprimido en su corta vida. Giraron y giraron, unidos en un único cuerpo sobre la roca, como una diminuta figura de bailarines.

Teddy escuchó aullar al viento en torno a ellos, los cientos de árboles que formaban el bosque se mecieron en la salvaje aprobación de la naturaleza. También pudo oír los estallidos de supernovas que morían como lo hacía una parte dentro de él.

Sus labios continuaron buscando el molde perfecto del cual saborear las extrañas vibraciones que emanaban de Berenice, cuyo cuerpo emitía descargas eléctricas. Teddy sintió que su peso decrecía perdiendo solidez y, por un instante, creyó flotar.

A medida que su primer beso se prolongaba, la noche los cubrió con su velo de estrellas; la luna centelleaba a modo de repetidos guiños.

Capítulo 12

1

La estática resonó en la transmisión cuando Parker optó por responder a la llamada de su jefe. Había estado a punto de actuar del mismo modo irresponsable que en Chicago, en su caso más notable. Por esta vez y aunque tenía entre manos nuevas pistas del viejo caso, decidió obrar de manera diferente.

—Sí, las nuevas pruebas conducen sin duda a una jovencita y su familia. Hace unos minutos que he hablado con la mujer y es todo un alarde de indiferencia. Será mejor hablar con esa muchacha, Forest.

—Está bien. Te dejo al cargo de ese punto.

Parker dibujó una fina sonrisa de satisfacción.

—Gracias. En cuanto pueda interrogarla te lo haré saber.

—Mientras, yo tengo entre manos otro cuerpo. Esta vez le ha tocado el turno a un tipo llamado Norman. Por lo visto, amigo del hombre que perdió su hijo a manos de nuestro asesino. Te quiero aquí de vuelta para contármelo todo en persona.

—De acuerdo. —Parker cortó la conexión y asió con fuerza el volante con la ávida sonrisa todavía en su cara. No comprendía de qué modo podía encajar una cría de unos dieciséis años en el caso, pero se dijo que pronto lo sabría.

Sin embargo, el nuevo cuerpo encontrado no era de su incumbencia; tenía a los primeros sospechosos todos reunidos como una buena familia en la casa de la calle Boulder Street. Eso y sólo eso era lo que había deseado desde que Spencer murió ahorcado en la celda, dejando tras de sí uno de los casos más insólitos.

Una idea cruzó por su cabeza al detenerse ante el disco rojo de un semáforo. Nick vigilaba lo relacionado con Jason Cross; Forers y Andy estaban con los cuerpos. Pero él había perdido mucho tiempo entre interrogatorios, era el momento de ir directo al grano. Si sabía dónde vivían los sospechosos, ¿por qué buscar en otro lugar?

Su absurda sonrisa se ensanchó al mismo tiempo que el disco centelleó en

verde. La estampida de vehículos que usaba Jinter Avenue para regresar después de una dura jornada, pasó delante de Parker como una pesadilla difusa de otro mundo. Él viró en el siguiente cruce. Los dedos repiqueteaban ansiosos en el volante. Desvió la mirada hacia el asiento del acompañante y recordó la otra noche cuando había allí una lata de cerveza dispuesta a ser engullida de un trago; ahora más que nunca necesitaba ese maldito trago revitalizador. Se resignó con su garganta seca cuando vio salir de un supermercado a un tipo que sostenía el peso de dos paquetes de latas de cerveza.

En el horizonte, la cresta de las montañas ocultaba parte del círculo del sol. Al otro lado del firmamento, la negrura iba devorando la luz y Parker, a toda velocidad por la carretera, parecía estar huyendo de dicho destino, desconocedor de que su nuevo rumbo lo conducía directamente a la mayor oscuridad de todas: la que brota de una conciencia anulada por el amor a una hija.

Las farolas se encendieron, derramando charcos de luz a medida que Parker enfilaba la calle. Estacionó en la paralela con Boulder Street, en Poison Street, donde Bárbara Jones encendía las luces de su comedor, con el recuerdo de la comida quemada; su cocina lucía una mancha tiznada que recorría la parte baja del alféizar de la ventana.

Se apeó del coche sin reparar en nada que no fuera su principal objetivo. Sin embargo, los curiosos vecinos alterados por la suma de muertes, escrutaban desde sus casas en silencio. Caminó despacio por la acera hasta la esquina con Point Street, cuyo mayor atractivo residía en las repetitivas viviendas que flanqueaban la calle. Esperaría a que la niña a la que todos temían llegara a casa. Todos menos Teddy, rectificó para sí mismo mientras cruzaba de acera y se dirigía calle arriba, hacia la casa que albergaba los primeros sospechosos.

Al cabo de unos minutos, divisó a lo lejos dos figuras que avanzaban despacio. Reconoció el modo de caminar de Teddy, siempre dubitativo; pero esa vez era diferente, porque una chica lo sostenía de la cintura. Parker evocó su incursión en la noche, cuando los había visto junto a la casa de la señora Benson. Era ella una vez más, pensó, por lo visto era cierto, tenía una amiga. Se encaminaron a la portezuela de la valla, entraron al jardín y se despidieron en el porche con un largo beso.

Joder, menudo cambio, chico.

La boca de Parker dibujó un círculo en gesto de sorpresa. Luego Teddy

entró en casa. Ella se volvió y permaneció bajo el techado del porche. La fantasmal luz de la luna bosquejaba su rostro, y Parker advirtió que lo miraba a él, directamente, sin parpadear. Sintió un repentino nudo en la garganta que no logró deshacer con el trago de saliva. Miró a ambos lados de la calle. Se encontraba a solas con una chica a la que todos temían.

Menudas estupideces.

Tenía ante sí a la muchacha con quien deseaba mantener una conversación. Ken Parker cruzó la calle. Ella comenzó a descender los escalones del porche sin apartar la mirada y con ambas manos cruzadas a la espalda. Cuando estuvieron frente a frente, separados únicamente por la valla de estacas de la casa de los Benson, la chica murmuró:

—¿Y bien?

—Veo que eres la amiga de Teddy Benson.

—Ve usted bien. Hombre privilegiado en estos tiempos de ciegos.

—¿Perdón? —Retrocedió un paso. Trató de serenarse—. Soy policía y me gustaría hacerte unas preguntas. —De repente se sintió como si la escena ya hubiera tenido lugar tiempo antes. En otra ciudad.

Ella esbozó una sonrisa radiante.

—Lo sé. Pregunte usted, señor agente.

Con su bloc en mano, como era costumbre en Parker, dijo:

—¿Tuviste un encuentro violento con Jason Cross?

La chica no rompió el silencio tras las palabras. Miró a un lado y luego volvió su vista hacia Parker.

—¿Por qué pregunta algo cuya respuesta ya conoce? —inquirió ante un sorprendido Parker—. Avance en su investigación, señor agente. El hilo de casualidades que le ha traído hasta mí debe haber sido alguno de los muchachos que acompañaban ese día a Jason Cross.

—Reconozco tu buena deducción, y acepto eso como un sí a mi pregunta.

Berenice asintió complaciente con un gesto de reverencia burlona.

Intentó escudriñar mejor las facciones de la muchacha; las luces de las farolas que bañaban la acera estaban lejos y Parker no lograba percibir los matices de su cara. Experimentaba, sin embargo, la extraña sensación de conocerla.

Es imposible. Sólo es una cría.

—Parece que algunos chicos de tu edad te tienen miedo, ¿puedo preguntarte el porqué?

Berenice sonrió.

—Debe preguntarles a quienes dicen tenerme miedo, ¿no cree? Yo no puedo responder por ellos. No necesitan temerme.

—En los pocos minutos que llevo contigo he notado que tu comportamiento es muy peculiar.

—¿Acaso es eso un delito, señor agente? —le preguntó con un tono mordaz.

—No, por supuesto que no. Pero no dejo de ver también tu burla a mi persona, aunque lo dejaré pasar por esta vez. Me preocupan cuestiones más importantes —declaró con firmeza—. Te informo que Jason lleva ingresado en el hospital más de una semana.

Advirtió que el semblante de la chica cambiaba a uno menos reticente.

—No puede ser —anunció con voz sorprendida.

Parker, sin entender por qué, decidió mantener la distancia, y se preguntó cómo una joven era capaz de emitir sensaciones tan amenazadoras, con la semejanza de manos invisibles que le despojaban de toda su ropa y lo dejasen desnudo; igual que una inquietud dentro del pecho que no dejaba de palpitar.

—Pues lo es —indicó el policía. A continuación advirtió que en la cara de ella asomaban unas facciones de ferocidad.

—Debo marcharme, siento interrumpir la conversación. La aplazaremos para otro momento, si quiere.

La mirada de Parker delató su sorpresa cuando finalmente entendió que no era descarada y maleducada, era algo diferente; tomaba decisiones basadas en su superioridad, como un general frente a un soldado raso, o un empresario ante sus empleados.

¿Qué tonterías estoy pensando, joder?

—Todavía no hemos terminado, jovencita.

Berenice, sin contestar, se volvió y caminó hasta la portezuela del jardín, la abrió y avanzó por la acera en dirección a la casa de al lado.

—¡Espera! —le ordenó, guardando el bloc en el bolsillo. En dos zancadas la alcanzó y la aferró por el hombro. Entonces sintió el calor recorrer su mano—. ¿Qué diablos...?

La chica se giró y sacudió su hombro. Parker se observó su mano con incredulidad a medida que mitigaba el calor.

—No vuelva a tocarme. —Berenice le dirigió una mirada comprensiva—. Me cae usted bien. Sé que tiene dos hijas y eso lo convierte en padre y eso parece algo bueno. Pero no vuelva a tocarme, se lo advierto. —Continuó su camino y dos pasos más adelante se volvió de nuevo hacia el policía—.

También sé que no fue su intención disparar a Brandon, aquella noche en el callejón. Quiero que sepa que está usted perdonado.

Parker la vio desaparecer por el jardín de la casa. Luego fue sacudido por un millar de pensamientos que colapsaron su mente.

Sólo uno pareció tener sentido.

Necesito una cerveza.

2

El nuevo grito desgarrado que brotó de la garganta de Jason Cross, irrumpió en los pasillos del centro médico como el estampido de un trueno. Sophie abrió los ojos y comprendió enseguida que no era una pesadilla. Había sonado tan cerca que aún experimentaba dolor en los oídos. Al otro lado de la puerta, el personal del centro se apresuraba por llegar hasta el lugar del que procedió el aullido. Así fue como ella supo que Jason estaba en la misma planta. Los pasos se alejaban en la distancia entre frases: rápido, es el joven de antes, al fondo del pasillo; apresúrense; llamen al doctor.

Se agitó en la cama de impotencia por no poder salir y ver con sus propios ojos lo que ocurría. El estar ahí postrada comenzaba a cobrarse su precio.

Contuvo el aliento al oír una camilla rodar por el pasillo.

—¡Rápido! —urgió una voz masculina desde el fondo del pasillo.

Sophie golpeó la cama con los brazos. El que el Doctor Anderson le dijera que estaba bien y que en unos días podría levantarse, no le bastaba en ese momento. De hecho era el instante el justo en que necesitaba levantarse y andar.

3

Henry Hughes estaba sentado en el sillón del comedor, contemplando las fotos realizadas durante los viajes. Sostenía una en que aparecían Berenice y Elena sobre un caballo de hierro situado en el centro de un parque en California. En aquella época Henry conocía casi todas las extrañas particularidades del comportamiento de Berenice. Lanzó un suspiro al tiempo que entrecerraba los ojos. Tomó un sorbo del té que había en la mesa.

Luego oyó el estrepitoso sonido de la puerta al cerrarse. Tuvo la impresión de que la casa se mecía. Al alzar la vista de otra foto donde aparecía Berenice con una sonrisa angelical, reparó en la presencia real de ella bajo el marco de la puerta del comedor.

—¿Por qué está vivo Jason Cross? —inquirió.

Observó con amargura la notable diferencia de rasgos de la niña de la foto a la Berenice que se mostraba ante él, con sus facciones contraídas y las comisuras de los labios caídas como un animal enfurecido. Cada ojo abierto lo rodeaba un brillante círculo azulado. En silencio, el hombre dio buena cuenta del vestuario que lucía. Estaba convencido de que el cambio se debía al nuevo amigo.

—¿Quién?

—El muchacho del que defendí a Teddy Benson.

—Ah, sí. Recuerdo. Elena me ha comentado todo el asunto.

—¿Y bien?

—Tal vez sea buena idea dejar Silverston.

—¡No! —replicó—. No es una buena idea. Jason no puede sobrevivir a la enfermedad. Nunca pensé que pudiera. —Caminó despacio y se acercó a Henry—. Debería estar muerto como todos los infectados, si no causará un mal mayor y no queremos eso.

—Me encargaré del asunto. Sin embargo, veo conveniente marcharnos de esta ciudad. Tenemos a la policía en los talones.

Berenice se alejó de nuevo y permaneció en el centro del comedor sin decir nada.

—Tengo un nuevo amigo —murmuró de pronto.

—Lo sé.

—No. No sabes nada. Somos amigos verdaderos.

—Me parece bien que tengas amigos, es lo adecuado. Pero estamos en un aprieto. Ese policía sospecha de nosotros. Elena... bueno, Elena no ha tenido el suficiente tacto durante la conversación con él. —Henry depositó con cuidado las fotos en el sillón después de levantarse. Luego se acercó a su hija

y, un segundo antes de abrazarla, a escasos centímetros del cuerpo, cerró sus manos en puños de impotencia—. Ni siquiera puedo abrazar a mi hija. ¿Cómo se puede sobrevivir a este dolor de padre?

Berenice se volvió.

—Oh, Henry —gimió, y luego lo abrazó con sus manos enguantadas.

El hombre la rodeó y acarició la chaqueta de cuero negro que lucía. Sintió el calor que emitían las manos. El calor de la muerte, pensó.

—Debemos irnos. Sé que no me obedecerás y decidirás lo que más te convenga, pero irse de Silverston es lo correcto.

Cuando Berenice le miró a los ojos, Henry advirtió el centelleo lacrimal en sus ojos.

—No puedo dejar a Teddy. Me necesita ahora más que nunca. Debo permanecer a su lado.

—Tiene a su madre, recuerda eso siempre.

—Ella no comprende. Él es ahora mi amigo por largo tiempo.

Henry trató de adivinar el significado de las palabras, no obstante, halló la respuesta en la mirada de Berenice.

—¿Qué le ocurre? ¿Qué ha pasado? —preguntó con la voz atestada por una creciente ansiedad.

—Nos hemos besado. Hemos bailado. Hemos vivido, Henry. —Las palabras emergieron de la boca con la armonía de un poeta que recita sus versos.

Los ojos del hombre se abrieron sobrecogidos por un temor ya conocido.

—Morirá. ¿Cómo te atreves a poner en peligro la vida de ese muchacho? —dijo mientras la aferraba de los hombros y la zarandeaba—. Si nos cogen se acabó todo. Ese policía volverá.

—Suéltame —ordenó con firmeza. Su ceño se frunció como una criatura que distaba de tener las suaves facciones de una chica. Tras el brusco movimiento, el cabello le cubrió un lado del rostro, cuya piel se secó y agrietó de pronto como un terreno reseco por falta de lluvia.

Se alejó de Henry a paso apresurado. Al llegar a la puerta se giró y le dijo:

—Jamás nos cogerán. Y no todos mueren. ¿Ya no recuerdas lo que te conté cuando vivía con la familia Peeters? Johana sobrevivió. Él también lo hará. Pero quien no debe sobrevivir es Jason. Es un joven estúpido que podría extender una epidemia.

—Hace ya mucho tiempo de aquello, a la niña podría haberle pasado de todo. Tú misma dices que no conoces bien qué ocurre y por qué quedan infectados.

Berenice le dio la espalda.

—Conoceré el amor —susurró—. Encárgate de Jason o lo haré yo. No te preocupes por el policía, ya he hablado con él. Es Ken Parker, persiguió al violador de Brandon hace años.

Advirtió el descenso en la voz de Berenice cuando mencionó el nombre de su anterior amigo.

4

Thomas Anderson se encontraba frente al monitor de un terminal, que lo conectaba con la base de datos de los hospitales más importantes diseminados por todo el país. Días después de mandar el fax a la comisaría no dejó de reflexionar en lo extraño y desconcertante de la enfermedad. En su extensa carrera profesional nunca había visto un agente infeccioso capaz de evitar el acortamiento en los telómeros. Pensó que debía de existir información valiosa reunida en los diferentes centros de médicos y de carácter científico. Los primeros intentos por hallar algo relacionado con la enfermedad fueron negativos, con la inevitable sensación de vacío que aquello le produjo. Sólo fue capaz de encontrar varias tesis doctorales e hipótesis de escasa utilidad. Sin embargo, ese martes finalmente se topó con un hecho insólito acaecido en el hospital de Atlanta poco tiempo antes.

Una paciente de dieciséis años fue ingresada con el nombre de Berenice Hughes. Un rutinario análisis de sangre reveló el extraño comportamiento celular de la paciente. El informe citaba textualmente que las células parecían estar sufriendo un envejecimiento acelerado.

Durante las semanas que estuvo ingresada, murieron dos pacientes en estado comatoso. La niña desapareció la noche del 15 de mayo de 1996. Y, tras el resultado fallido por encontrar a los padres para el interrogatorio, se sospechó que fueron ellos quienes la sacaron del hospital sin la debida autorización del médico asignado. Actualmente el caso estaba en manos de la policía de Atlanta.

Alentado por el hallazgo, Anderson acompañó con café bien cargado la lectura de los recortes de los viejos periódicos fotocopiados durante su visita a la biblioteca de Moultrie.

Bajo la luz amarilla de su despacho en el centro médico, sostenía un

recorte que contenía decenas de casos acerca de cuerpos que presentaban las mismas manchas rosadas. Frunció el entrecejo cuando advirtió que parte de ellos pertenecían a Chicago entre 1986 y 1996, salvo excepciones sucedidas en diferentes partes del país. Un titular citaba: **Varios cuerpos son encontrados con manchas rosas en la piel.** Uno más: **Aparece un profesor muerto en una escuela privada.** Otro decía: **Un poblado de Missouri es arrasado aparentemente por una enfermedad desconocida.** Pero el titular que más llamó la atención del doctor, rezaba: **Un vecino asegura que una niña desnuda deambula por los alrededores de Leasburg.**

—Hummm... ¿Una niña? —murmuró.

Luego pasó a leer con atención la noticia.

Un vecino de la pequeña comunidad de Leasburg declara que la niña camina desnuda por los alrededores momentos antes de que ocurra un contagio. El hombre, aferrando su biblia, añade que es un monstruo enviado por Dios para destruirnos, porque nuestros pecados han alcanzado las puertas del cielo.

—Hummm...

Thomas dejó el recorte sobre la mesa con aire cansado y se recostó en el sillón. Bebió del frío café y negó con la cabeza. No era posible. Una niña.

—Qué sandez —se dijo—. Sin embargo...

Según sus investigaciones el virus era capaz de asimilarse en un huésped muy joven. Una niña era sin duda el lugar perfecto, pensó.

Abrió el primer cajón y sacó la impresión del recorte de un periódico anterior a 1970. Había tenido que hacer uso del reproductor de microfilmes de la biblioteca de Moultrie para hallar la inquietante noticia. Decía que una joven de unos veinte años, con el vestuario de los años veinte, destacaba por su talento en el piano. Tocaba en los locales más concurridos de las noches de Boston. Lo que llamó de manera especial la atención de Thomas, fue el comentario de algunos hombres de edad avanzada que frecuentaban el local. «Se parece mucho a la chica que tocaba el piano aquí hace unos quince años. Cuanto más la miro más creo que es ella. Pero debo de estar perdiendo visión, porque es imposible. La artista de la que hablo, evidentemente, ya no es tan joven. A decir verdad no sé qué fue de ella.»

Thomas contempló la fotografía junto a la noticia con sumo interés. Una joven con el pelo recortado a la moda flapper lucía un sombrero blanco de

cloché. Pese a la escasa calidad de la foto, supo apreciar los finos rasgos característicos de aquella década.

—Impresionante.

Se llamó loco a sí mismo al prestar atención al interrogante que cruzaba por su cabeza. ¿Personas que retrasaban su envejecimiento?

Abrió otro cajón de la mesa de escritorio y sacó varios recortes de revistas de los nuevos descubrimientos en medicina. Los científicos más osados especulaban con revertir el proceso de senescencia incrementando de forma artificial la cantidad de telomerasa en nuestras células. En cualquier caso, las teorías quedaban descartadas, porque el inapropiado intento por manipular la telomerasa hacía proliferar en el paciente tumores cancerígenos.

Thomas recordaba, por los análisis del agente patógeno, que las espículas del caparazón del virus eran altamente cambiantes, lo que suponía una batalla terrible en la búsqueda de una vacuna. En caso de hallarla, pronto sería inservible ante la constante mutación del virus.

—Como si no quisiera ser destruido —murmuró.

Por dicho motivo, el CDC enviaba en los próximos días a un médico cualificado, aunque esa palabra hizo reír a Thomas. Lo que revelaban los análisis era descabellado.

Creerán que mis pruebas son erróneas, pensó.

Volvió a mirar la foto de la joven pianista y el informe médico del hospital de Atlanta, y se preguntó si eran la misma persona. ¿Por qué una joven pianista usaba vestuario de los años veinte?

5

Tras el portazo de Berenice, la casa se sumergió en un denso silencio. Henry volvió la vista a las fotos que dormitaban sobre el sillón, y se preguntó qué pasaría ahora. Si su hija había puesto en peligro la vida de un muchacho contagiándole...

La presencia de Elena irrumpió en el comedor con uno de sus acostumbrados cigarrillos en los dedos mientras expulsaba bocanadas de humo.

—¿Qué está pasado esta vez?

Henry cabizbajo dijo:

—No lo sé.

Elena esbozó una agria sonrisa de reproche.

—Excelente, ya estás como yo. Ella siempre decide, te lo recuerdo por si lo habías olvidado. Es un monstruo. Debí abandonarla aquella noche en el hospital de Atlanta. O mejor aún, debí haberla matado en ese estado de debilidad —dijo con voz apagada. Luego miró fijamente a Henry—. Veo que ya no replicas.

—Ella es buena pese a su comportamiento. Nunca ha tenido a nadie que la encaminara.

—Aún buscas excusar su comportamiento. Esa cosa es un peligro para todos y podemos dar gracias que todavía no nos hayan cogido, pero lo harán tarde o temprano. —Elena miró el consumido cigarrillo—. Maldita sea, necesito otro cigarro para soportar lo que se nos viene encima. —Dirigió a Henry una mirada inquisidora y le dijo—: Si ese vecino está contagiado y vive, ¿qué pasará, Henry?

—No lo sé, Elena. Quizá nada... tal vez todo.

Se acercó a la mesa y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Dime, Henry, ¿por qué la ayudamos?

—No la ayudamos. No nos necesita. —Su voz era apenas un susurro imperceptible.

Guardó silencio ante la respuesta de Henry.

—¿Entonces? —inquirió.

—No tiene a nadie, ¿acaso no lo ves? Merece una oportunidad.

—Has perdido la cabeza —replicó ella—. Estamos matando personas inocentes.

—No creo que puedas entenderlo. He acabado cogiéndole cariño. Tú nunca te has acercado a ella tanto como yo. Deberías hacerlo. Sé que aprecia a ese chico, el vecino, y sé que hará lo correcto.

—¡Pero estamos matando gente! No puedo soportarlo más, maldita sea.

—Pues fuma uno de tus cigarrillos.

—Es verdad, no consigo entenderte, Henry. —Luego le lanzó una mirada cargada de ironía maliciosa—. Imagino que ahora ya no nos marchamos de Silverston, ¿verdad?

—Esperaremos unos días.

Elena escupió una sonora carcajada y salió del comedor. Henry la vio desaparecer con su sombra alargándose por el pasillo. Después permaneció un rato más de pie junto a la mesa. Se acarició el costado del vientre donde la

úlceras aulló intensamente. Cerró los ojos con fuerza cuando en su mente aparecieron las palabras de Elena: estamos matando gente.

¿Cómo era capaz de decir eso si ella había dejado de lado todo el asunto desde que llegaron a Silverston? Abrió los ojos y miró sus manos sintiendo un escalofrío. Casi había perdido la cuenta de las vidas que había robado; sin embargo, ¿a cuántas había salvado de una epidemia? Y, por otro lado, se equivocaba, porque Berenice sí le necesitaba; necesitaba una familia y una oportunidad. Él la había adoptado y debía cumplir con su papel de padre.

Al igual que su mujer, también se preguntó qué sucedería a partir de ahora en el afán de Berenice por encontrar el amor.

Libro 2

Berenice

Capítulo 13

1

Hospital de Atlanta, 2 de mayo de 1996.

Los constantes pitidos del electrocardiograma alcanzaron los oídos de Berenice. En su estado de somnolencia los percibía como murmullos del pasado, que intentaban abrirse camino por sus recuerdos anulados, a los que ella no podía llegar de cualquier otro modo. Era en ese momento cuando casualmente advertía las voces que la llamaban desde la penumbra de los sueños.

Berenice...

Berenice...

Berenice...

Escuchaba aquellas voces recurrentes desde que despertó muchas décadas antes al este de Francia en septiembre de 1918, entre el lamento de los afectados por la llamada Gripe Española que, por entonces, ya se cobraba más víctimas que la guerra. Deambulaba desnuda por las calles flanqueadas por los muros supervivientes a los bombardeos de los aviones alemanes. Brazos salpicados de sangre asomaban de entre los escombros arrinconados en las esquinas. Mujeres corrían despavoridas en dirección contraria a la que se encaminaba Berenice; algunas traían niños pequeños en los brazos, con las caras manchadas de hollín. Una anciana con el vestido rasgado y las manos mugrientas se detuvo delante de ella y le gritó algo en francés. La cogió por las muñecas, aunque las soltó al experimentar el extraño calor que desprendían. Vociferó algo ininteligible y desapareció calle abajo sin dejar de señalarla.

Berenice continuó desnuda rumbo al oeste por caminos pedregosos. Durante la noche el frío azotaba levemente su cuerpo; sin embargo, lo sentía sólo como una caricia. Estaba aturdida y sin comprender qué hacía sola en

aquel lugar. El cielo era atravesado por aviones alemanes y los campos eran ciénagas sembradas por los caídos en combate. Vio desaparecer el sol varias veces y ser sustituido por una nueva esfera que la acompañaba con su pálida luz. En ciertas ocasiones se preguntó qué les sucedía a sus manos, que estaban cubiertas de piel color plomizo y eran extremadamente delgadas, de hecho, los dedos eran largos y huesudos. En cambio las uñas tenían la dureza del acero.

Una noche escuchó los alaridos procedentes de una casa situada en la cresta de una colina. Se encaminó hacia allí y desde la ventana vio a tres soldados que se turnaban para abusar de una mujer. La arrojaron al suelo entre risas embriagadas. La golpearon en el vientre y después continuaron embistiéndola como simples animales.

Observó que las manos de la mujer eran diferentes a las suyas. Eran delicadas pese a poseer las señales del trabajo en el campo. Mientras se miraba sus extrañas manos no reparó en que un soldado la vio tras la ventana. Dijo algo a sus camaradas y se volvieron. Berenice miró a la mujer tumbada en el suelo, presionándose el lugar de los golpes. A su derecha escuchó la puerta abrirse. Apareció uno de los soldados tambaleándose, aún sostenía una botella cuyo interior se mecía a cada paso que daba. No entendía lo que el hombre le indicaba cuando le sonrió con deseo. Se paró en seco, y su rostro mostró una mueca de desagrado al ver las manos de Berenice, quien las escondió a la espalda. El soldado anunció algo al resto, y salieron al frío exterior, expectantes; uno se subía los pantalones.

La mujer se alzó con sumo esfuerzo, propinando gemidos de dolor. Después de aferrar un cuchillo, se acercó a la ventana y, con la voz cargada de desesperación, les gritó a los soldados algo a la vez que les amenazaba con el cuchillo. Fue entonces cuando Berenice conoció el miedo en los ojos de los demás. La mujer con el rostro perlado de sudor salió de la casa. Sus ojos desorbitados no impidieron que un soldado ya la esperase con la pistola desenfundada. Le disparó y, ante la mirada de atención de Berenice, la mujer se desplomó en el umbral de la puerta.

Otro soldado escupió una sonora carcajada mientras volvía la vista hacia Berenice. Todos la miraron enmudecidos. El que sostenía la botella dio un largo trago y se limpió el mentón con el dorso de la mano. Después dio un paso al frente. Los otros dos soldados quedaron en silencio al no percibir miedo en la niña. Uno se encogió de hombros y tomó la iniciativa. Agarró a Berenice con la intención de llevarla dentro de la casa. El tercer soldado

atisbó por encima del hombro colina abajo, para cerciorarse de que nadie rondaba cerca.

El soldado que la había cogido del hombro despegó las manos enseguida, experimentando una fuerte quemazón en las yemas de los dedos. Miró boquiabierto al resto de compañeros y les murmuró algo. Berenice le asestó una patada en la pantorrilla. El soldado se volvió con un grito, y se topó con la nueva expresión en el rostro de la niña. Los ojos desprendían un extraño fulgor blanco. El soldado sorprendido palpó la funda en busca del arma, pero cuando apuntó al frente, Berenice había desaparecido. Apretó el gatillo varias veces, levantando astillas en la madera de la casa. Los soldados se giraron inquietos, buscándola. De pronto, el frío les golpeó con más fuerza.

Berenice se hallaba encaramada a la rama de un árbol junto a la casa. El denso follaje la ocultaba. Les escudriñó en la distancia, eran pequeñas siluetas asustadizas que giraban y giraban preguntándose si lo que habían visto era producto del alcohol. Desde lo alto del árbol no parecían amenazadores. No entendió por qué la mujer mostró aquella expresión de miedo. En verdad los soldados no infundían ningún temor. Se dijo a sí misma que era capaz de saltar desde la rama sobre sus cabezas y separarlas de los hombros.

No obstante, no sintió ese deseo.

Al cabo de unos minutos, el grupo de alemanes se alejó por el sendero que serpenteaba la colina.

Berenice descendió del árbol con un salto que amortiguó con la flexión de rodillas. Seguidamente se irguió despacio, contemplando la casa en silencio. Cuando entró, sufrió la sacudida del hedor de la muerte procedente de la planta superior. Ascendió la escalera y cruzó la puerta del dormitorio. Sobre la cama había un hombre con el uniforme de infantería francés. Oyó el gimoteo de un animal. Rodeó la cama. Al pie había un cesto de mimbre que contenía un cachorro marrón.

Los ojos de ella se abrieron de expectación. El cachorro le devolvió una mirada de calurosa bienvenida. Se sentó junto al cesto y tocó el borde retorcido del mimbre. Advirtió que el perrito husmeaba sus manos a varios centímetros; receloso, se alejó al extremo opuesto del cesto, lo que arrancó un sentimiento de tristeza y rechazo en Berenice. Ocultó las manos de la mirada del perro, y éste pronto comenzó a corretear animoso. Con un esfuerzo que la hizo sonreír, el cachorro saltó fuera del cesto.

Se levantó y recorrió la casa en busca de algo con que cubrir las manos. En

uno de los cajones halló un par de guantes holgados que resultarían útiles. Cuando cubrió su piel plomiza, percibió cómo un insólito calor se extendía por la tela marrón.

Abandonó la casa seguida por el cachorro. Juntos dejaron atrás una ciudad envuelta por el sonido de los morteros.

Al día siguiente, divisó a los lejos un pelotón de soldados que marchaban por un sendero arenoso hacia la ciudad en conflicto. Tras la experiencia con los soldados en la casa, decidió esconderse subiéndose a uno de los árboles que flanqueaban el camino. En otras ocasiones se aventuró entre los campos de cultivo para eludir ser vista. Aprendió que el miedo del que estaban llenas las personas podía empujarles a atacarla.

La noche que sintió su extraña hambre manifestarse llegó. Se encontraba tumbada encima de una roca plana, en compañía del cachorro al que finalmente había decidido llamar Larsie. Ensimismada y con la vista fija en las estrellas, meditaba sobre por qué no conseguía recordar nada anterior al día en que había despertado rodeada de gritos. Por más empeño que pusiera en hacerlo nada aparecía en su memoria.

Volvió su cabeza. Su primer amigo yacía junto a ella con el hocico apoyado sobre las piernas delanteras. Gimoteó. Berenice le acarició el lomo con su mano enguantada. El animal agitó el rabo, agradecido.

La pasada noche tuvo la oportunidad de detenerse en otra casa. En ésta, a diferencia del anterior encontronazo con los soldados, se ocultó tras la ventana de la habitación de una niña como ella. Vio entrar a una madre que la cubría con la colcha y luego le aplicaba un cariñoso beso de buenas noches. La madre se despidió con una sonrisa antes de cerrar la puerta. Berenice se preguntó dónde se hallaba su madre. ¿Por qué a ella nadie la arropaba al terminar el día? En aquel momento comprendió qué era el frío; el frío de no sentir a alguien a su lado que le sonriera como aquella mujer lo hizo con la niña.

Ahora, tumbada encima de la roca en silencio, recibió la compañía del cachorro con gratitud.

Sin embargo, sus sentimientos desaparecieron en cuanto sintió un dolor punzante en el vientre. Se encogió en posición fetal impulsada por el fuerte dolor, en un acto reflejo.

El animalillo se irguió y retrocedió asustado.

La mente de Berenice se llenó de imágenes de personas corriendo por las calles, huyendo de la gripe. También evocó decenas de hombres tumbados en

camas mientras la observaban con ojos febriles y piel plomiza.

Sufrió varias arcadas y pensó si no estaba cayendo enferma como las personas de su visión. Entonces la piel comenzó a expulsar gotas relucientes que corrían por todo su cuerpo; pero advirtió que no era sudor. El perro se alejó propinando leves ladridos cuando los ojos de Berenice se encendieron como dos esferas luminosas. El sucio cabello se encrespó en millones de fibras electrificadas; sus extremos emitían diminutos destellos a la oscuridad. Con todo, lo que percibía con mayor intensidad eran los dolores dentro del vientre; no sentía el vacío del hambre común, sino un dolor interno igual a millones de agujas arañando sus intestinos.

Se retorció sobre la roca; luego rodó a un lado y a otro salpicando todo de gotas brillantes.

—¡Qué me pasa! —rugió.

Sus dientes castañearon al tiempo que ella hacía el tremendo esfuerzo de incorporarse. Su cara se contrajo en una mueca de avidez. No comprendía nada de lo que le pasaba, pero algo la impulsaba a erguirse y buscar. Miró alrededor.

Los páramos repletos de árboles, cuyas ramas se deshojaban por la llegada del otoño, permanecían solitarios. Berenice, ahora a gatas, alzó la mirada al cielo, arrojando la pregunta con un lamento saturado del dolor más fuerte que hubiera sentido nadie jamás.

—¡¡POR QUÉ!!

Corrió, y el cachorro fue en pos de ella. Se desplazó a una velocidad inaudita por prados seguidos de plantaciones de viñedos. Iluminada como una vela en la noche se hallaba una gran casa rodeada por un grupo de árboles desnudos. Dentro, un anciano alimentaba el fuego en la chimenea con un tronco. Al crepitante sonido de lenguas de fuego se sumó el estruendoso golpe que Berenice asestó a la puerta, que cayó al suelo ante los ojos incrédulos del viejo.

—Santo Dios.

Se lanzó sobre el hombre a la velocidad del rayo. Le aferró el cuello y lo volvió del revés. Entonces el cuerpo de Berenice comenzó a vibrar. A medida que las vibraciones aumentaban, experimentaba un descenso del dolor. Sintió su cuerpo de niña descomponerse en millones de partículas, cuya unidad entre sí formaba la imagen difusa que ondeaba como una sábana al viento. Las partículas fantasmales se introdujeron en el inerte cuerpo del anciano una a una... y absorbió.

El perro permaneció en el umbral de la puerta observando cómo el cuerpo del viejo brillaba en la oscuridad a causa de las partículas. Era como si en torno a él hubiera dispuesto un velo de luz azulada.

Al cabo de un tiempo, las partículas emergieron del cuerpo y danzaron en derredor; luego se reunieron de nuevo añadiendo densidad a la figura de Berenice, que se miraba sorprendida los brazos y las piernas, y cómo adquirirían lentamente la solidez natural.

El perro retrocedió asustado cuando la silueta de la niña se materializó.

—¿Qué me ha pasado? —Miró al cachorro—. Tú lo has visto.

Reparó en que sus dolores habían desaparecido. Cerró sus puñitos enguantados repetidas veces y notó la enorme fuerza que poseía. Arrimó a los labios uno de sus brazos sorprendida por el calor que éstos desprendían.

—No sé lo que me ha pasado. Pero ahora estoy mejor. Mucho mejor. —Salió de la casa, cogió al perro con ambas manos y lo alzó hasta la altura de sus ojos—. ¡Continuemos con nuestro viaje!

Lo depositó en el suelo. Seguidamente, vio extrañada al perro lamiéndose los lados donde ella había puestos sus manos.

—Has notado el calor. ¡Vamos, no te pasará nada!

Berenice partió a paso rápido. El perro, tras una sacudida, la siguió.

Después de cinco días de viaje, fue alcanzada por el olor de la sal marina. El rumor de las olas la sorprendió y esbozó una tierna sonrisa, su primera sonrisa desde que despertó en medio de la plaga de la gripe y la guerra. Tras haber conocido la muerte en sus diversas formas, se deleitó al contemplar el océano Atlántico con su impetuosidad.

Al filo del acantilado, Berenice experimentó la fuerza con que el oleaje embestía contra el inexpugnable muro de roca. Las vibraciones alcanzaron la planta de sus pies y recorrieron su cuerpo desnudo, infundiéndole parte de su fuerza salvaje. Larsie saltaba alegre alrededor de ella.

Abrió los ojos en la oscuridad de una de las habitaciones del hospital de Atlanta. El familiar olor a enfermedad enseguida irrumpió en sus fosas nasales. Aquello fue lo que eliminó el aturdimiento de los fármacos que le habían administrado. Ahora se encontraba despierta y con todos sus sentidos alerta. Se dijo que no debía estar allí; internada en un hospital. Se compadeció de sí misma cuando recordó el motivo que la había llevado a estar tendida sobre la cama.

Sin embargo, como siempre ocurría con los sucesos menos importantes en su vida, quedaron relegados a sólo un murmullo en su cabeza. Todo su cuerpo volvía a bullir en esa extraña hambre que la apesaba desde que abrió los ojos por primera vez a finales de la gran guerra. No escuchaba el quejido de los intestinos en busca de alimentos; era como si su organismo se consumiera a sí mismo a medida que los telómeros se acortaban a una velocidad increíble.

Se llevó una mano a su corazón cuando éste comenzó a palpar a ritmo irregular; tres latidos se unieron en uno solo para golpear el débil pecho. De su garganta seca, al punto de quemar, brotó un leve gemido; el único que sus fuerzas le permitieron lanzar. Se encogió sobre la cama en posición fetal como una niña que era, abandonada por alguien a quien ni siquiera recordaba. Se consideraba la niña sin padres, sin pasado, sin saber quién o qué era. Y ella quería saber, recordar sus inicios. Se creía merecedora de ese derecho. Los intestinos casi parecían querer desaparecer dejando un vacío dentro de su cuerpo. El corazón se aceleró alcanzando una frecuencia cerca del infarto.

Ahora vienen los temblores.

El pensamiento sacudió su mente. Había pasado infinidad de veces por el proceso del hambre. Pese a ello, no terminaba por habituarse a esa manifestación de dolor insoportable. Los temblores irrumpieron en su cuerpo con potentes sacudidas que la movían en la cama. El sudor de muerte que segregaba su organismo corrió por la piel.

—¿Por qué me pasa esto?

La única respuesta la recibió de los pitidos acelerados del electrocardiograma, que se arrinconaron en sus oídos añadiendo una losa más a su pesado sufrimiento.

La rabia afloró en ella al recordar el comportamiento de Henry la noche pasada. Él, quien se había llamado a sí mismo padre de Berenice, quería de nuevo impedir que se alimentara como estaba estipulado en su naturaleza. ¡Qué atrevimiento!

Un aullido sin apariencia de niña sacudió los cristales de la ventana. Con sus horribles manos desnudas aferró la sábana y la arrimó a su cuerpo buscando el calor que no hallaba. Su cuerpo siguió tiritando, no obstante. Sabía cuál era la única solución.

De un grito rasgado se irguió y, tras un segundo en que sus facciones revelaron su verdadero rostro, se agazapó en un rincón del cuarto como una alimaña del subsuelo, una bestia olvidada por la razón. Sus ojos nocturnos se

tornaron brillantes como dos párpados de fuego.

Se acercó a la ventana, se alzó con el despiadado orgullo de la realeza y propinó un golpe al cristal, que estalló en cientos de fragmentos centelleando bajo la luna. La brisa del exterior acarició sus severas facciones, ahora más consumidas y agrietadas. Su cabello encrespado aleteó de forma mortecina en su espalda. Las diminutas luces parecían observarla, semejantes a miles de seguidores sosteniendo antorchas con la bravura del guerrero. Ascendió a la repisa y emergió a la noche, como madre de las bestias. Sintió el cosquilleo de la sangre que corría por su mano y goteaba en la repisa. Sus ojos cambiaron al color del intenso zafiro, y miró.

Cientos de calles y callejas provistas de recovecos en que poder encontrar una persona. Cientos de personas a las que no conocía y jamás lo haría. Una mirada de miedo un momento antes de que la vida del desconocido pasara a formar parte de su organismo.

La respiración se agitó de pronto, su pecho empezó a subir y bajar, ansiosa, hambrienta. A continuación se despojó de sus ropas blancas y se mostró al mundo tal y como era. Su firme figura de recortadas redondeces recibió el frío de la noche con pasividad, como un cazador paciente, que esperaba el instante preciso para abalanzarse sobre su presa.

Sin embargo, cerró los ojos y apartó la mirada del mundo; después, lanzó un agudo chillido desde la ventana del edificio mientras penetraba la noche con su mirada de súplica. El estallido de dolor se extendió más allá de la ciudad de Atlanta. Cuando hubo desaparecido y el silencio ocupó de nuevo su lugar, Berenice escuchó a alguien maldecir en la habitación de al lado.

Volvió su mirada hacia la ventana siguiente. Se colocó en cuclillas sobre la repisa y reptó por las paredes del edificio. Alargó la mano, asió el tirador de la ventana vecina y, cuando abrió, recibió el sabor de la vejez del paciente tendido en la cama. Se internó en un cuarto atestado de luces y sonidos procedentes de aparatos técnicos de medición. La respiración entrecortada del anciano despertó en Berenice nuevamente una extraña compasión por aquéllos que no podían alargar su vida más de setenta u ochenta años.

Se aproximó al pie de la cama, escuchó el resuello del viejo. La luz contenida en una caja de plástico sobre el dintel de la puerta se derramaba en el rostro, mostrando sus hinchadas bolsas bajo los ojos y unos pálidos labios casi inexistentes. Los restos del escaso cabello canoso se reunían tras las orejas. De los orificios nasales surgían dos finos tubos conectados a un equipo de respiración artificial.

Berenice se sorprendió cuando el tenue brillo de la vida apareció en la mirada del viejo.

—¿Eres mi ángel de la guarda? —susurró.

Ella posó con suavidad su mano sobre los párpados del hombre y se los cerró.

—Sí. Descansa en paz, buen hombre.

El semblante del anciano se relajó al tiempo que estiraba los labios en una última sonrisa dulce.

La piel de Berenice empezó a segregarse la extraña sustancia perlada, que reflejó en forma de destellos las diferentes luces de la habitación. Una de las gotas se deslizó sobre la curvatura de sus labios y Berenice la apesó con una lengua ávida. Su melena oscura se abrió y expandió por encima de la cabeza en millones de filamentos electrificados. Los ojos se abrieron, emitiendo la pálida luz blanca. Estiró la comisura del labio en una sonrisa devoradora. Como siempre había ocurrido desde que recordaba, su cuerpo empezó a vibrar, primero suavemente; luego, oleadas de impulsos la recorrían hasta formar un torrente de energía que modificaba la figura en una imagen translúcida y, seguidamente, se iniciaba el baile de las partículas, que se introdujeron en el cuerpo del anciano. Pronto la piel de éste despidió un fulgor azulado.

Con el tiempo aprendió a ser más delicada y amable con las víctimas. Las primeras que sucumbieron a su hambre caían muertas con la expresión del miedo tallada en sus rostros; el hombre, en cambio, se durmió en la muerte sobre una barca, surcando el silencioso río al otro lado. Sus facciones relajadas daban buena cuenta de que había muerto en paz.

Berenice se sintió con ello satisfecha cuando lo miró antes de salir por la ventana. Sin Henry cerca, ella era quien debía eliminar los cuerpos contaminados con el virus. En el pasado había visto lo devastador que era dejar a las personas con vida.

Se deslizó a la noche una vez más y, con las extremidades agarrotadas como piedras, alcanzó la ventana de su habitación, saltó al interior y la cerró. Se tumbó de nuevo en la cama sin sentir los dolores y sin volver a necesitar los aparatos médicos que la rodeaban.

Los enfermeros entraron en la habitación del anciano tan pronto como se aceleró el pitido del electrocardiograma.

Fue la primera víctima que caía en el hospital de Atlanta. Sin embargo, la vida aún abandonaría el cuerpo de una mujer en aquel edificio antes de que

Berenice fuese raptada por Henry y Elena, y se embarcasen en su viaje hacia Silverston.

La anciana cayó dos noches después, cuando el terror que siempre envolvía los lugares que acechaba Berenice, comenzó a abrirse paso por los pasillos del hospital en forma de murmullos entre los pacientes. Aquella vez, Berenice ascendió por el muro exterior del edificio a la habitación justo encima de la suya. Había escuchado hablar a la mujer con su hija acerca de las dolencias que la afligían en sus últimos días de vida.

Ahora, frente a ella, le dedicó una sonrisa afectuosa. La anciana estaba cubierta hasta medio pecho con la colcha, dejando ver el camisón blanco que tenía puesto. La piel de su rostro casi era tan blanca como la tela del camisón. Susurró palabras sobre su nieta y el tiempo que llevaba sin verla.

—Estará hecha toda una jovencita encantadora.

Berenice asintió mientras lucía su sonrisa. Se acercó al pie de la cama y acarició las canas de la mujer.

—La textura de tus manos es rugosa. ¿Qué enfermedad es la tuya, mi pobre niña?

Apartó la mano sorprendida y retrocedió un paso sin apartar la mirada de la anciana.

—No estoy enferma.

—Ah, mi niña, sí lo estás. Lo veo en tus ojos. Cuando una mujer llega a mi edad, ha tenido el tiempo suficiente para aprender a discernir este tipo de cosas. —La mujer convirtió sus ojos en dos finas ranuras y la escudriñó—. Pareces madura. Tu mirada es la de alguien mayor. Debes de haber pasado mucho.

—Tanto como tú, pero de diferente manera.

—Es la enfermedad de la vida, mi pequeña —dijo—. Te voy a confesar un secreto.

Berenice se aproximó con suma curiosidad.

—Envidio a las jovencitas como tú, con todo el tiempo por delante, toda una vida por experimentar. Mi madre me enseñó que la vida es un libro sin escribir. Te confieso que yo he dejado algunos capítulos sin hacerlo. Espero que tú no pases por eso. —La mujer miró al techo y lanzó un leve suspiro de añoranza—. He dejado pasar tanto, mi niña. Sí, he traído hijos al mundo, y éstos me han dado nietos. Incluso he sido esposa de un hombre maravilloso. Pero dejé otra vida de lado para vivir ésta; mi sueño siempre fue convertirme en una actriz famosa.

Berenice reprimió una punzada de dolor en su interior. Su hambre estaba reapareciendo una vez más. Pero se limitó a escuchar.

—¿Crees que soy egoísta?

—No.

La mujer volvió despacio su mirada hacia Berenice.

—A veces pienso que mi hija cree que soy egoísta. Y me duele tanto que crea eso. —La voz de la mujer se quebró.

Berenice se acercó de nuevo al pie de la cama.

—Vuestra corta vida no os permite saborear todos los anhelos que tenéis. Pero el tiempo no es la respuesta a la vida. Vivir ese tiempo con intensidad es la respuesta. Mi edad no es la de una niña, y he caminado por la tierra tanto o más tiempo que tú, pero no he hecho nada, únicamente sobrevivir. Tu corta vida ha sido más fructífera que la mía. Yo perdí hace tiempo lo poco que conseguí; mi perro murió sin que yo por aquella época comprendiera el porqué; luego un asesino me quitó a Brandon, mi otro amigo.

Los ojos de la anciana se abrieron llenos de sorpresa e incredulidad.

—¿Qué dices, mi niña?

—Tú me has confesado un secreto y yo te correspondo de igual manera.

—Pareces una jovencita muy inteligente.

Berenice cerró de pronto los ojos, golpeada por el dolor interno y reprimió un gemido.

—¿Qué te pasa, mi niña?

—Tengo hambre —le dijo con sus enfermas manos puestas sobre el vientre.

—¿No has comido nada?

—No como desde hace dos noches. Pero puedo soportarlo bien.

—Dios santo —musitó la anciana; miró la ventana abierta y sintió un escalofrío.

Se irguió soportando el dolor que empezaba a arrancarle muecas de sufrimiento.

—Me iré ahora para que continúes tu vida hasta su final —le dijo—. Sólo te he tocado el cabello y quizá no estés contagiada.

—Has entrado por la ventana. Pero, ¿quién eres tú?

—Tu perdón.

—Espera, mi niña —gimió, reuniendo todo su esfuerzo.

Berenice cayó al suelo y apretó con fuerza sus labios para amortiguar un grito.

—¡Dios santo! —La anciana alargó su brazo para presionar el pulsador de

llamada, pero Berenice se lanzó un segundo antes encima y le aferró el brazo.

—¡NO! Nadie debe saber que estoy aquí.

—Necesitas ayuda, mi niña.

Berenice vio sus finos y nudosos dedos en torno al brazo de la vieja.

—Ya es tarde, ahora estás contagiada. Tu cuerpo no es lo bastante fuerte para soportarlo. Lo siento de veras, buena mujer. —Ante la mirada de horror de la vieja, su cuerpo se descompuso en las millares de partículas luminiscentes que lo componían e invadió a su huésped.

Aquello le produjo una enorme tristeza. Se tumbó en la cama de su habitación y, con su cuerpo nuevamente vigoroso, no experimentó la saciedad después del hambre. Luego oyó el grito de una celadora. Un nuevo cadáver con las mismas manchas en el hospital supuso la llamada de la policía. Sin embargo, Berenice no peligró porque rehusó tomar de nuevo la enzima que evitaba el colapso de su organismo.

Días después, fue en su habitación donde Elena irrumpió vestida con la misma bata blanca que usaba el personal del hospital.

—¿Qué has hecho, monstruo? —inquirió. Le entregó ropa con que cubrir cada parte de su cuerpo y la cogió en brazos con una mueca de repulsión.

2

Al día siguiente, Teddy Benson despertó con un extraño aturdimiento mental. Su cuarto parecía hallarse detrás de una extraña neblina que no le permitió distinguir quién había junto a la cama. Luego escuchó a su madre, cuya lejana voz le hizo creer que aún estaba bajo la influencia del mundo de los sueños.

—Es día de clase, ¿se puede saber qué haces aún en la cama? —preguntó con los puños en las caderas como jarras.

La mente del chico sufrió una sacudida cuando asimiló que era su madre quien lo miraba con esa cara de irritante desconcierto. Trató de incorporarse sobre la almohada, pero los músculos de su espalda se quejaron con un dolor punzante.

—Estoy enfermo —logró articular.

Tras la niebla de sus ojos, las facciones de su madre se ponían en guardia

frunciendo el ceño.

—¿Cómo es posible? ¿Qué tienes?

—Estoy molido. Creo que será mejor que guarde cama hoy, mamá —murmuró. Su voz estaba aquejada por un imperceptible ronquido.

—Hum... me parece bien. Tienes mala cara —concedió—. Llamaré al director para que los profesores preparen tus tareas, no es bueno que te retrases. Sobre todo si debes guardar más de un día de reposo.

Teddy asintió resignado. Cuando su madre salió del cuarto dejó caer su cabeza hacia delante y notó la tensión en las cervicales. Lanzó un suspiro y de pronto evocó todo lo que había pasado la tarde anterior.

«Es la enfermedad», pensó.

Recorrió su cuerpo con la vista cansada, intentando notar los síntomas. Un leve frío le hizo que se rodease con los brazos. Sintió la debilidad en las extremidades; asimismo advirtió que los intestinos parecían librar una feroz batalla. En cualquier caso, no percibió nada extraño. Rememoró lo que decía el boletín especial de Sophie Evans y, sobrecogido por el miedo, se arremangó el pijama en busca de las manchas rosadas.

«Nada, no hay nada. Tranquilo», pensó.

El corazón en su pecho anunció su presencia con un tren de latidos irregulares.

—No me está pasando nada raro. Quizá Berenice se equivocó —dijo para sus adentros.

Frida Benson reapareció en el cuarto, trayendo consigo una bandeja cargada con un vaso de algo que en principio Teddy se dijo que era zumo; sin embargo, pronto reparó en el mal olor que emitía. Junto al vaso había un plato de sopa.

—Esta dieta conseguirá aplacar tu gripe de verano.

—¿Gripe de verano?

—Por supuesto, hijo. —Depositó con cuidado la bandeja sobre la mesita. Su apretado moño casi lograba estirar la piel de su frente a modo de *lifting* facial casero. Aun así la esquina de sus ojos estaba surcada por profundas arrugas—. Aunque me pregunto si ha sido la insolente de tu amiga. ¿Estás seguro de que la chica ésa no te ha contagiado nada?

Teddy contuvo la respiración.

—No —dijo finalmente mirando la ventana. Las hojas del fresno al otro lado de cristal se mecían a causa de la suave brisa—. Y no empieces con eso otra vez.

—No repliques, jovencito. Agradece que no te castigara, creo que he tenido demasiada paciencia con ese asunto. Sigo creyendo que no es buena compañía para ti.

Él no dijo nada. Se limitó a mantener la mirada fija en la ventana. Mientras su madre hablaba, creyó ver una sombra alargarse sobre las ramas del árbol.

—¿Qué miras con tanta atención?

—Nada.

—Tómate el caldo y el zumo de cebolla y ajo. Verás cómo pronto podrás volver a la escuela.

—¿Cebolla y ajo?

—Sí. Magnífico para depurar tu sangre. Con nuestra correcta dieta casi me extraña que hayas enfermado.

Con ojos febriles contempló a su madre. Pero decidió no mirar el vaso ni el contenido; sin duda, zumo no era su mejor nombre. Cuando Frida le dijo que se marchaba a trabajar, se preguntó de qué estaba hecho el caldo. Negó con un forzado movimiento de cabeza.

Se recostó en la cama y sintió que su cuerpo se hundía bajo la colcha. Sus párpados se volvieron pesados, entrecerró los ojos. Por la fina ranura visualizó la figura de Berenice sentada en la repisa de la ventana, observándole con preocupación. Teddy no supo decirse si era un sueño, pero no le importaba. Le gustaba la imagen difusa de su amiga.

Luego sintió un extraño calor que emergía del interior. Gimió repetidas veces por culpa de las fuertes sacudidas que experimentó en el vientre.

Tuvo la sensación de adentrarse en un largo pasillo, en cuyo final le esperaba Berenice con una gigantesca sonrisa y los brazos extendidos esperando su llegada. Teddy se aventuró por el corredor. Cuando hubo dado varios pasos, miró por encima del hombro. Su madre le gritaba que no se alejara de ese lado del pasillo; agitaba los brazos poseída por un descontrolado enojo. Detrás de ella, Parker desenfundó el arma y apuntó al chico, quien no dejó de caminar hacia el otro extremo. El bello rostro de su amiga le recibía con una orgullosa sonrisa. Los ojos de Berenice brillaban de entusiasmo en la acogida de su amigo. Le correspondió con una sonrisa igual de animosa. Entonces la mirada de ella se apagó y de su espalda brotaron las extrañas notas de un piano de cola. Sentada delante había una joven desconocida. El rostro de Berenice se contrajo y gritó a Teddy que se alejase, que regresara con los suyos; pero los suyos habían dejado de llamarle, como si realmente nunca le hubiera importado a nadie. El pasillo fue sustituido por

una vasta extensión de oscuridad donde sólo se escuchaban las macabras notas del piano que ahora tocaba solo. La desconocida se encontraba a un lado, de pie, contemplando a Teddy con un odio desmesurado, eterno y doloroso. Sus facciones no eran finas, sino recortadas y tiznadas de arañazos que aún palpitaban sin cicatrizar. De sus ojos nacieron lágrimas de sangre; sin embargo, Teddy no escuchaba sollozos.

Despertó de repente tras un alarido y con la piel bañada en sudor.

—Un sueño, mejor dicho una pesadilla.

Se incorporó en la almohada. Volvió su vista a la mesita y sintió una arcada que se abría paso por su interior. La superficie de la sopa se había inmovilizado por la condensación. Se dijo que eso al menos impedía que se extendiera el mal olor por el cuarto.

Con un esfuerzo sobrehumano se sentó en la cama, introdujo sus pies en unos mocasines con forma de cabeza de monstruo y de cuyo borde asomaba una lengua de serpiente. Cuando se acercó a la ventana, sintió que su pecho se colapsaba con los desbocados latidos. Su jadeo empañó el cristal. Pero lo que más le dolió fue que Berenice no estaba sentada en la repisa.

El jardín se inclinaba mecido por el viento: el crecido césped, las ramas de los fresnos; todo hacia el lado derecho, donde la casa de los vecinos se alzaba fría y lúgubre.

Y Teddy clavó sus ojos en ella.

3

Frente al espejo del baño sintió la primera embestida del miedo. Comprendió por qué su madre había sido tan razonable con él. Sus abultadas ojeras se extendían como dos manchas plumizas. Con una mano vacilante se palpó la mejilla, cuya piel parecía más reseca y amarillenta.

—Berenice no se equivocó. Estoy enfermo. —Deslizó el dedo índice sobre su barbilla—. Parece más rasposa. Qué raro. ¿Qué me estará pasando?

Recordó con creciente temor que ella también le había dicho que no sabía con claridad quién vencía la enfermedad.

«Te has arriesgado tontamente», pensó mientras se mecía su cabello con la mano.

Abrió el grifo. Roció su rostro con agua con gestos lentos y cansados.

Apretó los dientes en cuanto notó la punzada en su vientre. Con las manos apoyadas en el lavabo, miró su imagen en el espejo. Permaneció largo rato en silencio. El ruido del agua quedó amortiguado por el denso velo de la distancia, como si sonara en otro mundo lejano.

Por un instante creyó ver sus facciones convertidas en las de un anciano, igual a una horrenda máscara repleta de arrugas. Los ojos retrocedieron en las cuencas y se empequeñecieron en dos esferas de cristal apagado. Su cabello encanecía a medida que se arrinconaba tras las orejas. La amplia calva relucía a la luz del baño. La piel del rostro perdió firmeza y se desprendió acumulándose en varios pliegues como ropa arrugada.

—¡NO! ¡DIOS MÍO!

Se cubrió la cara con las manos sudorosas para no ver esa horrible imagen de sí mismo.

Tras repetidos parpadeos el reflejo volvió a ser el de un adolescente.

—¿Qué ha sido eso? —se dijo con la voz temblorosa, y posó sus manos en su denso cabello—. Todo está bien, joder. Todo está bien.

Retrocedió hasta la pared al tiempo que se palpaba ahora la cara saturada por gotas de sudor.

—Tengo que estar delirando por la fiebre. Será mejor que me acueste.

Ascendió la escalera a la planta superior lánguidamente y con los brazos meciéndose como péndulos. El insólito calor volvió a hacer acto de presencia; su cuerpo ardía en llamas. Al llegar arriba, el corazón golpeaba su pecho con la certeza de tener a un lunático apresado en su caja torácica. Con cada golpe sintió que era desplazado un paso más hacia su habitación.

Cayó en la cama con la semejanza de un madero arrojado al mar. Todo en derredor danzaba, infundiéndole la impresión de encontrarse en un barco que surcaba la cresta de las olas; su cuerpo parecía estar sufriendo un maremoto celular.

«¡Berenice!», gritó su mente.

Entonces, embestido por una cólera desconocida que nacía de su interior, arremetió contra la bandeja, que fue a estrellarse en la pared. Después del estallido metálico, la sopa se desplazó por la pared como una pasta pringosa llegada de otros mundos. La estúpida idea de verse asaltado por más temores se esfumó en cuanto vio la extraña mancha, que se afanaba por nacer en el dorso de su mano izquierda. El chico apreció que era una mancha pequeña y de un rosa tenue.

—Las manchas de Jason Cross.

Sumido en la idea de que no sobreviviría a la enfermedad, se acurrucó bajo la colcha y comenzó a tiritar de frío mientras de sus ojos brotaban lágrimas de miedo.

¿Dónde estaba Berenice en un momento como ése? Teddy se sintió solo y desamparado en la lucha de su organismo por vencer la enfermedad.

4

Berenice se hallaba sentada en una de las ramas más gruesas del fresno que adornaba el jardín de Teddy. Tenía la espalda apoyada en el tronco y las manos enguantadas rodeaban sus piernas encogidas en el pecho. Escuchando los gemidos de dolor de su amigo, se preguntó si su débil cuerpo sería capaz de sobrevivir.

Con una sombra de duda en su cara, contempló la ventana de la habitación. No recordaba si había pasado por ese extraño tránsito, tampoco sabía si alguien más aparte de Jason y Johana lo habían hecho. No comprendía la devastadora transformación en que se encontraba su amigo, pero el simple hecho de oírle gritar de aquel modo le encogía el corazón. Pensó que Teddy arriesgó mucho aceptando su beso.

Entornó los ojos; luego se alzó en la rama con un equilibrio perfecto, como si en verdad formara parte del árbol. La corta distancia hasta la repisa de la ventana le permitió alcanzarla con facilidad. Apoyó sus manos en el cristal de la ventana.

—Lucha, mi amigo. Sobrevive a mi muerte y vive a mi lado.

Al otro lado, el cuerpo del chico se estremeció bajo la colcha que lo cubría.

Apartó la vista del cristal. El chico le había demostrado tener un valor que él mismo no reconocía, y mayor que cualquiera que únicamente lo anunciara con meras palabras. Había sido capaz de arriesgarlo todo por algo más. Y verlo en ese estado le provocaba una extraña presión en el pecho, que se tornaba un profundo vacío. Reconocía dicho sentimiento porque fue el mismo que había experimentado cuando Brandon o su perro murieron. Sufrió un duro golpe, y comprendió que aquel sentimiento era lo contrario al amor tan anhelado; sin embargo, unidos por un eslabón irrompible.

Teddy no tenía a nadie, eso le infundió la chispa necesaria para arriesgarse, pero Berenice también supo apreciar el interés que profesaba por ella. Parte

del valor era gracias a esto. Sin duda merecía sobrevivir, pensó, aunque era algo que sólo él podía hacer.

Saltó de nuevo a la rama del fresno. Los rayos del sol se descompusieron en millares de fragmentos cuando atravesaron las hojas y, en pedazos de sombra y luz, bañaron el rostro de Berenice, que no era capaz de sonreír. Su mirada perdió parte del brillo especial que supo apreciar Teddy y, pese al calor que irradiaba el sol en su cara, sintió que su piel estaba fría.

—Estaré aquí en silencio hasta que salgas de todo peligro, Teddy.

El timbre sonó en la parte frontal de la casa.

Berenice saltó del árbol y recorrió el sendero que discurría a un lado de la casa. Se detuvo en la esquina, pegó su espalda al muro y asomó con cautela la cabeza hacia el porche. Reconoció a Laura, Josh y Doug.

Josh presionó otra vez el timbre.

Berenice dedujo que los muchachos buscaban a Teddy. Henry estaba en lo cierto, pensó. Pronto sospecharían que algo raro sucedía y deberían marcharse de Silverston.

Doug comentó que no había nadie en casa. Berenice escuchó a Josh decir que seguramente Teddy estaba en otro lugar con la chica misteriosa.

—La chica misteriosa —dijo para sus adentros. Negó con la cabeza mientras entornaba los ojos.

Después se alejaron calle abajo.

Era la primera vez que la estancia de Berenice peligraba tan pronto en una localidad. Siempre había estado a salvo de curiosos. Y sabía que era debido a su asistencia a la escuela. Todos sabían que Jason Cross estaba en el hospital.

Su mente evocó el día en que le arañó la mejilla.

—Nunca pensé que fuera a sobrevivir.

Todavía apoyada contra el muro de la casa, asestó un enfurecido golpe. Su respiración se agitó y luego caminó al jardín trasero. Ascendió al fresno y saltó a la repisa.

Teddy yacía en la cama, cubierto por la colcha hasta el cuello y con los ojos cerrados. Lo miró fijamente y observó la sombra de la muerte alrededor. Se compadeció de él por no tener a nadie cerca, ni siquiera a su madre. Una chica misteriosa —como la llamó Josh— que llevaba en la ciudad varias semanas, tuvo que ser quien lo vigilara. En cualquier caso, era inútil el cuidado de su madre porque la medicina poco podía hacer.

La misma mañana de miércoles en que Teddy Benson se debatía en su lucha con la extraña enfermedad, Parker abría los ojos, poseídos por la somnolencia del exceso de cervezas. El comedor se hallaba detrás de un velo de irrealidad. El sillón donde se había quedado dormido estaba rodeado por latas de cerveza vacías.

La pasada noche, Forest lo había llamado a última hora para anunciarle que en cualquier momento aparecería el doctor enviado por el CDC de Atlanta. Entonces había soltado una carcajada al teléfono que su jefe reprendió; sin embargo, Parker no le concedió importancia. Para él el caso estaba cerrado. La enigmática muchacha era la culpable de todo. Era un asunto descabellado y no disponía de las pruebas para poner al día a Forest. Gran parte de la noche la había pasado atando cabos y encajando las piezas; aunque era casi imposible demostrarlo, todo estaba claro ahora en su cabeza.

Había visto a la niña en el funeral de Brandon en Chicago. Tardó horas en recordar su imagen junto a los árboles mientras el resto de asistentes lloraban en torno a la tumba. Era amigo de Brandon y de algún modo que no lograba entender, ella lo hizo. Mató a Spencer en acto de venganza. No era que la corrompida sociedad crease ahora asesinos más jóvenes. Era otra cosa, algo mucho más increíble, que a medida habían ido vaciándose una lata tras otra y sumido en un estado de hipnótica ebriedad, Parker finalmente entendió. De alguna forma, ella le contagió algo a Spencer.

Lo difícil era saber qué paso debía dar a continuación. Y en aquel estado no lograría nada; tendido en su sillón habitual, con las piernas estiradas casi a punto de toparse con el mueble sobre el que dormitaba el televisor. Sus brazos colgaban por encima de los reposabrazos, con los dedos en garra por haber sostenido una lata de cerveza hacía escasos segundos. Su boca entornada permanecía estirada a un lado, y de la comisura brotaban restos de saliva seca. Las botas, junto a la puerta principal, despedían un leve tufillo a pies muertos. Ni siquiera recordaba haberlas dejado allí, aunque aquello carecía de importancia. Su camisa desabrochada dejaba al descubierto el poco vello del pecho.

Si esos tipos del CDC quieren mandarnos a uno de sus intelectuales, que lo hagan.

—Sí, eso mismo, mierda.

Su brazo derecho sufrió una fuerte sacudida que terminó por despertarlo del todo. Se incorporó en el sillón al tiempo que llevaba una mano a la zona donde el dolor de cabeza era más intenso.

El reloj avisó a las nueve de la mañana. Se dijo que era raro que Forest no le hubiese llamado para preguntarle a qué era debida la falta de puntualidad.

Tras un explosivo café solo, capaz de hacerle saltar varios metros por encima del suelo, entró en el vehículo y puso rumbo a la comisaría de Silverston.

6

El coche oficial del centro de control de Atlanta rodaba por la carretera 33 del mismo modo en que lo había hecho la familia Hughes con el Citroën robado, salvo que ese día el sol abrasaba el asfalto desprendiendo un velo difuso sobre la calzada. El calor se concentraba en torno al doctor encargado de la investigación de la extraña dolencia, que ya era conocida en los pasillos del CDC como la Enfermedad Rosada. Los informes descansaban en el asiento del acompañante.

Se limpió las gotas de sudor acumuladas en la frente con su ya empapado pañuelo. Sobre la línea gris, donde la carretera se unía con el cielo, creyó visualizar, tras el velo danzante, la silueta de una joven vestida con el atuendo de los años veinte.

—Debo de estar confundido.

A medida que se acercaba, los finos rasgos se dibujaban en su cara pálida. El sombrero de cloché color crema ocultaba un corte de pelo de la época y sus finos labios sostenían un largo filtro con un cigarrillo. Lucía un ajustado vestido blanco de tirantes, que revelaban unos hombros rectos que le infundían cierto carácter.

—Por el amor de Dios, ¿qué hace esa mujer ahí en medio? Apártese. —Tocó el claxon, pero la joven se limitó a dar bocanadas al filtro sin sonreír. El doctor asomó la cabeza por la ventanilla—. ¿Qué hace ahí? ¿Quiere

quitarse de en medio, por el amor de Dios?

Pisó el freno y el coche se detuvo bruscamente a un metro escaso de distancia. La joven no pareció sorprendida; su expresión continuó relajada y sin perder ni un ápice de la confianza que de inmediato advirtió el doctor que manifestaba. El repentino suceso hizo que las palmas de sus manos asidas al volante comenzaran a sudar en exceso.

Con un gesto enérgico de brazos le ordenó que se apartara del centro de la carretera. Ella, en cambio, se encaminó a la portezuela del acompañante, la abrió y, haciendo a un lado la carpeta del informe, se sentó.

—Hola, soy Johana Peeters y voy al mismo lugar que usted.

—¿Cómo dice? —inquirió el doctor sorprendido—. ¿Cómo sabe que me dirijo a Silverston?

—Conduzca —articuló con firmeza y mirando al frente.

—Tengo algo de prisa, señor...

—Señorita —interrumpió con desdén—. No tenga prisa. Le aseguro que no realizará ninguna investigación sobre la enfermedad que trae Berenice consigo.

—No la comprendo.

—No es necesario, esclavo. Ahora conduzca.

—¿Eh?

El doctor se sintió invadido por la penetrante mirada de Johana.

—Ahora es usted mi chófer personal. Conduzca le digo. Vamos a Silverston. Tengo familia que se alegrará de verme, estoy convencida de ello.

—Sus labios se estiraron en una discreta y odiosa sonrisa.

—Me temo que no pued...

Johana extendió su brazo y golpeó la nuez del doctor produciendo un chasquido. La cabeza cayó hacia delante posándose sobre el claxon, cuyo sonido estridente no inmutó a Johana Peeters.

—Nunca aprendo, ¿sabe? —le dijo al cadáver—. Tantos años y siempre olvido la tozudez de los hombres. Habéis de saber que es nuestra década. Ahora las mujeres tenemos el poder.

Abrió la portezuela y arrojó el cuerpo a la carretera. Luego la cerró, se desplazó frente al volante y enfiló rumbo a Silverston, mordiendo con impaciencia el extremo del filtro. Pese a la expectación que hervía en su interior por ver de nuevo a Berenice después de tantos años, no esbozó ninguna sonrisa porque su visita no era debido a un encuentro fraternal.

Capítulo 14

1

Las luces rotatorias de dos coches patrulla delante de la comisaría y la voz de Forest, anunció a Parker que lo peor de la mañana no era su dolor de cabeza ni sus cervicales a punto de estallar. Las miradas funestas de los agentes Nick y Andy desaparecieron cuando entraron a los vehículos; luego condujeron calle abajo.

Parker se apeó sintiendo que su cuello se partiría esa misma mañana si lo forzaba demasiado. Forest se encontraba enmarcado en el umbral de la puerta, como si se tratase de una estatua legendaria.

—Los problemas siguen llegando, Ken.

Las palabras traspasaron a Parker, y experimentó la sacudida de un millar de insectos en sus intestinos.

—El doctor que iba a hacerse cargo del asunto de la enfermedad ha sido encontrado muerto en medio de la carretera a dos millas de aquí.

—Fantástico.

—¿A qué se debe esa respuesta? —quiso saber Forest.

—¿También enfermo y con manchas rosas?

—No. Asesinato puro y duro. Nuez rota por un golpe contundente.

Parker, que tenía intención de entrar en su despacho y sentarse ante su escritorio y olvidarse de todo, se detuvo junto a Forest y le dirigió una mirada silenciosa.

—Tengo dolor de cabeza y de cervicales. —Miró al frente y continuó hacia su despacho.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa, Ken?

—Estoy durmiendo aún y en medio de una pesadilla. Con un poco de suerte despertaré en un rato.

Forest se apresuró a cogerle del brazo.

—¿Qué te pasa?

—¿Dónde han ido Nick y Andy? —preguntó Parker con una sonrisa desquiciada.

—Papeleo. ¿Y tú qué novedades traes? Porque sé que has averiguado algo.

—Sí. El caso está cerrado, Forest.

—Veo que hoy te ha dado por decir tonterías.

—La culpable de todo es una cría de unos dieciséis años. —Parker cerró la puerta a su espalda y se apoyó contra el cristal lanzando un suspiro; la respuesta de Forest quedó al otro lado. Se sentó en su silla y cogió entre sus manos el retrato donde aparecía con los chicos del equipo de béisbol.

Forest irrumpió en el despacho vociferando.

—¿Qué has dicho? ¿Una cría?

—Sí, pero no tengo ninguna prueba.

—¿Entonces?

—Mi cuerpo está filtrando todavía una docena de cervezas.

Forest se sentó en la silla y le miró.

—¿Por qué no te calmas y me cuentas todo? Debemos solucionar esto de una vez.

Parker asintió. Dejó el pequeño retrato a un lado de la mesa. Aspiró una fuerte bocanada de aire, se dio un masaje en la cabeza con la yema de los dedos y dijo:

—Después de varias entrevistas que hice a unos chicos, ya tengo la pieza que me faltaba en el caso de Spencer.

Forest lo miraba cada vez más escéptico.

—Acabé hablando con esa cría y me reconoció —continuó Parker—. Regresé a mi casa con la extraña sensación de que yo también la conocía de algo, pero no pude acordarme de quién era hasta mi cuarta cerveza. —Mantuvo el silencio por varios segundos y añadió en un susurro—: Ella estaba allí, aquella noche en el callejón. Lo vio todo.

—¿De qué hablas?

Parker embistió a Forest con una mirada desbocada, cuyos ojos abiertos estaban a punto de saltar como dos canicas.

—Nada —apresuró a decir—. No tengo pruebas, Forest. Pero si seguimos investigando, todo nos conducirá a ella.

—Tus conclusiones me parecen algo precipitadas, Ken.

—Consígueme una orden para entrar en la casa de esa familia y encontraré algo que pueda relacionar a la cría con el caso.

—¿La casa deshabitada?

—Sí. La de siempre.

—Está bien, la tendrás —concedió—. Pero me parece algo incomprensible el

porqué una niña iba a matar a un hombre como Spencer. Sobre todo, cómo es posible que ella...

—Creo que por venganza. Una de las víctimas de Spencer fue un amigo suyo tal vez.

Forest negó con la cabeza.

—Estamos hablando de una muchacha. No veo cómo pudo entrar en la celda. Y ciñéndonos a los hechos en Silverston... ¿una niña ha matado a todas las personas? ¿Incluso a un chico?

—Sé lo que parece. Sé que suena a locura.

—¿Usa alguna prenda de punto? —le preguntó Forest.

Parker enarcó las cejas.

—Lo averiguaré.

2

Sophie escuchó de nuevo la camilla que transportaba a Jason Cross. Lo que quiera que fuese que le pasaba, pensó, parecía haber remitido y ahora lo conducían de vuelta a su habitación. No se oyó ningún grito más por parte de Jason en el centro médico.

Permanecía con la espalda apoyada en el travesaño de la cama. Afortunadamente el doctor había dado el visto bueno a su recuperación, y la pierna izquierda reposaba vendada en la cama. Aunque el collarín limitaba todavía los movimientos de su cuello, veía de soslayo las muletas junto a la silla, que pronto podría usar. De hecho se mostraba impaciente por usarlas y aproximarse sin ser vista a la habitación de Jason.

Sus compañeros de redacción se habían marchado horas antes, después de una visita que aportó valiosos datos. Por lo visto aún no habían localizado a Teddy, lo que la llevó a pensar que entonces era cierto que Benson tenía una amiga. Increíble. Si no lo habían localizado en la escuela ni tampoco en casa, probablemente estaba con la chica nueva.

—Se me pasó añadir esto en el boletín. Hubiera sido una buena noticia: Teddy Benson y su amiga misteriosa.

Mientras cavilaba sobre estos hechos, escuchó la puerta de la habitación de Jason cerrarse y, a continuación, los pasos del personal que se alejaba.

Recibió una nueva visita de su madre, quien se quejaba porque el centro no

le permitía pasar más tiempo con ella. Las facciones de preocupación que trajo consigo el día anterior eran ahora más profundas y demacradas. Sophie lo atribuyó a la falta de descanso y le sugirió que durmiese un poco, que ella se encontraba mucho mejor.

—Eso parece —declaró la madre.

—El doctor dice que por lo visto el coche llegó a frenar y no me arrolló del todo. Sólo fue un golpe.

—Me alegro.

—¿Cómo te las apañas sin mí en casa?

—No te preocupes. Estoy bien, sé cómo hacer las cosas.

—Bien. Estaré fuera en un par de días. —Aquello le hizo pensar en cuánto tiempo más estaría Jason ingresado en el centro, y en que su visita tomaba tintes urgentes porque, una vez fuera, estaría en el mismo problema que antes; no podría entrar a verlo.

Su madre continuó con su conversación mientras la cabeza de Sophie bullía de nuevo. Con frecuencia asentía a lo que le preguntaba sin estar segura del todo a qué afirmaba. Sin embargo, tenía entre manos la noticia de su vida y no la iba a dejar pasar.

De pronto interrumpió a su madre:

—Necesito un bloc para escribir.

—Sophie, ¿por qué no descansas?

—No puedo, mamá.

—Pues deberías.

—No es el momento. Tráeme un bloc en la próxima visita. Mis amigos también están ocupados y tardarán en volver.

—Está bien —concedió la mujer, negando con la cabeza.

Cuando se marchó, el silencio volvió a cernirse sobre las paredes que rodeaban a Sophie. Poco tiempo después, comenzó a percibir con temor cómo un leve picor quería intensificarse bajo el vendaje.

—No, no lo hagas, joder.

Demasiado tarde, el picor nacido en el tobillo subió por las pantorrillas. En un primer momento trató de resignarse a padecer aquello; no obstante, en pocos segundos, se vio forzada a inclinarse hacia delante con el brazo izquierdo extendido. Puso especial cuidado en el movimiento para que la cadera que había sufrido el golpe no se quejase. Hurgó con los dedos la unión de los vendajes. Buscaba por donde abrirse paso hasta la piel y rascar con fuerza, pero le fue imposible.

—Vamos, joder.

Se dio por vencida y comenzó a propinar golpes suaves sobre la venda. Pero eso no terminaba con el picor. Rascó, arañó y, cuando se hubo dado por vencida, vio el pulsador de llamada. ¿Por qué no? Al fin y al cabo su familia pagaba los impuestos. Por tanto, tenía derecho a que una auxiliar le aliviara el picor de la pierna.

Presionó con urgencia repetidas veces hasta que finalmente apareció una enfermera entrada en carnes, cuyas rebosantes caderas obligaban con toda seguridad al centro médico a usar tallas especiales.

—¿Desea algo?

—Sí —dijo Sophie con una resignada sonrisa.

3

Johana Peeters lanzaba bocanadas de humo frente a la casa recientemente ocupada por la familia Hughes. Propinó un puntapié a la portezuela del jardín y cubrió el camino de acceso hasta el porche. Aunque reparó en la presencia del timbre en la puerta, lo pasó por algo y asestó dos golpes fuertes con el puño. Insistió una vez más con mayor fuerza, y la puerta casi pareció combarse hacia dentro.

Una mujer con una mirada agria la recibió, apurando un cigarrillo en sus labios.

—¿Qué es esta forma de llamar? ¿Quién eres? —preguntó la mujer con mirada inquisidora.

—Hola. En la inmobiliaria me dieron esta dirección. La familia Hughes, ¿cierto?

—¿Quién quiere saberlo?

Johana dio un paso al frente, y los ojos de la mujer se llenaron de incertidumbre.

—¿Quién es, Elena? —preguntó una voz masculina dentro de la casa.

—No lo sé, todavía.

—Soy Johana Peeters. Supongo que Berenice nunca ha hablado a nadie de mí.

Los ojos de la mujer se abrieron al tiempo que la colilla desgastada cayó al suelo, y se hizo a un lado empujada por una fuerza externa.

—No es posible.

—Por tu expresión veo que sí lo ha hecho. Interesante. Vengo de visita, una visita familiar. —Ladeó la cabeza y dedicó una mordaz sonrisa. Seguidamente traspasó el umbral de la puerta—. Es una casa muy fría. Nunca me gustaron las casas frías. ¿Está mi hermana?

Un hombre de aspecto desanimado y que se enfundaba una chaqueta americana salió al pasillo que daba al vestíbulo.

—¿Por qué buscas a Berenice?

—No importa saberlo.

—Soy su padre, sí que importa —replicó.

Johana entró al comedor ante la mirada de incredulidad del hombre y la mujer, miró en derredor y dijo:

—Lleváis poco tiempo aquí alojados, ¿me equivoco?

—No creo que te importe a ti tampoco ese dato —intervino la mujer.

Johana corrió hacia ella un segundo después de que su rostro se transformara en una insolente mueca de odio. Sus ojos desencajados se encendieron como dos lenguas de fuego; sus finos labios escupieron el filtro y se cerraron en una ranura apenas perceptible, su piel se agrietó a la velocidad de unos pocos fotogramas de vídeo. Se detuvo justo delante de la mujer aterrorizada y se miraron a los ojos.

—No esperaba un comentario de ese tipo de una mujer.

—Basta, Johana. Berenice no está. No sabemos dónde está. Ahora te pido que te marches, no eres bienvenida.

—¿Has visto eso, Henry? Es como ella. Otro monstruo —dijo con voz temblorosa, retrocediendo un paso.

Johana cerró su puño y lo posó con delicadeza sobre el mentón de la mujer.

—¡Basta! —gritó Henry.

—Cállate, yo no obedezco a nadie.

—No eres como nuestra hija —dijo.

Volvió su mirada hacia el hombre y eliminó su sonrisa.

—Claro... que no. —Mientras pronunciaba la última palabra, su puño apoyado en el mentón continuó la trayectoria a la izquierda, empujando y llevándose por delante la mandíbula de la mujer, cuyo rostro quedaba ahora únicamente con la parte superior de la dentadura; la mandíbula chocó contra la pared y cayó al suelo aún envuelta en su propia piel sanguinolenta.

La mujer propinó un alarido metálico mientras buscaba con sus manos

trémulas la parte inexistente de su cara.

—¡Elena! —El grito del hombre sonó cargado de sollozos; luego se distanció con su piel perlada de sudor y buscó a tientas un punto donde apoyarse.

La mujer se topó con la pared a su espalda y se dejó caer hasta sentarse en el suelo, con las gotas de sangre formando un denso charco púrpura ante ella.

—¿Quieres ayudarme a encontrar a Berenice? —preguntó Johana.

—No podrás hacerle nada a mi hija. Es más fuerte que tú y se defenderá.

—Oh, yo no lo creo —repuso con calma. Se desplazó a gran velocidad, se detuvo a espaldas del hombre y le rodeó por el cuello obligándole a arrodillarse—. Soy fuerte... y rápida. Es el legado de Berenice. Ella me hizo así sin mi permiso. Ahora he venido a agradecérselo. ¿Me ayudarás a encontrarla?

Henry pronunció unas palabras ininteligibles mientras con las manos trataba de zafarse de los brazos de Johana.

—Oh, discúlpame. Siento haber sido tan brusca —dijo, y aflojó—. Ahora que no soy humana he perdido todo el respeto hacia mi antigua raza.

—No sé donde está —contestó, con la voz dolida.

—Falso. —Cerró la presión del brazo y el hombre comenzó a jadear. Esperó paciente al tanto que observaba la casa—. Demasiado fría. No me gusta. —Liberó un poco el cuello del hombre y añadió—: ¿Me ayudarás a encontrar a mi hermana?

—No es tu hermana.

—Lo fuimos una vez, y ahora somos lo mismo.

—Ella sabe ser buena.

—Oh, yo también: en ocasiones acabo con la vida de la persona antes de que su tormento se vuelva insoportable.

—Por una vez Elena tiene razón, eres un monstruo.

—No soy un monstruo. Soy Johana Peeters, nacida en Bristol, Inglaterra, un 12 de febrero de 1919.

Berenice apoyó las manos en el cristal cuando Teddy empezó a revelar su intenso dolor con alaridos cavernosos. Las manos del chico, agarrotadas y

salpicadas de manchas rosas, aferraban con fuerza la colcha y se cubría con ella como una piel con que aliviar su frío mortal.

—Lucha, mi amigo. —Luego apartó la mirada, incapaz de soportar el dolor del chico.

Sacudió la cabeza a un lado y a otro, empapando la almohada de su propio sudor. Hacía varios minutos que el hedor de la muerte se cernía en forma de volutas de aire sobre la cama; volutas tiznadas de negro al igual que el hollín en una hoguera. Teddy tosió varias veces y advirtió la dificultad que tenía para respirar por culpa de la hinchazón en la garganta. Parecía estar sufriendo cambios radicales en todo el organismo. En su agitada mente creyó oír las voces de cientos de personas en torno a él; su tío Rusty lo miraba infundiéndole los ánimos necesarios para soportar el dolor; su madre apareció de pronto con una bandeja esta vez repleta de pastelillos de chocolate; una infinidad de susurros desconocidos para él le animaban y le infundía coraje. Su cuerpo expulsaba un terrible calor que le abrasaba la piel constantemente, siempre sin llegar a quemar el nervio del cual nacía el dolor, intenso más allá de lo soportable por la cordura de los vivos. En la comisura de los ojos se habían acumulado lágrimas secas nacidas del desesperado sufrimiento. Experimentaba el repentino cambio del frío más extremo al abrasador calor de los infiernos. Oleadas de fuego parecían recorrer cada centímetro de su piel.

Tras todo aquello y un último aullido desgarrador, Teddy cerró los ojos y un gélido silencio colmó la habitación.

Berenice contemplaba el paso del día con un nudo en el estómago como el que no había sentido en su larga vida. El conocimiento del amor llevaba consigo el del dolor, pensó. Divisó un grupo de aves surcar el cielo unidas en un mismo camino rumbo al horizonte. Se convirtieron en una diminuta mancha oscura, que la empujó a llevar un dedo cubierto por los viejos guantes a los ojos para cerciorarse de que no se debía a las lágrimas.

Cuando se volvió y reparó en el cuerpo inmóvil de su amigo, sintió nuevamente las olvidadas emociones que una vez irrumpieron en su vida en el cementerio de Chicago. Arrimó los ojos al cristal y los abrió. El pecho del chico no se movía y su cara estaba completamente invadida por las manchas rosas.

—No es posible.

Golpeó el cristal de la ventana primero una vez, y en cuanto no percibió movimiento alguno en Teddy, insistió repetidas veces, cada vez más fuerte.

No entendió entonces lo que pasó por su mente. Entró en el cuarto atravesando los cristales sin importarle los cortes que nacieron en sus delicadas mejillas. Con los ojos encendidos por el fulgor blanquecino, se posó sobre la cama. Zarandeó con fuerza el cuerpo del chico. Pero no dio señas de vida.

—No lo entiendo. Es joven y fuerte ¡TEDDY!

Quitó la colcha de encima y la arrojó con una violencia desmedida hacia la pared.

—¡NO! —rugió, cogiendo al chico en sus brazos—. ¡Vamos! ¡Vive, mi amigo!

Lo apresó entre sus brazos, sintiendo la debilidad interior del cuerpo del muchacho, que no respiraba.

—¡NOOOO! ¡NOOOO! ¡¿POR QUÉ?!

Lo agitó, y el cuello del chico acompañó el vaivén como si se tratara de un muñeco de trapo.

—Está muerto —murmuró. Entonces de dentro de su cuerpo comenzó a emerger un calor colérico. Lo abrazó con fuerza, con la seguridad de que así la vida no le abandonaría. Aplicó su más sincero beso en la fría mejilla de Teddy y lo depositó despacio sobre la cama. Se alzó firme, contemplando a uno de los pocos merecedores para caminar a su lado en la larga vida. Las manchas rosas asomaban por el cuero cabelludo y se extendían hacia la frente. Pese al marcado tono rosado de la piel, podía apreciarse el color plomizo que había adquirido. La garganta parecía ser la continuación entre cuello y cuerpo a causa de la severa hinchazón.

Berenice se miró las manos enguantas con el ceño contraído por la rabia más hiriente. Las manos despidieron un calor tan intenso que el tejido de punto estalló en llamas y fue consumido como simple papel.

—Sola. Esta vez no elegido por mí.

Se volvió mirando a la ventana sin cristal. Había escuchado un portazo seguido de un grito en su casa.

Berenice arrastraba sus pies dentro de las botas negras en dirección a la casa. Se apresuró a dejar atrás todo lo que podía haber vivido junto a aquel

muchacho; sin embargo, por una vez, los sentimientos se aferraron a su alma como una huella de fuego que consumía su parte más dulce. Pese a la urgencia que tenía por averiguar el motivo del grito y el portazo, dirigió su vista apagada hacia la casa de Teddy.

—Tengo que continuar.

Apartó la mirada bruscamente y cerró los ojos, impidiendo que nada brotase de ellos. Cubrió el terreno del jardín hasta el porche de la casa que los había cobijado hasta ahora; pues con su amigo muerto ya nada la retenía en Silverston.

El que la puerta estuviera abierta sin ningún cuidado le extrañó, pero el dulzón aroma de la muerte que brotaba del interior la puso en alerta. Se detuvo junto a la jamba. Sentada en el suelo vio a Elena; los restos de su mandíbula dormitaban ensangrentados junto a la pared, con un reguero de sangre que sugería dónde tuvo lugar el golpe. Elena permanecía con la mirada fija al frente con los ojos en blanco y las manos sobre el regazo.

Procedente del fondo del pasillo escuchó un gemido doloroso. Atravesó la distancia que la separaba de la puerta del comedor. Henry, atado de pies y manos, estaba tendido en el suelo mientras trataba de desplazarse como un gusano hacia la puerta, donde ahora se encontraba Berenice, mirándole con un semblante de completa compasión.

El hombre alzó el cuello y la vio.

—Berenice —murmuró con esfuerzo—. Pensé que ella había vuelto.

—¿Quién? ¿Qué ha pasado? —La voz recobró su gravedad.

—Te ha encontrado. Johana está aquí —dijo, moteando el suelo de la sangre de su boca.

—Está viva. —Reunió sus dedos en un puño de acero y golpeó la pared del pasillo hundiendo levemente la pintura—. ¿Por qué ella sí y Teddy no? ¿Qué le ocurre a la vida que se deleita en el sufrimiento de las personas?

—Dios mío, Berenice. Lo siento tanto —dijo Henry, y tosió varios esputos de sangre.

—Estoy perfectamente. Teddy ha muerto porque su cuerpo era débil. Nada más —anunció con severidad, sin embargo, se obligó a apartar la mirada de Henry. No movió los ojos, no parpadeó; cualquier movimiento haría nacer las lágrimas, y con Johana cerca...—. ¿Qué ha pasado? —le preguntó, inclinándose a su lado y rompiendo las gruesas cuerdas de las muñecas y tobillos con un tirón seco.

El hombre se sentó y se masajeó sus muñecas.

—Entró en la casa casi sin permiso y le dio un puñetazo a Elena en la mandíbula.

Berenice se sorprendió.

—Tiene una fuerza sobrehumana —continuó; luego guardó silencio al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Tanta como tú. Pero no es una niña, tiene el aspecto de una joven de unos veinte años. ¿No debería tener su aspecto de niña?

—No lo sé.

—Tendremos que llevar cuidado.

—Tú no tendrás que llevar nada —dijo mientras se ponía de nuevo en pie.

—Estamos juntos en esto. Sigues siendo mi hija adoptiva, ¿me oyes? Quiero que me obedezcas. Te digo que esa chica puede ser peligrosa. Es mala de verdad. Por Dios, mira lo que ha hecho con Elena. Tendré que ocultar su cuerpo de la policía y...

Berenice estiró la comisura de sus labios al tanto que se arrodillaba junto él. Extendió sus dedos con la intención de acariciar sus mejillas adultas, pero se contuvo al no tener ya los guantes.

—Oh, mi querido Henry. Tu amor de padre se parece tanto a mi profunda admiración por Teddy. Creo que por fin entiendo un ápice de lo que me he perdido tanto tiempo sola.

—Berenice... —El rostro de Henry se enterneció—. Quisiera abrazarte.

—Guarda tus anhelos para después. Tengo algo que solucionar. Hablaré con Johana.

—¡No! —exclamó—. Te lo prohíbo, ¿me oyes? Obedece de una maldita vez.

Berenice se irguió.

—¿A qué tienes miedo? Sólo es una chica.

—Esta vez no lo es. Es alguien muy peligroso, ¿me oyes? Es fuerte. ¿Quieres escucharme?

Se encaminó hacia el pasillo y miró por encima del hombro al escuchar las palabras de Henry.

—Te confundes, padre.

Él abrió los ojos.

—No hay nadie como yo —añadió, dándole la espalda—. Veré qué quiere, luego... Tú encárgate de Jason Cross antes de que se vuelva como ella. No quiero más copias de mí.

Finalizada la conversación, caminó por el pasillo, cruzó el jardín y se detuvo en la acera.

El sol perdía intensidad, el cielo del atardecer se cubría en un tono púrpura que recordó a Berenice la sangre que se iba a derramar. Pero antes de ello daría a Teddy el entierro del que era merecedor.

Abrió las viejas heridas guardadas en forma de recuerdos. Aquella noche marchaba con el perro encontrado en Francia entre sus brazos. Atrás, en el callejón, dejaba dos cuerpos tendidos sobre un charco de sangre que no dejaba de crecer y con el cuello vuelto del revés; ambos hombres murieron con el horror tallado en sus ojos. No tuvieron tiempo de nada después de que el disparo impactase en el lomo del animal. Berenice se abalanzó encima de ellos con el rostro desencajado por la furia y les rompió el cuello antes de que el grito brotase de sus gargantas. En aquella época había conocido la muerte en sus diversas formas, pero nunca robada de un modo despiadado a un amigo. Partió con el cuerpo de Larsie en sus brazos hacia las afueras de Auburn, Alabama. El par de maleantes confundieron al perro con un policía, cuando se distanció de Berenice durante unos segundos, cosa de la que siempre se sintió culpable, su imperdonable descuido. Dejó los altos edificios del centro urbano y abarcó el trecho del camino hasta internarse en un grupo de árboles. Allí dio sepultura a su primer y único amigo. Cavó un agujero de un metro de profundidad con las manos y depositó con respeto el cuerpo del animal. Lo cubrió con la tierra y colocó encima tres piedras. Se irguió con sus facciones teñidas por la tristeza de no comprender la muerte. Permaneció quieta durante una hora esperando que Larsie aún pudiera asomar la pata y le lamiera los guantes que ella acostumbraba a usar. Sin embargo, desistió al reparar que su única compañía era el rumor de las hojas a merced del viento. Con el rostro sepultado por la melancolía deambuló varios días. Adquirió una postal de Auburn en una diminuta tienda destinada a los escasos turistas que merodeaban por la localidad. Pensó que aquello contribuiría a mostrar respeto por Larsie. En la postal que rezaba *I Love Alabama*, Berenice añadió su propio amor con una caligrafía esmerada: «Donde duerme Larsie, mi primer amigo».

Por aquel entonces no comprendió el extraño dolor que afloró dentro de ella. Ahora sabía que era un vacío que nunca volvería ser llenado, una página arrancada de un libro, algo insustituible que se marchaba sin decir adiós. Aprendió que las personas caminaban por la vida colmadas de pérdidas y de vacíos.

Trepó al fresno que había junto a la ventana de Teddy y saltó a la repisa. Miró el cuerpo del chico. Yacía inmóvil tal y como ella lo había dejado...

con la salvedad de que ahora Teddy tenía los ojos abiertos. Berenice parpadeó convencida de que debía ser una ilusión. Tras el repetido parpadeo y, segura de que no lo era, no pudo evitar que una lágrima corriera por su mejilla.

—Has sobrevivido a la enfermedad. —La voz sonó melódica, angelical—. Ahora caminarás a mi lado, mi amigo.

Entró en el cuarto salpicado de cristales y de una sopa que desprendía un olor insoportable. Se aproximó a la cama.

6

Después de una batalla biológica repleta de fiebre, frío y calor, y un sinfín de dolores afilados como cuchillas, Teddy Benson abrió los ojos a una nueva vida. Lo primero que observó fue a Berenice en la ventana. Carraspeó dos veces tratando de asimilar el extraño sabor que inundaba su boca. La vio acercarse al pie de la cama y dedicarle una sonrisa.

—Bien hecho.

Paladeó en busca de saliva nueva y fresca para aliviar el mal sabor, al tiempo que escudriñaba el dorso de la mano. Estaba libre de manchas. Advirtió que su piel era ligeramente más tersa y firme. Se sorprendió al comprobar que sus manos eran naturales y no como las de Berenice, quien había decidido no ocultarlas.

—¿Hola?

Berenice ensanchó la sonrisa y le miró con curiosidad.

—¿Cómo te sientes? Yo no recuerdo este proceso.

El chico continuó analizando sus manos, por completo normales. Paseó la mirada por los brazos; luego palpó cada parte de su rostro. ¡Sorprendente! La piel ya no estaba invadida por cientos de granos ansiosos por explotar y derramar su pastoso contenido. Ahora tenía la textura de un bebé. Todo lo demás parecía normal. El cambio estaba en su interior. Su estómago se encontraba distinto. Satisfecho y sin apetito pese a no haber comido.

—Me siento raro.

—Imagino que te sientes como yo —le dijo con una expresión de enorme alegría.

Se incorporó en la cama, cuyo aspecto era semejante a un lugar en que se

hubiera librado una feroz batalla. Las sábanas estaban manchadas de sudor, saliva y orina; y algo que Teddy no pudo identificar.

Berenice, que reparó en la mirada de sorpresa del chico, dijo:

—Es la sustancia que segregará tu cuerpo de ahora en adelante.

—¿Eh? Pero qué es.

—Lo que te obligará a no tocar a nadie, Teddy, recuérdalo. Si no infectarás a personas. Y ya hay bastantes contagiadas en este momento.

Teddy le dirigió una mirada interrogativa.

—Sí. Jason Cross —anunció ella—. Pero también está la niña con la que vivía en Boston. Ha sobrevivido también.

—Increíble. Todo suena tan increíble. No sé qué opinar.

Berenice se sentó a su lado y le acarició el labio inferior.

—Ahora podemos tocarnos sin peligro. Por fin un igual a mí, digno de estar a mi lado. —Guardó silencio un momento. Teddy acercó sus manos a las suaves mejillas de ella, quien añadió—: Los demás deben morir.

Los ojos de Teddy se abrieron buscando una respuesta en los de ella.

—La niña de aquella época se llama Johana Peeters y es un grave problema para nosotros.

—¿Por qué?

—Está en Silverston y ha matado a Elena, mi madre adoptiva.

—Dios mío, Berenice.

—No te preocupes. Ha venido sólo a por mí. Era envidiosa y malcriada, pero podré hablar con ella y ver qué se propone. Tú quédate escondido, estarás a salvo aquí.

Teddy se miró las palmas de sus manos.

—Creo que tengo mucha más fuerza que antes.

—Sí, pero un gran poder conlleva una gran responsabilidad. —Berenice se puso en pie y entornó los ojos infundiendo a su mirada un brillo sombrío—. Y recuerda que debemos comer. Espero que tus viejos conceptos también hayan cambiado. Si no tendrás muchos problemas. Aunque viendo a Johana... parece que ella es toda una experta en adaptación. —Se inclinó ante Teddy—. Quiero que te quedes aquí hasta que solucione lo de Johana. ¿Lo harás?

—Sí.

Ella asintió con una sonrisa. Luego unió sus labios a los del muchacho. Aunque sólo tenía intención de ser un simple beso, ninguno logró refrenarse, y se abrazaron prolongando el beso durante minutos. Únicamente se detuvieron al oír un automóvil que se detenía frente a la casa de Berenice.

—Alguien ha llegado.

Se miraron con ojos bien abiertos, las cejas arqueadas y una tonta sonrisa; tras el tenso segundo de silencio, rieron de nuevo y se abrazaron.

—Juntos, Teddy, ahora sí.

—Eres maravillosa.

7

Vio salir a Berenice de la casa del vecino, y permaneció un instante en el comedor sin hacer nada, tratando de asimilar lo sucedido, que indudablemente era descabellado y fuera de todo razonamiento. Le resultaba difícil adaptarse a aquello: Elena asesinada por una mujer que se mantenía joven gracias a la enzima de la telomerasa, sin el menor pudor y con una frialdad incomprensible.

Como dijo a Berenice, pasaría a ocultar el cadáver. Sus pasos estremecieron la casa en su profundo silencio. El corto pasillo que conducía al vestíbulo se hallaba en penumbra pese a la claridad del día. Las piernas de Elena asomaban desde el vestíbulo al pasillo.

Avanzaba con lentitud, soportando los golpes con que los pensamientos embestían su cabeza. Aun habiendo pasado años con Berenice, la extraña sensación de estar sufriendo una pesadilla no le abandonaba; lo imposible se hacía posible, surgiendo personas capaces de retrasar el envejecimiento y de moverse a gran velocidad. Pese a todo, la muerte siempre era un ingrediente habitual. No sólo Jason estaba infectado, ahora el chico a quien tanto afecto le tenía Berenice había sucumbido a la enfermedad. Lo que implicaba la pronta partida de Silverston con su hija, a algún lugar lejano donde poder desembarazarse de las indescriptibles sensaciones que le producía el verse rodeado de más personas con las mismas necesidades que Berenice.

Al situarse junto al cuerpo, la fortaleza adquirida por tanto tiempo ayudando a Berenice comenzó a desvanecerse. Se sentía vulnerable, abatido y la conciencia lo torturaba una vez más.

—Dios santo.

La mirada vacía del cadáver estaba puesta en Henry, quien no soportándolo se vio obligado a volver la vista a un lado.

—Tengo que ocultarlo.

Del dormitorio trajo una raída manta con que envolver a Elena. La extendió sobre el suelo del vestíbulo. Rodeó el charco de sangre que se había formado.

—Lo siento, Elena.

Con resignación y profunda repugna, se agachó y empujó el cuerpo por el hombro hasta que quedó tumbado junto a la manta. Luego le dio vueltas con cuidado y lo dejó encima de la manta, de espaldas, evitando así la mirada de Elena. Finalmente se puso en pie, cogió un lado de la manta y cubrió el cadáver; hizo lo mismo con el otro extremo.

Avanzó por el pasillo hasta la puerta que conducía al sótano. Descendió los pocos escalones, tiró del cordón invisible en la oscuridad y una bombilla desnuda arrojó su luz mortecina. Sobre una pesada mesa de madera atestada de serrín halló la cuerda.

Regresó junto al cadáver y, en cuclillas, pasó la cuerda bajo la manta, tiró con la otra mano del extremo. Realizó un fuerte nudo provisto de tres vueltas. Ahora sí, pensó. Podría arrastrarlo sin temor a que la manta se desprendiera y dejara a la vista partes de su esposa. Cogió los tobillos que asomaban de la manta y comenzó a tirar, cuando reparó con un sobresalto que la mandíbula continuaba en el rincón.

—Dios santo —masculó.

Arrastró el cuerpo a lo largo del pasillo. Se adentró en el rellano de las escaleras del sótano y bajó pasando por alto los golpes que la cabeza producía en cada escalón.

Lo peor ocurrió después de que depositara finalmente el cuerpo en el hueco bajo las escaleras.

El sonido del timbre inundó la casa, de un modo que a Henry le pareció ensordecedor.

Limpio el sudor de su rostro con el dorso de la mano. Percibió el gélido silencio en que quedaba sepultada la casa a continuación. De repente, el timbre reanudó su detonación metálica con mayor insistencia. Henry esperó a que quienquiera que fuese desistiera en su empeño. Sabía que Berenice acostumbraba a usar las ventanas para entrar en las viviendas. Así pues, no era ella. Pero se dijo que la última vez había usado la puerta y ésta no estaba cerrada con llave.

Los latidos de su corazón acompañaron el doloroso palpar de la úlcera que, como si fuera una criatura viva, parecía arañar las paredes de su estómago. ¿Y si el policía que había hablado con Elena se encontraba en la

puerta de entrada? Éste sólo tenía que abrir la puerta y entrar. Así vería la mandíbula en el rincón.

¡NO!

La terca exclamación lo empujó a tirar del cordón y servirse de las tinieblas para ocultarse. En ocasiones la oscuridad favorecía a la víctima, como en ese momento se sentía él, igual que una víctima acosada continuamente por las autoridades. Tenía la certeza de que las persecuciones no finalizarían nunca a no ser que rehusara ayudar a Berenice. Su hija, corrigió de inmediato, viéndose implicado. Cosa que jamás haría.

El timbre insistió en su irritante tortura, atravesando cada habitación, cada rincón y pared hasta deslizarse escaleras abajo. Fue consciente de que el sonido metálico rasgaba sus tímpanos. Se llevó las manos a su oreja derecha con la absurda sensación de que un hilo de sangre brotaba del interior. ¡Márchate!, rugió su mente.

Henry, quien ahora sólo escuchaba los latidos de su corazón, agradeció el repentino silencio que nuevamente se cernió sobre la casa, con un denso envoltorio tan sólido y palpable que creyó posible cogerlo con la mano.

De algún recóndito lugar floreció el valor para ascender las escaleras. Se aferró al pasamanos. Advirtió lo inestable que era, no obstante, pisó el primer escalón experimentando el quejido de la vieja madera. ¡Por Dios, que se detenga el ruido!, aulló. Con el rostro cubierto de sudor se aventuró a subir otro peldaño. Contaba los segundos transcurridos desde el último timbrado. Aunque la cuenta ascendió a diez segundos, el interior de su cuerpo mantuvo la tensión hasta tal punto que creyó que estallaría.

—Es el policía, estoy seguro —susurró, repitiéndolo como una cancioncilla de cuna.

Pasados veinte segundos sin sonar el timbre, esbozó una sonrisa desquiciada y retorcida. Cerró sus dedos en torno a la jamba de la puerta y jadeó como un animal en cuanto asomó su cabeza al pasillo. Visualizó la difusa figura de un hombre al otro lado de los cristales emplomados que flanqueaban la puerta principal. ¿Por qué continuaba ahí parado? No hay nadie en casa, márchate de una vez, por el amor de Dios. El pensamiento fue deseado con tal intensidad que experimentó un leve dolor de cabeza.

Entonces una pequeña imagen tomó forma en su mente; la mandíbula de Elena dando brincos sobre el suelo de un modo burlón.

—Tengo que cogerla.

Emergió del rellano de la escalera y se deslizó por la pared del pasillo

conteniendo la respiración. Sintió el nudo de la boca del estómago agrandarse y tornarse doloroso. Extendió el brazo con la mano pegada a la pared, desesperado por alcanzar la esquina, deseoso de percibir el vacío que cortaba la pared y daba paso al vestíbulo.

El tipo todavía se encontraba en la puerta, inmóvil y acuchillando el corazón de Henry con cada segundo que permanecía allí plantado.

Alcanzó el vestíbulo, con los ojos tan abiertos que parecía carecer de párpados, y poseyendo el sutil brillo de la demencia. La mandíbula, cuya simple visión adicionaba un sentimiento infinitamente más horrendo, dormitaba en el rincón. Henry creyó estar delante de una de las sonrisas sarcásticas que Elena solía escupir cuando algo no era de su agrado. Incluso con aquella media sonrisa rota, experimentó la misma irritación que siempre le provocaba.

Se inclinó y cogió la mandíbula. Fijó su mirada en la pieza dental que faltaba. El impacto había hecho que un diente se desprendiera; yacía manchado de sangre a pocos centímetros de distancia. Se estremeció al calcular la fuerza requerida para infundir semejante potencia a un puñetazo.

Sin levantarse volvió la mirada hacia el cristal saturado por relieves de vidrio. La silueta difusa había desaparecido. Henry expulsó un fuerte soplo de alivio. Tras coger también el diente, cruzó el pasillo hasta la cocina y envolvió ambas piezas en papel de periódico. Descendió al sótano y lo arrojó al mismo rincón en que continuaba el cadáver.

Había concluido esa parte del trabajo. A continuación debía ocuparse de Jason. Una última muerte más en la ciudad, pensó. Sólo una más y abandonaría Silverston con su hija en busca de una nueva vida más tranquila, porque con su amigo muerto no querría permanecer aquí.

En el baño, con las manos bajo el agua del grifo, evaluó la situación. Se vio obligado a hacerlo al darse cuenta de que no sentía pesar por Elena. Se compadeció de sí mismo, porque una muerte tras otra en protección de Berenice había desarrollado en él un caparazón cuyo grosor impedía ser atravesado por el sufrimiento. Escrutó sus ojos claramente severos, fríos, con bolsas oscurecidas por el insomnio y surcadas por finas arrugas.

—Mi obsesión por Berenice me ha convertido en un asesino. Matar por amor —añadió—. Extraña paradoja.

Salpicó su cara con agua fría; luego aplicó el mullido tacto de una toalla a su rostro y, por último, se secó las manos. Al salir a la calle fue bañado por el resplandor del sol. Con la mente en blanco puso rumbo al pequeño centro

médico de Silverston.

8

Berenice se aproximó a la ventana. De un ágil salto alcanzó el alféizar y atisbó por encima del hombro. Teddy se analizaba cada centímetro de su piel. Ella pensó que debía adaptarse a sus nuevas cualidades. Con los ojos dotados de un nuevo y esperanzador brillo, se encaramó sobre el fresno y saltó al césped. Caminó junto a la valla que dividía ambas casas, y por entre la hendidura de dos listones de madera divisó a Ken Parker, dirigiéndose hacia el porche de la casa de ella.

Por suerte había acordado con Henry que ocultaría el cadáver para ganar tiempo. Algo de lo que andaban escasos. Si la policía encontraba el cuerpo de Elena sería el final, porque rodearían la casa. Aunque ella podría escapar a gran velocidad, no deseaba abandonar a Henry después de todo lo que había hecho por ella. Era la única persona que había comprendido en profundidad que ella también debía vivir.

Tras el zumbido metálico procedente de la radio del coche patrulla, Berenice vio a Parker descender los escalones del porche, acercarse y contestar. Agazapada escuchó a Parker protestar acerca de que estaba tras la pista de los culpables. Luego exclamó a la radio cómo era posible aquello. Una joven vestida con la moda de los años veinte irrumpiendo en el hospital y fumando en filtro.

¡Johana! Era ella, no había ninguna duda.

La voz del policía se apagó y, entre maldiciones, entró al automóvil. Berenice se levantó y lo vio alejarse rumbo al hospital. Saber dónde se hallaba Johana había sido sumamente sencillo. Ahora se proponía averiguar qué pretendía.

El paso del tiempo no le había hecho olvidar el carácter caprichoso de aquella niña de cinco años en Boston. Y por la forma de proceder con Elena y Henry, sus caprichos infantiles parecían haberse acentuado, lo que podría resultar peligroso. Elena había demostrado no amarla tanto como Henry, ni siquiera quererla, pese a todo, no merecía morir de aquel modo tan despiadado. Cada cual estaba en su derecho de ejercer su libre albedrío y decidir a quién deseaba amar. A veces Berenice se preguntaba qué impulsó a

Elena a unirse con Henry para destruir a las personas infectadas.

Capítulo 15

1

Teddy se encontraba frente al espejo contemplando con desconcierto su rostro inmaculado, blanco y suave como un velo de seda. En ningún caso tenía la impresión de haber sobrevivido a una terrible enfermedad. Por una vez, la imagen que le devolvía el espejo era de su agrado. Incluso su cabello, antes encrespado, era capaz de absorber el reflejo de la luz del baño. Pero su mayor sorpresa fue que no necesitaba las gafas. Su visión era perfecta y enfocaba con una nitidez cristalina.

—He mejorado. Ahora soy mejor —dijo para sus adentros sin poder dejar de sonreír—. Es increíble. Ya no soy feo.

Evocó desde una distancia lejana, como si aquel recuerdo no formara parte de su nueva vida, a Jason presionando uno de sus granos más gordos mientras Darren y Mark lo sostenían por los brazos. Incapaz de moverse, tuvo que resignarse a sentir cómo el pus amarillo corría por su cara con desagradable lentitud. Tenía grabado el horrible sonido de las risas de Jason resonando en su mente con todo el dolor de una vida pasada.

—Imbécil, ahora soy mejor que tú.

No volverían a reírse de él ni a robarle el dinero del almuerzo. Sería respetado. Por un momento sintió la libertad de no tener que verse sometido a las reglas con que convivían los demás. Podía tomar decisiones diferentes a las que se veían obligadas a tomar el resto de personas a causa de la limitada movilidad que el mundo permitía. Siempre había tenido la sensación de que ciertas personas no eran como ellas realmente querían y si deseaban cambiar les resultaba imposible por la enorme cantidad de trabas que obstaculizaban el camino. Él tampoco había sido hasta ahora como deseaba. Su colección de monstruos estuvo bien, obtuvo momentos muy gratos. Pero era hora de emprender un nuevo rumbo. Nuevas experiencias. Ya pensaría en algo. Ahora disponía de más tiempo que el resto; jugaba con ventaja.

Podía marcharse de casa sin que ello repercutiese en algo grave. Junto a Berenice no necesitaba a su madre. La vida estaba ahí fuera para que alguien

capacitado pudiera alcanzarla en toda su plenitud. Pronto cumpliría los diecisiete años. El pensamiento le arrancó una sonora carcajada que llenó el poco espacio del baño.

Cerró y abrió los puños experimentando la nueva fuerza que poseía. Sintió que sus piernas eran más ligeras a la vez que firmes y fuertes. Se desplazó treinta centímetros a la derecha; luego volvió al punto de inicio. Repitió el movimiento hasta alcanzar una velocidad sorprendente. A continuación, se detuvo sin jadear, sin que su corazón hubiese apreciado el esfuerzo. Repitió el proceso a mayor velocidad, y su cuerpo se convirtió en una imagen difusa frente al espejo.

—¡Dios mío, es imposible! —exclamó pleno de emoción—. Soy más rápido que cualquier ser humano. ¿Qué me ha pasado? Es increíble.

Río.

Y siguió riendo a la espera del dolor de abdomen que acontecía en esas situaciones; sin embargo, el dolor no apareció.

Plantado en el jardín trasero, miró en derredor y, tras asegurarse de que nadie le observaba, cosa habitual, comenzó a desplazarse de un lado a otro distanciándose varios metros. Seguidamente fijó su mirada en el fresno frente a la ventana de su habitación, y tuvo la certeza de poder trepar con la facilidad del mono, sin el mayor ápice de vértigo e inseguridad. Pero no trepó al árbol, sino que saltó a la rama más gruesa y contempló el ventanuco de la casa de Berenice, el mismo donde una vez apareció ella envuelta en la raída manta. Cuánto tiempo había pasado, pensó. Finalmente comprendía por qué Berenice no le temía a nada y era capaz de hacer cosas tan increíbles. Ella tenía razón, un gran poder conlleva una gran responsabilidad. No obstante, se le antojaba difícil resistirse a mostrarles a todos las cosas de las que ahora era capaz.

Esbozó una verdadera sonrisa de satisfacción y descendió del árbol con un firme salto. En cualquier caso, debería de ocultar por el momento todo a su madre. No era de las personas que vería con buenos ojos que su hijo fuese ahora superior a ella.

Escrutó sus manos de piel tersa, y sintió enorme alegría porque permanecerían así por muchos años.

¿Qué podría hacer ahora?

Berenice le había pedido que se ocultara en casa para no ser visto por Johana Peeters. ¿Pero no era él también como Johana? ¿Qué podía temer? Por fin parecían tener sentido las palabras de Berenice acerca del miedo,

claro que con esta renovación, el temor parecía no existir, pensó. Sólo deseó que su agitado estado de ánimo no fuese pasajero y tuviera algún tipo de recaída.

Era día de escuela, por tanto, los alumnos estarían sentados y petrificados delante del encerado en que el profesor realizaba sus garabatos a tiza. Aunque su madre le había dado día libre..., aquello le hizo detener su línea de pensamientos. Corrijo, pensó sonriente, gracias a mi propia decisión.

Tenía pensado hacer una visita turística a la escuela, pero antes tomaría parte de sus ahorros y bebería un refresco en el Billy Manilly. Vaciló un momento al recordar cuando estuvo con Berenice y ella no bebió del vaso ni comió el perrito caliente.

—No come nada. —Prestó atención a su cuerpo y reparó en que no tenía hambre ni sed—. Vaya. Se me hará raro no poder comer nada. Y será muy raro no comer delante de mi madre.

Sabía que si no comía delante de Frida, ésta no tardaría en tomar medidas disciplinarias..., pero el nuevo y renovado Teddy no tenía por qué tomarlas en cuenta.

Con los labios apretados en una fina sonrisa salió a la acera y avanzó en dirección a Billy Manilly. Mientras caminaba con paso animoso, las monedas tintineaban en los bolsillos.

En apariencia, todo continuaba normal. Los escaparates exhibían los productos del mejor modo posible para atraer a clientes. A pesar de que todos parecían abstraídos en sus tareas, repararon en Teddy, quien cruzaba por su lado con novedosa superioridad. El puesto de perritos se alzaba en la acostumbrada esquina y el señor Howard tenía puesta su mirada en el soleado día que la naturaleza concedía a Silverston. Portaba el mismo delantal de siempre sobre la camisa blanca de siempre. Teddy se dijo que aquél era uno de los hombres que tal vez no se veían capaces de cambiar su destino.

—Buenos días, Teddy —le saludó Howard, con la misma sonrisa que repetía a sus habituales clientes—. ¿No estás en clase?

Teddy por un segundo se detuvo delante del puesto de perritos ante la incómoda pregunta. Se dijo que ni siquiera tenía por qué responderle.

Pero lo hizo.

—Me he tomado el día libre. Hoy me siento diferente y he querido ver si algo ha cambiado, pero veo que no.

—Uno de estos perritos puede hacer que todo cambie, ¿qué me dices?

—No tengo hambre. Y ni siquiera he desayunado. Creo que ya no somos

iguales, señor Howard.

Tras aquellas palabras, Teddy dio la espalda al hombre y caminó como si nada hubiese ocurrido. Howard, en cambio, quedó boquiabierto por la respuesta del chico, quien nunca había exhibido semejante desdén. Normalmente hablaba lo justo o con gestos de cabeza.

En pocos minutos pasó junto a la cafetería Morning Coffee, cuya marquesina morada irrumpía de la fachada con la sutileza de un diente postizo. Posó su vista en el cartel recién colocado, que anunciaba descuentos en el café y rosquillas. Introdujo las manos en los bolsillos de los tejanos, contempló la cantidad de monedas que llenaban su mano. Nunca había tomado café, entonces se dijo que era el día de cambios radicales. Aunque tenía pensado ir al Billy Manilly, lo pasó por alto y entró.

De inmediato advirtió el agradable aroma a café molido y a delicioso chocolate humeante que traía la señora Austin sobre la bandeja; ésta salió de detrás de la barra tapizada en madera y pasó a distribuir el pedido entre varias mesas atestadas de personas. Luego se dirigió a una mesa al fondo ocupada por una joven de mirada insolente. Teddy no supo decirse a qué época pertenecería el vestuario de la joven. También reparó en que sus rasgos eran tan delicados como los de Berenice, pese a ser claramente mayor que ella. Sus suaves movimientos eran nota de una educación refinada.

El chico avanzó a paso seguro y tomó asiento en una mesa libre. Pronto se vio sobresaltado por la camarera, cuyo aspecto largo y famélico le obligó a reprimir una risotada.

—Buenos días, ¿qué va a ser, chico?

—Hola. —Dudó entre el café y las rosquillas que había pensado o el sabroso chocolate que probó una vez con su padre cuando acudieron al cumplir nueve años—. Una taza de chocolate.

—Grande, mediana, pequeña.

—Pequeña —aclaró Teddy.

La espiga se alejó y desapareció por una puerta tras la que se concentraba la mayor parte del aroma. Mientras esperaba su pedido, buscó un punto en donde poner su atención y evitar así la penetrante mirada de la joven en la mesa de la esquina. Teddy sintió que esos ojos lo estaban evaluando de forma meticulosa. Ni siquiera el Teddy renovado supo cómo afrontar la situación. Sobre todo cuando la joven se levantó con su taza de chocolate en mano y se acercó. Sin permiso alguno y conservando el silencio que los envolvía, se sentó a la mesa frente a él.

—¿De dónde has salido tú? —Teddy sintió que la mirada de ella había terminado su evaluación, aunque él no conocía el resultado—. Responde —insistió con voz seca.

—No entiendo —dijo.

—Uno nuevo. Y amigo de Berenice, por supuesto —aseguró mientras introducía un cigarrillo en el filtro. Luego arrimó el extremo a su piel y prendió. Seguidamente lanzó una enorme bocanada de humo hacia Teddy—. Muy nuevo por lo que veo. Felicidades por tu renovación. Imagino que estarás sorprendido con las nuevas habilidades.

Teddy asintió con un lento gesto de cabeza, sin apartar sus ojos del cigarrillo que no dejaba de moverse en los dedos de la joven con la delicadeza de la aristocracia.

—Tiene cosas buenas, no lo dudo. Pero el hambre es insoportable y doloroso hasta extremos que no puedes ni imaginar —anunció entre bocanadas de humo—. ¿Hay más como tú, como Berenice y como yo? ¿Sabes de más casos en esta ciudad?

—No —mintió, pues recordaba que Jason seguramente sobreviviría. Lo extraño era que su lucha con la enfermedad durase tanto, pensó.

—Bien, ¿dónde está Berenice?

—Eres Johana —anunció el chico.

—Sssí —dijo, alargando la «ese» un largo segundo, como una serpiente.

—Has matado a la madre de Berenice.

—Muy nuevo. Diría sin temor a equivocarme que escasas horas. ¿Me equivoco?

—No.

La camarera regresó con la bandeja repleta de pedidos. Depositó la taza de chocolate frente a Teddy y se alejó una vez más hacia el resto de las mesas.

—Yo en tu lugar no tomaría eso.

—¿Por qué?

—¿Berenice no te ha explicado nada? Anda prueba y verás qué divertido.

—¿Y por qué tú sí que bebes? —le preguntó.

—¿Acaso me has visto beber? Es sólo para pasar desapercibida. Con el tiempo he aprendido muchas cosas. Para disimular. ¿Me entiendes?

El chico asintió.

—¿Cómo te llamas?

—Teddy. Teddy Benson.

—Muy bien, Teddy Benson, ¿dónde está Berenice?

—La verdad es que no lo sé. Se ha ido. —Aunque no sabía en qué lugar se encontraba su amiga, sí que sabía que la buscaba, pero prefirió evitarle ese detalle a Johana.

—Nadie sabe dónde está esta chica nunca, por lo que veo. —Johana Peeters dirigió una mirada hosca al chico—. ¿Y se puede saber qué aspecto tiene?

2

Johana sostenía los informes de Jason Cross robados al médico de CDC. Aquello fue lo que le llevó a plantarse frente al edificio del centro médico, cuya puerta estaba custodiada por un policía; entendió que la misión de éste estaba relacionada con Jason. La calle era transitada por personas que se afanaban por dejar atrás la presencia de Johana, quien escrutaba con una mirada desprovista de humanidad la fachada del edificio en busca de otros puntos de acceso. Con los años llegó a convencerse de que si ya no compartía el parentesco con aquellas criaturas, no tenía por qué seguir sus normas; en definitiva, no necesitaba cruzar la puerta de entrada. Perdonar la vida al policía le daría más tiempo para dirigirse a la habitación de Jason. La número veintitrés según el informe.

Siguió la mirada de unos muchachos que la observaban como si ella hubiese escapado de un carnaval. Llegaron hasta sus oídos los murmullos burlones. Lo pasaría por alto, matar a esos inútiles sólo le robaría unos pocos segundos, pero su objetivo ahora era ese chico llamado Jason Cross. Era algo que había aprendido con los años: no desviarse de un asunto si quería cosechar buenos resultados.

Cruzó la calle después de ceder el paso a dos vehículos. Cubrió la distancia que la separaba del descenso para sillas de ruedas. Desde allí una acera blanca continuaba en torno al edificio hasta las puertas de emergencia, donde se detuvo impaciente, porque una camilla con un hombre tendido era conducida al interior por un auxiliar con el rostro apesado por una máscara de sudor.

—¡Rápido, es el doctor encontrado en la carretera! —anunció.

—Han sido rápidos en traerle —murmuró Johana. Atravesó la puerta batiente, con el filtro sostenido entre sus labios y lanzando veloces miradas de arrogancia a dos enfermeras detrás del mostrador de recepción, coronado por

un letrero que rezaba Urgencias.

—No está permitido fumar aquí —la amonestó una de las enfermeras, mientras engullía un bocadillo grasiento.

Johana le dedicó una fugaz sonrisa y pasó de largo. Se internó en los corredores distanciándose de la voz que le volvía a recordar la prohibición. La enfermera gorda tardó su tiempo en alcanzarla. Cuando Johana se volvió, atendiendo la llamada de la mujer, se topó con una boca que no dejaba de masticar los trozos de bocadillo untados de queso.

—Por favor, debe apagar el cigarrillo.

—Oiga, lo que debe estar prohibido es que usted coma de esa manera. Me crie valorando el espíritu de lucha de las mujeres, no haga que me avergüence de usted.

La enfermera enarcó las cejas al tiempo que detenía su ansioso masticar.

—Llamaré a seguridad.

—Hágalo. Los mataré a todos, ya me estoy cansando.

La mujer volvió sobre sus pasos hasta el mostrador y alzó el auricular del teléfono con el pedazo de pan inmóvil en su boca.

Johana llegó al pie de una escalera blanca recién pulida. Advirtió que toda la actividad era debido al médico de CDC. Eso los mantendría ocupados un rato, pensó. Subió a la segunda planta. El suelo reflejaba su imagen a la perfección; una figura de traje blanco que agitaba los brazos con paso militar, desviando la mirada a un lado y a otro en busca del número veintitrés. Los ecos de su firme taconeo recorrían junto a ella los pasillos.

Ante una puerta vio a una joven apoyada sobre dos muletas que la observaba con atención. Johana se detuvo delante de ella.

—Tu forma de mirar me recuerda a mí hace muchos años. —Luego miró el número de su habitación—. El número quince. No es el que busco.

—¿De visita? —dijo la joven, cuyo cabello parecía peinado con prisas y sin disponer de un espejo en que mirarse. Recorrió la ropa de Johana de arriba abajo.

—Exacto, de visita. ¿Qué te ha pasado? —le preguntó con un gesto dirigido a las muletas.

—Un accidente de coche. Pero estoy mejor.

—Eres fuerte. Es el buen reflejo de la mujer del futuro.

—Gracias —dijo sorprendida—. Tu ropa es increíble. Pareces una flapper de los años veinte... aunque lo curioso es que no lo pareces, sino que...

Johana lanzó una sonora carcajada que se entremezcló con los ecos de los

pasos cuando continuó su recorrido. La planta se hallaba en silencio, lo que acentuaba el choque de los tacones en el suelo. Al llegar al final, otro pasillo lo cruzaba formando una T. Echó un vistazo a los números de las puertas y dedujo que la habitación de Jason estaba en el pasillo de la derecha.

La puerta con el número veintitrés sobre el marco apareció ante Johana, quien pudo sentir a alguien diferente al otro lado.

—Es aquí —susurró. Asió el pomo metálico y lo giró.

La habitación era grande pese a que todo el equipo electrónico eliminaba la mayor parte del espacio. La cama se encontraba en el centro, rodeada por una cortina verde de anillas. Varios tubos transparentes y cables de aparatos estaban dirigidos hacia la cama donde descansaba una silueta grande. Johana supo reconocer el tufo a muerte que impregnaba el lugar. El mismo tufo que la rodeó una vez a ella y pudo vencer gracias a su edad.

Se aproximó y corrió la cortina con un firme tirón. Jason Cross yacía en la cama. Tenía la vista clavada en el techo con la impresión de estar viendo un fantasma.

—Qué extraño —musitó Johana.

Dos tubos finos con largas agujas en los extremos habían sido insertados en diferentes puntos del brazo. Una mascarilla de oxígeno cubría su boca y nariz.

—Esto parece un quirófano.

Llegó a la conclusión de que era una habitación en toda regla. Reparó en el pequeño televisor portátil encima de una mesita de madera y el armario abierto donde colgaba la cazadora de los Atlanta Braves junto a unos pantalones. Dedujo que el resto de la instrumentación técnica había sido llevada después, quizá cuando descubrieron que Jason tenía una enfermedad desconocida.

Johana apoyó sus manos en el borde metálico de la cama y se inclinó sobre el muchacho.

—Eh, ¿cuánto tiempo llevas aquí?

Jason produjo un leve carraspeo y la miró con mirada febril.

—No lo conseguirás. Estoy segura de que llevas demasiado tiempo aquí ingresado. Tu cuerpo está al límite de su resistencia. Tarde o temprano morirás por culpa del virus.

Los ojos de Jason se abrieron a medida que escuchaba esas palabras.

—Pero no te preocupes, yo misma te ahorraré el dolor.

La respiración acelerada del muchacho llenó de oxígeno el interior de la

mascarilla. Seguidamente se la quitó, y sus pálidos labios temblaron en su falta de coordinación.

—Esp... espera —articuló con notable esfuerzo—. ¿De qué mierda va esto?

—Puedes hablar. Lástima.

Jason trataba de incorporarse sobre el respaldo de la cama, cuando advirtió el fugaz movimiento del brazo de Johana en dirección al estómago. Una negativa llena de terror salió de su boca, acompañada por sangre negra. Desvió la atención hacia la mano, cuyos dedos firmemente estirados aún se encontraban insertados en su carne.

—¿Popor qué? —La última pregunta de Jason se desvaneció en el aire rancio de la habitación al tiempo que su cabeza caía hacia delante sin vida.

Johana, con un gesto enérgico, sacó su mano dejando un reguero de sangre sobre la sábana verde. Usó parte de la sábana para limpiarse. Quería salir de allí con el menor alboroto posible; sin embargo, eso no sería posible porque los constantes pitidos en el electrocardiograma plano alertaron al personal médico.

Se dispuso a abandonar la habitación cuando escuchó una voz odiosamente familiar.

—Has ahorrado el trabajo a Henry matando a este chico.

Las manos de Johana se cerraron con tal fuerza que nacieron moratones blancos en los nudillos.

—Berenice.

3

Sophie Evans siguió con la vista a la extraña mujer que se alejaba por el pasillo con aquella lúgubre risa que parecía suspenderse en el aire enrarecido. ¿Quién usaría esa forma de vestir en estos tiempos?, se preguntó mientras encontraba el mejor punto de apoyo con sus muletas. El doctor Anderson le había dicho que tendría que recurrir a ellas durante varias semanas hasta que su pierna izquierda se recuperase del todo. No obstante, ahora se encontraba mejor para realizar la visita a Jason. La tan necesaria visita, donde encontraría el resto de respuestas a añadir en las notas que había empezado a tomar desde que su madre le facilitó los lápices.

Con un antojo que se le presentó como absurdo, decidió tomar la misma

dirección que la mujer joven, en opinión de Sophie de unos veinte o veintidós años. Extrovertida, pensó.

La falta de hábito y su escasa recuperación, hicieron que cubrir la distancia hasta la intersección en forma de T resultara agotador. Interrumpió su paso para recobrar el aliento. De pronto llegaron a ella los murmullos procedentes de una de las habitaciones del fondo. El número veintitrés centelló en su cabeza. ¿No era la habitación que buscaba la joven?

En la distancia, casi como mirando a través de un catalejo, distinguió dicho número en la puerta de la habitación desde la cual emergían las voces.

Se apresuró a llegar a la puerta, con todo el esfuerzo que siempre infundía a sus propósitos. A medida que se acercaba, las palabras se tornaron inteligibles. Se apoyó en la pared y escuchó la conversación. Reconoció de inmediato la voz de la joven que antes le había dirigido la palabra.

En un principio no supo cómo valorar la conversación; aquello no tenía sentido. ¡Hablaban de Jason! Alzó la vista. El número veintitrés era la habitación de Jason Cross.

¿Cómo sabía aquella joven dónde estaba ingresado? ¿Sería un familiar? No, no era posible, pensó.

4

Johana se volvió con un semblante de odio visible y competitivo. Percibió el desconcierto en Berenice, al observar que era más joven que ella.

—Tienes la apariencia de una adolescente —graznó.

—Has envejecido más rápido que yo. —Berenice se encontraba de pie en la repisa de la ventana y su cabello era movido por el viento—. No sabía que algo así podía pasar. Es interesante.

—¿Interesante?

Berenice asintió al tanto que entraba en la habitación.

De pronto, como el soplo del viento, Johana se desplazó junto a ella y le dirigió una mirada penetrante y cargada de aspereza.

—El tiempo no te ha cambiado nada, Johana Peeters —declaró sin inmutarse.

—Estás equivocada en eso, hermanita. He tenido mucho tiempo para aprender cosas nuevas. Tiempo que tú me has dado.

—En aquella época no sabía que algunas personas jóvenes y fuertes sobreviven al virus. En caso de saberlo no te hubiera seleccionado, aunque no tenía a nadie más cerca. Sólo eres fruto de la casualidad. Ahora evito esa multiplicación de mí.

Se acercó un paso más hacia Berenice en un arrebato de cólera.

—¿Quién eres tú para decidir a quién se le debe alargar el tiempo? Dime..., hermanita. —Finalizó añadiendo esa palabra con una ironía de desprecio.

—Nadie debe vivir más de lo concedido por la naturaleza. Ella es quien regula la vida y la muerte. Como he dicho, eres fruto de la casualidad. Además, tú misma has cortado la vida de Elena, mi madre adoptiva, sin necesidad alguna, y has atado a Henry. Eres una vulgar delincuente.

Johana estiró su cuello y la atravesó con la mirada.

—Tú también. Seguramente estarías muerta de no ser por mis generosos padres, a los que tu enfermedad mató. —Aferró el cuello de Berenice pero, cuando se dispuso a ejercer la fuerza necesaria para partirlo, advirtió la resistencia que ella infundía para evitarlo—. Vaya, eres fuerte —añadió, soltando el cuello con resignación—. En cuanto a lo de esa mujer, me puso nerviosa. Es mi manera de hacer las cosas ahora: con contundencia. Confórmate con que dejara vivo a ese estúpido hombre. Tenía pensado volver a la casa y tener una larga charla sobre ti, pero teniéndote aquí ya no es necesario.

—¿Qué haces en Silverston, Johana Peeters?

Se distanció de Berenice y le dio la espalda.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber Johana antes.

—Haces demasiado ruido. No has perdido tu costumbre de llamar la atención. Y, ahora, ¿por qué estás aquí? —insistió.

—Busco venganza por lo que me has hecho, por esta —Johana se miró las manos— herencia tuya y el haberme robado a mis padres.

—No maté a tus padres. Fuiste tú quien los contagió al no saber cómo actuar. Lo siento de veras, pero es la verdad. Una noche lo leí en un periódico, poco después de escapar de tu casa. La familia Peeters cayó en manos de una enfermedad y toda su fortuna pasó a manos de su única heredera, aún lo recuerdo. Pero yo jamás los toqué. Fuiste tú, desconocedora de cómo debías actuar, la culpable de sus muertes. Los infectaste.

—¡Mientes! —bramó.

—No miento. En todos estos años habrás aprendido cómo funciona esto.

—Nadie te dio permiso para transmitirme nada de esta cosa extraña —dijo

Johana—. Pagarás caro lo que me has hecho.

—Aprovecha tu larga vida de manera digna y merecedora de ella.

—¡No eres más que una bruta del campo, una boba! —dijo, y se desplazó a su máxima velocidad hasta Berenice, quien se limitó a hacerse a un lado con un movimiento calculado. Johana se volvió enfurecida. Sus ojos se abrieron como dos esferas incandescentes y se abalanzó nuevamente sobre Berenice, con las manos abiertas en garras. Entonces ésta se dejó atrapar por las manos de Johana, crispadas y dotadas de una fuerza que ambas ya conocían. Johana la arrojó contra la pared de la habitación. El armario se meció ante el potente impacto.

Berenice se limitó a alzarse y sacudirse el polvo de su chaqueta de cuero.

—¿Satisfecha? Es embriagador golpear a un igual, ¿cierto? Cálmate y deja de comportarte como una niña mimada. No podrás matarme con tus rabietas infantiles.

—Pero puedo matar tu alma —rugió—, quitándote a las personas cercanas.

Percibió la nueva nota de amenaza en la voz de Johana.

—Sí —afirmó recobrando la calma—. Sé que hay un chico. Un amigo tuyo. Teddy Benson. He tenido el placer de mantener una interesante conversación. Te conozco, Berenice. Siempre has sido una boba en busca de amor y amistad. Los hombres son poca cosa. Me he topado con unos cuantos; asesinos, violadores. Es curioso que haya pocas mujeres que violen hombres o los asesinen. Es una de las cosas que he aprendido con el tiempo. Y mataré a ese tonto. Es una gran idea, ¿no crees, hermanita?

Ante la mirada de horrendo desconcierto de Johana, Berenice corrió hacia ella dejando una estela luminosa. Con la sacudida de un sable samurái aferró el cuello de Johana y la alzó varios centímetros del suelo.

—Escúchame bien, burda copia de mí —le dijo mientras caminaba con ella sostenida por su mano. La llevó hasta la ventana y asomó la cabeza de Johana—. Si tocas a mi amigo verdadero te sepultaré con la sangre de tus padres. Así podrás hacerles compañía.

Los ojos de Johana se entornaron a causa de la risa.

—Apártate de mí, boba —le indicó.

A continuación ambas se volvieron cuando las voces de los enfermeros se acumularon al otro lado de la puerta.

—Mantente alerta, hermanita, porque cuando te debilites por no tomar la enzima, yo estaré cerca. Y créeme, yo siempre ando bien servida. Ha sido divertido volver a verte. —Johana se puso en pie sobre el alféizar y saltó al

vacío en el mismo instante en que la puerta se abría y el personal irrumpía en la habitación.

5

Henry caminaba a paso veloz por la acera de Racon Street, preguntándose cómo un hombre cuyo mayor empeño fue abrir una carpintería, acababa matando personas para que no se extendiera una epidemia, cuando realmente el virus vivía bajo su mismo techo y tenía nombre. Berenice. Ahora Berenice Hughes. ¿En qué momento tomó la decisión de volverse un ladrón de vidas? ¿Quién le otorgó esa labor?

Los rostros de los transeúntes que pasaban a su lado, inmiscuidos en sus asuntos, le resultaban sombríos y lejanos. Se sentía dentro de un largo sendero que únicamente podía caminar en soledad. Sobre todo ahora que su mujer estaba muerta. A un lado, extensiones de sillas ocupadas por personas ajenas a su vida, que no lograrían jamás comprender de lo era capaz un padre por su hija; en cualquier caso, lo miraban de forma acusadora. El lado opuesto del sendero estaba atestado de cadáveres tiznados del color de la muerte, siendo éste el rosa y no el negro.

Con la conciencia sosteniéndose sobre un fino hilo, continuó andando hasta Latter Street, donde un tipo charlatán le había indicado que se encontraba el pequeño hospital de Silverston. El hombre había acompañado cada una de sus palabras con una risotada amistosa; sin embargo, Henry le reprendió con una mirada cortante cuyos ojos se encontraban más cerca del umbral de la muerte que de la vida. Había advertido cómo el tipo retrocedía con un rostro receloso, encogiendo por completo la ancha sonrisa que alzaba sus pómulos.

Era la última muerte antes de partir de Silverston con su hija. No obstante, reconoció que era el mismo pensamiento melódico que se repetía siempre en momentos como ése, en que la partida a otro lugar no debía retrasarse. Con el tiempo había aprendido a reconocer los síntomas que latían en derredor suyo cuando era el momento de desaparecer. La señal más notoria era la cercanía con que ese policía husmeaba. Con la segunda visita a casa, Henry no sentía otra cosa más que urgencia. Y para su propia suerte, el vecino había sucumbido al virus; aquello le daba la seguridad de que Berenice estaría dispuesta a acompañarle. Ahora sin Elena no tenía otra cosa en la vida que a su hija.

Se detuvo sobresaltado por el tumulto de personas congregadas en torno al edificio de tres plantas. El rumor de voces crecía a medida que se sumaba más gente. De un modo precavido y con discreción, Henry se internó entre ellos. Escuchó diferentes versiones sobre una joven que había saltado desde una de las ventanas hasta el suelo y se había alejado corriendo. Otras voces aseguraban que seguidamente una niña había escalado el edificio con la facilidad del reptil.

Fijó su vista en la entrada principal, guardada por tres policías. Reconoció a Parker entre los agentes. Uno descendió los escalones de cemento blanco y se acercó hasta el perímetro de testigos, con una libreta en las manos. La marea de curiosos se meció hacia delante como el mar embravecido, y embistió al agente con frases inconexas y repletas de una fantasía que logró erizar la piel de Henry.

¿Era posible? ¿Dos chicas?

Berenice. Pero, ¿cuál era ella? La que había escalado hasta la terraza del edificio y quien se fue corriendo.

Luego llegaron hasta sus oídos nuevos rumores sobre un muchacho encontrado muerto en la misma habitación en que habían visto salir a las chicas. Las acusaciones se tornaron más crueles y grandilocuentes. Pese a todo, Henry sabía que no quedaba lejos la verdad. Dos tipos con la camisa arremangada y un marcado acento sureño empezaron a destacar del resto de testigos.

—Estoy completamente seguro de ello, sí señor. Nunca vi trepar así a ninguna persona. Parecía tener ventosas en las manos, señor agente. Sí, sí. Sin duda reiréis, pero ya decía yo en la tienda de Wilson que algo grande iba acontecer. Si algo me decía mi padre muy a menudo, era que yo sabía ver las catástrofes antes de que ocurrieran. No era una niña. No, señor. Era una comadreja.

—Está bien. Queda anotada su declaración —le dijo el agente de policía.

Nuevas voces se sumaron agregando más incertidumbre a la verdad.

Henry llegó a sus propias conclusiones. Johana o Berenice entraron en la habitación de ese chico, Jason, fin de la historia. Ahora su trabajo había terminado.

Entonces algunos brazos se estiraron en dirección a la terraza.

—Miren. Hay alguien allí.

—Dios santo, es una niña —observó una mujer, llevándose las manos a la boca en gesto de horror.

Henry alzó su vista al tiempo que el resto de personas, y reconoció de inmediato la figura vestida de negro de Berenice. Pero, ¿qué hacía allí quieta? No era su forma de actuar. Ella siempre había sido discreta hasta donde las circunstancias lo permitían.

De pronto, cuando vio a Parker junto con otro policía entrar en el edificio, sintió el apremiante deseo de subir hasta la terraza, porque intuyó que los policías querían detenerla y acusarla de la muerte de Jason. Pero Henry estaba seguro de que ella no era la culpable si Johana rondaba cerca.

6

El cabello de Berenice ondeaba al viento semejante a una bandera, revelando su pálido cuello. Se encontraba de pie sobre el muro bajo que limitaba la terraza del edificio. Frente a ella el sol relucía en oposición a la oscuridad que su cuerpo emitía. Nunca pensó que tendría que enfrentarse a alguien como ella. Siempre había pensado que era la única, y diferente a todos. Ahora tenía que proteger a Teddy de Johana, que parecía estar dispuesta a seguir compitiendo de forma absurda como lo hizo en Boston. Por aquella época, Johana no era más que una niña consentida acostumbrada a conseguir siempre lo que deseaba. Cosa que le recordaba mucho a ella misma cuando tenía menos experiencia, pero hacía mucho tiempo se había impuesto reglas para poder sobrevivir y ser discreta entre las personas. Pensaba que una chica caprichosa que alcanzaba lo que tenía a mano, sin importarle nada ni nadie, no era merecedora de alargar la vida. Y si en verdad era capaz de ir a por Teddy...

Desde lo alto de la terraza, Jointer Avenue se observaba como una arteria principal que cruzaba todo Silverston. Los edificios que la flanqueaban se erguían uno junto a otro a lo largo de la calle, en una sucesión de diferentes alturas, como la dentadura de un anciano que carece de varias piezas. Berenice divisó correr a Johana en nombre de la muerte, dejando tras su estela de envidia dos cadáveres tendidos en la acera, con la mirada perdida en un horror que no llegaron a comprender.

Embistió al hombre y a la mujer mientras caminaban en dirección al restaurante donde cada día realizaban un alto en su jornada laboral. El hombre cogió de la mano a su esposa y, un segundo antes de entregarle el

beso en los labios, Johana se abrió paso entre ambos; la mujer cayó al suelo al perder el equilibrio a causa del tacón roto. La mirada horrorizada del hombre se perdió en la locura cuando vio posarse en la acera un gorro de cloché de los años veinte; luego experimentó un súbito dolor interno que recorrió cada fibra de su cuerpo, hasta robarle un grito de su garganta que nunca brotó, pues la muerte fue más rápida. La mujer, en cambio, desgarró su voz en un alarido capaz de estremecer los ventanales del restaurante de lujo, cuyo nuevo menú ya no saborearía. Johana se aproximó con la cara carente de rastro de humanidad. Contempló con desprecio a la mujer, la alzó del suelo por el cuello como un maniquí vestido para una velada con su esposo. No dio ninguna importancia a las abundantes lágrimas que corrían por su rostro, únicamente se limitó a infundir la fuerza necesaria al pulgar de la mano con que sostenía el cuello; tras el sonoro chasquido, la cabeza de la mujer cayó sobre los hombros y su histerismo enmudeció. Johana arrojó el maniquí sin vida a un lado de la acera y miró por encima del hombro al resto de transeúntes que se habían detenido al contemplar el horror. Después de eso, recuperó su sombrero de cloché y continuó su carrera por Joints Avenue.

Berenice desvió su mirada hacia las diminutas formas que la observaban con creciente temor desde la calle; el mismo temor que había visto en personas de otras épocas aún latía dentro de aquellos que la señalaban. Pobres criaturas mortales que no comprendían que el verdadero mal no procedía de ella, sino de quien se deslizaba a velocidad increíble por Joints Avenue. Entre las personas divisó a Henry, quien había acudido al centro médico en busca de Jason. Ahora la miraba con expectación y sin saber cómo reaccionar. Sin duda, Johana cambiaba todas las reglas del juego.

Miró nuevamente hacia Joints Avenue, pero había perdido el rastro de Johana. Buscaba a Teddy. Mi amigo, pensó

¡Johana!

Elevó su bota negra escasos centímetros y estrelló la suela sobre el muro bajo. Tras las primeras grietas en el cemento, se desprendió parte del saliente hacia la calle. Las miradas de asombro se intensificaron y una ovación se elevó desde la muchedumbre.

No puede ser ella. Aún no puedo creer que una cría pueda haber matado a Spencer y sembrado todo este terror en una tranquila ciudad.

Mientras los pensamientos roían el cerebro de Parker, su mano aferraba el pasamanos en el ascenso hacia la puerta que daba a la terraza. Era seguido por Nick, con su arma pegada al pecho y una fina película de sudor en la cara que le obligaba a parpadear con frecuencia. Esa tensión era precisamente lo que había querido evitar cuando se mudó a Silverston, creyéndolo un lugar tranquilo donde permanecer más próximo a su familia, olvidando Chicago y sus calles atestadas de violencia. Estaba cansado de carreras maratonianas detrás de los talones de un sospechoso. Había pensado que en Silverston sólo tendría que encargarse de multas de tráfico y de peleas de borrachos.

Allí estaba de nuevo, no obstante, subiendo las escaleras del centro médico porque una muchacha estaba estrechamente relacionada con los casos de asesinato.

—¡Ya casi estamos, adelante, Nick! —rugió. Finalmente vio la puerta que lo separaba de la terraza. Un fugaz pensamiento irritante invadió su cabeza. ¿Cómo demonios había llegado hasta la terraza esa cría sin la llave de la puerta?

Se detuvo mientras una gota de sudor corría por su frente, introdujo la llave en la ranura y giró. Se escuchó un chasquido metálico, y Parker sintió a través de la mano cómo la puerta de acero cedía. Un repentino frío pasó por entre el hueco de la puerta y le erizó el vello del brazo.

—¿Preparado? —le preguntó a Nick, quien sostenía el arma con la experiencia de alguien que nunca había disparado a un hombre. Pero, ¿acaso iban a disparar a la pobre chica?

Nick asintió sin romper su silenciosa concentración.

Parker miró por la abertura de la puerta con los ojos muy abiertos y llenos de expectación. Pese a todo lo esperado y la rapidez con que habían ascendido las escaleras, no divisó a nadie en la terraza. Un grupo de nubes blancas algodoadas se deslizaba por el cielo con ajena pasividad.

—Mierda —farfulló—. No está. Es imposible. ¿Es que se ha lanzado hacia abajo?

Empujó la puerta con violencia y ambos entraron a gran velocidad. Nick extendió el cañón del arma en pose de alerta, con las rodillas ligeramente flexionadas y mirando en todas direcciones. Parker se dirigió de inmediato al muro bajo y frunció el entrecejo al contemplar el desprendimiento.

Se asomó a la calle. Las miradas aún se encontraban fijas en la terraza, con la morbosa esperanza de ver algún nuevo suceso que rompiera su monotonía. Parker agitó la mano hacia Andy en señal de negativa. El agente aguardaba junto a las personas congregadas en torno al edificio.

Nick se acercó y asomó su rostro sudoroso, parpadeó repetidas veces y dijo:

—Aquel hombre es a quien entrevisté en la casa que hay al lado de la familia Benson. No recuerdo su nombre, pero sí su cara.

—¿A quién te refieres?

—Aquél con la americana, y que mira en todas direcciones.

—Baja y dile a Andy que no le pierda de vista. Que no se vaya.

—De acuerdo.

Miró a Henry Hughes a los ojos, pese a la distancia. Aun sin poseer las aptitudes de su exmujer, pudo discernir que aquella mirada era la de alguien que ocultaba algo. Por lo visto se cumplía el dicho de que el culpable siempre regresaba al lugar del crimen, pensó. Entonces, ¿qué papel tenía aquella chica a la que todos parecían temer?

Reparó de nuevo en el leve desprendimiento en el muro bajo. Con la mano palpó con cuidado el filo que quedaba al descubierto. Dedujo enseguida que la rotura había sido hecha recientemente. El filo del bloque gris no mostraba la erosión del viento y aún quedaban restos de arenilla sobre la superficie de alrededor. Se distanció varios pasos y tanteó con la mano una parte diferente en el muro. Con sólo posar la mano encima, advirtió la firmeza del acabado. Aestó repetidos golpes con el puño, hasta que experimentó dolor en el dorso. Quienquiera que provocase la rotura debía tener una fuerza considerable, pensó. Desconcertado, golpeó con mayor fuerza el canto del muro.

—Parece imposible. Debo de estar equivocado, ella no puede romper el canto del muro con las manos. Tal vez tenga algún tipo de arma.

Pero cuando miró en derredor y experimentó el silbido del viento, comprendió de pronto que aún no tenía la pieza que buscaba desde hacía tantos años. ¿Dónde estaba la niña ahora? Cada vez más nervioso y extrañado, asomó su cuerpo hasta poder divisar la primera línea de ventanas del edificio. Éstas se encontraban a unos dos metros de donde estaba él. Luego alargó el brazo derecho tratando de hallar sus propias conclusiones. Alguien ágil quizá podría haber saltado a la repisa de una de las ventanas, y...

—Está dentro del edificio. Parece una cría escurridiza.

Convencido de esto, puso rumbo a la puerta de hierro y descendió las escaleras con el recobrado vigor que le infundía el estar tan próximo a la solución del caso.

Cuando llegó al vestíbulo, Henry Hughes se encontraba sentado en la parte trasera de un coche patrulla, con las manos esposadas en su regazo y la mirada perdida. Nick y Andy le contaron que había intentado huir a través de la gente. Esbozó una sonrisa de satisfacción, porque con ese gesto, el hombre casi se había declarado culpable, a no ser que tuviera una coartada a prueba de balas.

Se aplicó un masaje en el cuello. Aunque había dado la orden de que pusieran patas arriba el centro médico si fuera necesario para encontrar a la cría, no había aparecido y eso le provocaba nuevamente el dolor agudo en las cervicales.

8

Sophie se encontraba apoyada en la jamba de la puerta de la habitación. Hasta hacía tan sólo cinco minutos había estado viendo al ajetreado personal corriendo pasillo arriba pasillo abajo. Ninguno había podido eludir el miedo en los ojos a causa de la muerte de Jason. Y aunque habían obligado a todos los pacientes a volver a sus habitaciones, Sophie había observado por el hueco de la puerta levemente abierta pasar la camilla con el cuerpo de Jason cubierto por una sábana.

Ahora, mientras el pequeño hospital andaba revuelto y agitado, se preguntaba de quién era la voz de la chica con quien hablaba la joven que había visto en el pasillo. Y, sobre todo, dónde estaban y por qué no las había visto salir con el resto del personal médico.

Atisbó a un lado y a otro.

—No hay moros en la costa —susurró. Pero luego pensó que era más oportuno esperar a la noche para desempeñar de una vez por todas su trabajo; la investigación que había sufrido de un pequeño retraso por el accidente. Se miró la pierna vendada. Con resignación cerró la puerta y volvió al sepulcral silencio de su prisión atestada de lucecitas palpitantes y una cama fría en la que no había percibido en ningún momento la comodidad de una cama propia.

Suspiró de impaciencia y se acercó a la ventana desde la que había visto a toda aquella gente reunida mirando pasmada hacia la terraza minutos antes. Ahora todos se disgregaban cada uno rumbo a su casa. Pero Sophie sabía que los extraños hechos no serían fácilmente olvidados por los habitantes de Silverston.

Se sentó en el borde de la cama y dejó caer su cabeza hacia delante; su cabello encrespado, cuyas puntas parecían no haber sido reparadas en miles de años, se derramó pesadamente por los lados a causa de la grasa que acumulaba.

—Podría escurrirlo y llenar todo un frasco.

Por lo menos no había vuelto a notar el irritante picor en la pierna vendada. Después de recibir la visita de la auxiliar, quien no puso ninguna oposición en rascar su pierna, el picor había tratado de abrirse camino de nuevo, con odiosa tenacidad, pero la enfermera auxiliar, antes de marcharse, le había entregado una larga varilla de plástico para dichos casos. Entonces había sonreído por el gran avance en la técnica de rascado.

La varilla estaba sobre la cama, y se había convertido en una de las mejores amigas que había conocido en los últimos tiempos. Sin duda mucho más útil que ciertas personas. El mal chiste resonó en su pensamiento hasta que logró arrancarle una carcajada, que se estrelló contra las paredes del cuarto, como si fuese sólo la estancia de un demente. Luego soltó una segunda carcajada que animó su estancia en el hospital, a espera de que la noche se abalanzara sobre Silverston, porque nada era capaz de apartar a Sophie de la noticia más importante de su vida.

Tenía la certeza de que detrás de la muerte de Jason y la enfermedad, se encontraba lo más insólito que había acontecido en Silverston. Y aunque no sabía dónde situar a la nueva amiga de Teddy y su arañazo, sí sabía que el tiempo en estos casos era un buen aliado y le reportaría las respuestas. Por ahora tenía varias anotaciones en las hojas del bloc que su madre le había facilitado.

En forma de garabatos, dormitaban ideas extravagantes en sus hojas: en primer lugar, Sophie quería saber por qué nadie conocía a la nueva amiga de Teddy, si como había escuchado era tan atractiva. Los chicos de la escuela secundaria deberían haber echado chispas al contemplarla. Principalmente los que no tenían ninguna oportunidad con Cindy y sus dos aliadas. Y, en segundo lugar, por qué una chica atractiva que debería ser la rival más directa de Cindy Mancini, se fijaría en un individuo como Teddy. No era normal. Sin

duda era una chica diferente. Sophie estaba deseosa de tenerla cara a cara y preguntarle.

Tenía bien claro que con los nuevos sucesos llenaría más hojas de su bloc. Lo supo desde que la desconcertante mujer vestida de un modo antiguo apareció por el pasillo, y su certeza aumentó cuando no volvió a salir de la habitación de Jason. ¿Había ido esa mujer a asesinar a Jason? Su hipótesis no tenía ninguna base, pero sospechaba que estaba relacionada con la muerte del chico.

Llegó a la conclusión de que quizás había sido testigo de un crimen.

Su mente bullía una vez más acerca de la amiga de Teddy y los arañazos que contagiaban enfermedades, mientras esperaba que el sol que asomaba por la ventana se apagara, dando paso a la noche.

Capítulo 16

1

Sin embargo, antes de que el sol dejase de irradiar con su luz a Silverston, deberían sucederse unos hechos que escamarían los miedos más profundos del director Harvey Fuller.

Johana Peeters permanecía junto a la parada de autobús, situada delante de la escuela secundaria. Contemplaba a los alumnos huir del edificio como si temieran permanecer por más tiempo en clase. Algunos se sentaron en el mullido césped que rodeaba la escuela, con sus risas elevándose al cielo, ignorantes de quien les observaba. Los menos adinerados montaron en sus bicicletas y partieron rumbo a casa. Al otro lado, la zona de estacionamiento se transformó en un estallido de prisas por alejarse lo antes posible. Todo esto le hizo recordar su lejana época de estudiante.

Época en la que los vestidos no eran tan cortos y el maquillaje era codiciado sólo por las más desvergonzadas. Con todo, los primeros gritos de libertad irrumpieron al ritmo del *rock and roll* y los coches escupían humo como una estampida de búfalos. Fue en la década de los cincuenta cuando Johana, tras asimilar de la mejor forma posible la muerte de sus padres, decidió cruzar el país al oeste. California empezaba a sonar como el rincón del mundo en donde los más voraces podían amasar dinero fácil y reír sentados sobre sillones de cuero recién adquiridos.

Sin embargo, Johana Peeters no perseguía tales metas. Era el distanciamiento de todo su pasado lo que buscaba con el viaje. Había visto decenas de veces las fotografías de las costas californianas y deseaba estar frente a sus playas, lindadas por las anchas aceras en que las nuevas generaciones paseaban en bici y se deslizaban sobre patines. Todo esto, y su largo rastro de muertes, fue motivo suficiente para realizar una visita al oeste.

El día que subió al pesado autobús, los periódicos más importantes de Boston relampagueaban con los titulares más aterradores de los últimos veinte años. Varios distritos de la ciudad se vaciaron de vida a causa de, según las declaraciones más acertadas, un despiadado psicópata. La policía

estaba tras la pista de alguien rápido, inteligente y que mataba por placer. Y con una sonrisa de similar placer ascendió las escalerillas metálicas del autobús, lleno de viajeros de caras adormecidas por las horas de viaje acumuladas. Tomó asiento en la última fila; tenía la intención de mirar hacia atrás por la ventana trasera a modo de despedida. Los altos edificios se disminuyeron a medida que el autobús aumentaba la velocidad. Así fue como partió de un lado al otro del país.

Durante el trayecto conoció a un hombre llamado Patrick Olson, que se dirigía a Nevada, un lugar de extensas llanuras y largas cordilleras que nunca vería, pues su viaje sería cortado de un zarpazo por Johana. El tipo viajaba con una mochila cargada con lo necesario para comenzar la nueva etapa de su vida. Sus brazos estaban fortalecidos por los años de trabajo en el campo, y el mentón estrecho le concedía un rostro afilado. Sus ojos oscuros quedaban ensombrecidos por el ancha ala del sombrero de paja.

Johana guardaba paciente silencio mientras él la escrutaba de arriba abajo, debido al estilo de ropa que usaba por aquella época; aún mantenía las costumbres infundidas por sus padres, y su refinada educación algo agriada por ataques espontáneos que la convertían en una persona diferente. Lucía un vestido largo muy por debajo de las rodillas.

El hombre no dejaba de repetirle cómo había abandonado la casa de su padre tras una fuerte discusión cuando contaba diecisiete años. Se había cansado del olor de los bosques de Maine y partía hacia la desierta Nevada, con los ánimos expectantes y siempre atento a los nuevos obsequios que la vida le concedía.

Ella se preguntó si la consideraría un obsequio. Aquello le hizo rechinar los dientes con discreción al tiempo que le dedicaba una sonrisa cortés. Hacía diez años que se carteaba con una asociación feminista llamada Mujeres Independientes, de quien aprendió que una mujer debía hacerse respetar y nunca, nunca, jamás, ser considerada un objeto u obsequio ante un hombre. Ideas renovadoras que pronto impregnaron una parte de su personalidad. Desde entonces únicamente sustraía la enzima de los hombres, luego los mataba, claro que esto último era un añadido de Johana en su faceta como feminista.

La voz de Patrick continuaba sonando en torno a Johana como una tediosa y repetitiva melodía, con el agravante de que su hambre se abría paso en su interior. Sin embargo, cuando el conductor del autobús anunció la parada preestablecida para la noche, Johana estiró la comisura de sus labios en una

sincera sonrisa, que llevó a Patrick a pensar que ella estaba disfrutando con la conversación, y le sonrió, revelando una pieza dental postiza, que sugería un trabajo apresurado y de mala calidad.

El autobús se detuvo con una sacudida que hizo estremecer los intestinos de Johana ante el dolor que empezaba a asomar.

—¿Por qué no me acompañas al motel? —le preguntó.

—Claro, y ¿por qué no? —contestó él, con una sonrisa de absurda victoria.

Aunque Johana había aprendido a no tocar a nadie, por ese tipo haría una excepción, y lo cogió del brazo. Sintió la fuerza de los músculos de Patrick, un pensamiento le produjo una sonora carcajada al introducirse en su mente: lástima que los músculos no sirvan de nada en algunas ocasiones.

—¿De qué te ríes? —quiso saber.

—Luego te lo cuento, verás qué divertido.

Emergieron a una zona de estacionamiento repleta de vehículos y dos camiones. El variado surtido de marcas y colores sugirió a Johana estar delante de una compraventa de coches usados. El motel centelleaba en medio de la noche, con centenares de ojos amarillos; una sonrisa de neón anunciaba que se disponían a entrar en la propiedad de T.J. Atravesaron el pasillo de tierra flanqueada por filas de automóviles. Patrick se colocó el sombrero un tanto ladeado antes de acceder a la recepción. Detrás del mostrador de madera, con apariencia de haber sido reparado en diversas ocasiones, les esperaba un tipo enjuto cuyo pelo relucía por las generosas capas de gomina, y una eterna sonrisa que delataba falsedad. Vestía un traje negro de escasa calidad. Asintió en gesto de saludo sin apenas mover una fibra de su cara.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches —saludó Patrick, simulando una cortesía que no disponía ni sus padres le habían enseñado.

—Hola. —Johana, en cambio, siendo testigo de incontables cambios en la sociedad, se limitó a ser ella misma y dejar a un lado los desgastados protocolos de comportamiento—. Una sola habitación.

—Oh. —El tipo enjuto arqueó las cejas como si esa fuera su única capacidad de respuesta ante una mujer que tomaba la iniciativa, casi impensable en aquellos tiempos

—A nombre de Patrick y... Carol —añadió.

El gerente miró a Patrick buscando su consentimiento. Éste se encogió de hombros.

—Tiene carácter, ¿verdad?

Sin responder se volvió con movimientos calculados y cogió la llave seis. Seguidamente anotó los nombres dados en el parte de registro, con ojos muy abiertos pues seguramente había percibido las gotas de sudor que corrían por su frente despejada.

—Aquí tienen —le dijo a Patrick al tanto que le extendía la mano que sostenía la llave.

Johana le arrebató las llaves con rapidez dedicándole una mirada severa.

—No haga que cambie de menú.

—¿Cómo dice? Perdona, no la comprendo.

Se dirigieron a la segunda planta, pisando sobre escalones enmoquetados en color verde oscuro, que amortiguaban el quejido de la madera. Enseguida se toparon con el inicio de un pasillo iluminado con una luz mortecina que ocultaba el extremo opuesto en sombras. Una puerta se abrió y una mujer asomó su cara embadurnada con una mascarilla de belleza. Pero esto no le impidió dirigirle a Johana una mirada de censura; luego cerró con un golpe que estremeció el portalámparas asido a la pared, junto a la puerta.

—¿Te has fijado en este sitio? —dijo él, mirando por encima del hombro—. Me siento como en el corredor de la muerte.

Johana recibió la mordaz ironía con humor. Al menos el humor que le podía producir un tipo tan idiota como aquél.

Introdujo la llave en la puerta seis. A medida que la puerta se abría ante ellos, Johana apreció una estancia confortable pese a lo sumamente abarrotada de pesados muebles. La cama de matrimonio ostentaba el centro de la habitación, flanqueada por dos mesitas de noche sobre las que dormitaban lamparillas. Una gruesa cortina cubría la ventana. La única puerta cerrada hacía deducir que detrás se hallaba el baño.

Johana alzó el interruptor en la pared y, tras varios parpadeos, la luz del techo se derramó en la estancia alcanzando incluso los rincones, algo que la sorprendió teniendo en cuenta lo penoso del lugar. Hacía muchos años que se había hecho a la idea de que la vida ostentosa que había tenido con sus padres era cosa del pasado.

Patrick se dispuso a encender la lucecilla cenital, pero ésta no reaccionó.

—Vaya, mi lado de la cama estará sin luz.

Johana se volvió cansada de la presencia del desconocido.

—Adonde vas no necesitarás luz.

El tipo dibujó una sonrisa de desconcierto. Ella se acercó con coquetería y le empujó sobre la cama.

—Pobrecillo —murmuró—, no sabes lo que te espera.

Los ojos de Patrick se abrieron de pronto, revelando su excitación.

—Estoy deseando saberlo.

Johana dejó que su vestido resbalara por su cuerpo hasta el suelo, donde se replegó a sus pies. Con una sacudida lo alejó. Llevó ambas manos a la espalda y desabrochó de manera teatral el sujetador. Se abrazó a sí misma mientras contoneaba sus caderas ante los ojos estupefactos de Patrick.

—¡Allá voy, espérame! —exclamó, con la voz entrecortada por la creciente excitación, y con sumo nerviosismo, comenzó a desabrocharse los pantalones.

—Te espero —murmuró ella, realizando su sensual comedia perfeccionada durante su larga adolescencia. Por aquella época tenía la apariencia de una muchacha de dieciséis años pese a contar treinta y cinco años. De hecho era mayor que Patrick, de sólo veinte años.

Se despojó de los pantalones con la torpeza de quien estaba ante la primera mujer desnuda. Su boca se abría y cerraba con impaciencia mientras se quitaba la camiseta blanca. Johana soltó el sujetador de sus finos dedos y fue a parar al suelo. Él lanzó la camiseta a la pared y se recostó sobre la almohada en espera de su obsequio.

El obsequio gateaba sobre la cama como la criatura salvaje que realmente era, cuyas facciones se agravaron y la sonrisa se apagó en el rostro. Apresó el tobillo del hombre y lo acercó hacia ella con un firme tirón.

—Vaya, parece que tienes mucha fuerza, fierecilla.

Deslizó los dedos por el abdomen de Patrick, quien le acariciaba el pelo y las mejillas.

—Tu piel es áspera —dijo éste extrañado, y dejó de tocarle la piel.

—No te pongas nervioso, pequeño idiota. Veo que es tu primera vez, pero antes de morir te concederé el placer extremo.

Ante la mirada de terror, Patrick no pudo evitar que Johana se pusiera encima y embistiera su miembro en un salvaje galope de muerte. Gritó como cualquier joven en su iniciación sexual; sin embargo, el alarido que brotó de su garganta distaba de ser fruto del goce.

La mirada de ella se agrandó y se encendió con un brillo blanco, su lengua se deslizaba por el labio superior. A continuación inmovilizó las muñecas de Patrick con sus delicadas manos por encima de la cabeza de éste sin detener su balanceo de cadera. La piel de Johana segregó millones de gotas transparentes que corrieron por las curvas de su cuerpo; algunas se

desprendieron y cayeron en el pecho de Patrick, quien no dejaba de gritar y sacudir con la cabeza a un lado y a otro de la almohada.

Johana jadeó con un éxtasis animal cuando sus caderas de sacudieron.

—¡Grita! ¡Grita! —chilló al tanto que su cuerpo se descomponía en partículas luminosas.

La habitación se iluminó del fulgor de la muerte y, tras esto, Patrick dejó de gritar para agradecimiento del resto de inquilinos del motel J.T.

Su viaje continuó al volante de uno de los automóviles estacionados en el aparcamiento del motel. No le resultó difícil hacer un puente eléctrico en el clásico Plymouth rojo. De aquella forma, y dejando tras de sí un hombre muerto, enfiló por la Interestatal 75 en el estado de Kentucky hacia el oeste.

Johana no dejaba con vida a ninguna de sus víctimas después de obtener la enzima, lo que la llevó en aquella época a no conocer nada sobre las infecciones que bombardeaban las células de las personas que utilizaba para alimentarse (no relacionó la enfermedad de sus padres, que ella misma les transmitió, hasta más tarde, cuando emprendió la búsqueda de Berenice a finales de los años ochenta), de hecho no tenía inconveniente en matarlas. En primer lugar porque no deseaba testigos que la delataran; pero fundamentalmente porque a lo largo de sus años, desde que Berenice le traspasó su herencia aquella noche, había desarrollado una repulsión hacia el género humano, sobre todo a los hombres. De modo que, ¿por qué no matarlos, destruirlos? Por entonces no sabía del paradero de Berenice y aplacaba su rabia con la aniquilación de personas. Ya no se consideraba humana. Más adelante descubriría que Berenice caminaba por la tierra como ella, abasteciéndose de la enzima de la telomerasa, claro que Johana ni siquiera conocía tal nombre.

El cielo negro salpicado de estrellas se extendía hasta el horizonte donde se acumulaban en una gruesa línea brillante. Johana sabía que bajo aquel resplandor se encontraba la costa californiana. Aferró el volante con tanta fuerza que tuvo la impresión de que éste saltaría de donde estaba alojado.

Condujo por una carretera secundaria a las afueras de Princeton, Kentucky, hasta que el vehículo se quedó sin gasolina. Graznó una maldición al viento, se apeó dejando la puerta abierta y siguió a pie. Cuando hubo andado más de una milla en la silenciosa noche, observó a lo lejos una desvencijada gasolinera rodeada por decenas de bidones oxidados. La Texaco se erguía junto a la carretera con cuatro surtidores libres. Un tipo vestido con pantalones desgastados y una camisa cuya etiqueta rezaba Duncan Parrish,

salió del interior de la oficina, portando una botella de cerveza sostenida por el cuello mientras silbaba una melodía popular.

Johana advirtió que el hombre se detuvo porque la había visto andando por el arcén. La Texaco aumentó de tamaño y las arrugas del hombre se dibujaron con mayor nitidez sobre una cara tostada por el sol. Ella esbozó una mueca de repulsión cuando lo vio llevarse la mano libre a la entrepierna, y dejó florecer su particular odio hacia los hombres, que cuando tenían una mujer ante sí únicamente sabían ver un objeto para su propia satisfacción.

—Buenas noches —saludó, dando un largo trago; luego se limpió un hilillo de cerveza que asomaba por la comisura del labio con el dorso de la mano—. Deduzco que no desea gasolina.

—No deseo nada —replicó ella al tiempo que pasaba frente a la gasolinera—. Será mejor que siga mi camino, tengo algo de prisa.

—Verá... me preguntaba si querría pasar a la oficina conmigo, como sé que tiene prisa, sólo le robaré unos minutos.

—No creo que me durases mucho más. Olvídalo.

El hombre apuró la cerveza con un último trago y arrojó la botella a un lado, donde se estrelló deshaciéndose en decenas de fragmentos de cristal.

—¿Cómo has dicho, muñeca?

Dejaba atrás la gasolinera, y la voz del hombre le llegaba apenas en un murmullo imperceptible. Entonces escuchó los pasos acercarse apresurados a su espalda. Cuando miró por encima del hombro vio el morro de una vieja camioneta que asomaba detrás de la Texaco como una bestia de hierro al acecho.

—No soy una muñeca, pero me gustaría saber si aquella camioneta funciona.

El hombre estiró una ancha sonrisa sin el menor reparo en mostrar una fila de dientes terreno de las caries.

—Sólo funciona conmigo al volante, muñeca.

Johana, habiendo alcanzado su punto álgido de paciencia, corrió hacia el hombre, colocándose delante en una abrir y cerrar de ojos. La mirada del tipo se petrificó al contemplarla de pronto ante sí.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé, pero tampoco te importará mucho dentro de un minuto.

—¿Eh?

Miró la etiqueta de plástico en la camisa.

—Así que Parrish, ¿eh? —le dijo—. Bien, Parrish. ¿La camioneta funciona?

Voy a California y necesito un medio para llegar. Algo discreto. Mi poca paciencia no me permite ir en transporte público, ¿sabe?

Parrish estalló en una serie de carcajadas acompañadas del sabor a cerveza. A continuación le acarició la mejilla.

—No tengas prisa, muñeca. Podemos pasar a la parte de atrás de mi camioneta si es que te gustan los lugares más reservados.

Johana sin sonreír asintió, pensando que era la oportunidad que necesitaba para que ese idiota le entregase las llaves de la camioneta sin tener que buscarlas.

Parrish se adentró en la oficina, y al poco tiempo salió con una sonrisa de cuervo todavía retratada en su rostro. Con delicadeza guía a Johana del codo hacia la parte posterior de la gasolinera. El tipo, hipnotizado por el movimiento del trasero de Johana, no advirtió que ésta echó una ojeada para cerciorarse de que no había nadie en los alrededores.

—De modo que te gustan los sitios más oscuros y solitarios, ¿eh?

El mal estado de la pintura roja de la camioneta Chevy sugirió a Johana la poca utilidad que le daba Parrish. Sin embargo, tanto las ruedas como el resto del vehículo estaban en condiciones de realizar un largo viaje, lo que le provocó una creciente animosidad por destruir al imbécil que abría la portezuela trasera, siempre con la absurda sonrisa petrificada en su cara, y poner rumbo al oeste.

—¿Sabes, Parrish? Tengo una curiosidad —le dijo, y dio un paso hacia el hombre—. Mis padres me enseñaron cuando era pequeña que desconfiara de los desconocidos.

—Parece que tus padres te dieron buena educación.

—¿Los tuyos no te enseñaron algo parecido? —preguntó. Seguidamente avanzó otro paso con las manos cruzadas en la espalda con disimulo.

—Imagino que sí, pero uno olvida muchas cosas con la edad. —Parrish se volvió, impulsado por una súbita sensación de amenaza. Se topó con la cara blanca de Johana, cuyas facciones endurecidas y los poros de la piel eran tan rugosos como un viejo trapo de cocina. Con velocidad asió el cuello del hombre por detrás—. Veo que no te andas con chiquitas. Estás ansiosa, igual que yo.

—Sí. Tengo mucha prisa por marcharme —declaró ella con la voz provista de un leve ronquido. Cerró sus finos dedos en torno al cuello de Parrish y apretó lentamente. Después estrelló la cabeza contra la carrocería de la Chevy. Cuando lo liberó, el hombre cayó al suelo con la vista clavada en el

cielo. Por su frente corrían dos surcos rojos que se alojaban gota a gota en el ojo derecho—. No deberías haber olvidado el consejo de tus padres.

—Maldita zorra del demonio.

Johana, poseída por una oleada de rabia incontrolable, comenzó a proferir berridos resquebrajando el silencio de la noche. Hundió el tacón de su calzado en el cuello de Parrish, quien se llevó las manos para taponar el agujero por el que brotaba un torrente de sangre.

A continuación se quitó el zapato manchado, se inclinó junto al cuerpo agonizante y, mientras limpiaba su zapato con la camisa de Parrish, añadió:

—Los hombres sois la carroña maloliente del mundo. Es lo que aprendí de mi padre, ¿sabes? Él ya me enseñó cómo se comportan los hombres con las mujeres, incluso con las niñas, su propia hija. Monstruo, muere, muere. Me gusta ver cómo te ahogas en tu sangre.

La cara de Parrish empalideció, sus manos se envolvieron en el púrpura de la sangre, y de su garganta salieron notas de súplica con el desagradable sonido del líquido que inundaba la boca. El gorgoteo en la voz del desgraciado arrancó una feroz sonrisa a Johana.

Sin borrar la sonrisa y con un brillo desquiciado en sus ojos, se puso el zapato y se incorporó. La llave estaba insertada en la ranura de la portezuela del Chevy; el resto se mecían con un tintineo melódico alojadas en el llavero, único sonido que se escuchaba. Y Johana sumó su sonrisita burlona e infernal a la melodía metálica.

Tras llenar el depósito de la camioneta enfiló la carretera secundaria que había traído hasta Parrish la muerte en forma de mujer.

Después de tres días de viaje y dos hombres muertos —uno de ellos aplastado por una gran roca y un viejo impertinente atropellado por las ruedas de la camioneta en Arizona—, Johana llegó finalmente a California. La Chevy había demostrado su fortaleza. Comenzó a percibir el aroma del océano impregnado de sal muchas millas antes de llegar a Santa Mónica.

Al circular por las calles flanqueadas de las características viviendas lujosas de la localidad, las miradas se posaron en ella con el pavoneo sarcástico de los vecinos ricos. Con todo, no prestó atención a nada de aquello porque tenía la mente fija en una sola cosa: empezar de nuevo en aquel lugar.

Empezó a frecuentar la universidad y a fijarse en una etapa de su vida de la que no sabía nada. Sintió curiosidad y, tras solucionar los problemas de su edad con una identificación falsa, asistió a las clases. Pronto se sumó a los

jóvenes que deambulaban por el campus. No tardó en fijarse en ella el profesor de gimnasia.

Allí volvió a enfrentarse a su más grave problema, pero por aquel entonces estaba más preparada para afrontarlo, aunque fuera de un modo drástico y cobrándose una nueva vida.

Era capaz de reconocerse a sí misma que disfrutaba viendo a los hombres bajo sus pies, aun así, no le parecía buena idea llamar la atención en el campus. Sin embargo, las miradas del profesor de educación física se tornaron insoportables. No tenía el menor reparo en contemplarla descaradamente mientras ella caminaba con sus voluminosos libros abrazados al pecho. En una ocasión fue Johana quien le dirigió una mirada insolente, pero por lo visto él no captó la indirecta: no lo necesitaba, al menos hasta que su extraña hambre no se manifestara, en cuyo caso sería un verdadero placer mantener una conversación casual, claro que ésta no duraría mucho. Lo suficiente como para alejarlo de curiosos.

Al cabo de unos días, a las miradas se sumaron fortuitos encontronazos, donde el profesor siempre acababa posando sus manos en las caderas de Johana. En una de aquellas veces, asegurándose antes de que no hubiera nadie merodeando, le dijo que le cortaría las manos a la menor oportunidad. En ningún momento pretendió ser graciosa; todo lo contrario, retorció sus labios en una horrible expresión de asco hacia el profesor, pero éste continuaba sin aceptar la indirecta.

No tardó en aparecer la oportunidad en que el profesor comprendió, aunque demasiado tarde, que Johana no era mujer que se dejara someter por la voluntad de un hombre.

Cuando la policía halló el cadáver del profesor, carente de manos, ella abandonaba el campus en un descuidado Ford amarillo, que la obligó a romper el cristal del conductor y a realizar un puente en la conexión. Se alejó de las miradas acusadoras, sobre todo, al descubrir que los documentos y acreditaciones con que se había matriculado eran falsos.

Sin embargo, no todo fue malo en su época de estudiante. Siempre hubo una sonrisa sincera y gestos amables. Fue uno de los alumnos matriculados en derecho quien se ofreció de inmediato a prestarle ayuda cuando los libros de Johana se desparramaron por el suelo del pasillo. Se escucharon varias risitas que ella supo dejar de lado. El estudiante se inclinó y recogió sus libros sin borrar su amable expresión del rostro. Johana apreció aquel gesto por parte del desconocido, pero prefirió mantenerse alejada. Le hubiera gustado

conocer al menos su nombre, intercambiar alguna palabra. La desconocida sensación que la dejaba en un estado de debilidad, se diluyó en cuanto apareció el profesor de educación física, con su ropa deportiva tan ajustada que la entrepierna asomaba de forma indignante para cualquier mirada.

Pero era agua pasada. Aceptó los buenos momentos y eliminó los que le resultaron menos propicios. Ahora aquel hombre yacía bajo tierra y a nadie le importaba. Y ella se encontraba a muchas millas de la universidad en el Ford amarillo.

Johana, en el presente, eludió el resto de los recuerdos por el momento. Ya había rememorado centenares de veces en sus pesadillas lo que le ocurrió de pequeña. Su horrible recuerdo.

—Cerdo —rugió, caminando en dirección a las escaleras de la escuela secundaria.

Su firmeza a la hora de caminar fue advertida enseguida por grupos de chicos y chicas tendidos en el césped bajo el sol de Silverston. No les concedió importancia. Únicamente necesitaba saber dónde vivía Teddy Benson para volver a hacerle una visita... Esta vez no sería tan educada. Berenice sufriría.

Aunque muchos la evaluaban y la señalaban, cedió a su rabia sin reparo. Las facciones se endurecieron. Una red de arrugas nació de la comisura de sus ojos, frunció el entrecejo al tiempo que apretaba los labios y la piel de sus mejillas se cubría de profundos surcos resecos y petrificados. Dos alumnos que salían en ese instante por la puerta se apartaron al notar el extraño fenómeno de su cara. Luego murmuraron acerca de lo fea que era Johana.

Destensó los labios con la intención de liberar una sonrisa, pero cuando reparó en la puerta del despacho de Harvey Fuller, tras recorrer la mitad del pasillo flanqueado de taquillas rojas, transformó sus manos en garras de cuervo, posó la mano en el pomo y giró. Relajó su semblante antes de entrar.

La aparente severidad del hombre sentado detrás del escritorio no incomodó a Johana, quien se sentó sin que él pronunciara palabra.

—Buenas tardes —le saludó.

—Buenas tardes, señorita...

—Mi nombre no le importa —repuso—. Sólo debería importarle su vida.

El director dejó encima de la mesa unos pesados documentos y la miró desconcertado.

—No comprendo.

—Necesito la dirección de Teddy Benson. Su casa. ¿Dónde vive?

Fuller entornó los ojos con recelo.

—Sí. El joven Benson. Últimamente todo el mundo lo requiere —declaró cruzando sus brazos en el pecho—. ¿Y puedo saber por qué quiere su dirección?

Los dedos de Johana comenzaron a repiquetear sobre la mesa de escritorio con impaciencia.

—Tengo algo de prisa, ¿sabe?

—No puedo dar información privada a alguien que ni siquiera ha tenido la amabilidad de decirme su nombre —indicó Fuller—. Considero que la conversación puede terminar ante su falta de educación. De hecho ni siquiera es alumna del centro.

Johana se irguió en la silla igual a una cobra. Aproximó la cara hacia el director varios centímetros, aunque éste tuvo la horrenda impresión de que la tenía a sólo un centímetro de distancia y de que podía sentir su hediondo aliento semejante a pozos encerrados miles de años. Ante la mirada de miedo del director, ella encogió su boca y con una voz grave dijo:

—Esta conversación terminará sólo de dos formas posibles. La primera es que usted me dice la dirección de Teddy Benson, y yo acabo con usted de una manera rápida y poco dolorosa. La segunda varía en el modo en que obtengo el dato que busco. Pero usted también muere... o eso es lo que deseará si no me da la información. Mi hermana me ha dicho que hago demasiado ruido. Creo que tiene razón. Quizá lo mate y lo esconda en ese armario que tiene a su derecha. Así tardarán más en encontrarlo el resto de profesores, porque ya están bastante calientes las cosas con la muerte de Jason Cross.

—Dios santo. —La frente de Fuller se cubrió de sudor. Sin apartar la mirada de Johana, tanteó el cajón superior de la mesa en busca de un pañuelo que aliviara de las gotas que corrían por su frente y cuello. Pero su torpe mano empujada por el terror que le atenazaba, sólo fue capaz de acertar tras varios intentos. Abrió el cajón y palpó las varias libretas, dos lápices y la pluma con que acostumbraba a firmar los documentos.

—Estoy esperando. Podría buscar por mí misma la dirección de Teddy en los archivos que tiene a su izquierda. Pero me gustaría su colaboración.

—Sí, sí. Claro. —Estuvo a punto de tartamudear, algo raro en él, pero ante aquella situación e invadido por el miedo, cuyo modo de manifestarse siempre era con temblores en las manos y exceso de sudoración, no pudo

evitarlo. Las axilas de su camisa blanca se oscurecieron. Sintió que el apretado nudo de la corbata estaba más cerrado de lo normal, impidiéndole la respiración—. Sí, sí, ahora mismismo —repitió, deslizando su pañuelo por la frente con una mano mientras la otra liberaba un poco el nudo.

Johana vio un pequeño portarretratos en la mesa y lo volvió. Una niña de unos seis años con una sonrisa radiante pedaleaba sobre un triciclo en dirección a Harvey Fuller, que la esperaba en cuclillas y con los brazos extendidos.

—¿Quién es ella?

Fuller, anotando con el pulso tembloroso la dirección de Teddy en un papel, se detuvo con una nueva punzada de miedo palpitando en las sienes.

—Es mi hija. Aquí tienes la dirección.

Johana cogió el retrato y lo contempló en silencio.

Entonces, en un arrebato de cólera, arremetió contra la mesa. El golpe con su puño fue tan fuerte que la mesa quedó dividida en dos partes; el director se alejó en su silla de ruedas.

Johana se levantó de la silla y se acercó a Fuller.

—Levántese.

El director estaba desconcertado, miró a la ventana por encima de su hombro.

—He dicho que se levante —repitió, esa vez ayudándole con una mano cerrada en torno al cuello—. Arriba, arriba. —La puntera de los zapatos de Fuller danzaron en busca de un apoyo que no encontró—. Voy a dejarle con vida para que esta niña continúe teniendo padre. —Miró una vez más el retrato que sostenía en su mano libre—. Me encuentro generosa, ¿sabe? Pero si me entero de que llama a la policía o avisa a alguien, volveré, lo trituraré y lo meteré en una caja de zapatos. ¿Me ha entendido? —Lo empujó contra el cristal, pero éste no sufrió daños.

Tras liberarlo de sus poderosos dedos, cogió el papel con la dirección anotada y miró a Fuller por encima del hombro, quien estaba aterrado aplicándose un masaje en el cuello.

—¿Es usted fumador? Con las prisas he perdido mi filtro para cigarrillos, aun así aceptaría un cigarrillo.

El director negó con la cabeza muy lentamente.

—Ha sido un placer conocerle —dijo Johana antes de cerrar la puerta del despacho.

Cubrió la distancia del pasillo. En el exterior entornó los ojos a causa del

intenso sol que la embistió. Miró en derredor. Cualquiera de los chicos que había tumbados en el césped podría ofrecerle un cigarrillo, más tarde adquiriría un filtro nuevo, porque odiaba la textura de un cigarrillo directamente colocado entre sus labios.

Descendió los escalones y caminó por varios senderos de tierra aplanada que surcaban el césped recién segado. Atisbaba a un lado y a otro, buscando a quien pudiera cederle un par de cigarrillos. Pasó sobre la sombra del roble, que se alargaba a esa hora del día hasta las ruedas de una furgoneta estacionada. Un gato despistado cruzaba la calzada, mientras un vehículo conducido por un hombre, cuya atención era distraída por unas piernas largas que caminaban por la acera con sensualidad, circulaba en dirección al animal.

Johana reparó en que el automóvil arrollaría al gato. Miró alrededor para ver si alguien la miraba. Los estudiantes parecían tener cosas más importantes que hacer en ese momento.

Johana corrió.

—¡Mi gato! —Cindy apareció de pronto por la esquina. Corría como una posesa cargada con bolsas, seguida por Patty y Tina.

Sobresaltado por el chillido, el tipo miró al frente y divisó a Johana con el gato ya entre sus brazos, y por un segundo tuvo la impresión de que había surgido de la nada. Antes de frenar sintió el azote de odio que brotaba de aquellos ojos. Viró el volante y el vehículo fue a parar a la acera, dando tumbos se alejó, desapareciendo en el cruce siguiente.

—¡Cabrón! —aulló Cindy. Se aproximó hasta Johana con el corazón desbocado y una mirada de recelosa gratitud—. Gracias. Has salvado a mi gato.

Johana se lo entregó.

—Ese hombre iba mirando a aquella mujer —le explicó, y señaló a una joven que lucía un corto vestido con vuelo.

—Es un cerdo —rugió Tina.

Sin embargo, Patty escudriñaba con asombro el traje de Johana.

—Joder, menudo vestido, tía. Eres la segunda persona que veo en poco tiempo que es más rara que una ostra —dijo—. ¿Y ese gorro?

Johana dedicó una amable sonrisa a quien tal vez pudiera entregarle unos cigarrillos.

—Es un sombrero de cloché. Me gusta este traje —dijo acercándose a Patty y sus dos amigas—. Espero que no sea para ti un impedimento mi gusto por la

moda de los años veinte. A mí en cambio no me gusta tu minifalda, pero respeto las nuevas modas de este tiempo, ahora la mujer puede vestir como guste sin demasiados permisos, ¿verdad?

—Pues... sí, supongo que sí. —Patty, Tina y Cindy se miraron conteniendo una risotada.

—Bueno, gracias una vez más por salvar a mi gato. No sé qué habría pasado si no llegas a estar tú —dijo Cindy.

—De nada. —Johana ensanchó su sonrisa—. Me pregunto si tienes cigarrillos.

—¿Eh? Oye ¿tenemos cara de estanco, tía? —replicó Patty.

—Soy de las que piensan que las mujeres debemos echarnos una mano.

Cindy dio un paso al frente acariciando a su gato.

—Perdona a Patty, es así con todo el mundo.

—Sí, hoy puedo permitirme el lujo de perdonar dos veces seguidas, no hay problema.

Tina y Patty se miraron arqueando las cejas.

—Toma. —Le tendió dos cigarrillos—. Otro para el camino —dijo con una sonrisa.

—Gracias.

—Oye, dime, ¿por qué esa ropa? —quiso saber Cindy.

—Supongo que a veces es más difícil de lo que parece dejar atrás otros tiempos.

—Lo dices como si en realidad hubieras vivido en los años veinte —bromeó Cindy,

Johana entrecerró los ojos.

—Oh, no. Es una forma de hablar, ¿sabes?

—Claro, obviamente. —Cindy arrimó su cara al gato y le susurró cuánto la apreciaba y lo aliviada que estaba; luego miró a Johana—. Oye este viernes doy una fiesta. Pásate. Estás invitada. Es lo menos que puedo hacer como agradecimiento.

—Una fiesta —susurró Johana casi pasando por alto que estaba en presencia de personas—. Hace tiempo que no asisto a una fiesta.

—¿Por qué? —le preguntó Tina.

—Cosas de la vida. He estado ocupada buscando a alguien.

—Oye, no eres alumna de la escuela. Nunca te había visto por aquí —dijo Patty—. Además eres mayor que nosotras.

—Sí. Mucho mayor que vosotras.

—Bueno, tampoco exageres, tía. ¿Cuántos caen ya? ¿Veinte, veintiuno?
Johana guardó silencio.

—Veinte.

—Sólo nos llevas tres años —dijo Patty.

—Tal vez... —Cindy se la quedó mirando pensativa.

—No me digas que vas a invitar a la desconocida —rugió Patty.

—Acabo de llegar a Silverston y no conozco a nadie —añadió Johana—. Me vendría bien una fiesta después de tanto tiempo. Pero primero debo atender otros asuntos.

—¿Vas a la universidad? —preguntó Tina.

—Sí, estuve hace tiempo, aunque no fue una experiencia muy positiva.

—¿Por qué? —le preguntó Tina.

—¿Siempre eres tan preguntona? —inquirió Johana.

Patty se acercó a ella y le pasó el brazo por el hombro lanzando una carcajada.

—Sí, es Tina la preguntona.

Johana se sacudió el brazo de Patty, y ésta retrocedió mirando a Tina, quien reprimía una sonrisa.

—La fiesta es en mi casa —anunció Cindy—. Ten, te apuntaré mi dirección.

—Bien, dos direcciones en un día.

—¿Cómo dices? —Cindy la miró desconcertada con las manos puestas en el bolso.

—Nada —le dijo Johana.

Cindy le entregó una hoja con una caligrafía fina y saturada de curvas.

—Gracias. Seguramente acuda a tu fiesta.

—Incluso ese vestuario tuyo podría funcionar entre los chicos —comentó Patty.

Johana le dirigió una mirada de acritud.

—Déjala de una vez, Patty —la amonestó Cindy.

—Gracias por los cigarrillos. Nos veremos en tu fiesta. —Johana dejó atrás a las chicas con una extraña sensación en el cuerpo. Era como un gusanillo que roía en su interior despertando viejos anhelos que creía olvidados. Hacía casi una eternidad que no mantenía una conversación con chicas adolescentes. Y no había estado mal. Tenía la dirección de Teddy, sus cigarrillos y el viernes noche podría asistir a la fiesta de Cindy en caso de tenerlo todo solucionado. Así podría comprobar cómo se divertían los muchachos de este tiempo. Después de haber estado buscando a Berenice

durante años, era hora de tomarse unas vacaciones.

En verdad, Berenice había sido mucho más silenciosa que Johana a la hora de obtener la enzima. No le resultó costoso, no obstante, averiguar que la niña aquella que una vez había sido adoptada por sus padres, seguía con vida y también necesitaba su constante abastecimiento de telomerasa. Un nuevo rastro de muertes no causado por Johana era más que sospechoso y se debía ser muy despistada para pasarlo por alto. Sobre todo cuando algunos periódicos, aunque en artículos discretos que pasaban desapercibidos para la mayoría, anunciaban insólitos sucesos en pequeños pueblos y aldeas. Una de ellas quedando completamente arrasada por una enfermedad que producía manchas rosas. ¿Acaso no pasaron sus padres por la misma enfermedad?

2

Berenice se encontraba junto a un grupo de personas en torno a los dos cadáveres que había dejado Johana en Jointer Avenue. Un hombre rodeaba con los brazos a su mujer mientras ésta sollozaba en su pecho. El resto contemplaba horrorizado cómo la muerte no dejaba de cobrarse víctimas inocentes. Una madre que avanzaba hacia el lugar de los hechos, al advertir que algo raro había pasado, cruzó de acera cogiendo por el brazo a cada uno de sus hijos. Junto a la pareja asesinada frente al restaurante, el gimoteo de más vecinos se elevó por encima de sus cabezas. Un niño señaló el tacón roto de la mujer muerta, que se hallaba al lado de la señal de Stop.

Desde la distancia se escucharon los aullidos de las sirenas del coche patrulla, cuyo frontal se agrandaba a medida que se aproximaba. Cuando frenó y se apeó Nick, Berenice vio el cansancio y la impotencia acumulados en los ojos del agente. Se acercó al grupo de personas y dio órdenes a todos para que se apartaran.

Berenice se alejó y puso rumbo a casa de Teddy.

3

—¿Qué diablos pasa con usted y su familia? —inquirió Parker. No habían dado con el paradero de la chica en el hospital, pero por lo menos tenían al

padre y Parker se sentía moderadamente satisfecho. La respuesta que había dado éste a la pregunta de dónde se encontraba su hija desconcertó a Parker, pues reconocía no saber dónde estaba.

Una mesa se interponía entre él y Henry, a quien le latían las sienes y hacía rato que daba muestras de estar desmoronándose. Las frías paredes lisas y grises de la estancia parecían cernirse en torno a Henry de forma inquisitoria. Al otro lado de un sospechoso espejo, se encontraba sentado Forest a una mesa, escuchando con suma atención mientras el café humeaba. Henry tenía su mirada fija en la superficie de la mesa, guardaba silencio a la espera de que su mente diera orden a todas las ideas que le asaltaban en ese instante.

—No lo sé. Imagino que hemos perdido el rumbo.

—¿Puede ser más conciso?

Henry entornó los ojos y le penetró con la mirada.

—¿Es usted padre?

—Sí.

Henry relajó los hombros ante la respuesta.

—Entonces quizá pueda usted comprenderme.

—Eso deseo.

—Un buen padre hace cualquier cosa para que su hija salga adelante.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué relación tiene eso con los cadáveres encontrados en Silverston?

—Todo.

—¿Está usted dispuesto a concederme una declaración?

Henry asintió con desgana.

Los pulmones de Parker se vaciaron en un largo suspiro de alivio; finalmente encajaría las piezas del caso. Sobre todo, y lo más importante para él, conocería la forma en que murió Spencer en su celda.

—¿Quiere tomar un café? Le advierto que es horrible, pero por una vez creo que tomaré uno. ¿Le apetece?

Aceptó el café.

Minutos después, Parker sostenía el café con sus dedos y escudriñaba al sospechoso a través del humo que emanaba. Le reveló la existencia de un diario secreto donde estaba anotada toda la verdad, y le aseguró que había sido de vital importancia matar a las personas infectadas. Añadió con voz quebrada que el cuerpo de su mujer estaba en el sótano cubierta con una manta.

Parker, tras un sorbo que transformó su cara en una mueca de amargura,

depositó el café sobre la mesa que le separaba de Henry.

—Podrá usted comprender todo en las páginas de mi diario. Creo que es hora de que alguien lo lea y me juzgue.

—Tendrá un juicio justo, se lo aseguro —dijo, levantándose de la silla. De pronto le formuló una nueva pregunta—: ¿Estuvo usted en Chicago?

Henry volvió a asentir.

—¿Conoció el caso del violador llamado Spencer en Chicago?

Henry vaciló un segundo, asintiendo muy lentamente. A continuación lo trasladaron a una celda a espera del juicio.

Entretanto, al volante del coche patrulla, Parker puso rumbo a la casa y al diario, el que sin duda leería con atención. Se dijo que en él se encontraba la respuesta y la conclusión del caso. Luego se tomaría unas merecidas vacaciones. De hecho tenía pensado presentarse en casa de Julia para ver a sus hijas. Estaba de acuerdo con ese tipo, Henry, un padre debía estar dispuesto a hacer cualquier cosa por una hija. Pero la ley era la ley y nadie podía ir por las calles asesinando gente. El último pensamiento le produjo un escalofrío.

Eso me recuerda a algo, Parker.

Alejó la idea con una sacudida de cabeza, como si tratara de desembarazarse de una mosca.

Detuvo el automóvil y se apeó delante de la casa. Caminó hasta el porche. Antes de abrir la puerta vio salir al jardín de la casa adyacente a la señora Benson, quien delataba en sus ojos la preocupación mientras miraba al cielo. Sin otorgar importancia al asunto, él penetró al gélido silencio del vestíbulo de la casa. Al cerrarse la puerta, dio un pequeño brinco seguido de un sobresalto.

Deslizó el dedo índice por el interruptor. Una tenue luz abrió un pasillo y dibujó parcialmente los marcos de las puertas. Parker sabía dónde se hallaba el diario. Henry le confesó que yacía oculto bajo algunas sábanas en el cajón del armario del dormitorio. Así que decidió no perder más tiempo. Se apresuró a subir las escaleras como si fuera de una base a otra en un partido de béisbol: rápido y con la vista puesta en el objetivo. Sólo deseaba el diario; Nick y Andy podrían encargarse del cuerpo del sótano.

Sus piernas, sin embargo, no respondieron cuando alcanzó la segunda planta y miró al pasillo de la izquierda, en cuyo final daba bandazos una puerta. Pensó que debía haber una ventana por la cual penetrase el aire. Se dirigió hacia allí, creyendo que era el dormitorio en que se encontraba el

diario. Al entrar y encender la luz se le heló el corazón.

Las paredes estaban revestidas por el frío abandono del tiempo. Pese a ello, se apreciaban las señales de haber sido usado recientemente. La almohada se había curvado en el centro, sugiriendo el descanso de la cabeza de una persona. Por lo visto, pensó, el hombre que tanto quería ayudar a su hija, no parecía dispuesto a concederle una habitación en condiciones. Le horrorizó la imagen de una muchacha tumbada en la estéril cama, cuyo armazón de hierro quedaba herido por manchas de óxido. Una raída manta dormitaba en un extremo, con una de las puntas rozando el suelo, empujada por la leve brisa que se abría paso por la ventana. La luz revelaba un mueble hinchado de la parte inferior por la humedad. Parker echó en falta el aspecto dulce y acogedor que toda adolescente sabía infundirle a un cuarto; con fotografías familiares, retratos que exhibían el tipo de hombre soñado, y alguna que otra muñeca de la infancia sobre la cama, con sus ojos eternamente fijos en el techo. Un tocador repleto de perfumes, donde evaluar si sus diminutos senos eran del tamaño deseado por el chico anhelado. Pero nada de la mencionada vitalidad ocupaba la tétrica habitación, sólo el vago recuerdo de la estancia de un preso.

Tengo que estar equivocado.

Se aproximó al armario. En el interior únicamente yacía un vestido negro arrugado en un rincón. Lo cogió con ambas manos y éste se desplegó con un susurro hacia abajo. Dio un respingo al tenerlo delante igual a un velo negro de fantasma.

—¿Qué diablos es esto?

Arrojó el vestido adentro. Abrió la otra puerta y vio que estaba vacío. ¿Qué clase de adolescente tenía un solo vestido? El cajón superior estaba encajado y no cedía. Probó con el segundo, pero estaba vacío. Aquello lo llevó a pensar que los padres de la joven extraña eran unos irresponsables. Ningún padre en su sano juicio permitiría que su hija durmiera en una habitación como ésa.

Antes de abandonar la habitación se volvió bajo el marco de la puerta. La desconsoladora imagen le llenó su corazón de compasión. Negando con la cabeza, se deslizó por el pasillo hacia el otro extremo. La puerta se encontraba abierta.

El cuarto de matrimonio lucía un aspecto más cuidado. ¿Acaso no querían a su hija? Cuando abrió el armario, empujado por la curiosidad, vio dos vestidos encajados en perchas y, a un lado, una chaqueta que despedía mal

olor. Le extrañó el limitado vestuario de la familia, aunque lo atribuyó a escasos medios económicos. Pasó a abrir el cajón donde Henry le había dicho que estaba el diario.

¡Bingo! Allí estaba, debajo de varias sábanas dobladas.

Lo cogió y se abrió solo, por arte de magia, como si deseara ser leído. Las páginas pasaban ante sus ojos con velocidad, produciendo el sonido susurrante de los libros viejos y de hojas gruesas.

Excelente.

Miró algunas fechas y leyó algunos pasajes. Cada párrafo que sumaba en su lectura, le hacía abrir más y más los ojos; hubo un momento en que pensó que saltarían de las órbitas a las páginas.

Tiempo después escuchó murmullos en el jardín de la casa de al lado. Levantó la vista del diario cuando advirtió que las voces se tornaban en gritos.

Parker descendió la escalera. Al abrir la puerta oyó el grito de Frida Benson.

4

Frida Benson colgó el teléfono con el rostro acosado por la preocupación. Hacía quince minutos que había regresado de la peluquería que regentaba y, después de subir a la habitación de Teddy y reparar en su ausencia, llamó a la escuela. Tal vez su organismo se había restablecido gracias a los excelentes zumos y había decidido acudir a clase. El director negó con una voz asustadiza que llamó la atención de Frida. Fue entonces cuando su rostro adoptó facciones de preocupación.

Permanecía junto al dintel de la puerta de la cocina, preguntándose dónde se encontraba su hijo, ajena a las demás preocupaciones del día y sin reparar en la furtiva presencia de una figura que la observaba desde la oscuridad del comedor.

La figura aguardaba el momento de llevar a cabo su plan de destrucción. Antes de que Frida efectuase la llamada había pensado en obligarla a que le dijera dónde estaba Teddy, pero ahora que ella no podía ofrecerle dicha información, estipulaba cuál era el modo más acertado de encontrarlo. Su intuición le decía que Berenice no tardaría en aparecer, incluso el propio

Teddy haría acto de presencia en un momento u otro. La mejor iniciativa por ahora era esperar oculta.

Pero, como en tantas ocasiones, su impaciencia natural se lo impidió. Se desplazó en completo silencio por el comedor. Frida continuaba en el umbral de la cocina con la vista fija en un lejano horizonte interno. Aquel ensimismamiento era lo que necesitaba Johana para aproximarse sin usar su velocidad; sabía que era capaz de aferrar el cuello de la mujer antes de que ésta tuviera la menor oportunidad de volverse. Pero en cada ocasión adoptaba un modo diferente de realizar las cosas. En sus propias palabras: la rutina acaba aburriendo.

Entonces le asaltó una nueva apetencia; podría tomar algo de la enzima de la mujer... ¿Y por qué no? El hambre no había irrumpido aún en su cuerpo, pero sabía que podía tomar la enzima de la telomerasa siempre que le apeteciera. Así sería más fuerte que Berenice para cuando se vieran de nuevo. Ya había recurrido a este método antes.

Fue varios años después de la repentina partida de Santa Mónica, en California —debido a los problemas con el profesor de gimnasia, quien yacía sepultado en el cementerio de la ciudad de Los Ángeles—, cuando tomó la resolución de tomar la enzima lentamente de una víctima, arriesgándose a que no funcionara y sin saber qué consecuencia tendría aquello en su cuerpo cambiado.

En el autocine de Lexington, una preciosa ciudad en el estado de Virginia, mantuvo una casual conversación con la chica del coche de al lado mientras en la pantalla se deslizaban uno tras otro los fotogramas de la película. Ambas chicas habían acudido a ver la misma película aquella noche de la primavera del 67. Año de innumerables cambios en todo el país. No sólo Vietnam tenía curso al otro lado del mundo, sino que toda una nueva moda hippie había irrumpido en las calles de San Francisco y estaba contagiando al resto del país.

Tras deshacerse del Ford amarillo en que había escapado del campus universitario, se hizo con un coche clásico a principios de los sesenta. Era en la ventanilla de ese mismo vehículo donde la joven llamada Karen se había apoyado. Le explicaba a Johana que se había visto obligada a hacer de niñera de su hermano pequeño, quien en ese instante regresaba cargado con dos batidos de chocolate. Mientras Karen le relataba su monótona vida, el humo del cigarrillo de marihuana que sostenía entre los dedos danzaba en torno a ella.

—¿Qué más te da? —inquirió Johana sin interés.

—¡Pero qué dices! Es sábado, tía, yo tendría que estar con Rob y los muchachos, y no aquí viendo esta estúpida película.

Johana caviló durante unos segundos.

—Yo podría aceptar ser niñera por una temporada.

—¿En serio? ¿Estás buscando trabajo?

El chico entregó el batido a su hermana y después estornudó. Saludó tímidamente a Johana y entró en el coche.

—Otra vez estás con tu estúpida alergia, joder —bufó Karen, lanzando bocanadas de humo.

La película terminó. Y el acuerdo de que Johana se presentaría en casa de sus padres a la mañana siguiente estaba cerrado.

Los señores Robinson eran muy amables y algo guasones. De hecho Johana se vio obligada a reír en varias ocasiones los absurdos chistes del señor Robinson. La esposa los reía constantemente revelando el verdadero tamaño de su boca, tan enorme como la de una ballena. Johana reprimió sus impulsos de acabar allí mismo con todos ellos y hacerse con el dinero que hubiera en la casa. Sin embargo, era uno de aquellos momentos en que había que evitar la rutina. Una semana, o incluso todo un mes, cuidando de un niño podía ser una experiencia novedosa.

Aquella misma tarde fue testigo de que Timmy Robinson había aprendido todo el repertorio de chistes malos de su padre. Escuchó un par de éstos sin emitir ningún destello de humor. El chico rodaba por el suelo enmoquetado, a la vez que escupía sus risotadas. Ella tuvo la impresión de que el chico obligaba a las carcajadas a salir de su garganta, igual que lo haría con arcadas sin vómito. Por fin comprendió por qué su hermana no deseaba ocuparse de su cuidado.

Johana explotó.

Aprovechando la ausencia de la familia, lo cogió por el cuello, lo levantó dos palmos por encima del suelo y lo arrimó tan cerca de ella que reparó en cómo los ojos del chico llenaban su cara.

—Si no dejas de contar esos chistes te quitaré la cabeza de tus hombros. Y hablo en sentido literal.

Timmy enmudeció. Sus ojos brillaban con la creciente necesidad de ceder a las lágrimas.

—Y si lloras te descuartizaré. Da gracias que tienes madre, renacuajo. Sobre todo de que tu padre sea buen hombre y no te moleste por las noches

con sus manos.

Arrojó al chico al sofá y permaneció en profundo silencio mientras Johana le prepara una merienda ligera como requería. Por lo visto, su hermana Karen, había desobedecido a la madre deliberadamente permitiendo que el chico tomara el batido la pasada noche.

Y no era de extrañar que la madre no le permitiera abusar de comidas copiosas. El simple hecho de verlo sentado en el sofá, con la incipiente barriga contenida bajo la ceñida camiseta, daba a Johana motivos suficientes para acabar con su vida miserable de un modo rápido y poco doloroso.

—Ten este sándwich vegetal. Es tu hora de merendar.

El chico le aceptó el sándwich. Lo evaluó con los labios apretados en gesto de resignación.

—¿Sólo esto?

—Claro, ¿qué más quieres? ¿Dos bolsas de patatas fritas, seis huevos fritos con bacón, un tren de mercancías repleto de hamburguesas de buey? Apuesto a que te lo comerías todo de una sentada. Eres un glotón.

El chico le sonrió primero y luego dejó escapar una risita.

—Es un buen chiste. Ha sido gracioso.

Johana le dio la espalda y le encendió el televisor para que se quedara quieto. Finalmente tomó asiento en una de las elegantes sillas que rodeaban la mesa del comedor.

—¿Tú no meriendas? —le preguntó Timmy—. No te he visto comer nada desde que has llegado.

Aquello sí que logró que le dedicara una sonrisa felina, pero no comentó nada.

El chico devoró el sándwich, sembrando de migajas el suelo en torno a sus pies y su abultado vientre. La sangre de Johana hirvió en oleadas de océanos púrpuras. Ahora ella debía limpiar. En cambio tuvo una idea mejor.

—He terminado y tengo hambre —anunció.

Johana se levantó de inmediato. Habiendo previsto la situación, introdujo las manos en el hueco habilitado detrás de la puerta y sacó los utensilios de limpieza.

—No has terminado —dijo con brusquedad, y pensó que los niños también eran hombres y poseían ese lado estúpido que parecían tener todos—. Limpia lo que tú has ensuciado.

—¿Eh? Pero es Karen quien limpia.

—Ahora entiendo por qué te desprecia tanto. Limpia —ordenó con una voz

carente de humor.

El chico obedeció tan pronto como Johana dio un paso al frente.

La tarde transcurrió de modo calmado. Llegó la hermana, acompañada de un joven únicamente atractivo a ojos de Karen; Johana lo miró como a cualquier otro hombre que mantenía las manos demasiado cerca del trasero de una chica, y algo que observó fue que Karen no oponía resistencia. El joven poseía unos ojos más grandes de lo que el tamaño de su cara podía permitirse, y éstos se clavaron en Johana del mismo modo que un niño lo haría sobre una bolsa de dulces. Pero por una vez, el chico se había equivocado: Johana no era la comida, sino quien la buscaba. Vestía con tejanos y una camiseta blanca con un sol veraniego estampado en el pecho. Lo presentó como Rob. No añadió que fuera su novio, pero por lo visto para Karen bastaba.

Más tarde, cuando el crepúsculo estalló en su extensa gama de colores en la línea del horizonte, llegaron los padres. Johana había estado todo un día cuidando de un mocoso, pero al menos la madre desembolsó lo que buscaba: algo de dinero ganado de manera honrada, aunque aquella palabra le produjo una arcada casi incontrolable. Guardó el puñado de dólares y escuchó uno de los últimos chistes malos del señor Robinson. Aquello acentuó la arcada. Salió de la casa cuando el día moría en un último suspiro agonizante.

A mitad del sendero que conectaba con la acera, miró por encima del hombro hacia la ventana de Timmy, cuya sombra se deslizaba por las paredes del cuarto, lo que le hizo preguntarse en qué podía llenar el tiempo un idiota como ese niño.

Johana trepó con la semejanza de una alimaña por una de las columnas que sostenían el porche. Se acercó a la ventana, en silencio y con la sola intención de observar al mocoso. Pero lo que vio la asombró tanto que tuvo que reprimir sus ganas de reírse tapándose la boca con ambas manos.

El chico simulaba hacer surf sobre una tabla de madera, desnudo y frente al espejo parodiaba a los Beach Boys con un lápiz a modo de micrófono.

Contempló el improvisado concierto del niño, quien por quince minutos perteneció a la banda de los Beach Boys. Se escuchó la orden del padre —esta vez sin chistes— de que se acostara inmediatamente y apagara el ensordecedor sonido. A regañadientes el mocoso se acostó y cerró los ojos.

Johana permaneció a un lado de la ventana, mirando el cielo estrellado de Lexington. A lo lejos se escuchaba el griterío de centenares de los jóvenes que formaban aquella generación de indudable libertad. Permaneció allí, de

pie, con la vista fija en el cielo hasta que, de repente, un intenso dolor la quemó en su interior. Se encogió con una fuerte sacudida y se llevó las manos al vientre. Miró hacia dentro del cuarto. Timmy estaba disponible, pensó. Éste se retorció en su cama poseído por una mala pesadilla.

Como una parodia del mito del vampiro y despojada de sus ropas, Johana cruzó el alféizar de la ventana. Caminaba por la tierra con el mismo permiso que la muerte; no deseada pero sin poder ser evitada.

La madera se astilló cuando forzó la ventana desde afuera. Aún se percibía el sutil olor a entrepierna sudada cuando se acercó a la cama del chico. La pesadilla aún no lo había abandonado; sacudía la cabeza a izquierda y derecha con la frente perlada de sudor. Sin embargo, una pesadilla que deambulaba fuera del mundo de los sueños se encontraba ante él, mirándole.

La habitación se llenó de las vibraciones malignas de Johana, y la cama se transformó en un lecho de muerte. Con todo, en el momento en que el cuerpo del chico era invadido por las partículas y le absorbían la enzima, se escucharon pasos por el pasillo que avanzaban inexorablemente hacia la puerta. Las partículas emergieron del cuerpo y, sin dejar de danzar en el aire, semejante a una agrupación de insectos, se arrinconaron detrás del armario.

El padre entró en el cuarto seguido de la señora Robinson murmurando que había oído un ruido extraño.

—Es una pesadilla, querida.

—Pobre tesoro mío —susurró la mujer.

El señor Robinson meció con cuidado el hombro del chico.

—No es bueno despertar a alguien que está teniendo una pesadilla —replicó la madre.

—¿De dónde has sacado esa tontería, querida? Será mejor que dejes de leer esas revistas de cotilleos maternos.

—Es cierto. Está comprobado científicamente.

—¿Científicamente? ¿Eso es lo que te dicen las revistas? Vamos, vamos. Salgamos antes de que se despierte. Ahora duerme más tranquilo. —El señor Robinson empujó hacia fuera a su esposa y cerró la puerta.

Mientras los pasos se alejaban por el pasillo, las partículas perdieron intensidad y se unificaron bosquejando la figura de Johana; las fibras musculares nacieron igual que filamentos bañados de sangre en torno a la densa silueta y solidificaron brazos, piernas y tronco, en una horrenda reaparición de la muerte en forma de carne. Las cavidades oculares se llenaron de dos ojos, éstos miraron con desprecio a la puerta cerrada. Su

cabello empezó a crecer sobre el cráneo.

Sin finalizar la materialización, caminó por el cuarto arrastrando los pies lenta y pesadamente. A medida que se aproximaba a la ventana, sus senos coronaron la cumbre con dos pezones firmes. Echó un vistazo al mocosito que ahora dormía sosegado y sin pesadillas: una había desaparecido del mundo onírico, y la otra emergía ese instante por la ventana a la noche.

Se sentó sobre el techado del porche junto a sus ropas y esperó al alba; al fin y al cabo, debía cuidar una vez más de Timmy el mocosito.

A la mañana siguiente, el chistoso humor del señor Robinson se había visto mermado por la falta de descanso, cosa que Johana agradeció. El único inconveniente del día para ella era la lentitud con que transcurría el tiempo, siendo testigo de las bolsas de patatas saladas que engullía Timmy frente al televisor. A esto añadió unos pastelillos que masticó con una sonrisa de estúpida satisfacción. Johana había optado por desobedecer el mandato de los Robinson acerca de la dieta. ¿Qué importancia tenía una dieta hipercalórica en alguien que moriría en un par de noches?, pensó con ironía.

Karen se había llevado al hombro su mochila cargada de libros y había desaparecido en el interior del coche de Rob. En cualquier caso, Johana advirtió que el automóvil no enfiló en dirección norte, donde se hallaba la escuela.

El silencio y la calma que reinaban en la casa le resultaron agradables. El mocosito podría comer hasta reventar si era su deseo, pero al menos no gruñía más por el hambre.

Ella tampoco se encontraba en su mejor momento, a causa de no haber finalizado la ingesta de la enzima la noche anterior. Experimentó la tentación de abalanzarse sobre el grasiento cuerpo del mocosito en más de una ocasión, algo que logró reprimir saliendo al porche y pensando en otra cosa. Aquella tarde Timmy le hizo notar a Johana que si acaso no comía nunca. «Esta noche tengo cena especial», le graznó ocultando una risita con los dedos.

En cuanto el cielo se cubrió de tinieblas, se encaramó a una de las columnas del porche y trepó como una víbora hambrienta hacia su banquete de enzimas.

No le fue difícil abrir la ventana en esa segunda ocasión, ya que los padres de Timmy no habían arreglado el imperceptible estropicio en la ventana. Repitió el proceso y, una vez zambullida dentro del cuerpo, se dio cuenta de que no era necesario acabar con las reservas de telomerasa del chico; podría convertirlo en una especie de esclavo y acudir cada noche a tomar su

aperitivo como había visto en la película del autocine. Y ése era un mejor pago por cuidar del chico.

Timmy comenzó a mostrar extraños síntomas que alertaron a los padres. Afortunadamente el médico que le atendió no otorgó importancia a dichos síntomas, y sólo les aconsejó que el muchacho mantuviera una dieta más saludable, que con toda seguridad se debía a una indigestión.

Johana aguardaba oculta en la esquina de la calle, fumando un cigarrillo alojado en el filtro. Todo aquel repentino malestar en el mocosito la estaba poniendo nerviosa, y su impaciencia se estaba viendo afectada.

Al regresar de la consulta del médico, el automóvil de los Robinson se detuvo en el pavimento, delante del garaje particular. La madre y el chico se aparearon y entraron en casa.

Para Johana era el momento de continuar con el trabajo de niñera. Se encaminó a la casa con un pensamiento latente en su cabeza: el nuevo modo refinado de hacer las cosas no le gustaba y se preguntó cuánto aguantaría así. No tenía por qué pasar por aquello siendo más fuerte y rápida que los demás; el mundo era suyo, sólo tenía que coger lo que desease; dinero, ropa, coches, cualquier cosa. Eliminó de un zarpazo los pensamientos y extendió una amable sonrisa fingida al señor Robinson. Ambos accedieron a la casa. Por segunda vez le evitó el suplicio de escuchar uno de los chistes, el malestar de su hijo era motivo suficiente para perder el buen humor.

Esa tarde, la señora Robinson acompañó a Johana en las tareas de niñera. Acostó a su hijo en la cama y le aplicó la pomada que el médico había sugerido. Johana permaneció en la cocina limpiando y fregando. Esto le crispó los nervios sobremanera. En cuanto hubo colocado el cuarto plato en el armario correspondiente, experimentó un agudo dolor en el vientre que la hizo encogerse y apretar los dientes.

—¿Te encuentras bien? —La mujer irrumpió en la cocina sin que Johana lo advirtiera.

Se volvió reprimiendo el dolor del mejor modo posible, que consistió en exhibir una radiante sonrisa; sin embargo, no dejó de palpar su vientre donde roía el dolor del hambre.

—Sí, no se preocupe.

—Me ha parecido haberte visto hacer un gesto de malestar. Espero que lo que tiene el niño no se te haya contagiado.

—No, no. Estoy bien —dijo al tiempo que se disponía a fregar los vasos.

La mujer le comentó que le habían salido unas manchas a su hijo. Johana,

sobrecogida por el recuerdo de sus padres, no logró evitar que el vaso que sostenía se le deslizara de entre los dedos, chocando contra el suelo y desapareciendo en cientos de diminutos fragmentos.

Estuvo a punto de estallar, pero la mujer la tranquilizó.

—Vaya, no te preocupes. Todos estamos algo nerviosos con lo de Timmy.

—Lo recogeré —se ofreció, soportando los latentes avisos del hambre. Vio a través de la ventana de la cocina que el día moría lánguidamente.

—No es necesario —anunció la señora Robinson.

Aquel fue el último día de vida del mocoso. Johana penetró en el cuarto atravesando la ventana de cristal y arrebatándole la enzima del cuerpo.

En aquellas circunstancias aprendió que no podía dejar a nadie con vida. También aprendió que odiaba a los niños y nunca más volvería a ejercer de niñera. Lo que más valoró fue que, en caso de necesidad, podría tomar a una persona y abastecerse de ésta varias veces. Le sería útil en lugares donde hubiese pocas personas.

En el presente, continuó acortando su distancia con Frida Benson, quien aún permanecía en el umbral de la puerta de la cocina. Johana trató de no romper el silencio que devoraba la casa. Entornó los ojos y alargó la comisura del labio en un gesto de teatral deleite. Se deslizaba junto a la pared, de puntillas y de un modo cómicamente furtivo; no sentía la presión de ser descubierta, porque si ello sucedía no tendría reparos en arrancarle la lengua.

Llegó junto a Frida. En un arrebatado de rabia liberada, su cuerpo se descompuso en miles de partículas centelleantes que envolvieron a la mujer. Emergió un grito gutural cuando ésta se desmoronó en el suelo, similar a un esqueleto colgado de la pared en clase de anatomía. Sufrió un esguince del que sería consciente minutos después.

La ropa de Johana yacía en un bulto sobre el suelo. Volvió a su estado material, se vistió para cuando Frida recuperase el conocimiento y, pasados dos minutos, meció el cuerpo con la punta del pie.

—Vamos. Despierta. Tenemos que hablar de muchas cosas antes de que vengan Berenice o Teddy.

Frida abrió los ojos con esfuerzo, como saliendo de un profundo trance. Su aspecto era de claro aturdimiento. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared del pasillo.

—¿Qué me ha pasado?

—Nada importante. Por ahora estás bien. Pero en unas horas te sentirás enferma. Dale las gracias a la amiga de Teddy.

—¿La amiga de Teddy? ¿Dónde está mi hijo? —Frida quiso alzarse al escuchar el nombre de su hijo.

—Teddy no está en peligro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres tú? —preguntó, poniéndose en pie con ayuda de Johana.

—Tienes energía. Eres fuerte —manifestó con sorpresa—. Soy Johana Peeters, una chica peligrosa. —Una sonrisa burlona asomó en su cara.

—¿Peligrosa? —Frida la empujó a un lado—. No me hagas reír. ¿Cómo has entrado en mi casa? Estás en una propiedad privada y te puedo denunciar, ¿lo sabes?

—Sí, pero la policía de esta ciudad está ocupada con cosas más importantes.

—Estoy mareada. Quiero salir al porche —dijo.

—Buena idea.

La acompañó hasta la puerta y juntas salieron a la luz de la tarde. La cálida brisa acarició las severas facciones de Johana, que miraba en todas direcciones, esperando que aparecieran en cualquier momento Berenice o Teddy.

Frida se apoyó en la barandilla de recia madera. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y comenzó a respirar de manera agitada.

—No me encuentro bien. Creo que Teddy me ha contagiado su enfermedad.

Johana se volvió y le dirigió una mirada cargada de sarcasmo.

—Pues sí. Es la misma enfermedad que tenía Teddy, pero de un modo diferente. Tu hijo ha sobrevivido igual que lo hice yo. Pero siento decirte que los adultos no sobreviven. Divertido, ¿verdad?

Los ojos de Frida se ensombrecieron de temor.

—No comprendo. Y, en cualquier caso, ¿puedo saber de una vez por todas qué haces aquí?

—Sí. Puedes saberlo —repuso, mirando de nuevo al camino de acceso—. Espero a Berenice y a tu hijo. Mi venganza no está completa sólo contigo. Quiero a Teddy.

Frida advirtió el desdén con que hablaba.

—¿Venganza? ¿De qué estás hablando? Será mejor que llame a la policía. Ellos sabrán qué hacer —anunció, dándose la vuelta con esfuerzo. Luego se

apoyó con una mano abierta en la jamba de la puerta.

Entonces, Johana le cerró el paso cubriendo el hueco de la puerta.

—Como he dicho, no es necesario. Es mejor llevar esto con discreción.

—Quítate de en medio, joven —exigió Frida, pero su acostumbrada autoridad se vio mermada por su malestar. Pintó una mueca de dolor y se llevó la mano libre al vientre—. Estoy fatal.

—No puedo dejar que llames a la policía. Lo siento.

—Oh, qué insolente. Será mejor que te apartes o me veré obligada a hacerlo yo misma. —Frida trató de reunir toda la voluntad de la que era capaz.

Johana la asió de una oreja y apretó lentamente hasta alcanzar el punto en que Frida chilló de dolor.

—¿Qué haces...?

—Cállate de una vez —replicó al tanto que arrastraba contra su voluntad a Frida hasta la barandilla—. Esto es lo que ocurre cuando alguien no me obedece, mujer tonta. —Apretó con más fuerza la oreja y el chillido de Frida aumentó de intensidad. A continuación estrelló su frente contra la barandilla—. Ya que estás condenada por la enfermedad, con un golpe será suficiente para que te calmes y... Vaya.

Berenice se encontraba tras la portezuela batiente del jardín.

5

Berenice dirigió una mirada de ira a Johana. Luego posó su atención en la mujer que se encontraba arrodillada y con un surco de sangre cruzando su frente.

—¿Se encuentra bien, señora Benson?

—Bienvenida, hermanita —dijo, y agitó la mano con frivolidad.

Le asestó un potente golpe a la portezuela, las bisagras saltaron después de que arrojaran un quejido lastimoso y, junto con la puerta, fueron a parar al camino de acceso.

—¿Dónde está Teddy, Johana?

—Es algo que esperaba que supieras tú. —Soltó la oreja de Frida y se encaminó a las escaleras del porche—. No lo he vuelto a ver.

Berenice reapareció de pronto al pie de los escalones.

—Impresionante. Pero yo también puedo ser tan rápida.

Frida, quien acababa de incorporarse con ayuda de la barandilla, parpadeó sucesivas veces sin dar crédito a lo que había visto.

—No me importa, Johana.

—Yo creo que sí —le amenazó, descendiendo uno a uno los escalones con una lentitud parsimoniosa y dotada de arrogancia. Los escalones se estremecieron bajo sus zapatos. Se detuvo frente a Berenice y la miró a los ojos durante varios segundos—. No te tengo miedo, hermanita.

—Tu osadía es fruto de tu ignorancia.

—Oh, clases de educación, ¿eh? —Johana agravó el final de la frase hasta tal punto que Frida sufrió una sacudida de terror.

—No deberías infundir daño en las personas sin tener necesidad —declaró, carente del temor que Johana había tratado de infundirle.

—Creo que no estás en disposición de hablar, he seguido tu rastro de muertes, una tras otra, hermanita. Eres tan destructiva como yo.

—Ya conoces los pros y los contras de ser como somos.

—¿Sí? ¿Y qué somos? Dime.

Berenice enmudeció de pronto sin encontrar una respuesta satisfactoria.

—Mientras lo averigües, yo me dedicaré a hacer lo que se me antoje —graznó, dándole la espalda—. Sí, eso es. Empezaré vertiendo la sangre de esta mujer.

—Somos personas capaces de perdonar a los más débiles.

—Tu palabrería no me impresiona —dijo, arrimándose a los ojos aterrorizados de Frida—. Hay tanta diferencia entre ellos y nosotras que podemos tomar del mundo lo que queramos, podemos divertirnos a costa de ellos.

—No eres tan diferente si te dedicas a destruir como hacen ellos.

Johana se agachó delante de la mujer y murmuró:

—Creo que la clase ha terminado.

Pero antes de que aferrase el cuello de la mujer, Berenice cerró sus raquíuticos dedos en torno a la muñeca de Johana, quien observó confusa la nudosidad de las manos.

—Deberías cuidarte un poco esas manos, ¿no crees? —Se incorporó sin dar mayor importancia a que su muñeca estuviera apresada—. Ahora suéltame. —Berenice no sólo continuó con su mano cerrada, sino que aumentó la presión—. Es una orden. Suéltame, o...

—¿O qué? Eres como ellos. Buscas el miedo y la amenaza para cumplir tus propósitos. No puedes nada contra mí, Johana. Puedo apretar hasta aplastar tu

brazo.

—Vaya, mira ahora quién es destructiva, a tu propia hermana, ¿no te da vergüenza? —Esbozó una sonrisa endulzada con una feroz rabia.

—¿Qué ha ocurrido en tu vida? El mal siempre tiene un motivo. Sé que siempre fuiste una tonta competidora, pero no hasta este grado de destrucción. Estás llena de odio. ¿Por qué?

—Creo que buscas una excusa para no pelear conmigo —rugió, zafándose de la mano que la aprisionaba—. En el fondo me tienes miedo.

Berenice la atrapó por el cuello y la estrelló contra la fachada de la casa. Johana se puso en pie al tiempo que se palpaba el cuello y se colocaba su sombrero.

—Algo de ganas de pelear, bien.

—No me das miedo. Sólo lástima. Tantos años a tus espaldas y no has aprendido nada.

Johana se abalanzó sobre Berenice, pero ésta se apartó a un lado y Johana arrolló la barandilla hasta caer con ella al jardín. Las espinas de las rosas abrieron leves arañazos en sus piernas y brazos.

—¡Ahhh! ¡Ahhh!

Frida hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse.

—Voy a llamar a la policía. No entiendo qué está pasando, pero sé que todo es culpa vuestra.

—No tenga miedo, señora Benson. Teddy se encuentra bien. —Se volvió hacia la mujer—. Yo no soy como ella. Me gusta su hijo, es un chico muy valiente.

Frida se apoyó en la pared.

—Llamaré al médico. Me sucede algo raro.

Berenice la miró. Sus ojos se llenaron de compasión. Luego dirigió una mirada acusadora a Johana, que miraba con satisfacción cómo sus arañazos se reparaban a gran velocidad.

—La has contaminado.

—Oh, sí. Me apetecía un aperitivo. Pareces una madre, siempre regañándome, tiene gracia. ¿Quieres calmarte?

—Señora Benson, Dios mío.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —quiso saber—. Me recuperaré, ¿verdad?

Berenice apartó su mirada y dijo:

—No lo sé. No depende de mí. Su organismo deberá luchar.

—¿Luchar, contra qué? —Se acercó hasta Berenice y la zarandeó por los

hombros—. ¿Quién ha contagiado a mi hijo? ¿Fue ella?

—No. Fui yo. Pero él se ha recuperado, no se preocupe. Pero creo que los adultos...

—¿Qué? ¿Qué? —Frida retrocedió un paso—. ¿Qué sucede aquí? Todo es culpa tuya. Eres una mala influencia. —Asestó una estridente bofetada a Berenice—. Dios santo.

A continuación desapareció por la puerta de la casa.

—Veo que no eres demasiado buena consolando. ¿No has aprendido a eso en tu larga vida? —rio Johana. Su risita era desagradable y tan malsonante que logró despertar la furia de Berenice.

Ésta se giró y la miró con el rostro descompuesto por la rabia.

—Eres un monstruo. El mal.

—Ah, qué cursi, hermanita.

Desde el porche se escuchó el sonido del cuerpo de Frida estrellarse contra el suelo del pasillo.

Berenice rugió como una bestia desbocada y corrió a por Johana. La empujó con tremenda fuerza y fue a parar, después de trazar una parábola en el aire, al camino de acceso, creando una nube de polvo.

Mientras Johana trataba de levantarse, algo más aturdida, Berenice corrió como una flecha, con una mano de acero la alzó un palmo por encima del suelo.

—¡Suéltame! —El bufido de Johana sonó bajo la presión a la que estaba sometido su cuello.

Berenice la zarandeó igual que a una muñeca de trapo.

—No me contendré por más tiempo si continúas molestándome. Te aseguro que no eres nada a mi lado. Vete de Silverston y sigue tu camino hasta la llamada de la muerte, porque ten por seguro que morirás, Johana Peeters. Llévate un digno recuerdo de haber disfrutado de más tiempo.

Los ojos de Berenice se abrieron de golpe a causa de un doloroso estallido dentro de su cabeza, como miles de cristales rasgándose. Su mano se abrió y Johana cayó de rodillas sin apartar la mirada de Berenice, quien rasgó el cielo con un grito de dolor insostenible al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza. Las rodillas produjeron un golpe seco cuando chocaron con el polvoriento camino. Arrodillada, alzó la vista al cielo sin dejar de chillar.

Berenice...

Berenice...

Berenice...

Las voces una vez más. Allí estaban de nuevo, clavándose como astillas de hierro en su cerebro. Agitó la cabeza a ambos lados con la única intención de desprenderse de las voces, pero sin resultado alguno. La llamaban, la necesitaban.

Johana se incorporó y caminó en torno a Berenice, con curiosa expectación y un semblante de seriedad, sin comprender qué sucedía.

—¿Qué te pasa? Recuerdo que cuando era niña te vi en el jardín de mi casa y pensé que era una comedia. ¿Es el hambre?

Berenice continuó agitando la cabeza, ahora con su cuerpo encogido en el suelo como un feto. Se agitó levantando polvo y su ropa negra se hizo gris.

Berenice...

Berenice...

Berenice...

Santuario...

Ayuda...

—¡NOOO! —aulló con la piel atestada de sudor.

Sí...

El cabello sedoso se manchó de polvo. Alrededor de sus ojos se formaron cientos de estrías de vejez. Las ojeras se oscurecieron y, de repente, de los ojos saltaron chispas parduzcas. Su piel de melocotón quedó reducida a una fina capa surcada de horrendas grietas.

—Será mejor que te alimentes, hermanita. —Continuó observando con pasividad—. Toma lo que queda de esa mujer.

—¡No es el hambre! —logró articular, rodando por la tierra como en una pelea—. ¡Son las voces! ¡Voces! ¡No me dejan!

Los ojos de Johana se abrieron lentamente con devastadora satisfacción. De ellos emergió el fulgor de la caprichosa apetencia.

—¡Oh! Por fin, ahora estamos todos —murmuró.

Teddy Benson se encontraba detrás de la valla de estacas de madera, contemplando con horror los movimientos que realizaba Berenice.

Después de hablar con Johana, Teddy había preferido no tomar nada en la cafetería y marcharse. Pensó que aquella chica extraña tenía razón en ciertas cosas que le había explicado. Ahora era diferente a las personas que lo rodeaban, formaba parte de algo nuevo y lo experimentaba en su interior. En cualquier caso le gustaba esa parte del asunto. Siempre había sido un don nadie y la gente lo sabía. Todo el mundo le daba de lado; ahora podría ser él quien les diera de lado.

Se había percatado de que todavía conservaba parte de su inseguridad, porque en cuanto Johana se había aproximado, un súbito temor emergió de sus entrañas, provocándole una presión en el estómago que le había impedido respirar con normalidad. Entonces supo que la chica era todo lo contrario a Berenice. No poseía su delicadeza y el misterio que tanto le gustaban. Era fría y carecía de sentimientos. Claro que Berenice también fue un tanto reservada cuando la conoció. Pero Johana realmente daba miedo.

Y aún notaba las secuelas del miedo, mientras permanecía sentado sobre la roca en que recibió su primer beso, en el claro del bosque. Aunque al recordar el buen sabor del beso, el miedo enmudeció. Berenice era capaz de infundirle valor incluso en la distancia. Las imágenes de ambos, abrazados en el centro de la roca, revoloteaban en torno a su cabeza. Sonrió a pesar de sentir que el amargo terror que desprendía Johana se manifestaba de nuevo. Deseó tener a Berenice en sus brazos. Luego reflexionó acerca de si acaso no era él quien estaba en los brazos de ella.

Se puso en pie en la roca y contempló más allá del manto verde de las copas de los árboles. Más allá de la fría piedra de granito que se alzaba en el horizonte. Dio vueltas con los brazos extendidos en una soñadora imitación de baile, cuya pareja era alguien invisible. Aunque advertía su nueva fuerza y resistencia, aún conservaba parte del viejo Teddy, y el viejo Teddy reparó en que era con ella con quien deseaba estar y no allí solo como siempre.

Saltó al terreno, cubrió el tramo del claro y atravesó el bosque hasta la carretera. El sol del atardecer le acariciaba el cuello con una sensación de calidez apagada, que sugería la proximidad de la noche. Caminó a paso rápido con los brazos moviéndose arriba y abajo al ritmo de sus piernas. De pronto éstas le anunciaron que podían ir mucho más rápido. Tan rápido que dejaría una infinidad de Teddys detrás, como una repetición de fotogramas. Aquello le produjo gran satisfacción y aceleró. Lento al principio, aunque pronto alcanzó las primeras casas quedando luego atrás. Los edificios que se alzaban a ambos lados de la acera se acercaban como gigantes de piedra que

lo veían pasar como un rayo. Fue consciente por un momento del efecto túnel que ocasionaba su aceleración. Muchos peatones se volvían sorprendidos cuando un fuerte viento les pasaba por el lado y derramaba el contenido de las bolsas de la compra por el suelo. Observaban desconcertados y algo asustadizos qué podía haber producido tal cosa. Mientras Teddy se alejaba con una amplia sonrisa en el rostro, se limitaban a recogerlo todo y continuar su camino.

En uno de los cruces, saltó de una acera a la otra sin pisar el paso de peatones, pues ya no era un peatón, ahora era un rayo, se repetía continuamente. Un rayo libre y veloz que se dirigía a casa sin una explicación satisfactoria para su madre. Pero, ¿qué más daba?

Las casas de Boulder Street pasaron junto a él apenas en un fugaz destello. Sin embargo, en cuanto vio a su madre chillando en el porche, se estremeció, y todo el buen humor desapareció. Johana se encontraba frente a Berenice, y ésta estaba rodando por el suelo aferrándose la cabeza con las manos. La mente de Teddy estalló con una pregunta. ¿Qué le ocurría?

—¡Berenice! ¿Qué te pasa? —preguntó con el corazón desbocado. Atrás quedaron sus nuevas cualidades y sus jóvenes osadías, ya no importaban. Sólo deseaba comprender qué le sucedía para poder ayudarla.

Saltó por encima de la valla mientras Johana lo observaba con curiosidad. Se arrodilló junto a Berenice y buscó sus ojos, donde siempre hallaba el valor más firme y verdadero.

—¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó dubitativo.

—¡Nadie puede! ¡Estoy sola en esto! ¡Son voces que martillean mi mente!

La rodeó con sus brazos desnudos, pero ella se zafó con una sacudida de hombros.

—Pasaré pronto, siempre lo hace —aseguró—. Parece que ya mengua. Sí, estoy mejor —añadió, sentándose en el camino de acceso. Su rostro continuaba siendo un manojito de arrugas, aunque éstas se borraron y las facciones se suavizaron, como un escultor que finaliza su obra. Miró a Teddy. Le dedicó una sonrisa, primero con labios pálidos y resecos como la arena del desierto; luego se enrojecieron exuberantes y recuperaron su textura carnosa.

—¿Estás mejor?

—Sí.

—No sé nada de voces —replicó Johana—. Nunca las he oído.

—Ta vez las quieras para poder competir conmigo en algo más —repuso Berenice alzándose. Se sacudió los pantalones y la chaqueta de cuero negro.

—¿Qué dicen las voces? —inquirió.

—Nada.

—¿Qué más secretos nos ocultas a Teddy y a mí? —preguntó desafiante—. Confiesa.

—No oculto nada a Teddy —dijo, y se apresuró a mirarlo con solemnidad—. No sé qué son. Me pasa en ocasiones, pero siempre desaparecen, como ahora.

—Está bien. No te preocupes —concedió Teddy.

«Eres la chica de los secretos», pensó.

Escucharon el gemido agonizante de Frida. Fue él quien desvió la mirada en primer lugar, atenazado por el recuerdo de sus propios jadeos enfermizos escasas horas antes.

—¡Mamá! —gritó—. ¿Qué le pasa? —preguntó a Berenice. De inmediato se dio cuenta de que era a Johana a quien debía mirar. Cuando se volvió no halló rastro de ella en el jardín—. Ya no está esa chica.

—Mejor. No la necesitamos ahora. —Berenice acompañó a Teddy al interior de la casa.

La encontraron sentada en el suelo de la cocina, con la espalda apoyada en la puerta blanca de uno de los armarios. Sostenía con sus manos trémulas un vaso lleno de agua. La cara estaba completamente bañada por un sudor denso y pastoso, que recordó a Teddy las mascarillas que aplicaba a sus clientas en la peluquería.

—Estoy gravemente enferma. No lo entiendo —dijo Frida con notable esfuerzo.

El chico se arrimó a ella y la abrazó.

—Mamá, acuéstate en la cama y descansa —le sugirió, con ojos brillantes.

Berenice frunció la comisura derecha de la boca en un gesto de resignación.

—Ha sido Johana. La ha tocado.

—Dios mío, mamá.

La mujer alzó sus ojos entornados y, pese a su mal estado, le dirigió una mirada de enojo a Berenice.

—¿Qué tengo?

—Se recuperará, señora Benson. Aguante —dijo Berenice con la voz fría y volviendo la mirada a otro punto de la cocina.

—Esa joven me dijo que no.

Teddy miró a Berenice con los ojos muy abiertos.

—Levanta, mamá. Te ayudaremos a llegar a la cama.

—Puedo yo sola —anunció con voz quebrada—. No será esto lo que acabe conmigo. Aún me necesitas.

Le arrebató el vaso sin prestar atención a las palabras de su madre y lo depositó encima de la repisa de mármol. Frida hizo grandes esfuerzos para incorporarse, pero fue él quien le infundió la fuerza necesaria para que terminara de levantarse. Apoyó las manos en el borde del mármol y dijo:

—Voy a denunciar a esa maldita cría del demonio.

—Eso luego, mamá. Iremos juntos a la comisaría.

—No, ni hablar. Tú debes asistir a clase. ¿Se puede saber dónde has estado? —inquirió con restos de furia oculta mientras cruzaba la cocina con Teddy sosteniéndola por los hombros.

—No te preocupes por eso ahora, mamá.

Frida embistió con la mirada febril a Berenice.

—Sea fuerte, señora Benson.

El chico la ayudó a ascender las escaleras y la condujo cada vez más exhausta por el pasillo hasta el dormitorio.

—Luego llamaré al doctor.

—Vale —concedió Teddy.

Se tendió en la cama y él la observó con impotencia. No había olvidado su paso por la extraña enfermedad y no deseaba ese sufrimiento para su madre. Un segundo después rememoró las palabras de Berenice acerca de lo que les ocurría a las personas mayores.

—Quiero un vaso de agua. Tengo la garganta seca.

—Sí.

Desapareció a gran velocidad seguido por un insólito rastro de aire. Vio a Berenice inmóvil en el umbral de la puerta principal.

—¿Qué le pasará? —preguntó.

—Oh, Teddy. Lo siento tanto. No conozco casos de adultos que sobrevivan al virus. Y en cualquier caso se convertirá en un foco de contagio...

—¡Es mi madre! Debe resistir. Ella es fuerte —replicó, oponiendo resistencia a las lágrimas.

Berenice asintió con el semblante lleno de compasión.

—Esperaremos. No conozco todos los fenómenos de la enfermedad. Cuando te vi morir... No sabía que eso tenía que suceder. Los adultos no mueren, era Henry quien... Bueno, no perdamos la esperanza.

Teddy no dijo nada.

Ella le miró y se aproximó.

—No es malo llorar.

—Lo sé.

Entró en la cocina y cogió un vaso. Lo llenó de agua embotellada y subió las escaleras. Al entrar en el dormitorio se quedó mirando a su madre, con un nudo en la garganta. Era como si un muro de cemento le impidiera tragar. Frida tenía los ojos cerrados. Entonces fue cuando Teddy dio rienda suelta a sus sentimientos y las lágrimas corrieron por su cara como el agua en una cascada.

Depositó el vaso con delicadeza sobre la mesita. Se dijo que el sueño y el descanso le harían bien. Permaneció delante de la cama evocando cada uno de los castigos, enojos y todas las negativas que había recibido a lo largo de su vida. Siempre creyó que estar sin madre sería una buena forma de hacer lo que le viniera en gana, pero allí plantado, con el rostro regado por el dolor, comprendió que eso era una de las mayores tonterías que había creído. La pérdida de una madre únicamente añadía más soledad a la vida de un chico que aún no había entrado en la etapa de adulto. Aquel descubrimiento hizo que las lágrimas se hicieran más insistentes.

Pasó el dorso de la mano por sus ojos y aspiró repetidas veces. Luego apretó los labios.

—No morirá. Debe haber una forma.

Su mente esbozó la imagen del verdadero monstruo tal y como le había enseñado su tío Rusty. Aquella chica, Johana, era la culpable y debería pagarlo.

—Ahora yo también soy fuerte —murmuró, mirando las manos—. Te arrepentirás.

—No es una buena idea —dijo la voz de Berenice desde la puerta—. Ella tiene más experiencia. Déjame a mí este asunto, Teddy. Para algunas cosas sólo eres un niño.

Él la miró sin parpadear.

—No soy un niño. Ya no.

—Siento que pases por esto. Tal vez tu madre tuviera razón y nuestra amistad tenga más cosas negativas que positivas. Por desgracia la muerte de los seres queridos forma parte de las enseñanzas de la vida.

—¡No! No quiero aprender eso. ¡Nunca! —Teddy cruzó el dormitorio e hizo a un lado a Berenice. Desapareció escaleras abajo y salió al jardín.

—La vida no enseña nada.

—Lo hace, aunque todavía no lo comprendas —dijo Berenice, que había ido tras él—. Voy a dejarte a solas con tu madre. A ella le gustará que estés a su lado. Yo lo hice con Brandon.

—Brandon —susurró.

—Exacto.

—¿Murió por la enfermedad?

—No.

—Ah. —El chico prefirió no insistir. Cuando entró en el dormitorio se sentó en el borde de la cama. Frida jadeaba con una respiración acusada por un marcado ronquido. Nunca se había fijado en lo mayor que estaba su madre para sus cuarenta y siete años. Aunque había tenido la costumbre de recogerse el cabello en un moño realmente apretado, de modo que su frente sufriera de un estiramiento facial, el chico apreció las líneas que le tallaban la frente. De las sienas brotaban pinceladas de pelo canoso. Las largas pestañas ya no lograban darle ese aire joven y sofisticado que pretendía; ahora sus ojos cerrados quedaban ensombrecidos por el paso del tiempo y la suma de malestares que infunde la vida a las caras de los adultos. De hecho, la comisura de sus ojos estaba invadida de surcos que se extendían varios centímetros. Teddy supuso que los trámites del divorcio le habían añadido algunas arrugas más al rostro.

El cuerpo de Frida se estremeció, lo que llevó al chico a experimentar un escalofrío que casi lo levantó de la cama.

—Te recuperarás.

Tras finalizar la frase percibió en lo rápido que subía y bajaba el pecho de ella. Carraspeó varias veces y, de pronto, abrió los ojos con la vista puesta en el techo.

Sacó dos cubiertas del armario y las dispuso por encima de Frida. Se reprochó a sí mismo que, pese a sus cualidades recién adquiridas, no había podido impedir que ella fuera atacada por Johana. Luego se resignó al pensar que no se sentía como un guerrero. En el fondo seguía siendo Teddy Benson el patán; más velocidad y unos años más de vida no cambiaban a nadie.

Entonces su madre abrió una vez más los ojos, pero esta vez la mirada reflejaba el más horrendo desconcierto, como si ni siquiera supiera dónde se hallaba.

—Mamá, ¿cómo te encuentras?

La mujer se limitó a mirarlo y a fijar de nuevo los ojos en la colcha.

—Gracias, hijo.

—¿Necesitas algo?

—Sí —articuló con tremendo esfuerzo—. Que te conviertas en un hombre de provecho, y que no olvides las cosas buenas que sabes.

—No lo olvidaré —gimoteó, abrazándose a su madre—. Recupérate y seguirás enseñándome, mamá. —No pudo evitar deshacerse en lágrimas, las cuales chocaban contra la colcha y se extendían en pequeños moratones grises.

—Esa joven malnacida me dijo que tú has sobrevivido a esta rara enfermedad.

Teddy sufrió un sablazo tan fuerte que detuvo su corazón, y miró a Frida con los ojos inmóviles. Al cabo de un minuto, que Frida pareció siquiera advertir, dijo:

—Sí.

—¿Qué está pasando? Esa chica está relacionada con las muertes de Silverston, ¿verdad? En la peluquería, mis clientas no hablan de otra cosa.

—No lo sé.

—¿Quién es Berenice, hijo? Desconfía de ella.

—Ella es buena, mamá.

Sin embargo, la pregunta permaneció iluminada dentro de su cabeza.

¿Quién es Berenice?

«Una chica hermosa con secretos», pensó.

Sabía que ahora disponía de muchos más años para dar una mejor respuesta a la pregunta, pero no dijo nada de esto a su madre, quien bebió un poco de agua, aunque la mayor parte se derramó sobre la colcha a causa de los temblores de sus manos.

—Voy a descansar un poco —dijo, con una voz en claro descenso; el enérgico vigor que siempre la había caracterizado le abandonaba lentamente.

Se puso en pie y la dejó descansar. Era el último mandato que recibía de su madre. Teddy lo sabía. Cerró la puerta del dormitorio, dejando tras ésta a la muerte.

Emergió a la tenue luz del atardecer. Se sintió envuelto por un silencio y una soledad que por un momento hizo añicos su deseo de estar junto a Berenice. Incluso al borde de la muerte, su madre le había dicho que esa chica era mala.

Berenice se encontraba al inicio del camino de acceso, torneada por su vestimenta negra. De espaldas parecía una muchacha más, que tal vez alzara su grito de protesta al viento con aquella indumentaria: botas negras, cadenas

en torno a su cintura y la ceñida chaqueta de cuero. En todo caso, cuando se volvió y lo miró, supo que no era una chica. Detrás de aquellas immaculadas facciones blancas, limpias como la nieve recién caída, había oscuridad. Pero Teddy advirtió que esa oscuridad podría brillar. Y, fuera lo que fuese, ahora él era lo mismo; un caminante del tiempo que podía reírse del resto del mundo.

Se limpió las escasas lágrimas que brotaban, descendió los escalones del porche y se detuvo. Berenice le esperaba como la única amiga.

—Estoy solo.

—No lo estás, mi amigo. Jamás. —Las palabras de ella, cándidas a la vez que firmes, anularon cualquier rastro de duda que pudiese quedar en el alma del chico—. Permanecerás a mi lado cuando las demás personas desaparezcan de la tierra.

Avanzó con renovada seguridad por el camino de tierra. Al final de éste se encontraba Berenice, con una sonrisa fraternal como la que jamás había visto en cara de nadie; una sonrisa de hermanos en la sangre. Pudo asegurarse a sí mismo que Berenice y él eran iguales. Ella le tendió su mano y Teddy se la estrechó, pasando por alto cualquier imperfección. Le bastaba con los ojos de ella para perderse en un infinito esperanzador. Entonces percibió que sus propios ojos también fulguraban. El calor de las manos de su amiga recorrieron su cuerpo vigorizando cada célula.

—Estaremos juntos pase lo que pase. Te protegeré y me protegerás. Tú eliminarás mi soledad y yo la tuya —aseguró con la vista puesta en él—. Ni Johana ni todo el mal de este mundo podrán quitarnos eso, Teddy.

Se abrazaron con tanta fuerza que por un momento eran uno.

Capítulo 17

1

La noche devoró al día. Las estrellas centelleaban en el negro firmamento coronado por la sonrisa de una luna menguante, fina como una pálida pincelada en el cielo. Era momento del descanso, de recuperar fuerzas con el sueño reparador; pero muchas de las personas que habían presenciado los hechos en el centro médico, pasarían largas horas en vela hasta dar con una explicación satisfactoria que su mente fuera capaz de barajar, pues sólo tenían cabida las cosas ya conocidas y racionalizadas.

Nada de aquello tenía importancia para Bárbara Jones, a quien —como bien enseña el refranero popular— su ignorancia le evitaba hallar un motivo para no ser feliz. Esa noche abría la ventana de su dormitorio, satisfecha tras un día de compras realmente fructífero. Había aprovechado los descuentos que la tienda Donna's Style le ofrecía por trabajar allí, para adquirir una camiseta amarilla que lograba realzar más sus bustos, los mismos que el hijo gordo de los Burton observaba a través de sus prismáticos desde la ventana de su cuarto, en la casa de enfrente.

James Biddle recibió una llamada telefónica de Forest y le anunció que habían detenido a un tipo que se había declarado culpable. Permanecía ante la ventana del comedor, observando cómo la calle se vaciaba de transeúntes. Alcanzó a ver las luces del automóvil de la caprichosa hija de los Mancini. A su espalda escuchó arrastrarse los mocasines de Margaret por el pasillo. Pensó que no había tomado sus somníferos y estaría deseosa de hablar de su hijo, pero hasta los oídos de James había llegado la noticia de que su buen amigo Norman había sido encontrado muerto en el umbral de su casa, y lo último que necesitaba era a su esposa gimoteando; esa no era la solución a la muerte de su hijo. El culpable estaba en la celda de la comisaría y esto era lo que más amainaba su dolor, aunque con la pérdida de Norman había sufrido otro duro golpe.

Margaret entró en el dormitorio.

—Estoy mejor desde que han encerrado a ese asesino —dijo ella cuando

James pasó a su lado.

—Yo necesito verle, mirarle a los ojos y preguntarle por qué lo hizo. —Tras esto se derrumbó sobre el sofá y dormitó endulzado por el murmullo de los anuncios de televisión.

Cindy Mancini, la jefa de las animadoras, estacionó su vehículo en el garaje, se apeó y caminó hacia la puerta que daba a la cocina. Su pequeño bolso de Prada se mecía en su hombro a cada paso. Por el periódico enrollado y aplastado, el que tanto usaba su padre para golpear la mesa durante las discusiones familiares, y por las sillas desordenadas en la cocina, advirtió que ese día tuvo lugar otra discusión. Sobre todo eran las malas vibraciones que emitía la casa por lo que percibía que el nuevo intento de restaurar el matrimonio había ido mal. En el comedor dormitaban dos maletas hinchadas por la ropa. Cindy sólo esperaba que en el viaje al lago pudieran solucionar todas sus diferencias. En cuarenta y ocho horas tendría lugar su fiesta, y necesitaba toda la casa. Únicamente tenía prohibido usar los dormitorios, pero ¿cómo detener a una jauría de jóvenes con los impulsos sexuales desbocados? Sin duda necesitaba toda la casa. Al entrar en su habitación vio a su gato sobre la cama, lamiéndose una de las patas delanteras.

No todos los habitantes de Silverston cerrarían sus ojos esa noche. Sophie había esperado con impaciencia aquel momento, hasta el punto de pasar horas con la milagrosa varilla de rascado aliviando los picores de su pierna.

En cuanto los pasos de las enfermeras de guardia se alejaron y los pasillos recuperaron su silencio, se levantó de la cama, y luego cubrió con la sábana el montón de ropa que había reunido durante su sigilosa visita a la lavandería. Plantada delante de la cama se dijo que el señuelo pasaba bastante bien por un cuerpo durmiendo.

Reunió su cabello lacio en un moño improvisado. Advirtió el mal estado en que se encontraban las puntas, pero en aquellas excepcionales circunstancias se veía forzada a resignarse, pues su horrible estado no sería lo que le impidiera realizar su misión de reconocimiento.

Abrió la puerta con cuidado. Asomó la cabeza al pasillo, cuya tenue iluminación le facilitaría su aventura rotundamente ilegal. Con una sonrisa de victoria momentánea llenando su cara, cerró la puerta y enfiló el pasillo sin saber bien adónde debía dirigirse.

El centro médico disponía de tres pisos, y el personal al completo estaba reunido en la planta de recepción. Sophie había dispuesto del tiempo suficiente para notar que los pasillos quedaban siempre libres durante la

noche. El ajetreo tenía lugar en las horas diurnas; sobre todo aquel día, en que el cadáver de Jason Cross había despertado gran desconcierto y preocupación tanto entre el personal médico como entre la policía.

Alcanzó el final del pasillo y se detuvo frente a la puerta de la habitación a la cual había entrado la extraña joven. Asió el pomo deseando que no estuviera cerrada. Probó suerte, pero no la obtuvo. Reprimió un gemido de enojo, se volvió y continuó por el otro lado del corredor. Mientras avanzaba en completo silencio se preguntó en varias ocasiones qué era lo que buscaba. No encontró una respuesta satisfactoria, no obstante, sí llegó al final del pasillo. Unas escaleras que rezumaban un intenso olor a lejía se internaban en la oscuridad. Echó en falta una linterna. El pensamiento la llevó a desear tener también una cámara de fotos.

Con su mente bullendo, descendió las escaleras hacia el primer rellano seguida de su sombra, que se diluyó en cuanto atravesó jirones de oscuridad. Se cubrió la nariz para evitar el olor a lejía. Continuó por el segundo tramo de escaleras. Se topó de lleno con un panel insertado en la pared. Indicaba varias direcciones; una flecha anunciaba que el pasillo de la izquierda se encontraba atestado de despachos y oficinas. Al frente se prolongaba el pasillo central de la segunda planta, cuyas puertas permanecían cerradas. Las puertas abiertas del pasillo de la derecha mostraban a pacientes tumbados lastimosamente sobre camas. Las facciones iluminadas por el resplandor del televisor les conferían aspecto de fantasmas.

Se abrió una puerta del pasillo central. Emergieron dos enfermeras animadas por una conversación amena, haciendo liviana sus largas horas de trabajo nocturno. Sophie ascendió la escalera que la había conducido hasta allí y asomó la cabeza por la barandilla. Las dos mujeres tomaron el pasillo de la zona de pacientes, mientras una de ellas realizaba enérgicos ademanes y sumaba a la conversación una carcajada que pronto reprendió la otra enfermera.

No logró escuchar la conversación, ni tenía intención de ello. Se limitó a bajar de nuevo las escaleras y, al mirar a la derecha, vio a las enfermeras ser engullidas por una habitación. El silencio cubrió los pasillos, cosa que logró arrancarle un escalofrío. Finalmente se aventuró por el pasillo donde se encontraban los despachos.

Pensó que allí tendría más posibilidades de descubrir datos interesantes. Su libreta estaba asestada de párrafos para un primer borrador del boletín escolar, pero todo eran teorías e hipótesis; necesitaba las pruebas.

Antes de penetrar en uno de los despachos, miró en ambas direcciones. Sin embargo, no fue eso lo que la detuvo; su principal problema fue que la puerta estaba cerrada con llave. Probó con la siguiente puerta. Cerrada.

—Mierda —masculló.

Después de cuatro puertas impidiéndole el paso, lanzó un suspiro de resignación.

Entonces cogió el pomo de una puerta próxima al final del pasillo y giró.

¡Abierta!

Accedió apoyándose en sus muletas y con el corazón brincando en el pecho. Por un segundo creyó que todo se iría al traste. Respiró profundamente y encendió las luces. Una mesa colmada de libros se iluminó. Detrás, estanterías repletas de gruesos archivadores de cartón. Junto a la mesa, un cubo del cual asomaban cientos de papeles arrugados. A un extremo, un armario de oficina que sugería que en su interior sólo habría más archivadores, y junto a éste una fotocopidora.

En cuanto consiguió que su corazón se calmara, se acercó a la mesa. Sabía, no obstante, que la tranquilidad no duraría demasiado. Tomó asiento en la silla de ruedas, dejó las muletas en el canto de la mesa. Abrió un cajón. Otro. Y otro más sin saber qué diablos hacía allí.

¿Dónde estaba la prueba?

Necesitaba informes y fichas de pacientes. Datos, joder, quiero datos, gritó su mente.

De pronto sus ojos se posaron en la pantalla negra.

—Un terminal.

Presionó el pulsador situado en la parte inferior del monitor y pronto cobró vida arrojando su resplandor verde. El cursor parpadeaba sobre el nombre de usuario JCabriola. La sesión de usuario estaba iniciada. Lo que llevó a Sophie a mirar la puerta del despacho. Puerta abierta y sesión iniciada sugerían que alguien iba a volver en cualquier momento. Eso o que quien se sentaba a la mesa era demasiado despistado como para trabajar en un hospital. Sin Doug, el estar frente al terminal no le sería de gran ayuda, él era el genio informático. De todos modos llevó el cursor hasta Búsquedas y probó suerte con las palabras Jason Cross. Not Found parpadeó en el centro de la pantalla. A continuación probó con su nombre, Sophie Evans. Apareció su ficha con su nombre, fecha de ingreso en el centro y motivos. Pensó que era raro que la búsqueda no hallara nada acerca de Jason. Se preguntó si tan pronto borraban las fichas de los pacientes.

Entonces oyó el eco de pasos firmes, cada vez más cerca. Desplazó la mirada por el despacho, buscando un lugar donde ocultarse. Apagó la pantalla del terminal con la certeza de que quien hubiera dejado la sesión abierta, la retomaría. Haciendo uso de las muletas, avanzó torpemente hacia el interruptor de la pared. Presionó. Las tinieblas poblaron el despacho, el eco de los pasos se tornaron un palpito dentro de su cabeza. Retrocedió a través de la negrura y se deslizó por el hueco entre la parte posterior del armario y la pared.

Permaneció con las muletas bien cogidas, y controlando su agitada respiración. El eco siguió creciendo en intensidad, extendiéndose por los pasillos, y de pronto desapareció al otro lado de la puerta. Sophie Evans contuvo la respiración. El despacho fue inundado de un sobrecogedor silencio, roto dos segundos después por el leve sonido que realizó el pomo al girar.

A medida que la puerta se abría, jirones de luz procedente del pasillo irrumpieron en el despacho. Alguien entró, tras encender la luz, y tomó asiento. Seguidamente escuchó pesados papeles siendo depositados sobre la mesa. Comenzó a teclear mientras murmuraba frases ininteligibles. Su respiración estaba dotada de un leve jadeo ronco, lo que llevó a pensar a Sophie que se trataba de un hombre, probablemente un hombre mayor. ¿Sería el profesor Anderson?, se preguntó.

Las manos que sostenían las muletas comenzaron a sudar, enseguida percibió gotas de sudor desplazándose por su frente con una lentitud exasperante. Deseó con una intensidad casi dolorosa que quien hubiera allí se largara de nuevo, al menos el tiempo suficiente para que ella diera por concluida su nefasta aventura por el centro médico, como una vulgar maleante.

Sonó el teléfono de la mesa. Al contestar, Sophie reconoció la voz del doctor Thomas Anderson.

—No te preocupes, voy ahora mismo.

Sí, vaya usted a cualquier otro sitio, pero hágalo pronto y deme vía libre, pensó, no quiero estar aquí el resto de mi vida.

Entonces la sobresaltó el rugido de su estómago que reclamaba comida, y casi la obligó a soltar las muletas.

Por Dios, guarda silencio, cuerpo idiota, pensó.

Anderson colgó el teléfono. Sophie escuchó el sonido de las ruedas de la silla y supuso que el doctor había tomado la decisión de marcharse. Pero allí

se detuvo todo. No escuchó nada más y se preguntó a qué era debido.

Sabe que hay alguien, estoy segura, pensó. Lo presiente.

El doctor exhaló un suspiro de resignación y se encaminó a la puerta. Apagó las luces y comenzó una vez más el firme taconeo acompañado de ecos. La oscuridad cubrió con su manto los muebles del despacho.

Sophie aguardó unos segundos más con la espalda pegada a la pared. Entonces las muletas se le escurrieron de las manos sudadas y se precipitaron al suelo con un estrépito. Abrió los ojos como platos. Contuvo la respiración mientras escuchaba que los pasos se alejaban definitivamente.

—Menos mal —susurró.

Salió de detrás del armario y divisó un sinfín de hojas amontonadas encima de la mesa. No recordaba que estuvieran antes ahí, es más, estaba segura de ello. Con el corazón galopando como una estampida de caballos cubrió la estrecha distancia que la separaba de la mesa, con la cojera recordándole su accidente; pero por suerte ya no le dolía tanto.

La pantalla centelleaba con la ficha personal de Jason Cross.

¡Increíble!

En el apartado de observaciones leyó una línea que le erizó el vello de la nuca. La segunda frase inició el descenso por su espina dorsal de un repentino frío que, en cuanto alcanzó la cadera, la obligó a apretar los labios por el dolor.

Observaciones: El paciente presenta extrañas alteraciones celulares, que indican que el retrovirus está produciéndole leves mutaciones. Sin embargo, éstas son claramente insuficientes e incompletas. ¿Es posible que su cuerpo no pueda asimilar el cambio?

Conclusiones: El paciente ha sido asesinado en circunstancias insólitas. Preparación de autopsia en las próximas horas.

Sophie se recostó en el respaldo; quería distanciarse lo más posible de esa locura, tener lejos lo que insinuaba. Empezó a sentir nuevamente el dolor de su cadera, como si ésta hubiera advertido la demencia del doctor.

Arañazos hechos por la chica nueva, pensó. Entonces deseó salir del centro médico. Pero antes debía cumplir con su deber como futura periodista. Buscó por la mesa un papel y algo con que anotar la información. En el cajón halló una pluma y arrancó una página sin numerar de un bloc, anotó las frases y se puso en pie con la ayuda de las muletas. Fijó su vista en el voluminoso

informe y se sentó.

Ojeó una página tras otra. En una de las páginas leyó: Informe del doctor Thomas Anderson. Y anotado al pie de página: Enviar por fax a la comisaria a nombre de Forest y Parker.

Atisbó por encima del hombro la fotocopidora, casi llamándola, invitándola a realizar lo que estaba pensando.

—Son las pruebas que necesito. Soy la mejor.

Calculó que el volumen era de unas ciento cincuenta hojas, nada que no pudiera fotocopiar y ocultarse durante el regreso a su habitación, bajo el pijama que usaba.

Sus ojos relucían de entusiasmo, aunque el estómago hambriento pensara de forma diferente.

Al cabo de un tiempo, en que padeció los pormenores del miedo debido a nuevos pasos acercándose por el pasillo pero que finalmente sólo era el personal médico de guardia, emergió con las páginas escondidas bajo la parte superior del pijama. Subió las escaleras con el incómodo roce que le producía el canto de los folios en el vientre. Con todo, lo soportó con aguante hasta que cerró tras de sí la puerta que la separaba de los pasillos.

Se sentó en la cama con su recién adquirido regalo a su valor. Su rostro chispeaba de expectación.

2

Parker sostenía en la mano una de sus habituales cervezas. Cavilaba acerca de los insólitos hechos de los que había sido testigo frente a la casa de la familia Benson. Con la vista perdida en un oscuro horizonte interior, se dijo que tenía una remota idea de lo que contaba el diario, cuyo peso descansaba sobre la silla de madera situada junto a la barandilla del porche.

Parker permanecía apoyado en la barandilla, conservando todavía el desagradable cosquilleo en el estómago, y que se abría paso por el cuerpo con la semejanza de miles de hormigas caminando por sus intestinos. Dejó la lata encima de la barandilla y se rodeó con los brazos con la intención de eludir un súbito frío que le atenazaba. Ni siquiera soportaba continuar leyendo el diario. Había tenido suficiente por ese día.

Recuperó la cerveza y dio un trago para ahogar a las hormigas y que

detuvieran su recorrido. Se rio de su ocurrencia y bebió un segundo trago más largo.

Aunque había tenido su arma reglamentaria en la pistolera, no tuvo el coraje necesario para intervenir cuando la chica y la mujer llegaron a las manos, porque en aquel preciso instante lo asaltó un terror desconocido hasta entonces. La inaudita velocidad, la fuerza desmedida que poseían y la rabia latente que demostraba la mujer —quien dejó impresionado a Parker por el estilo de ropa que reconoció de las revistas de moda que Julia coleccionaba— fueron los ingredientes detonadores del miedo y del desconcierto que aún lo embargaban. Una pregunta absurda se propagó por su mente como un nido de arañas. ¿Habría sido suficiente una bala para detenerlas?

En todo caso, tenía finalmente la pieza del rompecabezas que le faltaba. Una hipótesis sobre lo que le ocurrió a Spencer emergía con mayor claridad del resto: era obvio que aquel desgraciado se interpuso de alguna manera en el camino de Berenice. El caso que había erosionado su vida desde que se inició en Chicago años atrás, mostraba signos de resolverse. Al menos tenía claro quiénes eran los culpables, aunque detener a Berenice sería sumamente delicado. Lo único sensato era tener una nueva entrevista con ella.

La reflexión hizo que las hormigas que aún no habían muerto por ahogamiento recuperasen su larga marcha.

Al agitar la lata advirtió los restos de cerveza meciéndose de forma penosa en el fondo. Arrastró los pies con desgana hacia la nevera, donde todavía atesoraba una buena provisión. Una pila de platos se alzaba como una interminable torre en el fregadero.

—Mañana fregaré —dijo al silencio de la cocina. Abrió la nevera, agarró una cerveza y experimentó el doloroso frío en la palma de la mano.

Salió al porche dando su primer trago y afianzando la idea de entrevistarse con Berenice. Esta vez el temor pareció quedar sepultado por todo el alcohol que contenían cuatro latas de cerveza.

Bajó las escaleras del porche y cubrió el espacio que lo separaba del buzón. El recuerdo de sus dos hijas atravesó su mente. Lo abrió y lo cerró con un golpe dotado de la rabia de quien espera con impaciencia nuevas noticias. Estaba cansado de que Julia se tomara con una calma exasperante el tema de las niñas. Al fin y al cabo también eran hijas suyas. Entonces lo vio claro.

Seguramente el padre de Julia insistiría en que ésta no se tomara demasiadas molestias con un hombre que residía tan lejos y que con tan poca frecuencia visitaba a las niñas, cosa que Parker estaba convencido de que el

padre agradecía.

Y tiene parte de razón, Parker.

—Tengo trabajo que hacer —rugió, dando un largo trago—. Estúpido abuelo.

Tiempo atrás tuvo la ocasión de leer, sin que Julia se diera cuenta, una de las cartas que le remitió el padre días después de que se enterara de que el divorcio seguía su curso. Manifestaba su notable regocijo de que su hija abandonara a «ese tipejo que lo único que tenía de policía era el uniforme». La carta añadía que Julia y las niñas, por supuesto, tenían la casa a su disposición. De hecho dispondrían de cualquier cosa con tal de alejarse de una vez por todas de ese policía.

La mala relación entre Parker y el padre de Julia no había tardado en aparecer, porque antes de que ambos formalizaran la relación, ella había tenido otro novio. Un tipo bajo y con las cualidades físicas de una escoba; no obstante, gustaba al padre de Julia por sus agallas con las finanzas. Aquél era el tipo de hombre que tenía pensado para su hija. Al menos era así hasta que Parker pisó la moqueta del vestíbulo y Julia le presentó como el nuevo novio. La expresión que el padre adoptó entonces, tuvo un lugar reservado en la mente de Parker; un lugar para los recuerdos que se resistían a marcharse, pues permanecían tallados con el fuego del resentimiento. Ahora Julia podría volver con aquel tipo, un anterior novio, pensó. Con todo, la conciencia de Parker estaba tranquila en ese aspecto; cuando se conocieron, la relación con el mago de las finanzas se hallaba desgastada. En diversas ocasiones, le preguntó a Julia de qué se podía conversar con un tipo que sólo entendía de números. Ella siempre le contestaba con un silencio delator.

En cuanto estuviera solucionado el caso, realizaría una visita sorpresa.

Con una carcajada, caminó por el sendero de acceso. Antes de alcanzar las escaleras del porche, echó una ojeada al cielo y percibió la humedad que se avecinaba para los próximos días.

Se dejó caer sobre uno de los escalones y miró su lata de cerveza casi vacía. La agitó y encogió los hombros sin saber siquiera cuál debía ser la primera pregunta a formular a Berenice. Lanzó la lata de cerveza al césped y ésta produjo el mullido sonido que sugería necesitar una segada. Reprimió su deseo de tomar una quinta cerveza o acabaría borracho y por la mañana no estaría recuperado; quería estar dispuesto cuando la tuviera delante.

¿Cómo se podía ser tan rápida y fuerte? ¿Conocía Teddy Benson las cualidades de su rara amiga?

Recordó las palabras del doctor Thomas Anderson, quien hizo referencia al mejoramiento de las células de un individuo que sobrevivía al virus. ¿Eran acaso Berenice y la otra mujer joven unas supervivientes a dicho virus? ¿Cómo era posible? En tal caso, ¿de dónde procedía el virus?

Parker había leído en su adolescencia varios artículos sobre la hipótesis de que los soviéticos estuvieran experimentando con virus alterados mientras la CIA se adentraba en el control mental. Todo parecía ser válido para el dominio del mundo.

Innumerables cuestiones martilleaban su cabeza esa noche, cuya tranquilidad únicamente se manifestaba en la calle; su mente y sus cervicales parecían estar a punto de estallar en el proceso de búsqueda de las respectivas respuestas.

Aquella noche tuvo una pesadilla que elevó un grado más su obsesión por el caso.

El hombre de la celda apagó las luces tras la orden del alguacil. Las sombras decoraron los corredores con su velo. El hombre se encontraba sentado en la desvencijada cama, con la barbilla en las manos y los codos en las rodillas. Parker estaba al otro lado de los barrotes, aún conservando su libertad. Sus ojos escrutaban lo que se deslizaba hacia la celda de Spencer; algo se arrastraba, envuelto en su propio horror y pestilencia descarnada. Una rabia contenida dentro de un cuerpo de carne avanzaba atada a las cadenas del tiempo. Lentamente, pero ello no eludió el temor que sacudía a Parker dentro de su pesadilla. Quiso escapar del nefasto sentimiento devorador que, a medida que se acercaba a la celda de Spencer, se intensificaba hasta un doloroso infinito. ¿Por qué Spencer no lo advertía? Sólo un hombre ciego era incapaz de no percibir la muerte acercándose.

De pronto lo vio y quiso despertar como siempre sucede en las pesadillas. Sin embargo, algo superior a él lo impedía.

Dos puntos refulgieron en las sombras y se agrandaron. Parker estaba convencido de que los puntos luminosos podían verle. Arrastraba los pies desnudos saturados de arañazos y conchas de barro, como si esa cosa hubiera emergido de las profundidades del lodo.

Tenía su corazón encerrado en el pecho a punto de sufrir un colapso por su desbocado palpitar. Entonces fue cuando la escuchó, escuchó a la muerte reírse. Era como un sonido agudo provisto de miles de voces en su interior, y pese a ello, el resto de presos continuaban durmiendo. Sólo Parker podía escuchar a la bestia mofarse de las reglas de los hombres. La risa se

intensificó alojándose en los oídos de Parker, e hizo que fuera imposible soportar el tormento.

Los puntos de luz se convirtieron en dos focos enormes y fueron capaces de añadir forma a la figura dentro de la oscuridad de la prisión. ¡Una niña! Sólo una niña desnuda que, tal vez, buscase atención en un mundo de sufrimiento. Sin embargo, aquella idea ingenua pronto se desmoronó. Una vieja mano ajada, sembrada de pústulas y llagas, en cuyo interior anidaban gusanos listos a emerger, aferró uno de los barrotes de la celda. La otra mano cogió el barrote siguiente y los separó con el mismo esfuerzo con que alguien lo haría con varas de goma.

De la nada, la niña sin infancia sacó una cuerda y miró a Spencer, quien aún contemplaba el suelo sin ser consciente de ninguna amenaza. La cuerda se cerró alrededor del cuello del hombre con la rara sutileza que únicamente tienen las pesadillas. La niña sostenía en una de sus horripilantes manos el otro extremo de la cuerda. Comenzó a tirar con lentitud, y el cuerpo de Spencer era alzado a través de una tubería que ejercía de polea, sin que éste reparase en ello.

Parker trató de gritar detrás del velo confuso de su pesadilla, pero sus chillidos no pudieron cruzar a la celda; se perdieron en los corredores de la prisión.

Finalmente el cuerpo pendía un metro por encima del suelo y con la mirada perdida. La niña se volvió hacia Parker y le sonrió con dulzura.

—Soy lo que soy, señor agente.

Pasó por su lado y desapareció del mismo modo en que apareció: lentamente, arrastrando los pies de forma pesada y con aquella maliciosa risita que colmaba todos los recovecos del alma de Parker.

—¡NOOOOO!

El alarido quebrantó el silencio del dormitorio como el estallido de una tempestad. Se incorporó de prisa en el respaldo de la cama y miró en todas direcciones con los ojos poseídos por la frenética locura del desquiciado. Encendió la lamparilla de noche, ésta irradió con su luz las cuatro paredes. De aquel modo logró convencerse de que los horrores de las pesadillas no traspasaban la frontera del sueño.

—Una pesadilla. Sólo eso. Será mejor que me calme.

Lanzó un suspiro ahogado y escuchó a su corazón recuperarse.

Detrás de la ventana, la oscuridad yacía inmóvil salpicada por millones de estrellas que titilaban. Pasó en vela el resto de la noche, hasta que por fin el

cielo se clareó. Se levantó de la cama y frente al espejo se dijo que Henry no cerraba el caso. Berenice era quien lo hacía. No había nada concluido. Eliminó parte de la somnolencia con agua fría, tomó un desayuno apresurado y salió a afrontar el nuevo día, aferrado a la idea de que sería el último para el caso que tenía entre manos. Al volante del coche, camino de la comisaría, se animó pensando en que la próxima semana estaría en compañía de sus hijas.

El diario de Henry Hughes dormitaba en uno de los asientos posteriores.

3

—No —finalizó Forest con firmeza, aplastando el cigarrillo en el cenicero—. No puedo permitir que te manches las manos sin pruebas definitivas. No creo en fantasmas. Tenemos al culpable y todo está en orden. Te aconsejo que este fin de semana te relajes y desconectes del caso. El lunes te encargarás de...

—Pero está este diario —interrumpió Parker, y agitó el diario que tenía en la mano.

—Estás muy alterado y obsesionado. Henry ha reconocido ser el asesino, Parker. Es definitivo.

—Está encubriéndola. Se cree el padre del año. —Parker se volvió y escuchó los sonidos de la oficina al otro lado de la puerta. Durante quince minutos había tratado en vano de convencer a Forest de que Henry no actuaba solo. Arriesgando su imagen como hombre serio, le había contado lo que vio desde la casa adquirida por la familia Hughes, la impresionante velocidad de Berenice y Johana. Por supuesto, Forest no tomó en serio sus palabras—. Ese tipo está como un cencerro.

Forest guardó silencio. Luego agregó:

—Sigo siendo el jefe de policía. —Apoyó su barbilla sobre los dedos entrelazados—. Y considero que hasta nueva orden, nuestro trabajo ha terminado. Esperaremos la vista previa del juicio.

—¿Y qué pasa con el informe del doctor Anderson? —inquirió Parker al tiempo que ejecutaba enérgicos ademanes—. Este diario explica cómo esa maldita cría probablemente haya sido capaz de asimilar el virus. Yo la he visto, he hablado con ella. Y créeme. Te pone los pelos de punta.

—Palabras de un demente. Los hay a cientos en este país.

Parker tomó asiento.

—Entonces, ¿ya está? Así de sencillo. Otro carpetazo cuando no se sabe cómo terminar un caso.

—Está terminado. —Forest se acercó a la mesa con tono severo—. ¿Y sabes por qué? Porque tenemos a un tipo que ha confesado todos y cada uno de los asesinatos.

—¿Y el de Elena Hughes?

—También. Además, encaja perfectamente con su sádica actitud, como tú mismo has dicho que menciona el diario. El doctor en psiquiatría, Alexander Brown, ha sido llamado por su abogado. La cosa sigue su curso hasta el juicio.

Parker resopló de impotencia. Nuevamente, la ineficacia de la policía le impedía llegar a los insólitos entresijos del caso.

—Me gustaría hablar con Henry Hughes.

Forest lo miró a los ojos y los analizó en profundidad.

—No creo que sea necesario. Está en manos del abogado y el psiquiatra. Tu trabajo ha concluido, Parker, asúmelo y tómate un largo fin de semana. Es mi consejo.

Se alzó de la silla y abandonó el despacho del jefe de policía con un portazo.

Un largo fin de semana. Las palabras todavía resonaban en su cabeza con el matiz falsamente sosegado de quien desea pasar a otra cosa, porque alguien más había tomado partida en el asunto.

Pensó que un poco de fresco le aclararía las ideas. Al cruzar la puerta de la comisaría se detuvo con un respingo. Ahora lo comprendía. Sintió cómo se le formaba un nudo en la garganta y aumentaban los latidos de su corazón. Dos hombres con la mirada oculta tras cristales oscuros, mandíbulas anchas y hombros de armario, se apeaban de un Mercedes. Cruzaron la calle acompañados por su insolente taconeo.

—¿El FBI? —Su voz estaba provista por un tono de repulsa.

—¿Agente? —Asintieron como gesto de saludo.

—¿Señores? —se apresuró a decir Parker.

Se dirigieron al despacho de Forest. Así que era eso, pensó. Un largo fin de semana para que los federales me quiten mi caso.

Reprimió un chillido, se volvió y, al volante de uno de los coches patrulla, enfiló la calle rumbo a la casa de Teddy. Esperaba encontrar a Berenice junto a él, puesto que era el momento de la entrevista.

Encendió la radio con la intención de calmar la hiriente traición de Forest.

Sin embargo, la voz tenor de un cantante no alivió el dolor de las cervicales. ¿Cómo se había atrevido a apartarlo del caso después de haberle confiado los expedientes de Chicago? Aunque sabiendo cómo actuaban los federales en sus amables coacciones, no era de extrañar que Forest se viera obligado a ceder. No era del todo culpable.

En todo caso, ¿qué buscaban ellos y hasta dónde sabían del caso de Berenice?

4

Teddy había permanecido en vela toda la noche junto a la cama de su madre, cuyo cuerpo estaba cubierto por una manta. El chico se había vaciado de lágrimas.

Cuando amaneció, Berenice se encontraba en el comedor, sentada en el sofá contemplando la fotografía de la mujer del cabello dorado. Los primeros rayos colmaron la estancia con su candor y su luz, iluminando a la mujer del retrato. Escuchó pasos en el dormitorio de Frida; era Teddy que finalmente salía y descendía las escaleras. Bajo los ojos, dos moratones grises acusaban su falta de descanso y su lánguido caminar lo acercó a la mesa. Tomó asiento en una silla y miró a Berenice, quien tenía las manos en el regazo como una anciana, con su gesto paciente y guardando un respetuoso silencio. Se había quitado la chaqueta de cuero y su camiseta negra se ceñía a su delgado cuerpo como una nueva piel. Las dos redondeces de sus senos pronunciaban una leve curvatura bajo la camiseta.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó.

El pecho de Berenice subía y bajaba con una respiración pausada.

—¿Qué quieres que pase?

—Tendré que informar de la muerte de mi madre. Llamar al médico o algo así.

Berenice rumió para sus adentros y dijo.

—Es una opción.

—¿Hay más opciones? —quiso saber Teddy.

—Siempre las hay. Tarde o temprano tendremos que irnos de esta ciudad.

—No había pensado en eso.

—Tú lo dijiste en el bosque: acabarán cogiéndonos y querrán saber qué

ocurre en mi cuerpo.

—Me acuerdo. Y es la verdad —dijo—. Puedo ir con mi padre. Se alegrará de verme.

—No lo dudo —dijo ella con una sonrisa—. Pensaba que nos iríamos juntos a empezar de nuevo.

Teddy notó el calor de sus mejillas.

—Esa idea me gusta —reconoció.

Berenice asintió con expresión alegre.

—Entonces, cuanto antes nos marchemos mejor.

—Llamaré al doctor. Recibirá un entierro digno.

—Respetaré esa decisión.

Teddy se levantó de la silla y, sin apartar la vista de su amiga, dijo:

—Tú me has contagiado a mí y a Johana. Pero ¿quién te contagió a ti?

Ella abrió los ojos y se hicieron inmensos.

—Ésa es una de las partes de mi vida que no recuerdo.

—¿Y las voces?

Berenice dirigió la mirada a su regazo.

—A veces las oigo. Aparecen y desaparecen sin más. No sé qué son, pero cuando me hablan me duele mucho. ¿Te parezco una loca?

El chico se apresuró a negar con la cabeza.

—¿Y qué te dicen?

—Me llaman. Quieren que vaya, pero no sé adónde. —Entornó los ojos como si buscara en su mente alguna pista más, oculta entre tantos datos acumulados en su larga vida—. Santuario —dijo al fin.

—¿Santuario?

—Sí.

—Suena muy siniestro.

Se miraron el uno al otro en profundo silencio. Al cabo de unos segundos el timbre de la puerta rasgó el estado de agradable somnolencia en que ambos permanecían.

Teddy se volvió sobresaltado hacia la puerta.

—¿Quién será? Nunca viene nadie.

—Abre y lo sabremos.

Siguió el consejo.

El agente Parker apareció con una mirada de recelo y un pequeño libro encerrado en su mano, como un objeto valioso.

—Buenos días. —Su voz sonó lúgubre—. Vengo de la casa de al lado. Pero

al no haber nadie he venido aquí, pensando que tu amiga estaría contigo.
¿Puedo pasar?

La mano de Teddy, que asía el tirador de la puerta, se estremeció. Miró por encima del hombro.

—Ella está aquí, ¿no? ¿Puedo pasar? Sólo quiero hablar.

Se hizo a un lado y Parker pasó al vestíbulo. El chico vio que el policía apresaba el libro con suma fuerza; los nudillos estaban pálidos.

—¿Dónde está?

La voz de Berenice recorrió la casa con su melódica voz.

—Estoy en el comedor.

Parker accedió y se detuvo en el umbral de la puerta al contemplar a Berenice sentada con tanta calma en el sofá, con las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta de cuero, que lucía de nuevo.

—Nos vemos de nuevo, señor agente.

—Eso parece.

Teddy se sentó a la mesa con notable preocupación en su cara.

—Hemos detenido a... a tu padre. El señor Hughes está detenido por sospechoso de los asesinatos en Silverston. —La frase quedó suspendida en un aire tan denso que se podía cortar con un cuchillo.

—Comprendo —se limitó a decir. Luego volvió a mirar el retrato de la joven rubia y dijo—: ¿De qué pruebas dispone?

—Ha confesado. Él ha decidido declararse culpable.

Los párpados de Berenice bajaron a media aspa.

—Hummm..., ¿Y qué necesita de mí?

—Con su confesión te ha dejado libre de todos los cargos. —Parker se restregó los ojos con su mano libre. Permaneció inmóvil bajo el marco de la puerta—. Pero yo sé que...

Berenice se removió en el sillón.

—¿Qué sabe, señor agente?

—Que te está protegiendo por amor. De todos modos, me entregó este diario donde anotaba todos sus pensamientos acerca de ti. Su hija adoptiva.

—Oh. No conocía la existencia de ese diario —murmuró.

—Eso me dijo. Que era secreto.

—¿Puedo verlo?

—No es necesario por ahora. Quiero decirte que os vi a ti y a esa otra mujer joven de pelo corto discutiendo, y vi cómo la empujaste, con... —se detuvo a recobrar algo de aliento— una fuerza impresionante. ¿Cómo puedes tener

tanta fuerza? Luego vi desaparecer a esa otra joven a la velocidad del rayo.

Berenice se levantó con sus manos todavía en los bolsillos. Sus facciones se agravaron. Cuando Parker reparó en ello, flexionó las rodillas en posición de guardia y palpó el arma dentro de la pistolera.

—Va usted a derretirse de miedo. Es mejor que se Calme.

—Cuidado, Teddy, tu amiga es culpable de un asesinato hace muchos años, en Chicago. Apuesto a que no te lo ha dicho.

Teddy fijó su mirada en ella como un imán.

—¿Qué está diciendo?

—Está sacando conclusiones precipitadas. Cálmese.

—He echado una ojeada al diario. Algunos pasajes hablan de una enfermedad. ¿Cierto?

—Sí, pero no es un delito estar enferma —dijo Berenice.

—No. Pero lo es haber matado a Spencer. Henry me ha confesado que estabais en Chicago por aquel entonces.

—No soy culpable de nada, señor agente. —Rodeó la mesa lentamente, sin apartar la vista de la madera pulida—. ¿Dónde están sus hijas, Parker?

—No veo la relación —dijo éste, cerrando su mano en torno a la pistolera de piel— Estás detenida, Berenice. Tienes derecho a guardar silencio y cualquier cosa que digas podrá ser usada en tu contra. Tienes derecho a un abogado...

—Sabía que algún día esto pasaría —interrumpió.

—Mark te vio arañar la cara de Jason Cross. Así fue como le contagiaste la enfermedad. Mark tenía miedo. Al principio no lo entendí y pensé que eran cosas de chicos. Aunque te advierto que yo no te tengo miedo. —Desenfundó el arma y apuntó con ella a Berenice.

—Oh, señor agente, por favor no sea usted infantil. Cuando esa bala apenas salga del cañón, Teddy yo estaremos muy lejos.

—¿Teddy? No comprendo —dijo, dirigiendo su mirada atenzada por una mezcla de temor y sorpresa hacia el chico—. El doctor Anderson tiene razón. Santo cielo, pero ¿de qué va todo esto? Dime, maldita sea. ¿De dónde habéis salido tú y la mujer?

—No puedo darle esa respuesta porque no la sé. —Berenice le sonrió. Corrió hacia Parker, lo cogió por la pechera de la camisa con una mano; la otra le arrebató el arma y lo arrastró como a un muñeco endeble hasta el sofá—. Siéntese ahí y escuche.

Los ojos muy abiertos de Parker parecían estar a punto de saltar de sus órbitas.

—¿Cómo es posible? Tus movimientos son milimétricos. ¿Has recibido instrucción militar?

Berenice, que en ese momento le daba la espalda, se volvió y le miró desconcertada.

—No sé a qué se refiere. Soy así desde que recuerdo —aseguró—. Ahora quiero que me escuche atentamente.

—Berenice, ¿qué le vas a hacer? —inquirió Teddy asustado.

—Teddy, no soy una asesina. No le voy a hacer nada.

Entonces se escucharon las sirenas de coches patrulla.

Berenice penetró a Parker con la mirada.

—¿Qué ha hecho, hombre tonto? —Dio un amenazante paso hacia el sofá.

—¡Nada! ¡Nada! Acuden a la casa de al lado a recuperar el cuerpo de Elena Hughes, tu madre adoptiva, supongo. El caso se está cerrando. Henry detenido y listo para el juicio la semana que viene. Todo termina, pero yo sé que eres tú la causante de todo. Y a mi modo de entender, no esta cerrado.

—¡NO! —Berenice se precipitó hacia Parker. Apoyó una mano a cada lado del respaldo, dejando la cabeza de éste en medio—. Spencer violaba a esas niñas una y otra vez. Empecé a seguir su rastro cuando se interesó por mi amigo Brandon. Ese monstruo lo capturó y lo violó. Yo estaba allí a punto de cogerlo por mi cuenta. Y también estaba la noche que usted erró el disparo. ¡Mató a Brandon y le he perdonado! Sé que usted escapó de la justicia porque ocultó las pruebas. ¡Sí! ¡Yo vengué a Brandon! Su error por el mío, señor agente. —Arrimó su mirada crispada por el dolor a escasos centímetros de la del agente—. Ahora váyase de esta casa y déjeme en paz. El caso está cerrado. Vuelva con sus hijas y no las deje sin padre, porque eso es lo que pasará si me molesta de nuevo —añadió con una voz cavernosa, que arrancó un tenebroso escalofrío a Parker.

Berenice se alejó del sofá y se acercó al mueble donde descansaba la foto. Parker respiraba de manera entrecortada y de su camisa asomaban diminutas manchas de sudor en el pecho y las axilas.

—Siento lo de Brandon, Berenice —dijo Teddy con susurro apenas perceptible.

—Ya pasó —repuso ella con amargura.

Parker, que se había levantado con las piernas como gomas, se inclinó y recogió su arma. La enfundó y les dirigió una mirada de resignación.

—Está bien. Me marchó, por ahora. Aunque el caso tiene muchas lagunas y otros policías lo sabrán y te perseguirán hasta darte caza.

Berenice se giró.

—Estaré preparada —dijo con firmeza, y miró a Teddy—. Estaremos preparados, mi amigo y yo.

Antes de abandonar el comedor se detuvo y sin mirar añadió:

—Yo también siento mucho lo de ese niño, Brandon.

Ninguno de los dos comentó nada. Parker se sumó a Nick y a Andy, quienes estaban en la otra casa mientras un hombre enfundado en una bata blanca empujaba el cuerpo de Elena en una camilla.

5

Sophie, horas antes de que una enfermera le anunciara el alta, tenía la cama sembrada de hojas arrancadas del bloc; varias de éstas se habían derramado sobre el suelo como un reguero de confetis. La enfermera que acostumbraba a llevarle el desayuno le había preguntado qué anotaba con tanto interés. Le mintió de la forma más sencilla: eran tareas escolares que sus amigos le traían, porque si algo odiaba era ir retrasada con respecto a los demás alumnos. Esa mentira, pronunciada con firmeza, dejó satisfecha a la enfermera. Sin embargo, suspiró de alivio cuando la puerta se cerró. Dejó de lado el desayuno; debía tener todo listo para el próximo lunes, en el cual vería la luz un nuevo boletín oficial mucho más contundente. Se trataba sin duda de la noticia de su vida.

Finalmente, caminaba en dirección a la puerta con paso relajado, pese a que en su interior contenía toda la ansiedad y expectación que podía soportar. Vestía pantalón blanco de deporte y un suéter. Tuvo la sensación de parecerse más de lo debido a Laura, pero había creído oportuno sacrificar algo de su magnífico aspecto en pos de su trabajo, pues debajo del suéter, hostigando la piel de su vientre plano, ocultaba el paquete de folios. Tenía la mano derecha dentro del bolsillo, sosteniendo bajo la costura el pesado volumen de folios mientras, con gestos de asentimiento y una forzada sonrisa, se despedía del personal médico. La otra mano se apoyaba sobre la muleta. En todo caso, su

buen papel de actriz daba resultado. La mujer de bata blanca asintió y dibujó una sonrisa amistosa.

Las puertas se agrandaron ante Sophie. Experimentó cómo sus pulmones estaban a punto de explotar si contenía un solo segundo más el aire. En cuanto la puerta quedó atrás y advirtió que nadie la miraba, exhaló todo el aire acumulado y el suéter se hinchó a causa de la cantidad de folios.

Bajó las escaleras esperando encontrar el coche de Josh, acompañado por el resto del equipo. Había prohibido rotundamente a su madre acudir a recogerla; lo que menos necesitaba era tener los ojos inquisidores de su madre cuando ella sacara de su cintura dolorida el paquete de folios.

La mañana del viernes se presentaba calurosa. Al menos eso pensó envuelta en tanta cantidad de ropa, siendo una de las escasas ocasiones en que se resignaba a ocultar sus torneadas piernas. Miró en todas direcciones sin hallar en un primer momento el coche de Josh. Después de insistir un rato, reparó en que el desvencijado vehículo se encontraba aparcado en la esquina de Latter Street y Bosom Street, sepultado bajo la sombra de un árbol.

Con la mano alzó la muleta a modo de saludo, entonces su cadera emitió el aviso de que todavía no estaba recuperada del todo.

—¡Cuidado, Sophie! No queremos que vuelvas otra vez al hospital —exclamó Doug.

—Calla, idiota. Tenemos mucho trabajo —rugió mientras dejaba la muleta en el maletero y rodeaba el coche con una leve cojera.

—¿Nunca descansas? —quiso saber Doug.

—Ya habrá tiempo para eso. —Sophie silenció a todos con su mirada de fiera desbocada cuando tomó asiento en la parte posterior—. No podéis ni imaginar lo que tengo aquí. Yo, al contrario que otros, he cumplido con mi obligación de futura periodista.

—Sentimos no haber podido averiguar mucho sobre Teddy y su amiga.

Sophie alzó la mano y desvió la mirada.

—No quiero más excusas. Cuando yo os dé excusas podréis hacerlo vosotros.

Entonces subió con cautela parte del suéter —momento que Doug aprovechó para echar un vistazo en los sugerentes secretos de Sophie, pero apartó los ojos de gato asustadizo en cuanto ella le disparó con la mirada— y sacó el abultado paquete de hojas.

—Aquí está.

Todos los ojos se posaron como lupas encima de los folios.

—Increíble —dijo Laura, que lucía, para sorpresa de Sophie, una blusa azul y unos pantalones con vuelo.

—Eso mismo digo yo —le indicó, concediéndole un guiño de satisfacción—. Mucho mejor así. —Laura experimentó una quemazón en sus mejillas—. De acuerdo, chicos, volvamos al trabajo. Como veo que no sabéis nada acerca de Teddy y su rara amiga. Hummmmm... —Caviló durante un segundo y añadió—: ¿Ninguna novedad en la escuela?

Negaron con la cabeza.

—Teddy no se ha dejado ver estos días por allí —dijo Josh.

—Es raro, con la fama de marimandona que tiene su madre —dijo Sophie—. Bien, chicos, ya habéis vagueado bastante y hecho demasiados novillos. Volvamos a la escuela. Toca pasar a limpio todo esto. —De los bolsillos del pantalón sacó el bloc y el fajo de hojas arrancadas atadas con una goma.

Las miradas silenciosas de los chicos se posaron en la calle, pero Sophie sabía que la vergüenza asomaba en sus rostros después de haber comprobado lo atareada que había estado su jefa pese al accidente.

El motor del coche inundó la calle con su traqueteo metálico.

—Joder, a ver cuándo te compras otro coche, tío —espetó Doug.

—Cállate. Yo al menos tengo con qué llevar a las chicas.

—Pero, ¿qué chicas, tío? —bufó Doug; luego escupió una sonora carcajada.

Laura esbozó una sonrisa que ocultó con la mano para no molestar a Josh. Sophie contemplaba la calle. Su mente bullía y bullía, sus ojos escrutaban los peatones que deambulaban por Jointer Avenue; Teddy y esa chica podrían estar en cualquier lugar, pensó. Pero, ¿dónde?

Eran las doce de la mañana cuando accedieron a la zona de estacionamiento de la escuela. Tras complejas maniobras, Josh consiguió dejar el coche bien aparcado. Se apearon y se encaminaron hacia la escalinata, donde los primeros alumnos que realizaban novillos ocupaban la mayor parte.

—Necesito espacio para subir —replicó Sophie.

La pareja de adolescentes apagó su beso y se marcharon propinando maldiciones. El equipo se deslizó por el pasillo con Sophie al frente, lanzando miradas de furia a cualquiera que osara impedirles el paso. Afortunadamente no se toparon con el director Harvey Fuller, quien, aunque tenían permiso para tomarse ciertas libertades con el horario escolar debido a su trabajo extra, siempre tenía preparadas unas palabras de amonestación

parar entregarles.

Pasaron delante de la puerta del despacho del director, pero éste no asomó su hocico como un chacal. Continuaron con el paso firme hacia su propio despacho juvenil. Aun así, Sophie miró por encima del hombro sin poder evitar que un gesto de duda naciera en su rostro.

6

Sobre la cama del pequeño motel regentado por el señor Carson y su esposa Nora, situado en Jointer Avenue, yacía el cadáver de un desconocido. Al menos lo era para Johana, aunque en el registro de entrada del motel estaba anotado Joseph Callahan. Después de tantos años, los nombres carecían de importancia para ella, sobre todo si eran hombres que miraban de forma descortés a una dama, como se consideraba Johana. Una dama de hielo.

El cadáver conservaba su camisa de algodón, con el reciente añadido de una mancha púrpura en la boca del estómago. Bajo el espeso vello de las piernas se apreciaban las acentuadas formas de los huesos; los pantalones dormitaban en la mesita de noche, porque tener a Johana delante realizando movimientos sensuales fue motivo más que suficiente para que se hubiera apresurado a despojarse de ellos. No obstante, ella no le proporcionó el esperado placer. Únicamente necesitaba la enzima, y esa vez de forma obligada. Su hambre había irrumpido en el jardín de Teddy y se vio forzada a marcharse. Se deslizó por la zona residencial de Silverston donde recordó los momentos más confortables de su vida, cuando vivía bajo techos de lujo. De hecho, allí mismo conoció al tipo, cuyos ojos reflejaban la expresión del miedo. A Johana le gustaba contemplar aquella excitante debilidad en los despojos.

Emergió del baño con la piel fresca. Tras un banquete tocaba el aseo personal, pensó con gélida ironía. Tenía su cabello rodeado por una toalla húmeda. Se encaminó a la cama e hizo a un lado los zapatos del hombre.

—Siento no poder haberte dado tu dosis sexual anoche, querido —le dijo—. Pero algo en lo que insistieron mucho mis padres fue que no se juega con la comida. —Contempló el cadáver de tez blanca como la nieve, y una mandíbula ancha y recortada por un excelente escultor. El pelo

abundantemente engominado y tan aplastado como una fina película, le infundía el aspecto de un feroz abogado—. Eres atractivo. Bueno, eras. Mejor en pasado, porque ahora ya no eres nada.

Se introdujo dentro del vestido blanco de tirantes, descorrió las cortinas y observó la calle con la animosidad de quien presiente un día radiante. El sol lucía en un cielo azul. Era viernes. El día en que la joven estudiante que había conocido en la escuela secundaria celebraba la fiesta.

Se plantó ante el tocador y éste le devolvió el reflejo de una imagen fría y de ojos entornados, pese a ello, por la ranura asomaba su odio latente. No era un modo de presentarse en una fiesta de adolescentes, cosa que ya no era. Se acercó al espejo. Sin duda, la herencia de Berenice era capaz de retrasar de una forma implacable la vejez. La piel conservaba su elasticidad y buena tersura. Podría decir a los demás que cumpliría en poco tiempo los veintiuno.

—Tengo que ir de compras.

Dejó escapar un gruñido de resignación cuando supo que le resultaría difícil encontrar una tienda de ropa que se adaptara a sus gustos. Nunca fue una mujer de cambios constantes, y con todo el tiempo acumulado a sus espaldas, sabía que eso era lo que traía el paso del tiempo: cambios y más cambios. ¿Por qué no se detenían los cambios sociales de una vez por todas?

Se volvió y pensó que no era buena idea dejar el cuerpo tendido encima de la cama. Deslizó en sus labios el nuevo filtro adquirido el día anterior y añadió al extremo del cigarrillo la lengua del mechero que había sacado de uno de los bolsillos del pantalón del hombre.

Finalmente decidió abandonar a su suerte al desconocido. Alguien lo encontraría. Se dijo que era posible que llamara demasiado la atención con su rastro de cuerpos, pero ella tenía su estilo y no tenía por qué ser tan delicada como Berenice. No deseaba cambiar nada de su personalidad. Se gustaba a sí misma.

Cerró la puerta. Cubrió la distancia enmoquetada del pasillo hasta las escaleras que conducían al vestíbulo. Una pareja de recién llegados firmaba el registro que el señor Carson les entregaba. Atravesó el vestíbulo de paredes tapizadas de madera a media altura. La moqueta roja finalizaba en la puerta principal, cuya mullida superficie ahogaba los pasos de Johana. Dejó atrás el aire cargado y el tintineo de las llaves que cambiaban de manos, y se aventuró hacia el agradable calor del día. Quien ha caminado bajo el sol de California, no quiere probar otra cosa, pensó.

Mientras cruzaba Jointer Avenue cavilaba sobre lo poco que había

envejecido Berenice. Recordaba con claridad el día que cruzó la puerta de la casa de sus difuntos padres. Ambas eran iguales en edad. No entendía por qué Berenice no tenía ahora el aspecto de una joven de veinte años como ella. Casi veintiuno, rectificó.

Se sintió molesta por varias miradas que se fijaron en su forma de vestir. Ella les dirigió una mirada cargada de hiriente enojo. Caminaba con la espalda recta y segura de las mujeres distinguidas de los años veinte. Tras pasar por delante de cafeterías, restaurantes atestados de personas hambrientas, topó finalmente con una tienda de ropa joven. El cartel anunciaba que estaba a punto de entrar en «Donna's Style». Se detuvo y contempló el escaparate con desgana. Pero se dijo que el día no debía decaer. Un maniquí femenino exhibía una minifalda amarilla de cuero junto a una chaqueta ceñida. Los ojos muertos del maniquí la miraron.

Dos chicas adolescentes, una con melena suelta y otra con coleta y mejillas pecosas, salieron de la tienda apresuradamente, vestidas con más ropa de la que el clima permitía. Una de ellas reía de forma triunfal. Ambas, ensimismadas en sus primeros delitos, chocaron con Johana. De las manos de la chica de coleta cayeron varios anillos y unas gafas de sol, todo robado en su anterior visita a tiendas de bisutería.

Johana las escrutó.

—¿Qué mierda miras, tía? —rugió la pecosa.

—Poca cosa, apártate de mi camino. —Johana se abrió paso por en medio de ellas y entró en la tienda. Las chicas quedaron boquiabiertas en cuanto los ojos de Johana se encendieron en un estallido de luces blancas.

La tienda estaba envuelta en la melodía que brotaba de dos altavoces colgados de la pared, detrás del mostrador de vidrio, que mostraba con la sutileza del consumismo unas fotos a cuyas modelos muchas mujeres querrían parecerse. Perchas vestidas con conjuntos alegres y veraniegos ocupaban el centro del local. Las paredes se encontraban cubiertas de estanterías blancas con suéteres de diversos tipos de tejidos encima. Varias muchachas miraban con los ojos soñadores las prendas; Johana se limitó a coger una camiseta blanca y a contemplarla con escepticismo. La dejó como si la prenda quemara y se acercó al mostrador. Pronto apareció Bárbara Jones con una radiante sonrisa y con sus rebosantes labios resaltados por un carmín rojo intenso.

—¡No! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. ¿Eres real?

—Sí —dijo Johana, comprendiendo de inmediato a lo que se refería.

—No. Es imposible.

—Todo es posible.

—Dime que no es la moda flapper de los años veinte.

—No es la moda flapper de los años veinte —concedió—. ¿Conforme? Pero ambas sabemos que es la moda de los años veinte.

—Increíble.

—Te contaré un secreto —anunció, sumándose a la absurda parodia de Bárbara. Se inclinó sobre el mostrador hasta la oreja y le dijo—: Es auténtico.

—¡No! —chilló, contagiada por la estupidez—. ¡Increíble! —Luego, Bárbara agitó la mano con su ensayada sonrisa a las dos chicas que abandonaban la tienda—. Volved cuando queráis. —Dirigió la mirada hacia Johana y la miró de arriba abajo—. Pensaba que todas las mujeres eran esclavas de la moda.

—Prefiero que el tiempo no me cambie —dijo, y no pudo evitar fijarse en los enormes bustos que parecían a punto estallar de lujuria bajo la escueta camiseta amarilla de Bárbara—. Vaya.

—Sí. Hacen que vengan los hombres, aunque ellos nunca compran nada. Como ves, aquí todo es para mujeres.

Se miraron la una a la otra.

—¿En qué puedo ayudarte? Me llamo Bárbara Jones. Pero, por favor, sólo Barbara, nada de Barbarota la de las tetas como pelotas.

—Comprendo —se limitó a añadir Johana—. Imagino que hay mujeres que animan a los hombres a ser como son.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo que comprar algo para una fiesta.

—Vas a decidirte a cambiar tu estilo. Me parece bien. Ven conmigo y déjate llevar por mi asesoramiento.

Johana sintió un leve hormigueo por su cuerpo, que aplacó con una firme sacudida de cabeza.

Las caderas de Bárbara se contoneaban como si éstas estuvieran dentro de un aro practicando el hula hoop. Se aproximó y comenzó una incómoda aventura a la que Johana trató de resignarse durante minutos. La mujer se volvía de cada estantería con camisetas y más camisetas. Blusas y jeans tan ajustados que Johana se preguntó si las chicas actuales no sufrirían dolores de glúteos.

—Me gustaría sentirme algo más libre cuando camine.

—Oh, tengo lo que necesitas —se apresuró a anunciar Bárbara con su sonrisa de fotografía.

Pasaron a las estanterías del fondo de la tienda, donde dormitaban pantalones de cuero negros y con estampados de leopardo. El rostro de Johana se ensombreció a medida que Bárbara le enseñaba prendas y más prendas, cada una más disparatada que la anterior.

Capítulo 18

1

La noche esperada por los afortunados que habían sido invitados a la fiesta de Cindy Mancini, irrumpió con una luna menguante, que se encogía como si advirtiese la tremenda catástrofe que iba a cernirse en la pintoresca casa de los Mancini. En aquel momento, para satisfacción de Cindy, sus padres ya rodaban rumbo a la casita de verano, donde intentarían salvar por enésima vez su matrimonio. En cuanto dio el aviso de que la casa estaba libre, los vehículos atestados de jóvenes no habían dejado de llegar. Hubo algún que otro desafortunado intento de colarse sin el permiso de Cindy, cosa que ella ya había previsto. Así que colocó en la puerta al *quarterback* del equipo de fútbol escolar, quien intervino en una ocasión para impedir la entrada al hijo gordo de los Burton y a su fiel camarada Branlin Junior —arrojándolos a la acera como si fueran dos sacos de arena— para que todos comprendieran que era imposible traspasar el umbral si no se estaba en la lista de invitados.

Cindy hablaba con el bateador estrella del equipo de la escuela, mientras Patty y Tina llenaban sus vasos con el suave ponche. Era la tercera vez que Patty acudía a la barra dispuesta en el gran comedor. Después de recibir la mala noticia de la muerte de Jason, su rostro se descompuso en un reguero de lágrimas. Fueron Cindy y Tina quienes le sugirieron que no se quedara en casa sola. Finalmente accedió a acudir a la fiesta.

Fiesta en la que no podía verse a ninguna de las tribus escolares que no fueran los chicos de los equipos de los diferentes deportes; asimismo, las animadoras del equipo bailaban en el comedor, donde unos focos colgados del techo sembraban el suelo de círculos rojos, azules y amarillos. Todas y cada una de las amigas de Cindy acudieron, luciendo con descaro minifaldas que competían por ser la más corta. Las miradas de dos chicas se posaron sobre Patty. Había ido a la fiesta con jeans y chaqueta vaquera porque no tenía ánimos para más; ambas chicas la contemplaron con alivio al verse liberadas de su fuerte competencia frente a los muchachos que deambulaban por la fiesta.

Aparecieron los barriles de cerveza adquiridos con documentación falsa. Cindy había habilitado el jardín trasero para que la cerveza pasara a los estómagos de los chicos sin que esto repercutiese en la decoración de la casa. Las habitaciones se llenaron de gemidos —algunos de ellos primerizos— a medida que los muchachos ebrios se acercaban a las chicas.

Johana contemplaba todo aquello desde la esquina, con la respiración provista de un leve ronquido animal. Minutos más tarde, pasó por entre los coches que llenaban la calle, y caminó en dirección a la puerta por un camino de acceso embaldosado, cuyo césped lucía perfectamente segado. La inmensa torre de carne que era el *quarterback* fijó su atención en ella, como si se aproximara un bicho extravagante.

—Hola.

—Buenas noches —saludó Johana.

—No puede entrar nadie que no esté en la lista.

—Yo estoy en la lista, grandullón, así que hazte a un lado.

—Espera que lo mire. —Se volvió y deslizó su mirada ebria sobre la lista de invitados.

—¿Eres adivino? —inquirió.

—¿Eh?

—¿Cómo vas a encontrar mi nombre en la lista si no sabes cuál es?

—Joder, perdona. Es la cerveza, ya la tengo en la cabeza. —El muchacho se llevó una mano al cabello y entornó los ojos al tiempo que le concedía una sonrisa bobalicona—. Y dime, ¿cómo te llamas?

—Johana Peeters.

El *quarterback* volvió a la lista de invitados, pero no dejó de lanzarle miradas fugaces por encima de la libreta.

—Oye, no estás en la lista. Pero te diré una cosa. Me has gustado, quizá quieras hacerme compañía. Es algo aburrido estar aquí solo mientras los demás lo pasan bien.

Ella dio un paso al frente con sus finos labios tan apretados que desaparecieron de la boca. Y con una voz dotada del ronquido animal de hacía escasos minutos dijo:

—Entra y dile a Cindy que Johana está aquí, soy la chica a la que entregó dos cigarrillos. Tal vez haya olvidado anotarme en la lista. Pero te aseguro que ella misma me invitó.

El *quarterback* parpadeó desconcertado y desplazó su mole de músculos a la puerta.

—Me pagan por hacer esto, y quiero hacerlo bien. Cindy Mancini me ha dicho que no deje pasar a nadie que no esté aquí —dijo, golpeando con uno de sus gruesos dedos en los folios que sostenía con la otra mano.

—Me estoy cansando de esto. Si no te apartas ahora mismo te lanzaré a la calle como has hecho con esos chicos antes.

El muchacho esbozó una sonrisa con reticencia.

—Vamos, tía. Eres una guasona por lo que veo. Johana, ¿verdad?

—Exacto. Johana Peeters. —Desplazó al *quarterback* con una mano y traspasó la infranqueable puerta.

Fue embestida por la música pop y el sabor a cerveza que comenzaba a atestar la casa. Se acercó al comedor y las luces de colores danzantes bosquejaron sus facciones.

—¡Eh! No puedes pasar —dijo la voz del *quarterback* por encima de la música al tiempo que se abría paso entre la gente.

Tina le dio un codazo a Patty cuando vio que Johana estaba en el perímetro de la improvisada pista de baile.

Una mano enorme apesó el hombro de Johana, que se volvió y lanzó una mirada penetrante al *quarterback*.

—No veo a Cindy.

—Estará ocupada —rugió el muchacho.

—¿Ocupada?

—Sí, ya sabes, con algún tío.

Tina se arrimó a la mole

—Hola. Has venido. Ven con nosotras.

—Gracias. Este grandullón no me dejaba entrar.

—No está en la lista, y Cindy me dijo que...

—Está bien, está bien, no pasa nada. Un despiste de última hora —le interrumpió Tina.

Ambas se volvieron y se arrimaron a la barra donde se encontraba Patty, cabizbaja. Dejaron al *quarterback* plantado con cara de resignación.

Johana vio cómo se volvía hacia la puerta y atrapaba nuevamente a Branlin Junior y al hijo gordo de los Burton, quienes intentaban hacer caso omiso del primer aviso.

—Qué tozudo. Casi tengo que hacerle daño a ese idiota.

—¿Al *quarterback* del equipo? No te preocupes, es inofensivo, pero ya me gustaría ver cómo eres capaz de noquear a un tío como ése. Dicen que estuvo a punto de ser expulsado del equipo por mandar al hospital a cuatro tíos

mayores que él.

—No me impresiona —espetó.

—Pues eres una tía dura, entonces —dijo Tina dejando el vaso en la barra.

—El grandullón me ha dicho que Cindy estaba ocupada.

Tina expulsó una carcajada, y Patty desvió la atención a ellas.

—Y lo sigue estando. Está con uno de los tíos del equipo de béisbol. Suele tardar más que los famosos quince minutos, ya sabes. Le gusta saborear bien a su pieza de caza.

Johana asintió.

—¿Vosotras no tenéis chicos?

—Oh, claro. Pero yo he preferido quedarme con mi amiga —explicó Tina—. ¿Te ha sido difícil encontrar la casa de Cindy.

—No.

—Mejor —dijo—. ¿Y tú estás con alguien?

—No.

Tina la escudriñó con suma atención.

—Es el mismo traje del otro día.

—Sí. He ido a una tienda de moda para ver si encontraba algo que fuera conmigo, pero ha sido imposible. No había ropa con clase. Todo era muy... infantil.

Patty y Tina se miraron reprimiendo una carcajada.

Johana miró hacia la pista. Algunos chicos bailaban frente a sus parejas con un vaso de ponche en sus manos. Las faldas con vuelo ondeaban frenéticas por los bruscos movimientos de sus dueñas.

—Qué horror, qué mal bailan —sentenció Johana de mal humor—. Parece que les esté dando una sacudida eléctrica.

Patty y Tina le concedieron la razón con largas y sonoras carcajadas.

—Vaya, has conseguido alegrar a Patty.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? —quiso saber Johana.

—Ha muerto un... amigo.

—Un chico que le gustaba —corrigió Tina ante la mirada de censura de Patty.

—¿Qué dices?

—Tranquila, es una forastera y no se sorprenderá porque te gustara Jason.

—Ten más tacto, ¿quieres? —le recriminó Patty.

—Está bien, lo siento.

—Jason Cross —murmuró Johana.

Patty se alertó y le dijo:

—¿Lo conocías?

—No..., no.

—Ya decía yo. No suele ir con chicas como tú.

—¿Como yo?

—Sí, así... tan sofisticadas, tía —aclaró Patty, llenando un nuevo vaso de ponche.

—Comprendo —dijo Johana.

—Oye, creo que has bebido suficiente —apuntó Tina.

—Estoy bien, déjame ya, mamá —bromeó Patty.

De pronto todas las miradas se desviaron a las escaleras del vestíbulo. La música que colmaba cada rincón del comedor pareció perder interés. Cindy Mancini descendía acompañada del codo por un chico fornido que portaba una gorra sobre su denso cabello negro. Su pecho y hombros se recortaban bajo la ajustada camiseta blanca. Ella, en contraste con el escaso tejido que lucían las chicas de la fiesta, portaba con elegancia un largo vestido azul que contorneaba sus caderas y muslos. Los pechos en su justa medida, aunque no eran provocativos, sí despertaban la envidia por el modo en que las redondeces marcaban el vestido, cuya elegancia hacía evocar a la realeza. El cabello dorado resplandecía bajo las lámparas del vestíbulo. Los murmullos asomaron a través de la canción que sonaba: «Es Cindy. Sí es ella». Caminaron en medio de los invitados que se abrían a su paso como el mar rojo. Se elevaron voces de agradecimiento por haber sido invitados a la fiesta, que era capaz de rivalizar con las fiestas realizadas frecuentemente por la esposa del alcalde. Cindy asentía con una marcada sonrisa en el rostro.

Se aproximó a la barra seguida del jugador de béisbol.

—Hola, chicas. —Luego vio a Johana flanqueada por Patty y Tina—. Has venido. Bienvenida.

—Gracias. —Johana sintió la mirada de burla inocente que nació en Cindy.

—Diviértete.

—Lo haré, gracias.

Se dirigió junto al pinchadiscos, encima de un entarimado de madera y le arrebató el micrófono con la delicadeza de una piraña.

—¡Buenas noches y bienvenidos! Espero que este torpe pinchadiscos no os esté fastidiando la fiesta. —Se escucharon carcajadas que cobraron vida en cuanto asomaron moratones en las mejillas del tipo—. Agradeced a mis padres que me hayan cedido la casa para poder realizar esta fiesta... Incluso

las habitaciones, que por lo que veo están muy solicitadas. No olvidéis dar buen uso de los preservativos, no queremos más invitados, ¿cierto? —Una marea de risas llenó el comedor—. Y ahora... ¡Pasadlo a lo grande! —Nació un griterío acompañado por la estridente música que ascendía de volumen. Cindy amonestó al pinchadiscos porque había interrumpido su inacabado discurso—. Y una cosa más. ¡Hay suficiente alcohol para detener vuestro corazón por un infarto, porque sólo se vive una vez! —Finalizó el discurso con un grito semejante a un alarido de guerra apache. A continuación hizo una señal al pinchadiscos para que la música continuara.

Cindy desapareció a través de la puerta del jardín siempre seguida por su atractiva presa del momento, que se ajustaba la gorra.

—Es guapo —dijo Tina en un susurro soñador.

—Bah, es un pijo de mierda —replicó Patty.

—Se parece a mí —anunció Johana.

—¿El chico? —preguntaron al unísono.

—No, Cindy. Me cae bien.

2

Mientras la noche de viernes transcurría y el catastrófico momento acechaba en la fiesta de Cindy Mancini, Teddy y Berenice se encontraban tumbados sobre el tejado de pizarra de la casa de la difunta señora Benson. Observaban el cielo estrellado asidos de la mano. El chico notaba las secas nudosidades de la mano de ella, pero ya no le concedía importancia. De hecho disfrutaba con el agradable calor que emitían.

Horas antes, había llamado al teléfono de urgencias como su madre le había enseñado y, al cabo de unos minutos, una ambulancia irrumpió en la calle Boulder Street. Introdujeron la camilla y transportaron el cadáver hasta el hospital. Tras responder a las preguntas del agente Andy, Teddy regresó junto a Berenice, que aguardaba en el porche.

Ahora, ambos siguieron con la mirada una estrella fugaz que cruzó el cielo.

—Siento lo de Brandon.

—Yo siento lo de tu madre.

El silencio volvió a devorarlo todo en torno a ellos; sólo se escuchaban los

causales sonidos que en Silverston acaecían un viernes noche. El Morris's Dry se encontraba atestado por asiduos clientes que, empujados por el alcohol, se mecían de un lado a otro cantando cualquier ocurrencia melódica completamente desafinada. La música y las risas que en esos instantes resonaban en la casa de Cindy no alcanzaban el barrio donde vivía Teddy, aunque él sabía que era la noche en que se celebraba la fiesta.

Desvió su mirada hacia la casa del señor Platt, donde todavía estaban encendidas las luces del salón. En el interior se oyó un tiroteo amortiguado, seguido por un lamento de mujer. El muchacho supuso que estaría viendo alguno de los seriales policíacos que tanto apasionaban a Platt.

—El mundo está lleno de violencia —dijo Berenice. Se incorporó con las manos apoyadas en las tejas—. Pero de vez en cuando surge el amor.

Teddy parpadeó cuando ella se deslizó entre los brazos de él buscando sus labios, y un nuevo sonido se agregó a la noche. En un abrazo, rodaban sobre las tejas mientras éstas se quejaban.

—Es incómodo con las tejas en la espalda —susurró, acalorado.

—Calla, Teddy Benson. —Se desprendió de su chaqueta de cuero negro y arrancó la camiseta del muchacho, dejando al descubierto un pecho plano sin vello ni rasgos de madurez. Sólo piel lisa con pecas cubriendo parte del hombro.

—Es mi primera vez. No sé nada.

—Tu naturaleza sabe. Deja que ella hable por ti. —Berenice unió su cuerpo al de él en besos y caricias. Con un fuerte tirón se libró de los pantalones del chico, quien a su vez le quitaba la camiseta negra.

Abrió los ojos con curiosidad y contempló los pequeños pero perfectos pechos de Berenice. Y haciendo suyo el consejo, se dejó llevar. Recorrió la piel suave de ella con labios trémulos. Casi sin recordar cómo, pronto ambos cuerpos se encontraban desnudos, sinceros y sin ocultar ninguna vergüenza, ninguna absurda norma innecesaria en el amor.

Teddy percibió de nuevo cómo emergía alrededor del cuerpo de Berenice un insólito aire. Los ojos de ella expulsaron el fuego blanco al tiempo que gemía. Su cabello negro se mecía en su propio viento como las olas del mar. El chico se sorprendió al comprobar que su cuerpo reaccionaba del mismo modo: sintió un intenso fuego en sus ojos, que relampagueaba muy dentro de él.

De una de las viviendas de Boulder Street brotó una dulce música de piano que acompañó el suave balanceo de caderas de Berenice. Debajo, Teddy

sentía que su miembro estaba a punto de explotar en una desconocida fuerza; su mirada desorbitada permanecía fija en su amiga. Una vez una lejana vecina; ahora todo lo que él necesitaba.

—Creo que te quiero —reconoció de pronto, poseído por un sensual desconcierto.

—Oh, Teddy, qué torpe por tu parte dudar del amor. Ámame. Déjate llevar por la vida y no le pongas límites a nada. Ya no somos como las demás personas que sólo buscan el dolor. Somos libres y tenemos más tiempo que ellos.

Cuando explotó, varias luces se encendieron en el vecindario. De hecho, el señor Platt bajó el volumen del televisor porque creyó acertadamente escuchar a un muchacho gritando. Las miradas de los vecinos juzgaron con severidad el chillido al comprender a qué era debido. En cualquier caso, no reprimió su grito de libertad y, mientras duró, Berenice le dedicó una afectuosa sonrisa. Sin embargo, la sonrisa se esfumó de repente y fue sustituida por una grotesca mueca de dolor que hirió a Teddy en los más profundo.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Los ojos de Berenice dejaron de brillar y se oscurecieron en un tormento de angustia. Rodó por el tejado perpendicular hacia abajo, con las manos aferradas a su cabeza al tiempo que rompió la noche con un verdadero alarido.

Las luces de algunas casas volvieron a encenderse y maldijeron desde la ventana, creyendo que la pareja de desvergonzados aún se encontraba en sus afanadas sacudidas de placer.

Teddy se incorporó y se apresuró a coger a Berenice por las manos antes de que ésta se precipitara.

—¡Te tengo!

El cuerpo desnudo de Berenice pendía de un vacío de veinte metros de altura.

Berenice...

Berenice...

Berenice...

Santuario...

Ayuda...

—¡No pasa nada, Teddy. La altura no me matará! —logró explicar. Se dejó caer al jardín y se acurrucó junto al muro de la casa. Continuó

estremeciéndose por el dolor.

Teddy consideró que el suelo no estaba tan lejos como para que él no se decantara por saltar. Pero pensó que era mejor no ser visto por los vecinos, saltando veinte menos de altura sin experimentar apenas magulladuras.

—¡¡Callad de una vez!! —Berenice se mecía de un lado a otro como si estuviera siendo invadida por miles de hormigas.

Teddy se acercó a ella con un creciente temor por la falta de soluciones que tenía en su mente.

Ayuda...

Berenice...

Berenice...

Encuentra Santuario...

—¡No sé dónde está! ¡Dejadme en paz!

—Dios mío, Berenice. Dime qué puedo hacer y lo haré.

Siguió rodando por el césped hasta chocar con el tronco de un fresno. Teddy corrió tras ella sin reparar en lo más mínimo que todavía estaba desnudo.

—¡Me duele, Teddy! ¡Haz que se detenga!

—¿Cómo? ¡Dime cómo! —suplicaba a su lado. Se dejó abrazar por el chico, a quien se le heló la sangre al experimentar tan de cerca los aullidos de la chica con quien acaba de convertirse en hombrecito, como lo llamaba su tío Rusty.

Ella, impotente y dejándose llevar por el dolor, abrió surcos en la espalda de Teddy, de los que brotaron gotas de sangre.

Berenice...

Berenice...

Acude...

Santuario...

—¡SÍ!

Después de aquella afirmación lanzada al viento, tornó la calma. El pecho de Berenice subía y bajaba impulsado por una respiración descontrolada. Su piel rezumaba sudor por todos los poros, igual que si le hubieran aplicado una fina capa de pintura transparente. Todos los sonidos, incluso los que provenían de la televisión del señor Platt junto a la melodía del piano, se habían apagado.

—Ya no las oigo —dijo, agotada.

—¿Pero qué quieren las voces? —Teddy la miró a los ojos y advirtió que

éstos habían perdido la amable luz que desprendían momentos antes, cuando estaban unidos piel sobre piel.

—Que me dirija a un lugar llamado Santuario, pero no sé dónde está ni qué es.

La abrazó con fuerza, temiendo perderla, como si alguna mano invisible tuviera el poder de arrebatarla. El pensamiento se aferró a su mente y lo sacudió por completo, pero Teddy no aflojó sus brazos.

—¿Por qué te pasa eso? Por la cara que tenía Johana, tampoco parecía entender nada.

El cuerpo de Berenice estaba encerrado entre los brazos de Teddy, debilitado y sin oponer resistencia.

—Siempre ha sido así. No sé cómo evitarlas. No depende de mí —articuló con voz abatida. Hundió su rostro en los hombros del chico, y él sintió cómo su respiración se calmaba.

—Yo también te cuidaré. Juntos lo solucionaremos —le aseguró.

Berenice desvió su mirada y la clavó en Teddy, que asintió para agregar más credibilidad a su afirmación.

—Eres todo un caballero, Teddy Benson.

Las palabras sacudieron el corazón del muchacho y, por un segundo, tuvo la certeza de lo que era ser adulto.

Momentos después permanecían apoyados en el muro de la casa, tan juntos que cada uno escuchaba la respiración del otro.

3

James Biddle estaba tendido sobre la cama, escuchando los profundos ronquidos de su esposa, quien nuevamente había preferido eludir el vacío de su corazón con somníferos. Le había dicho unas horas antes a James que, al menos, mientras dormía no pensaba en su niño. Con una ironía a la que hubo de resignarse, concedió a su mujer la razón, porque desde hacía más de tres horas llegaban hasta sus oídos los abortos de los muchachos en la casa de Cindy Mancini.

Durante los días anteriores había escuchado discutir al matrimonio Mancini, y él sabía, por los años que llevaba viviendo en aquel vecindario, que eso les había obligado a marcharse esa mañana temprano a la casa del

lago. James consideraba esa táctica para salvar el matrimonio algo inusual; en cualquier caso, eso benefició a la joven Mancini para realizar su fiesta.

Esto le hizo evocar sus años de juventud, cuando acudía con muchachos a ese tipo de fiestas, donde el alcohol era un invitado esencial. Cualquier lugar era bueno para celebrar una gran fiesta: una playa, el claro de un bosque, incluso una casa, siempre y cuando los padres desaparecieran del escenario, con alguna mentira piadosa si fuese necesario. Que él supiera, su hijo no había sido dado a las mentiras. James suponía que aún no tenía esa edad en que los chicos empiezan a hacer cosas que prefieren ocultar a los padres.

El tren de ideas le condujo a un destino que lo apenó: otras de las cosas que nunca haría Ronal era asistir a una de aquellas fiestas.

Con un resuello se incorporó en la almohada y enarcó las cejas como si hubiese comprendido algo doloroso. Sintió su corazón golpeando en su pecho con trote desganado. De pronto los sonidos de la música y los gritos de alegría se intensificaron de forma dolorosa.

—Ronal, hijo mío.

Aquella mañana de viernes, mientras el matrimonio Mancini abandonaba la casa para embarcarse en un nuevo viaje de reconciliación, James había acudido a la comisaría, sin poder soportar más la incertidumbre, quería tener delante al tipejo que había asesinado a su hijo. Se presentó en la comisaría con la escopeta de caza, traspasó las oficinas y se encaminó por el pasillo que descendía a las celdas. Allí esperaba encontrarse frente a frente con el culpable. Sin embargo, uno de los agentes ascendía en ese instante y le indicó que se calmara. Por detrás apareció Forest y le arrebató el arma. James se derrumbó en la escalera entre sollozos. Después fue conducido con paciencia a la silla de la oficina del jefe de policía. Rechazó el café que le ofreció Forest y se hizo un silencio que penetró las paredes de la oficina, donde finalizó su cólera y su necesidad de tomarse la justicia por su mano. Si bien aquello no le devolvió su ánimo, al menos hizo que regresara a casa acompañado por el agente Nick.

Al tiempo que las imágenes se sucedían unas tras otra en su mente, la algarabía se acrecentaba en la casa de Cindy.

—No dejan dormir a nadie, malditos críos.

Se levantó de la cama, no sin antes echar un vistazo al cuerpo de su esposa Margaret, cuyo pecho se elevaba dócilmente bajo el efecto de los somníferos. Se cubrió con su bata, descendió las escaleras de la casa y salió al jardín. Fue hacia la alta valla de listones de madera y, por entre una hendidura, observó

el jardín de los Mancini.

Tras un conjunto de petunias, grupos de jóvenes bailaban —si acaso a eso se le podía llamar de ese modo—, con una copa en la mano y la otra en torno a la cintura de la pareja. Los más osados yacían encima de las hamacas que tanto le gustaban a la señora Mancini, y manoseaban con determinación cada curva de la muchacha sobre la que se encontraban, mientras éstas contemplaban el cielo.

Algo llamó la atención de James. Una joven de apariencia mayor que el resto apoyaba sus codos en la barra sin perder detalle de cuanto ocurría en derredor. A pesar de la distancia, James supo apreciar la insolencia descarada e intimidatoria de su mirada. Era la mirada de un feroz capataz que custodiaba a sus esclavos.

Experimentó un insólito sentimiento de desconfianza. Luego tomó conciencia del traje blanco que vestía.

—Por Dios, qué mujer más rara. Parece de otra época.

A esto atribuyó que estuviera sola, pese a tener una figura ciertamente agradable. La joven cubría con la mirada todo el jardín, con la semejanza de un soldado que vigila el perímetro del terreno.

La mente de James se paralizó cuando la mirada de la joven se detenía sobre él.

—No es posible. No puede verme escondido aquí.

Entonces comprobó que ella le sonreía. Al principio no supo interpretar el gesto; después advirtió que era la sonrisa de quien había sorprendido a alguien realizando algo escandaloso, pero que garantizaba mantener el secreto. James abrió los ojos como platos. La joven llevó el dedo índice a sus labios en gesto de silencio confabulador, mientras sus ojos se entornaban con simpatía.

Se apartó de la valla. En un descuido cayó sentado en el césped.

—¿Qué es toda esta estupidez?

Sacudió la cabeza y volvió a observar por la hendidura.

La joven había desaparecido de la barra. La buscó con la mirada. Todos bailaban sin preocupación bajo el cada vez más notable estado de ebriedad. De pronto, la vio entrar en la casa de los Mancini acompañada de una muchacha de tejanos y que, por el motivo que fuese, usaba más ropa que el resto de chicas de la fiesta.

—¿Se puede saber qué haces, James? —se reprendió.

Finalmente se alejó de la valla y regresó a la casa.

El estridente sonido de la música llenaba la calle. Al mirar en derredor se preguntó cómo era posible que el resto de vecinos pudiera conciliar el sueño. Transportado por las zapatillas, salió a la acera de la calle. Las casas envueltas en oscuridad con su silueta negra recortada en la penumbra se hallaban en completo silencio. Sin duda en dichas casas nadie había perdido a un hijo, pensó, y nada les robaba el sueño.

Se volvió sorprendido por fuertes voces procedentes de la parte delantera de la propiedad de los Mancini. Lo atribuyó a una pelea de jóvenes y no dio mayor importancia.

Era el momento de intentar dormir. La próxima semana se celebraría el juicio y tenía intención de asistir. Su dolor no se apaciguaría hasta que no viera a ese bastardo entre rejas... si acaso alguna vez se recobraba de un golpe tan duro como era perder a un hijo.

Avanzando por el camino de acceso, fijó su atención en el garaje, donde había dejado la escopeta después de la visita a la comisaría. Recordó lo mucho que insistía el padre de Margaret en enseñar a Ronal a usar las armas... Ahora tampoco lo haría.

Se tumbó en la cama y, tras rodar encima de ésta durante diez minutos, empapado de sudor, se levantó de nuevo. Miró pasmado a su esposa, que parecía ajena a toda la realidad que crispaba sus nervios. La música de la fiesta y los gritos, golpeaban contra la ventana con la intención de irrumpir en el dormitorio para terminar de violentarle; James últimamente se encontraba en el límite de su resistencia.

Descendió las escaleras con los ojos desorbitados y entró en la cocina. Descartó el café, pero no logró evitar que el whisky escocés tomara el control de su mente. Y que fuera la noche de viernes no ayudó a rechazar el trago, así que vertió el licor en un vaso cualquiera y bebió. Cuando tomó buena cuenta, ya había bebido varios vasos y todo se mecía en torno a él. Decidió que era suficiente.

Se apoyó en el marco de la puerta porque, de repente, se sintió sobre la cubierta de un barco azotado por una tormenta. Emergió a la noche.

Cuando entró en el garaje reparó en la bicicleta de Ronal, cuyas ruedas traseras conservaban las dos ruedecitas de apoyo. Su mente sufrió el embate de un torrente de imágenes. En una de ellas, Ronal pedaleaba con toda la fuerza que disponían sus piernas de niño ante la mirada de inmensa alegría de su padre. Surcaba el viento sobre su primera bicicleta. James pensó cuánto le hubiese gustado ver a Ronal sobre la bici sin el apoyo de las ruedecitas.

Golpeó la pared con impotencia. Ya no sería recompensado con ver crecer a su hijo; la muerte le había robado las cientos de experiencias que no tuvo la oportunidad de disfrutar... y ahora ya nunca lo haría.

Se volvió, asaltado por la rabia, hacia el armario. Lo abrió. La escopeta cargada aún le esperaba, esperaba que él estuviera dispuesto a vengar a su hijo.

Tornaron las voces del padre de Margaret.

Malnacido, mi nieto reclama venganza desde la tumba.

Asió la escopeta. Sintió el frío metal recorriéndole como una energía revitalizante que le infundía el arrojo necesario para abrirle la tapa de los sesos al asesino que dormía plácidamente en su celda.

—Sí.

¡SÍ!

Su cabeza estalló en un clamor ebrio.

4

Johana siguió a Patty con el ceño fruncido. Su recelo se debía a que ésta le había indicado con un tono de voz áspero que quería hablar con ella. Atravesaron las masas de cuerpos danzantes en el comedor, el aroma del alcohol, que ya embriagaba el aire, y cubrieron la distancia del pasillo hasta una puerta de madera pulida situada bajo la escalera. En la planta de arriba se escuchaban jadeos amortiguados por las paredes, pasos de personas corriendo, y sonó un repentino portazo.

El hecho de que Patty quisiera hablar en privado aún le producía más desconcierto. Abrió la puerta. ¿Qué pretendía?, pensó.

—Por aquí —le indicó, descendiendo por una escalinata de hierro hasta el sótano de la casa.

—¿Qué quieres? —le preguntó Johana desde el umbral.

—Alejarme del ruido y de la fiesta.

Echó una ojeada a la casa antes de internarse en la oscuridad del sótano. Dos parejas se besaban envueltas en un abrazo; también oyó las risotadas de unos muchachos que le habían arrebatado los pantalones a otro chico de semblante cohibido. Luego descendió la escalera. Patty la esperaba abajo mientras accionaba el interruptor de la luz. Se dijo que no tenía nada que

perder por escucharla.

El sótano estaba iluminado por dos tubos fluorescentes que arrojaban su luz azulada. La visible pulcritud le sugirió que alguien pasaba buena parte del tiempo ordenando de forma minuciosa cada detalle. En un extremo había una barra de la que pendían viejos trajes enfundados en bolsas de plástico transparente. Detrás había una lavadora y una secadora. Una enorme caja de herramientas con multitud de compartimientos descansaba al lado.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que no has podido decirme en la fiesta?

—Alguien me ha dicho que desconfíe de ti.

—Siento que te haya dicho eso —dijo, y se volvió para subir las escaleras.

—No he terminado, tía —vaciló un momento, y luego agregó—: Te han visto en el hospital.

Johana se detuvo en seco al pie de la escalera mientras gemía de un modo gutural.

—Se han confundido.

—Eso le dije yo, pero me aseguró que no olvidaría ese traje que llevas puesto. Más aún cuando saltaste desde una ventana del centro médico.

—Qué estupidez. ¿Cómo voy a saltar de un edificio?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Qué hacías en el hospital?

Johana resopló.

—Como te he dicho, no he estado en ningún hospital. ¿Podemos volver a la fiesta?

—No. Espera.

Giró sobre sus talones y le dirigió a una mirada felina a Patty.

—¿Quién ha creído verme en el hospital?

—No tiene importancia, una tía de la fiesta. Se ha acercado a mí en cuanto tú te has alejado al jardín.

—Comprendo. —Dio un paso hacia Patty—. ¿Sabes? No tengo nada contra ti. Volvamos a la fiesta y tratemos de pasarlo bien.

—Mi novio, Jason, murió en ese hospital. Y todo pasó, según me ha contado la tía ésta, cuando tú saltaste desde una de las ventanas y luego otra chica escaló hasta la terraza. Dice que fue impresionante verlo. Había mucha gente mirando. No sé en qué habitación estaba ingresado Jason, porque ni siquiera me dejaron entrar a verle. —A medida que Patty explicaba los asuntos, ésta se acaloraba más y, en un arrebato de nervios, puso ambas manos en los hombros desnudos de Johana, cuyos ojos adoptaron una

expresión amenazadora—. Y ahora que lo pienso, fue ese mismo traje antiguo que usas lo que me llamó la atención el día que salvaste al gato de Cindy.

Johana desvió su atención a las manos que estaban sobre sus hombros.

—Hummm, mal hecho al tocarme.

—¿Eh? ¿Es una amenaza, tía? Responde. Con toda la mierda que está pasando en Silverston..., y tú que eres más rara que un cangrejo con gafas de sol...

Se zafó de las manos de Patty con facilidad.

—Estás contagiada con el virus que tenía Jason Cross.

Los ojos de Patty llenaron su rostro.

—Pero, ¿qué dices, tía?

—Maté a Jason porque estaba contagiado y su cuerpo no sobreviviría. Estaba al límite cuando entré en la habitación.

Con la mente nublada, Patty se abalanzó hacia Johana con las manos en garras como una fiera.

—¡Zorra!

Johana se apartó a un lado un instante antes de que las largas uñas le alcanzaran el cuello. A continuación apoyó su zapato en la espalda de Patty y la empujó; fue a chocarse directamente contra la pared, propinando un gritillo de gato acorralado.

—Te vas a enterar, zorra.

—Oye, niña. Me haces reír. Si supiera que tu cuerpo soportase el virus... quizás te haría como yo. Serías una buena bufona. —Johana dejó de sonreír, como si en verdad barajase dicha posibilidad. Pero acabó negando con la cabeza—. Mejor no.

—¿Quién eres? —inquirió Patty, que comenzaba a percibir que todo su genio se esfumaba y era sustituido por el temor.

—Demasiado complejo. —En dos zancadas se colocó frente a Patty.

Ésta miró las escaleras con intención de escapar.

—No —dijo, negando con el dedo índice—. Este sótano será tu tumba. Te lo dije, hubiera sido mejor volver a la fiesta. Pero no, has sido cabezota y has querido averiguar más. Lo siento por ti.

Advirtió que las palabras de Johana brotaban de sus labios cada vez con mayor gravedad. En cualquier caso, se lanzó con las uñas por delante, buscando los ojos de Johana, que aferró las muñecas de su adversaria y las contuvo en el aire casi sin esfuerzo.

—No tienes suficiente fuerza.

—¡Putas de mierda!

—Empiezas a cansarme. —La arrojó a un lado del sótano, donde estaba la lavadora silenciosa; la cabeza de Patty fue a estrellarse con un borde de metal, y quedó sentada en el suelo, aturdida. Se llevó una mano al lugar del impacto y apreció de inmediato la sangre en la cabeza.

Johana se aproximó a ella y le dijo:

—Te ahorraré mucho sufrimiento, créeme.

—¡No, joder! —articuló con un tono de súplica.

Introdujo la puntera de su zapato blanco en la boca de Patty, quien enseguida le apesó el tobillo para intentar impedir que entrara más y más.

—Come. Vamos, vamos. No pongas esa cara. Seguro que disfrutas.

Patty lanzaba desesperados arañazos a las pantorrillas de Johana. De pronto el brillo del miedo cruzó su mirada porque los arañazos cicatrizaban inmediatamente después de aparecer.

—Mi hermanita me perfeccionó, ¿sabes? Pero ya basta de jadear como una desvergonzada. Está feo, mi niña.

Entonces, poseída por una cólera desmedida, infundió más fuerza en la pierna. El zapato penetró más en la boca de Patty cuando las comisuras de los labios se dividieron como cortadas por tijeras. Ríos de sangre corrieron por la barbilla. Finalmente la puntera del zapato chocó con la lavadora al otro lado de la cabeza. Los ojos de Patty se hundieron en sus cuencas y abandonaron la vida.

Con una sacudida sacó el zapato. El cuerpo se desparramó a la derecha y quedó inmóvil junto a la lavadora, cuyo frontal quedó salpicado de sangre.

—Lástima —murmuró.

5

James caminaba en dirección a la comisaría. Sin embargo, a medida que se acercaba a la casa de Cindy, la música pop que brotaba de sus puertas y ventanas arañaron sus oídos.

—La música.

Ronal ya ni siquiera tiene la oportunidad de saber qué tipo de música le gusta.

—La música tiene la culpa de que no esté durmiendo. Están molestando a todo el vecindario. Malditos críos de mierda.

Las palabras flotaban en el aire, por encima del camino de acceso a la casa de los Mancini, que James tomaba en ese momento.

—¿Por qué cojones no apagáis la música? —les dijo a los muchachos que habían puesto punto y final a la pelea de hacía unos instantes. Ahora reían como si hubieran comprendido que todo se debía a las altas dosis de alcohol que recorrían sus venas. Abrazados de manera torpe y con las piernas flojas, guardaron silencio al ver al hombre.

El enorme muchacho que custodiaba la puerta se volvió con una copa de ponche casero en las manos.

—Eh, amigo. Cálme... —Enmudeció en cuanto vio que James sostenía una escopeta cargada y lista para estrenar con algún cretino—. Tranquilo. Avisaré a Cindy de que la música está muy alta.

—Yo mismo me tomaré esa molestia. No te preocupes. —Se detuvo delante del chico y le miró la copa de ponche—. Apuesto a que tus padres no saben que bebes. —dijo, esbozando una sonrisa que delató su amargura.

Cuando cruzó el umbral, el chico le dijo:

—Oiga, no puede... —refrenó su boca

James se volvió con el arma apuntándole directamente al estómago.

—¿Decías?

—Adelante, adelante —concedió el *quarterback*, agitando las manos extendidas al frente.

James pasó al vestíbulo. Varios chicos ascendieron las escaleras alejándose al verle. El grito de una adolescente con pantalones de cuero ajustados y una blusa, se entremezcló con la música. Las miradas de los invitados a la fiesta se digirieron hacia la muchacha, que retrocedía.

—¡Está loco! ¡Tiene un arma!

—¡Exijo hablar con la responsable de esta fiesta! —exclamó James Biddle con una fina capa de sudor en el rostro.

Diferentes dedos temerosos le indicaron que continuara adelante, al comedor, donde los acordes acuchillaron su cabeza. El estado de ebriedad de los jóvenes le dio varios segundos antes de que todo estallara. Vio otra vez, tras un velo fantasmal ocasionado por el whisky escocés, a la extraña mujer de elegante traje blanco y tocada por un sombrero cloché. Mientras las

miradas de ambos se cruzaban, la aguja que se deslizaba sobre el vinilo emitió un rasguño. El baile se detuvo con una ovación de enojo. Los chillidos agudos y penetrantes entraron en la cabeza de James, siendo mucho peores que la música.

—¿Por qué se celebra una fiesta a la que mi hijo muerto nunca podrá asistir?

Algunos muchachos animados y desconocedores de lo que se avecinaba entraron en el comedor desde el jardín.

—¿Quién ha quitado la música, joder? —dijo uno de ellos, con tejanos y una cazadora roja con mangas color vainilla. Se habían desprendido varios mechones de su rubio cabello crespo.

James se giró de forma automática, semejante a una pieza alojada en un engranaje mecánico. Su dedo infundió la fuerza suficiente como para que, tras el estruendo, una mancha púrpura creciera en el vientre del muchacho y empapara su ceñida camiseta amarilla. Las manos presionaron la herida, con la desconcertante sensación que produce contemplar cómo la arena se derrama de un saco; sin embargo no era arena, eran sus vísceras.

La chica que había conocido esa misma noche —cuya delgadez no hacía sino resaltar sus pechos, tan manoseados que se encontraban fuera del sujetador— se alejó del muchacho, con las manos taponando su boca porque una poderosa arcada amenazaba con evacuar la cena.

James miraba con espanto el humo que emanaba de los cañones. El muchacho de la cazadora roja se desplomó en el suelo igual que un manojito de carne sin vida.

—¿Qué he hecho? —Su voz sonó dentro de un sueño que se tornaba pesadilla.

El pinchadiscos tuvo la acertada idea de ocultarse tras la mesa. Entre los sollozos y los gimoteos también se escuchó una risita mitigada por la presión de su propia mano en los labios.

Entonces una voz retumbó en el pasillo de la casa.

—¡Patty está muerta en el sótano! ¡Alguien ha matado a Patty!

Docenas de gritos se sumaron a la ya descontrolada marea de llantos y alaridos. De pronto todos tuvieron la apremiante necesidad de abandonar ese infierno, lo que hizo que la puerta principal quedara bloqueada por cuerpos sudorosos. Las chicas de más carácter se abrieron paso a arañazos. El *quarterback*, pese a su descomunal tamaño, fue arrollado por la implacable voluntad de huir.

Cindy descendió las escaleras hasta el primer descansillo, cubriéndose con su vestido apresuradamente; el fornido jugador de béisbol salió del cuarto de Cindy y se subía los pantalones con torpeza, mostrando los relieves del abdomen.

—¿Qué está pasando?

Los gritos se intensificaron como respuesta.

Los que decidieron escapar por el jardín de los Mancini, se toparon con las luces del vecindario que empezaban a encenderse. Pasaron por encima de mesas y sillas, nada era un obstáculo cuando se quería salvar la vida.

Uno de los vecinos había tomado la iniciativa de llamar a la policía, y ésta avisaba de su presencia con las sirenas ululando y los destellos azulados lamiendo los muros de las casas. El coche patrulla frenó en seco frente a la casa de la familia Mancini. Nick y Andy se aparearon.

Dentro de la casa, James se hallaba sumamente aturdido y no reparó en la mano que se posaba en su hombro izquierdo.

—Te he visto antes en el jardín. ¿Estabas espiando?

—Ha sido sin querer. Yo sólo quería vengar a mi hijo Ronal por su injusta muerte. No quería dañar a nadie más —dijo con voz monótona.

—La venganza es un sentimiento muy poderoso que no debe ser tomado a la ligera, ¿no crees?

James se volvió. Frente a él apareció, tras el velo brumoso como un ángel blanco, la mujer vestida de aquella forma tan particular. Lejos quedaban los alaridos de temor de los que escapaban.

—¿De quién deseas vengarte?

—Del asesino de mi hijo, Henry Hughes. —Pronunció el nombre de carrerilla como si después de tanto repetirlo ya lo hubiera hecho suyo.

—Muy interesante. —Esbozó un sonrisa lúgubre que llenó de incertidumbre a James—. Me llamo Johana. Y creo que sé quién es el verdadero asesino de tu hijo. —Entornó los ojos en una fina línea de expresión que le infundió una osadía que alentó a James—. Asesina he de decir.

La policía irrumpió en la casa con las armas apuntando al frente.

—Me detendrán. No he conseguido nada —dijo afligido—. Lo siento, hijo mío.

—La policía —repitió Johana con frialdad—. Ven conmigo. Yo te llevaré hasta la verdadera culpable de la muerte de tu pobre hijo y podrás vengarle.

James abrió los ojos sin comprender. Pero antes de que se diera cuenta, era arrastrado por la desconocida hacia el jardín y con rumbo la calle.

Únicamente fueron vistos por alguien que llegaba al lugar de los hechos en su vehículo en ese momento.

6

Parker, después de aceptar el consejo de Forest de tomarse un largo fin de semana, había decidido comenzar en el Morris's Dry, donde degustó la fabulosa cerveza de barril de la que tan orgulloso se sentía John Morris. Había regresado a casa hacía quince minutos escasos, y ahora estaba depositando el equipaje en el maletero. Era el momento de realizar la anhelada visita a las niñas.

No obstante, la visita se vio interrumpida cuando reconoció la sirena de un coche patrulla que tomaba Jointer Avenue hacia el sur. Echó una ojeada a su reloj de pulsera. La una de la madrugada. Sabía que si algo sucedía en Silverston sobre esa hora, era grave. Sobre todo últimamente. Cerró el maletero, se puso al volante del coche y siguió las sirenas hasta la propiedad de la familia Mancini.

Se detuvo en la esquina. Observó con atención todo cuanto ocurría. Una tromba de jóvenes emergía de la casa mientras gritaban que había un loco en la fiesta; otro grupo saltaba la valla que rodeaba la propiedad. Parker acusó al alcohol de que aquello ocurriera. Por lo visto alguien había bebido más de la cuenta, pensó. Pero una adolescente con los ojos desorbitados y el cabello desecho cubriéndole la cara, aseguraba que habían asesinado a una chica en el sótano. Los vecinos empezaron a hacer acto de presencia; un modo de manifestarse la insaciable curiosidad humana, siempre lista para saborear las noticias que traían turbación.

Vio a dos figuras saltar la valla de hierro. Identificó a un tipo que parecía bebido y a una mujer delgada de traje blanco ajustado que lucía un...

—Un sombrero cloché —masculló—. Maldita sea, es ella.

Enderezó el vehículo y los siguió. Enseguida reparó en que el tipo sostenía una escopeta.

¿Qué diablos se proponen?

Johana dejó de correr. El hombre a su lado resollaba con las manos apoyadas en sus rodillas.

—Eres muy rápida.

—Aquella es la casa —anunció, señalando la casa de Teddy Benson—. Hemos tenido suerte.

—¿Cómo?

—En aquella casa está quien mató a tu hijo.

James Biddle escrutó las tinieblas con sus ojos brillantes por la embriaguez.

—No veo a nadie.

—No es necesario —dijo ella con voz tosca—. Yo sí los veo.

Empujó a James por la espalda y éste se internó en el camino de acceso.

—Es una chica de unos dieciséis años —le indicó desde la valla de estacas.

—¿Eh? —musitó desconcertado.

—¿A qué esperas? Ve y máatala con la escopeta.

Él vaciló un instante con la mirada perdida.

—¿Dónde está ese ímpetu con que has entrado a la fiesta? Vamos, basura. Aplasta a Berenice.

—¿Por qué una muchacha de dieciséis años iba a matar a mi hijo?

—Porque es mala. Ha asesinado a cientos de personas. Ve y acaba con ella.

James se volvió con rostro de incredulidad. Entonces escuchó unas voces de chicos procedentes del interior de la casa.

—¿Los oyes? Están en la casa. Yo te espero aquí.

—¿Y por qué la policía ha detenido a ese hombre?

—Idiota. Te he traído aquí porque pensé que estabas dispuesto a tomar venganza. También mató a mis padres. Es sumamente mala.

—Dios santo. —Aferró la escopeta con ambas manos y caminó de forma furtiva hasta el porche. Miró por encima del hombro, pero Johana había desaparecido—. Humm.

Tocó la puerta con la culata de la escopeta y esperó. Las voces de los chicos enmudecieron. Se disponía a golpear de nuevo la puerta cuando abrió Teddy.

—¿Hola? —dijo James dubitativo. Advirtió el miedo en el chico en cuanto éste reparó en la escopeta.

—¿Quién es, Teddy?

El tipo desvió su mirada hacia el vestíbulo, tratando de ver a quien había pronunciado esas palabras.

—Un hombre —anunció.

—¿Quién es ella? —quiso saber James.

—Mi amiga. ¿Quién es usted? —preguntó con voz trémula.

James vio agrandarse una silueta envuelta en sombras. Se le erizó el vello de los brazos y su garganta se secó. Era la figura de una adolescente delgada, con una vestimenta que en su opinión únicamente era usada por muchachas desobedientes y maleducadas.

—¿Qué necesita? —preguntó Berenice.

James retrocedió varios pasos hasta encontrar el vacío del primer escalón del porche.

—¿Por qué trae un arma?

—Pues... —El hombre apreció cómo los ojos de ella se agrandaban y delataban su claro recelo. Las palabras de la otra joven desconocida estallaron en su cabeza: es una asesina, ha matado a cientos de personas.

—Es mejor que se marche, buen hombre —le sugirió.

—Todavía no. Tengo que averiguar quién asesinó a mi hijo —anunció con voz desquiciada y los ojos bien abiertos. Su cara se había convertido casi por arte de magia en la de un demente. Frunció el ceño bajo sus gruesas cejas—. Dicen que tú has matado a mi hijo Ronal.

Se hizo un silencio tan denso que James tuvo la sensación de que sus movimientos se habían ralentizado. Les mostró la boca del cañón.

—Dios mío, Berenice —murmuró Teddy.

—Vete, Teddy.

—¿Qué vas a hacer?

—Es hora de irnos de Silverston.

—De aquí no se va nadie —bramó el hombre con el rostro perlado de sudor.

—¿Quién le ha dicho que yo estaba aquí?

James vaciló un segundo, y con una mano señaló al camino de acceso.

—Una desconocida que ha aparecido en la fiesta de...

—Johana —bufó Berenice y cerró sus puños de piedra—. Márchese, señor.

—No sé cómo se llama, pero no importa —apuntó James.

Teddy intervino cogiendo a Berenice por las muñecas.

—No pasa nada, Berenice. Este hombre se ha equivocado.

—Señor. No tengo tiempo para explicarle qué le pasó a su hijo en realidad,

pero no haga caso de Johana. Es muy peligrosa. Sólo quiere causar daño a los demás. Ahora márchese. Mi amigo ha perdido a su madre y queremos estar solos. No necesitamos más problemas. —Berenice hablaba con firmeza, con la voz desprovista de cordialidad—. Estoy cansada de todo esto.

—¡Yo también estoy cansada! —La voz de Johana sonó en el camino de acceso. Luego junto a las escaleras del porche—: Ella es la asesina. Dispara.

James se debatió entre dos voces.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo, apuntando a Johana.

Subió los escalones y desvió el cañón con un dedo.

—A mí no, estúpido, a ella. —Miró a Berenice—. Vamos, hermanita, explícale cómo mataste a su hijo.

—Es mejor que se vaya, señor. Usted no entendería. Veo su temor. Y el temor no ayuda a entender las cosas. Le invito a volver a su casa junto al resto de su familia.

—¿Familia? Mi familia está rota por culpa del asesino de mi hijo. Mi esposa duerme bajo los efectos de los somníferos. Y yo... —James dirigió de nuevo la escopeta hacia la puerta—. Necesito venganza.

—La venganza sólo le conducirá a más dolor. Su hijo no querría eso. Siento lo de su hijo, pero algunas cosas son complejas.

Johana se apoyó en una de las columnas de madera, cruzó los brazos en el pecho y contempló la situación con voraz expectativa.

—No sé quién miente aquí. Pero algo me huele mal —dijo James al límite del sollozo. Las piernas se aflojaron y las manos dejaron de asir con firmeza la escopeta.

—Lo siento de veras —manifestó Berenice.

Johana, viendo la duda reflejada en el rostro del hombre, se desplazó a increíble velocidad, le arrebató el arma y, en un solo segundo, todo cambió.

—¡Hombre inútil! ¡Ella es la que mató a tu hijo! Cobarde, no mereces la venganza. —Apuntó a Berenice en el pecho; el hombre cayó al suelo perplejo. Apretó el gatillo un instante después de que Teddy se interpusiera con los brazos extendidos en cruz delante de Berenice, al tiempo que expulsaba una negativa cavernosa.

El estampido llenó todos los rincones de la mente de Berenice.

—¡NO! ¡TEDDY!

El humo negro emanaba de la boca de la escopeta. James se llevó las manos a la cara para no contemplar más muertes.

Teddy cayó de rodillas con las manos en el vientre, y con voz pastosa dijo:

—Lo siento.

Johana se apresuró a presionar el gatillo, escuchándose sólo un chasquido metálico.

—¿Qué ineficacia es ésta? —rugió a James con la voz atestada de maldad. Golpeó sobre la cabeza del tipo con la escopeta con tal fuerza que los dos cañones se curvaron. James se desplomó por los escalones del porche, decorándolos con una gota de sangre.

Berenice se agachó y sostuvo el cuerpo de Teddy entre sus brazos.

—Teddy. Mi amigo. Mi nueva vida y amor. No puedes morir. No temas a nada en este mundo. —Su voz se quebraba a medida que de su boca retorcida brotaban palabras de pesar. Mecía el cuerpo mientras sus lágrimas caían en la cara blanquecina del muchacho. Lo arrimó a su pecho y lo abrazó. Cuando Teddy cerró los ojos con una sonrisa candorosa, Berenice arrojó un alarido sepulcral que añadió un halo de profunda negatividad a la tranquila noche. Estando en cuclillas, el fuerte golpe que asestó con los puños al suelo del porche levantó astillas de madera.

Johana descendió los escalones. Sus pies tropezaron con el cuerpo de James, lo cual le hizo apartar la mirada el tiempo suficiente como para que Berenice reapareciera frente a ella con la cara contorsionada por la rabia más intensa.

—¿Qué has hecho, pedazo de carne? —dijo con un gruñido animal, como si sus cuerdas vocales se hubiesen bloqueado. En su cuello aparecieron venas varicosas que parecían transportar un fluido pastoso. Palpitaban a cada palabra de furia que pronunciaba—. Voy a reducirte a partículas diminutas. Voy a arrojarte a los pozos del infierno, donde no hay fuego, sino frío. El frío de tu inhumanidad. —El cabello de seda se enfureció y aireó en una repentina ventisca. Las mejillas se consumieron como fino papel quemado, revelando unas fibras musculares que se contraían a causa de su tensión.

Los ojos de Johana brincaban dentro de las órbitas mientras intentaba desprenderse de los brazos de Berenice, que la sujetaban por la pechera del vestido.

—Déjame, bestia del campo —espetó.

—Es esto lo que buscabas, competir. Crees que eres mejor que yo. No lo eres, Johana. No eres nada a mi lado. Sólo una burda copia, imperfecta, vanidosa y arrogante.

Se escuchó una voz lastimosa a espaldas de Berenice.

—No le hagas nada..., Berenice. No seas como ella...

El calor de aquellas palabras la detuvieron en seco. Sus facciones perdieron la fealdad y se tornaron falsamente dulces de nuevo. Los ojos vacilaron ante las lágrimas.

—¿Oyes eso? Incluso Teddy es mejor que tú. Márchate. O te mataré. Es el último aviso, Johana.

Aflojó sus manos y Johana cayó al suelo. Desde allí, desde una posición más baja, la embistió con su mirada odiosa.

—¡No! —bramó Johana. Se alzó como una cobra. Asestó un puñetazo en la mejilla de Berenice con tal fuerza que la desplazó a varios metros de distancia, en el camino arenoso, levantando volutas de humo.

Berenice se recobró con rapidez y corrió hacia Johana, que a su vez aceleró. Ambas chocaron como dos camiones de gran envergadura. El encontronazo las arrojó a varios metros una de otra. Se levantaron en una sucesión de movimientos semejantes y, cuando estuvieron de nuevo frente a frente, Johana golpeó el estómago de Berenice. Ésta se contrajo por la fuerza del impacto, pero un segundo después respondió con una contundente patada frontal en el pecho de Johana.

El cuerpo de ésta se estrelló contra la valla de estacas de madera, arrancando varias ellas. El tirante del traje se desprendió de la costura y el pálido pecho de Johana asomó. No se molestó en limpiarse la sangre que brotaba de sus labios, ni de los cortes en los brazos, pues se repararon de inmediato. La piel volvió a mostrarse firme y tersa, como si nunca se hubiera producido daño alguno. Se deshizo del sombrero cloché tirándolo al suelo con furia, avanzó con paso firme como un elefante.

Berenice la esperaba con su camiseta negra salpicada de polvo, las mejillas manchadas de la sangre de Teddy y las manos cerradas en nudosos puños; sus ojos brillaban en un intenso fuego blanco.

—¡Vamos! ¡Acabemos con esto de una vez! —exclamó con los brazos pegados al cuerpo.

Johana aceleró el paso hasta convertirlo en un trote bestial, dejando atrás huellas hundidas en la tierra. En el punto álgido de su velocidad, su cuerpo proyectó un reguero de repeticiones de sí misma.

—¡¡Vamos, Johana!!

—¡¡AAAHHH!! —La voz adoptó un matiz rasgado.

Berenice extendió sus manos al frente y recibió la embestida de Johana. Las manos se unieron fuertemente como una soldadura. Contuvo su fuerza, pero no pudo evitar ser desplazada varios metros por el camino, donde la

suela de sus botas crepitó sobre la tierra. Las palmas unidas entre sí empezaron segregando un calor que pronto se tornó tan intenso que desprendieron pequeñas descargas eléctricas.

—Tienes la boca muy grande, hermanita. No eres tan fuerte como pretendes hacerme creer —rugió.

Ambas giraban en torno a un eje invisible, sosteniendo a su oponente con los brazos extendidos, mientras el choque de fuerzas continuaba arrojando pequeñas descargas eléctricas.

—Eres tú la que atacas, yo sólo te contengo. Teddy me ha pedido que no te haga daño, y respetaré su petición.

—Qué conmovedor, hermanita.

—Dime, ¿qué te ha pasado en tus largos años de vida? ¿Por qué tanto odio?

—Me ayuda a sobrevivir —rugió, frunciendo el ceño en busca de más fuerza para hacer frente a Berenice, quien ahora era empujada lentamente hasta uno de los fresnos. La espalda de Berenice chocó contra el tronco, y Johana arrojó su rostro hasta escasos centímetros de ella; luego esbozó una sonrisa de triunfo a la que añadió un rodillazo en el estómago.

Berenice arrugó la cara en gesto de dolor.

En el porche, Teddy se arrastró hasta los escalones para tener mejor visión de lo que ocurría. Un cosquilleo había nacido en la herida minutos después de cerrar los ojos. Y había tenido la horrenda impresión de que sería para siempre, pero de alguna manera que no comprendía, la herida estaba dejando de sangrar paulatinamente. Se palpó la carne abierta por el agujero de la camiseta y observó que no sólo casi no sangraba, sino que sobre la herida comenzaba el proceso de cicatrización.

—Parece de película de miedo —murmuró. Luego miró en dirección al jardín, donde Berenice se había deshecho de Johana con un fuerte empujón, arrojándola a varios metros de distancia. Se alzó con el traje blanco de los años veinte hecho jirones y saturado de manchas verdes; su pecho presentaba diversas rozaduras que desaparecían de manera milagrosa.

Johana se arrojó hacia Berenice con un salto de gato salvaje, pero ésta última se hizo a un lado en un abrir y cerrar de ojos. Johana se volvió en un acto reflejo con el puño cerrado, preparando un nuevo ataque esta vez certero, que impactó en el mentón de Berenice con un sonido igual a una maza sobre un muro de cemento. El cuello giró ante el golpe y su rostro se hinchó como un globo morado.

Johana expresó su contento con una maliciosa sonrisa que la animó a

precipitarse encima de su oponente, pero Berenice brincó a un lado.

—¡Ya basta, Johana!

Teddy se incorporó en el primer escalón del porche con la mirada perdida y experimentando aún el extraño cosquilleo en el vientre casi cicatrizado. Sin embargo, se encontraba fuera de sí, con la impresión de estar despertando de una pesadilla, la cual se agravó cuando vio a Johana sobre Berenice asestándole golpes rápidos en la cara.

—Déjala en paz —logró articular el chico, con una vocecilla apenas perceptible.

Berenice se cubría el rostro con los brazos mientras los puños impactaban en la piel. Y allí donde lo hacían, asomaba un hematoma con la intención de repararse a sí mismo, pero pronto aterrizaba un nuevo impacto por parte del puño de Johana que lo impedía.

—¡Muere de una vez! —aulló con voz jadeante.

—¿A quién odiarás entonces?

—¡AAAAAAH! —La velocidad de los puños aumentó, sembrando la piel de Berenice de contusiones.

Ante la repentina ventaja de su contrario, tomó la iniciativa de usar uno de sus brazos para quitarse de encima a Johana. En ese instante, sintió cómo un aluvión de golpes impactaba en su rostro. Y, resignándose al dolor naciente, asestó un contundente puñetazo en el vientre de Johana, que le hizo expulsar una flema cargada de sangre.

—Ahí tienes —le dijo.

Sorprendida, Johana se llevó una mano al lugar del golpe. Berenice aprovechó ese momento para lanzar otro puño sobre su mejilla, produciéndole un corte del que brotó sangre, aunque se secó al segundo siguiente. En el próximo golpe, Johana fue enviada a un lado, donde permaneció retorciéndose de dolor.

Tras propinar varios alaridos a la noche, Johana se colocó a gatas en el césped. Vio una piedra de buen tamaño. La aferró. Desde esa posición, saltó como una liebre hacia Berenice, quien se había levantado. La piedra, sostenida por la mano de Johana, chocó contra el ojo derecho de Berenice.

—Una hermanita ciega será mucho mejor.

Del ojo manó un riachuelo de sangre que corrió hasta su barbilla y goteó al césped.

Entonces, un golpe inesperado arrojó a Johana contra el fresno. La piedra que había tenido en la mano, saltó por el aire y fue a parar al camino de

acceso. La cabeza de Johana chocó con el tronco, y se derrumbó en el suelo.

Teddy jadeaba con el rostro cubierto de sudor, su puño bien cerrado temblaba.

—Teddy —susurró Berenice.

—Es mala.

—No —dijo, llevándose una mano al ojo malherido. Su visión se tornó parcialmente roja y, tras este velo púrpura, observó que Teddy se miraba el puño con ofuscación. Pero Berenice también apreció en los ojos la fascinación de quien comprendía que tenía una fuerza inmensa—. Es ignorante. Algo le ha pasado y su ignorancia no le ha permitido solucionar el problema. Y sufre... y sufrirá.

8

Ninguno reparó en las luces del vecindario que había encendidas, ni en las difusas siluetas que observaban desde las ventanas. Algunas miradas manifestaban espanto; otras habían preferido cerrar puertas y ventanas. Esta vez ninguna se atrevió a gritar y delatar su presencia. Una de aquellas figuras sostenía un arma tras la alta valla en la propiedad de los Genderson.

Era Parker. Había tomado la decisión de estacionar el coche en la esquina superior y acercarse a la casa de Teddy a pie. Sostenía el arma apoyada en el pecho y contemplaba con horror cómo Teddy también era capaz de realizar las mismas proezas que las chicas.

—Mierda —masculló a la vez que trataba de detener el temblor de sus brazos.

La última pieza del caso estaba en el jardín de los Benson, desplazándose a una velocidad y asestando unos golpes con los que una persona común no podía competir. Había escuchado el disparo procedente de la escopeta, antes de agazaparse entre los arbustos que crecían junto a la alta valla. Luego había visto al chico alzarse con un disparo en el vientre, que cicatrizaba igual que un mero arañazo. ¿Acaso el doctor Anderson estaba en lo cierto y el virus mejoraba a su huésped?

El pensamiento arrancó en su piel centenares de gotas de sudor, que se deslizaron por su cara como agua. Con la mano libre se limpió parte del sudor, pero bajo el estado de turbación en que se encontraba, no pudo evitar

que el miedo se manifestara en más gotas de sudor y temblores en el brazo.

Con dicha inestabilidad no era capaz de presentarse delante de ellas y alzar el arma. Sobre todo si ésta parecía ineficaz. En todo caso, la curiosidad de ver desde más cerca qué sucedería ahora le forzó a desplazarse a la acera. La culata se impregnó del sudor de las manos. Acomodó bien el arma en su mano en cuanto divisó a Johana sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el fresno mientras Berenice y Teddy permanecían abrazados.

Por un segundo, no supo cuál de las decisiones que pululaban en su cabeza tomar. Sin duda, la de huir de allí y olvidar de una vez por todas el caso, se presentaba como la mejor. Pero como policía —aunque no estuviera de servicio en aquel momento— sentía el deber de intervenir, principalmente porque nadie en Silverston disponía de tantas pistas como él.

Johana se puso en pie. Evaluó los daños de su vestido y profirió un gáñido severo semejante al de una bestia acorralada. Parker advirtió la mirada de odio contenido con que observaba a Teddy y a Berenice. El horrendo ronroneo se incrementó. Los muchachos detuvieron su abrazo al llegarles el sonido gutural.

Parker la vio lanzar de pronto un zarpazo hacia el fresno y dejar cuatro surcos profundos en la corteza. El pecho de Johana comenzó a subir y bajar en su respiración vacilante y cargada de leves ronquidos nasales. De los dedos que había chocados con la corteza del árbol goteó sangre durante unos segundos.

¿Qué diablos es esa cosa?

Johana caminó hacia Berenice. Ella se puso en guardia y alejó a Teddy con un suave pero firme empujón. La camiseta negra mostraba dos desgarros en el vientre, exponiendo a la luz de la luna la piel pálida plegada sobre los bordes de las costillas. La rodilla izquierda asomaba por un desgarrro de tela del pantalón.

Parker supo entonces que se iba a cometer un asesinato delante de sus ojos. Y su voz de policía, la que obtuvo en la academia para ponerla a disposición de la justicia, le ordenó que dirigiera el arma hacia la mujer y apretara el gatillo.

Berenice recomendó a Johana que se detuviera, que estaba a tiempo de evitar el desastre. Los ojos vacíos de Johana, poseídos por un blancor fantasmal, se abrieron como dos ventanas tras cuyos cristales anidaba un abismo de odio.

Parker dio un paso lateral y apuntó con el arma a Johana, que se había

detenido a medio camino de Berenice para resollar. Su corto cabello, tieso sobre su cráneo, parecía alborotarse por algo invisible, flexionó las rodillas en posición de gárgola y levantó ambas manos agarrotadas a la altura de la cabeza.

—Tranquilízate, Johana —le dijo Berenice, en guardia y con las manos abiertas al frente, invitándola a detenerse.

Parker había tomado su propia iniciativa interfiriendo en la escena.

—¡Alto! ¡Alto o disparo, seas quien seas!

Johana volvió su rostro, esbozando una maligna sonrisa que heló la sangre del policía. Era una fina ranura por la que se advertían los dientes chirriando entre sí mientras de la comisura brotaba un reguero de saliva.

—¡No lo repetiré, joder!

—No, agente, márchese. Usted no puede hacer nada. Sólo la enojará.

—Ten la boca cerrada. Estoy haciendo mi trabajo —le dijo. Luego miró de nuevo a Johana—. ¡Túmbate en el suelo!

Los restos del vestido blanco de Johana se agitaron como banderolas en un viento frío, que lamía su piel reluciente por las gotas de enfermedad que comenzaban a deslizarse. La sonrisa macabra se estiró hasta tal punto que Parker tuvo la certeza de que las comisuras se rasgarían de pronto. La barbilla adoptó una forma puntiaguda, similar a una bruja. Su respiración se tornó cavernosa.

El dedo de Parker dudó una milésima de segundo, pero en cuanto vio que las piernas de Johana hicieron el más mínimo movimiento, ejerció la fuerza necesaria para disparar. La bala abrió un agujero en el pecho de Johana, quien de un salto se desplazaba por el aire en dirección al policía. Éste miraba incrédulo y con los ojos desbocados.

Estoy dentro de mi pesadilla.

—¡¡¡NOOOO!!!

Parker contempló, antes de cerrar los ojos y disparar otra bala fallida, cómo una figura chocaba con Johana en el aire, desviándola de su trayectoria. Ambas formas cayeron en la calzada de Boulder Street con un estrepitoso sonido de huesos.

—¡Berenice! —exclamó Teddy.

El señor Platt emergió de su vivienda con un teléfono inalámbrico en su mano mientras, con dedos vacilantes, marcaba el número de emergencias.

Ambos cuerpos rodaron calle abajo, pasando delante de Parker, hasta chocar con las ruedas de un vehículo estacionado junto al bordillo de la acera.

Berenice apresó la cabeza de Johana entre sus manos y la estrelló contra la puerta del coche, que se hundió invertida por una mancha de sangre surgida de su nariz.

El agente corrió hacia el automóvil sin dejar de apuntar con el cañón del arma. Berenice se alzaba en ese instante.

—¿Quién es ella?

—Es una larga historia.

—Tendrás tiempo de contarla en comisaría.

Berenice abrió los ojos y le miró con reticencia.

—No pueden detener a Johana con los métodos normales.

—Pero... Dios, hay tantas preguntas.

—No tengo tiempo. Teddy y yo nos marcharemos en cuanto entierren a su madre.

—Pero... —Parker enmudeció cuando el cuerpo de Johana se retorció sobre el pavimento.

Ambos se volvieron por una voz que emergía de la noche.

—He llamado a la policía. Están de camino. —El señor Platt apareció por la acera, agitando el teléfono mientras hablaba—. Les he dicho que manden todo lo que tengan, pero no parece que me hayan hecho caso.

Berenice y Parker le miraron.

—Gracias —dijo—. Ahora entre en casa y déjeme hacer mi trabajo. —Parker recordó de pronto que él ni siquiera tendría que estar allí. Si Forest iba en alguno de los coches patrulla y lo veía le amonestaría por ello.

El señor Platt se volvió y entró en casa no muy convencido de lo que estaba sucediendo realmente.

Johana apoyó su espalda en la puerta abollada del vehículo y resopló. Berenice le propinó un puntapié en la cara y la dejó inconsciente de nuevo.

—Es mejor que esté tranquila, se lo aseguro.

Parker se limitó a mirar turbado, intentando ordenar sus pensamientos.

—Me marcho con Teddy antes de que venga la policía. Diga que Johana es la culpable de las muertes de Silverston. Estoy segura de que los doctores pueden hacerla dormir o anularla.

—¿De dónde diablos sales? —inquirió él.

—Es lo que voy a averiguar después del funeral de la madre de Teddy. Ha llegado la hora de saber qué soy.

—No puedo dejarte marchar. Eres culpable del asesinato de Spencer. Lo sabes, ¿verdad?

Berenice esbozó una lúgubre sonrisa.

—¿Y qué va a hacer, detenerme? Aquel hombre mereció la muerte. Y no precisamente por ser el culpable del asesinato de Brandon.

Aunque Parker advirtió que la expresión de ella no era acusadora, experimentó un nudo en el estómago.

Teddy cruzaba la acera.

Las luces azules centelleaban en la esquina de la calle.

—Aquí los tenemos. —Parker, que mantenía la vista fija en la calle, dirigió su mirada a Berenice, pero ésta había desaparecido junto con Teddy. La casa de la difunta señora Benson se encontraba en silencio y no había indicios de que los chicos hubieran vuelto adentro—. Malditos críos.

De uno de los coches se apeó Forest Selburg.

—¿Se puede saber qué está pasando ahora?

Parker no se molestó en contestarle; había empezado su largo fin de semana. No obstante, un pensamiento asaltó su mente.

Ha llegado la hora de saber qué soy.

9

La noche antes del funeral, Berenice había conciliado el sueño. Yacía sobre un tupido césped mientras sus párpados se agitaban frenéticamente a medida que avanzaba la pesadilla. Teddy, ajeno a la pesadilla, permanecía sentado junto a ella, en el claro al que tantas veces habían acudido. Tras la llegada de la policía, la propiedad de la señora Benson quedó precintada como lugar del crimen de James Biddle. Así pues, abandonaron la casa donde había crecido. No deshonraría a su madre, y continuaría su camino hacia lo que ella llamaba «convertirse en un hombrecito de provecho».

Con todo, dentro de la mente de Berenice bullían mundos oscuros y aterradores.

Varios pares de ojos la escrutaban desde la oscuridad. La luna llena arrancaba destellos a los barrotes de acero tras los cuales Berenice era observada con atención esperanzadora.

Berenice...

Berenice...

Berenice...

Santuario...

No quería acercarse más a aquellos ojos hundidos, cuyo rastro de alegría hacía tiempo que había desaparecido.

Berenice...

Berenice...

Berenice...

El coro de voces brotaba de la más densa negrura imaginable. Ella decidió guardar la distancia que la separaba. Aunque en el fondo de su ser comprendía que dicha distancia pronto se acortaría y debería traspasar las brumas de su desconocimiento para saber, conocer quién o qué era.

Retrocedió un paso y se alejó de las voces porque éstas, fueran lo que fuesen, podían esperar un poco de tiempo...

Un poco más al menos.

Retrocedió otro paso y añadió más distancia entre el coro de voces melancólicas y ella. Entonces fue cuando lo oyó por primera vez. Un firme taconeo en el otro extremo del pasillo, que en forma de ecos amenazantes, se abrían paso por el corredor.

Con una sacudida, despertó en medio de la noche. Teddy dormitaba a su lado con la comisura del labio manchada por saliva seca. Sus facciones de inocencia la conmovieron. Un sembrado de estrellas palpitantes cubría el cielo. Aun así, la pálida hendidura que se abría en el horizonte sugería la proximidad del amanecer.

Pensó en que Teddy aún no había manifestado el hambre. Cada minuto transcurrido avecinaba más y más el despiadado momento, pero por duro que fuera la primera vez, Berenice no lo dejaría solo; él no pasaría por la pesadilla sin sostén, como se vio obligada a hacerlo ella.

Tuvo la intención de acariciar con sus dedos desnudos la piel de Teddy, pero en cuanto reparó en el mal estado de su mano, la reunió con la otra en el regazo. Usaría de nuevo guantes para no atemorizar a la gente. Contempló con suma atención las manos y se preguntó por enésima vez a qué era debido su lamentable estado. Hurgó en sus más recónditos pensamientos, los más lejanos en su vida, aunque desistió al no poder recordar. Siempre habían tenido ese aspecto envejecido.

Resignada, se tumbó sobre el césped y dejó pasar las horas envuelta por el silencio de la noche. Pese a que era Teddy quien debía velar por ella en esa ocasión, no le replicaría por haberse quedado dormido.

Al día siguiente tuvo lugar el funeral. Fue discreto. Asistió su tío Rusty. Su

padre, el señor Benson, se había excusado porque por motivos laborales estaba en Europa. Únicamente asistieron las clientas de la peluquería de Frida Benson. Fue cuando entendió que pocas personas apreciaban en verdad a su madre. El agente Parker se encontraba apoyado con los brazos en el pecho, en traje de luto y con los ojos rojizos por una larga noche en compañía de cerveza. En cualquier caso, Teddy no se sintió solo en ese instante en que las palabras opacas del reverendo brotaban como uno más de los discursos que efectuaba. Estrechó la mano de Berenice, quien correspondió del mismo modo. Sintió el calor bajo los nuevos guantes que ella usaba, calor que se unió al suyo, manifestando el profundo cariño que ambos se profesaban.

Sólo Berenice vio la lágrima de adiós que brotaba de los ojos del muchacho. Pensó en atraparla con uno de sus dedos enguantados, pero rectificó y la dejó correr libre por su rostro, ahora inmaculado, sin los granos y espinillas que durante tanto tiempo le habían afeado.

Cuando el funeral terminó, le dieron el pésame. La falta de sinceridad en algunas personas se dejó entrever; era una mera cortesía adquirida con el tiempo. Cosa que también notó Berenice, quien había tenido largo tiempo para asimilar la hipocresía humana. Al tío Rusty se le veía realmente afligido, aunque a su manera. Le dijo a Teddy que tenía a su disposición la casa de Funston para cuando quisiera. Le preguntó un par de veces quién era la chica que lo esperaba a escasos metros, con las facciones sombrías. Teddy no supo qué contestarle porque no comprendía aún qué relación tenía con Berenice. Se limitó a decir que era su amiga, pero pronto advirtió que aquella palabra parecía insuficiente.

Parker asintió en gesto de saludo, desde la distancia. Berenice se figuró que, bajo los efectos del alcohol, las piernas del agente no serían capaces de dar más de dos pasos seguidos sin tropezar y caerse de bruces.

Así terminó un día acusado principalmente por la pena.

El día no fue infortunado para todos, no obstante. Sophie Evans sostenía en sus manos, con notable orgullo, el boletín de noticias, cuyo contenido ya se diseminaba por la escuela secundaria de Silverston entre murmullos y relatos incompletos. Pero en unas horas todos los alumnos estarían enterados de que los hechos insólitos que habían asolado en la ciudad fueron realizados por Henry Hughes y su difunta esposa. Aunque la verdad estaba incompleta en el boletín, Sophie conseguiría en los próximos días el premio a la mejor reportera joven, premio que dedicó a su equipo y a su padre, pese a que éste nunca había creído en su talento.

Johana Peeters fue conducida a la comisaría bajo los efectos de fuertes calmantes hasta ser identificada.

Libro 3

Santuario

Capítulo 19

1

La pesadilla de Berenice se había repetido con mayor intensidad, lo que obligó a los chicos a partir de Silverston en medio de la noche de lunes, cuando la ciudad dormía. No fue necesaria ninguna palabra por parte de Berenice para que Teddy la acompañara. Porque en el peor de los casos, ¿qué dejaba atrás? ¿La escuela, con sus inexistentes amigos? En definitiva, nada. Todo lo que necesitaba se encontraba al volante del vehículo de Henry Hughes, cosa que le sorprendió, porque Berenice nunca le había dicho que supiera conducir. Aunque ahora que lo meditaba había muchas cosas que no sabía acerca de ella. Pero tendría tiempo suficiente para conocerla. La escuela le había concedido un permiso de ausencia por unos días por la muerte de su madre. No obstante, por alguna razón, él sabía que el viaje se prolongaría mucho más, y no le importaba volver a hacer novillos. Esbozó una silenciosa sonrisa que acarició la brisa que entraba por la ventanilla. Además, ahora con una vida más larga, disponía de centenares de ocasiones para asistir a la escuela. Era el momento de vivir junto a Berenice el tiempo perdido.

Evocó las palabras que una vez ella le dijo cuando le preguntó adónde iban.

A vivir.

En los asientos posteriores del automóvil descansaba una maleta con varias camisetas y pantalones. Sobre todo, había decidido llevarse consigo la única foto en que aparecía Frida abrazada a su marido junto al chico. Una fotografía que representaba una de las escasas etapas felices en familia. Creyó acertado tenerla cerca.

Miró con asombro la ropa improvisada que había sacado Berenice del armario de su madre, claro que el aspecto que lucía ella tenía su particular belleza. Portaba uno de los vestidos lisos de cuando el matrimonio de sus padres aún merecía ese nombre; una correa de piel blanca ceñida a la cintura destacaba escasamente la curvatura de sus pechos. En contraste con el vestido rojo, sus manos permanecían ocultas por guantes recién adquiridos. Ambos

habían reunido todo el dinero que pudieron encontrar en sus respectivas casas. Aunque Teddy suponía que su amiga tendría sus propios métodos a la hora de conseguir más dinero, porque ochenta y cuatro dólares con veinticinco centavos se esfumarían enseguida. La ropa del chico se limitaba a una camiseta, unos tejanos y zapatillas de lona.

El gastado Citroën gris rodaba hacia al norte del estado de Georgia por carreteras secundarias. A ambos lados discurría el mismo paisaje, provisto de hileras de altos árboles que se cernían sobre el vehículo. A intervalos irregulares, los árboles desaparecían, irrumpiendo campos de cultivo y verdes prados.

Pero Teddy reparó en que Berenice tenía puesta su atención en un baldío horizonte interior.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —repuso.

Prefirió no inmiscuirse en los asuntos de Berenice en ese momento. Se figuraba que daba vueltas al significado de las voces y a los problemas con Johana Peeters.

Tras varias horas de viaje —en las que habían dejado atrás el estado de Georgia y adentrado en Alabama— Berenice se internó en un camino cualquiera de tierra y detuvo el automóvil bajo un gran roble.

—Descansemos un rato. Quiero estirar las piernas.

El chico asintió.

—¿Te puedo preguntar dónde aprendiste a conducir?

—Me enseñó Henry, hace algunos años.

—Ah.

Berenice se volvió en el asiento y lo miró con una mirada solemne.

—Quiero que sepas que me hace feliz que hayas querido acompañarme.

—Claro. —Teddy percibió el ardiente calor en sus mejillas.

Berenice enarcó las cejas y sus ojos llenaron la cara al percibir rubor del chico.

—Qué gracioso —dijo; luego extendió sus labios en una sonrisa—. ¿Aunque dónde podrías ir?

Teddy bajó su mirada al regazo.

Ella acercó sus labios a las coloradas mejillas del chico y depositó un beso.

—No pareces muy preocupado por la escuela.

—Claro que no, ¿a quién le gusta la escuela?

—Su objetivo es formar y educar personas para participar de la sociedad.

Pero esta sociedad no nos aceptará como somos ahora. ¿Entiendes?

—Creo que sí.

—Muchas cosas fallan en la sociedad, pese a las grandes universidades, academias de exquisita selección de alumnos. Se ve a lo largo de la historia, en las civilizaciones del pasado con sus guerras y conquistas. Algunos líderes pensaron que conquistar bajo un mismo yugo era civilizar. Y es innegable que en ninguna escuela de la sociedad te enseñan a ser tú mismo, a creer en ti y a anular los miedos internos, los culpables de que muchas cosas negativas ocurran. He tenido tiempo suficiente para observar que las personas no han cambiado en eso: no han eliminado su miedo.

—No necesitas decirme todo esto. No me preocupa la escuela para nada. Ahora me siento un poco diferente y parece que es bueno. Me gusta. Creo que soy más libre.

—Me alegro de que te guste. Y dime, ¿no sientes hambre?

—Claro que no. Es increíble. Llevo varios días sin comer y me siento como nunca.

—Tendrás hambre pronto.

—Pues comeré —dijo él.

—Ya veremos, entonces. —Berenice lo miró en silencio—. Siento que tu padre no haya podido asistir al funeral.

Teddy desvió la mirada hacia la línea divisoria del horizonte, donde fulguraban tonos rosados sobre un intenso fuego.

—Estoy bien.

—No retengas nada. Es mejor compartir las cosas con alguien. Y yo soy muy adecuada para ello.

—Lo sé —admitió. Las palabras de Berenice sonaban dulces y melosas. Le gustaba escucharle—. ¿Qué haremos ahora? ¿Adónde vamos?

—De momento no lo sé. Sigo mi desarrollado instinto. Nos dirigiremos al oeste del país. —Berenice miró al frente y le preguntó—. ¿Cómo fue la vida con tu madre?

Teddy no reaccionó con rapidez, y su mente caviló durante algunos segundos perdidos.

—Una vida normal. Como muchos chicos de mi edad, supongo. Era exigente conmigo, igual que muchas madres. Aunque supongo que era por mi bien, o eso decía ella. ¿Por qué preguntas estas cosas?

—Porque a partir de ahora todo cambiará.

—Ah.

—Es lo que deseabas, ¿no?

—Sí. Pero no seré como Johana. No iré matando gente como ella, parecía una psicópata como en las películas de miedo.

—Cada cual mantiene su personalidad, aunque se añadan algunas cualidades como fuerza y velocidad. Pero es importante ser responsable. Johana es... Johana. En ninguna escuela le enseñaron a eliminar sus celos. Y con sus padres muertos fue más difícil.

—¿Dónde está? —preguntó Teddy.

—No está aquí y es lo importante.

El chico no dijo nada.

—Bajemos del coche, quiero respirar aire fresco —dijo Berenice.

Ambos se apearon del automóvil y caminaron por el camino de tierra.

—Necesitamos ir a alguna ciudad pronto. No me gusta este vestido. El rojo no forma parte de mis colores favoritos.

—Te queda un poco grande y te hace flaca, muy flaca.

—Está bien, Teddy Benson. Ya veo que en verdad nunca has estado con una chica —rio a la repentina noche que se cerraba sobre ellos.

—¿He tenido poco tacto?

—Ninguno —reconoció ella entre risas. Le estrechó las manos y, a continuación, se sentaron sobre un tocón situado en el borde del camino.

El cielo se iluminó de estrellas. En la distancia se encendieron las luces de las escasas casitas que salpicaban la colina.

—¿Qué tengo que hacer cuando tenga hambre?

Berenice, que había estado contemplando las casas, dijo:

—Es la parte más dolorosa de todo esto. Pero si no lo aceptas sufrirás más. Una vez le expliqué a Henry una cosa. Aunque dudo que sea suficiente para que un chico lo comprenda.

—¿Y por qué no?

—Me pregunto qué pensarán los conejos, pollos, bueyes y toda la gama de animales con que se alimentan las personas sin el más mínimo remordimiento. Oh, claro, las personas son el centro del universo —dijo Berenice con sarcasmo—. Apuesto a que no aceptarán que haya una especie diferente a ellos y que hagan lo mismo que ellos: comer para sobrevivir.

—Lo que dices suena muy raro. Suena como las películas de vampiros.

—No somos monstruos, ni vampiros del folclore surgido en la Edad Media.

—Entonces suena peor. Suena a canibalismo.

—Qué horrendo, Teddy. No cogemos la carne de la persona, sólo la enzima. Aunque te aconsejo que no los dejes vivos, porque extenderían una plaga.

—Hablas de todo esto muy a la ligera. Será raro tener que coger una persona por la fuerza y robarle algo.

Berenice enmudeció.

—Sí. Sé que es muy frívolo. Pero no sé cómo entenderlo de otro modo. Yo lo considero como el equilibrio de la naturaleza; unos se alimentan de otros para mantener el equilibrio entre especies.

—Sigo sin verlo, Berenice. —Posó su mirada en los guantes de ella—. ¿Por qué tus manos son así?

—¿Horribles?

—No he dicho eso.

—Pero lo son. No lo recuerdo.

—Ah.

—Espero que no te arrepientas de estar a mi lado —dijo, poniéndose en pie.

—No. ¿Por qué dices eso?

—Será duro. Muy duro. Yo estuve sola la primera vez que apareció el hambre. Pregunté al cielo qué me ocurría, pero nadie respondió. Estaba sola. Yo te ahorraré ese trauma.

—No te preocupes, Berenice. —Teddy se aventuró a rodearla con sus brazos.

—Estoy bien. Pero nunca he tenido a alguien por el que sintiera profundo afecto. Recuerdo que siempre quise conocer el amor. Cuando caminaba por la tierra en soledad, en ocasiones me asomaba a la ventana y muchas veces veía parejas de amantes abrazados, muy cerca, y quise saber por qué tenían la necesidad de estar tan cerca el uno del otro. ¿Era frío? Creo que ahora empiezo a entender que no era frío, sino calor. El calor del sentimiento.

Teddy se conmovió a medida que las palabras de Berenice se posaban en sus oídos como pétalos dulzones.

—No pasará nada cuando tenga hambre.

—Oh, sí pasará, Teddy Benson —dijo ella con una nerviosa risita aguda.

—Todo saldrá bien. —La miró a los ojos, al tiempo que la sostenía por los hombros—. Tienes dudas.

Berenice abrió los ojos.

—Quizás Henry tuviese razón. Siempre decía que el amor era capaz de estremecer todo nuestro interior.

—Yo sólo siento una presión en el pecho que quiere liberarse.

—Pues haz que se libere, Teddy Benson —dijo, apasionada.

Los labios incendiarios de Berenice se pegaron a los del muchacho. Cuando el fuego se intensificó, las piernas de ambos se aflojaron derribándolos en el sendero, y dejaron escapar risas de felicidad. Sus cuerpos flotaban como dos plumas enlazadas por lazos de seda y, como tal, rodaron sobre la hierba. Teddy escuchó una melodía en su interior cuando la presión del pecho se liberó; era un estallido de emociones cubiertas de acordes de violín. Rodaron colina abajo, sin importarles con qué chocaban, porque unidos eran más fuertes, como una cuerda fuertemente trenzada. Paladeó el néctar de los labios de Berenice, trató de arrancar todo el sabor de ellos. Como un regalo inesperado, ambas lenguas chocaron en un esponjoso encuentro de fresas.

La cabeza de Teddy chocó contra una piedra que asomaba, grisácea, entre la crecida hierba. El dolor frunció sus facciones, se llevó una mano a la cabeza con una ingenua sonrisa de bienestar.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Él asintió con ojos cerrados y sonrisa bobalicona. Por un instante todo era perfecto. Incluso el vacío que había dejado la muerte de su madre, estaba lleno ahora por un nuevo sentimiento de plenitud; Berenice era capaz de colmar todo de colores e infundir la necesidad de vivir, en su anterior estado de pasividad.

Se tumbaron al frescor de la hierba, con la mirada fija en el océano de estrellas que los contemplaba como los hijos de algo más grande.

Los dedos de Teddy buscaron a tientas en la hierba la mano enguantada. Cuando la halló se dio cuenta de que Berenice lo miraba ahora con una fraternal sonrisa. Estrechó su mano con firmeza, experimentó la danza de las singulares vibraciones de ella, que se extendieron por su cuerpo, semejante a un velo traslúcido que le cubría. Permanecieron así, inmóviles bajo la noche, mientras todo el torrente de emociones que sentían el uno por el otro recorría sus cuerpos.

Al cabo de unas horas se quedaron dormidos.

Teddy exhalaba bocanadas de aire seco, cargado de un sabor amargo. Su pecho se elevaba pesadamente, con un ronroneo que se agravaba a medida que decidía cambiar de postura sobre la hierba hundida con la forma de su cuerpo. De forma inconsciente, su mano frotó la cara sudada. Luego la depositó en el vientre, ajeno a las palpitaciones que se habían iniciado en su interior. El vientre comenzó a hincharse igual que un globo, para volver después a su posición natural. Así ininterrumpidamente. En una ocasión, se infló tanto que hubiese explotado de seguir.

Carraspeó, abrió los ojos a la noche y advirtió que dentro de él, las emociones positivas anteriores habían desaparecido. Un hambre latía como una herida candente y sin piel. Los intestinos se agitaban en busca de un alimento desconocido. Los párpados se alzaron hasta alcanzar su límite y los ojos brillantes aullaron de dolor en las cuencas. Su cuerpo se estremeció de frío. Se giró y vio a Berenice, inmóvil en su propio sueño.

Una poderosa sacudida le obligó a encogerse en posición fetal, con tanta fuerza que por un instante creyó que sus huesos quebrarían.

—Joder, ¿qué es este dolor? —La voz sonó rajada dentro de su garganta.

Como respuesta recibió una nueva sacudida más intensa. Entonces gritó. La copa de los árboles se meció en cuanto unos gorriones levantaron el vuelo.

Su cuerpo se tensó de nuevo. Empujado por el insoportable dolor, arrancó la hierba a su alcance y la arrojó lejos. Empezó a jadear de un modo cargado y asfixiante.

—¿Qué me pasa?

Al fin comprendió para su desgracia. El hambre. Berenice se lo había advertido. Y aunque también le garantizó que no estaría solo..., lo estaba. El dolor siempre era acompañado por la soledad. Berenice continuaba petrificada.

—Berenice —dijo con siseo doloroso.

Ella abrió los ojos.

—Dios mío. Es la hora.

—¿La hora? ¿Qué me pasa?

—El hambre.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —Después de la pregunta se irguió sobre sus pies con la espalda curvada en una grotesca deformidad—. Hay casas en la colina.

—Sí. Y una quedará vacía. —Berenice se puso en pie junto a Teddy, con expresión fúnebre—. Adelante.

—Me duele mucho.

—Lo sé.

Se deslizó a hurtadillas, con las manos agarrotadas a modo de gárgola, bajo el manto de la noche, cuyo velo lo envolvía como a un nuevo hijo.

Berenice escuchó el rumor de la hierba mientras Teddy se encaminaba hacia una de las casas.

—Me duele mucho —gimió.

La primera casa en construcción de piedra recibió a Teddy con unos escalones insertados en el terreno. Dos columnas sostenían el techado del porche, por el cual Teddy se hubiese sentido capaz de trepar en otra circunstancia; sin embargo, ahora, se aproximó a la puerta de madera y golpeó. El ruido retumbó en el interior. La casa se iluminó y se llenó de maldiciones severas.

—¿Quién puede ser, querido?

—Calla y dame la escopeta, mujer. Debe de ser ese negro otra vez.

Un hombre de aspecto somnoliento tocado por un sombrero raído apareció bajo el marco de la puerta, sosteniendo una escopeta de dos cañones.

—¿Quién eres, hijo? —inquirió con acento sureño—. ¿Te manda ese negro de mierda? Dile que no pagamos más por el trabajo. Era un trato justo. —Sintiéndose amenazado, dirigió los cañones hacia el pecho del chico.

Berenice lo advirtió y corrió. Apareció de pronto entre Teddy y el hombre, quien dio un paso atrás sorprendido por la desconocida que había surgido de la nada.

—¿Qué carajo...?

Berenice asió con mano firme los cañones y le arrebató el arma; con una patada introdujo al tipo en el vestíbulo. Se desmoronó junto al pequeño mueble y un reguero de cartas cayó sobre su regazo.

—Berenice, joder. Tranquila.

—Hazlo, Teddy. Si no morirás. Prefiero su muerte a la tuya.

Una enorme mujer enfundada con un camisón color crema surgió de una puerta. Se llevó las manos a la boca y chilló de manera desquiciada.

—Corre, mujer. Son asaltantes —dijo el hombre al tiempo que se erguía—. ¡Coge el revólver de la mesita, rápido!

—Menudo desastre. Eres un novato, Teddy Benson. —Ella corrió hasta la mujer y le asestó una bofetada que la aturdió. Seguidamente presionó los

cañones contra su gigantesco vientre y apretó el gatillo—. No me gusta comportarme como Johana, pero no podemos dejar testigos.

Teddy se desplomó en el umbral de la puerta, tratando de saber cómo debía tomarse la extraña ironía de Berenice.

—¡No! ¡Asesinos! —El hombre se aproximó a Teddy en dos largos pasos y le propinó una patada en la cabeza.

El chico explotó en dolor. La rabia que lo inundó le hizo cerrar su mano en torno al tobillo de la pierna que le había atacado y tirar de éste, llevando el cuerpo del tipo al suelo pesadamente.

—¡Ahora, Teddy!

El rostro del chico se ensombreció. Afloró un desconocido instinto, primitivo, olvidado, que adormecía en los bajos fondos. Se abalanzó encima del hombre y... sucedió. Sin entender nada, supo entonces cómo proceder. Percibió una intensa vibración que cubrió todo su ser y le estremeció de pies a cabeza. Experimentó su cuerpo descomponerse en partículas, de un modo asombroso, casi divino. Las partículas volaron alrededor del hombre, como pétalos centelleantes y, en menos de un segundo, se precipitaron sobre el cuerpo.

Berenice se dejó caer en el sofá y alejó de sí la escopeta.

El cuerpo dio un par de sacudidas cuando las partículas de Teddy penetraron en su ser.

—Qué desastre —murmuró Berenice.

Al cabo de unos minutos le dijo:

—¿Cómo te sientes?

Teddy se encontraba sentado en el suelo estudiándose con asombro los brazos. Hasta hacía un rato era energía y partículas que revoloteaban en derredor. Y, en un abrir y cerrar de ojos, volvió a ser de nuevo un cuerpo sólido.

—¿Qué soy?

—Alguien como yo, que caminará a mi lado por tiempo indefinido. Veremos al mundo pasar y a sus civilizaciones caer en su nefasta vanidad mientras nuestro amor y amistad se fortalecen. —Berenice se levantó del sofá y se aproximó.

Teddy miró al hombre. Yacía junto al mueble del vestíbulo, con los ojos en blanco. Una de sus manos arrojaba leves espasmos a causa del sobresalto.

—No es buena idea dejarlo con vida. Lo siento —dijo, y se agachó a su lado, cogió la cabeza del hombre y, con una sacudida, la giró; el chasquido

sugirió a Teddy que el hombre había muerto—. Te ahorraré esta parte dolorosa como Henry lo hacía conmigo.

—Quiero irme de aquí —manifestó. Cogió su ropa y abandonó la casa. Descendió los escalones de piedra abrazado a sí mismo, no porque sintiera frío, sino acusado por el desconcierto.

Berenice lo miró en silencio desde el porche de la casa. Comprendía sobradamente bien lo que pasaba por la mente del muchacho.

Teddy abrió la portezuela del vehículo y se sentó en la parte trasera, desnudo; no era lo que más lo inquietaba en ese instante.

El viaje continuó en silencio, y así fue como atravesaron parte del estado de Alabama. Fue en la frontera con Misisipi cuando Berenice reparó en que alguien les seguía.

3

Después de recuperarse de una de las más fuertes borracheras de los últimos años, Parker, quien dio por hecho que su particular caso no sólo no había terminado, sino que había abandonado Silverston durante la pasada noche, llenó el maletero de su Lincoln con un buen surtido de munición, una maleta con ropa y provisiones de cerveza. El largo fin de semana había terminado siendo de utilidad, y lo pasaría en persecución de esos dos chicos, a quienes consideraba un grave peligro.

Forest, después del funeral de Frida Benson, se había tomado la molestia de anunciarle que habían identificado a la joven del traje blanco. Johana Peeters, causante de la muerte de Joseph Callahan, denunciada en el motel del señor Carson, y principal sospechosa de las extrañas muertes en Silverston. Sólo faltaba saber qué relación guardaba con Henry Hughes, respuesta que según el propio Forest no se haría esperar.

Pero Parker sabía que se dejaban la pieza maestra del rompecabezas. Berenice Hughes, o cualquier otro apellido que hubiera usado.

Todo aquello sucedió el lunes por la tarde, tras hacer una visita a la casa de Teddy y luego, al no hallarlos, a la casa adquirida por los Hughes, donde una deslucida postal rezaba *I Love Alabama* le sugirió adónde se dirigían, puesto que había leído en el diario de Henry la importancia que Berenice concedía a dicha postal.

Ahora, en la mañana del martes, los verdes campos floridos por la inminente llegada del verano se exhibían ante el parabrisas del Lincoln de Parker en la Interestatal 20, en dirección a Anniston, Alabama. No conocía el paradero exacto de los chicos, pero un par de llamadas a la comisaría de Birmingham, la ciudad más importante de Alabama, arrojaría algo de luz. No resultaría difícil para la policía seguir el rastro de dos chicos que necesitaban abastecerse de la enzima de la telomerasa; sin duda dejarían abundantes pistas. Pistas que él usaría para acortar distancias.

—Bingo —dijo Parker al pie de una cabina telefónica, en una cafetería de la localidad de Anniston.

En la madrugada del lunes, el sheriff del condado de Walker, Alabama, fue avisado de la aparición de dos cadáveres; y uno de ellos presentaba los signos que le había indicado Parker al inspector al teléfono.

Puso rumbo al condado de Walker para que el sheriff le informara de todo lo perteneciente al suceso, porque Parker estaba seguro de que Teddy y su extraña amiga hicieron una visita a la región. Sabía que la bien conocida competencia entre distintas comisarías, y el que él residiera en otro estado, sería un problema añadido, y lo último que necesitaba era a los federales husmeando en su caso. Se aventuró a entrar en la comisaría donde un hombre rollizo y de aspecto fatigado le recibió detrás de la mesa de oficina.

Aunque Ken Parker se presentó y realizó las oportunas preguntas, el sheriff no pudo evitar que su cara redonda cobrara un tono rojizo. Parker creyó por un momento que la vena que le latía en el cuello explotaría. Como si tal cosa fuera a acontecer, retrocedió unos pasos, percibidos por el sheriff, quien carraspeó en señal de desaprobación.

—Hemos tenido hechos similares en Silverston —dijo Parker.

—Eso está en otro estado, agente.

—Lo sé. Pero llevamos siguiendo el rastro a esos tipos desde hace mucho tiempo.

—¿Tipos, dice? —El hombre rollizo echó un vistazo al informe sobre la mesa y tosió—. Según esto, los vecinos de la propiedad de los alrededores sólo vieron a dos muchachos abandonar la casa. Uno de ellos desnudo... Desvergonzados.

—Son ellos —dijo, revelando su ansiedad.

—Según esto, van en un Citroën gris en peor estado que un afectado de cáncer. Le interesará la matrícula, supongo. 772 KXF de Georgia.

—¿Hacia dónde?

El tipo se encogió en la silla y sus caderas parecían derramarse por los lados. Lo miró con los párpados a medio abrir.

—¿Va usted a ir tras ellos?

Parker asintió.

—Es mi deber.

—Su deber —rumió el sheriff—. No dejen de ver gato encerrado en todo esto. Pero cuanto más lejos estén esos malnacidos mejor para todos... y para mí.

—Lo comprendo.

—Según esto el Citroën se dirigió hacia el oeste. Tal vez a Misisipi.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Amigo —dijo el hombre ajustándose el sombrero—, le separa de ellos una distancia de más de diez horas. Yo en su lugar no haría más preguntas. Y tenga suerte. La necesitará, por cómo le partieron el cuello a ese desgraciado.

Parker salió de la comisaría casi antes de que finalizara la frase. Una vez obtenida la información necesaria, no tenía por qué estar soportando el calor de la región. Además, le esperaba un viaje frenético en persecución de una extraña adolescente, que en cualquier caso no dejaba de ser una total desconocida.

Mientras tomaba asiento en el automóvil aparcado a dos calles de la comisaría, pensó en cómo un muchacho como Teddy se había dejado apresar en las sutiles garras de ella.

El Lincoln rugió y dejó atrás la localidad de Jasper, sede del condado de Walker. Pronto se adentró en una llanura atravesada por una carretera en un estado lamentable, flanqueada por campos de cultivo. Giró en la primera bifurcación para tomar la Interestatal, con ella cubriría más terreno en menos tiempo.

El siguiente paso era en poner sobre aviso al mayor número posible de comisarías del estado de Misisipi. Con ello, en cualquier nuevo intento de abastecerse con esa enzima, lo pagarían caro.

4

Teddy experimentó sobre sus brazos desnudos el calor del amanecer a medida que el arco del sol emergía por el horizonte púrpura, colmado por pinceladas de nubes como fuego. Después de una sucesión de rápidos

parpadeos, se esfumó la falsa visión de su cuarto, en Silverston, que había permanecido en la línea divisoria de los sueños. Vio la figura delgada de Berenice sobre la rama de un árbol situado a escasos metros. La había visto en repetidas ocasiones contemplar el amanecer y se preguntó por qué lo hacía. ¿A qué temía alguien que burlaba a la muerte con más tiempo?

Se incorporó. Se quitó con una mano los restos de hierba que tenía por la cara. Se frotó con insistencia para eliminar el extraño picor de su piel. Notó un regusto a hierba en la boca. Escupió pero no logró atenuar el sabor. Se levantó, se aproximó al Citroën y buscó en el maletero un botellín de agua, con el que se enjuagó.

—Has estado toda la noche durmiendo boca abajo —le dijo Berenice. Su voz le llegaba desde cierta distancia. Teddy se volvió. Ella aún estaba encima de la rama, con una expresión cómica en el rostro.

—Ah. —Depositó el botellín en la mochila que había en el maletero, recién comprada en la localidad de Amory, Misisipi. Luego habían dejado atrás la pequeña ciudad cruzando el río Tombigbee, continuaron por la carretera 278 hasta enlazar con la 41 y, sin abandonarla, tras unas millas de carreteras flanqueadas por árboles, llegaron a los llanos de hierba con senderos de tierra que partían de la carretera hasta casitas individuales ocultas bajo frondosos pinos. Aprovechando la escasa luz, se internaron por uno de los caminos, rodearon una vivienda y detuvieron el coche junto a unos arbustos. Allí mismo pasaron la noche, lejos de ciudades bulliciosas.

Teddy cerró el maletero. Se preguntó cuánto duraría el dinero. Pensó en que él podría pasar la cortadora por el césped de algunas de las casitas que se veían diseminadas a varias millas a la redonda. Por un segundo, sintió nostalgia de aquella época lejana, en otra vida..., otro Teddy, en que su madre administraba su economía. Ahora era él quien la gestionaba y experimentaba una creciente responsabilidad ante todo lo que estaba transcurriendo en torno a su vida.

—Continuaremos el viaje en poco.

—¿Hacia dónde esta vez?

—Nos acercamos cada vez más —dijo ella.

—¿Cómo lo sabes?

Berenice hablaba desde la rama del árbol sin apartar su vista del horizonte dorado.

—Mis pesadillas son cada vez más intensas —aclaró con voz taciturna.

Teddy recibió un golpe helado en el pecho. Había estado preocupándose de

manera casi absurda sobre reunir algo más de dinero, mientras Berenice sufría en silencio sus pesadillas. Se figuró que tanto tiempo sola debía de haberla marcado para siempre.

—Siento que tengas esas pesadillas.

—No lo sientas. Nos guiarán hacia nuestro destino.

—Ah.

Saltó de la rama. Cayó con las piernas flexionadas y Teddy reparó en cómo se contraían sus músculos en el instante justo del contacto con la tierra. El vestido había volado en el aire revelando parte de sus nalgas. Se enderezó con aplomo, caminó hasta su lado sin apartar la mirada, y posó sus manos siempre enguantadas sobre los hombros del chico.

—Quiero que estés a mi lado cuando lleguemos.

Teddy tragó saliva a la vez que asentía. Nuevamente Berenice tenía el aspecto de una guerrera de cuento de hadas; ahora por fin sabía qué había estado pensando en la rama del árbol.

—Juntos encontraremos Santuario..., sea lo que sea ese lugar.

Teddy sintió la nudosidad de los dedos de ella sobre sus hombros incluso con guantes.

—Creo que debemos reunir más dinero para el viaje —dijo, sin que le temblara la voz—. Pronto se nos terminará. Yo puedo cortar el césped.

—Oh. Qué responsable, Teddy Benson —le dijo con voz juguetona—. ¿Y sabes algo de mecánica?

Negó con la cabeza, desconcertado.

—Pues eso es lo que necesitamos —dijo—. Eso o cambiar de coche, al más puro estilo de jóvenes fugitivos.

—¿Quieres robar un coche? —preguntó Teddy.

—¿Prefieres conseguir el dinero cortando el césped a más de veinte familias?

—Por lo menos podría intentarlo.

—Está bien, pero no tenemos mucho tiempo. Ahí tienes la primera casa. Aunque la hierba no parece necesitar de tus servicios.

El chico miró por encima del hombro. La casita de tejado rojizo con fuerte inclinación se encontraba en silencio en ese instante, pero pronto aparecería el cabeza de familia para comenzar con el duro trabajo del campo; aquello era lo que sugería el granero que se adivinaba al otro lado de la propiedad.

—En cuanto salga alguien me ofreceré para ayudarle y nos pagará.

—Le preguntaremos también si por casualidad sabe de mecánica. El

Citroën no tardará en averiarse. Ya fallaba cuando salimos de Silverston. Si alguno de los habitantes de la casa no sabe mecánica, iré al pueblo más próximo para buscar un mecánico. Recuerda que tendrás que pagar con tu dinero ganado cortando el césped. —Las últimas palabras de Berenice sonaron divertidas—. A veces la vida te empujará a hacer cosas que no deseas, no lo olvides.

Por una de las ventanas asomó una cabeza que husmeó con aire receloso. Era una mujer con la cara cortada por las arrugas. Desapareció murmurando algo. Entonces la puerta se abrió. Un hombre seguido por la mujer llenó el umbral de la puerta con su inmenso cuerpo rocoso.

Teddy y Berenice se acercaron con prudencia. El hombre ya iba enfundado en un mono de trabajo arremangado hasta los codos.

—Buenos días —saludó Teddy.

—Buenos días, jovenzuelos —dijo—. ¿Qué os trae por aquí?

—Estoy buscando trabajo —anunció.

—¿Quieren vendernos algo? —preguntó la mujer detrás de la gran espalda del hombre.

—No. Creo que quieren trabajo.

—Sí, eso es —dijo—. En mi ciudad cortaba el césped de los vecinos.

—¿Y dónde es eso, hijo?

—En... —Iba a decirle en Silverston, pero el hombre seguro que luego pasaría a querer saber por qué dos chicos jóvenes estaban tan lejos de casa—. Soy bueno cortando el césped.

—Está bien, hijo. Veo que quieres ser discreto. Pero no necesito ayuda en este momento, me basto solo. —Cerró una de sus manazas en torno al marco de la puerta.

—Ah. Pues...

—¿Estás seguro de que no quieren vendernos nada?

—No, no. Perdonad a mi mujer, es algo desconfiada.

Berenice dio un paso al frente.

—¿Sabe algo de mecánica? Nuestro coche tiene una avería desde hace tiempo. En realidad aún no ha dado problemas, pero con el ruido que hace creo que no tardará.

—Podemos pagarle —agregó Teddy con una sonrisa perspicaz.

El hombre salió de la puerta y se frotó el mentón con sus dedos gruesos como salchichas.

—Está bien, hijo. Veré qué puedo hacer. ¿Dónde está ese automóvil?

Teddy señaló hacia el lado derecho, bajo uno de los árboles solitarios.

El hombre dio instrucciones a la mujer para que preparase un abundante desayuno. Seguidamente siguió a los chicos hasta el viejo Citroën.

Se colocó frente al capó, lo abrió y dijo:

—De acuerdo, hijo, dale al contacto.

Teddy arrebató las llaves a Berenice en cuanto ésta las sacó. Ella le sonrió entendiendo que estaba tomando el control. Se sentó al volante con decisión y giró. El motor despertó con un sonido natural.

—Pisa el acelerador.

Teddy, siendo la primera vez que se ponía frente al volante de un coche, hundió el pedal hasta que dio de sí. La aguja de las revoluciones se estrelló contra el final de su recorrido.

—¡Tranquilo, hijo! ¡Espacio!

Berenice dejó escapar una risita aguda sin malicia. Teddy percibió cómo su cara se incendiaba. Con el pie tembloroso comenzó a presionar el pedal, en esta ocasión, gradualmente.

—Las bujías están sucias, y los cables han sufrido desgaste con el tiempo, es normal que esto ocurra —dijo el hombretón. Teddy le veía asomar la cabeza por encima del capó cuando le dirigía la palabra.

—El motor hace un ruido metálico —intervino Berenice.

El hombre arrimó la cabeza al motor y escuchó.

—Hummm. El distribuidor —dijo sin levantar la cabeza, y sin estar seguro del todo.

—¿Cómo puede estar seguro? —preguntó ella.

—No estoy seguro del todo, pero en verdad el coche necesita una puesta a punto. Ahora oigo el sonido metálico que dices. Es muy probable que se deba al distribuidor. Puedes ir a Amory.

—No. Venimos de allí. Nosotros nos dirigimos al oeste. Tenemos mucha prisa y no podemos regresar. —En Berenice afloró un tono ansiedad.

—Está bien. Puedes continuar hasta Okolona.

—Bien. Eso está mejor.

Durante el tiempo en que los muchachos estuvieron con el hombre, vieron pasar automóviles con destinos desconocidos y sin importancia, pero Berenice experimentó una repentina corazonada que penetró todos los poros de su cuerpo cuando escuchó el motor de un coche que aminoraba la marcha. Se volvió hacia la carretera y divisó un Mercedes negro, cuyas lunas ahumadas le impidieron apreciar las facciones de los hombres que ocupaban

los asientos. Sobre la puerta del conductor había plasmadas dos manos que acunaban un círculo trenzado

—Tenemos que irnos —anunció con los ojos bien abiertos.

—¿Qué sucede? —quiso saber el hombre, y usó su mano como visera.

Teddy se encontraba inmiscuido en su tarea, prestando atención a su pie. Berenice lo zarandeó y lo sacó del coche. La miró desconcertado, como si hubiese despertado de un sueño con brusquedad.

—¿Qué, qué?

—No me gusta ese coche —le dijo con el dedo apuntando en dirección al Mercedes, que rodaba despacio; Berenice tuvo la certeza de que los estaban mirando.

—¿Qué le pasa?

—Créeme, he pasado el suficiente tiempo sola como para saber cuándo nos siguen. He tenido la sensación de que éramos seguidos mucho antes de acabar en este lugar. Son ellos.

—¿Quiénes son? —quiso saber Teddy.

—No lo sé.

—No creo que sea nada —apuntó el hombre.

El cristal del conductor descendió con terrible pasividad, y reveló el rostro de un tipo con facciones anchas y frente despejada; usaba gafas oscuras. Berenice sintió cómo su pecho se encogía por el pánico.

—Nos vamos, corre. ¡Ahora, Teddy Benson! ¡Sólo corre!

Berenice lo cogió de las manos y lo condujo al interior de las llanuras de hierba.

—¡Hijos, vuestro coche! —exclamó el tipo, que continuaba sin saber qué pasaba. Con todo, dedujo que los chicos huían de algo.

Berenice no concedió importancia al Citroën. El temor que la abrazaba era motivo suficiente para alejarse del coche y sus ocupantes. No sabía el porqué, pero estaba convencida de ello.

La planicie se abría ante ellos con varios grupos de pinos diseminados por el paisaje.

—¡Adónde vamos!

—¡Corre! —rugió ella.

Teddy optó por mirar por encima del hombro y vio que el coche estaba detenido frente a la casita del hombre de grandes manos.

—No nos siguen. ¿Qué te pasa? Es la primera vez que te veo así.

Dejaron atrás los grupos de árboles, rodearon una colina baja. De pronto,

una densa concentración de pinos irrumpió delante de ellos.

—Hacia allí —ordenó Berenice.

Teddy, que corría ahora por su cuenta, vio que Berenice aceleraba hasta proyectar una estela. Su figura se empequeñecía a medida que cobraba velocidad. Trató de seguirla a través del diminuto bosque, pero ella era mucho más rápida.

—¡Espera! No puedo correr tanto.

—¡Esfuézate un poco! —La estela de ella serpenteaba por entre algunos troncos, trazando un camino que el chico seguía, con ciertos apuros.

Teddy apretó los dientes e infundió rapidez a las piernas, convirtiéndolas en pistones de motor. Entonces, los pinos comenzaron a quedar atrás a increíble velocidad, semejantes a una película cuyos fotogramas se sucedían uno tras otro. La vio alcanzar el final del bosque. Escuchó el rumor de un arroyo al otro lado. Entonces Berenice saltó acompañada de los repetidos movimientos de su brillante estela.

El arroyo creció ante los ojos del chico, quien se dispuso a tomar impulso para el salto. Cuando aterrizó al otro lado, reparó en que la presencia de ella había desaparecido. Su corazón botaba dentro del pecho, aunque de forma controlada, y tuvo la impresión de que otra de sus nuevas cualidades era que su cuerpo gestionaba mejor los recursos energéticos.

Giró la cabeza en todas direcciones. Miró por encima del hombro mientras permanecía en cuclillas. Nadie les venía persiguiendo.

—Vamos, *lentorro*. No quiero tener que esperarte.

Berenice se hallaba sobre la rama de un árbol con la vista puesta en la carretera. El sudor de su cara perlada no atenuaba su belleza, su cabello denso y esponjoso ondeaba al viento.

Teddy se levantó con determinación y, en menos de un segundo, apareció junto a ella. Aunque nunca fue aficionado a encaramarse a los árboles, sintió que sus piernas y brazos reaccionaron como los de un trapealista. Al lado de Berenice, su corazón no hizo otra cosa que acelerarse.

—No nos siguen —anunció, para sus adentros.

—Es lo que te he dicho.

—Silencio —dijo Berenice; luego apoyó la espalda en el tronco, que continuaba su ascenso hasta el cielo, y cruzó los brazos sobre el pecho. Dirigió a Teddy una mirada de alivio—. Todo está bien ahora.

—Vale. ¿Volveremos a por el coche?

—No. No podemos arriesgarnos a que los ocupantes del vehículo negro

hayan contado cualquier mentira al hombre de la casa.

—Ah.

—Siento haber sido brusca, pero... —Guardó silencio con la mirada puesta en Teddy. Dibujó una sonrisa afable—. Tenía miedo.

—¿Por qué? Sé que eres capaz de..., bueno, de neutralizar a los tipos del coche negro.

—¿Cuando dices neutralizar, quieres decir matar?

—Supongo que sí —dijo evitando su mirada.

Berenice se aproximó y lo rodeó con sus brazos.

—He sentido miedo, Teddy. Me he sentido amenazada.

El chico advirtió la voz temblorosa de ella.

—Debe ser raro para ti.

—Sí, muy raro, y no parece un sentimiento desconocido, sino olvidado.

—¿No sospechas quiénes son?

—En absoluto.

—Ah. —Teddy notó que abrazados como estaban, su corazón se sincronizaba con el de Berenice, como dos almas gemelas que finalmente se hubieran encontrado. Frotó con una mano la espalda, infundiéndole calma.

—¿Qué me ha pasado, Teddy?

—No te preocupes... —Vaciló un momento—. Yo estoy aquí —se aventuró a añadir, casi sin saber qué debía hacer ni cuán grave era el peligro que se avecinaba.

5

—Apresúrese. —Parker apremió al tipo de la gasolinera mientras él extendía el mapa del estado de Misisipi encima del parabrisas. A continuación vio cómo los dígitos en el panel del surtidor empezaron a ascender. Se encontraba a las afueras de Aberdeen, donde había comprado el mapa. Aberdeen era una localidad situada dieciséis millas al sur de Amory, ambas en el mismo condado.

Parker siguió con el dedo la vía 45 que enlazaba al norte con una afluencia de carreteras. Desde allí tomaría la 41 hacia Okolona.

Después del excelente resultado obtenido con el anterior procedimiento, había decidido repetirlo, esta vez en el estado de Misisipi. Al cruzar la

frontera se había detenido en la pequeña población de Aberdeen y, desde allí, el sheriff le dio permiso para llamar a la comisaría de Jackson, la capital del estado. Parker no tuvo más remedio que permanecer en la población mientras esperaba la llamada que le suministrase alguna nueva pista del paradero de los chicos. Al cabo de horas de espera que se tornaron eternas, recibió la llamada de un policía de la ciudad de Jackson, que afortunadamente se trataba de un tipo que se había incorporado al cuerpo semanas antes y tenía ganas de ser de utilidad. Parker le había solicitado que siguiera cualquier pista de un Citroën gris con matrícula 772 KXF, Georgia.

¡Bingo! El coche se encontraba insólitamente estacionado junto a un pino lindando con la carretera 41, unas millas antes de llegar a Okolona, en el condado siguiente, Chickasaw.

Parker pagó al tipo de la gasolinera, cuya cojera le obligaba a arrastrar los pies de una manera penosa. Se ajustó su sombrero de lona después de limpiarse el sudor con un pañuelo y volvió al interior de la oficina.

El Lincoln se dirigió al norte por la ruta 45. La emisora de radio local escupía una canción de *blues* que le hizo golpear el volante con los dedos. Sin duda, la pista tenía sus inconvenientes porque los chicos no estaban en el coche. Las declaraciones de un testigo casual decían que les había visto correr como descosidos en cuanto apareció un Mercedes negro. Ahora tendría que hacer uso del ingenio para seguirles la pista. Probablemente ahora los chicos iban a pie. Ello dificultaría el perseguirlos. Pero tal vez... Sabía que Teddy no era dado al robo, y mucho menos de vehículos, aunque con un golpe de suerte, Berenice tomaría alguna iniciativa atrevida. Y con ello tendría una nueva pista, claro que sólo en caso de que los vieran robar el nuevo coche. Con todo, siempre tendrían que abastecerse de la enzima. Y ese era el rastro que él podría seguir con mejor resultado.

Algo de lo más interesante era que el Citroën no era de Henry Hughes. La denuncia constaba desde hacía poco más de un mes. Ahora Parker también sabía que Henry y Elena robaron el automóvil en el hospital de Atlanta; pasaría por alto esa información porque no le aportaba medios para saber dónde estaban los chicos.

En todo caso, las noticias no eran malas y merecían un brindis por su acertado modo de actuar.

Alcanzó el nudo de carreteras y, tras circular por una curva cerrada, tomó la carretera que lo llevaría hasta su nueva pista. De hecho, con un poco de suerte incluso podría hablar con el testigo. Sólo esperaba que la policía no

hubiese metido demasiado las narices.

Los árboles que flanqueaban la calzada se abrieron dando paso a una planicie de hierba crecida, donde brotaban diversas casas distanciadas unas de otras. La mirada de Parker se petrificó sobre el Mercedes negro que abandonaba el camino de acceso a una propiedad. No era la primera vez que lo veía; la primera fue frente a la comisaría de Silverston. Parker siguió al coche por el retrovisor. Luego dirigió la vista a la casa que conducía el sendero. Un hombre alto con espalda de armario, y que portaba un mono de trabajo azul, llenaba la cazoleta de una pipa. Estaba plantado en el porche mientras miraba alejarse el Mercedes. Ordenó algo a una mujer de mirada recelosa.

Parker aminoró la marcha y saludó al tipo, quien levantó la cabeza de la pipa y le devolvió el gesto.

—Policía.

Aquella palabra hizo que el hombre frunciera el ceño.

—El sheriff ya ha estado aquí, hijo. Y se ha largado al no sacar nada en claro. El vehículo negro también acaba de hacerme un par de preguntas.

Después de ver cómo el Mercedes se alejaba, Parker se apeó de su coche y se encaminó hacia el hombre.

—Me interesan el chico y la chica que abandonaron el Citroën.

—Veo que está bien informado, hijo —dijo al tiempo que aspiraba profundamente; el humo nació negro y por un segundo le anularon las facciones—. Unos chicos curiosos. Los tipos del coche negro también me han preguntado por ellos. Y el sheriff ha dado la orden de busca y captura.

Parker le miró.

—¿Qué le han preguntado los tipos del Mercedes?

El hombre entornó los ojos y escudriñó a Parker.

—¿De dónde ha dicho que viene, agente?

—No lo he dicho.

—No sé si debería decirle...

—Escuche, llevo tras la pista de este caso toda una vida, no me fastidie, ¿de acuerdo? —Cuando finalizó, le mostró su identificación policial.

El hombre de la pipa le concedió una sonrisa elocuente.

—Está bien, no se ponga así —dijo—. No han preguntado nada personal acerca de ellos. Todo cuanto querían saber era qué hacían aquí y si yo los había invitado o los conocía. Les he dicho que no los había visto en mi vida. Lo cual es verdad.

—¿Por qué piensa que se fueron corriendo? —pregunto, sacando un bloc de notas que también había comprado en Aberdeen.

—No lo sé, hijo. Sólo sé que sucedió cuando la chica vio el Mercedes detenerse, allí mismo, en la misma carretera por la que ha venido usted. Creo que nunca he visto a nadie correr a esa velocidad.

—¿Puede decirme algo del Mercedes? ¿Lo había visto anteriormente?

—No, nunca. Un lujoso Mercedes negro. Esos hombres iban bien servidos. Recuerdo que tenía un curioso dibujo en la puerta del conductor. No sé nada más.

Los dedos de Parker se aflojaron de tal manera que el bolígrafo estuvo a punto de desprenderse e ir a parar al suelo. Evocó el día en que vio los hombres de traje negro descender del vehículo. Al principio creyó que eran los federales, pero si el testigo no reconocía el logotipo de la puerta, ahora éstos quedaban descartados.

—¿Y había visto ese dibujo en algún otro lugar?

—No. Pero reconozco una mirada insolente en cuanto la veo. Y esos tipos no eran la clase de personas a quienes se les puede ocultar un secreto, ¿me comprende?

—Mejor de lo que imagina —dijo, pensando en su exmujer.

—Trajes caros, coches caros. Mafia, gobiernos corruptos, o conspiraciones de los cincuenta. Ya sabe. Aunque observo que es usted muy joven.

—Me hago una idea, no se preocupe. ¿Y los chicos?

—Escaparon. Esa muchacha fue la primera en asustarse, como si de alguna manera supiera quiénes eran. Pero esto último sólo son suposiciones mías.

—¿Algo más?

El hombre exhaló humo negro a través del pisadientes de la pipa, alojado en los labios. Meditó un momento y dijo:

—Sí. Por si le interesa, el sheriff y sus ayudantes se han llevado el Citroën porque según creo era robado. Y creo que esos mocosos están metidos en un buen follón.

—Eso parece —asintió, cerrando el bloc—. Gracias por su colaboración, buen hombre.

—No hay de qué, hijo. —El tipo leyó en los ojos de Parker una verdad que lo martirizaba durante años. Luego introdujo una de sus enormes manos en el bolsillo del mono de trabajo.

—Adiós. —Parker, después de que el hombre asintiera con cortesía, se alejó. Cuando estuvo a varios metros del Lincoln se volvió para echar un

vistazo al terreno posterior de la casa. Los prados se extendían hasta una pared de altos pinos. Sospechó que era el camino que habían tomado Teddy y Berenice.

—Berenice —murmuró—. Maldita sea.

Se aproximó hasta el maletero y tiró de la anilla de una de las cervezas. Bebió un largo trago que por una vez en su vida no eludió el mal regusto que tomaba la persecución. El enojo contenido afloró por su mano derecha y redujo la lata vacía a un pequeño objeto que lanzó al viento. A medida que la lata arrugada dibujaba una parábola, Parker se resignó a abrir la portezuela.

Se dejó caer sobre el asiento. Contempló al hombre desaparecer detrás de la propiedad. Se figuró que entraba en el granero que sobresalía por encima del tejado de la casa.

Golpeó el volante. Había perdido el rastro de los chicos hasta que ellos no tomaran la iniciativa de volver a atacar.

—Atacad. Papá necesita cadáveres con las manchas rosadas —masculló.

Capítulo 20

1

Johana Peeters yacía sobre el catre de la celda, bajo los efectos del calmante que le administraba con regularidad el doctor Anderson, quien acudía con obsesiva puntualidad, a excepción de aquel día por encontrarse indispuerto. La condujeron a la celda días antes, sumida en los efectos del fuerte calmante. Aunque tenía la facultad de dejarla adormecida y completamente aturdida, ello no evitó que propinara un arañazo a la mejilla del doctor. Su pecho apenas se elevaba por la suave respiración. Le habían despojado de su traje blanco. Ahora portaba el mismo atuendo de preso que Henry Hughes, que la contemplaba desde una celda, al otro lado del pasillo. Las manos de éste permanecían cerradas en torno a los barrones mientras esperaba el juicio.

Entonces, ante la desconsolada mirada de Henry, Johana empezó a retorcerse en la estéril cama de muelles oxidados. Su mirada se llenó de temor. No sabía si ella era capaz de salir de la celda sin la necesidad de la llave, pero desde luego no era algo que quisiera comprobar.

Johana movió los dedos de la mano derecha. Después su brazo cayó al vacío. El cuerpo dio potentes sacudidas, lo que llevó a su cabeza a volverse y quedar con los ojos fijos en Henry. Y, aunque estaban cerrados todavía, el hombre sintió su gélida mirada incluso detrás de los párpados. Las facciones se mostraban ásperas y consumidas. Sobre las sienes asomaban discretos trazos de plata; las oscurecidas bolsas de los ojos eran tan abultadas que cubrían parcialmente el párpado.

Por una vez se compadeció de Johana, pero el sentimiento se esfumó en cuanto abrió los ojos y atestaron de odio las celdas y el pasillo. Henry retrocedió sin poder soportar el maligno aroma que emergía del cuerpo; toda ella era calamidad. La acentuada vejez, cubriéndole cada parte de la cara, acrecentaba su fealdad.

—¡Está despertando! —exclamó con el cuerpo pegado a la pared igual que un lienzo—. ¡Los de arriba! ¡Está despertando! ¡Ayuda!

Encogió las piernas al pecho y se sentó en el borde de la cama. Miró en derredor como si sólo entonces comprendiera dónde se hallaba, dónde había sido encerrada sin su permiso. El pecho se agitaba en busca del oxígeno que le faltaba, llenándose con lentitud y con un sonido ronco, semejante al leve gruñido del león.

—¡Ayuda, maldición! ¿No hay nadie arriba?

Se escucharon pasos, un repentino portazo y alguien que descendía la escalera.

—¿Qué pasa ahora? —dijo Andy con un bolígrafo apesadado entre sus dedos negros—. Diantres, voy a avisar a Forest.

—No avise a nadie, estúpido. Dele el calmante.

Andy desapareció escaleras arriba.

Johana se había puesto en pie y, aunque sus piernas flojeaban como varas de goma, su mirada brillaba con la suficiente determinación como para paralizar el corazón del más audaz.

—¡Dese prisa!

Con la semejanza de un robot que cobra vida, Johana dio un paso al frente y extendió uno brazo hacia los barrotes. Pronto se encontró frente a la puerta de la celda. Cerró las blanquecinas manos en torno a dos barrotes.

Henry tuvo la terrible certeza de que la celda se había estremecido con un ruido herrumbroso, como si para aquellas manos de odio sólo fuesen varillas oxidadas.

Andy resurgió por las escaleras. Se detuvo a medio camino cuando reparó en que los barrotes se separaban con un quejido metálico.

—¡No se quede ahí pasmado, por Dios, haga algo!

—El doctor Anderson ha muerto. Lo han encontrado en su despacho. Acabo de llamar a Forest. Está de camino.

—No hable tanto y dispere.

Andy apesó su revólver y lo dirigió hacia Johana, que lo miraba con una rabia paralizante. Apretó el gatillo. La bala atravesó el tejido y abrió una herida sangrante en el pecho de Johana; lanzó un alarido ronco y luego centró su atención en los barrotes, separados en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—¡Dispere otra vez! —urgió Henry.

—No puede ser. No parece afectarle.

—¡Dispere!

La estructura de hierro fue sacudida y el ángulo de separación aumentó a

noventa grados. Johana asomó su cabeza en un gesto de expectante victoria.

—No podéis detenerme con esto. La herencia de Berenice tiene su lado bueno.

Andy disparó una ráfaga que ametralló el torso de Johana; los impactos la obligaron a retroceder dos metros. Pero con las fuerzas casi recuperadas saltó a la reja y se asió a los barrotes como un mono enfurecido.

—¿Dónde tiene los calmantes que le administraba el doctor? —preguntó Henry.

Andy cargaba de nuevo su revólver. Disparó. El primer tiro se estrelló contra unos de los travesaños de la reja.

Johana, que se desplazaba de un lado a otro convirtiéndose en un blanco más difícil de alcanzar, regresó a los barrotes doblados.

—¡Dispare o moriremos todos! —exclamó Henry mientras palpaba la pared de la celda, como si pudiera hallar una hendidura por la cual huir.

Los tendones de Johana se tensaron junto a sus escasos músculos y, de pronto, con un chirrido metálico, lastimero, los barrotes se distanciaron uno del otro lo suficiente para pasar por ellos. Se deslizó por el hueco igual que una serpiente mortífera. Otra bala le acertó en el muslo. Escupió decenas de maldiciones desde el rincón al que fue a parar, malherida. Gimió de dolor y fijó su vista en el ventanuco situado a ras del techo.

—¡Dispare! ¡Acribille a esa cosa!

Andy apuntó al cuerpo agazapado, pero cuando apretó el gatillo, ella había desaparecido.

—¡Cuidado! —avisó Henry.

—Estoy detrás de ti, basura —graznó al policía.

Éste se volvió rápidamente. Contempló el rostro de una anciana moribunda, cuya piel se había secado y su dentadura blanca destacaba en una irónica sonrisa. Los ojos parecían pequeños, alojados en las cuencas.

—Espero que no hayáis manchado mi sombrero de cloché y el traje. —La mano de acero atravesó el abdomen del policía, quien aflojó los dedos; el arma se estrelló con un estrépito en el suelo. Con una potente sacudida, sacó el brazo manchado de sangre. Se acercó a la celda de Henry mientras el cuerpo de Andy caía al suelo—. ¿Dónde está Berenice?

Henry vaciló un momento.

—No tengo todo el día. —Dio un paso al frente y aferró dos barrotes—. Entraré en tu celda de la misma manera de la que he salido de la mía. Habla o muere. La encontraré, en cualquier caso. Con ese chico a su lado, los rastros

de cadáveres serán una buena brújula.

Henry articuló una palabra incompresible.

—¿Qué dices? Habla más claro. Qué hombre más patético.

—No sé dónde está —logró pronunciar bajo la sombra del miedo.

Las sirenas de los coches patrulla sonaron en el exterior, aproximándose.

—Sí lo sabes. Debe haber alguna pista que puedas decirme. De prisa, por favor, no quiero perder más tiempo con los policías que están de camino.

Frenazos y portezuelas que se abrían.

—Ellos no podrán detenerme y lo sabes —aseguró Johana.

—¿Qué pretendes?

—Son asuntos familiares. Y tú no eres de la familia.

Un pelotón de hombres irrumpió en la comisaría.

—¡De prisa, hombre estúpido! —Los barrotes cedieron un poco, ahora con mayor facilidad, puesto que estaba recuperada por completo.

—¡No lo sé! No me cuenta todo. Sólo sé que le gusta ese chico y que siempre ha guardado con cariño su postal de Alabama. No sé por qué lo hace.

—Alabama —susurró—. Interesante.

Los pesados pasos de las botas comenzaron a descender la escalera. Pero antes de que cruzaran el pasillo con sus armas, Johana saltó hacia el ventanuco superior y atravesó los cristales, con su cuerpo extendido como una nadadora.

Fue a parar al callejón detrás de la comisaría.

—Lo que más siento es que no tenga tiempo para recuperar mi valioso traje blanco y el sombrero.

Se alzó enojada. Corrió hasta el muro que cerraba la calleja. Saltó y se alejó de la comisaría.

No tardó en sentir el pinchazo de algo que penetraba en la piel de su pierna. Trastabilló y cayó de bruces en el pavimento.

Una figura en traje negro se acercó, sosteniendo un rifle de precisión en una mano y un *walkie* en la otra. Arrimó los labios al micrófono y dijo con voz sombría:

—He capturado a uno de los especímenes, señor. No, lo siento. Sólo es la copia.

El sol del martes lucía con intensidad.

La furgoneta negra atravesaba a gran velocidad el estado de Alabama, como si su destino estuviera ya trazado. En la parte posterior yacía en una camilla, atada de pies y manos, quien podía agregar algún cambio al trayecto de Fritz Stuart y Rusell McCartney. Éste último observaba con irritación a su compañero Fritz, quien pese a su edad aún se permitía el lujo de lucir una larga melena dorada. Pero no era el cabello lo que le irritaba, sino los estúpidos gestos que realizaba al ritmo de la música rock que brotaba con demencia por los altavoces.

—¿Por qué no quitas esa porquería? —espetó. Algo más disciplinado, Rusell era un tipo fornido que llevaba una larga gabardina color crema. El calor no era algo que le incomodase. La severidad de sus ojos quedaba oculta tras los cristales oscuros; sin embargo, el mentón ancho y su nariz chata sugerían que era un tipo con el que evitar un encontronazo. El corte de pelo a lo cepillo hacía que su cabeza pareciera más grande. Su piel estaba tostada por las largas horas de exposición al sol.

—Me entretiene durante el viaje. No me fastidies —repuso Fritz. Liberó una mano del volante y la llevó a su melena, con aires de arrogancia. De sus antebrazos arremangados asomaban complejos tatuajes. De su oreja izquierda colgaba un pendiente de una cadenita que quedaba oculta por el cabello—. ¿Te has fijado en la monada que llevamos detrás? Apuesto a que es una zorrilla.

Rusell le digirió una mirada de desprecio.

—Está contaminada, idiota. Ni se te ocurra tocarla sin los guantes. —Volvió la vista al frente. No deseaba mirar por más tiempo el aire de niño insolente de Fritz. Siempre había trabajado junto a Michael, un tipo con agallas con quien podía mantener conversaciones acerca de los trabajos llevados a cabo en otras épocas. Pero sufrió un accidente hacía un año y le asignaron al zoquete con pinta de rockero de los ochenta, como si para éste se hubiera detenido el tiempo. Y su cerebro, pensó. Desde entonces Rusell se centraba en el trabajo; se acabaron las charlas interesantes. En primer lugar porque Fritz se pasaba todo el día contemplando a las mujeres con su mirada lujuriosa. Y cuando no tenía frente a él a una mujer, recurría a las de las revistas, las cuales amontonaba en un rincón de la furgoneta.

—Lo sé. No soy tan tonto como piensas —replicó.

—No quieras apostar.

—Eh. ¿Qué insinúas, Rusell?

—Nada. Conduce. Quiero terminar este trabajo. No me gusta tener cerca a una contaminada con el retrovirus.

Fritz lanzó una manotada al aire, restando importancia al asunto.

—Es sólo una copia. No exageres.

Rusell sintió una impotencia contenida dentro de sí, una semilla maléfica que deseaba salir. Le hubiera gustado asestar un puñetazo a ese imbécil de Fritz.

—Oye, tú nunca has visto actuar a un contaminado, así que cierra el pico.

—Enmudeció como si visualizara una imagen dentro de su cabeza—. No comprendo cómo pueden ser tan rápidos.

—Tranquilo. Tenemos el suero mágico, ¿no? Pues ya está.

Rusell abrió de pronto los ojos invadido por un temor gélido que se cernió en torno a él.

—¿Has oído eso?

—No.

—¿Cuándo le diste la última dosis?

Fritz cogió una hoja colocada sobre un cartón. Leyó y dijo:

—El último chute fue hace... Oh, vaya, hace ya tres horas.

—No tardará en despertar.

Fritz soltó una carcajada que se perdió entre los graves acordes de una canción de rock.

—Tranquilo. Es imposible que se libre de los grilletes.

—Es bien fácil. Sólo tiene que matarte y coger la llave que está en la guantera.

Fritz le miró con los ojos entornados.

—Pensaba que eras un hombre duro.

Rusell guardó silencio y, después de unos segundos, dijo:

—No soy médico y no sé cómo es posible que se den esos cambios en una persona. Pero no te deseo que lo averigües.

—De acuerdo. Concluyamos este trabajo lo mejor que podamos. Nos están esperando en Okolona. Eso está en el condado de Chickasaw, ¿no?

—Sí —afirmó Rusell—. Un bonito viaje al Misisipi.

Hacía rato que Johana sentía el adormecedor ronroneo del motor. Había tratado de moverse en repetidas ocasiones, pero algo en su organismo se lo impedía. El dardo tenía algo, le dijo su cabeza. ¿Adónde la llevaban? ¿Quiénes eran esos hombres? A medida que emergía de la inconsciencia experimentaba un temor sigiloso que se internaba en sus entrañas, irritándola.

Abrió los ojos de golpe. Dirigió toda su atención al brazo derecho. Sin embargo, éste no respondió a su orden. Un nuevo intento... Nada, no era posible. En todos sus años de largo caminar sobre la tierra, nunca se había topado con alguien que pudiera vencerla tan fácilmente. Aquello le produjo un feroz sentimiento de impotencia.

Oyó el leve pitido procedente del equipo electrónico situado sobre una mesa, a un lado de la furgoneta. También le llegaban los murmullos de los tipos sentados en la parte delantera. No conseguía entender qué decían. Culpó de esto a su todavía incompleta recuperación. Sus ojos se movieron en las órbitas, buscando señales que la ayudaran a comprender qué le había sucedido después de saltar el muro. Evocó un pinchazo en la pierna derecha y una caída. Luego todo eran sensaciones oscurecidas por lo que quiera que hubiese penetrado en su torrente sanguíneo: voces de hombres, una aguda y presuntuosa, la otra severa, fría. Después, silencio... Hasta ahora. Puso de nuevo todo su empeño en mover alguna parte del cuerpo. El tobillo parecía responder, aunque al escuchar el sonido metálico de los grilletes entendió que estaba atada.

La rabia, siempre latente en su interior, reapareció con una repentina sacudida, aumentando sus fuerzas. Entonces percibió también manos y dedos. Se movían. Cuando trató de levantar el brazo, una cadena aferrada a una de las patas de la camilla detuvo su recorrido con un fuerte tirón. No será esto lo que me detenga, pensó. Berenice. Debía encontrarla y retomar su venganza. No podía perder más tiempo en aquella furgoneta. En todo caso, antes debía hallar la manera de salir. Esperaría un poco de tiempo, no obstante, a recuperarse completamente.

Al cabo de unos minutos —en los que percibió curvas, dos frenazos y la estridente música rock—, tuvo conciencia de todo el cuerpo. Para su

desgracia, también sintió los grilletes que le impedían levantarse de la camilla. Por encima de su cuerpo se cernía una profunda oscuridad, así que no podía observarlos, pero percibía su grosor y peso. Los hombres habían tomado buenas medidas de seguridad, porque Johana no disponía de la suficiente amplitud de movimiento para desprenderse de los grilletes, pese a sus recuperadas fuerzas. Dio tirones a las cadenas, pero éstas estaban bien asidas a las patas de la camilla, que a su vez permanecía soldada al suelo de la furgoneta, y sus manos no alcanzaban otro punto de apoyo para ejercer más fuerza.

Lanzó un bufido de resignación y fijó su mirada en el techo.

4

—Te digo que estoy oyendo las cadenas. Detén la maldita furgoneta y veamos qué pasa —dijo Rusell con aire autoritario.

Fritz estaba inmiscuido en los potentes *riffs* al tiempo que agitaba la cabeza, entusiasmado.

—¿Quieres tranquilizarte? Ahora paro. Le daremos a esa zorrilla un nuevo chute, y así estarás más tranquilo.

Fritz miró en todas direcciones de la carretera secundaria y divisó una senda de grava que resultaría útil. Aferró el volante sin perder ni un ápice del ritmo y viró a la derecha.

—Qué asco, joder —masculló Rusell.

—No va a pasar nada —dijo, y detuvo la furgoneta sobre la sombra de un gran olmo. El primero en apearse fue Fritz, y Rusell aprovechó para detener por fin la maldita música.

Descendió, introdujo las manos en los bolsillos de su gabardina y aspiró lentamente hasta llenar sus pulmones con el aire nuevo y calmado de la región. Prefería tomarse su tiempo antes de volver a mirar a los ojos a aquella bestia. Atisbó por encima del hombro. Los prados finalizaban de pronto ante una agrupación de pinos, que se extendían varias millas. Se acercaban a Okolona. Allí les esperaba el Mercedes, cuya orden era encontrar a la muchacha llamada Berenice, por lo visto un apreciado espécimen. El pensar que estaría frente a dos bestias como ésas le puso la piel de gallina. Sólo un demente con aires de grandeza hubiera concebido semejante plan.

Al llegar a la parte posterior de la furgoneta, Fritz se apresuraba a introducir la llave en la cerradura.

—No nos llevará más de un minuto, no tenías por qué apagar la música.

—Me gusta trabajar en silencio.

Fritz abrió las dos puertas. La luz lamió parte del interior, revelando los pies desnudos de Johana.

—Pónsela en la planta del pie y continuemos con el viaje.

Fritz subió, deambuló ante las cajas que contenían las dosis y, cuando reparó en que éstas empezaban a escasear, anunció:

—Se están acabando.

—¿De qué hablas? Tenemos que cruzar todo el estado con esa cantidad.

—Tranquilo. Los gorilas del Mercedes negro tendrán más frasquitos de éstos —dijo con mirada de inseguridad mientras sostenía uno de los últimos frasquitos. Se giró y se dispuso a aproximarse a Johana. Entonces fue cuando sus piernas se convirtieron en goma desgastada—. Mierda.

—¿Qué pasa ahora, maldita sea? —dijo Rusell, sacando una mano del bolsillo.

—Me está mirando. La zorrilla me está mirando. No deja de ser un momento excitante, ¿verdad?

Johana lanzó un manotazo fallido hacia Fritz; la cadena limitó su recorrido, si no el puño de ella se habría estrellado directamente en su mentón.

—Parece que te has despertado alterada. Aunque te diré que me gustan las mujeres que me lo ponen difícil. —Retiró el capuchón de la jeringa, introdujo una aguja en el diminuto recipiente y estiró del émbolo hacia atrás—. Con esto te calmarás.

—Sé que se están acabando —dijo Johana, esbozando una mueca de dolor cuando Fritz le pinchó con brusquedad en la planta del pie.

—No podrás liberarte de esos grilletes, conejita.

—¿Conejita?

—Sí. Pensaba que habías vivido mucho tiempo. Podrías ser una de las conejitas de *Playboy*. Aunque te tendrás que conformar con ser mi zorrilla barata. —Fritz paseó la vista por los harapos de preso que aún portaba Johana—. Muy, muy barata a juzgar por esos trapos que llevas.

—No soy ninguna zorrilla, ni ninguna conejita, imbécil. —La voz de ella cobró su acostumbrado tono gélido.

—No te esfuerces. En cuanto haga efecto la mierda ésta dormirás otro poco más. Nos vamos a Santuario, zorrilla. Allí verán qué hacen con una copia

barata como tú.

Las sombras se posaron una vez más sobre Johana cuando se cerraron las puertas. Vio que Fritz asomaba su blanca cara por la ventana y se lamía de forma grosera los labios con su lengua reseca.

—Te mataré —le dijo Johana antes de que Fritz se alejara.

—No tendrías que provocarla. No es buena idea. Vámonos de aquí —le amonestó Rusell.

La furgoneta tomó la carretera previamente abandonada y aceleró hasta el máximo permitido por una vía como ésa. Cruzaron la frontera con el estado de Misisipi, mientras los rayos del sol se convertían en un estallido de sangre en la delgada línea del horizonte. Sobre los cristales de Rusell se reflejaba el arco mortecino del sol. Fritz hacía rato que lucía sus grandes gafas oscuras. La sombra trasera de la furgoneta se alargaba en la calzada. La música rock envolvía otra vez la cabina de conducción, y un gesto de reproche asomaba por la cara de Rusell. Sin embargo, siempre fue un tipo tolerante y con el paquete que transportaban no era el momento de enfrentamientos con su compañero.

5

La mente de Johana se zambulló en un estado de profunda inconsciencia, donde habitaban los sueños olvidados, como meros retazos de imágenes inconexas.

Corrían nuevamente los años veinte. Ella y Berenice aún vivían en la gran villa amparada por árboles que se cernían en derredor. Berenice parecía adaptarse bien a su nueva familia. Johana Peeters, no obstante, atisbaba cada noche el pasillo con recelo antes de entrar a su habitación. Debía cerciorarse de que el monstruo no cruzara una vez más las fronteras de su intimidad. De alguna manera, incluso sin comprender la línea divisoria del bien y del mal, su cuerpo inocente le susurraba durante la noche, tras ser abandonada por el monstruo, que aquello estaba mal, que no era apropiado para una niña de cinco años.

Tal vez aquella noche no acudiera, pensó en el sueño. Se acurrucó sobre la cama con su camisón, prestando atención al silencio del pasillo, al otro lado de la puerta. Deseaba más que cualquier cosa en el mundo que el silencio no

fuera roto por las pisadas del monstruo. Gimió al recordar las ásperas caricias en su tersa piel. Se retorció en la cama y se abrazó a sí misma para eludir el frío que experimentaba en el cuarto. Los gimoteos enmudecieron cuando escuchó algo en el pasillo, algo que se aproximaba inexorablemente; unos pies enfundados en lujosas zapatillas, los pies del monstruo. Johana abrió los ojos en la oscuridad. El miedo agudizó sus oídos y éstos le permitieron escuchar el susurro del sobrate de la bata, sumado a los pies que se arrastraban.

Viene una noche más, pensó entre sollozos que no supo retener. Su respiración se aceleró. Las garras del monstruo se posaron en el pomo de la puerta. Le murmuró algo que no comprendió; falsas palabras de amor que ocultaban lascivia y depravada inmundicia. Cuando la puerta se abrió, el monstruo le dedicó una delicada sonrisa, que asomaba en su rostro como un fino corte; los ojos del monstruo se posaron sobre el cuerpo de Johana, quien se estremeció ante la certeza de lo que vendría a continuación.

Los pasos se acercaron con irritante lentitud hasta la cama. Miró la silueta del monstruo recortada contra una negrura más densa. Pese a que nunca encendía las luces, Johana sabía a quién pertenecía la silueta.

Las palabras del monstruo sonaron afectuosas a la vez que hoscas. Le murmuró que no debía gritar, que debía comportarse como una buena niña, porque los gritos molestaban a mamá. En el silencio que vino después de las palabras, se intensificaron los sollozos de una niña acorralada por el deshonoroso amor de un padre.

La Johana del presente se agitaba en la camilla, a causa de la ansiedad producida por las manos que la tocaban en la pesadilla. De su garganta, un jadeo ronco; y de sus manos en puños de odio desenfrenado, goteaba la sustancia que segregaba su piel. El cuerpo se retorció en un horrible gesto de huida, tratando por todos los medios de alejarse del monstruo. La garganta se inflaba para luego expulsar un alarido de rabia que permanecía en el enrarecido aire de la furgoneta. La cabeza se volvía a un lado y a otro. La correa de cuero que cruzaba su pecho le impidió incorporarse.

El odio, una de las más poderosas emociones, le hizo abrir los ojos, pese al fármaco que bullía por su torrente sanguíneo. Lo primero que vio fue el techo. Por su estado de letargo, tardó un segundo en darse cuenta de que la furgoneta estaba detenida. ¿Habían llegado a su destino? No escuchaba a los tipos ni la música. Dirigió su atención al exterior, pero recibió el silencio.

Su aturdida cabeza le dijo que era el momento de intentar una nueva fuga.

Tiró de ambos brazos, que pronto sufrieron la limitación de la cadena de los grilletes. Arrimó todo lo posible su mano a los ojos. Contempló el grillete en torno a su muñeca. Un hierro que no podía romper por mucho que se esforzara, porque no disponía de espacio de maniobra. Así que dejó caer de nuevo la mano en la camilla, vencida; la cadena golpeó con el suelo con un sonido pesado.

Su pecho subía y bajaba de prisa, con desazón, mientras su mente pensaba en otra forma de liberarse. De pronto, cuando se terminó la intensidad de su rabia, volvió a adentrarse en las sombras de los sueños.

Y permaneció así hasta que oyó unas manos torpes manipulando la puerta. Abrió los ojos. Vio a Fritz entrar y acercarse. Los tacones de las botas negras sonaban de un modo seco que a Johana le sugirieron que debía estar alerta.

—¿Qué haces despierta?

Tuvo el deseo de brindarle una sonrisa, pero la mirada de ese tipo le dijo que no se conformaría sólo con una sonrisa. Advirtió la ansiedad con que hablaba. Ya había sido testigo de esa misma ansiedad en otros hombres, siempre la misma mirada ávida, dando rodeos a la situación cuya única finalidad era el tocamiento. Johana guardó silencio y observó con frialdad el comportamiento de Fritz, buscando un punto a su favor.

—Eres una zorrilla bonita. —Caminó despacio dentro de la furgoneta al tiempo que reparaba en sus revistas acumuladas en el rincón. Luego volvió la mirada hacia la figura de Johana, permaneciendo más tiempo allí donde las curvas le sugerían un sensual mundo que debía explorar.

—Hablas mucho —espetó.

Fritz detuvo su paseo visual y la miró a los ojos. Escupió una sonora carcajada.

—No sé a qué te refieres.

—¿A qué esperas? Sacia un apetito sexual. Es lo único que queréis los hombres de nosotras.

El tipejo enarcó las cejas.

—Bueno, bueno. Nos tomaremos las cosas con calma.

—Lo veo en tus ojos. Vamos, móntame como una yegua. Atrévete.

Fritz apartó su vista con un gesto de ironía.

—Veo que eres muy lista. ¿Sabes? Sé que transportas una enfermedad en tu organismo que me infectará si te toco.

—¿Cómo sabes si es cierto? —Anuló de la mejor forma que supo su aversión por el tipo y se enmascaró en su papel sensual.

—Prefiero no arriesgarme. Además, hay mucho dinero en juego.

—¿Adónde nos dirigimos? —quiso saber.

—No te importa.

Johana, sin ver resultados, entrecerró los ojos.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—La verdad, no lo sé —repuso, y tomó asiento sobre una caja—. Creo que es una lástima que contagies a la gente. Si no fuera así...

—Me duele la espalda de estar tanto tiempo aquí tumbada.

—Como imaginarás, es para que no escapes.

—¿Adónde podría ir, si no sé ni dónde estamos?

—En el estado de Misisipi.

—¿Tan lejos?

—Correcto. Vamos a Santuario.

—¿Santuario? —Recordó que Berenice ya mencionó dicho lugar una vez, cuando fue asaltada por el repentino dolor de cabeza.

—Pero antes haremos una última parada en Okolona.

—¿Dónde está Berenice?

—El otro espécimen. No es una información que te interese.

Johana abrió los ojos y le miró.

—Veo que no lo sabes. Eres sólo un segundón —dijo, con un deje de burla.

Fritz endureció sus facciones.

—No sé a qué te refieres, pero no es así.

—Oh, no, claro. El otro hombre es tu jefe, ¿verdad?

—Claro que no. Somos un equipo.

—Un equipo en el que tú eres el segundón.

—Por supuesto que no —replicó, arrojando un puñetazo a la pared de la furgoneta.

—Dime, Fritz, ¿por qué has entrado?

El hombre se volvió.

—Tenía curiosidad.

—¿Sobre qué?

—¿Cómo es posible que no envejezcas?

—Así que es eso, ¿eh? —Johana tuvo finalmente ganas de reír pese a su circunstancia de gato acorralado.

—No es justo.

—No es justo —repitió ella sin borrar la sonrisa—. ¿Y qué pretendes? La vida no es justa y punto.

Las puertas de la furgoneta se abrieron de pronto y el rostro de Rusell apareció, severo. Dirigió el cañón del revólver hacia Johana; luego hacia su compañero.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Tenemos prohibido hablar con esas cosas.

Fritz retrocedió un paso.

—No parece tan peligrosa como pretendes hacerme creer. Se me antojó venir a verla. La zorrilla es...

—Me están cansando tus tonterías. Límitate a seguir el plan establecido. —Rusell guardó el arma—. Ahora baja, tenemos que ir a Okolona.

Fritz saltó y miró al interior.

—Un segundón —le dijo Johana.

—¿De qué habla?

—De nada —replicó Fritz con enojo.

—¿La has tocado?

—Claro que no. ¿Crees que soy imbécil?

—Tenemos mucho trabajo. No perdamos más tiempo. ¿Y por qué está despierta?

—No lo sé. Si quieres que duerma dale tú mismo la dosis.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Rusell entró a la parte trasera de la furgoneta. Hizo un recuento de las existencias que quedaban—. Llamaré a los otros para ver cuántos frasquitos tienen, y así sabremos cómo racionarlos durante el viaje.

Después se acercó hasta la camilla. Contempló las pesadas cadenas con aprobación.

—No podrás soltarte de estas cadenas. No tienes la fuerza necesaria, así que te recomiendo que no derroches energías. Más tarde nos darán órdenes sobre cómo proceder contigo.

—Me duele la espalda de estar aquí en la misma posición.

—Te jodes. Esto no es el hotel Hilton —dijo Rusell. Salió de la furgoneta y cerró las puertas.

El interior de la furgoneta quedó en silencio, únicamente con el jadeo que la réplica de Rusell había despertado en Johana. Propinó un chillido que rebotó en las cercanas paredes, y que volvió a ella intensificado y envuelto en su propia voz. Sacudió las cadenas. Levantó su cuerpo. Sólo ella escuchó el grueso cuero producir un sonido rasgado. Pero las cadenas no cedían. Estiró con fuerza uno de sus brazos; los eslabones se tensaron y chirriaron, pero

resistieron la embestida.

—¡Os mataré! ¿Me estáis escuchando? Os mataré a los dos. ¡¡Soltadme!!

La furgoneta se puso en marcha. El pesado sonido del motor se introducía en la cabeza de Johana. Estaba realmente furiosa.

—¡Segundón! ¡Te mataré! ¡Te mataré!

Continuó lanzando berridos durante varios minutos. Luego el repentino frenazo sacudió el cuerpo de Johana.

Las puertas se abrieron y apareció Rusell, con una vara de acero en sus manos enguantadas con cuero negro. Su semblante estaba contraído. Dio pasos rápidos y precisos hasta la camilla.

—Cállate.

—Quiero que me sueltes, basura.

—¡He dicho que te calles! —Arrojó un primer golpe al vientre de Johana, quien se vio obligada a cerrar los ojos por el dolor. Estiró ambas manos para aferrarle el cuello, pero Rusell se distanció un paso. Las manos de ella quedaron suspendidas en el aire atestado por sus gritos.

—¡Suéltame! Te mataré. —Las manos continuaron en el aire buscando la cara del hombre, en vano.

—Quiero que te calles. Ahora. Cállate o te daré una maldita paliza que no olvidarás.

—¡NO! —El cuerpo se alzó hasta donde lo permitió el cinturón que cruzaba su cintura.

Fritz apareció.

—Haces demasiado ruido. Nos escucharán y levantaremos sospechas.

—Pronto callará. Ya me las he visto con esta clase de bestias. —Presionó la vara y, como por arte de magia, ésta se alargó medio metro. Alzó su brazo, lo contuvo en el aire un segundo y lo descargó sobre el cuerpo de Johana. La marca roja que nació de su piel sólo fue visible durante un instante. Pero la vara chocó de nuevo contra el cuerpo... y una vez más. Las heridas se abrían en su piel y otras anteriores se cerraban como pequeños esbozos.

Pese a los gritos desgarradores de Johana, Rusell no dio muestras de impresionarse y siguió golpeándola sin piedad.

—No me detendré hasta que calles. ¿Me has entendido?

—¡Te destrozaré! —rugió, arañando el aire a escasos centímetros del rostro del hombre.

—¡Cállate! —El extremo de la vara desvió su recorrido y fue a parar en los antebrazos de Johana. Lanzó una sucesión de rápidos golpes que llenaron con

rapidez manos y brazos de cortes sangrantes. La sangre retrocedió como los fotogramas de una película que es expuesta hacia atrás. A continuación las heridas cicatrizaron sin dejar marca de lo sucedido. Rusell se aventuró a lanzar un golpe en la mejilla.

—¡AH! —Alzó ambas manos hasta que la cadena dio de sí para protegerse el rostro, al tanto que los gritos se moderaban.

—Bueno..., ¿ya te calmas? —dijo. Sus hombros subían y bajaban por el esfuerzo—. Si vuelvo a oírte replicar no me detendré hasta que se parta esta vara de acero. Te lo aseguro. Y me importa una mierda que se curen tus heridas, sé que te duele.

Rusell descendió, cerró las puertas y dijo:

—Así es como se debe tratar a esas cosas. Aunque son muy peligrosas no nos andamos con contemplaciones.

—Está bien, pero larguémonos de una vez —señaló Fritz—. No es bueno llamar tanto la atención.

6

Aunque las heridas de Johana se habían cerrado y el dolor desaparecido, la humillación sufrida aún latía de tal forma que todo su cuerpo temblaba de impotencia. No obstante, si quería encontrar a Berenice debía resignarse y esperar hasta el final del viaje, allí donde Rusell y Fritz se iban a reunir con el resto del equipo. Pensó que ése sería el momento de escapar, porque por muy equipados que estuvieran con drogas y varas de acero, pasaban por alto un detalle fundamental: el hambre infundía la cualidad de descomponerse en miles de partículas. Entonces los grilletes no servirían de nada.

Aquellos pensamientos la tranquilizaron, pero sin eliminar ni un ápice de la humillación sufrida. Tendría ocasión para deleitarse en su venganza. A eso se reducía la vida, a vengarse de todos los que le hicieron daño.

Se preguntó qué clase de lugar sería Santuario y qué le esperaba allí. ¿Por qué Berenice se dirigía hacia allí?

Capítulo 21

1

Teddy y Berenice se encontraban sobre la rama del árbol mientras contemplaban el coche negro circular por la carretera situada a dos millas. La altura del árbol les permitía divisarlo sin problemas, quedando el resto de los árboles por debajo. La recta carretera era un trazo gris en medio del verde de la región, manchado por el punto negro que avanzaba a una velocidad moderada que a Berenice le hizo sospechar.

Tomó la mano de Teddy y lo miró a los ojos; los suyos brillaban como estrellas en la oscuridad.

—Nos persiguen. Tal vez estés en peligro por mi culpa.

—¿En peligro? Ahora corro más rápido, y tengo más fuerza —dijo, envalentonado—. No veo el peligro.

Berenice le abrazó.

—Oh, Teddy. Mi pequeño e ingenuo amigo. Mi único amigo, en verdad. Tus palabras ya me alertan de un peligro terrible. Tu vanidad será un peligro.

—¿Todavía estás asustada?

Berenice enmudeció.

Teddy la rodeó con sus brazos.

—Nos quedaremos aquí. Hasta saber qué debo hacer a continuación —dijo ella para sus adentros.

El chico volvió la mirada hacia la carretera. El coche se perdía entre los edificios de la ciudad.

—Podemos correr de prisa y alejarnos de toda esta zona.

—No.

—¿Por qué?

Berenice no contestó.

—Si quieres pasar la noche en esta zona, podemos elegir alguna casa para escondernos.

—Mira por dónde —dijo ella— ahora quieres asaltar una casa sin permiso.

Teddy arqueó las cejas.

—No, no. Quiero decir aprovechar algún trastero o granero para descansar. Además, según tú, estamos en peligro. Así que es mejor escondernos. La rama de un árbol no me parece un buen sitio.

Berenice continuaba con la vista fija en la carretera. Un Lincoln aumentaba de velocidad. Ella parpadeó con recelo.

—Está bien. Busquemos ese lugar que deseas para pasar la noche.

Saltaron del árbol y cayeron a la vez sobre la crecida hierba. Permanecieron en cuclillas un segundo, tiempo suficiente para que sus miradas se cruzaran nuevamente. Teddy no pudo evitar sonreírle de modo entrañable; sentía que un sentimiento inmenso los unía a medida que compartían vivencias. Berenice curvó sus labios en una sonrisa afirmativa; ella lo aprobaba. Le tendió una mano que el muchacho aceptó y ambos se abrieron camino a través de los prados. Cruzaron los terrenos de cultivo en dirección al oeste, hacia Okolona. La localidad crecía frente a ellos, no obstante, adivinaron una edificación pintada de amarillo chillón cobijada por centenares de pinos. La propiedad se hallaba a casi dos millas de Okolona. Berenice pensó que era el lugar adecuado; desde ella podría tomar nuevas decisiones, y al mismo tiempo estaba próxima a la ciudad donde se había dirigido el Mercedes negro. Un mal sabor de boca, como a óxido sepultado en la boca, no dejaba de vaticinarle que algo malo iba a suceder.

Rodearon la casa cuyo tejado descendía hasta escasos metros del suelo, y nacía una enorme chimenea que escupía un humo aromático. Se toparon de frente con un vallado de madera, donde unas petunias acariciaban la parte baja. La boca de una manguera asomaba por entre un grupo de amapolas, como una serpiente al acecho.

El sol se ocultó tras un cúmulo de nubes y las sombras se arrojaron sobre la región.

Berenice tiró de Teddy para conducirlo por entre unas sábanas que aleteaban al viento, tendidas de cuerdas sujetas a los troncos de dos árboles. Continuaron por un camino de hierba hundida trazado por frecuentes pisadas.

Desde un establo les llegó el relincho de un caballo que había sentido la presencia de los chicos. Se aproximaron andando hasta la puerta abierta. A la derecha se alzaba una pila de heno. El caballo se encontraba al fondo, y les escrutaba.

Teddy tironeó de la mano de Berenice.

—No, no. No podemos quedarnos aquí dentro.

—¿Por qué no? —le preguntó ella sin apartar la mirada del animal.

—El dueño podría aparecer en cualquier momento.

—Mira esto, Teddy, es precioso. Me encantan los caballos.

—Eh, Berenice, espera.

Ella ya se adentraba en la sucia oscuridad del establo con su vestido rojo. Teddy volvió el cuello para cerciorarse de que nadie rondaba por los alrededores. En cuanto se convenció de que estaban solos, siguió a Berenice, quien ya acariciaba el lomo del caballo cuyo pelaje negro se sumaba a la negrura del lugar. Pero el chico pensó que a la luz del sol, el pelaje reluciría como una perla negra. De pronto en su mente sólo anidaba la idea de montar aquel animal.

Berenice parecía saber cómo tratar con él. Desplazaba sus manos enguantadas sobre la nuca y las orejas.

—Eres precioso, ¿verdad que sí? —Se volvió hacia Teddy, quien ahora vacilaba en tocarlo—. Los animales son más agradecidos que muchas personas. —Irradiaba una enorme sonrisa en la cara, enseñando todos los dientes como una niña que admirara un nuevo tesoro.

El chico dio un paso adelante y sintió la mirada penetrante del animal.

—No le tengas miedo —le sugirió.

Avanzó otro paso y el caballo comenzó a parecerle demasiado grande. ¿Cómo era posible que un momento antes había deseado montarlo?

Berenice rio sin malicia y atrajo a Teddy hacia ella. Después de depositarle en su mejilla un ruidoso beso, acercó una de las manos de él al lomo.

—Ves qué suave.

Teddy esbozó una sonrisa bobalicona.

—Sí. Tienes razón. Se deja tocar.

—Claro, está domado.

Se tranquilizó a medida que lo tocaba durante más tiempo. La idea de trotar sobre él volvió a crecer en su mente.

—Le gusto, Berenice.

—Claro que sí, Teddy Benson. —Los ojos de ella brillaban de satisfacción—. De hecho, a mí también me gustas.

Teddy experimentó fuego en su pecho, y permitió que éste creciera dentro de él. Al mirarla percibió que el miedo anterior de Berenice había desaparecido y era sustituido por una mirada sensualmente perversa. Su sonrisa se ensanchó revelando los dientes. Aun así, detrás de toda aquella puesta en escena que Berenice sabía hacer como nadie, Teddy sabía que sólo

cabía el calor más simple y sincero que él hubiera conocido jamás.

Se dio cuenta de que su mano continuaba sobre el lomo del caballo, cuando lo que en realidad deseaba era rodear a la chica que había cambiado toda su existencia.

—A mí también me gustas —logró articular. Y se sintió aliviado, porque había estado a punto de tartamudear—. Y creo que mucho más.

Berenice asintió sin dejar de sonreírle.

—Lo sé, mi Teddy Benson.

Se unieron en un tierno y largo abrazo sin que nadie les juzgase. Teddy notó la rugosidad de los guantes deslizándose por su espalda. Así, abrazados de esa forma, tan próximo de Berenice, los peligros que podían esperarles fuera se atenuaban casi hasta desvanecerse.

Pero, quizás Berenice, no pensaba igual.

—Debemos estar vigilantes.

—¿Eh?

—Que tenemos que mantenernos en guardia. El Mercedes negro aún está cerca.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Lo sé.

2

Parker no dejó escapar la oportunidad de seguir al Mercedes. Era la única solución que le quedaba. Ellos también estaban buscando a los chicos y probablemente disponían de más información. Introdujo la primera, pisó el acelerador y se alejó de la casita. De hecho, en su cabeza sólo bullía la imagen del coche negro detenido días atrás delante de la comisaría de Silverston.

¡Vamos!

El motor del Lincoln se enfureció cuando la aguja de las revoluciones chocó con el extremo del marcador. Tenía que despertar, si no perdería las pocas pistas que le quedaban. Quizás faltaran muchos días para que alguno de los chicos necesitara de nuevo la enzima, y para entonces podrían estar muy lejos, incluso en otro estado.

Parker apretó los dientes y aferró el volante con fuerza. Los nudillos

palidecieron, las palmas rezumaron un sudor apremiante. Okolona nació en el horizonte como diminutos dientes de cemento que pronto se convirtieron en enormes. Durante el trayecto no había visto ninguna bifurcación de importancia, sólo caminos de tierra que finalizaban en casas de campo.

Como si aquello hubiera sido escuchado por el cielo, divisó un gran Mercedes detenido ante un semáforo. Salvado por un disco en rojo, pensó. Ensanchó su sonrisa. Un coche que emergía de un cruce se colocó detrás del Mercedes, luego otro. Parker se colocó tres vehículos por detrás y se dijo que aquella distancia prudencial era buena.

El disco se puso en verde y el torrente de automóviles avanzó despacio. Se impacientó al ver al Mercedes desaparecer en un cruce menos concurrido cuando él todavía estaba saliendo del atolladero.

—Vamos, vamos.

Golpeó el volante como medida para evitar tocar el claxon. No era el momento de llamar la atención.

Tomó la misma dirección que el Mercedes. Parker barrió la zona con sus ojos y, cuando vio al coche detenerse en la acera frente a un concurrido parque, dio rienda suelta a su euforia con una enorme sonrisa que revelaba sus dientes ordenados de forma tosca. Viró a la izquierda para rodear el parque y desde allí tomar una posición desde la que vigilar. Mientras giraba el volante observó de soslayo cómo dos gorilas ceñidos en trajes negros se apeaban del vehículo. El techo del Mercedes quedaba a la altura de la cintura de los hombres.

—Joder, menudos titanes.

Detuvo el coche al otro lado del parque. Miró en derredor sin apearse y reparó en que los grandes olmos que decoraban el parque serían de ayuda para su necesaria discreción. Un puñado de niños corrían tras un perro en torno a uno de los gruesos troncos, entre risas inocentes. Las madres mantenían animadas conversaciones sin prestar atención a los muchachos. Hasta Parker llegaban con claridad los ladridos del perro.

—Todos los ingredientes de un día tranquilo —dijo para sus adentros.

3

La furgoneta se adentró en Amory, Misisipi. La mañana del martes parecía

ser un buen momento para que los habitantes de la localidad discurrieran por las calles en dirección a sus labores. Muchos de ellos vieron pasar la furgoneta con el rostro severo de Rusell asomado por la ventanilla, sin perder detalle de cualquier ruido procedente de la parte trasera, siempre listo con la vara de acero.

—Hace calor aquí.

—Y tú con esa gabardina —repuso Fritz.

Rusell apartó la vista del pueblo y la puso en su compañero.

—Es mi ropa de trabajo. El clima no es un impedimento para vestir correctamente.

—Si tú lo dices.

—Acelera. Quiero dejar atrás las miradas de este pueblo.

La furgoneta aumentó la velocidad y los edificios fueron apelonándose. Cruzaron el puente en silencio. La próxima localidad era su primer destino de encuentro, Okolona. Hacía rato que se habían comunicado por *walkie* con los ocupantes del Mercedes, quienes esperaban en el lugar establecido. Rusell comenzaba a impacientarse de toda la responsabilidad de llevar el peligroso paquete, y para colmo ellos les habían perdido la pista a Berenice y a ese muchacho que iba con ella. Otra copia, pensó con desgana.

—Si por mí fuera acabaría con todos.

Fritz se limitó a aumentar de marcha. Luego hizo el intento de encender la radio.

—No —rugió Rusell—. Quiero silencio para pensar.

—Está bien —dijo de mala gana Fritz.

Cuando las primeras casas de Okolona se acercaron, Rusell experimentó cómo su ansiedad tomaba el control y empezó a respirar con dificultad.

—¿Qué te pasa?

—Me tomo mi trabajo muy en serio, sobre todo con ese monstruo ahí detrás. Tú deberías hacer lo mismo.

—Lo tenemos todo bajo control —afirmó Fritz, calmado.

Entraron en la calle principal de la ciudad. Rusell casi podía olfatear la tensión que envolvía la ciudad. Algo estaba sucediendo. Divisó a varios tipos con el uniforme de ayudantes de sheriff. Uno de ellos no apartaba la mano de la culata del revólver.

—Algo pasa,

—Tranquilo.

—Tuerce por esa calle —indicó Rusell—, es por ahí.

El corazón de éste botó dentro del pecho; luego se redujo a unos latidos casi inexistentes. El Mercedes se encontraba estacionado frente a un parque con una estatua de mármol con forma de león, y de cuya boca manaba agua. Un conjunto de olmos de copa redondeada arrojaba sombra sobre los caminos que serpenteaban flanqueados por la hierba del parque.

Un hombre con el traje ceñido a su enorme torso y con gafas de sol hizo señas a la furgoneta para que se detuviera detrás. El otro tipo estaba al otro lado del Mercedes, enfundado también en un traje negro impoluto.

—Ahí —ordenó Rusell.

—Lo sé, he visto sus indicaciones —protestó Fritz. Después de frenar con brusquedad, se pasó una mano por su melena rubia, abrió la portezuela y descendió de la furgoneta con aires de arrogancia.

Rusell creyó conveniente reprimir su enojo. La operación tomaba tintes de inquietud; aunque el semblante de aquellos tipos parecía tallado en piedra, podía observar el disgusto por no tener ni idea del paradero de los chicos. Sólo esperaba que ese estúpido de Fritz no dijera nada inoportuno. Descendió de la furgoneta y avanzó hacia el Mercedes.

—Buenas tardes.

Los dos tipos asintieron al unísono.

—¿Está en la furgoneta? —pregunto uno de ellos.

—Por supuesto —dijo Fritz.

Los gorilas tenían su vista puesta en Rusell, quien observó que ese gesto molestó a Fritz.

—El espécimen que se hace llamar Johana Peeters está en la furgoneta —añadió, zarandeándose la melena—. Es correcto.

—Excelente. Nosotros no hemos tenido tanta suerte —dijo uno con voz áspera; el otro de los tipos se dedicaba a asentir y a gesticular—. Hemos alertado a las autoridades. Imagino que habrán notado el despliegue de policías al entrar en la ciudad.

—Sí —se adelantó Fritz.

—En efecto —agregó Rusell, y volvió la mirada hacia su compañero con enojo—. Pero, ¿por qué creen que los otros dos especímenes aún están por la zona?

—No podemos estar seguros del todo, en cualquier caso hemos entregado una fotografía de Berenice al sheriff del condado, quien ahora colabora con nosotros. Hay coches patrulla cubriendo todas las entradas y salidas; hay policías en las calles y avenidas principales. Algunos agentes han montado

grupos de vecinos que se han prestado voluntarios en cuanto han anunciado que dos jóvenes infectados con una terrible enfermedad andan escondidos cerca.

—¿Escondidos? —murmuró Rusell.

—Sí, escondidos. Es lo que creemos.

—Esperemos que tengan razón.

—Estamos casi convencidos de ello. ¿Podemos ver a la capturada?

—Por supuesto —dijo Rusell—. Ve a comprobar cómo está.

—Iré a ver cómo se encuentra nuestra invitada —dijo Fritz ante la mirada de desaprobación de los hombres del Mercedes.

—¿No está bajo los efectos de la droga? —le amonestó el hombre dando un paso al frente.

Rusell tuvo la impresión de que la envergadura del tipo aumentaba de manera considerable.

—Han faltado varias dosis y hemos preferido racionarlas.

—No me parece buena idea que la tal Johana esté despierta para el traslado.

—Pensábamos que ustedes dispondrían de más existencias —dijo Rusell.

—Y las tenemos, aunque hemos repartido algunas entre los hombres del sheriff.

4

Johana experimentó un sobresalto cuando la furgoneta se detuvo. Miró en todas direcciones preguntándose qué sucedería esta vez. Al cabo de unos minutos vio abrirse la puerta trasera y aparecer el sonriente rostro de Fritz, con las manos enguantadas y la vara en la derecha, agitándola con amenaza.

—¿Qué haces otra vez aquí, segundón?

—Se acabó la primera etapa del viaje, zorrilla. —Acto seguido le mostró el extremo de la vara, que se agrandó con una repentina sacudida metálica. Y le acarició las mejillas con la punta.

—No te me acerques —replicó ella con los ojos encendidos por la rabia.

—Tranquilízate, conejita. Estaremos solos unos minutos. Aprovecharé estos guantes de cuero para tocarte un poco. Quiero ver de qué estás hecha.

Johana se tensó al escuchar esas palabras. Sus ojos se abrieron en cuanto los dedos de Fritz dieron muestra de aproximarse a sus pechos.

—Aléjate, te lo advierto.

—Oye, tengo una pregunta. Si matas con el contacto físico, ¿cómo te las apañas para...? Ya sabes, para los pequeños placeres de la vida.

—Cállate y vete.

Fritz sostuvo la vara entre el cuerpo y brazo mientras abría el atuendo de presa de Johana, revelando una piel blanca, sin imperfecciones. La contempló con deseo. Cogió la vara con una mano. Los dedos de la otra se deslizaron con esmerada delicadeza por el contorno del seno izquierdo.

Johana se agitó violentamente; las cadenas llenaron la furgoneta con su ruido metálico.

—¡No te acerques!

Un dedo coronó la colina de carne y apretó de forma juguetona el pezón.

—Vaya, se ponen duros, zorrilla. Quién lo iba a imaginar —dijo, mientras se recreaba con los dedos. Con la otra mano arrojó un golpe seco en las piernas de Johana—. No grites.

—¡Apártate! —rugió de pronto con la fuerza de una tormenta. Los ojos de Johana se abrieron porque ya no era un hombre rubio cuya melena reposaba en los hombros. Era su padre, como tantas noches muchos años atrás. El monstruo había vuelto—. ¡No! ¡Papá no está bien!

La vara se estrelló de nuevo en las piernas.

—Silencio.

—¡Papá, no! —El cuerpo comenzó a convulsionarse. La cabeza negaba impotente, poseída por un pasado que la atormentaba aún en las pesadillas—. ¡Aléjate! ¡Esta vez soy más fuerte que tú, papá!

—Hummm, es increíble. Tus pezones reaccionan, oh, sí, llámame papá. —La mano palpó el vientre de la chica hasta toparse con la tela de la ropa interior—. Lo encontré.

El cuerpo de ella se inmovilizó, semejante a una muerta. Los ojos quedaron en blanco un segundo. Después comenzó a oírse un rugido ronco de león enojado. Débil al principio, de hecho Fritz ni siquiera se percató del extraño cambio que tenía lugar; las manos del hombre husmeaban bajo la ropa íntima.

—Sólo será un instante. Lástima que con estos guantes no pueda sentir tu hermoso tacto.

Los brazos de Johana temblaban. Luego el tronco y sus piernas.

—Sí, lo notas, ¿verdad? Estremécete de placer. Quizás hasta sea tu primera vez. ¿Es tu primera vez, zorrilla? —dijo con la vista en su entrepierna, donde

ahora manoseaba su miembro erecto.

Johana comenzó a rezumar gotas transparentes que corrían por su piel hasta acumularse sobre la camilla. La garganta hinchada intensificó el rugido animal. Los dedos se curvaron como la garra de un cuervo, y empezó a arañar la colcha de la camilla.

Fritz desvió su mirada.

—¿Qué haces? ¿Eh, qué te pasa? —Retiró de inmediato ambas manos del cuerpo y cogió la vara que, concentrado en su sensual tarea, se había caído y se encontraba en el suelo. Retrocedió varios pasos hasta chocar con las cajas. Cayó encima con torpeza cuando vio el cuerpo de la joven envolverse en una luz pálida de brillo tan intenso que lo cegó—. La leche, es el hambre esa de mierda que preocupa a Rusell. Maldita zorrilla del demonio.

Se alzó haciendo uso de su mano izquierda y se aproximó a Johana, con la vara por delante. La alzó y, tras un eterno segundo, trató de estrellarla contra la piel descubierta, pero el extremo de la vara golpeó la superficie de la camilla, arrancando un sonido metálico.

—Joder, ¿qué mierda es ésta?

Ante la mirada de desconcierto de Fritz, Johana vibraba, de los ojos cerrados surgían jirones de luz blanca que se abrían paso a través de los párpados.

Lanzó un nuevo golpe. Pero también colisionó contra la camilla. Esta vez el choque salpicó la sustancia acumulada. Una de las gotas fue a parar a su mejilla. El miedo irrumpió en sus ojos, los dedos que sostenían la vara se aflojaron y ésta cayó. Las piernas no soportaron más el cuerpo de Fritz, y se precipitó al suelo cuando vio los grilletes que aprisionaban las muñecas y tobillos de Johana desprenderse al no tener forma sólida en que cerrarse.

El cabello se erizó igual a millones de púas electrificadas. Entonces ocurrió. Libre de los grilletes, Johana se incorporó en la camilla. Las vibraciones de su cuerpo se tornaban más violentas. Un segundo antes de descomponerse en miles de partículas, esbozó una sonrisa de triunfo. A continuación su cuerpo explotó en un torrente de diminutas esferas que danzaron alrededor de Fritz, quien sacudía sus manos como si ahuyentara un torrente de moscas.

El fenómeno de luces blancas envolvió al tipejo sin que él pudiera evitarlo, al tiempo que gritaba como un niño asustadizo; su voz tenía el característico aullido de los rockeros de los años ochenta que tanto admiraba.

5

Incluso Parker, sentado al volante de su Lincoln, escuchó el último alarido de Fritz. El estremecimiento que sufrió su cuerpo le hizo posar su mano sobre el arma que dormitaba en el asiento del acompañante. Al notar el frío metal recorrer su brazo se sintió algo más seguro. Supo que el grito procedía de la furgoneta que se había detenido hacía escasos minutos. Algo que observó inmediatamente fue que lucía el mismo logotipo a un costado que el Mercedes.

—Es la misma gente. Pero, ¿por qué una furgoneta?

Vio a los gorilas desviar sus miradas ocultas por gafas de sol a la furgoneta. Luego los tres tipos se dirigieron hacia ella.

Los niños habían dejado de correr tras el perro; sus madres se levantaron del banco del parque y los cogieron de la mano y desaparecieron calle abajo. El animal lanzaba agudos ladridos.

Unos peatones detenían su paso para echar un vistazo a la furgoneta.

El sol se ocultó detrás de unas nubes, como si presintiera lo que iba a suceder, y todo se tiñó de sombras.

6

Rusell dejó que los tipos duros se adelantaran, él prefería la prudencia como estrategia. Ya había visto actuar a muchachos que lograban asimilar el maldito retrovirus. Abrió el maletero del Mercedes en busca del fármaco que adormecía a aquellas bestias. Allí estaban. Dos cajas, una repleta de frasquitos; en la otra faltaban nueve unidades. Llenó el bolsillo de su gabardina con varios, y luego se dirigió a la furgoneta mientras veía a los gorilas abrir la puerta posterior.

Tiró de la portezuela del copiloto, cogió el rifle y lo cargó con un frasquito. Era buena idea tener listo uno de los rifles. El poder abatir a Johana desde una distancia prudente era su mejor baza.

Pero cuando Rusell estuvo preparado fue demasiado tarde.

El interior de la furgoneta se llenó de luz, derramándose sobre el rostro de Johana, contraído en una mueca de ferocidad. Dos enormes figuras atenuaron la intensidad de la cegadora luz. Uno de ellos se disponía a desenfundar un arma cuyo extraño aspecto sugirió a Johana que no disparaba balas normales. Sobre el cañón alargado se aferraba un deslizante de dardos diminutos; el primero fue a clavarse en una caja, pues Johana ya se hallaba detrás del hombre, con sus manos en torno al cuello. Se lo rompió con facilidad al tanto que el otro tipo retrocedía buscando la distancia de disparo.

—¡Atrás! —graznó éste con voz de cuervo.

Antes de que la palabra terminara de brotar de su boca, una estela luminosa se deslizó junto a él. Lo último que vio el gorila fue que el mundo se teñía de rojo. Se desplomó con todo su peso sobre el asfalto y la cabeza chocó con fuerza.

Todo estalló. Gritos de personas empezaron a escucharse en los alrededores. Las sirenas aumentaban de intensidad a medida que se aproximaban. Se cerraron puertas y ventanas en los edificios de la calle. El parque se vació, dejando únicamente visible un Lincoln estacionado al otro lado.

Johana percibió todo aquello de inmediato, como un fugaz destello en su mente. Sabía adónde debía dirigirse para no ser alcanzada por el dardo que Rusell preparaba ante ella, con el ceño fruncido, las manos trémulas y la frente cubierta por un gélido sudor. En cuanto estuvo listo alzó el rifle, pero erró el disparo, que atravesó el cristal de la puerta del edificio.

—Mierda —masculló.

Miró en todas direcciones al tiempo que se desplazaba con temor de ser sorprendido por Johana y su velocidad.

Sin embargo, ella se encontraba en lo alto del edificio de oficinas que había escalado, tan al borde que uno de sus pies sobresalía varios centímetros. Su cabello negro pegado a la cabeza no se agitó cuando el viento la azotó de pronto. Ya no disponía de su sombrero cloché, ni de su traje. Únicamente conservaba la piel blanquecina con que había venido al mundo. Y no requería de nada más para aplastar a cualquiera. Decidió dejar con vida a ese insignificante insecto porque, después de sentirse bien de nuevo y abastecida de la enzima, era la hora de empezar un terrible juego, en cuyo desarrollo

Rusell era una pieza valiosa.

La altura le facilitaba la visión de toda la zona. Un hombre corría calle abajo con un arma en la mano. Tres coches patrulla rodearon el parque. Los agentes armados se apearon y, sin perder de vista el parque ni los alrededores, se aproximaron a la furgoneta. Rusell se alejó en dirección al parque cubierto por un silencio petrificado.

Johana desvió su mirada al Lincoln, porque un hombre cerró la puerta y se alejaba calle abajo, distanciándose del parque, con un arma en la mano. Reconoció a Parker.

—Humm... Interesante, un invitado de honor.

Con ojos de fiera desquiciada cubrió la zona. Calle arriba, en una zona libre de edificios, se alzaba una gasolinera que sería la primera pieza a mover en el juego. Desde ella vio partir a un vehículo que nada había advertido de los horrores que se cernían sobre Okolona.

Había escuchado a Fritz y a Rusell mencionar algo acerca de una chica y un chico. No le cabía la menor duda de que eran Berenice y Teddy. Así pues, estaban cerca.

Se deslizó por el bordillo, alcanzó la esquina opuesta del edificio y saltó. En el aire se encogió, llevándose las rodillas al pecho, con las manos abrazadas a las piernas. Trazó una amplia parábola antes de aterrizar en la terraza del edificio siguiente. Un segundo antes, se abrió de nuevo y cayó sobre pies y manos como un felino. Miró en derredor, a la oscuridad que se avecinaba. Nadie.

De aquel modo saltó de un edificio a otro hasta el último. Se irguió desnuda y miró con sus ojos de odio. Abajo, junto a la carretera, se erguía la gasolinera, rodeada de casas iluminadas. En el cielo, los primeros puntos luminosos aparecieron. Diversos senderos serpenteaban a través de altos pinos hasta perderse en la distancia.

Se acercó a la puerta de aluminio que conducía a la azotea, giró el picaporte. Cerrado. Pero no sería eso lo que detendría a Johana Peeters. Asió de nuevo el picaporte, lo bajó para eliminar la resistencia del resbalón de la cerradura, y con la palma de la otra mano apoyada en la superficie de la puerta, empujó hacia delante con movimiento firme. Tras el chasquido, la puerta cedió con tanta facilidad que Johana tuvo la sensación de que la cerradura era de plástico. Sin embargo, vio el pestillo quebrado en el suelo del vestíbulo, cuyo metal relucía a la luz de la luna que penetraba a través de un ventanuco.

Descendió a gran velocidad las escaleras. Cuando llegó al segundo piso, una puerta se abrió de golpe. Apareció una mujer embutida en un traje de baño rosa y una toalla alrededor de la cabeza, a modo de turbante, convirtiendo su rostro en una diminuta expresión de ojos encendidos y labios apretados, que pronto se curvaron en una mueca de desconcierto al observar a Johana cruzar como el rayo hacia el piso inferior.

—Santo cielo. ¡Policía! ¡Policía!

Los chillidos hicieron que otros vecinos se sumaran a deslizar sus caras por la abertura de la puerta, manifestando su recelo.

Johana corría por la carretera como una liebre huidiza. Sobre su cabeza discurría el tendido eléctrico de la ciudad. Pasó bajo el gran cartel rojo de la gasolinera, que rezaba Dodge's Store en letras amarillas. Caminó junto a los surtidores. Los contemplaba con un gesto de asentimiento. Cogió una de las pistolas dispensadoras, presionó el gatillo y vertió la gasolina en el pavimento. Se aproximó a un Buick que estaba repostando. Aferró la pistola dispensadora y la arrojó al suelo; pronto un río negro se sumó al que ya crecía a escasos metros de distancia.

—¡Eh, señorita! ¡No puede hacer eso! —El empleado abandonó su puesto y emergió de la oficina. Pero se detuvo bajo el cartel que decía Fried Chicken. Su expresión severa quedó reducida a una mueca de incredulidad al ver a una joven paseándose en cueros por la gasolinera, haciendo caso omiso.

Johana fue vertiendo la gasolina del resto de surtidores de forma apremiante. Arrojó varias miradas fugaces al tipo que se le acercaba por la espalda. Un tipo que salió de los servicios de caballero se aproximó al Buick dando largos pasos.

—¡Qué diantres crees que haces, loca del demonio! —exclamó mientras recogía la pistola dispensadora. Cuando aún no se hubo erguido, con la mano sosteniendo la pistola, reparó en unos pies descalzos con la planta ennegrecida acercándose con determinación.

—¿Tiene un cigarrillo, amigo?

—¿Cómo dices? —inquirió el tipo que había salido del baño, y experimentó una repentina atracción hacia la sensual voz. Se incorporó con los ojos desorbitados—. ¿Qué demonios te propones? ¿Estás bien de la cabeza? —En cuanto miró a Johana a los ojos supo que algo no iba bien. Pensó que por muy mal que marcharan las cosas en el mundo, era el colmo que una joven apareciera desnuda en una gasolinera y comenzara a derramar la gasolina por el suelo.

—He dicho si tiene fuego —insistió. Su cara era una gélida piedra.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó el hombre.

El encargado, con las manos en garras, no apartaba la mirada de Johana.

—Será mejor que llame a la policía. He visto pasar a varios coches patrulla por la zona. Algo me dice que están buscándola.

Lo último que hizo el encargado de la gasolinera fue girarse con la intención de entrar en la oficina. Johana le rodeó el cuello con un solo brazo y presionó rápida y fuertemente hasta que percibió que el hombre dejó de respirar.

—¡Eh! ¿Estás loca? —preguntó el dueño del Buick, quien se desembarazó de la pistola dispensadora y entró en el vehículo.

Johana volvió su cabeza hacia el coche. Aflojó las manos del cuello y dejó que el cuerpo se le desparramara al suelo. Se percató de que del bolsillo de la camisa asomaba una cajetilla arrugada que aún contenía varios cigarrillos. Esbozó una sonrisa, pero antes de alojarse el pitillo entre los labios debía atender un asunto.

El Buick abandonaba la estación de servicio en dirección contraria a localidad de Okolona. Pero Johana no le dejaría escapar. Corrió hacia él, chapoteando los pies en la gasolina. De un salto fue a parar al techo, que se hundió varios centímetros hasta acomodarse al impacto. Se aferró con fuerza en cuanto el automóvil empezó a dar bandazos a los lados, con la intención de hacerla caer a la calzada.

El puño atravesó el techo, como una lata de conservas, y cogió la cabeza del tipo, quien propinó un alarido que estaba mezclado con desconcierto y el más puro terror. La mano de Johana, convertida en una tenaza, volvió del revés la cabeza. El grito se detuvo, el coche perdió la inestabilidad en la carretera, precipitándose en la cuneta un momento antes de que ella saltara a la carretera. A sus espaldas el coche explotó como una bola de fuego contenido.

Cuando miró por encima del hombro, una columna de humo negro se alzaba al cielo. Seguidamente caminó hasta la estación, atestada por el olor a gasolina. Después de dedicarle una mirada de desprecio al cadáver del encargado, le arrebató la cajetilla y se introdujo un cigarrillo en los labios. Palpó con desagrado el atuendo en busca de cerillas. No las halló.

Las encontró en la mesa del mostrador, donde las había dejado un segundo antes de haber visto a Johana irrumpir en la gasolinera, desprovista de ropa. Prendió una cerilla y la arrimó al extremo del cigarrillo. Aspiró

profundamente hasta llenar los pulmones del agradable humo.

Emergió de la oficina con el cigarro casi consumido. Se alejó varios pasos. Contempló en silencio la gasolinera. La puerta del servicio de caballeros batía a causa del viento que entraba por la ventana interior. Uno de los tubos fluorescentes del techo de la oficina parpadeaba. La máquina dispensadora de hielo se encontraba apagada. Ahora que se avecinaba el verano, los cansados viajeros no encontrarían hielo en esa estación de servicio. De hecho no hallarían nada, pensó. Nunca creyó que el olor a gasolina fuera malo, a decir verdad, era algo que aquella noche le resultaba reconfortante.

Arrojó el resto del cigarrillo a un río negro que se aproximaba hacia sus pies.

Una hilera de fuego corrió hasta los charcos de gasolina, formados en torno a los surtidores, en cuyo revestimiento de plástico afloraron las primeras lenguas. El fuego entró en la oficina y trepó por las paredes. Pronto un traje ardiente vistió la estación de servicio.

Johana se alejó, y sus labios se curvaron en una grotesca sonrisa cuando escuchó las primeras explosiones.

8

El incendio, avivado por la brisa nocturna, se deslizó desde la gasolinera hasta los árboles que rodeaban la localidad. Los vecinos de las viviendas situadas a las afueras de Okolona fueron los primeros en escuchar el crepitar del fuego a medida que devoraba los pinos más cercanos. Así pues cerraron puertas y ventanas a la espera de que los bomberos se hicieran cargo de la situación. Sin embargo, antes de ser avisados tendrían lugar unos hechos asombrosos que sumirían a la localidad en el caos.

Un coche patrulla realizaba la ronda en el perímetro sureste. El tipo encorvado al volante exhibía una extrema delgadez. Sus manos se movían inquietas por la superficie del volante. Los muchachos de la comisaría le habían avisado de que dos críos habían dado muerte a una pareja en el estado de Alabama. Y eran perseguidos por los federales, aunque él sospechaba que era mentira. Aun así guardó silencio y se dispuso a hacer la ronda tal y como le había indicado el sheriff, que ahora estaba bajo las órdenes de los tipos de negro.

Frenó el coche. Su respiración se aceleró y su escueto pecho se hinchaba de aire de una forma lastimosa. Sus ojos desorbitados casi parecieron saltar al parabrisas cuando vio cruzar la carretera a una figura envuelta por la protección de la noche.

Exhaló todo el aire de sus pulmones desgastados por el tabaco.

—Una liebre. Sólo es una estúpida y asquerosa liebre —masculló Dexter.

Tuvo ganas de escupir una risotada por el absurdo miedo. Probablemente, en la comisaría le habían exagerado acerca del peligro de la enfermedad que traían los críos. Todo el mundo tiende a exagerar cuando tiene la oportunidad de ser el centro de atención, pensó.

Metió primera y pisó el acelerador, lanzando miradas tranquilizadoras al arma que reposaba en el asiento del copiloto; un arma cedida por los tipos del traje negro.

Entonces divisó algo.

9

Teddy Benson se encontraba sentado en una pieza de heno, con la espalda apoyada en la pared del establo. Hacía varios segundos que el caballo se encontraba incómodo. Pero Teddy, desconocedor de todo lo relacionado con el mundo de los caballos, no supo deducir a qué era debido hasta que él mismo no experimentó un insólito calor procedente del exterior.

Se incorporó de inmediato y lanzó una mirada afectuosa a Berenice, que dormía profundamente. Antes de que llegara la noche, le había vuelto a comentar lo asustada que se había sentido al divisar el Mercedes. Así pues, el chico decidió que fuera lo que fuese lo que ocurría, era algo que podía averiguar por su cuenta; no necesitaba molestarla.

Se acercó al caballo y le pasó la mano por el lomo para tranquilizarlo.

—¿La vigilarás por mí? —le dijo—. Es lo único valioso en la vida que me queda.

Se encaminó hacia la puerta, la entreabrió con precaución y atisbó la noche estrellada. Al salir oyó un sonido semejante a un crujido de madera. Rodeó el establo. Junto a uno de los postes que componían la valla que cercaba el establo, crecían unas casuales flores. Se agachó delante de ellas y las contempló al tiempo que pensó que serían un buen detalle para Berenice.

Desde que estaban juntos no había tenido la oportunidad de regalarle nada. Tal vez ése era el momento.

Dio un respingo al sentir algo pasar corriendo por su lado.

—Joder.

Se volvió con el ramillete en las manos y vio una liebre que se había detenido para mirarle. Luego desapareció entre un conjunto de arbustos.

El chico se puso en pie con el corazón botando dentro de su pecho a causa del susto. Entonces divisó un inmenso fulgor que empezaba a lamer los muros de las viviendas de Okolona. Aun desde la distancia a la que se encontraba, escuchó también cómo las primeras ventanas estallaban. Creyó percibir algunos gritos.

—¿Qué está pasando en esa ciudad? —murmuró.

Pasó por en medio de los dos largos troncos horizontales que formaban parte de la valla. Miró al establo, silencioso a no ser por los relinchos del caballo, y se dijo que no tardarían en despertar a Berenice.

Caminó unos metros a través de arbustos y altos pinos. Llegó a una carretera de la cual se acercaban unas luces cegadoras. Sus músculos se tensaron cuando escuchó una voz de hombre: Ya eres mío, pequeño. Luego escuchó un disparo.

—Joder —dijo. Algo le había pinchado en la piel. Sus dedos se aflojaron y vio cómo el ramillete reunido con aprecio chocaba contra el asfalto. Retrocedió varios pasos poseído por una debilidad a la que no pudo hacer frente. Trastabilló y se precipitó contra el suelo. Se arrastró hasta unos arbustos raquíuticos.

—Ni lo intentes, mocososo —rugió una voz a su espalda—. Eres mi pase a una jubilación de oro.

Los párpados de Teddy se cerraron a medida que una extraña sustancia recorría venas y arterias.

—Berenice —logró articular, apenas en un murmullo ahogado, imperceptible.

Las manos frías de Dexter se cerraron en torno a los tobillos del chico. Lo arrastró hasta el coche patrulla y, después de realizar un esfuerzo en el cual crujieron todas sus viejas articulaciones, logró introducirlo en los asientos posteriores.

—Espero que esta mierda de droga lo mantenga dormido durante el tiempo suficiente. No quiero más problemas.

Se dejó caer en el asiento ante el volante. Resopló, carraspeó.

Cogió el *walkie* y estableció comunicación con el sheriff, quien le ordenó que fuera echando leches a la ciudad, que se había declarado un incendio y estaba completamente descontrolado.

Giró la llave de contacto y puso rumbo a Okolona con una estúpida sonrisa de satisfacción.

10

Hasta donde alcanzaba la vista, el mundo quedaba cubierto por el manto de relieve semicircular que eran las copas de los árboles. Berenice reparó en que se encontraba al pie de un cruce de senderos que serpenteaban a lo largo del bosque. Había un letrero clavado en un poste de madera que emergía del suelo. Letras trazadas con sangre anunciaban Bosque Nacional Ouachita.

Aspiró y con un gesto de animosidad comenzó el ascenso. Caminaba en sueños por los senderos que los turistas tomaban para sus paseos, con la salvedad de que ahora todo estaba sumido en tinieblas y únicamente el aullido de un coyote resquebrajaba el silencio.

Aunque temblaba de pies a cabeza, no era debido al animal que dedicaba su melodía a la luna. Sus ojos se entornaron. Adivinó un muro de piedra caliza irrumpiendo con osadía en medio de aquel mundo vegetal.

Continuó el trayecto, siempre mirando en derredor con recelo. A medida que se aproximaba a la construcción de piedra, las voces que le habían acompañado durante toda su existencia y que ahora oía con más frecuencia, resonaron en el bosque como si ése fuera su lugar de reposo. Sin embargo, Berenice advirtió que procedían del interior de los muros de piedra.

A los aullidos del coyote se sumaron los feroces lamentos de algo que no supo identificar... y comprendió que así era mejor. Aquellos sonidos guturales atravesaban el bosque rompiendo toda la armonía.

En medio de todo el estallido de horrores se sintió amparada con sus familiares voces.

Berenice...

Berenice...

Berenice...

Bienvenida a casa...

Nos alegramos de que estés cada vez más cerca...

Nuestra hermana...

Tengo cuidado con él...

Se aventuró a cubrir la distancia que la separaba de la edificación de piedra caliza.

De pronto la abrazó un desconocido calor procedente de otro lugar, otra tierra. Su piel rezumó gotas de muerte transparente que corrieron en surcos por su piel. Cuando estuvo frente a las columnas de mármol que sostenían la entrada y puso su mano en una de ellas, percibió un frío helado. De la entrada sin puerta brotaba un frío glacial más intenso que el que cubría la superficie de las columnas.

Se preguntó por qué tenía entonces tanto calor. Era algo abrasador en torno a su cuerpo.

Desde una distancia incalculable le llegaban los relinchos de un caballo. Pero al mirar hacia atrás descubrió que estaba sola en aquel vasto bosque. Seguía, no obstante, escuchando a un caballo relinchar.

Los párpados se estremecieron, se abrieron apenas lo suficiente para comprender que el caballo del establo estaba inquieto por algo; pero en cuanto palpó a su diestra y reparó en el hueco vacío, abrió los ojos con fuerza. La ensoñación desapareció como por un sumidero.

—¿Teddy?

Nadie respondió a su voz matizada por la incertidumbre. Se incorporó sin siquiera despojarse de restos de heno que dormitaban en su vestido.

—Teddy.

Sus ojos negros se abrieron más ante la expectativa de que algo malo le hubiera podido ocurrir. Descartó la idea del hambre porque normalmente no acudía con tanta frecuencia.

Vio que la puerta del establo estaba entornada y recordaba con claridad que la había cerrado antes de recostarse sobre el heno.

—Ha salido.

Pero aquella certeza no la reconfortó. Un sentimiento de desconocida inseguridad la quemó dentro de su pecho como una marca de fuego.

Salió a la noche provista de un telón estrellado. Dio vueltas y vueltas sobre sí misma con la vista perdida en los alrededores colmados de sombras acusadoras. En la lejanía escuchó los gritos de auxilio. Y aquello añadió una nueva roca pesada sobre su pecho.

—Sabe defenderse. Ahora es más fuerte —se dijo—. Pero sigue siendo

ingenuo e inseguro.

Se detuvo un instante a recapacitar acerca de lo que había dicho. Ella misma también estaba mostrándose insegura en ese momento.

Corrió hasta la parte trasera del establo.

—¡Teddy!

La única respuesta fue el crepitar del fuego que devoraba la ciudad situada a dos millas. Observó cómo un mar de fuego se abría paso a través de los edificios, encendiendo la noche por allí donde avanzaba.

—Dios mío, Teddy. No puede ser tan tonto.

A sus espaldas se abrió la puerta de la casa

—¡Es el maldito caballo! No sé por qué se agita de esa forma —gruñó un hombre rollizo con los mofletes salpicados de pecas.

Berenice saltó la valla del establo antes de ser vista y se internó entre la maleza que fluía junto a la carretera. Enseguida advirtió que algunos arbustos estaban aplastados. Salió a la carretera, miró a ambos lados. Ningún coche circulaba. Había un ramillete de flores deshecho en el asfalto, varios metros a la derecha.

Se acercó y cogió un tallo de flor.

—Caléndula silvestre —murmuró.

La miró con detenimiento. Era una simple flor amarilla con tonalidades naranjadas, pero por alguna razón presintió que habían sido arrancadas para ser entregadas a alguien.

—Teddy. —Su voz se agravó ante la desconfianza que le sugería la situación—. ¿Qué está pasando?

Alzó la vista hacia la ciudad en llamas.

Berenice produjo un gruñido nervioso mientras manoseaba la flor. Después de arrojarla al suelo, inició una carrera a gran velocidad hacia Okolona.

Cubrió la distancia a través de la carretera flanqueada por una hilera de arbustos, que casi daban un aspecto decorativo a su entrada a la ciudad. El fuego avanzaba desde la izquierda, mientras Berenice se acercaba por el centro. Las sirenas, gritos de socorro y el llanto de los niños se intensificaban. Era imposible que Teddy fuese capaz de provocar tanto dolor, pensó. Entrecerró los ojos cuando una minúscula idea penetró por un resquicio de su mente. Aquella idea se convirtió en un interrogante que ardía más violentamente que el fuego que avanzaba triunfal por Okolona.

¿Qué fue de Johana en Silverston?

—No, no es posible —se dijo al tiempo que los gigantes de cemento se

alzaban ante ella con decenas de ojos de cristal que la observaban. Pese al tamaño que adquirirían las viviendas, Berenice no se sintió pequeña.

¿Habría reunido Teddy el ramillete de flores para ella?

Convirtió sus puños enguantados en dos rocas y aceleró todo lo que pudo.

—¡Teddy!

Se internó en las primeras calles, seguida por su propia imagen repetida hasta el infinito. Las ventanas de una multitud de edificios estaban encendidas y las cabezas de los propietarios contemplaban el horizonte llameante. Cuatro motocicletas se abrían paso por entre un atasco de coches en un cruce, al tanto los conductores se gritaban unos a otros en medio de un estallido de bocinas. Ninguno de ellos era Teddy. Se escuchó la sirena de un camión de bomberos que se dirigía hacia el incendio.

Berenice giró por una calle a la izquierda, con la intención de acercarse al fuego. Llegó a un parque donde varios coches patrulla formaban una barrera impidiendo continuar. Detuvo la carrera. Su corazón empezó a latir con menos fuerza. Tenía los puños cerrados de impotencia. ¿Dónde estaba Teddy? ¿Cómo encontrarlo entre tantas personas?

Los policías desalojaban los edificios más próximos al fuego. Una mujer sostenía en brazos a una niña que berreaba entre lágrimas. Un policía de cabellos rubios la acompañó fuera de los límites del peligro.

Berenice se unió al grupo de curiosos delante de los coches patrulla. Varios agentes sugerían a las personas que se alejaran, pero no parecía dar resultado. De hecho, algunos tomaban instantáneas con sus cámaras. Berenice parpadeó cuando un reguero de flashes saturó el aire durante un segundo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó un desconocido que usaba su prominente barriga como apoyo para cambiar el carrete de su cámara. Recibió gran diversidad de respuestas, cada una más demencial que la anterior.

Algunos sugerían que el sheriff había iniciado el fuego. Otros, ante miradas de irritación, aseguraron que la comunidad negra era la culpable. Un tipo de poca estatura añadió que él había visto a unos negros reunirse durante varias noches la semana pasada. Estaba convencido de que fue para planear el incendio. Los menos osados dijeron que, tal vez, se debiera a la caída de un tendido eléctrico sobre una zarza reseca. Una mujer en bata, cuyas sienes pinceladas de plata le hacían más vieja de lo que era, anunció que habían sido los dos chicos que estaba buscando la policía.

La mente de Berenice sufrió de una sacudida al escuchar la última declaración.

Mientras las teorías de los hechos quedaban suspendidas en el aire, ella miraba alrededor para cerciorarse de que Teddy no estuviera cerca. Pensó que probablemente se había sentido atraído por el incendio y acudió a curiosear.

Pero una idea no dejaba de crecer y tomar forma dentro de su cabeza.

Entonces vio una reunión de hombres de lo más particular. Un sheriff escuchaba con creciente interés a un tipo en gabardina, que aferraba un rifle de precisión. A su lado permanecía el ayudante del sheriff, alto y desgarrado como un pino reseco, sus brazos agarrotados tenían todo el aspecto de ramas. Berenice advirtió su mirada de odiosa satisfacción. Luego el sheriff, complacido, puso la mano en el hombro del ayudante, quien parecía aumentar en tamaño por momentos.

Berenice empezó a desplazarse hacia la derecha. Una ambulancia quedaba detrás de la furgoneta negra cuyo logotipo la hizo estremecerse.

—No puede ser. Conozco ese símbolo de algo. Lo conozco, estoy segura.

La reunión de extraños individuos tenía lugar junto a dicha ambulancia.

Agudizó la vista. Logró atisbar dos cuerpos sobre camillas que asomaban parcialmente de dentro de la ambulancia. Chocó con el capó de un coche patrulla, y un agente le amonestó.

—Aléjense, por favor. Es peligroso —anunció casi sin prestarle atención. Aunque eso fue una suerte en ese instante, en que ella se encontraba encerrada en la prisión del miedo más desconcertante.

El hombre del rifle alzó una mano señalando la terraza de los edificios. Berenice observó con detalle cómo el sheriff y el ayudante, que aún no había borrado su sonrisa, concedían la razón al hombre del rifle.

—Lamentamos lo de sus hombres —dijo el sheriff, haciendo gesto hacia la ambulancia.

El tipo de la gabardina los miró en silencio durante un tiempo tan largo que produjo una enorme ansiedad en Berenice, que lo miraba todo con suma atención.

—La atraparemos.

¿La atraparemos? El hombre hablaba en femenino, pensó Berenice. ¿A quién debían atrapar?

La ambulancia partió haciendo sonar las sirenas ante miradas de expectación de curiosos que merodeaban por los alrededores; las miradas que escrutaban desde las ventanas siguieron el hipnótico resplandor amarillo hasta que éste se desvaneció en la lejanía.

Los tres hombres se acercaron al coche patrulla tras el cual se encontraba

Berenice. Continuaron intercambiando palabras. El tipo de la gabardina lanzaba miradas fugaces a Berenice sin que en verdad reparase en su presencia. No obstante, ella percibió cómo los ojos se detenían más tiempo en cada vistazo, tanto que en uno de ellos, el tipo enarcó las cejas como si viera a alguien familiar.

Comenzó a mirar a otro lado. Lo último que necesitaba en ese momento era que por alguna razón la identificaran mientras intentaba encontrar a Teddy.

—¿Qué harás con el chico? —preguntó el sheriff.

La sangre de Berenice se congeló al oír aquello.

—Está en la furgoneta, en cuanto atrapemos a los otros dos chicos nos iremos —respondió el hombre de la gabardina.

—Parece increíble que esos chicos hayan matado a esas personas en el estado de Alabama. El mundo se ha vuelto loco.

—Eso parece —dijo el hombre de la gabardina mirando entre el público.

Berenice retrocedió varios pasos y se perdió entre las espaldas de los allí congregados.

Algunos curiosos señalaron a una ventana que estalló en un edificio.

—¡Es mejor largarse de aquí!

—Espero que cojan a los culpables. Malditos críos.

Cuando se produjo el segundo estallido y un brazo de fuego asomó por la ventana, la línea de curiosos se distanció varios pasos. Incluso los policías que mantenían a raya a las personas se sorprendieron.

—¡Atrás, atrás! —exclamó uno de ellos.

El sheriff y su ayudante, que terminaron la conversación con el tipo de la gabardina, ordenaron a todos que se alejaran, que el fuego se acercaba peligrosamente.

Berenice avanzó por el perímetro de personas hasta alcanzar el otro extremo, donde estaban la furgoneta y el Mercedes. Dedujo por las palabras del hombre de la gabardina, que era la furgoneta en que se encontraba Teddy. De hecho el tipo se dirigió hacia ella, abrió la portezuela posterior y, después de mirar unos segundos, volvió a cerrarla. Regresó junto a los policías, observando en todas direcciones.

Giró la cabeza a ambos lados para cerciorarse de que nadie la veía traspasar la línea de coches patrulla y aproximarse a la furgoneta. Era el momento de sacar a Teddy de ahí, y continuar su camino hacia Santuario. Cuando estuvo segura de que nadie le prestaba atención, se encaminó con

paso rápido a la parte trasera. Asió el tirador, que sólo cedió cuando ejerció una fuerza considerable. Tras el chasquido volvió a mirar hacia el cordón policial. Todos andaban distraídos con el incendio. Así pues, penetró en la oscuridad de la furgoneta.

Se vio asaltada por un sinfín de imágenes que le helaron el corazón. Sobre la camilla situada a un lado yacía el cuerpo inmóvil del chico.

—Teddy —susurró.

Meció el cuerpo con las manos enguantadas, pero éste no reaccionó. Dirigió su atención con recelo a la puerta de la furgoneta, porque en cualquier momento podía presentarse el tipo del rifle. Se preguntó si sería con el que habían abatido a Teddy. Insistió con más fuerza y, al ver que seguía sin obtener resultado, le abofeteó la cara, pero sin producir ningún sonido gracias a los guantes. Casi se lamentó de hacerlo, aunque en esas circunstancias no podía tener demasiados miramientos.

—Teddy, despierta de una vez.

Asestó otra bofetada silenciosa a la mejilla.

—Vamos, vamos. Me tocará hacer de salvadora —dijo para sus adentros.

Aferró por los hombros al chico, incorporándolo sobre la camilla. Teddy abrió un párpado adormecido; el otro parecía soldado al ojo. Berenice sintió que su nudo de acero interior se derretía. No le sonrió, no obstante, ya que en su cabeza latía una sola idea: abandonar la zona cuanto antes.

—¿Puedes andar, Teddy?

El chico negó con la cabeza, y Berenice casi creyó oír el chirrido del cuello en dicho gesto.

—¿Qué te han hecho?

Pero el rostro del muchacho era un enorme interrogante.

—Tenemos que salir de aquí. Procura despejarte un poco. Pareces drogado, Teddy.

Pasó un brazo por los hombros de él y lo acercó al borde la camilla.

—Apóyate en mí. Vamos, vamos, baja de la cama. Algo me dice que no estamos a salvo aquí dentro.

Descendió con torpeza de la camilla, una de sus piernas flojeó y a punto estuvo de desparramarse en el suelo igual que una marioneta de madera, a no ser por la firme estabilidad que demostró Berenice a la hora de sostenerle. Ambos caminaron hasta la portezuela. El chico depositó parte de su peso en ella. Berenice le propinó un puntapié y descendió primero. Luego bajó a Teddy con los brazos como si sólo se tratara de un niño pequeño.

—Apresúrate. Tenemos un incendio que avanza hacia aquí. —Miró por encima del hombro mientras sostenía al chico y divisó el fuego que crecía en furia y descontrol. Trepaba con determinación por cada poste de madera y cada marquesina de tela o plástico. Se sentía el caliente fognazo de las primeras llamas.

Con Teddy apoyado en sus delgados pero fuertes hombros, se deslizaron sobre la noche encendida hacia el otro extremo del parque, quedando atrás el cordón policial y la gente. Paró en la esquina del parque, pensando que aquellos árboles serían pasto de las llamas en pocos minutos. El centro del incendio se hallaba a su derecha, donde una marea de rojo, amarillo y dorado buscaba con qué alimentarse. Aquella zona parecía el mismo infierno, que había despertado y devoraba la tierra. Las explosiones que tenían lugar cuando el fuego pasaba por encima de los automóviles, hizo estremecer el cuerpo del chico.

—Tranquilo, Teddy. Jamás dejaré que te ocurra nada. No perderé a otro chico —declaró con la imagen de Brandon en su retina. Miró al frente y a la izquierda tratando de ubicarse. Supo enseguida que por allí, a unas pocas millas, estaban la casa y el establo.

—El fuego, Berenice —logró articular con terrible esfuerzo.

—No te pasará nada, tranquilo.

Cruzaron la calle haciendo caso omiso al disco verde; en aquellos momentos únicamente el fuego derretía el asfalto. Una cabina telefónica era envuelta por completo con un ardiente abrazo. En la distancia, un carricoche moribundo circulaba desprovisto del tejido, como un pequeño animal metálico.

Entonces sucedió lo impensable.

Un viejo con las ojeras como dos sacos de arena los vio avanzar a paso torpe por la acera. Se llevó las manos a la cabeza y el cigarrillo se desprendió de sus labios, precipitándose varios pisos hasta estrellarse sobre el techo de un coche estacionado.

—¡Policía! ¡Policía! Por allá van los chicos que la policía está buscando.

Ella se detuvo con Teddy todavía apoyado en sus hombros. Lanzó una mirada de enojo al hombre, que se convirtió en desconcierto cuando éste desapareció de la ventana y un reguero de sangre salpicó las cortinas.

Berenice, detrás del rumor del infierno, oyó las sirenas de los coches patrulla. Alguien más los había visto y avisado.

—Tenemos que continuar, Teddy. ¿Qué te han hecho?

—No sé. Recuerdo un pinchazo antes desmayarme.

—Pareces drogado.

Continuaron su trayecto por una calle cuyas aceras estaban sembradas por el charco luminoso que proyectaban las farolas. Pasaron junto a cubos de basura, coches estacionados, una camioneta abandonada en un cruce. Pese a todo, el incendio quedaba al otro lado, a dos calles de distancia. A cada esquina que cruzaban, Berenice sentía el embate del intenso calor y el resplandor que lamía sus mejillas.

Entonces, se detuvo en la acera al reparar en la furgoneta negra, obstaculizando la calle; al otro lado adivinó unos coches patrulla con luces azules que inundaban la calle.

11

Cuando Rusell abrió la puerta posterior de la furgoneta y reparó en que el chico había desaparecido, sintió una insólita sequedad ascendiendo por su garganta. Bajo una desesperación insostenible entró; había perdido a la chica llamada Johana y ahora también al chico. Aquello era inadmisibile en su delicado trabajo. Un enojo que se transformó en cólera recorrió todo su cuerpo. ¿Quién había sido esta vez? ¿Cómo era posible que una simple copia se resistiera a la potente droga que contenía uno de los frasquitos?

—No me lo puedo creer.

Recordó el espécimen original.

—Ella le ha ayudado. Está cerca. —Salió de la furgoneta y miró a su alrededor de forma obsesiva—. Estás muy cerca. Casi puedo olerte.

Se palpó los bolsillos y asintió al comprobar que iba bien abastecido de frasquitos.

Ensimismado en sus pensamientos, fue sorprendido por la espalda, era uno de los agentes de policía. Rusell se volvió y contempló a un tipejo con el rostro cubierto de sudor, cejas tan gruesas como puños y la boca retorcida en un gesto de completa inseguridad.

—Nos han avisado de la presencia de un chico y una chica. Dirección sur. Según parece, el chico va aturdido.

Rusell estuvo a punto de explicar a ese zoquete que el chico era el que hacía sólo unos minutos yacía sobre la camilla, pero prefirió ahorrarle los

detalles.

—El sheriff ya ha mandado a cuatro coches hacía allí —agregó el agente—. Nosotros tenemos todavía las pistolas que nos dieron sus hombres.

Rusell asintió, cerró la puerta trasera y rodeó el vehículo. Sentado al volante resolló en un inminente ataque de ansiedad. Observó por el retrovisor al agente volver al cordón de seguridad. Por la ventanilla atisbó el fuego fundiendo una persiana de plástico en el edificio de la esquina.

—Es hora de irse.

12

Berenice pensó que si estuviera sola podría trepar por cualquier edificio, entrar en cualquier casa a una velocidad increíble y desaparecer, pero con Teddy casi auestas no podría llegar a dar dos pasos sin que aquellos policías la atraparan.

De pronto la portezuela de la furgoneta se abrió. El tipo en gabardina salió sosteniendo el rifle. Su expresión estaba cortada por facciones de severidad.

Ella colocó a Teddy a su espalda.

—Teddy, tendremos que correr. ¿Estás listo?

—No puedo, Berenice.

Se escucharon varias puertas abrirse y cerrarse detrás de la furgoneta negra. Aparecieron cuatro policías con sus respectivas armas pegadas al pecho mientras tomaban posiciones a ambos extremos de la furgoneta.

Berenice vio cómo los cañones la apuntaban. Sin embargo, era Teddy quien le preocupaba y no la mediocre velocidad con que brotarían las balas.

—Entonces quédate aquí. Vuelvo enseguida —le dijo, depositándolo en la acera con precaución.

—¿Qué vas a hacer, Berenice? Son policías, darán la orden de disparar. No quiero perderte —le dijo con la voz quebrada.

—Por eso estoy aquí, para que no me pierdas. Saldremos de aquí juntos.

—Espera...

Se irguió. Cerró los dedos de sus manos en puños y caminó hasta el centro de la calle. Percibió el calor que sacudía los edificios al otro lado, donde el fuego avanzaba imparable. A su derecha sonaba la voz del chico que le sugería que no cometiera ninguna locura. Ninguna locura, pensó, y ¿qué era haber dado a un chico el regalo del tiempo? Un chico que había perdido a su

madre. ¿Cómo podía permitirse abandonarlo ahora a su suerte para huir ella sola?

—Sola —susurró—. Nunca más.

—Ponga las manos en alto donde pueda verlas —dijo el sheriff, tomando la iniciativa.

—Mi amigo y yo tenemos un viaje que realizar, es mejor que no se interpongan en nuestro camino.

—Las manos en alto. Quedan detenidos por sospechosos de asesinato.

—No hemos hecho nada malo.

—Podrán hacer declaración en la comisaría, señorita. —El sheriff dio un paso al frente sin dejar de apuntarla.

Berenice dirigió la vista al hombre de la furgoneta. Su cara estaba bajo una clara tensión, aun así, ella advirtió que sabía controlar sus emociones en situaciones como ésta.

—No lo repetiré. Ponga las manos en alto.

—Tenga cuidado, sheriff, es peligrosa —dijo Rusell.

—No se preocupe, ya me he topado con niñatos que se creen muy duros —repuso.

—Tozudos. El mundo está lleno de violencia por tozudos como ustedes. —Con su visión periférica, Berenice se percató de un repentino movimiento tras una de las ventanas del edificio, a la izquierda. En todo caso, la insistencia del sheriff le forzó a poner de nuevo su atención en la calle. En la acera derecha había una tienda de comestibles con el escaparate de cristal atestado de ofertas.

Vio el temor que surcaba el rostro de uno de los agentes situados a la derecha, que se escudaba tras la portezuela abierta del coche patrulla. Pese a la distancia, advirtió cómo su dedo índice empezaba a ejercer una leve presión en el gatillo de la extraña pistola que sostenía. Berenice inició una carrera hacia ese tipo, pero de pronto fue abatida por una figura igualmente veloz, que la desplazó hasta estrellarse con el escaparate de la tienda de comestibles; apresada por fuertes brazos irrumpió en la tienda y fueron a parar al pasillo de latas de conservas, que se desparramaron por el suelo.

Cuando su vista se acostumbró a la escasa iluminación que proyectaban las luces de emergencias, vio bosquejada por las sombras la cara de Johana, sentada junto a ella, desnuda. Sintió un sobresalto en su corazón; no era lo que ahora necesitaba. El problema de Johana añadido al que le esperaba afuera sólo complicaba las cosas.

Johana dirigió su mirada hacia la puerta de la tienda, donde varios policías pasaban de largo. Berenice presintió que se disponían a capturar a Teddy, lo que la obligó a ponerse en pie de inmediato, pero una mano de Johana le apesó el tobillo y la hizo trastabillar.

—¿Qué haces? Suéltame. —Se volvió en el suelo y se lanzó hacia Johana. La aferró de la cabeza y la estrelló con el canto de una estantería—. ¿Por qué has vuelto, Johana? Dame un motivo para que no aplaste tu cabeza bajo mis manos.

—Te he salvado. Agradécemelo. —Esbozó su familiar mueca cargada de ironía—. No puedes enfrentarte sola a todos ellos. Rusell le ha dado la droga a la policía para que te atrapen.

—No sé de qué hablas. Mientes. Eres un veneno peligroso en mi vida. Acabaré contigo de una vez y para siempre.

Los dedos de Berenice comenzaron a hundirse en las sienes de Johana.

—¡Espera! ¡Me necesitas! ¡No puedes ir sola a Santuario! —exclamó—. Esa gente sabe cómo detenernos.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Me capturaron al escapar de la celda de la comisaría de Silverston. Allí estaba Henry.

—¿Qué has hecho con Henry? ¡Dime! —Berenice apretó más sus dedos.

—Nada. Está vivo.

Berenice suspiró y aflojó sus dedos.

—Tu vida por la suya. Ahora vete, Johana. No quiero nada de ti.

Johana se llevó de inmediato sus manos a la cabeza dolorida.

En la calle se escucharon las sirenas de los coches patrulla alejarse.

—¡Teddy! —rugió. Se levantó y corrió hacia la puerta de la tienda. Se asomó con precaución, movida por la nueva información que Johana le había concedido. ¿Cómo podían detenerla? Jamás conoció a nadie que pudiera hacerlo.

Al emerger de la tienda, observó a la furgoneta alejarse escoltada por cuatro coches de policía. A medida que ésta disminuía en la distancia, la impotencia crecía dentro de Berenice.

—No te preocupes por ese chico —le dijo Johana desde dentro de la tienda.

Aquello agravó sus sentimientos, se volvió con los labios tan apretados por el enojo que casi desaparecían de su cara.

—Ese chico es lo único que tengo en la vida. No te pido que lo entiendas. Pero no te acerques a mí, Johana.

—Juntas recuperaremos a ese chico, hermanita.

Quiso creerla. Si en verdad tenían una droga que podía detenerla, Johana le resultaría de mucha utilidad. No obstante, la desconfianza que sentía por ella no se desvanecería con facilidad.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—No lo hago por ti, hermanita, sino por mí. No quiero que haya nadie en este mundo que pueda destruirme. Y esa gente, sea quien sea, puede hacerlo. No sé quiénes son, pero será mejor que nos andemos con cuidado.

—Tu miedo no será un buen aliado.

—Deja tu filosofía barata a un lado. Esa gente es peligrosa.

Ambas contemplaron el final de la calle en silencio, donde el fuego no obstaculizaba que las estrellas titilaran en la noche.

Johana comenzó a caminar en dirección recta.

Berenice no tuvo otra opción por el momento que seguirle el juego.

—¿Eres la causante del incendio?

—Es una larga historia —dijo Johana con una risita aguda.

13

Johana se detuvo frente a una tienda de ropa. Se miró con fastidio y dijo:

—Espera. Quiero vestirme con ropa digna del duelo final.

—¿Duelo final?

—Sí, ¿no te gusta?

—Pareces emocionada.

—Lo estoy, hermanita. Vamos a trabajar codo con codo.

Abrió la puerta sin molestarse en comprobar que no fuese sorprendida. Berenice supuso que el hombre que portaba los frasquitos que le había mencionado Johana se dirigía a Santuario. Así pues, cualquiera que pudiese sorprenderla no era rival para Johana, quien desaparecía en la oscuridad de la tienda mientras saltaba la alarma de seguridad. Al cabo de unos segundos asomó su rostro cruzado por una sonrisa enorme.

—¿No vienes? Ese vestido no te va nada.

Berenice le sonrió por primera vez desde que se vieron hacía ya milenios, en Silverston. Después de mirarse el vestido surcado por varias manchas, se dijo que ella tenía razón.

La tienda lucía un ostentoso letrero que anunciaba su nombre a los cuatro vientos: La moda femenina a tu alcance. El interior era más grande de lo que se apreciaba desde fuera. Las paredes estaban colmadas de estanterías repletas con pantalones de todo tipo, y en el centro de la tienda dormitaban mesas circulares donde no quedaba ni un hueco entre la ropa por el que asomase la madera. Del techo pendían lámparas de tela naranja que hizo suponer a Berenice que durante el día los clientes disfrutarían de un elegante tono anaranjado.

Johana se deslizaba como una sombra, seleccionando de manera meticulosa sus prendas. Luego desapareció dentro de uno de los cuatro probadores situados al final de la tienda.

—¿Por qué decidiste ir a Santuario? —preguntó, con una voz ahogada por la diminuta estancia en la que se encontraba.

—Siento que pertenezco a ese lugar —confesó Berenice con una voz hipnótica.

—Espero que estés equivocada. Date prisa, no tardará en aparecer la policía.

Berenice se detuvo delante de hileras de botas para mujer, colocadas sobre estanterías de madera pulida. Seleccionó un par de botas negras con cordones y cremallera vertical. Arrebató los *jeans* negros con roturas sobre las perneras al maniquí que contemplaba la noche desde el escaparate. En las perchas divisó una chaqueta de cuero parecida a la que había usado en Silverston, con la cremallera al lateral. Cuando pasó delante del probador en que estaba Johana, escuchó el siseo constante de la ropa.

—No podemos distraernos con esto, Johana. Es mejor que demos alcance a la furgoneta negra.

Johana apareció en el umbral del probador. Le dedicó una sonrisa endurecida y dio varias vueltas para que ella la evaluara. Lucía unos pantalones vaqueros junto a unas botas de terciopelo marrón. Johana se abrió la elegante chaqueta azul mientras daba vueltas con una coquetería fingida.

—¿Qué te parece?

—Me parece bien —contestó Berenice, sin involucrarse demasiado en el teatro de ella. Estaba convencida de que aún buscaba su absurda venganza particular.

—Has dicho que vamos al bosque, así que he dejado atrás los vestidos elegantes.

—Así es. Y te sugiero que uses guantes para no infectar a nadie.

Berenice cerró la puerta del probador y, tras desprenderse del vestido de la madre de Teddy, se enfundó la nueva ropa. A medida que el nuevo tejido cubría su piel, volvía a encontrarse consigo misma, la vieja y más peligrosa Berenice. Sabía que Teddy le había hecho deshacerse de las partes más oscuras de su personalidad. Sin embargo, en la misión, probablemente era necesario tener la determinación de Johana.

Al salir del probador no la encontró por ninguna parte y comenzó a experimentar de nuevo la impresión de que no podía confiar en Johana. Pero en cuanto abandonó la tienda vio que estaba en la esquina fumando un cigarrillo, cuyo humo la envolvía de forma misteriosa. Tenía la vista puesta en el horizonte.

Berenice dejó cincuenta dólares en billetes de dólar encima del mostrador de cristal, y salió dejando atrás el estridente sonido de la alarma. Divisó a dos vecinos asomados con un teléfono en las manos mientras movían, nerviosos, los labios.

—Están llamando a la policía.

—Sí. No se puede esperar nada de las personas —replicó Johana.

Capítulo 22

1

Los edificios del centro urbano de Okolona quedaron reducidos a poco más que construcciones sombrías y silenciosas. Los bomberos finalmente fueron capaces de amansar el incendio, pero como tributo se había cobrado las vidas de tres ancianas y un hombre minusválido que, aunque abandonó la silla para descender las escaleras, le fue imposible avanzar a rastras más de prisa que las llamas. En otro punto de la ciudad, viviendas de madera ardieron por completo mientras una mujer salía a tiempo con su niña en los brazos; sin embargo, la niña dejó atrás parte de su infancia cuando su osito, al que había apodado Bobo, se consumía por el fuego debajo de la cama.

En todo caso, los habitantes miraron confiados el amanecer del día siguiente, muchos vecinos colaboraron entre ellos para levantar de nuevo las casitas de las afueras, situadas junto a la gasolinera donde se inició el fuego. De hecho podían estar de enhorabuena, puesto que la causante del fuego se encontraba a millas de distancia, conduciendo un deportivo rojo robado. A su lado iba Berenice con los ojos fijos en la carretera y sin pronunciar palabra.

El irritable silencio se debía a su primera discusión, cosa que era de esperar junto a Johana. Aunque fue Johana quien tomó la iniciativa de «tomar prestado el coche» —como ella misma lo denominó— Berenice no desestimó la idea. Pero dejó que fuera ella la que golpease al tipo que salía del automóvil después de estacionarlo frente a la sucursal de un banco. Berenice intervino, apresando la mano de Johana cuando reparó en que iba a matarlo.

—¡No! —exclamó.

Johana, con un gesto de resignación, dejó libre al tipo, aunque le advirtió que no avisara a la policía, o volvería la noche menos esperada. Berenice la volvió a amonestar cuando acercó su cara a la del hombre, con la intención de infundirle miedo al tanto que añadía nuevas amenazas.

—Déjale en paz.

Mientras el deportivo rodaba por una de las carreteras secundarias de Arkansas, rumbo al Bosque Nacional Ouachita, al otro extremo del estado,

Berenice meditaba acerca del problema en que se hallaba Teddy por haber decidido ir con ella. Se sentía culpable, cosa contraria en Johana, que con su voz irrumpió en el silencio.

—Deberías haberme dejado matar a ese hombre ricachón. No quiero más problemas en este viaje. Me gustaría que todo fuese bien.

—No estamos de vacaciones —dijo sin apartar la vista de la carretera—. Y no dejaré que mates a nadie, es la condición que te pongo si quieres ir conmigo a Santuario. Si no te interesa, puedes marcharte.

Johana no respondió enseguida. Se tomó su tiempo para encontrar una respuesta acertada, pero tras varios segundos sin dar con ella, se limitó a sonreírle mientras aumentaba de marcha.

El viento pasaba sobre el parabrisas del descapotable rojo y agitaba el cabello de ambas chicas con frenesí. Berenice advirtió que a Johana le gustaba aquella sensación, porque aunque el silencio era denso y no hacía más que acentuar sus diferencias, ella no dejaba de sonreír de un modo soñador.

Se detuvieron en una gasolinera a repostar. Johana miró la gasolinera sin borrar su sonrisa, casi parecía estar tallada de por vida en su cara.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Oh, nada, nada, hermanita.

No obstante, Berenice sabía que sin duda por la mente de Johana surcaban imágenes de la gasolinera de Okolona, claro que ahora inexistente. Horas antes le había sonsacado dónde y por qué había empezado el fuego. No comprendió los motivos, pero el lugar estaba claro. Era difícil entender las motivaciones que la llevaban a realizar tales actos; parecía haberse quedado estancada en la edad de cinco años... pero con el añadido de sus cualidades.

Un hombre cuyo rostro estaba embadurnado por grasa de coche les dijo, desde el mostrador de la gasolinera, que debían entrar a pagar.

—¿Pagar? Qué estupidez. Nos largamos.

—Johana.

—¿Qué pasa ahora? Se supone que tú tienes más prisa por ayudar a Teddy.

—Sólo será un momento —dijo a la vez que cerraba la portezuela del deportivo. Se encaminó con su ropa negra; la chaqueta de cuero emitía leves destellos bajo los intensos rayos del sol.

Advirtió cómo los ojos del tipo se abrían con un sobresalto. Cuando estuvo ante el mostrador, depositó la cantidad justa. Sabía que una cara más amable tranquilizaría al pobre hombre, pero con su amigo en peligro, lo último que

deseaba era falsear una sonrisa.

—Gracias.

El hombre no dijo nada, su mirada continuaba puesta en la ropa de ella, tan oscura que contrastaba téticamente con sus pálidas facciones.

Cerró la portezuela del coche mientras se sentía observada por el gerente de la gasolinera.

—Te comportas como una estúpida. Si yo tuviera a mi novio en peligro aplastaría la tierra. No era necesario pagar a ese idiota. —El motor del deportivo rojo volvió a despertar dotado de su alimento.

—¿Mi novio? —murmuró, sorprendida.

—Claro. Mi hermanita se ha echado novio.

—Es posible. He pagado porque a Teddy le habría gustado este comportamiento.

—Ah. ¿Y cómo es eso de tener novio formal? —preguntó mientras se colocaba las gafas de sol. Ahora el viento podía soplar cuanto quisiera. Pisó a fondo y el vehículo patinó sobre el asfalto dejando dos surcos de caucho quemado—. ¡Sí, vamos! Ahí se queda el recuerdo de mi visita.

—Bonito. —Berenice recapacitó acerca de la palabra que había usado, y observó que no era suficientemente intensa. Pensó que aunque Johana era una mujer con signos de psicópata, había conseguido explicarlo mejor.

Si yo tuviera a mi novio en peligro aplastaría la tierra.

—Me siento viva desde que le conozco, llena, ahora las cosas tienen un propósito.

Johana no dijo nada. Contemplaba la carretera con la determinación de un pistolero, pero Berenice vio que su sonrisa había desaparecido.

Tras varios minutos de silencio Johana dijo:

—Abre la guantera y mira qué música tiene este hombre.

Berenice pensó que la música llenaría el silencio. Era una buena idea. Había un compacto de Bob Dylan entre otros grupos, nada que sedujera a Johana. Entonces ella encendió la radio y de pronto las chicas se vieron sorprendidas por los duros acordes de los Guns N' Roses. Johana cambió de dial hasta que las notas de un concierto de piano dieron un mejor tono al viaje.

—Así está mejor.

Berenice le preguntó si aún tocaba el piano. La respuesta aunque se hizo esperar, fue afirmativa, y que lo había estado haciendo durante años en diferentes restaurantes de Boston.

—Yo también he trabajado, hermanita —dijo de pronto—. Quería saber qué era eso que repetía mi padre constantemente, ganarse el pan con el sudor de la frente. Pero como en otras tantas cosas, estaba equivocado.

Berenice notó el cambio en la voz de ella, que adquiría un claro desdén. Por un sinfín de razones prefirió no preguntar; en su mente sólo tenía cabida la imagen de Teddy.

2

Parker había permanecido oculto en una vieja ferretería clausurada temporalmente por plaga de termitas. Desde allí hubo de soportar una vez más la presencia del miedo, corroyéndole todos los huesos mientras observaba a Berenice y Johana estrellarse en el interior de la tienda de comestibles. Minutos después, la furgoneta negra pasó frente a la ferretería escoltada por los cuatro vehículos de policía. Se apresuró a volver a su Lincoln antes de que la furgoneta abandonara la ciudad.

La había seguido por vías principales atestadas de tráfico, lo que contribuyó a pasar desapercibido, hasta Hot Springs, Arkansas, una localidad acotada por manantiales y lagos en el sur, y rodeada de espesos bosques en el oeste. La furgoneta frenó en seco en la esquina de un edificio ruinoso, cuyo esqueleto de cemento no soportaría otra década más.

El Lincoln continuó circulando no sin antes echar una ojeada por el retrovisor. El tipo de la gabardina brincó del interior con notable animosidad y se encaminó hasta la trasera del vehículo. Al cabo de unos minutos, Parker observó intrigado cómo la pequeña antena direccional sobre el techo apuntaba al oeste.

—Los bosques —musitó—. ¿Por qué se dirige a los bosques?

No sabía qué hacer. La furgoneta continuaba estacionada y Parker no podía detenerse cerca si quería mantener su intención de seguirle. Buscó cualquier lugar que le proporcionara una excusa para apearse sin levantar sospechas. Vio un bar situado en la calle contigua. Condujo hasta la puerta, se apeó del coche y volvió a mirar por encima del hombro. La furgoneta permanecía sin dar señales de vida. Consideró que era una distancia prudente.

Desde la barra del bar podía tener controlada la furgoneta. El barman se acercó con aires de indiferencia y apoyó sus gruesas manos en la barra. Su frente se prolongaba hasta la coronilla. Y su mirada de impaciencia hizo que Parker pidiera lo primero que le vino a la mente. El hombre depositó un vaso con hielo y vertió Jack Daniels.

El hecho de estar más pendiente del propósito del viaje hizo que olvidara el vaso. Seguir a aquella furgoneta y no a Berenice había sido un cambio acertado y menos peligroso. Aunque sabía que ella no le haría daño, no podía confiar en la otra mujer que ahora la acompañaba. No llamó a la comisaría de Silverston para comprobar por qué Johana se encontraba libre y sin juicio. Sabía la respuesta.

Al salir reparó con una mezcla de sentimientos que no supo definir, en que la furgoneta no se había movido; una parte era de preocupación con una pizca de desconcierto, el resto era un nerviosismo que aumentaba a medida que transcurrían los minutos y la furgoneta no daba muestras de continuar el viaje. Parker miró en derredor, y detuvo su vista en el tupido verde que se extendía varias millas hacia el oeste. Las calles que se prolongaban por aquella zona, consistían principalmente en viviendas individuales y no serían un problema para la comunicación por radiofrecuencia. Daría el resto de latas de cerveza que aún tenía en el maletero por saber con quién hablaba.

Entonces se escuchó el sonido de una puerta que se cerraba. El tipo apareció con la mirada sombría. Su animosidad había desaparecido y una red de facciones fruncidas surgía bajo los ojos en gesto de impotencia. Parker conocía aquella expresión; cientos de veces en Chicago tuvo que obedecer órdenes aunque no le gustaran. Pensó que al hombre sin duda le sucedía lo mismo. Y eso le indicó a Parker que ese hombre trabajaba para alguien. Había un jefe.

El motor de la furgoneta irrumpió en el silencio de la calle y pasó ante la mirada de Parker a toda velocidad. Las prisas ocupaban ahora la misión.

No tardó en estar frente al volante, con el corazón botando en el pecho y la garganta tan seca como la arena del desierto. Salieron de Hot Springs y tomaron la ruta 270 que los adentró finalmente en los bosques de Ouachita. El repentino cambio del cemento de la ciudad al profundo verde de los bosques produjo en Parker una insólita sensación que sólo supo catalogar como la incertidumbre que experimenta uno cuando va a merced de algo desconocido. El camino continuaba siendo de asfalto, sin embargo, éste dejó de tener la firme consistencia y Parker creyó que pronto pasarían a caminos

de tierra. Pese a lo solitario que estaba todo, en el linde de la calzada asomaba alguna que otra casita de madera con aspecto abandonado. Un cartel de madera mohosa, cuyo poste se alzaba torcido junto a un grupo de arbustos, rezaba Crystal Springs pintado en blanco.

La furgoneta aminoró la marcha. Lo que hizo que su corazón trotara a mayor velocidad y reapareciera su dolor en las cervicales.

El denso bosque se abrió de pronto en un gran claro en que se erguían decenas de viviendas, y la visión de Parker se vio asaltada por innumerables letreros que invitaban al turista a detenerse. En primer lugar apareció el pintoresco Angler Motel, una construcción con tejado de tejas naranjas de una sola planta; junto al camino de acceso un césped. Parker contó dos vehículos en la zona de aparcamiento. A continuación la licorería Lewis Liquor. Al otro lado, el campamento Clearfork, lugar donde pasar unos días de actividades mientras se admiraba la inmensidad de los bosques de Ouachita.

Por lo visto el tipo de la furgoneta no pensaba aceptar ninguna de las invitaciones. Aumentó la velocidad hasta llegar a un cruce donde el asfalto desaparecía de pronto, y se perdió en el interior de la marea de copas verdes que ocultaban el cielo con su techado.

Parker detuvo el Lincoln en la cuneta y vio cómo la furgoneta decrecía hasta convertirse en un punto negro rodeado de intenso verde. Esperó hasta que fuera prudente internarse por el camino de tierra, pero un cartel metálico situado a la derecha indicaba que era un camino privado, y lanzó un suspiro. Apoyó el brazo en la portezuela mientras cavilaba acerca del próximo paso, porque no podía aventurarse a tomar el itinerario privado. El viaje había terminado.

Al cabo de unos minutos vio a un hombre con una gorra blanca de béisbol. Se encontraba delante de una camioneta y depositaba los utensilios de pesca en la parte trasera. Se detuvo, contempló el cielo, limpiándose el sudor de la frente y reanudó su tarea.

Parker descendió del Lincoln y se encaminó hacia el tipo. A medida que se aproximaba, sus narices se vieron inundadas por el fuerte olor a pescado.

—Parece que va a tomar un buen banquete, amigo —dijo con voz animosa.

El hombre se volvió con un cubo en una mano. Escrutó a Parker de arriba abajo y dijo:

—La pesca es una excelente afición.

—Apuesto a que usted es un buen pescador.

—Se hace lo que se puede en los lagos al otro lado de este bosque. ¿Desea algo en particular?

—Sí —reconoció con una sonrisa—. Me preguntaba si sabía adónde conduce aquel sendero.

El hombre guardó silencio durante un segundo, en que Parker comenzó a sentirse nervioso por si había hecho alguna pregunta inoportuna. Por el momento prefería no anunciar que era policía.

—Conduce a unos viejos laboratorios de antes de la guerra, de la Primera Guerra Mundial. Pero están abandonados.

—De antes de la guerra —murmuró Parker.

—Exacto —dijo, y depositó el cubo en la camioneta—. Todo el mundo lo sabe por aquí. Se cuentan todo tipo de historias acerca de los experimentos que se llevaron a cabo. Pero son todo habladurías, ya sabe cómo es la gente.

Parker asintió.

—Ahora sólo es un lugar donde los jóvenes se reúnen a beber y..., bueno todo lo demás, ya sabe —continuó el hombre, secándose de nuevo el sudor de su frente—. Menudo verano nos espera.

Parker se figuró que ese tipo no había visto a la furgoneta adentrarse por el camino.

—Gracias por la información, amigo.

—No tiene por qué darlas. —El hombre se dirigió hasta la puerta del conductor, la abrió y antes de entrar, miró a Parker y añadió—: Dicen que algunas noches se oyen gritos de muchachos. Y yo siempre les digo que efectivamente son gritos de chicos y chicas que acuden al lugar a..., bueno, ya sabe. Acuden con sus coches y se besuquean.

—Sí, lo comprendo. Gracias una vez más.

El hombre entró en la camioneta.

Parker se dijo que era el momento de hacer lo mismo. Esperó dentro del Lincoln hasta que la camioneta emprendiera la marcha. Como decía Julia en ocasiones, pensó, si vas a hacer algo que pudiera a llevarte a levantar sospechas, será mejor que nadie te vea haciéndolo.

Con una sonrisa fugaz en el rostro, giró el volante y entró en el camino.

El calor de la hoguera que crepitaba en el centro del claro, acariciaba las mejillas de Berenice. Ella y Johana habían alcanzado la zona intermedia de los bosques de Ouachita una hora antes, en plena noche. Lo primero que advirtió fue el repentino frío que vagaba en las profundidades del bosque. Sobre todo al descender del automóvil. Se habían detenido a petición de Johana, quien, aunque no mostraba signos de cansancio, comenzaba a estar inquieta. Durante el viaje no dejó de repetir una y otra vez que se acercaban a un lugar peligroso. Berenice no replicó esa opinión, porque ella misma desconocía hasta dónde alcanzaba el peligro con que toparían.

Berenice se incorporó apoyando las manos en el suelo. Miró en derredor. La luz del fuego no revelaba lo que había al otro lado de la muralla de árboles que los separaba de Santuario. Y pese al calor del fuego que danzaba junto a ella, continuaba experimentando el frío del lugar.

Johana se encontraba tumbada sobre una tela que había sacado del maletero del deportivo. Berenice se preguntó si dormía en realidad.

Encogió las piernas al pecho y las rodeó con sus brazos. Exhaló el aire de la boca en un gesto de impaciencia. Esperaba que Teddy todavía estuviera vivo.

—Teddy. Me duele tanto haberte metido en esto.

Evocó las palabras de Henry Hughes, las cuales parecían dichas cien años antes.

Sé todas las teorías del amor que haya que saber.

El amor no es una teoría. Es la vida. Y eso no lo comprendes.

Berenice cerró los ojos con fuerza.

—Tenías razón, Henry. No sabía nada.

Reflexionó en cómo había cambiado su mundo interior. No hacía tanto tiempo, la anterior Berenice hubiera puesto su vida en primer lugar y no hubiera arriesgado nada por un chico. Ahora una desconocida atracción, tan poderosa como un imán del tamaño de un edificio, la empujaba hacia Teddy. Quería ayudarlo. Necesitaba ayudarlo.

—Si ese hombre te pone una mano encima, Teddy...

Johana empezó a emitir sonidos guturales. Berenice supuso que eran pesadillas; pero no quiso saber qué clase de imágenes pululaban en su mente. Entonces abrió los ojos, cuyo brillo feroz competía con el parpadeo de las estrellas.

Berenice supo enseguida lo que sucedía.

El cuerpo se retorció como una muñeca de trapo. Berenice sintió bajo su

cuerpo el golpe que ella arrojó al suelo al tiempo que se erguía como una cobra ávida de vida... la tan necesaria vida. La vida de otras personas. El grotesco alarido que brotó de su garganta estremeció al mismísimo bosque, donde el silencio pareció materializarse.

—¡No! ¡Otra vez no! —Los ojos se posaron en Berenice como dos esferas de fuego blanco—. Es tu maldición. Tu maldición.

Berenice advirtió que esa vez no usó la palabra hermanita.

—Desde que vivo con esto he querido decírtelo. Ya lo sabes. —Su voz estaba impregnada por el dolor más gélido.

—Lo siento.

—Con eso no basta.

—Te recuerdo que yo también paso por eso. —Berenice percibió la mirada de aversión hacia ella.

Johana apartó su mirada y se internó en el bosque. Horas antes se habían desviado por un camino anterior a Crystal Springs, y Berenice estaba segura de que se dirigía hacia allí. Esta vez no fue tras ella para impedirle matar a alguien. Como bien había dicho, era su maldición. Y detestaba que Teddy tuviera que pasar por eso para poder estar junto a ella y tocarla, abrazarla.

—Ojalá estuvieras aquí ahora, Teddy. Ojalá estuviéramos lejos de todo esto. Todo es por mi culpa —dijo, y se puso en pie—. Yo te he metido en esto, pero te sacaré, te lo prometo, mi amigo.

Cerró sus manos enguantadas con el cuero negro adquirido en la tienda. Empezó a respirar con dificultad debido al imprevisto sentimiento que se agrandaba dentro de su pecho. La culpabilidad emergió de ella como lazos de fuego. Sin embargo, en ningún momento sintió la derrota, no se permitió dicho sentimiento, porque en ese caso Teddy estaría perdido.

Antes de lo que Berenice habría creído, el silencio de la noche fue salpicado por un grito procedente de Crystal Springs.

—Johana volverá pronto y continuaremos hasta Santuario.

Se volvió y miró, desafiante, la cúpula de piedra que asomaba por encima de las copas de los árboles. Durante un segundo se dijo que ella sola podía enfrentarse a cualquier cosa que hubiera en ese lugar, al que había sido conducida por las voces. ¿Voces de quiénes? ¿Eran amigos o enemigos? Se resignó a que Johana volviera.

Entornó los ojos al tiempo que resoplaba.

—Ya está —dijo una voz a su espalda.

—Te agradezco tu rapidez. Es hora de seguir.

—Yo en cambio no te agradezco nada, hermanita.

Se percató de que la voz de Johana volvía a tener su malsonante ironía y consideró que todo volvía a estar bien, al menos lo bien que permitía la situación.

Después de que apagaran el fuego, ambas continuaron su camino por entre los árboles. Johana dejó su ropa en el claro.

—Pensé que querías ir vestida para la ocasión.

—No. No me siento cómoda con la moda de estos tiempos. Además, creo que adonde vamos no es necesaria demasiada delicadeza, ¿verdad? Pero sí que echo de menos un cigarrillo.

Berenice le concedió una sonrisa.

Caminaron con precaución por entre los densos matorrales. Johana sufrió de algunos arañazos en su piel desnuda, pero desaparecieron como si nunca hubiesen estado ahí.

Berenice miró las ramas de los árboles y asintió.

—¿Te gusta escalar?

—Prefiero el suelo —respondió, mientras Berenice se arrimaba a un grueso tronco y ascendía por él.

Cuando se encontró con los pies firmemente sobre la rama, hizo a un lado un grupo de hojas y divisó por primera vez Santuario.

Una edificación con aspecto de haber sido ideado por una mente fría, se alzaba con soberbia en medio de la naturaleza. El gris de la piedra caliza desentonaba con el verdor del lugar. Ventanas sin cristales dispuestas a un lado y a otro de la fachada parecían observarla, como si el frondoso bosque que ocultaba a Berenice no fuera suficiente. Como si aquella masa de roca estuviera viva y presintiera cuando alguien se aproximaba.

El rumor entre la maleza delataba el avance de Johana, quien se detuvo de pronto. Berenice supo el motivo. Un murmullo de voces llegaba hasta ellas. Johana continuó en cuclillas hasta el borde del bosque, y con las manos apartó las ramas que le impedían ver.

Berenice no veía la entrada principal de Santuario. Saltó de una rama a otra con la destreza de un mono, caminó por las ramas como una equilibrista hasta que tuvo frente a sí la zona más baja de la construcción de piedra. Distinguió un coche a varios metros de distancia del camino de gravilla que conducía a Santuario. En el otro extremo, junto a la edificación, se encontraba la furgoneta negra estacionada. La furgoneta que transportaba a Teddy.

Pronto el pensamiento fue interrumpido por las voces de dos hombres que

discutían acaloradamente.

4

Parker aferró con fuerza el volante en cuanto la luz del día desapareció dentro del bosque. Circuló despacio, sin perder de vista ningún detalle. Las ramas de los árboles arañaban el techo del Lincoln, lo que contribuía a aumentar su nerviosismo y el dolor de las cervicales. El camino se estrechó, las ramas de los cientos de árboles a ambos lados chocaban contra la ventana, como si una marea de fans alocadas se abalanzara sobre el automóvil. Perdió el control durante un segundo en una repentina curva; estuvo a punto de desprenderse por una pendiente atestada de afilados arbustos. Retomó el control del Lincoln y, durante tres horas, condujo hasta el final del sendero abrupto.

Allí vio una pared de piedra pulida que se alzaba, asomándose por entre las copas verdes. Frenó en seco. Era el momento de continuar a pie y armado. Cerró la portezuela, miró en torno a él y trató de hallar en su interior el valor necesario. Por mal que estuvieran las cosas, estaba cerca de averiguar qué hacía a Berenice como era; sobre todo, añadir la última y anhelada pieza al caso de Chicago.

Pero sólo caminó un par de pasos.

Una voz procedente de algún punto que Parker no supo situar le ordenó que se detuviera y arrojase el arma al suelo.

—Creo que...

—Calle. Arroje el arma lejos. —La voz se escuchaba ahora desde un ángulo distinto, lo que llevó a Parker a pensar que el tipo se movía con rapidez y conocía la zona—. Gírese despacio.

Parker obedeció.

—Así, bien. Con las manos en alto.

El tipo de la gabardina salió al camino desde el interior del bosque. La figura permanecía amparada por las sombras de la noche.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

Parker buscó una excusa creíble, pero con el arma le sería difícil.

—Me hospedo en el motel que hay en Crystal Springs —aventuró, cambiando adrede su expresión por la de alguien despistado que se había

perdido.

—Hummm. —El hombre se desplazó a un lado sin dejar de apuntarle con el revólver—. Ningún turista tiene permiso para adentrarse en este camino. Será mejor que deje de mentir. No tiene usted aspecto de turista.

—Iba con unos amigos en dirección al lago, pero me perdí.

El hombre mantuvo su cara inmóvil igual que una máscara de hielo.

—La verdad es que no soy un turista —añadió Parker.

—¿No me diga?

—Soy policía —espetó.

—Hummm... Interesante. Eso cambia mucho las cosas —dijo, mirando el arma que sostenía en la mano—. Me veré obligado a gastar una bala de este revólver.

—Asesinar a un policía no me parece buena idea. Atraeré a este lugar a mi equipo.

El hombre encogió su rostro para luego estallar con una sonora carcajada.

—Se equivoca usted. Se encuentra solo desde que me sigue en el Lincoln.

Parker retrocedió un paso. Su arma se encontraba en el suelo a escasos metros, aun así, no sería tan rápido como para cogerla antes de que una bala perforase su carne. Cuánto le habría gustado tener la velocidad de las chicas..., y la de Teddy. Entonces desvió la mirada hacia la furgoneta. Se preguntó si el chico aún estaría dentro.

Sin nada más en mente, Parker trató de ganar algo de tiempo para pensar.

—Dígame qué clase de cosas hacen ahí dentro —dijo, y señaló con un dedo la entrada de Santuario.

El tipo entornó los ojos y guardó silencio.

—Si yo estuviera en su pellejo, a punto de morir, no me preocuparía demasiado por lo que ocurrió ahí dentro.

Parker advirtió que había hablado en tiempo pasado. Dirigió la vista a Santuario. Sintió un escalofrío al figurarse el helor que parecían desprender aquellas piedras.

—¿Por qué habla en pasado?

—Porque aquí ya no ocurre nada —masculló, dando un paso hacia Parker, quien vio el cañón del revólver demasiado cerca, y cuyo interior parecía un túnel oscuro.

—Creo que hemos empezado con mal pie, como suelen decir —dijo Parker agitando las manos.

El mundo pareció encogerse en sólo un segundo tras el estruendo del arma.

La bala había aterrizado a unos centímetros del pie izquierdo de Parker, levantando polvo y gravilla. Cuando recuperó la conciencia de la situación comprendió que el tipo iba en serio.

—Mantenga las manos quietas donde pueda verlas. La próxima bala irá directa a sus intestinos.

Entonces el tipo desvió la mirada por encima del hombro, a algún punto entre la entrada de Santuario y el bosque. Todo se precipitó a una velocidad que impidió determinar a Parker lo que había sucedido tras el estruendo de un nuevo disparo. Principalmente porque su rodilla izquierda había quedado reducida a una horrible hendidura astillada, y el dolor afloraba igual que miles de agujas hurgando, obligándole a caer al suelo.

—¡Eh! —gritó el hombre a la figura desnuda que penetraba en Santuario. Aferró su arma con ambas manos—. ¡Quieta! —Apretó el gatillo repetidas veces, pero la figura no fue abatida.

Antes de que Parker pudiera parpadear, sintió dos manos poderosas en torno a él, en un abrazo. Se vio arrastrado hacia el linde del bosque.

—¿Qué es esto? —logró articular.

—Silencio.

Tardó en reconocer las facciones de Berenice, éstas se encontraban cubiertas por una fina red de arrugas que partía desde la comisura de los ojos hacia las mejillas.

—¿Qué se cree que hace aquí? —le amonestó ella, mirando en dirección a la furgoneta—. No quiero hacerme responsable de más personas. Le han herido.

Las palabras sonaron como una piedra sobre su pecho.

—No. Tengo derecho a saber qué está pasando, y por qué has decidido venir aquí. Todo esto suena a ciencia ficción.

—Es un policía cabezota. Le matarán.

—¿Qué hay ahí dentro?

—No lo sé. Pero quédese aquí, oculto. No puedo controlar a Johana y a usted mientras salvo a Teddy. ¿Comprende? —Rasgó una generosa porción de tela de su camiseta y le vendó la rodilla, dejando libre lo poco que quedaba de la rótula. A continuación se alzó y desapareció entre los árboles.

Parker miró alrededor en busca del tipo del revólver, que se hallaba frente a la puerta de Santuario, prestando atención a la intrusión de Berenice y Johana.

—Maldita sea —susurró con voz quebrada por el dolor. En aquel estado no podía caminar se dijo, y enseguida levantó la vista hacia las ramas. Podría

utilizar una rama gruesa como un báculo para apoyarse. Nadie le impediría saber qué ocurría en Santuario.

5

Johana se detuvo en cuanto las tinieblas del lugar la cubrieron por completo. Sintió el frío del lugar posarse sobre ella como una segunda piel. La entrada reflejaba la obsesión del constructor por la edad media; un pesado portón de madera con una enorme aldaba en el centro. Tuvo la absurda impresión de encontrarse en el interior de una mazmorra.

Escuchó el silencio y, tras asegurarse de que nadie le seguía, continuó en línea recta por lo que parecía ser un gran recibidor. De las paredes de piedra colgaban retratos de un viejo de mirada gélida. Dos armaduras medievales custodiaban una ancha escalera enmoquetada.

Miró en derredor. Empezaba a sentirse observada por unos ojos invisibles. Se rodeó con sus brazos pese a que no era frío lo que experimentaba.

Declinó subir por las escaleras porque había una puerta de madera coronada por un escudo familiar, cuyo centro eran dos serpientes enroscadas en un falo.

Abrió la puerta y descendió hacia una oscuridad salpicada por puntos difusos de luz, procedente de velas alojadas en huecos en la pared. Las lenguas de fuego eran como diminutos bailarines. A medida que bajaba escalón a escalón, una extraña presión comenzó a inquietarla. Un pasillo angosto se alargaba como una oscura pesadilla hasta el infinito.

—¿Por qué Berenice ha querido venir a un lugar como éste? —Su voz se extendió similar a un eco mortecino que sacudió las llamas que se agitaban sobre candelabros forjados en la pared.

—Entra y lo sabrás.

Johana se vio asaltada por centenares de sentimientos contradictorios que bulleron dentro de su cabeza. La voz era falsamente apacible y sus ecos cavernosos todavía se deslizaban por los corredores.

6

Berenice, después de rodear la edificación de piedra por detrás, detuvo su carrera en el límite del bosque. Frente a ella estaba la furgoneta en que partió preso Teddy. Se agachó en cuanto vio aparecer otra vez a Rusell, con el revólver en sus temblorosas manos; giró sobre sus talones desplazando el cañón del arma en derredor. Se acercó a la parte trasera, abrió la portezuela y entró.

El hecho de que el tipo volviera a asomar la cabeza, hizo pensar a Berenice que estaba receloso de la situación, y eso la inquietó; si dicho recelo le conducía al hombre a hacer daño a Teddy...

Rusell desapareció de nuevo dentro de la furgoneta. Berenice se apresuró a correr hacia la portezuela de la furgoneta. Posó la mano en el tirador mientras escuchaba murmurar al hombre algo incomprensible. Antes de que ella infundiera la fuerza necesaria a la mano para abrir la puerta trasera, Rusell lo hizo por ella.

Apareció con un rifle equipado con mirilla óptica, y una sonrisa de satisfacción que llenaba toda su cara.

—Por fin nos encontramos.

Berenice no dispuso de tiempo para pensar en nada más que en atacar. Mientras el largo cañón descendía y apuntaba al pecho, ella se desplazó a la izquierda, cogió con ambas manos el rifle y se lo arrebató; fue como quitarle el caramelo a un niño, sin necesidad de aplicar demasiada fuerza. Rusell deslizó su mano dentro de la gabardina, sacó un machete cuyo filo refulgía con una extraña sustancia. Berenice le golpeó con la culata del rifle en el mentón antes de que la mano que sostenía el machete buscara su cuerpo.

El golpe hizo retroceder varios pasos a Rusell, chocando con el instrumental técnico de comunicaciones. Sin embargo, aferraba aún con determinación el puñal, no estaba dispuesto a darse por vencido. Y lo demostró abalanzándose sobre Berenice con el filo por delante.

Ella se desplazó a la derecha resueltamente, tirando el rifle al suelo. Rusell se giró de inmediato con brusquedad. Sus ojos anunciaban cansancio, y las bolsas sobresalían como dos esferas grises.

—Deténgase.

—Estúpida. Sé que este machete no te matará, pero contiene en su filo la sustancia que te paralizará —dijo él, al tiempo que se proyectó hacia delante.

—Es posible, pero tus movimientos son lentos y penosos. —Dio un paso atrás y el filo de acero blandió únicamente el vacío. Esbozó una sonrisa de

sagacidad—. Lo ve.

De pronto, Berenice inició un movimiento tan veloz que desapareció de la vista de Rusell y reapareció a su espalda. Una mano le apresó el cuello, la otra le asió la muñeca que sostenía el machete. Presionó con fuerza hasta que el arma se desprendió de las manos del hombre.

—Mire a ese chico que yace sobre la camilla. —Le obligó a fijar la vista en la camilla girando su cuello—. A él le debe la vida que yo le perdono. Me enseñó a no ser tan... impulsiva. Dele gracias a ese valiente muchacho, porque en verdad me apetece hundir mis manos en su vientre.

Rusell jadeaba como respuesta.

Berenice le empujó hacia delante y chocó con las cajas situadas junto a la camilla. Apurado y con el rostro vestido con su propio sudor, se volvió. La miró con desprecio.

—No vales nada pese tu fuerza y velocidad —dijo, secándose el sudor con el dorso de la mano. Se incorporó con labios apretados en una mueca de impotencia. Buscó el rifle en la escasa luz que penetraba dentro de la furgoneta. Lo halló bajo la mesa donde descansaba el equipo de comunicaciones. Se lanzó al suelo en pos del rifle que contenía uno de los frasquitos. Las manos se toparon con el suelo y, poseído por una irrefrenable desesperación, cerró las manos en torno al rifle.

Entonces la bota de Berenice le pisó la mano. Se inclinó y levantó a Rusell por el cuello antes de que pudiera coger el arma.

—Soy mejor que tú, que buscas mi muerte. ¿A quién obedeces? ¿Quién hay dentro de lo que llaman Santuario?

Rusell se agitaba como un pez en un anzuelo.

—Averígualo por ti misma.

Arrojó al hombre fuera de la furgoneta. A continuación se giró y su rostro se enterneció al ver a Teddy tendido en la camilla con los ojos cerrados. El brazo derecho colgaba con la muñeca apresada por un grillete, cuya cadena se derramaba en el suelo como una manguera. Se aproximó sin reparar en que Rusell finalmente se había hecho de nuevo con el rifle, se incorporaba y le apuntaba a la cabeza.

—Duerme, mal nacida —rugió. El dedo índice empezó a presionar el gatillo en ese instante, en ese segundo en que todo cambia.

El cuerpo de Berenice se erizó con la semejanza de un gato salvaje. Extendió las manos al frente, eran dos garras de águila. Corrió hacia Rusell, hacia el cañón por donde ya emergía la aguja en el inicio de su trayectoria.

—¿Qué sucede? —murmuró el tipo.

Los ojos de Berenice se almendraron, similares a los de una fiera; de sus comisuras brotaron finas líneas faciales que cubrieron la parte superior del rostro como un feo antifaz. Los labios se abrieron revelando una hilera de dientes apretados. Saltó por encima del dardo, que se hundió en una caja con un sonido seco. Berenice cayó ante Rusell, agazapada. El hombre retrocedió, sabía que no le daría tiempo a recargar el rifle antes de que hiciera un nuevo intento de brincar sobre él.

Teddy se agitó encima de la camilla por el ruido producido en el enfrentamiento.

Rusell levantó las manos para protegerse cuando Berenice saltó encima, precipitándole al suelo de tierra.

—Lo siento, Teddy. —Estaba sobre el cuerpo del hombre, y preparaba su golpe definitivo.

—¡Aparta! —espetó éste.

Teddy escuchó bramidos y golpes. Los párpados temblaron antes de abrirse un par de veces. Tenía la visión tras un velo de nubes de algodón y tardó en darse cuenta de que se encontraba atado a la camilla. Al mover una mano escuchó el tintineo metálico de cadenas, ese sonido le sacó de su adormecimiento. Entonces vio el brazo de Berenice, tenso como una vara de acero y listo para arrebatarse la vida de Rusell. Se incorporó en la camilla y trató de gritar, aunque de su garganta únicamente brotó un gemido agudo y absurdo.

—¡No mates a nadie, Berenice!

Las palabras se posaron en el pecho de ella, era una fina gasa que consiguió amainar la furia en que estaba envuelta; sus ojos se enternecieron, su mano, cuyos dedos extendidos eran un arma contundente, se aflojó.

—Quiere acabar con nosotros, Teddy —le dijo.

—Perdónale la vida.

Impotente, la mano de Berenice penetró varios centímetros la tierra, a un palmo de la cabeza de Rusell, quien aliviado, no tardó en reponerse del terror y zafarse de ella con un fuerte empujón. Luego se alzó y corrió a por el rifle. Con una rodilla flexionada y la otra sobre el suelo, alojó la culata del rifle al hombro para tener mayor precisión. Apuntó directamente a Berenice, que se hallaba todavía sentada en el suelo.

—¡No! —aulló Teddy desde la camilla.

Ella se incorporó de un brinco y fue hacia Rusell en una exhalación.

—Esta vez te tengo —dijo, esbozando una sonrisa. Cerró un ojo, pero para entonces Berenice había desaparecido una vez más. Después notó una mano que se posaba en su hombro derecho desde la espalda. Rusell volvió su cabeza y se topó con el rostro de Berenice, despiadado y frío.

—No hay más perdón por hoy —susurró con voz cavernosa. Sus ojos palidecieron y, con la precipitación del rayo, las manos aferraron la cabeza de Rusell y la volvió del revés con un movimiento resolutivo.

El cuerpo cayó al suelo como un despojo sin vida. Su vista vacía estaba dirigida al interior de la furgoneta, donde Teddy contemplaba la escena con espanto.

—Lo siento —escuchó decir a Berenice, con los hombros hundidos, una expresión desanimada y una voz distante—. Pero quería hacernos daño. Johana ya me advirtió. Que era peligroso.

—¿Johana?

—Está aquí. Decidió venir conmigo hasta Santuario, para ayudarme. Pero en cuanto ha tenido la menor oportunidad ha desaparecido. Imagino que algunas personas nunca cambiarán. —Lo miró con una expresión renovada y llena de entusiasmo—. Espera, te liberaré.

—¿Y esa ropa? —preguntó al verla ante la entrada trasera de la furgoneta.

—¿Esto? —Se observó a sí misma—. Oh, a Johana se le antojó que era importante cambiar de vestuario. Siempre Johana.

Teddy continuó con una expresión de desconcierto.

—¿No te gusta? —sonrió.

—No, no es nada de eso. Sólo que no me lo esperaba. Una chica dura.

—Muy dura —reconoció Berenice, pero sus palabras no ocultaron cierta docilidad.

—No tanto —dijo él, llevándole la contraria de forma amistosa.

—Sabes que puedo dejarte aquí —dijo entonces Berenice. Se agachó para comprobar la resistencia de las cadenas—. Estas cadenas son muy fuertes. No podré liberarte.

—¿Eh? —Los ojos del chico se abrieron inundados por una alarma creciente—. ¿Qué dices?

Se escuchó un chasquido y el choque metálico de algunos eslabones que se desparramaban por el suelo.

—No será una cadena lo que nos separe, Teddy —dijo acercándose. Le dedicó una sonrisa fraternal y le abrazó.

Mientras se abrazaban, todo en derredor empezó a alejarse; los problemas,

las muertes, todo quedó reducido a una diminuta pelota a la que Teddy y Berenice propinaron un puntapié. El cansancio del viaje era sustituido lentamente por mutua confianza, más sólida que las cadenas que ocupaban el suelo.

7

Los pasos desconfiados de Johana volvían hasta ella en forma de ecos húmedos. Caminaba por un pasillo en sombras y flanqueado por celdas vacías. Pero tuvo la extraña certeza de que alguna vez estuvieron ocupadas. Al contrario que Berenice, ella no escuchaba nada dentro de su cabeza; su única compañía era el frío silencio que deambulaba por los corredores.

Por el resquicio de una puerta al final del corredor se vertía la luz del interior. A medida que se aproximaba a ésta, observó que se trataba del lugar de donde había emergido la voz minutos antes. No había vuelto a manifestarse, lo que hizo que el temor de Johana se disipara. Se detuvo al inicio de la luz que se derramaba por el suelo. Escuchó su propia respiración. No sabía qué podía averiguar, ni qué buscaba realmente, pero debía de ser algo inmenso si Berenice había cruzado varios estados.

Dio un paso al frente y su piel se iluminó. Cuando posó la mano sobre la pesada madera de la puerta, vaciló durante un segundo, pero pronto recobró su propia fortaleza, aquella que la hacía ser quien era y la había ayudado a caminar por la vida.

Empujó la puerta.

Se sorprendió al contemplar la estancia. Aunque nunca se había planteado qué encontraría, enseguida reparó que estaba ante un inmenso estudio. Las paredes estaban colmadas por viejos volúmenes que descansaban sobre muebles barrocos con un decorado que ofrecía a quien entrara una hospitalaria bienvenida. Johana posó sus pies encima de una moqueta mullida que acrecentó su sensación de comodidad. Frente ella había dispuesta una gran mesa cuyo exquisito diseño avivó la rabia —ahora acolchada por el tupido colchón que representaba el decorado ante el que se encontraba— que sentía por su padre, el monstruo violador. El monstruo.

Aquella idea se mitigó cuando vio a un hombre sentado ante la mesa. A sus espaldas pendían gruesas cortinas aterciopeladas color vino. El hombre de

mediana edad portaba una bata negra de seda. Su rostro era falsamente cálido pese a la radiante sonrisa. El cabello parecía pintado sobre su cabeza. Parecía parte del decorado por su persistente inmovilidad.

Anduvo por la moqueta siendo consciente de todo en torno a ella, pero sin apartar la vista del extraño.

—Pareces desconfiada —dijo al fin, siempre con su teatral sonrisa. El tono de la voz era apagado, como si así formara mejor una vestimenta para aquel decorado.

Johana se detuvo sin contestar. Percibió que bajo la imagen sonriente del extraño se escondía algo oscuro, y se preguntó qué esperaba encontrar Berenice en un lugar como éste.

—¿Por qué Berenice querría venir aquí? —Dejó la pregunta en el denso aire que poblaba la estancia, como si hubiese sido un pensamiento cualquiera.

—¿Berenice? ¡Excelente, excelente nombre para ella! Me parece un cambio acertado.

Johana enarcó las cejas sin comprender.

—¿Qué es ella?

—Ella, él..., todo. —El hombre agitaba las manos en gesto apasionado, igual que lo haría un director de orquesta con una batuta. Se levantó de la butaca—. Tu falta de brillantez me hace suponer que eres una copia.

—¿Una copia? —Recordó cómo la había llamado Berenice en su primer encuentro, en el hospital de Silverston—. ¿Una copia de Berenice?

—¿De quién si no? —replicó con desdén, y sus gestos adoptaron una ironía teatral.

Johana sintió que una chispa se encendía dentro de ella; aquel desconocido empezaba a resultarle molesto. Su voz aguda y controlada como un mero actor se le clavaba como agujas en el oído.

—No creas que no valoro tu gesto de venir a verme. Pero hubiese preferido ese gesto por parte de ella, de... ¿Berenice? ¡Brillante, brillante! Sin duda un nombre de su propia elección. —El hombre se volvió—. Pero, ¿cuál es tu nombre?

—Johana Peeters.

—Oh, vulgar y sin matices. Claro que viniendo de una copia...

—El que me dieron mis padres —interrumpió.

—No lo dudo, pero en cambio ella —el hombre dio varias vueltas mirando el techo—, tuvo la osadía de cambiarse el nombre que le dio mi padre. ¡Magnífico! —agregó, dando palmadas que se perdieron en el espeso aire del

estudio.

Johana cruzó sus brazos en el pecho mientras observaba el singular comportamiento del extraño. Se había alejado de la mesa y daba largos y suaves pasos como una mala bailarina de ballet.

—Estoy ansioso por verla con mis propios ojos. El gran trabajo de mi padre, aunque por desgracia terminará como el resto de progenitores. —Se detuvo de pronto, como un muñeco que ha perdido la batería. Luego se volvió hacia Johana con una mirada de expectación—. ¡Está aquí! Ella está aquí.

Johana expulsó una profunda bocanada de aire.

—No parece usted alguien muy serio.

—Todo lo contrario. Pero no puedo refrenar mis emociones. Creo recordar que... —Se llevó las manos bajo la barbilla en un gesto de profunda reflexión—. Sí, mi padre me relató que ella escapó. La más rebelde de todas. ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Qué osadía! Escapar de Santuario.

La irritante risita que brotó del extraño hundió una afilada hoja en Johana, que abrió los ojos, eran dos esferas enormes y llenas de ofuscación. No sabía si debía sentir temor, o por el contrario, podía soltar la carcajada retenida desde hacía un minuto. Ese hombre era de lo más desconcertante.

Interrumpió su camino hacia la mesa y, de pronto, se volvió con una expresión airada.

—Pero, ¿por qué no se presenta ante mí? —Sus ojos se convirtieron en dos finas ranuras por la que asomaba una intensa furia.

Johana, alertada, dio un paso atrás con los brazos en guardia. Pero pronto recobró la calma cuando vio que se trataba de una nueva actuación.

—Es usted de lo más raro. Ni siquiera parece peligroso. —dijo. Miró en torno a ella y añadió—: ¿Qué lugar es éste?

—¡Calla! No interrumpas mi meditación. —El insólito hombre se dejó caer sobre la butaca y se cubrió la cabeza con las manos.

El grito de insolencia provocó en ella el recuerdo de su padre por segunda vez. Ningún hombre era lo suficientemente atrevido como para menospreciarla de ese modo. Y ser una copia de Berenice... ¿Quién se creía que era él? Un loco en bata. Sólo eso, pensó.

—Tengo que preparar una bienvenida digna de una reina —anunció—. Tú me ayudarás, sí. Grandiosa idea.

Johana saltó en una angulosa parábola aterrizando en cuclillas encima de la mesa.

El extraño echó atrás la butaca con un sobresalto al tiempo que se levantaba; el final de la bata se agitó, y se abrió revelando unos tobillos escuálidos.

—¿Qué haces? Qué osadía. Qué desfachatez. En la casa de mi padre.

—Deja tu teatro, imbécil. Me estoy cansado de ti. Cuéntame cómo matar a Berenice.

La cara del hombre se frunció en una mueca de burla, se llevó las manos a los labios y expulsó una risita aguda.

—Matarla. A ella. Qué arrogante por tu parte.

La risa continuó brotando hasta que penetró en las entrañas de Johana y avivó finalmente su furia. Se puso en pie sobre la mesa y le contempló, diminuto, desde donde estaba ahora. Cualquier rastro de temor desapareció en ese momento. Descendió de la mesa.

—Será mejor que me desveles tus secretos, hombre tonto —dijo, golpeándole el pecho con su dedo índice, firme como un tornillo.

Las risas de menosprecio hicieron que Johana empujara al extraño, quien chocó con la butaca cayendo sentado sobre ella, pero su semblante teatral no desapareció.

Experimentó rabia condensándose dentro de ella.

—Te sacaré cualquier secreto —rugió.

—Pero, ¿qué secreto? —dijo sin perder el sarcasmo.

Johana se aproximó a él lentamente.

8

Berenice y Teddy se encontraban frente al portón de Santuario. El chico mostraba su expectación, boquiabierto y con los ojos desorbitados. Todavía se apoyaba sobre los hombros de Berenice, quien mantenía una expresión de firme resolución. Sentía que el aturdimiento del fármaco desaparecía.

La imponente entrada se alzaba sobre ellos, tres metros sobre sus cabezas. El chico fijó su vista en los enormes goznes. Berenice sólo observaba el interior, esperando que en su mente surgiera cualquier recuerdo que le ayudara a comprender qué hacía allí realmente. Pero nada acudía. De un saliente de piedra resaltaba un grabado de un escudo de armas, que consistía en dos serpientes enroscadas en torno a un falo. El frondoso bosque cubría

parte de la zona superior; sus ramas se abrazaban a diversos salientes.

Tras escucharse unos pasos torpes, ambos se volvieron. Parker, ayudado por una gruesa rama a modo de báculo, caminaba hacia ellos.

—Supongo que éste es el final del viaje.

—Para usted sí. Yo entraré —dijo ella con frialdad.

—¿Qué lugar es? —quiso saber.

—No lo sé. Pero sé que de aquí nace todo.

Parker la miró sin comprender.

Ella dio un paso y permaneció un segundo bajo el marco gris de la entrada.

—Berenice... —murmuró Teddy con hilillo de voz apenas audible.

—Todo está bien, tranquilo. Nada me pasará.

—¿Cómo puedes estar tan segura siempre?

—Lo estoy. A nada temo en esta vida. —Se volvió y miró al muchacho a los ojos—. Sólo perderte a ti. Y eso no pasará. Puedes estar seguro.

—¡Pero yo tampoco quiero perderte! —exclamó.

Berenice se apresuró a acercarse a él y le estrechó las manos mientras escrutaba su cara.

—Entra conmigo entonces.

—¿Yo? —Contuvo la respiración echando la cabeza hacia atrás.

—Claro, vamos.

La mirada de Berenice se estrechó, pese a ello, Teddy aún veía el característico brillo de su apasionada viveza.

—Vamos. —Desvió la mirada unos centímetros para mirar a Parker por encima del hombro de Teddy—. Será mejor que se quede aquí. Ya sabe todo del caso de Chicago, buen hombre. —Guardó silencio; luego añadió—: Yo asesiné a Spencer para vengar la muerte de mi amigo Brandon. Pero no puede usted hacer nada. La vida se muestra a veces como una paradoja cruel.

—Berenice... —dijo Teddy en un murmullo.

—Recupere su vida y termine con su obsesión —continuó. Se volvió al frente asiendo a Teddy de la mano, y agregó—: Yo soy así. Es mejor tenerme como amiga que como enemiga. No todos tenemos que seguir las normas de su absurda civilización.

—Esperaré a que regreséis del interior de esta... de esta edificación —dijo Parker con resignación.

Berenice asintió con los labios apretados en una leve sonrisa contenida, e inició su marcha al interior de Santuario.

El helor que desprendían las piedras impactó en Berenice. Un escalofrío trepó su espina dorsal. Juntos se encaminaron por la estancia principal. Teddy no dijo palabra, no quería interrumpir toda la atención que ella ponía en el lugar.

—Qué extraño. No recuerdo haber estado aquí, sin embargo, todo me resulta amargamente familiar.

Se encaminaron a las escaleras que Johana había tomado antes. El resplandor de las llamas lamía las facciones de los chicos, que caminaban uno pegado al otro. Teddy tuvo la impresión de estar penetrando en una vieja fortaleza. Aunque Berenice siempre era un escudo de protección, esa vez, su corazón latía al ritmo de su miedo. Antes de descender los escalones de piedra, su mirada se desvió hasta unas gárgolas de piedra, agazapadas sobre una repisa.

—Dios mío, Berenice —susurró—. No puedo creer que esté haciendo esto.

—El amor te hace más valiente. Vamos, sigamos, Teddy.

—Sí. —Trató de tragar la poca saliva que degustaba y puso el pie en el primer escalón—. No parece un lugar seguro.

—Yo estoy a tu lado. Adelante —le murmuró al oído.

La reconfortante voz de Berenice no tardó en disiparse, cuando los pasos se convirtieron en ecos amenazantes, que arañaban la mente del chico como uñas de muerte.

«Las garras de las gárgolas», pensó.

Teddy, que miraba por encima del hombro las escaleras que habían dejado atrás, chocó con Berenice. Parecía una de las estatuas que había visto en la estancia principal. Estaba petrificada por la visión de las celdas a cada lado del pasillo.

Todo alrededor sería oscuridad de no ser por las lenguas de fuego, similares a ojos de reptil, que danzaban en las paredes. Teddy no soportaba el silencio, sobre todo porque escuchaba la agitada respiración de su amiga que continuaba inmóvil.

—¿Qué pasa?

—Estuve aquí. —El susurro surgió de su boca con la misma consistencia que una vara de acero, y se prolongó por el pasillo como un fantasma en

pena—. Lo sé. Pero, ¿cómo es posible?

—Serán imaginaciones.

Teddy dio un paso al frente, pero la mano de Berenice le impidió avanzar más.

—Espera. —Tomó la iniciativa y se detuvo delante de los barrotes de acero de la primera celda. El suelo estaba salpicado de heno y unos grilletes pendían del muro. El viejo hedor consiguió arrancar una mueca de repugnancia en Berenice. En silencio pasó a la celda siguiente. Los muros guardaban el recuerdo de una mancha de sangre a media altura, junto al grillete; el segundo grillete dormitaba en un rincón, encogido como una cobra adormecida. Se percató de que uno de los barrones estaba doblado ensanchando el hueco de forma notable—. ¿Cómo es posible? Aquí no hay nadie. ¿De dónde vienen mis voces? —dijo, y asió los barrotes torcidos con ambas manos.

Entonces su cuerpo sufrió una sacudida que tensó todos sus músculos. En su mente cobró vida una sucesión de imágenes aleatorias. En un primer momento no reconoció ninguna, pronto se vio a sí misma, como una niña de unos cinco años, atravesando el bosque que rodeaba a Santuario. Las ramas le atizaban el rostro pintando líneas rojas en sus mejillas. Su corazón andaba desbocado en el pecho. En torno a ella su propia respiración parecía la de un animal desquiciado. En la visión vio cómo se precipitaba al suelo saturado de charcos por la lluvia que arreciaba. Las gotas golpeaban las hojas, y su insistente sonido se tornó como piedras chocando contra un muro. La agitación mental no le dejaba pensar con normalidad y no encontraba camino por cual huir de sus perseguidores. La Berenice de la visión tenía clara una sola cosa, no volvería a la celda. Escaparía.

Las imágenes surgidas de las profundidades de su mente se oscurecieron, volviéndose más extrañas. Ahora sentía alrededor la opresión de las paredes de la celda. Escuchó el sonido de los grilletes al chocar contra el suelo. Sin embargo, había un sonido que atenazaba más su cuerpo. Eran los lamentos de otros niños encerrados como ella en el resto de las celdas. Berenice, la niña, se lanzó hacia los barrotes para poder ver qué sucedía, pero las cortas cadenas se lo impidieron, conduciéndola al suelo cuando la cadena se tensó con fuerza. Sentada en el suelo y con sus delicadas facciones manchadas de negro allí donde las lágrimas no habían surcado, observó a la niña que gemía en la celda de enfrente, ataviada con harapos descuidados, y que eran las únicas prendas que había usado durante mucho tiempo.

Tanto los gimoteos de la niña así como los del resto de celdas, aumentaron cuando unos pasos irrumpieron en el corredor con fría pasividad. Un desconocido con el cabello canoso pasó de largo ante la celda de Berenice, tarareando una cancioncilla de cuna, con una voz que parecía quedarse impregnada en los muros de piedra. Tras un silencio agotador se oyó el chirrido de una verja que se abría; luego murmullos vacíos. Entonces, los gritos de desesperación de los niños colmaron el corredor, en despedida de una nueva víctima.

Berenice volvió lentamente en sí al notar la mano de Teddy en su hombro.

—¿Berenice?

—Estoy bien, Teddy. Tranquilo. Será mejor que nos marchemos de aquí. No hay nada que saber. Esto está vacío. Solo habita la muerte.

De pronto el último aullido de Johana Peeters llenó el corredor.

10

Ambas miradas se volvieron hacia la puerta por cuyo resquicio se filtraba una luz fantasmal.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Teddy; su rostro apenas podía contener el miedo, los ojos centelleaban en busca de una respuesta, que finalmente brotó de los labios de Berenice.

—Es Johana.

—¿Qué ha pasado?

—Andando. Lo averiguaremos.

Los pasos se extendieron en forma de ecos amenazadores. Para Teddy el frío parecía intensificarse dolorosamente, pese a que se aproximaban a la luz. Berenice empujó la puerta y se mostró ante ella el cuerpo de Johana tendido sobre el suelo. Su cara todavía conservaba el repentino dolor que había sufrido. A escasos metros de ella permanecía inmóvil un tipo de aspecto teatral con una sonrisa en su rostro. La bata del hombre se encontraba abierta y exhibía un torso menguado, carente de masa muscular; los huesos eran el único adorno de aquel cuerpo. En su mano empuñaba un arma parecida a la que había usado Rusell. Tenía alojado en el cañón un deslizante para dardos.

Berenice observó cómo la expresión de éste se desfiguraba de modo teatral a una de enorme sorpresa.

—¡Es ella! ¡Increíble privilegio ver la gloriosa creación de mi padre! ¡La más osada y desobediente! —Guardó silencio mientras la contemplaba con determinación—. Bienvenida a casa.

Berenice frunció el ceño en señal de desconfianza

—No me siento cercana a este lugar, en verdad es todo lo contrario, parece un lugar del cual mantenerse alejada.

—Y eso hiciste, según los registros de mi padre —anunció con una risita burlona.

—¿Quién eres y qué ha pasado con Johana?

—Hermanita..., cuidado. —Volvió con notable esfuerzo el cuello hacia Berenice. Sus ojos estaban inundados en sangre negra, su piel se deshacía lentamente desprendiéndose en diminutos jirones como papel quemado—. Es una amenaza para nosotras. Sabe destruirnos.

Berenice percibió una nota de amarga sinceridad en la voz de Johana. La voz dura parecía haber quedado reducida a un hilillo de súplica. Se aproximó a gran velocidad hasta el cuerpo de ella, se agachó y la miró a los ojos, hundidos en sus cuencas como meras esferas apenas sin vida. Un pequeño dardo dormitaba junto al cuerpo.

—Me muero, hermanita. Ya no tendrás más problemas por mi culpa.

—Johana —murmuró.

—Fue divertido vivir tanto tiempo. —Aferró el brazo de Berenice con las pocas fuerzas de que disponía—. Me alegro de haber vivido tanto como para poder verte otra vez, hermanita.

—Vivirás —le aseguró con voz firme—. Vivirás para reparar los errores de tu vida.

Johana pintó una sonrisa burlona sin eludir el reflejo de cierto calor por primera vez.

—Ya es tarde. Lo noto. Mi madre me lo enseñó cuando se acercaba su hora. Me enseñó que las personas saben cuándo la muerte anda cerca y les coge. La muerte, Berenice, nunca creí que moriría de esta manera, contigo a mi lado. Mi hermanita ha ganado. —El último aliento de vida de Johana brotó de sus labios blancos y resecos, en cándido adiós.

Teddy dio un paso al frente, aturdido por todo lo que observaba.

—¿Quién es el chico que te acompaña? —dijo el hombre extraño—. ¿Otra copia? Qué inoportuna sorpresa para la casa de mi padre.

Berenice dirigió al tipo una mirada saturada de una combinación de rabia y desconocimiento. ¿Quién era aquel extraño que había sido capaz de matar a Johana? ¿Peligraba su vida en verdad?

—¿Por qué ha matado a esta pobre mujer?

El hombre se anudó la bata y dejó asomar una desagradable sonrisa.

—Creo que no tengo por qué explicártelo.

—¿Qué lugar es éste? —dijo, incorporándose—. Antes cuando he tocado una de las celdas he visto imágenes en mi cabeza.

—Sí, muy probable, número seis.

—¿Número seis?

—Sí, era tu nombre. Un simple número. El espécimen número seis. A decir verdad es mejor el nombre que usas ahora. Berenice. Buena elección.

—He hecho de él mi verdadero nombre. Era una diosa de Egipto. Así como la hermana olvidada de Cleopatra. Un nombre que me gusta.

—Oh, cultivada en mitología y también en historia. Veo que mi padre hizo un gran trabajo contigo. Brillante. Brillante.

—Pero no me ha contestado. ¿Por qué ha matado a esta pobre mujer?

El extraño se volvió de pronto y la apuntó con el arma. Berenice desapareció a gran velocidad y reapareció a varios metros a la derecha.

—¡Berenice, cuidado! —gritó Teddy.

Ella le hizo un gesto con la mano para que se mantuviera al margen.

—Es usted tan lento como los demás. Será más difícil conmigo. Responda.

—Era sólo una burda copia. No tiene valor científico. Mi padre lo hubiera aprobado.

—¿Quién es tu padre? ¿Dónde está?

El hombre se acercó a la mesa y depositó el arma.

—Fue un gran investigador, a cien años de su época. Tratado como loco, pero descubrió cómo alterar ciertas enzimas para prolongar la vida. También estudiaba la vida microscópica. Un genio, pero lamentablemente falleció hace años. Es tu creador. A él le debes todo lo que eres y todo lo sabes hacer.

—¿Mi creador?

—Exacto. ¡Pero no eres más que una enfermedad! —exclamó volviéndose. Su cara era ahora una máscara de enojo.

—¿Por qué?

—Sí, recuerdo que escapaste. Está todo en sus informes, léidos por mí una y otra vez, casi puedo recitarlos de memoria. —Adoptó de nuevo un semblante teatral y esbozó una sonrisa desquiciada—. La número seis me ha

traicionado. Ha escapado de su celda internándose en el bosque. He puesto a todo el personal en alerta. Es altamente peligrosa porque fue conferida como un virus. El arma biológica más demoledora que existe. El virus. Ahora dotado de inteligencia, de comportamiento humano, pero no, no es un ser humano, y su nivel intelectual está por encima de éste. —Luego fijó su vista en los guantes de Berenice—. He logrado sonsacar al resto de especímenes, con mis habituales castigos, que la número seis intentó ayudar a la número ocho, incluso sacrificando sus manos en el ácido con que salpicó la cerradura de la celda. Por fortuna, la número ocho no logró escapar. Pero la número seis ha desaparecido.

—Dios mío —murmuró.

—Berenice —dijo Teddy.

—Quédate ahí, Teddy —le dijo ella.

—Sí, copia, esta no es tu casa. No eres bienvenido.

—Ni tampoco la mía. Me marché una vez. Y lo volveré a hacer.

—No sin mi permiso —dijo el hombre, cerrando sus manos en torno a la empuñadura del arma—. Empezaré destruyendo a la copia. —Apuntó a Teddy con el arma.

—¡Teddy, vete!

—Quiero ayudarte, Berenice.

—¡No! Ha vencido a Johana, es muy peligroso. —Berenice se interpuso en el camino del disparo.

—Oh, te equivocas en eso. Vosotros sois los peligrosos —declaró el extraño, conteniendo el dedo—. Recuerda que eres un virus, número seis. Y la misión de los virus es propagarse y destruir. Pero no lo permitiré. Yo, a diferencia de mi padre, no creo en su proyecto. Pero sólo quedáis vosotros dos. No habrá más copias, nunca más.

Berenice observó cómo el dedo adquiría la determinación de apretar definitivamente el gatillo.

—¡Aléjate, Teddy!

El chico desapareció de pronto, como la imagen en un televisor. La mirada del hombre se llenó de impotencia y barrió la estancia con la vista, a esperas de que Teddy reapareciera. Lo hizo a sus espaldas, inmovilizándole de brazos. El arma se precipitó contra el suelo.

—¡Ahora, Berenice, acaba con él! ¡Es como Johana, no nos dejará en paz nunca!

El hombre se meció con fuerza mientras en sus ojos nacía un odio

desmesurado.

—Sí, vamos, destrúyeme, cumple tu cometido, número seis. Destruye la vida. Para eso fuiste diseñada.

—¡No! Tengo en mi interior la cualidad de poder elegir. No sé nada de mi creador ni lo recuerdo, pero vine aquí a buscar respuestas, no a destruir. La vieja Berenice no existe ya. En cualquier caso ahora estás contaminado.

El hombre escupió una carcajada al tiempo que trataba de desembarazarse de la fuerza de Teddy.

—Estúpida. Mi padre era un genio. Toda enfermedad tiene una vacuna. Soy inmune a tu podredumbre.

—Una vacuna —repitió ella.

—Exacto. Pero por supuesto eso es un secreto que nadie sabe. —Trató de hallar más fuerza en su escuálido cuerpo, pero sin resultados—. ¡Suéltame, copia! ¡Ni siquiera eres digno de tocarme!

—Libéralo, Teddy.

Éste obedeció y se hizo a un lado a su acostumbrada velocidad.

—Podríamos haber salvado a mi madre, Berenice, con la vacuna.

—Oh, Teddy, lo siento tanto.

—No lo creo así —dijo el tipo, inclinándose para coger la pistola; pero Berenice reapareció entonces delante de él y propinó un puntapié al arma, que fue a estrellarse contra el pesado mueble que soportaba cientos de volúmenes—. Maldita seas, número seis.

Berenice le aferró por el cuello y apretó hasta que los ojos del extraño delataron su dolor.

—Es usted una vida miserable, como tantas ha habido en este mundo de dolor. Normalmente soy yo quien mata y mi amigo quien me avisa. Esta vez ha sido al revés. Estoy buscando un motivo para perdonarle la vida.

—Adelante, ¿a qué esperas, número seis?

—Mi nombre es Berenice, el nombre de una diosa —dijo, y con la mano libre le asestó una torta—. ¿Dónde están las vacunas?

—No existen. Mi padre realizó dosis limitadas, sólo para sus ayudantes más cercanos. Y su único hijo.

—Pero veo que no tienes fuerza de ninguna clase. Podría matarte aquí y ahora en venganza de Johana.

—Adelante, entonces. Cumple con tu misión.

—Soy mejor que tú, mejor que todos vosotros, que creáis criaturas para la destrucción. Jugáis con la vida, pero la vida a veces os supera. Ése es el

motivo de tu perdón, pobre hombre, el que seas de un nivel inferior en amor y en sentimientos, ése es el motivo por el que te perdono la vida.

Alzó al hombre varios centímetros por encima del suelo, y antes de lanzarlo contra una pared colmada de cuadros, Berenice entrecerró los ojos revelando una furia que supo controlar. El cuerpo de huesos se desplazó por el aire enrarecido y se estrelló contra un enorme cuadro que exhibía a un hombre de rasgos serenos.

—¿Es tu padre?

—Sí —dijo, incorporándose y fijando su vista en el arma, que dormitaba a varios metros.

Berenice se aproximó, con los ojos entornados y buscando cualquier atisbo de vida en sus recuerdos de aquella imagen serena. Evocó una vez más los pasos y la cancioncilla que resonaban siempre en el corredor cuando una mano de acero se cobraba una nueva vida.

—Era él —susurró—. Recuerdo también a la niña en la celda frente a la mía. Una niña solitaria y sucia. —Berenice clavó su mirada en los ojos inmóviles del retrato, y aun así, percibió vida en ellos, como si en verdad estuviera contemplando la estancia, siempre vigilante de su proyecto—. He perdonado a tu hijo, puesto que no soy destrucción. Soy vida, y dicha vida ha encontrado el amor en este chico valiente. A tu hijo le quedan unos años de vida, hasta que la vejez irrumpa en su cuerpo y se lo lleve, en cambio mi amigo y yo continuaremos viviendo hasta tiempo indefinido. Creaste algo que te sobrepasa, algo que es superior a ti mismo, creador.

Berenice se volvió jadeando, como si en verdad tuviera que efectuar un enorme esfuerzo por contener toda la rabia que entonces sentía, una rabia que de ser liberada colisionaría con la estancia reduciéndola a muerte.

—Berenice.

Ella se acercó a su amigo y le estrechó las manos.

—No somos destrucción ni ninguna plaga. Somos amor y amistad, y compartiremos esto entre nosotros durante muchos años.

Teddy asintió, perplejo.

Berenice dirigió una mirada al tipo todavía tendido en el suelo, con la mirada cubierta de sudor, los ojos desorbitados y un repentino temblor en una pierna. Su cabello se había deshecho, salpicando con mechones la frente.

—No nos sigas o te aplastaré como a un insecto.

—Lo sé.

Ambos muchachos iniciaron su marcha hacia la salida de la estancia, pero

antes, Berenice se detuvo un segundo y dirigió una mirada de compasión a Johana.

—No se quedará aquí, ésta no era su casa.

La cogió en brazos y caminó junto a Teddy por los corredores de Santuario, siempre con la vista al frente; no deseaba visualizar de nuevo la calamidad que encerraban las celdas.

11

La oscuridad del exterior de Santuario fue recibida con suma expectación. Parker se encontraba junto a la furgoneta negra mientras sostenía un cigarrillo entre los dedos de una mano; la otra se apoyaba sobre el báculo. Cuando vio a los chicos aparecer, sus ojos se llenaron de interrogantes.

—¿Cómo ha ido?

Un pesado silencio se posó en derredor, y sólo Berenice fue capaz de romperlo.

—Bien.

—¿Estás segura? —insistió Parker—. ¿Qué diablos ha pasado con Johana?

—Ahora descansa —declaró—. Será mejor que nos marchemos de este lugar. Sólo hay muerte y devastación.

Parker arqueó las cejas y los ojos palpitaron ansiosos de recibir más información.

—No es justo —dijo, arrojando el consumido cigarrillo. Luego se apoyó en el báculo y avanzó torpemente hacia Berenice—. Merezco más respuestas.

—La única respuesta es el amor. Vaya con sus hijas y deses ese abrazo que están esperando —dijo, y se volvió atisbando por encima del hombro—. Ésa es la respuesta que no encontraron los creadores de este lugar.

—Pero...

Berenice y su amigo se internaron en el bosque.

Parker necesitaba una cerveza.

Conclusiones

Ken Parker partió hacia Chicago. Al llegar, las niñas reflejaron una sorpresa cohibida por su madre, pero pronto dejaron asomar una sonrisa de cálida bienvenida. Se colocó en cuclillas para recibir el esperado abrazo de Anne y Angie. Finalmente pasaría unos días con ellas, y nadie sería capaz de impedirlo.

Días después, Johana fue enterrada de manera extraoficial en el cementerio de Boston. Berenice y Teddy saltaron la verja en un enérgico salto e irrumpieron en el panteón familiar sin ser vistos. Depositaron el cuerpo de Johana dentro del ataúd de su madre.

Asistieron al juicio de Henry Hughes y éste observó cómo Berenice le hacía señas desde la tercera fila, indicándole que todo estaba bien, que no pasaría demasiado tiempo en la cárcel. A Henry se le impuso la cadena perpetua. Pese al estado de turbación del hombre, Berenice exhibía una sonrisa triunfal al recordar las palabras de su hermana.

Hay tanta diferencia entre ellos y nosotros que podemos tomar del mundo lo que queramos...

Henry no pasó más que dos noches en su celda. Pronto un grito se extendió por los corredores en un último lamento agonizante. Berenice acudió sola a la prisión de Atlanta. Sin guantes aferró los barrotes de la celda de un Henry abatido y silencioso.

—¿Pensabas que te abandonaría? —le dijo ella con una sonrisa de complicidad—. Nunca traiciono a los que me han ayudado, padre.

La mirada del hombre recobró la vitalidad.

—He venido a darte la libertad.

Semanas después, Berenice y Teddy se encontraban sobre una colina, contemplando las luces centelleantes de una pequeña localidad.

—He perdido la foto familiar que cogí en Silverston —dijo el chico.

—Todos hemos perdido algo. Es la vida, perder una cosa, para encontrar otra. Yo perdí mi postal de Alabama y te encontré a ti —respondió ella.

Unió su mirada a la de Teddy y ambos sonrieron, y aquella sonrisa perduró

durante siglos.

The End

18 febrero 2014

11 mayo 2016

BIBLIOGRAFÍA DEL AUTOR

[El retrato de Mary Rose.](#)

[Semillas de codicia.](#)

[Rabia en Woodhills.](#)

[Secreto Heredado.](#)

[La habitación del candado.](#) (Past Grove Stories)

[Crímenes olvidados.](#) (Past Grove Stories)

[Perturbados.](#) (Past Grove Stories)